



PHILIPPE CAVALIER  
LOS OGROS DEL  
GANGES

EL SIGLO DE LAS QUIMERAS I

Lectulandia

Tímido y retraído, el joven oficial británico David Tewp desembarca en Calcuta en 1936 asignado al MI6, el servicio de inteligencia británico. La India colonial es una sombra de su pasado, y los nacionalistas hindúes radicales han pactado con la Alemania nazi en su guerra contra los amos anglosajones.

La primera misión de Tewp será vigilar a Ostara Keller, una joven periodista austríaca sospechosa de ser una espía nazi. Con dos subordinados que conocen el oficio mucho mejor que él y que no se toman muy en serio a su nuevo jefe, Tewp intenta abordar a conciencia lo que parece un asunto menor.

Pero la realidad es otra: la investigación pondrá a Tewp tras la pista de una trama para asesinar a Eduardo VIII durante su proyectada visita a la India en compañía de su amante, Wallis Simpson, y lo conducirá por un dédalo espectral de alianzas militares secretas, sectas sanguinarias, sacrificios rituales de niños y hechicería, desde los fumaderos de opio de los barrios míseros hasta la fastuosa mansión de la bellísima Laüme Galjero y su esposo Dalibor, una pareja rumana que vive rodeada de lujo, *glamour* y misterio...

**Lectulandia**

Philippe Cavalier

# **Los ogros del Ganges**

**El siglo de las quimeras - 01**

ePub r1.0

Titivillus 25.04.16

Título original: *Les Ogres du Ganges*  
Philippe Cavalier, 2005  
Traducción: Luis Miralles de Imperial  
Ilustraciones: IDEE

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PROYECTO SCRIPTORIUM



3° Aniversario

# PRIMER LIBRO DE DAVID TWEP

## BIENVENIDO A LAS INDIAS

¿Qué día fue exactamente? Creo que el tampón de mi cartilla militar indica algo así como el 13 o el 14 de septiembre de 1936. En torno a esta fecha llegué a las Indias. Evidentemente, enseguida quedé maravillado. Yo no había abandonado Brighton hasta los diecinueve años cumplidos, para ir a estudiar Derecho a Londres, y creo que antes no había pasado ni una sola noche fuera de la casa de mis padres. Siempre había llevado una vida tranquila, tan parca en expectativas como en impaciencias, la vida corriente de un joven inglés de clase media. Sin auténticos problemas. Sin verdaderas ambiciones. Lo que me ocurrió fue sólo fruto del azar. Fue el destino el que lo dispuso todo. No yo.

En Londres había conocido a un profesor, un abogado que había optado por dejar su gabinete privado para ejercer la docencia en la universidad. Este hombre ayudaba a los estudiantes de provincias sin relaciones a introducirse en los ambientes cerrados de la política o los negocios. Les abría puertas. Él lo describía como «hacer entrar el viento en la casa», y pensaba que Inglaterra se hundía por no haber renovado suficientemente a sus élites. Echar una mano a algunos provincianos sin recursos constituía, creo, su particular modo de ser patriota. Ni siquiera después de todos estos años he llegado a saber si su conducta era fruto de un altruismo auténtico o si le animaban otras esperanzas. En cualquier caso, gracias a él entré en el MI6, el servicio de información británico en ultramar.

Puede parecer extraño que mi trayectoria me llevara a colaborar con el ejército y a integrarme en su estructura más opaca, habitualmente conocida como la Firma; pero nosotros vivíamos la preparación de la tormenta, y eran muy pocos los que no percibían la inminencia de la catástrofe. En Europa, Hitler y Mussolini nos preocupaban tanto como la creciente influencia de los rusos. El Imperio vivía de las rentas de su gloria pasada. La impostura no podría mantenerse mucho tiempo. Porque, aunque me cueste admitirlo, la potencia real de nuestra nación ha descansado siempre únicamente en la debilidad de la de los otros. El milagro inglés no es Shakespeare ni Adam Smith o Disraeli. Desde Isabel, el milagro inglés tiene su fundamento en la ceguera y la dispersión de los continentales.

Nuestra auténtica preocupación en esa época, a mediados de los años treinta, era la situación en las colonias. Y entre ellas, la India despertaba una particular inquietud. En esos años ya hacía tiempo que Gandhi daba que hablar, y el Congreso, su movimiento, se hacía cada día más popular; pero no era de ahí de donde esperábamos recibir un golpe mortal. Muchos oficiales británicos veían a Gandhi como un oportunista, un charlatán ambicioso que se vestía con andrajos para suscitar piedad e imponer respeto, y algunos sostenían incluso que no era sino un títere manipulado por nuestro propio gobierno. Tuvieran o no razón, el caso es que no era a él, con sus

ayunos y jeremiadas, a quien temíamos, sino a gentes mucho más activas sobre las que no teníamos ningún control.

Estas gentes, enemigas feroces de los británicos, detestaban nuestra presencia, nuestras leyes, nuestros valores, nuestra religión... Y, por encima de todo, detestaban nuestros mitos. El progreso no les interesaba. Despreciaban la riqueza material; no aspiraban a nuestros honores, títulos, diplomas. No les seducían los beneficios de nuestro igualitarismo, de nuestro humanismo... Eran los verdaderos nacionalistas hindúes. Ellos eran nuestros enemigos. Y no es que desearan nuestra muerte, no. No creo que fueran unos fanáticos. Sencillamente, querían nuestra marcha. Ambicionaban devolver a la India su verdadero rostro, bañarla de nuevo en sus aguas ancestrales y sacarla de lo que nosotros, occidentales, llamábamos modernidad y ellos Maya, ilusión. Y a diferencia de Gandhi, estos hombres estaban dispuestos a emplear la violencia no sólo para expulsar a los británicos, sino también para luchar contra los separatistas musulmanes que sólo soñaban en la partición. No temían el combate cara a cara. Metódicamente, estratégicamente, se preparaban para él.

Unos años antes de la guerra ya éramos conscientes de todo esto. Pero aún no se habían declarado las hostilidades. La herida empezaba a supurar sin estar abierta. Londres esperaba cauterizarla arrojando a los cabecillas al primer paso en falso. Ésta era una de las razones de mi venida a las Indias. Oficialmente, debía asegurarme de que las actuaciones del MI6 se ciñeran a la jurisdicción británica. Los ministros *tories*, siempre tan moralistas y formalistas, habían convertido en una cuestión de honor el respeto más meticuloso del derecho en todo el Imperio. En la hora del peligro, y dado que pretendíamos hacer pasar a nuestros enemigos de Europa por el diablo, era vital que nosotros mismos apareciéramos como el perfecto ejemplo de una sociedad justa que respetaba plenamente las divergencias que se manifestaban en su seno.

Los coloniales, por su parte, sabían ya que el edificio imperial se resquebrajaba sin remedio. Las redes nacionalistas ya se habían infiltrado ampliamente en la base de nuestro poder en las Indias, el ejército. La mayoría de los suboficiales nativos habían tomado conciencia de que Inglaterra sería incapaz de soportar de nuevo una guerra en Europa y mantener al mismo tiempo la paz en sus colonias. Todo el país se estremecía, vibraba con la espera. Lo percibí nada más llegar a Calcuta: una tensión que precedía a la tormenta, una condensación de ozono y electricidad que crepitaba en torno a nosotros y que una simple chispa podía hacer estallar... El coronel Hardens, mi superior directo, también era muy consciente de esta situación.

—Como es natural, nunca se lo confesarán oficialmente, Tewp, pero todos sabemos que tendremos que abandonar estas tierras en un plazo de diez o quince años. Ya no somos bienvenidos en este país. Los hindúes quieren volver a ser dueños de la situación, y no deberíamos reprochárselo. Después de todo, ésta es su casa, ¿no?

Pero también debe saber que nuestro problema aquí, en el MI6, no es evitar lo inevitable. Ni siquiera retrasarlo. Nuestro verdadero problema se limita a que las



cosas no se salgan de su cauce. Y, sobre todo, que nuestra retirada no se produzca en beneficio de otros... quiero decir, en beneficio de una potencia extranjera. ¿Sabe en quién estoy pensando?

—¡En Rusia, evidentemente! —repliqué yo entonces de un modo ingenuo—. Nuestra política siempre ha sido alejarla de los mares cálidos.

—Rusia... Sí, claro. Pero hay otras potencias que podrían volverse temibles si se aliaran a la India. Pienso en Japón... Y pienso, sobre todo, ¡en Alemania! ¡Es la nación que posee las mejores bazas aquí, si le dejamos el campo libre!

Aún puedo ver el rostro de Hardens enrojeciendo súbitamente cuando mencionó a Alemania. Aquél era nuestro primer encuentro oficioso. Yo ya había asistido a algunas reuniones en su despacho, pero entonces sólo habíamos intercambiado algunos comentarios formales referidos exclusivamente a cuestiones banales del servicio. Esta vez, sin embargo, diez días después de mi llegada, a esa hora tan tardía y solos los dos, por primera vez, en el club de los oficiales, tuve la sensación de que quería mostrarme de golpe todas sus cartas.

—Sabe, Tewp, yo combatí a Alemania en las trincheras, de eso hace veinte años. Fue terrible. Sus soldados eran orgullosos, valientes, y no economizaban en absoluto sus fuerzas. Nos destripamos. Fue algo terrible y estúpido. Pero, en fin, así fueron las cosas... Y luego ganamos nosotros. De hecho, tal vez estaría más próximo a la verdad decir que jugamos a los vencedores; al no tomarnos el trabajo de llegar hasta Berlín, no hicimos nuestra tarea correctamente. Dejamos que su país se hundiera en una guerra interna cuando hubiéramos debido tener la fuerza necesaria para construir un régimen sólido, compatible con el nuestro. ¡Pero no! En lugar de eso, humillamos a esa gente en Versalles. Y ahora resulta que, con su nuevo canciller, quieren tomarse la revancha. Es humano. Y cuando un pueblo ya no tiene nada que perder, es que tampoco tiene ya nada que temer. Entonces se convierte en un enemigo mortal para unos pueblos tan bien alimentados, tan prosaicamente socialdemócratas como hemos llegado a ser nosotros y los franceses... ¡Si estalla una guerra con Alemania, no apostaré ni un céntimo por nuestro bando!

—Pero coronel, ¡esto no puede suceder! Y aunque ocurriera, esta vez tendríamos a los americanos con nosotros desde el principio —balbuceé sin reflexionar seriamente, como un escolar recitando una lección aprendida de memoria—. Los alemanes son conscientes de que Estados Unidos entrará en guerra en nuestro bando en el preciso instante en que se produzca el primer disparo de fusil en Europa. ¡Esta vez no se atreverán!

—Si realmente cree en lo que dice, Tewp, en el mejor de los casos es usted un ingenuo, y en el peor, un imbécil —gruñó Hardens—. Estados Unidos entró en guerra en 1917 junto a los aliados esencialmente para proteger sus inversiones, los créditos de guerra que nos habían concedido a nosotros, los británicos, y también a los franceses. Recuerdo muy bien ese año. El frente ruso se hundió, llevando a divisiones enteras de combatientes enemigos al frente oeste. En el Atlántico, los U-Boats

llevaban la batuta y hundían todos los cargueros que trasladaban el oro europeo a los bancos americanos. En las trincheras de los valientes de 1914, las sublevaciones estaban a la orden del día... ¡En 1917, muchacho, esos tipos estaban muy cerca de darnos a todos sopas con honda! Y ya puede imaginarse que con una bandera con la cruz de Malta ondeando sobre la torre Eiffel y tal vez incluso sobre el palacio de Buckingham, era imposible que Washington recuperara nunca los fabulosos préstamos concedidos a Londres y París. ¡Piense un momento en la cara que debieron de poner los accionistas yanquis cuando oyeron que los *Krauts* iban a privarles de sus dividendos! El torpedeo del Lusitania y esas historias de alemanes fomentando un golpe de Estado en México les dieron un buen pretexto, ¡pero la clave del asunto no estaba ahí, sino en los corros de su Wall Street!

—Tal vez, mi coronel, pero aún me cuesta comprender qué tienen en común actualmente Alemania y la India... Una inmensidad les separa, sus culturas son radicalmente distintas... Y además, el Reich no es una verdadera potencia marítima. No controla los estrechos. ¡No tendría, como nosotros, la posibilidad de mantener vías comerciales entre el subcontinente y Europa! ¿Qué tenemos que temer de esta gente aquí?

—¡Usted mira los mapas con ojos demasiado ingleses, Tewp! Deje de considerar los mares como rutas privilegiadas. Recuerde la Ruta de la Seda. Una buena organización de su red fluvial, con canales excavados aquí y allá y líneas ferroviarias establecidas en lugares estratégicos basta para articular sólidamente la Europa continental con Mesopotamia, e incluso con el valle del Indo. Con algunos regímenes fuertes que garanticen la estabilidad a lo largo de todo su recorrido, las vías terrestres son mucho más prácticas que las vías marítimas. Esta es nuestra pesadilla de insulares. ¿Qué sería de nosotros si el continente se federara orgánicamente en torno a una gran línea de comunicación que le enlazara con los recursos energéticos de Oriente Medio y las riquezas de la India? El mundo ya no nos necesitaría. Nos convertiríamos, para Europa, en lo que Islandia es para Escandinavia: una periferia inútil. ¡Nada más!

—Pero ¿dónde están los lazos objetivos entre Berlín y Delhi? —insistí.

—Estos lazos son bien reales, por desgracia. Si no me equivoco, hace una semana larga que está entre nosotros, ¿no es cierto? ¿Le es familiar ya el nombre de Subhas Chandra Bose?

—¿Bose? Creo que un oficial del servicio ha redactado una ficha sobre él. Es un independentista. Pertenece al Congreso Nacional Indio de Gandhi, pero sólo es una figura marginal, un teórico aislado. No un cabecilla.

—¡De ningún modo! ¡Se equivoca! No desestime la importancia de Bose. Su influencia no hace sino aumentar. Es un hijo espiritual de Tilak. Es decir que, a diferencia de Gandhi, Nehru o Patel, no es un adepto de la no violencia, sino todo lo contrario.

—¿Tilak? —pregunté, sin atreverme a rechazar el sospechoso punto que Hardens

me tendía.

—Un erudito. Especialista en los Vedas, muerto en los años veinte. Su prestigio es aún muy grande entre los intelectuales nacionalistas. Bose se inspira en su doctrina política y en su inclinación por la acción violenta. Ése es el personaje al que debemos vigilar de cerca ahora. A él, a sus lugartenientes y a los extranjeros que pululan en su entorno. No hablo de estos falsos diplomáticos del consulado general de Alemania en Calcuta, que no son más que unos informadores de tres al cuarto. No. Los que nos interesan realmente son los inclasificables, los francotiradores. A pesar de su origen civil, tiene usted rango de oficial a todos los efectos en este servicio, y yo ando escaso de personal activo. De modo que trabajará sobre el terreno. Vigilará a los contactos extranjeros de Bose. ¿Quiénes son? ¿Para quién trabajan? Eso es lo que quiero saber. El capitán Gillespie le dará los detalles mañana por la mañana. Ya está avisado. Hará su estreno con él. Es un hombre inteligente. Será un muy buen comienzo para usted...

Durante un instante me sentí incapaz de decir nada. Nunca me había planteado la posibilidad de pasar a primera línea. Abrumado y resignado, aplasté mi cigarro sin decir palabra y me despedí reglamentariamente de mi superior, con un nudo en el estómago. Ya había dado media vuelta cuando la potente voz de Hardens resonó a mi espalda.

—¡Tewp, una última cosa!

—¿Coronel?

—Creo que aún no he tenido ocasión de decírselo, y lo lamento... ¡Bienvenido a las Indias, teniente!

## UN SUPERIOR Y DOS SUBORDINADOS

Me costó bastante conciliar el sueño en el curso de lo poco que quedaba de esa noche. La peculiar conversación que acababa de mantener con Hardens, y, sobre todo, la noticia de mi nuevo destino como oficial sobre el terreno, me habían puesto los nervios de punta. Me sentía irritable, culpaba al mundo entero de mi situación. En mi descargo, y para explicar estos arrebatos, tal vez deba decir que, desde el día en que entré por primera vez en el cuartel general de la Firma, en Londres, apenas había tenido un momento de tranquilidad. Fue el 19 de enero de 1936 —lo recuerdo mejor que la fecha de mi llegada a las Indias—, el mismo día en que los diarios habían anunciado la muerte de Rudyard Kipling.

Después de cumplimentar unas breves formalidades, me habían destinado a un trabajo de oficina al que sólo con cierta mala fe se hubiera podido aplicar el calificativo de estimulante. Sin embargo, durante algunos meses me sentí allí, si no feliz, al menos perfectamente tranquilo. En esa época estaba persuadido de que iba a permanecer en ese puesto durante un período bastante largo, y en consecuencia empecé a fabricarme una vida personal a mi medida: simple y discreta, instalado en un pequeño apartamento amueblado que me alquilaba una viuda carente de curiosidad pero no fría. Disfruté sin problemas de este remanso de paz hasta que llegó el día en que me comunicaron mi traslado a las Indias. Pese a mis reticencias, finalmente resolví embarcar en la fecha señalada en el *Altair*, un paquebote civil que cubría la ruta de Calcuta.

A bordo, el calor y el porcentaje de humedad se hicieron cada vez más agobiantes a medida que progresábamos en nuestro periplo:

Mediterráneo, Suez, mar Rojo, mar de Omán, golfo de Bengala... Aquella atmósfera asfixiante, cargada de humedad, alteró mi organismo de la forma más enojosa que pueda imaginarse, obligándolo a habituarse en el dolor a presiones y ritmos que no eran los suyos. Esto me provocó trastornos sumamente desagradables que me obligaron a guardar cama durante la mayor parte de la travesía. Apenas abandoné mi cabina en todo el viaje, y mataba los ratos de vigilia leyendo lo que había podido encontrar en la biblioteca del paquebote: Scott, Wordsworth, Maturin, y también Saki y Jérôme...

De todos modos, esta situación no me entristecía. Dejar que la brisa marina curtiera mi rostro, posar mi mirada en el lejano horizonte, sondear las olas con la mirada..., nada de esto me resultaba indispensable. Lo cierto es que incluso me aburría. Al contrario que muchos ingleses, nunca me he sentido particularmente atraído por el océano. Tendido en mi litera me contentaba, pues, con tener por todo paisaje las páginas de mis libros, y dejé tras de mí, sin haberlas visto, las costas yemenitas de la «Arabia Félix» y las sombras azuladas de los acantilados de Ceilán...

Una noche de septiembre, justo al final de la estación de las lluvias, arribamos al puerto de Calcuta. En el muelle, me esperaba el oficial cartógrafo John Hume Ross. El retorno del *Altair* a las islas Británicas significaba su regreso a la metrópoli después de cuatro años en las Indias, y esta perspectiva le tenía tan excitado como a un niño en vísperas de la Navidad. El hombre me mostró mis aposentos, una habitación en el quinto piso de un acuartelamiento reservado a los oficiales solteros de diversos cuerpos, y me inició sumariamente en las particularidades del servicio colonial:

—No hay nada bueno que decir de este lugar, Tewp. Tanto en verano como en invierno hace un calor asfixiante. Las arañas son todas venenosas y los paniques te arrancan cada noche la mosquitera para chuparte la sangre. ¡Los locales son ineficaces, y los colegas, pretenciosos! Por si fuera poco, el alcohol, los cigarrillos y las prostitutas de buena calidad tienen precios imposibles. Si quiere distraerse, sólo el opio es asequible... Espero que lo pase bien, Tewp. ¡Yo me vuelvo a «Pompeya»!

Ése fue todo el discurso de bienvenida que me ofrecieron. En realidad, nada que pudiera servir de consuelo a un novato. Sin embargo, mis primeros días de colonial transcurrieron agradablemente. En Calcuta me ocupaba en trabajos de oficina muy similares a los que había ejecutado en Londres, y la idea de que el azar me hubiera hecho atravesar medio mundo para reproducir de un modo casi idéntico mi vida de ratita inglesa anónima y silenciosa acabó por parecerme divertida. Hasta que Hardens se fijó en mí y me anunció mi traslado al servicio activo. Desde luego, aquello me sorprendió. Me trastornó, incluso. Tendido en mi cama, con los ojos clavados en el techo, no conseguí dormirme hasta el alba, con las manos empapadas de sudor y el vientre crispado por la acidez...

Las oficinas del MI6 de Calcuta eran, después de las de Londres, las más importantes del Imperio, y agrupaban a toda una serie de servicios que si bien se encontraban muy próximos apenas se mezclaban entre sí. Aquél era un cuerpo de múltiples cabezas que no estaba animado por ningún pensamiento coherente; muchos decían que eso era sólo el reflejo de la personalidad del almirante Hugh Quex Sinclair, el actual director general de los servicios secretos, quien por lo visto no tenía el carácter ni el carisma de «C», su predecesor, el muy añorado sir Mansfield Cumming. Los diferentes departamentos que componían el armazón de nuestro servicio se encontraban esparcidos al azar por una inmensa ciudad reservada que se extendía en las afueras, que, además de tener el mayor hospital militar del subcontinente, albergaba a un regimiento de artillería, otro de infantería indígena, destacamentos variados procedentes de diversas colonias y algunos pequeños cuerpos aislados, como la policía militar o unidades motorizadas y de ingenieros. Más apartados, en las proximidades de un terreno baldío, unos monstruosos hangares de chapa constantemente sobrecalentados rebosaban de armas, municiones y carburantes. A

cambio del derecho a recuperar los restos de la cantina, unos chiquillos medio desnudos se acercaban cada día hacia el mediodía a regar, y de ese modo bajar unos grados simbólicos la temperatura interna de los arsenales. Los tres bloques administrativos que regían el conjunto de la vida del campamento habían sido colocados a gran distancia unos de otros, de forma aleatoria y sin preocuparse en absoluto por la eficacia, ya que era extraño que un mismo servicio tuviera todas sus oficinas en el mismo edificio. Por desgracia, la Firma no constituía una excepción a la regla. Hardens y su secretariado estaban instalados en un gran edificio de cinco plantas, conocido familiarmente con el nombre de Grandes Apartamentos, con muchas similitudes con todos los estados mayores; pero el departamento de cifrado y los archivos se encontraban en otra construcción muy alejada, La Toldilla, mientras que mis iguales, los oficiales subalternos, tenían sus oficinas en un tercer acuartelamiento, geográficamente situado en la zona opuesta a los dos primeros. Se había bautizado familiarmente a este bloque con el nombre de Tonel de Nelson, sin duda por su arquitectura vagamente circular, que había debido recordar a alguien la anécdota del retorno del cuerpo del almirante a Londres después de que hubiera recibido una bala francesa en Trafalgar: para evitar la descomposición del cadáver, los marinos decidieron sumergir el cuerpo del lord en lo más hondo de un barril de ron.

En este edificio, en el primer piso de un antiguo palacio de maharajá hábilmente reconvertido en establecimiento militar, mitad cuartel, mitad oficina, se encontraba instalado con sus subalternos el capitán Odet Gillespie. Este ocupaba, con sus dos primeros subordinados, los asistentes Francis Edmonds y Marcus Mog, una inmensa habitación de trabajo que hubiera podido contener, en condiciones aún muy aceptables, a cinco o seis personas más. Era un local tranquilo y fresco, de techo alto, con hermosos frisos morunos adornados con estucados y molduras. Fijados a las cuatro anchas ventanas, unos paneles de madera con calados tamizaban la luz cruda del exterior y sombreaban agradablemente la habitación. La sala tenía vistas a un pequeño parque a la inglesa, con ondulaciones arboladas y parterres mantenidos por jardineros indígenas, que actuaban bajo la inflexible dirección de un exbotánico de los invernaderos reales. Había cierto carácter monástico en ese paisaje. Una dulzura, una compunción, que contrastaba con la atmósfera general del campamento, evidentemente más ruda, más acorde con la naturaleza militar del lugar. Gillespie, sin embargo, no tenía nada de bondadoso padre abad. El capitán era un hombre bastante brusco, rayando en la descortesía, frío en todo caso, que debía de tener una decena de años más que yo, treinta y cinco o treinta y ocho a lo sumo. Era bastante alto, y prestaba especial atención a mantenerse siempre muy erguido, casi rígido. En su rostro de rasgos finos, con una nariz estrecha y un poco larga, pómulos altos y hermosos dientes blancos, unos ojos marrón claro y una barbita puntiaguda de color miel le conferían un aire de fauno atormentado, seco y nervioso, poco habituado a bromear.

—La información no es un asunto de hombres civilizados, Tewp. ¡No, decididamente no es una materia propia de espíritus refinados! Tendrá que acostumbrarse a eso. Lo que espero de usted es personalidad, iniciativa, entrega, y que mantenga la cabeza sobre los hombros en cualquier circunstancia. ¿Me explico o es usted lento de entendederas?

—No. Creo que le comprendo, capitán.

—¿Lo cree? Lo celebro, porque odio repetirme. Ahora le presentaré a los asistentes Mog y Edmonds. Trabajarán con ellos, y dado que usted tiene un rango superior, se encontrarán en parte bajo sus órdenes. Creo conveniente advertirle de que están al corriente de su llegada y de que no parece que esto les haya agradado demasiado. Por mi parte, estimo natural su reacción. Deberá ganarse el respeto de sus subordinados y ésta será una parte importante de su buena implantación entre nosotros. ¿Le ha hablado el coronel Hardens del personaje que ocupa nuestros pensamientos en este momento?

—Chandra Bose, mi capitán —dije bajando inconscientemente el tono, como si en las paredes afloraran por todas partes orejas indiscretas, pendientes de nuestra conversación.

—Bose, sí... Todo un personaje... Un tipo inteligente. Muy inteligente, sin duda. Sabe lo que quiere y no teme hacerse detestar.

¡No le predigo una muerte de patriarca, eso está bien claro! Pero aún no hemos llegado a este punto... Algunos de nuestros colegas le vigilan de forma muy especial pero, por el momento, no considero útil que conozca su identidad. Operan a cubierto, sabe...

—Desde luego —dije tratando de adoptar el tono de un perro viejo del Servicio de Inteligencia, aunque en cierto modo ofendido por esa falta de confianza.

—Aquí no nos ocupamos directamente de Bose, sino de las personas de su entorno. Y entre ellas, voy a asignarle un caso periférico pero tal vez bastante interesante... Creo que Hardens ya le ha informado de que algunos extranjeros rondan en torno a él...

—En efecto, mi capitán. Mencionó a una griega y un italiano.

—Sí. Disponemos de expedientes bien nutridos sobre ellos. Incompletos, es cierto, pero sabemos más o menos de dónde obtienen sus recursos y cuáles son sus ocupaciones. La griega es una exaltada y el italiano está medio senil. No hay mucho que temer por este lado. Sin embargo, una figura nueva acaba de hacer su aparición. Se trata de una austríaca. Una mujer joven que, por lo que dicen, habla un inglés con un marcadísimo acento americano, lo que resulta curioso. Y también tiene un nombre peculiar... Todo lo que sabemos de ella por el momento se encuentra en este expediente...

Gillespie extrajo de un cajón de su escritorio una delgada carpeta de cartón, la deslizó ante mí y me animó con un gesto a cogerla. La abrí y hojeé las pocas páginas que contenía. Reconocí unos formularios de entrega de visado y de permiso de

residencia temporal y una ficha de entrada en el territorio con fecha del 25 de agosto anterior. Esa joven había llegado a Calcuta apenas un mes antes que yo...

—Ostara Keller —recitó Gillespie mientras yo recorría el expediente con la mirada—. Nativa de Graz, en la Estiria austríaca, veintitrés años, periodista fotógrafa en *Der Angriff*, un periódico lanzado con un gran despliegue de medios por Goebbels hace nueve años que sería el equivalente del Times si su comité de dirección y una buena parte de sus redactores no poseyeran el carné del Partido Nacionalsocialista... Aún no sabemos si éste es asimismo el caso de la señorita Keller. Cabe suponer que sí, aunque no sea de nacionalidad alemana. ¡Después de todo, el tío Adolf es austríaco también y eso no le impide hacerse elegir por los *Krauts*! Sea como fuere, todos los papeles de la chica están en regla. Se aloja en el hotel Harnett y, desde su llegada, se ve con Bose con cierta regularidad, más o menos una vez por semana. Oficialmente realiza una serie de entrevistas con él. Lo hemos verificado, y, en efecto, *Der Angriff* publica actualmente crónicas consagradas a la India y a los principales personajes políticos nativos firmadas por ella. Pero sus artículos son cortos y no le deben ocupar todo su tiempo. ¿Qué hace aparte de eso? ¡Misterio! ¡Y esto es lo que usted va a descubrir, Tewp! Nos informará de ello, porque quiero que siga a esta joven. Día y noche. No la suelte antes de saber qué ha venido a hacer aquí en realidad. Sin excluir la posibilidad de que sea una simple periodista, evidentemente. ¿Algún comentario al respecto?

Así, por sorpresa, no me vino a la cabeza ninguna pregunta, y balbuceé un «no» indeciso que hizo que Gillespie me dirigiera una mirada torva en la que podía leerse una evidente desconfianza en la efectividad de mis capacidades profesionales. De todos modos, el capitán se esforzó en adoptar un aire tranquilizador.

—Bien. En este caso puede empezar por instalarse al abrigo de este biombo para estudiar el expediente con calma. Hay un despacho que le espera. En adelante, ésta será su casa. Celebraremos una reunión conjunta en cuanto lleguen Edmonds y Mog.

Me di la vuelta. En el rincón opuesto al que ocupaba Gillespie, distinguí un viejo biombo de laca negra adornado con unas figuras de vago estilo japonés esbozadas con trazos de oro. Detrás de él encontré una mesa de hierro con la superficie alabeada, una silla rudimentaria y un archivador de cortina cubierto de polvo. Me instalé y limpié por encima la mesa y la silla, pero tuve que batallar un buen rato para abrir el archivador, visiblemente deformado. Recogí de su interior un puñado de hojas de papel amarillentas, despejé con la mano la borra que se había acumulado en los compartimentos, y, una vez hecha la limpieza, concentré mi atención en el estudio del caso Keller.

Como me había advertido Gillespie, los datos que poseíamos sobre la mujer en cuestión eran escasos y consistían esencialmente en copias de documentos administrativos procedentes de los servicios de inmigración. Releí, esta vez atentamente, su ficha de entrada en el territorio: Ostara Keller, austríaca, nacida el 25 de octubre de 1913 del matrimonio formado por Althus Keller y Sabrina, nacida



Ginter. Profesión: reportera fotográfica, 5 pies, 7 pulgadas<sup>[1]</sup>, cabellos rubios, ojos verdes. Señales particulares: ninguna. Garante de moralidad: señor Von Salzmann, cónsul de Alemania en Calcuta... Sólo había una telefotografía *Belin* de mala calidad para ilustrar la descripción, una foto oscura, terriblemente borrosa, que no permitía hacerme una idea de la persona de la que iba a ocuparme. Aquello me disgustó, porque siempre he pensado que el físico dice mucho de una personalidad. Su forma de andar, el timbre de su voz, el porte de la cabeza, el modo de peinarse... Eso era lo que quería saber de Keller, más que su fecha de nacimiento o el nombre de sus padres. Había llegado a este punto en mis reflexiones cuando aparecieron Francis Edmonds y Marcus Mog, que no me causaron, de entrada, mejor impresión que Gillespie.

Edmonds era un coloso grueso y pesado que se movía despacio. Se le oía jadear continuamente, porque mantenía siempre la boca abierta para dar un máximo de aire a su gran cuerpo forrado de grasa. A su lado, Mog parecía tan delgado como una hoja de papel. Y también su piel tenía el color del papel. Yo no sabía si la preservaba deliberadamente de toda exposición al sol o si esta peculiaridad se debía a alguna deficiencia; pero lo cierto era que le daba un aire de cadáver francamente penoso. Después de unas presentaciones reducidas a su más simple expresión, los tres cogimos una silla y nos sentamos en torno al escritorio del capitán, que inició sin más ceremonias un nuevo *briefing*.

—Señores, no perderé el tiempo en preámbulos. Dado que el coronel Hardens ha expresado claramente ese deseo, usted, teniente Tewp, asumirá en parte las riendas del expediente Keller. Mog y Edmonds le asistirán sobre el terreno. Su primera tarea consistirá en seguir a esta joven durante los próximos días. Luego seleccionaremos las informaciones que haya recogido y a continuación reflexionaremos sobre el modo de proceder según el resultado de la pesca. No tengo consignas particulares que darle, porque no creo que esta operación nos reserve ninguna sorpresa desagradable... Ahora le toca a usted decidir. Díganos cómo piensa enfocar el asunto...

Todas las miradas se posaron en mí. Tres pares de ojos militares que esperaban que les deslumbrara. Balbuceé:

—¿Que cómo pienso enfocararlo, capitán? ¿En qué sentido?

—¡Mog y Edmonds esperan sus órdenes, amigo mío! Supongo que sabrá qué tareas quiere encomendarles.

Hasta ese instante no comprendí en su justa medida lo absurdo de la situación en que me encontraba: convertido en oficial por convención y prescindiendo de los procedimientos habituales, en agente del MI6 a través de manipulaciones y decretos, en colonial por azar y no por necesidad, ya hacía tiempo que yo no era dueño de mí mismo en ningún aspecto. Como un títere manipulado por un artista torpe, debía dibujar figuras para las que mi morfología no estaba hecha, ejecutar números para los que no estaba preparado, cumplir misiones de las que no sabía nada, y, sobre todo, y muy especialmente, hacer que me obedecieran hombres que no sólo tenían mucha

más experiencia que yo, sino que además se habían ganado sus galones honestamente con el sudor de su frente. Hubiera debido actuar con franqueza ante Gillespie y confesarle que no me sentía a la altura de lo que me pedía. Durante un instante, se desató una lucha en mi interior. No la de un bien contra un mal, la de un ángel contra un demonio, sino más bien un combate entre dos tentaciones igualmente condenables: la facilidad de la renuncia contra el vértigo de lo desconocido. Así, sentado al borde del abismo, observé cómo se enfrentaban estos dos diablos. Y luego, de pronto, uno de ellos, no sé por qué, se impuso definitivamente al otro. Pasando sin solución de continuidad del silencio a la elocuencia, me puse a hablar.

—Sí, capitán, sé lo que tenemos que hacer —dije, imbuido de un ardor insólito en mí—. Propongo que actuemos en torno a dos ejes. El primero es un simple seguimiento, en el que intervendrán básicamente nuestros intermediarios locales. Lo organizaremos de manera sistemática a partir de mañana. El segundo eje es... El segundo eje consiste en... en... En fin, el segundo eje...

La inspiración se agotó de repente. Sin ninguna idea acerca de lo que podía ser este segundo eje que prometía entre un gran despliegue de miradas al cielo y ademanes excitados, no tuve más remedio que dejar la frase en suspenso. Al ver que me limitaba a improvisar y que no hacía más que bracear en el aire, Gillespie se irritó.

—Ya hemos comprendido que existe un segundo eje, Tewp. Ahora que estamos suficientemente preparados para recibir esta idea, revélenos en qué consiste, si es tan amable...

Me sonrojé. Ya no sabía qué decir. Las palabras salieron mecánicamente de mi boca.

—Bien, el segundo eje es evidente... el registro puro y simple de la habitación de la señorita Keller. De hecho creo que podemos empezar por ahí y concentrarnos en este problema desde ahora mismo... ¡Eso es todo!

Mis pulmones, comprimidos por el nerviosismo, liberaron al final de mi discurso un inacabable hilo de aire que los despejó de golpe. Encantado con mi pequeña hazaña, me incliné hacia atrás, crucé muy ufano los brazos sobre el pecho y dirigí una mirada de satisfacción a mi alrededor, seguro de haber respondido con brillantez a las esperanzas de Gillespie. Pero, en lugar de relajarse, los tres rostros que me rodeaban adoptaron una expresión más hosca si cabe. ¿Qué había dicho que fuera tan incongruente? Después de unos segundos interminables, Gillespie rompió el silencio.

—Ha hablado usted de intermediarios locales que intervendrían en el curso de su... primer eje. ¿En quién está pensando exactamente?

La pregunta me sorprendió.

—Bien, tenemos confidentes entre la población, ¿no? Como la policía tiene los suyos... Vamos... supongo...

Los tres hombres se miraron, y luego Mog bajó los ojos con aire afligido, mientras Edmonds no se esforzaba en disimular sus ganas de reír. Gillespie replicó:

—Supone usted mal, Tewp. Ya hace tiempo que no colaboramos con los nativos de por aquí. O mejor dicho, son ellos los que ya no colaboran con nosotros. Los artesanos, los niños de la calle, los criados, los conductores de *rickshaw*..., todos los desarrapados locales están encantados de poder ganarse unas rupias ofreciendo sus servicios a otros y perjudicando a Inglaterra. Todos estos adoradores de vacas sólo están esperando el momento de apuñalarnos por la espalda, sabe... Incluso aquí, en el propio seno del ejército. Usted acaba de llegar y tal vez sea normal que aún no haya sido advertido, pero permítame que le hable con toda franqueza, Tewp: ocurra lo que ocurra, cualesquiera que sean las circunstancias, jamás se fíe de un indígena. Si no es para hacer que le enceren los zapatos o para darles una patada en el culo, le aconsejo que ni siquiera les hable. De todos modos es tiempo perdido con esos cerdos.

El argumento de aquel discurso me dejó perplejo. ¿Qué se podía responder a algo así? Ni una palabra franqueó mis labios. Al ver que permanecía callado, Mog, con su voz cansina, trató de explicarse:

—Sabe, teniente, nuestros predecesores ya lo intentaron, en otro tiempo, pero pronto se dieron cuenta de que esta gente no era de fiar. Daban falsas informaciones, o incluso ninguna información en absoluto. ¡Unos monos hubieran sido más dóciles y más eficaces!

Los otros dos asintieron riendo.

—Sí... tal vez —dije incómodo—. ¿Quieren decir con eso que nunca trabajan con confidentes? ¿Cómo se las arreglan, entonces, cuando tienen necesidad de conseguir información?

—Nos las arreglamos solos, Tewp. También usted aprenderá a hacerlo así. Ahora sugiero que Mog y Edmonds vuelvan a sus deberes. Aún tienen que acabar algunas tareas antes de consagrarle todo su tiempo.

Después de un breve saludo, los dos suboficiales se despidieron, dejándome a solas con Gillespie. No sabiendo ya en qué ocuparme, decidí dirigirme a los archivos para ver si encontraba algún ejemplar del famoso periódico *Der Angriff* y descubría el nombre de Keller en algún sitio en la orla o el pie de una fotografía. Un ordenanza me trajo la colección casi completa del último trimestre del periódico alemán, bien guardada en una caja de cartón, y no tardé mucho en encontrar una referencia a la señorita Keller.

En los números de principios de agosto, en los que aparecían titulares sobre los Juegos Olímpicos de Berlín, descubrí por primera vez el nombre de Ostara Keller citado en los epígrafes de algunas fotografías que ilustraban diversas pruebas deportivas. No encontré nada más, pero pude constatar que todas las fotos eran de una excelente factura. El encuadre era siempre original, y el sentido de la luz y de la composición revelaba una auténtica sensibilidad, un genuino talento. Este primer descubrimiento me sirvió para redactar la introducción de mi informe a Gillespie. Si bien era posible que la razón de la presencia de Keller en Calcuta fuera la agitación política, no era menos cierto que la austríaca era una auténtica profesional del ramo,

capaz de efectuar un trabajo de calidad. Finalmente, en un número más reciente, encontré dos páginas completas consagradas a su primer reportaje sobre las Indias. Aun con mis escasos conocimientos de alemán, concluí que el acontecimiento se anunciaba al lector con cierta solemnidad. En primer lugar, porque era uno de los primeros reportajes de ultramar que encargaba *Der Angriff*; luego, porque el periodista era una mujer muy joven y, por último, porque ésta llevaba consigo una cámara fotográfica que permitía tomar fotografías en color y eso constituía una novedad en la prensa de gran tirada, un hecho que se resaltaba con insistencia en el artículo. En efecto, de la media docena de fotos repartidas en estas dos páginas, cuatro eran en color. Desde luego, los tonos eran pálidos, poco brillantes, pero su luminosidad no tenía parangón con la cromática mate de las fotografías coloreadas a mano que servían a veces, entre nosotros, para ilustrar los grandes acontecimientos en los periódicos de dos chelines. Los temas de las fotos tenían sólo un interés relativo, de orden turístico como mucho, pero inmediatamente, aun tomadas con una técnica diferente, reconocí en ellas el estilo de Keller. Era evidente que la joven poseía una sensibilidad de artista.

## UN TÉ EN EL HARNETT

A pesar de los esfuerzos sinceros que realicé para dominar mi desagrado, nunca conseguí habituarme a la presencia del dúo Mog y Edmonds a mi lado. No se limitaba tan sólo a que la delgadez y el silencio obstinado del primero me hicieran sentir tan incómodo como la redondez del otro, sino que continuamente podía leer con claridad diáfana en sus ojos la desconfianza y el desprecio. No creo que fueran elucubraciones mías. De hecho, creía comprender lo que mis subordinados podían sentir al tener que recibir órdenes de un hombre de superior graduación pero mucho más joven que ellos, sin experiencia concreta y surgido, no del escalafón, no de la gran escuela militar de Sandhurst, sino de la sociedad civil. En su lugar, tampoco a mí me hubiera gustado tener que obedecer a un novato. ¿Qué hice para superar este déficit de partida? Evidentemente lo único que no debía hacer: adopté una actitud rígida y quise aparecer más fuerte de lo que era.

La primera tarde de nuestra colaboración transcurrió, sin embargo, plácidamente. Los tres establecimos el plan de nuestros turnos de vigilancia en torno al hotel Harnett, uno de los tres o cuatro mejores establecimientos de la ciudad, mientras nos lanzábamos sonrisitas por encima de la mesa y nos dirigíamos cumplidos dignos de una reunión de viejas damas a la hora del té. Les pregunté sobre el tiempo que tenían disponible, quise saber si tenían una vida hogareña o alguna traba en especial — médica, por ejemplo— que les obligara a mantener unos horarios precisos. Ciertamente, querer sonsacarles una información de este tipo y tenerla en cuenta para establecer los turnos de guardia fue un burdo error por mi parte. En sus relaciones con sus subordinados, un superior no debe transigir y dar prioridad a los intereses particulares en detrimento de las cuestiones del servicio. Así me lo habían enseñado; pero en esta ocasión, cometí un pecado de ingenuidad al creer que podía comprar la simpatía de los dos suboficiales con pequeñas concesiones y olvidé esta regla elemental que también me había recordado Odet Gillespie: jamás, en ninguna circunstancia, se compra el respeto. El respeto se impone. Y si no se consigue es, sencillamente, porque no se tiene talla suficiente para estar al mando.

El caso es que esa tarde, después de algunos intercambios de sonrisas melosas perfectamente artificiales, conseguimos establecer un marco de vigilancia más o menos coherente. El lanzamiento de la campaña estaba previsto para el día siguiente. Puesto que me habían encargado asumir la dirección de las operaciones sobre el terreno, juzgué prudente acompañar al asistente Edmonds, al que correspondía el primer turno de guardia. Luego estaba previsto que yo efectuara el segundo turno solo, antes de que Mog me relevara y la mecánica cogiera velocidad de crucero.

—Pasaré a recogerle mañana por la mañana a las seis ante su alojamiento, teniente —me había dicho Edmonds al salir de las oficinas de Gillespie—. Me

encargaré de que nos asignen un vehículo civil y empezaremos nuestra guardia. Trate de llevarse algo de beber. La espera nos dará calor.

Como aún no era demasiado tarde y no tenía ganas de ir a dormir, fui a cenar en el primer servicio del comedor de oficiales y luego resolví ir a sentarme en el cine del cuartel. Mientras atravesaba el campo de maniobras que separaba las dos edificaciones, me crucé con un destacamento de gurkhas<sup>[2]</sup> que volvía de realizar prácticas militares. Yo no sabía adonde les había llevado su mayor, pero el hecho es que los nepaleses estaban lívidos, llenos de barro desde la punta de las botas hasta la raíz de los cabellos. Sus ojos fruncidos indicaban que no habían dormido desde hacía tiempo. A pesar de aquellos evidentes síntomas de agotamiento, los soldados regresaban al cuartel manteniendo un orden impecable, marcando el paso rítmicamente y cantando a voz en cuello *My Bonnie*, el himno que el oficial superior había elegido para su compañía. Durante un instante miré con envidia a esos hombres de rostro curtido por el sol de la India oriental, con el cuerpo afinado por las maniobras rutinarias en campo abierto. ¿Quién hubiera podido decir que este país era un jardín que no sabíamos conservar? Al verles puse en duda las opiniones fatalistas del coronel Hardens, aparentemente persuadido de que correspondía a nuestra generación hundir el navío de la herencia colonial dado que no estábamos ya en situación de transmitirlo intacto a las generaciones venideras. Por mi parte, ponía en tela de juicio que la situación fuera tan negra como la pintaba. En el cine daban *London after Midnight*<sup>[3]</sup>, y la absoluta inverosimilitud de la película me pareció tan insoportable que abandoné la sala mucho antes del desenlace de la intriga, prefiriendo volver a mi cama, donde por fin me hundí en un sueño pesado.

A la mañana siguiente, a las seis, encontré, tal como habíamos acordado, a Edmonds al volante de un gran Chevrolet negro que esperaba ante mi acuartelamiento. No sabía por qué, pero inmediatamente percibí algo extraño en su persona, algo distinto que no me explicaba pero que le desmarcaba de la primera impresión que había tenido de él el día precedente. En su mano, que asomaba por el vidrio bajado de la ventanilla, sostenía un cigarrillo que se consumía sin que se lo llevara a los labios. El asistente dio un respingo y puso los ojos en blanco cuando me vio llegar. Tras saltar de su asiento, me saludó mirándome con cara de pasmo.

—¿Algún problema, Edmonds? —le pregunté.

—Mi teniente, con todos los respetos, no creo que sea prudente que se desplace vestido de este modo.

—¿Vestido cómo? ¿Qué quiere decir, Edmonds?

Bajé los ojos hacia mi impecable uniforme, alarmado al pensar que pudiera faltar un botón o que hubiera quedado a la vista algún inoportuno desgarrón.

—Mi teniente, una operación de seguimiento exige discreción. Sería mejor que se vistiera con ropa civil. Como yo.

En efecto, Edmonds llevaba un traje de lino blanco, lo que había transformado su aspecto radicalmente y era la causa de la sensación de extrañeza que me había asaltado al verle. Sentí que me ruborizaba. El asistente llevaba razón. ¿Cómo había podido ser tan idiota para vestirme con esa guerrera y calarme en la cabeza esa gorra que llamaba la atención a cien yardas? Tras balbucear una mala excusa, subí a todo correr a mi habitación, me cambié tan deprisa como pude, y finalmente, vestido con uno de los pocos trajes civiles que tenía, me instalé junto al gordo suboficial, que hizo arrancar el vehículo entre una nube de polvo.

En esa época había dos Calcutas. Dos ciudades diferenciadas que se hacían llamar con el mismo nombre.

En primer lugar, estaba la Calcuta del pueblo, con sus callejuelas estrechas, sus barrios de artesanos, sus arrabales... Una gran ciudad con trescientos años de antigüedad adonde afluían cada día decenas de miles de campesinos para vender grano, volatería, legumbres, fibras textiles y qué sé yo qué más. La Calcuta de los templos y las tradiciones, una ciudad que tenía un alma, una respiración y una personalidad única.

Y además existía la otra ciudad, la de los europeos. Evidentemente, los británicos constituían una aplastante mayoría, con familias de coloniales instaladas en algunos casos desde hacía cinco o incluso seis generaciones; pero también podían encontrarse comerciantes italianos o griegos, industriales belgas o franceses, algunos plantadores holandeses, portugueses, exportadores americanos... ¿Cuántas personas representaba esto exactamente? Soy incapaz de precisarlo. Tal vez quince mil. En ningún caso más de veinte mil. Veinte mil colonos occidentales, hombres activos, mujeres, niños y ancianos, perdidos en medio de una incontenible oleada de indígenas que crecía exponencialmente. Con sus líneas de tranvía, su red de alcantarillado, sus cables eléctricos y su central telefónica, la Calcuta de los europeos no presentaba, a fin de cuentas, grandes particularidades en relación con otras ciudades coloniales del Imperio. Un viajero poco atento hubiera podido confundirla fácilmente con los barrios reservados del Cabo o de Singapur. No era más que una sucesión de amplias avenidas, de edificios elegantes que albergaban a familias acomodadas, residencias de lujo, bancos, teatros, compañías de seguros, gabinetes de hombres de negocio internacionales, de notarios, de abogados, edificios consulares de casi treinta nacionalidades... Esta Calcuta no pertenecía a la India. Excepto alguna rarísima excepción, no habitaba allí ningún autóctono que no fuera, de un modo u otro, sirviente o dependiente. No había mendigos, niños ni perros vagabundos. Y muy pocas ratas. La zona estaba protegida de la India auténtica, de la India viva. Los únicos nativos tolerados aquí eran los criados, que vestían al modo occidental y hablaban en su mayoría un inglés bastante mejor que el que puede escucharse en los arrabales de Londres.

El hotel Harnett estaba situado en una plaza bien comunicada, en el cruce de dos avenidas residenciales. Aparcados en una calle lateral, disfrutábamos de una buena

visión de la entrada del establecimiento. Unos empleados estaban limpiando los escalones con abundante agua, mientras una sucesión de repartidores entraba en el hotel llevando diarios y paquetes. Un portero vestido con un traje indio de fantasía —telas de colores brillantes, galones y turbante— hacía guardia junto a la puerta giratoria y observaba los alrededores con aire circunspecto. Su mirada se detuvo a nuestra altura.

—Este pollino ya nos ha detectado —dijo Edmonds sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo.

—¿Es un problema?

—No creo. No nos impedirá hacer lo que tenemos que hacer.

Dudo que la chica haya sobornado a todos los empleados del hotel para que la informen de posibles movimientos sospechosos.

Y aunque así fuera, esto hará que la vigilancia sea... más deportiva. Nada más.

—No parece que esto le preocupe demasiado —dije, tomando nota una vez más del fatalismo de mi compañero.

—No. De todos modos, si la cosa se complica, será usted quien corra. No yo. Soy demasiado viejo y estoy demasiado oxidado.

Y demasiado gordo también...

Me abstuve de hacer ningún comentario y él no intentó relanzar la conversación. Así empezó nuestra primera espera, en medio del calor y en el silencio. Ni él ni yo teníamos ganas de hablar. El sol ascendió en el cielo. Era un hermoso día de principios de otoño. No pasó absolutamente nada antes de las nueve. Ningún cliente salió ni entró. Hacía tiempo que los limpiadores habían acabado de fregar la escalinata de mármol del hotel, los jardineros habían guardado sus podaderas y los recaderos habían dejado todos sus paquetes al encargado de la recepción. Hacia las nueve empezaron a salir parejas. Y también algunas personas aisladas.

—Ahora se pondrá un poco difícil —me dijo Edmonds—. No podemos dejarla escapar. Si es que realmente ha pasado la noche en su habitación y se digna salir hoy.

—¿Y si no es así?

—Bien, en ese caso habremos perdido el día, lo que no complacerá demasiado a Gillespie. Pero no será la primera vez que nos ocurre. Abra bien los ojos, teniente, porque yo tengo una idea tan confusa como usted del aspecto que tiene esta mujer...

—¿Qué ocurrirá si nos equivocamos de chica?

—Pues... a Gillespie le disgustará, pero tampoco será la primera vez que ocurra —repitió Edmonds cacareando de placer, como si en ese instante le asaltara un recuerdo preciso.

No tuve ganas de seguir investigando. Pasó media hora larga sin que ni Edmonds ni yo juzgáramos útil hablar. Disponíamos de un buen ángulo de observación, pero de todos modos no estábamos muy cerca del Harnett y había que tener buena vista para distinguir los rasgos de quienes salían del hotel. Como no quería que Keller se me escapara, tenía los ojos desorbitados a fuerza de mirar intensamente hacia ese rincón



de paisaje en el que concentraba toda mi atención. Ya me disponía a hacer un comentario sobre la necesidad de que nos equipáramos con unos prismáticos para la próxima sesión, cuando Edmonds me dio un fuerte golpe en el pecho con el revés de la mano.

—¡Por todos los demonios! —dijo con un estremecimiento que hizo temblar todas sus grasas sobre el asiento del coche.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —dije, sintiendo que mi corazón se aceleraba.

—Este tipo que sube las escaleras para entrar en el Harnett. Le conozco.

—¿Quién es?

—Küneck. Un alemán de Delhi. Oficialmente, un pequeño industrial expatriado. Oficiosamente, el jefe del SD Ausland para todo el subcontinente indio y la Cochinchina francesa.

—¿El SD Ausland? —pregunté, confesando así ingenuamente mi ignorancia.

Pero esta laguna en mi cultura sobre la información debía de ser tan monumental que Edmonds ni siquiera la percibió y se contentó con seguir como si nada.

—Sí, sí, el SD, los servicios de información de su partido en el poder. No los del ejército regular. ¿Por qué vendrá ese Kraut a arrastrar sus polainas por estos barrios? Tendría que ir a ver, teniente. Yo ya me he cruzado con él. Me reconocería y lo fastidiaríamos todo-La perspectiva de tener que seguir a un espía alemán no me hacía la menor gracia, pero en algún momento tenía que empezar a poner a prueba mis aptitudes para trabajar sobre el terreno. «Debe ganarse el respeto de sus subordinados; esto constituirá una parte importante del éxito de su misión», me había advertido Gillespie. Pues bien, había llegado la hora de la verdad. Ya no había forma de escurrir el bulto. Ahora la cosa iba en serio. Con la garganta seca, abrí la portezuela, me alisé apresuradamente el traje arrugado y crucé la calle con la mayor naturalidad posible. Subí la escalera del hotel en dos zancadas y empujé el batiente de la puerta giratoria como si fuera un cliente habitual del establecimiento. Era cosa sabida que el Harnett no se distinguía precisamente por ser el mejor hotel de la ciudad, e incluso creo que un día oí decir que sólo era un lugar de primera categoría para gente de segunda categoría; sin embargo, en mi vida había visto tanto lujo, tanta elegancia, tanto refinamiento en la decoración. Las maderas, saturadas de cera, resplandecían como si acabaran de barnizarlas, los cobres brillaban más que los de un crucero de lujo y las alfombras eran tan gruesas que ahogaban cualquier ruido. Busqué con la mirada al tal Küneck, pero no lo vi por ninguna parte en el vestíbulo. Un pórtico conducía a una sala restaurante donde había algunas personas desayunando. Entré. Küneck estaba allí, sentado a una mesa, encargando el desayuno. En mi intento por encontrar una posición discreta que me permitiera, al mismo tiempo, observar bien a mi objetivo, fui a instalarme detrás del alemán, cogiendo al paso un periódico para disimular. Küneck no pareció prestarme atención en ningún momento. Esperé aún unos minutos simulando estar interesado en un artículo cualquiera. Cuando volví a levantar la mirada, una mujer se había sentado frente al

alemán. He dicho una mujer, pero hubiera sido más exacto decir una joven, o incluso una muchacha. Era bastante alta, rubia, fina, con unos rasgos que coincidían con los de la telefotografía que había visto en las oficinas de Gillespie; estaba seguro de que era ella: Ostara Keller. Ya no había duda posible: de un modo u otro, *miss* Keller apuntaba efectivamente a una agencia de información de una potencia rival.

Desde donde me encontraba, la pareja no tenía una visión directa sobre mí, aunque cabe decir que en ningún momento trataron de mirar en mi dirección. La contrapartida de esta posición discreta era que me resultaba imposible captar ni una palabra de su conversación, y con mis casi nulos conocimientos de alemán, de nada me hubiera servido leer en sus labios. Me concentré en observar detalladamente a Keller. Por lo que podía ver, era muy joven, casi una niña aún, aunque sus ropas y sus modales, muy reservados, la envejecían un poco. Tenía un aire fresco, sorprendentemente inocente, y parecía tan joven —diecisiete o dieciocho años, tal vez—, que era imposible pensar que podía tratarse de una espía. Uno podía imaginarla fácilmente pasando el día ocupada en arreglarse, acudir a espectáculos, oír música, en todas las futilidades habituales que conforman la vida de una señorita de buena familia al salir del colegio. Con los rasgos de ambos bien grabados en mi mente, juzgué que lo más prudente era adelantarme y abandonar el restaurante antes de que ellos se eclipsaran. Eligiendo los rincones en sombra, abandoné el hotel y volví al coche para reunirme con Edmonds. Esparcidas por el suelo, junto a la portezuela, por donde seguía sacando el brazo, un montón de colillas indicaban cómo había empleado el tiempo de espera. El asistente sujetaba, torpemente oculta entre sus muslos, una botellita de alcohol.

—¿Y bien, teniente? ¿Se ha tomado su tiempo! ¿Ha visto algo? —me susurró.

—Por si le interesa saberlo, su Küneck ha desayunado en compañía de Keller. Y parecía que tenían muchas cosas que decirse, tanto que aún están en ello.

—¿Está seguro de que es la Keller, y no otra persona?

—Era ella. A menos que tenga una hermana gemela. Pero no he podido oír lo que decían. Estaba demasiado lejos. Y hablaban en alemán... Pero... ¿por qué no me habla usted de Küneck, ya que parece conocerlo tan bien?

El suboficial se encogió de hombros.

—En realidad no creo que sepa mucho más que usted. Es el representante en jefe de los servicios secretos del Partido Nacionalsocialista. No las redes del ejército, ya me entiende, sino del SD Ausland, la agencia exterior de Heydrich...

—Sí, sí, sé perfectamente lo que es el SD Ausland —mentí, aunque empezaba a comprender de qué se trataba.

—Bien. Se supone que este tipo posee una pequeña fábrica de pasta de papel en Delhi. Allí tiene su base de operaciones. Se des7 plaza en ocasiones excepcionales. Son sus agentes los que acuden a él para presentar sus informes. Y ya que hablamos de eso...

Edmonds interrumpió su frase para retorcerse en todos los sentidos en su asiento

y lanzar miradas intensas a nuestro alrededor. Sus gesticulaciones provocaron que la suspensión del Chevrolet gimiera y el resto de líquido ambarino que quedaba en su botella se balanceara de un lado a otro.

—¿Y bien? —dije, de pronto muy inquieto.

—Pues que se supone que este tipo está sometido a una vigilancia constante por parte de nuestros muchachos de Delhi. Si han dejado que se fuera, sólo existen dos opciones: o bien ha conseguido darles esquinazo, o bien están ahí, agarrados a sus faldones. Quería ver si podía descubrirles por los alrededores montando guardia, como nosotros... Pero no... no veo nada.

—Tal vez estén en el hotel.

—Es posible... Pero tampoco tiene una importancia capital, al menos de momento. De todos modos les enviaremos una copia de nuestro informe. Lo bueno es que hemos descubierto dónde se encuentra Küneck y sobre todo con quién se ve... ¡Y ahora que lo pienso! ¿Sabe qué le digo, teniente? Que la pequeña Keller debe de ser terriblemente importante para que ese capitoste del SD se desplace por ella. ¡Tal vez hemos atrapado a un pez gordo cuando creíamos pescar una sardinita!

—No se embale. Por ahora no tenemos nada concreto. Tal vez los alemanes estén maquinando algo, pero mientras no tengamos una idea más clara de lo que pretenden, evitemos construir castillos en el aire.

—¡Esto cambiará en cuanto se ejecute su segundo eje, teniente! —me dijo Edmonds con una sonrisa reforzada por un pesado guiño.

Quería decir, evidentemente, en cuanto tuviera el coraje suficiente para introducirme por efracción en la habitación de Keller...

—¿Qué hacemos ahora, teniente? —preguntó mientras encendía un nuevo cigarrillo y hacía desaparecer la botella bajo su asiento.

—Nos limitaremos a hacer nuestro trabajo. Esperamos a que *miss* Keller salga y la seguimos... Como estaba previsto, y sin ocuparnos de Küneck, que, por lo que me cuenta, está bajo la responsabilidad de otro equipo.

—Exacto, mi teniente. De manera que volvemos a esperar...

Y esperamos. Una hora. Y luego dos... Llegó el mediodía y con él la hora en que habíamos previsto que Edmonds abandonara su puesto para que yo prosiguiera solo la vigilancia.

—Será mejor que le deje el coche, teniente —me dijo entonces el asistente al tiempo que se sacaba las llaves del bolsillo y me las tendía—. Vaya con cuidado. Es propiedad del servicio... y recién salido de la fábrica. ¡No lo estropee!

—No hay peligro —dije mientras cogía el llavero con aire despreocupado.

Y en efecto, no había ningún peligro, porque yo no había conducido en mi vida y no tenía la menor idea del procedimiento a seguir para que aquel cacharro arrancara. Pero, evidentemente, Edmonds no lo sabía, y no tuve el valor de confesárselo.

—¿Y usted, cómo volverá? —le pregunté a Edmonds, viendo que el simple hecho de mantenerse en pie bajo aquel calor sofocante ya le resultaba penoso.

—*Rickshaw* —me respondió simplemente, y se alejó renqueando hacia la periferia del Harnett, donde unos cuantos nativos flacuchos esperaban junto a sus taxis de tracción humana.

Mentalmente me apiadé del hombre que, por apenas unas rupias, tendría la desgracia de mover las doscientas cincuenta libras como mínimo que debía de pesar Edmons hasta el cuartel.

Me quedé solo. En todo el tiempo que habíamos estado esperando juntos, no habíamos visto salir de nuevo a Küneck del Harnett. Aún debía de estar allí, conversando con Keller, su agente. Sin otra ocupación que la de observar desde hacía horas las inmediaciones del hotel transpirando en aquel Chevrolet negro que absorbía el sol del mediodía, sentí cómo me invadía una terrible somnolencia. Tendí una mano temblorosa hacia la botella de agua que había tenido la precaución de llevar conmigo y vacié su contenido casi de un trago, reservando sólo unas gotas para frotarme la cara y la nuca. Aún estaba ocupado en esta operación cuando vi una silueta delgada que bajaba la escalinata del Harnett. ¡Eran casi las tres de la tarde y Keller, por fin, se decidía a moverse!

## LA ORILLA DE LOS MUERTOS

Realizar un seguimiento por las calles de una ciudad que se desconoce por completo no es un ejercicio fácil. Ese día estuve a punto de aprender esta verdad a mi costa pero, por suerte, Keller eligió un ritmo de paseo, lo que me permitió seguirla sin dificultad. La hora del día a la que había salido me era al mismo tiempo desfavorable y beneficiosa. En Calcuta, como en cualquier otra ciudad de clima tropical, a media tarde es generalmente cuando todo el mundo se encierra en casa para escapar del calor infernal. Entonces las calles están casi vacías y es muy complicado pasar inadvertido. De todos modos, ocultándome en los rincones y en los entrantes de las puertas, creo que conseguí seguirla sin ser descubierto. La joven ya no iba vestida, como por la mañana, con un elegante traje sastre de lino, sino que había elegido un atuendo adecuado para caminar: unos *jodhpurs* que se inflaban bellamente en los muslos, una blusa ancha que flotaba libremente sobre la cintura, botines pequeños y fular de seda. Junto a su cadera se bamboleaba el estuche de cuero de un aparato fotográfico que llevaba en bandolera; pero los pintorescos paisajes que atravesábamos no parecían cautivar la atención de la señorita Keller, quien, a lo largo de todo su recorrido, mantuvo los ojos bajos, como si conociera perfectamente el itinerario por haberlo seguido ya en numerosas ocasiones. En ningún momento se detuvo para asegurarse del camino, ni dudó nunca en entrar en una calle o cruzar una avenida... Sabía adonde iba y caminaba directamente hacia allí, en apariencia indiferente a todo lo demás. De su silueta fina y ligera emanaba una emocionante sensación de frescor, de reserva, que encajaba perfectamente con los rasgos del rostro que yo había entrevisto antes en el restaurante del Harnett. ¿Podía decirse que era hermosa? No es ése el término que yo emplearía. Tenía unos rasgos delicados, regulares, y una silueta atractiva pero, por encima de la simple belleza plástica, lo que más destacaba en ella era un peculiar encanto de niño salvaje al que debía ser difícil resistirse y en el que residía, justamente, la esencia de su carácter.

Calculo que el paseo debió de durar casi una hora, un tiempo que constituyó una dura prueba para mí, ya que tenía que procurar estar atento a no caminar demasiado rápido y a conservar una distancia de seguimiento ideal. A cada instante rezaba por que Keller no se volviera, ya que en ese caso no hubiera podido evitar que me viera, y eso hubiera arruinado definitivamente todos mis esfuerzos. Por fortuna no ocurrió así. Atravesamos la parte este del barrio colonial sin detenernos ante los escaparates de las bonitas tiendas de Townshend Road ni en las terrazas de Moore Avenue, y luego cruzamos un paseo que parecía delimitar una especie de frontera, una línea de fractura nítida en la ciudad, una separación que oponía, a las altas casas construidas a la europea que se levantaban a un lado, los grandes almacenes destartalados de la antigua Compañía de las Indias que se alzaban en el otro. Después de ocho decenios

de abandono, estos depósitos conservaban aún las huellas, claramente visibles, de la guerra de los cipayos, las tropas indígenas que se habían rebelado el día en que había corrido el rumor de que los cartuchos de sus armas, de los que debían morder el cebo, estaban embadurnados con grasa de buey. Desbordada por el alcance de los pillajes y las revueltas, la Compañía había tenido que decidirse a aceptar la intervención directa de la metrópoli. A cambio del retorno a la estabilidad, ésta había pasado a ejercer entonces un dominio directo sobre la India, poniendo así término al arriendo privado del subcontinente. Ahí, en este territorio salpicado de ruinas, empezaba la verdadera Calcuta: la de los templos dedicados al dios de las ratas, la de los prestamistas y los escribanos públicos, la de los traficantes clandestinos de opio, los tintoreros y los aguadores, la de los chiquillos del arroyo en busca de un mendrugo, de una hierba que mascar para engañar el hambre, la de todo un pequeño mundo entregado a sí mismo que a menudo vivía todavía, bajo el gobierno británico, del mismo modo que habían vivido sus antepasados siglos antes bajo la dominación mongol.

Tampoco aquí se detuvo Keller para observar a este pueblo olvidado que se mostraba en los desgarrones de esas arquitecturas deterioradas, en las ventanas de esas fachadas desconchadas, sobre esos balcones oxidados y tambaleantes a menudo invadidos por una vegetación salvaje que enraizaba hasta en las menores fisuras de la obra. No, nada de eso retenía su atención. En ningún momento hizo una pausa para capturar lugares o rostros en su obturador. La película en color que utilizaba hubiera encontrado allí, sin embargo, un material con que expresar todo su interés. A pesar de la miseria que se hacía cada vez más visible conforme avanzábamos, todo eran dorados de los árboles, contrastes violentos de los saris de las mujeres, pastel de las paredes pintadas, extravagancia de las telas que se secaban en hilos tendidos atravesando las calles... Pero Keller, prudente jovencita que avanzaba con la mirada baja y paso tranquilo, preocupada en apariencia sólo en sí misma, permanecía insensible al espectáculo. Las calles estaban aquí más transitadas que en el sector europeo, y a medida que avanzaba, la multitud me parecía cada vez más compacta, como un líquido que se solidificara poco a poco; esto dificultaba mi seguimiento, máxime porque las callejuelas eran cada vez más estrechas y estaban más congestionadas. Sin embargo, la gente me dejaba pasar sin pedirme limosna, sin importunarme, sin proponerme ningún servicio. Igual que al paso de Keller, tampoco en mi caso se elevaron voces ni hubo llamadas, silbidos o manos colocadas sobre mi hombro dispuestas a arrastrarme a algún tugurio.

Los transeúntes apenas parecían fijarse en nosotros, y se apartaban cuando podían sin manifestar irritación ni hostilidad. Durante un instante, en una calle que se estrechaba en embudo, creí que había perdido a mi objetivo, desaparecido súbitamente detrás de un montón de balas de paja sobre las que dormían unas gallinas; pero lo recuperé sin dificultad unas yardas más lejos, caminando en la misma dirección sin forzar el paso. Así llegamos a las inmediaciones del río Hoogly, que atraviesa la ciudad de norte a sur. Digo río aunque éste sea un término

inadecuado, ya que se trata, en realidad, de uno de los numerosos brazos del Ganges, que se separa formando un delta antes de perderse en el océano.

Densas humaredas ascendían de las orillas. Al principio no comprendí de qué se trataba, y lo atribuí a que tal vez estaban quemando basura, porque el olor que llegaba hasta mí era fuerte y desagradable, a la vez picante y dulzón, y cuya intensidad iba en aumento. Levanté los ojos al cielo. Su color estaba velado por las columnas grises que subían de la orilla. El sol ya no era tan resplandeciente, sino que parecía un disco mate en la bóveda ensombrecida. Di unos pasos sin poder distinguir aún qué era lo que estaban quemando. Keller no estaba lejos. Acababa de verla bajar a la orilla por una pequeña escalera de piedra. Me acerqué a una especie de parapeto y me apoyé un instante, con las palmas posadas sobre algo que parecía una ceniza viscosa que recubría la piedra, y permanecí unos segundos sin moverme, sin respirar, sin querer comprender lo que mis ojos me mostraban ahí mismo, a sólo unas yardas, tan próximo que hubiera podido casi tocarlo con una leve inclinación y tender la mano...

No sé cuántas había exactamente. Me pareció que corrían a lo largo de todo el río y que también la otra orilla estaba llena de ellas. Trescientas, cuatrocientas, quinientas tal vez, podían divisarse desde donde me encontraba. Quinientas piras funerarias en actividad, algunas recién encendidas, crujiendo, gruñendo con su fuego infernal bajo los cuerpos tendidos, y otras casi apagadas, derrumbadas sobre sí mismas, desmoronadas, aplanadas sobre el suelo, de las que apenas quedaban unas brasas sonrosadas, llamitas que el primer soplo de viento llegado de las aguas hacía vacilar... Y por encima de todo un silencio abrumador, terrible, un silencio a la vez de duelo y de indiferencia, un silencio de dolor, miseria y resignación que me oprimió el corazón y me trastornó, deteniendo por un instante el flujo de mis pensamientos, anulando en mí toda capacidad de acción o de razonamiento.

Era la primera vez en mi vida que me veía confrontado a una visión como aquélla. La primera vez en mi vida que la muerte se desvelaba ante mí de una forma tan cruda, tan intensa, tan imponente y masiva. En toda mi existencia sólo había visto un cadáver, el de mi madre, cuando, con diecisiete años, la había perdido. Y además la habían preparado antes de autorizarme a verla, y apenas había podido observar en su rostro una contracción en las aletas de la nariz, un estiramiento de las sienes, un ligero hundimiento de las mejillas, rasgos informándome de que era un cadáver y ya no una mujer viva. Pero ahí, en esta orilla mortuoria, todo era diferente. Aquí no había puesta en escena, ninguno de esos juegos de sombras y polvos que convierten nuestras cámaras ardientes en teatros donde se maquilla a los muertos para ahorrar a los vivos espantos excesivos. Aquí, en esta playa al otro extremo del mundo, la muerte ya no tenía vergüenza de sí misma y dejaba su obra bien a la vista. Los cuerpos humanos que se calcinaban en ella no sólo destilaban unos olores espantosos, sino que crujían también de un modo horripilante bajo el calor y exudaban líquidos horribles sometidos a una temperatura de horno que hacía estallar los tejidos, los disolvía, los licuaba convirtiéndolos en una jalea pardusca antes de

transformarlos en gas, en vapores, en nubes de ceniza que ennegrecían el cielo y caían por todas partes en forma de copos grises, aceitosos, quebradizos y fétidos.

Keller caminaba entre las hogueras como una pequeña mancha blanca, una silueta menuda y rubia que deambulaba entre las piras mortuorias con aparente indiferencia, con un desapego, una calma, que me dejaron estupefacto. Por todas partes a su alrededor había restos de cuerpos calcinados que esperaban ser devueltos al río, residuos dispersos de incineraciones recientes o más antiguas que se amontonaban en capas, superponiendo estratos de huesos ennegrecidos a líneas de cartílagos vitrificados. A menudo en este magma aún se adivinaba la forma de un cuerpo, el contorno de un rostro incluso; porque a veces las hogueras se habían preparado mal y los troncos, demasiado apretados, impedían el paso del aire, o la familia del difunto, demasiado pobre para procurarse madera de buena calidad, había tenido que contentarse con colocar al desaparecido sobre un armazón de bambús recubierto de hojas de palma. Este combustible quemaba rápido y mal, las llamas apenas tenían tiempo de resquebrajar las pieles, de secar los tejidos superficiales, de cubrir las carnes de ampollas. Estos cadáveres, cadáveres de pobres, no eran devueltos al río enseguida, sino que se abandonaban allí para que los vientos y los gusanos acabaran lo que las hogueras no habían conseguido llevar a término. Eran ellos los que conferían al lugar su carácter de pesadilla, de carnero a cielo abierto. Y era a ellos, sobre todo, a los que Keller había venido a fotografiar. Desde el lugar donde me encontraba, en lo alto del muelle, podía verla, a unas treinta yardas de mí, caminando hacia un horrible amasijo de troncos mutilados, retorcidos, cocidos, como carne expuesta en el mercado, sobrevolados por una nube de pájaros de río que se abatían sobre este montón de carnaza como abejas sobre una monstruosa flor de carroña.

Keller sacó su aparato fotográfico y empezó su trabajo. La joven se tomó su tiempo. Podía verla inclinándose, torciéndose, agachándose en busca del mejor ángulo, para encontrar el eje más hermoso para su toma, la visión más sorprendente. A veces se acercaba a las hogueras hasta penetrar en la onda de calor, o empujaba un montoncito de cenizas con la punta de su bota para dejar a la vista los restos de unos despojos humanos medio hundidos en el suelo, y más tarde permanecía varios minutos inmóvil, esperando que un ave carroñera fuera a posarse cerca de ella, sin preocuparse por las partículas de ceniza negra que manchaban sus cabellos rubios... Yo no sabía qué hacer. ¿Debía partir y dejar a esta muchacha ocupada en sus fascinaciones mórbidas, o debía seguir vigilándola de lejos e imponerme así estas visiones espantosas que a duras penas podía soportar? Sobreponiéndome a mi repugnancia, decidí cumplir con mi deber y permanecer en esta orilla el tiempo que hiciera falta. Keller avanzaba con lentitud, a contracorriente, pulsando con regularidad el disparador, cambiando hasta tres veces de carrete.

El día se acercaba al ocaso. La luminosidad, ya de por sí menos intensa que en el resto de la ciudad, se aproximaba cada vez más a la de un día de eclipse. Apenas se veía nada a cien pasos. Keller guardó por fin la máquina en su funda, abandonó la



proximidad inmediata de las piras y volvió sobre sus pasos para dirigirse hacia un grupo de hombres flacos, harapientos, sentados en cuclillas contra una vieja empalizada de planchas. Unas largas horcas de madera estaban plantadas ante ellos en un charco. Al verlas, adiviné quiénes eran: los encargados de manipular los cadáveres, de sacar los cuerpos calcinados de las brasas y amontonarlos a lo largo del río, y tal vez también los que erigían las piras y dispersaban con groseros modos los restos. Vi que la joven se registraba los bolsillos para sacar algo —un puñado de rupias, sin duda— que dio a uno de ellos, un hombre alto, descarnado, con las costillas salientes y unos largos cabellos rígidos por la ceniza que le daban un aire de diablo. Tras coger su pica, el enterrador condujo a la chica hacia una antigua pila de osamentas colocadas en un rincón apartado contra un terraplén orientado al sur. El hombre hundió sus manos en el montículo, como un partero inclinado sobre una matriz, y retiró de la masa algo pequeño y redondo, apenas mayor que un puño. Era el cráneo de un niño. Un cráneo tostado después de haber pasado por las llamas, sucio por haber permanecido olvidado demasiado tiempo en el depósito de carnes descompuestas. La austríaca cogió el atroz objeto sin dar muestras de repulsión y, después de envolverlo en el fular que llevaba en torno al cuello, abandonó la orilla sin volver la vista atrás. Sus ojos, recatadamente bajos, le daban un aire de cordero terco y porfiado, al mismo tiempo hosco y tierno. Retrocedí para ocultarme tras la esquina de un edificio próximo y dejar que andaré treinta o cuarenta yardas antes de volver a seguirla. Al ver que oscurecía, temí por un instante que mi tarea se complicara más si cabe, pero era tal el alivio que sentía por poder abandonar el barrio de los muertos, que en realidad eso no me preocupaba. Únicamente me importaba volver con los vivos, ver rostros animados, colores, oír sonidos, llamadas, risas, gritos, y respirar olores diferentes a esos infectos vapores de osario que impregnaban todo el barrio a orillas del Hoogly.

En contra de lo que había esperado, Keller no volvió a tomar el camino del barrio colonial. Caminando con el mismo paso tranquilo que a la ida, se dirigió hacia el este, hacia la noche que caía con rapidez, adentrándose cada vez más en la parte estrictamente hindú de la ciudad. Aquí ya no había líneas de tranvía. Ni asfalto en el pavimento. Ni iluminación pública. Sólo algunos postes eléctricos cortados a golpes de machete en una madera esponjosa y unidos por un delgado haz de hilos que zumbaban y a veces lanzaban largas chispas azuladas sobre la cabeza de los indiferentes transeúntes. Aquí ya no había hoteles lujosos destinados a los turistas de la madre patria, sino tugurios atestados de parásitos, covachas adonde habían ido a parar los campesinos de las provincias, trayendo consigo los gérmenes del cólera, de la peste, de la malaria... Tampoco había iglesias, sino templos donde se adoraba a dioses extraños. No había teatros ni óperas, sino estrados de planchas carcomidas donde ascetas de carnes flacas hundían en su cuerpo pesados ganchos de acero, mientras recitaban, ensangrentados y erguidos, medio millar de versos del *Mahábhárata*.

Keller se adentraba por estas callejuelas, bajo estas arcadas y estas galerías, a través de túneles cada vez más negros y repletos de gente, como si las hubiera recorrido desde su más tierna infancia. No me resultó fácil seguirla. Es verdad que era alta; pero a pesar de su rubia cabellera, único estandarte claro entre las nuca negras en esos conos de sombra que eran las calles del barrio, a cada segundo que pasaba se me hacía más difícil distinguirla. Tuve que acelerar el paso, e incluso empujar con cierta rudeza a un hombre cargado con un cesto de fruta que no quería apartarse de mi camino, para no perder definitivamente a Ostara Keller en el increíble dédalo que había decidido recorrer.

La chica marcó una pausa en la desembocadura de una calle que formaba, con la encrucijada de otras dos, una especie de plazoleta. Durante un instante pareció rastrear con la mirada un signo en una casa, un glifo, una referencia cualquiera, y luego llamó a la puerta baja de un edificio de tres pisos con una fachada casi ciega, perforada sólo por estrechas ventanas cerradas. La cal de sus paredes, teñida de un azul a la vez profundo y vivo, tenía el color exacto del cielo crepuscular. La plaza estaba casi vacía. Cinco o seis chiquillos jugaban tranquila y silenciosamente en la arena cerca de un gran matorral florido. Sentado sobre sus talones, un adulto barbudo, descalzo y tocado con un turbante rojo que le envolvía los cabellos, parecía vigilarles. El hombre se entretenía tallando una vara con una especie de largo cuchillo de hoja doble que consideré poco indicado para hacer este tipo de trabajo. Aparte de Keller y de mí, eran los únicos seres humanos que había en la plaza. Interrumpí mi avance, y traté más bien de retroceder para buscar algún rincón en sombras. Pero no fue necesario. La puerta de la casa azul se abrió y Keller entró, desapareciendo sin dudar en el edificio como lo hubiera hecho un cliente normal entrando en una tienda corriente. Yo estaba desconcertado. No había nada en el exterior de esa casa que me permitiera atribuirle una función determinada. Escruté la fachada sin descubrir nada anormal. Ninguna luz se filtraba por las escasas ventanas que daban a la placita. Ni luces ni sonidos. Aquí, decididamente, todo estaba en calma. La agitación de las calles de alrededor, sus ruidos, sus gritos, sus espectáculos grotescos y violentos, no eran más que un mal recuerdo. Me acerqué a mi vez a la casa azul. Y entonces mi mano se lanzó por sí misma contra el panel de madera y descargó sobre él tres golpéenos secos y enérgicos, sin que tuviera realmente tiempo de darme cuenta de lo que hacía. ¡Me dominó el pánico! ¿Por qué no había esperado tranquilamente a que Keller saliera, en lugar de arriesgarme a llamar la atención de esta manera? Quise batirme en retirada, salir corriendo y atravesar la plaza para ocultarme luego en algún rincón. Pero ya era demasiado tarde. La puerta se abrió y un pequeño ser —sus rasgos eran tan disarmónicos y las formas de su cuerpo tan contrahechas que no pude establecer si era varón o hembra— me rogó que entrara, sin que mi presencia pareciera causarle la menor sorpresa. Aún podía pretextar un error, desde luego, pero mi curiosidad se impuso. Me agaché, pues, para franquear esta puerta baja, más adecuada para un niño que para un hombre hecho, y me encontré en una especie de

pasillo abovedado, oscuro, con las paredes brillantes de humedad. La atmósfera era asfixiante, y me pareció como si me hallara en la galería de acceso de una gruta que se adentraba en el corazón de una montaña perdida. El portero corrió el cerrojo tras de mí y luego apartó una cortina. Un largo pasillo recto se extendía ante nosotros, sin que mis ojos fueran capaces de distinguir el final. La pequeña criatura avanzó con los pies desnudos, dando pasitos cortos y rápidos por el pasadizo sin mostrar prisa ni temor, como si fuera lo más natural del mundo que un extranjero se presentara a la puerta de esta vivienda y fuera recibido sin preguntas. Podía sentir bajo mis pies — más que verlo realmente— que el suelo se inclinaba claramente hacia abajo. Así caminamos durante unas treinta yardas a lo largo de esta galería de paredes lisas, sin puertas ni adornos, y luego el guía apartó los pliegues de una segunda cortina y entré en una sala vasta y oscura como una nave de iglesia, pero de techo bajo y maloliente. Unas cuantas personas estaban tendidas allí sobre esteras dispuestas en líneas bien trazadas. Dos o tres ayudantes, adolescentes ataviados con túnicas de mal cáñamo, atendían en silencio a uno u otro de los tendidos, afanándose en secarles el sudor que se les deslizaba por el rostro o en reavivar con abanicos de papel los pequeños braseros que crepitaban ante ellos. A veces se oía una queja apagada, un grito sordo y breve venido de no se sabía dónde, que quebraba por un segundo el silencio relativo del lugar. Durante un instante —un instante muy breve—, creí que me encontraba en una especie de dispensario, de hospital de barrio, donde almas bondadosas recogían a los enfermos solitarios; pero cuando mis pupilas se abrieron definitivamente a la luz brumosa que flotaba en la sala, vi que los pacientes llevaban en la boca largas pipas. Estaba en un fumadero de opio.

Asqueado por el olor dulzón del veneno, y alarmado sobre todo por encontrarme, muy a mi pesar, en este antro consagrado a la degradación humana, quise retroceder, abandonar este lugar que me hacía sentir peor aún que la orilla donde incineraban a los muertos, pero sentí que una mano me sujetaba de la ropa y me estiraba hacia delante. Mi guía seguía ahí, sin decir nada pero sacudiendo la cabeza para hacerme comprender que tenía que atravesar la sala común para dirigirme al destino que me tenía reservado. Cruzamos este primer vestíbulo y luego franqueamos un arco, también cerrado por un grueso velo, para llegar a una habitación igualmente vasta, igualmente oscura, pero vacía en su parte central y dotada, en cambio, de alcobas privadas horadadas en tres de sus paredes. Algunas —muy pocas, dos o tres a lo sumo— estaban cerradas por un biombo de laca. El pequeño monstruo me hizo sentar en uno de los nichos libres, me sacó los zapatos, arregló los cojines y me conminó a que me tendiera sobre ellos. Yo no me atreví a protestar ante el temor de llamar la atención, pero naturalmente sólo pensaba en Keller... Estaba muy cerca, no me cabía ninguna duda. Pero ¿dónde? Yo había golpeado a la misma puerta que ella, caminado a lo largo de un único pasillo recto sin aberturas ni puertas laterales, desembocado en una primera sala donde sólo había visto a indígenas, y luego entrado en esta nueva sala con alcobas con todo el aspecto de no tener salida. ¿Cómo se explicaba aquello?

La solución era simple. Keller sólo podía encontrarse en uno de los escasos nichos ocupados. Si quería volver a seguirla cuando saliera de aquí, la solución más sencilla era esperar en esta alcoba a que la joven se decidiera a marcharse. Después de todo, esta opción no era tan mala. El pequeño empleado desplegó un biombo ante mí y luego desapareció unos minutos, durante los cuales reinó el silencio. Aunque oí toser un poco a mi derecha, y también algo que se agitaba suavemente un poco más lejos, al parecer, incluso sumergidos en la semiinconsciencia de la droga, los adeptos parecían tener aún la voluntad de respetar el silencio del lugar y la tranquilidad de los otros clientes. La criatura volvió, colocó ante mí una ancha bandeja circular cargada de objetos diversos, encendió un pequeño hogar posado sobre un trípode de fundición y, en un murmullo apenas audible, abrió por fin la boca para pedirme cinco libras inglesas. Me resigné a pagar, naturalmente, y luego me dejaron solo en un lugar que no me gustaba, frente a un muestrario de materias e instrumentos que de ningún modo tenía intención de utilizar. De todos modos debía disimular, porque tenía la certeza de que pronto vendrían a controlar que no me faltara nada. En primer lugar, simulé que manipulaba despacio algunos objetos y luego me volví contra la pared, conservando en mis manos la pipa que me habían dado.

Debió de transcurrir una hora en esta posición, sin oír nada y sin que nadie se preocupara por mí. Y luego, de pronto, reconocí el sonido del roce de los pies desnudos del gnomo y sentí que se deslizaba en mi alcoba. Me crispé en mi postura, cerrando los ojos para representar mejor mi papel de durmiente. Se escuchó un ligero tintineo metálico, como si colocaran nuevos objetos sobre la bandeja, y luego el sirviente partió, el silencio volvió, mis músculos se relajaron y me atreví a volverme. Sobre la bandeja de cobre estañado humeaba ahora una tetera. Una taza, una especie de tarro de mermelada y un plato hondo lleno de bolitas de pan blanco completaban el nuevo servicio. Aquello era como un regalo caído del cielo: yo no había comido nada desde mi desayuno en el Harnett y la marcha por la ciudad indígena me había agotado y me había dejado sediento. Controlando pésimamente mis movimientos, preocupado como estaba en centrar toda mi atención en los ruidos que podían llegar en cualquier instante de las otras alcobas revelando una partida repentina, bebí ávidamente la mayor parte del contenido de la tetera. El parcial apaciguamiento de mi sed desencadenó mi hambre. Sin desconfiar, probé la mermelada. Le encontré un gusto dulzón, difícil de identificar. Primero creí que era higo, pero había otros aromas más almizclados tras este primer gusto agradable. A pesar de todo, tomé dos o tres cucharadas, hambriento como estaba, y luego me acabé el té antes de tumbarme de nuevo sobre los cojines. Seguía sin oírse ningún ruido en la sala. Nadie había venido a instalarse desde mi llegada. Y tampoco había salido nadie. Tanto para ocupar mi mente como para tener la sensación de que no estaba perdiendo el tiempo, traté de hacer balance de este día, pero no tardé en darme cuenta de que cada vez me costaba más enlazar una cadena de pensamientos lógicos. Como un barco de cabotaje arrastrado a alta mar por corrientes demasiado fuertes, mi cerebro empezaba a derivar

sin que yo comprendiera realmente la causa. ¿Era la fatiga? ¿La tensión nerviosa? Mis párpados se cerraron de golpe y fue como si me encerraran en una caja. Sin percibir ya nada del mundo exterior, erré un buen rato entre visiones y pesadillas; me sentía incapaz de remontar a la conciencia. Vagamente, sin saber si aún deliraba o si mis percepciones eran reales, sentí de pronto que mi horizonte basculaba.

Me sujetaron, me levantaron como a un niño. Me debatí un poco, creo, sin efecto alguno. Oí el chasquido de una puerta. Un viento fresco pasaba sobre mi rostro, pero mis ojos seguían negándose a abrirse, y mis miembros a moverse. Mi cuerpo, paralizado, ya no era sino el de un cadáver, aunque mi espíritu, poco a poco, volvía a la superficie. Durante una eternidad creí que nunca volvería a recuperar mis facultades físicas. Que estaba condenado a no ser más que un pensamiento perdido en un cuerpo inerte. Sin embargo, lentamente la vida volvió a mí. Primero oí unas risas. Cacareos infantiles, débiles y agudos. Unas manos me rozaban la mejilla, la frente... Abrí los ojos con grandes esfuerzos. Por fin, después de no sabía cuántas horas de ausencia, volvía en mí. Me encontré frente a un rostro de niña que me sonreía. Era ella la que había tendido la mano hacia mí. Al ver que me despertaba, se echó a reír, lo que hizo surgir tras ella otros píos infantiles, procedentes de unas siluetas que poco a poco salieron de la sombra. Creí reconocerlas. Eran los chiquillos que había visto jugando en la plazuela al caer la noche, cuando Keller había entrado en el fumadero de opio.

La niña que me miraba debía de tener unos diez años. Era bonita y no iba demasiado mal vestida; sus grandes ojos oscuros le daban un aire extremadamente dulce. Por su actitud, parecía ser la cabecilla del grupo, la más descarada, la más viva también. Quise incorporarme para sonreírle mejor, pero cuando vio que los músculos de mis miembros recuperaban un poco de su antiguo vigor, su rostro se enfurruñó enseguida y me abofeteó con todas sus fuerzas antes de lanzarse sobre mí, mientras sus compañeros me agarraban por los tobillos y los hombros para tratar de colocarme bien plano sobre el duro suelo. Sorprendido, aturdido por la violencia del golpe que la chiquilla acababa de lanzarme en plena cara, sucumbí al peso del enjambre de golfillos que sólo pensaban en aprovecharse de mi debilidad para saquearme. Diez pequeñas manos se hundieron inmediatamente en mis bolsillos para vaciarlos del menor objeto que en ellos pudiera encontrarse: monedas, pañuelo, y también cartera, documentos de identidad, llaves... Me soltaron el cinturón, deslizaron el reloj de mi muñeca y me arrancaron los gemelos... Finalmente, sin duda para vengarse del magro botín que todo esto representaba, la banda empezó a golpearme con una violencia y una crueldad de la que nunca hubiera creído capaces a unos niños. Durante medio minuto sentí llover los golpes sobre mí. Los chiquillos rasgaron mi piel con sus pequeñas uñas, tiraron de mis cabellos y los arrancaron a puñados, martillaron mis costillas con sus plantas desnudas como si fueran planchas podridas que había que hacer ceder y me golpearon con saña la mandíbula, las sienes y los dientes con sus puños sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Luego, en respuesta a

una señal misteriosa que no comprendí, el ataque cesó y la horda se dispersó lanzando aullidos eufóricos. Por encima de mí, ya sólo había un cielo tachonado de estrellas.

Tardé un buen rato en recuperar el control de mis miembros. No sólo los efectos de la sustancia que había tragado en el fumadero afectaban todavía a mis reacciones nerviosas, sino que todo mi cuerpo estaba atravesado por intensos dolores provocados por las contusiones. Finalmente, sacando fuerzas de flaqueza, conseguí levantarme. Sangraba por la nariz y me había mordido la lengua a resultas de un puñetazo, pero no tenía ninguna fractura. La operación de seguimiento se había ido al garete. No podía pensar en esperar a Keller y seguirla en este estado. Por otra parte, ¿quién me decía que no había abandonado el tugurio mientras yo sufría los efectos del tóxico sobre la calzada? Aquello había podido durar mucho tiempo. Mi organismo, virgen hasta este día a la exposición de estupefacientes, era seguramente un terreno excesivamente receptivo a sus efectos. Decidí, pues, abandonar la partida por esta noche y opté por volver al barrio colonial para pedir un poco de ayuda.

Orientarme en el dédalo de callejuelas me llevó cierto tiempo, y el hecho de caminar sin mis zapatos —tal vez olvidados por los ayudantes del fumadero o bien dejados junto a mí y robados por los pequeños saqueadores— dificultó aún más la tarea. Por suerte, a esta hora avanzada de la noche, la ciudad estaba casi vacía y me resultaba más fácil circular sin llamar demasiado la atención. Antes de lo que había esperado, algunos puntos de referencia me condujeron hasta las inmediaciones del Hoogly, y luego, desde allí, conseguí llegar finalmente hasta la Moore Avenue, donde divisé a una patrulla que me acompañó hasta el puesto de policía más próximo. Las humillaciones empezaron allí. En primer lugar tuve que confesar que, pese a las apariencias, yo no era un simple civil que había tenido un mal encuentro durante una noche de juerga en el barrio indígena, sino un oficial del Mié en cumplimiento de una misión. Luego tuve que pedir que me devolvieran a mi cuartel, para que el capitán Gillespie confirmara mi pertenencia a su equipo y los policías dejaran por fin de sospechar que había ido a los bajos fondos para satisfacer no sé qué clase de hábitos viciosos. Evidentemente, aquello no era más que un preámbulo. Los verdaderos problemas hicieron acto de presencia cuando tuve que rendir cuentas de mi jornada a mi superior. Cuando le confesé que me había dejado arrastrar estúpidamente por el impulso de entrar en el fumadero sin saber dónde ponía los pies y que me había tragado sin desconfiar una mermelada opiácea, Gillespie explotó.

—Le pedí espíritu de iniciativa e independencia, Tewp. ¡No que embistiera contra todo bicho viviente con los ojos cerrados sin asegurar antes su retaguardia! ¡Sobre todo cuando Edmonds me ha explicado que la chica se pasó la mañana parloteando con Küneck! Esto condiciona nuestro asunto hasta el punto de que ha cambiado completamente de categoría... ¡Si este tipo se desplaza para verla, es que ella es importante! De modo que redoble la prudencia, Tewp, y sobre todo no tome iniciativas cuando está solo sin asegurarse de que puede asumirlas hasta el final. Y

además, en este maldito país, ¿no se eche nada al colete que no haya identificado claramente! ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente, capitán —dije con voz pastosa e insegura, contrariado al constatar que los acontecimientos se habían puesto de pronto en mi contra.

A la larga, Gillespie pareció calmarse un poco. Eran las cuatro de la madrugada. Gillespie no era un agresivo de largo recorrido. Un ordenanza nos había subido café recién hecho. Lo bebimos juntos, en señal de paz, sentados en el alféizar de una de las altas ventanas abiertas que daban al parque, aprovechando el frescor y el silencio nocturno, contemplando cómo el alba enrojecía lentamente la línea del horizonte. La conversación volvió a Keller y al comportamiento que había tenido a orillas del Hoogly. Todo aquello parecía sumergir a Gillespie en un abismo de perplejidad. Me preguntó qué conclusiones sacaba yo de aquel interés aparente por lo mórbido. Desde luego, ésta era una cuestión que me inquietaba desde que había comprendido que Keller experimentaba un placer especial fotografiando muertos. Que una joven pudiera ensuciarse los ojos y el alma con semejantes contemplaciones era un misterio para mí. Y también algo que me hacía sentir incómodo.

—Es extraño... Pero, al fin y al cabo, es bueno para nosotros —me dijo Gillespie.

—¿Bueno, capitán?

—Después de una jornada de observación, sabemos que esta chica está indudablemente en contacto con un miembro importante de una red extranjera, que le gusta pasearse por los cementerios hasta el punto de volver de ellos con un cráneo bajo el brazo ¡y que es opiómana! Lo cierto es que esto nos abre un abanico de perspectivas para actuar contra ella. Y aún más vías, tal vez, para manipularla...

—¿Piensa en hacerla cambiar de bando?

—Esperemos un poco aún, pero es una posibilidad que hay que plantearse a la primera ocasión en cuanto un agente enemigo presenta una debilidad... Y me parece que efectivamente Keller es una joven débil... Muy débil, sí...

## HABITACIÓN 511

En la mitad de nuestra segunda jornada de vigilancia, abandoné el cuartel para ir a hacer mi turno de guardia. La víspera por la noche, el asistente Mog había encontrado el Chevrolet abandonado. Un poco después de medianoche creyó ver a Keller volviendo sola al Harnett. Luego Edmonds le había relevado y Mog había corrido al despacho de Gillespie para anunciarle que yo había desaparecido; pero no tuvo tiempo de alarmar a nadie, porque en ese preciso instante yo acababa de hacer mi entrada rodeado de una cuadrilla de policías... Después de mirarme un momento con ojos de besugo, Mog había dado media vuelta como si nada hubiera ocurrido, y ni siquiera había tratado de saber qué había podido pasarme. Con mis heridas superficiales ya limpias y vendadas, me sentía preparado para retomar mi papel, intrigado por saber a qué consagraría hoy su tiempo la señorita Keller. Casi feliz de volver a encontrarme ante el Harnett, empecé a repasar con calma los acontecimientos de la víspera. Ciertamente, había cometido un error imperdonable que unos chiquillos habían aprovechado para limpiarme los bolsillos. Había perdido un poco de dinero y había tenido que pedir duplicados de algunos documentos administrativos. Pero nada tan grave, en el fondo, si se pensaba en las perspectivas que ahora se le ofrecían a Gillespie de conseguir que Keller cambiara de bando.

Ciertamente, la adicción de la joven al opio podía ser explotada. En las Indias, como en cualquier otra ciudad de los Establecimientos del Estrecho, el opio era una droga autorizada cuya venta estaba estrictamente controlada. Desde luego, su consumo no se promovía, pero seguía siendo un artículo de exportación sobre el que descansaba una buena parte de la economía del subcontinente. Que Keller se arruinara el cuerpo y la mente impregnándose de este veneno casi me inspiraba compasión, pero eso nos proporcionaba un terreno propicio para el chantaje e incluso hacía posible una total conversión de la austríaca a nuestra causa.

El interior del gran Chevrolet estaba saturado de vahos de sudor, de vapores emanados de los cadáveres de las botellas de cerveza y de la bruma estancada de humo de cigarrillos. Todo el conjunto despedía un olor infecto que, de todos modos, aún era preferible a los relentes de orina recalentada que me envolvían en cuanto bajaba los vidrios para buscar un poco de aire en el exterior. Aliviándose como perros, Edmonds y Mog habían regado copiosamente el tronco de un árbol muy cercano. Esta mezcla infernal me dio náuseas, pero no me quedó otro remedio que resignarme a soportarla. Me instalé lo mejor que pude y, suspirando como un condenado a galeras, me preparé para pasar largas horas en tal incómodo ambiente. Y entonces, de pronto, los acontecimientos se precipitaron de nuevo. Keller salió del hotel y subió a un taxi que esperaba en las inmediaciones. Con el corazón palpitante, salí en tromba del Chevrolet y corrí tras el vehículo para ver qué dirección



tomaba. Estaba desesperado. Lo peor que podía pasar estaba a punto de producirse: la austríaca se me escapaba y yo era incapaz de seguirla por mis propios medios. Busqué con la mirada un taxi al que poder saltar, pero a esa hora era inútil. El calor del mediodía había vaciado las calles, que ahora estaban casi desiertas. No había nada en el horizonte que pudiera sacarme del apuro. Furioso, apreté los puños hasta que se emblanquecieron las falanges; ¡y entonces se me ocurrió de pronto que podía transformar este fracaso en un triunfo! Esta partida me ofrecía en bandeja una ocasión perfecta para registrar su habitación. Mi corazón se aceleró. No cabía duda de que el riesgo era muy real: yo estaba solo, sin cobertura para proteger mi retaguardia, y Keller podía volver en cualquier instante. Si me dejaba atrapar, condenaría a la ruina nuestras discretas operaciones de vigilancia. Pero si todo iba bien, podía hacer que en poco tiempo nuestras investigaciones dieran un gran salto adelante. La tentación era demasiado fuerte. Sin seguir ningún hilo conductor, actuando sólo por instinto y aprovechando las oportunidades del momento, entré en el hotel y me puse a vagar por el vestíbulo.

No tenía ni idea de cuál podía ser el número de habitación de la chica ni sabía en qué piso se alojaba. En primer lugar tenía que ingeniarme un truco para conocer esa información sin despertar las sospechas del personal del hotel. Me apoyé en una consola, arranqué una página de mi agenda y simulé que garrapateaba unas palabras; luego pedí un sobre al recepcionista, metí mi papel dentro y, con mi mejor escritura, tracé en el dorso el nombre de Keller. Como había esperado, el encargado no desconfió y depositó el mensaje en blanco en la casilla de la habitación de Keller, donde ya se encontraba su llave, la casilla 511. Satisfecho, fingí que me marchaba pero, rodeando un ancho pilar, volví discretamente sobre mis pasos y me dirigí hacia el ascensor, que en ese momento vomitaba un lote de turistas ingleses que se iban de excursión, con la guía *Baedeker* de Bengala ya abierta entre las manos. El botones con librea cerró tras de mí la pesada reja de metal negro y pulsó el mecanismo de ascenso. Mientras la cabina se deslizaba sobre sus cables engrasados, me concedí una pequeña sonrisa complaciente en el espejo que tenía enfrente. En esa época, no había ningún auténtico romanticismo ligado al oficio de espía. El cine nada sabía de esta profesión, y la literatura, a pesar del reciente éxito de las aventuras de Ashenden, el héroe de Somerset Maugham, aún no había explorado todas las sutilezas del oficio. A ojos de la mayoría de los oficiales, la información era un asunto más relacionado con vulgares tareas de policía que con la auténtica estrategia militar. Fueran artilleros, caballeros, infantes, marinos o zapadores, nadie en el ejército se preocupaba de ocultar su desprecio hacia la gente del MI6. Pero a mí poco me importaba el prestigio mínimo que los otros otorgaran a nuestras funciones, porque empezaba a tomarle gusto a lo que hacía. Lo consideraba un juego. Un juego de niños grandes, sin duda, y un juego no exento de peligro, cierto, pero también excitante, nuevo y divertido...

Una vez en el quinto piso, recorrí durante unos instantes los largos pasillos artesonados para hacerme una idea lo más exacta posible de la geografía del lugar. El

hotel estaba construido según un plano general en L: la fachada principal daba a la plaza donde estaba estacionado el Chevrolet y el ala restante constituía el arranque de una calle más estrecha y poco frecuentada. La entrada de la habitación 511 se encontraba en ese lado. Probé a girar el pomo de la puerta pero, como era de esperar, estaba bien cerrada. Con el corazón en palpito y vigilando que no apareciera nadie en el pasillo, golpeé suavemente la puerta de la habitación vecina para saber si estaba ocupada. No hubo respuesta. Tanteé a la suerte e intenté entrar. La puerta se abrió. Era una habitación libre de huéspedes que el personal de planta no había cerrado. Caminando de puntillas, para hacer el menor ruido posible, me acerqué a la ventana, la abrí y eché una ojeada al exterior. A lo largo de la fachada corría una cornisa que, si tenía valor para pasar al otro lado del balcón, tal vez podría conducirme hasta la ventana de la habitación de Keller. Estaba decidido incluso a romper un vidrio para entrar y simular un robo, y hasta a llevarme algunos objetos de valor para acreditar esta tesis; pero, para mi gran alivio, pude ver, al inclinarme hacia fuera, que las hojas de la ventana estaban entornadas. Ante la certeza de que esta mañana la suerte estaba de mi lado, no dudé ya en pasar al otro lado de la barandilla de hierro y situarme sobre la cornisa. Procurando no mirar hacia abajo y sin preocuparme por saber si podían verme, franqueé con suma rapidez las escasas yardas que me separaban de la 511, y luego salté al balcón, pasé la mano por la abertura de la ventana e hice saltar el pestillo. Estaba exultante. Mi jugada de póquer había funcionado a la perfección. La suerte del debutante, dirán los celosos. Es posible. En cualquier caso, había triunfado, gracias sólo a mi propia iniciativa y a mis cualidades personales, ahí donde el propio capitán Gillespie tal vez hubiera fracasado, donde Edmonds no hubiera podido aventurarse de ningún modo, y donde Mog —estaba seguro— ni siquiera hubiera podido pensar en llegar. ¡Estaba realmente orgulloso de mi actuación!

Era imperativo que a su vuelta Keller encontrara sus enseres personales, y hasta el menor objeto decorativo, en el sitio exacto donde los había dejado al salir. Decidí renunciar, pues, a toda búsqueda apresurada y examinar cada mueble por turno, tomando nota mentalmente de la disposición original de las cosas que me vería obligado a desplazar. La meticulosidad y el orden son, sin duda, cualidades que hacen ganar más tiempo cuando éste escasea. En cualquier circunstancia, la precipitación no es, al fin y al cabo, sino un lujo de ocioso. Cerca de un gran fonógrafo colocado sobre una cómoda, vi un montón de discos desparramados por el suelo. Miré vagamente las fundas. Estaban Zita Hóllander, una *vedette* alemana que hacía la competencia a Marlene Dietrich, Carolina Jis y Harold Beauchamp, a los que no conocía... Abrí el gran ropero y verifiqué concienzudamente los bolsillos de todos los vestidos, sin encontrar nada significativo. En los dos bolsos dejados sobre un estante tampoco había nada que no fueran objetos corrientes, y obtuve el mismo resultado negativo al registrar otro armario ropero que sólo contenía ropa blanca. Finalmente, cuando tuve la certeza de que no había nada más que examinar, me puse a inspeccionar el secreter de la antecámara de la *suite* de Keller. En la bandeja, junto a un frasco de pastillas

con la etiqueta Pervitine, reposaba una máquina de escribir de viaje en medio de hojas dispersas con anotaciones escritas en alemán. Las recorrí rápidamente con la mirada y leí nombres de personalidades indígenas o inglesas: Bose y Gandhi, desde luego, pero también lord Linlithgow, el virrey de las Indias, o el propio Eduardo VIII... Todos los cajones del escritorio estaban abiertos. Era evidente que la joven no contaba con recibir una visita inopinada. ¿Creería tal vez que poseía una cobertura a toda prueba, o es que, al fin y al cabo, no tenía nada que ocultar? En uno de los cajones guardaba un expediente cerrado con una correa. Lo abrí. Contenía páginas de gran formato, dobladas en dos, en las que aparecían dibujados círculos de tamaños diversos marcados con extraños símbolos cuyo significado exacto me era desconocido, pero a los que encontré alguna similitud con los que en otro tiempo se utilizaban en química para designar los elementos antes de la clasificación periódica de Mendeleiev: un círculo con un punto en el centro para el oro, una media luna para la plata, un círculo atravesado por una flecha para el hierro... Líneas oblicuas rojas, verdes y azules rayaban estos diagramas en todos los sentidos y daban al conjunto el aspecto de una red de mallas irregulares, de telaraña distendida... Había nombres inscritos en la cabecera de cada hoja, así como fechas y lugares. Saqué mi cuaderno de notas y transcribí al azar, tan deprisa como pude, toda una serie de anotaciones; pero había demasiadas, tal vez tres docenas, y tuve que decidirme a copiar sólo un puñado, porque quería continuar con mi registro sin mayor pérdida de tiempo.

En la mesilla de noche hice el descubrimiento que poseía un interés más inmediato, el más concretamente explotable. Se trataba de una libreta de croquis que contenía tanto dibujos como notas redactadas a veces en inglés y otras en alemán, un grueso volumen compuesto, de hecho, de varios estratos, una recopilación, una pila de cuadernos de diferentes orígenes. Los papeles variaban, igual que los colores de las hojas y su textura. Algunas páginas estaban pegadas entre sí, y a veces podían verse los bordes irregulares de hojas antiguas arrancadas parcial o totalmente. El estilo de la escritura y la calidad de los dibujos también cambiaban, se precisaban, maduraban a lo largo de todas estas páginas. Era una especie de diario de viaje, o mejor dicho, un diario íntimo. El de Keller. A primera vista, la chica debía de llevar este registro desde hacía cinco, o quizá diez años, tal vez incluso desde que era una niña... El volumen tenía unas trescientas hojas cubiertas de una escritura fina, suelta, clara y elegante. Un lector asiduo y bilingüe hubiera necesitado dos o tres días para llegar al final, y yo mismo, aun limitando mi interés a los párrafos en inglés, sin duda no hubiera podido efectuar una lectura seria en menos de una docena de horas. Era evidente que no disponía de semejante tiempo, de modo que decidí echar una rápida ojeada a los dibujos, confiando en que éstos resumieran las grandes líneas del texto.

Los primeros esbozos eran simples paisajes campestres que no merecían un examen más profundo. Luego venía una serie sobre villas modernas con altas torres agudas y amenazadoras, grises y lisas como sílex. El trazo aquí ya había adquirido carácter, y mostraba un estilo, una energía, una personalidad consolidadas, fuera del

tiempo y las modas. Los primeros retratos venían inmediatamente después. Keller había hecho bosquejos de gente de la calle, personajes anónimos, transeúntes corrientes: una joven madre que arrastraba tras de sí a un niño como si fuera un fardo, un vagabundo apoyado contra una pared, un negro lustrador de zapatos, empleados de oficina saliendo en manada de una boca de metro... Personas que parecían abrumadas por el destino, y la línea del dibujo lograba transmitir el sufrimiento, la angustia, la humillación que debían de constituir su carga común. Sin embargo, no descubrí ningún atisbo de piedad en el trazado de los rostros y las siluetas. No había compasión ni caridad en la expresión de la miseria humana. Aun al contrario, el artista parecía sentir una enorme repugnancia por estas gentes, y acentuaba hasta la repulsión los detalles miserables de sus anatomías, el abandono en su vestimenta y en sus poses. Este miserabilismo contrastaba con los croquis siguientes, consagrados a esos famosos Juegos Olímpicos de agosto de 1936 que se habían desarrollado apenas unas semanas antes en Berlín. Keller no se había contentado con fotografiar los acontecimientos para su diario, sino que también los había dibujado con un raro talento, y consideré incluso que este trabajo era en muchos aspectos mejor que las fotos aparecidas en *Der Angriff*. Visiblemente, estas obras no reflejaban ya repugnancia, sino, bien al contrario, una gran fascinación por los cuerpos humanos que se enfrentaban en ejercicios de lucha, de esgrima, de equitación o lanzamiento.

Sabiendo que disponía de muy poco tiempo, volví rápidamente estas páginas y descubrí luego una decena de retratos consagrados a dignatarios del Partido Nacionalsocialista. Reconocí al grueso Goering y al demacrado Goebbels... Reconocí también al propio canciller. Pero no pude poner nombre a los otros. Había demasiados. Después de un largo pasaje de texto, en un estilo que hacía pensar en Callot, en Durero, se sucedían una serie de ilustraciones de punta seca que extraían su inspiración de los cuentos infantiles. Se veían caballeros, monstruos y seres fabulosos errando en el crepúsculo en torno a sencillas cabañas de campesinos, en las que brillaba, en el alféizar de una ventana, una escualida candela... Unas páginas más adelante, mi corazón se aceleró al reconocer en los dibujos la India y las calles de Calcuta. Primero había algunas vistas generales, anodinas, casi turísticas: la masa clásica del Victoria Memorial, un templo, e incluso la fachada del Harnett... La página siguiente estaba cubierta de esbozos que representaban a diversos notables hindúes, y luego, al volver una página más, descubrí un retrato acabado, muy trabajado, sin duda alguna el más hermoso, el más impresionante de los que Keller había trazado hasta el presente. Era el busto de un hombre en la flor de la vida. Ni muy joven ni demasiado viejo. Su rostro era noble sin altivez, grave sin tristeza, superior sin desprecio; su porte, fiero sin brutalidad, magnético sin vulgaridad... Extrañamente, no sé por qué, la elegancia de este hombre me hizo pensar en una espada forjada por un maestro. Los bustos y retratos de cuerpo entero de las páginas siguientes desarrollaban las cualidades del primer dibujo. Por todas partes aparecían los mismos largos cabellos negros, las anchas espaldas, los grandes ojos almendrados

sombreados por gruesas pestañas, el perfecto clasicismo de los rasgos... Las poses y la ropa cambiaban, desde luego. Las actitudes, primero académicas y un poco rígidas, se suavizaban, se aproximaban a las poses de la vida corriente, mostrando al hombre sentado al pie de un árbol, conversando con otras siluetas apenas esbozadas o bien caminando solo sobre un arenal... Y luego venían los desnudos. Diez, quince tal vez... Crudos. Indecentes. Escandalosos. En ellos el hombre estaba representado en toda su gloria, priápico hasta el exceso, ardiente hasta la caricatura, efectivo hasta el asqueo... Pensé en ciertos grabados abyectos de Bayros o de Aubrey Beardsley que, en la universidad, algunos estudiantes licenciosos se divertían en hacer circular durante las clases y a los que un día había tenido casualmente acceso. Pasé tan deprisa como pude estas hojas obscenas hasta que empezó otra serie. El individuo, esta vez, ya no estaba solo, sino que había ganado a una compañera hecha a su semejanza. ¿Qué edad podía tener? Como él, alrededor de treinta o treinta y cinco años. Y aunque indudablemente la arquitectura de sus rasgos difería, todo hacía pensar en una imprecisa relación de parentesco entre ellos. ¿Hermano y hermana? Sin duda no, porque decididamente había demasiadas diferencias; pero sí, tal vez, primos lejanos... La mujer estaba representada primero en retrato, y luego, como su compañero, en poses menos rígidas, como tomadas directamente del natural... Tenía siempre un aire helado, distante, casi reptiliano, que asustaba... Las páginas siguientes la mostraban desnuda. Pasé rápidamente estos dibujos. Pero enseguida, aun a mi pesar, volví a ellos.

Algo, un detalle, me había inquietado. No había querido examinar muy a fondo el cuerpo dibujado, pero mi mirada había captado una imperfección, una anomalía, que me turbaba. Me obligué a escrutar los trazos uno a uno. Sin duda el equilibrio de las masas era perfecto, el cuerpo, a la vez amplio y fino, frágil y musculoso, atraía... Estaba representado con gran exactitud, sin estilización ni amaneramiento, sino, al contrario, con una evidente preocupación de precisión y realismo. Y por esto me pareció tan extraño descubrir por fin lo que confería al dibujo de esta mujer un aire tan particular, tan inhumano. De hecho se trataba de un detalle ínfimo. De una pequeña sombra ausente en el hueco del vientre. Porque, en cada ocasión, el modelo femenino había sido representado con el abdomen totalmente liso, privado de ombligo. Lo verifiqué minuciosamente. No era un olvido fortuito. El error se repetía de forma sistemática en todas las poses de desnudo. Sin ninguna excepción... Aún perplejo, repasé las imágenes del modelo masculino sin encontrar la misma marca distintiva. El hombre estaba efectivamente provisto de una cavidad umbilical. Y entonces, el corazón me dio un vuelco.

Una gran fotografía ocupaba una de las últimas hojas de la libreta. Una fotografía en blanco y negro, tirada en un papel brillante de calidad y sujeta a la página por cuatro ángulos de cartón. Una fotografía en la que los dos modelos, el hombre y la mujer dibujados, aparecían representados con un aspecto no menos impresionante que en los dibujos precedentes. Reconocí el estilo fotográfico de Keller, sus juegos de

sombras y su técnica característica de utilizar el contraluz. Los dos personajes estaban desnudos, enlazados ante una gran ventana que se abría sobre las líneas de árboles de un parque. Los dos estaban de cara al objetivo; el hombre tenía a la mujer en sus brazos y ocultaba a medias el rostro en los cabellos desechos de su compañera, mezclando sus mechas negras con las claras de su amante. El vientre y los muslos de ésta caían de lleno en una mancha de luz. Los dibujos no habían mentido. Ninguna depresión marcaba el abdomen femenino, decididamente más liso que un canto rodado. Cerré el cuaderno, sin duda más confundido de lo que en verdad quería confesarme, y permanecí un instante en suspenso, como si tuviera todo el tiempo del mundo, preguntándome qué debía pensar de este descubrimiento.

Un poco a regañadientes, guardé el diario donde lo había encontrado y continué el registro. Había una maleta de metal que aún no había abierto. Una maleta grande con algunos arañazos, y un poco abollada también, acaso porque debía de haber viajado mucho. No estaba cerrada con llave. Contenía material fotográfico profesional: cámaras, lámparas potentes para la iluminación de interiores, un trípode, bidones de productos inflamables para el revelado... Y además, enterrada en medio de este material y pasando casi inadvertida entre los instrumentos de óptica, una especie de lente larga, del tipo de las que se deslizan en las ranuras de un arma de fuego. Cogí el instrumento y lo observé un instante. Pude leer el nombre del fabricante alemán Mánnlicher, una reputada fábrica de armamento. Me llevé la mira a los ojos. El aumento era tan enorme que no pude enfocarla bien en el espacio de la habitación. Fui a la ventana y durante unos instantes efectué algunos ajustes groseros que me permitieron juzgar mejor la eficacia del aparato. Según mis estimaciones, estaba hecho para alcanzar objetivos a muy larga distancia, a media milla, o tal vez más. En ningún caso era un instrumento de aficionado. Enardecido por este descubrimiento, volví a colocar la lente en su sitio y me puse a palpar y a golpear la caja de metal, persuadido de que ocultaba un doble fondo en el que encontraría las piezas de un fusil de asesino profesional. Pero mis esfuerzos fueron inútiles; no parecía que hubiera nada oculto en esta maleta.

El cuarto de baño era la única habitación que aún no había visitado. Me dirigí a él. Un fuerte olor químico flotaba en el aire. Cubetas de revelador descansaban sobre una cómoda, y habían tendido un hilo de acero inoxidable sobre la bañera y enroscado una bombilla roja en el techo. Era evidente que Keller utilizaba este lugar para revelar sus fotografías. En un plato esmaltado se veían una cincuentena de fotos apiladas. La primera me llamó la atención. Era una de las piras de la orilla del Hoogly. Cogí maquinalmente el resto de la pila, ansioso por desgranar los temas que Keller había juzgado interesante captar con su objetivo. No me sorprendió ver grandes planos de cuerpos retorcidos, humeantes, vistas generales de las hileras de piras, toda una serie de visiones de horror no aptas para ojos infantiles. Abrí también los últimos armarios del cuarto de baño sin encontrar nada especial. Ya me disponía a irme, cuando recordé que aún no había visto el cráneo que la mujer había traído la

víspera por la noche. ¿Qué había hecho con él? ¿Se había deshecho de la calavera? ¿La había olvidado en el fumadero de opio? ¿Se la había llevado al salir del hotel, o bien estaba oculta aquí, en un lugar que aún no había explorado? Mentalmente pasé revista a los muebles que había abierto, los cajones que había examinado, los armarios que había registrado. No recordaba haber olvidado ninguno. Si el cráneo aún estaba aquí, debía de estar escondido. Pero ¿dónde? ¿Y por qué? Volví, muy excitado, a la estancia principal, para tratar de adivinar dónde podía ocultarse un nicho; pero no pude encontrar nada. Me agaché para verificar los zócalos, las tablas del parqué e incluso, palpando a ciegas, la parte inferior de los muebles. Me dirigí de nuevo al cuarto de baño, escruté los azulejos uno por uno, y luego, ya desesperado, abrí la trampilla que permitía acceder a la conexión de la bañera. A ciegas, hundí mi mano en el oscuro agujero y palpé el interior. Mis dedos tropezaron con un objeto duro, liso, de ángulos rectos, sobre el que rechinaron mis uñas. Contorsionándome un poco, conseguí atraerlo hacia mí. Era una caja más alta que ancha, una especie de sombrerero sin colores ni ornamentos. No estaba cerrada. Me la coloqué sobre las rodillas y la abrí. Aparentemente, un único objeto había sido depositado en su interior. Reconocí el cráneo infantil que Keller había traído de la orilla de las piras. Mi palma lo sujetó como si cogiera un fruto duro caído de un árbol. Quería examinarlo, tratar de comprender por qué la joven había juzgado conveniente conservar este fetiche atroz y por qué se encontraba ahora ahí, oculto bajo la instalación del cuarto de baño. Como había podido constatar la víspera, esta estructura ósea tenía poca relación con la idea que uno se hace normalmente de un cráneo. No era blanco y brillante, como esos que, después de ser despojados de sus carnes mediante una larga ebullición, son utilizados luego por generaciones de estudiantes en las facultades de medicina. Este era, al contrario, de un color negruzco, cubierto de una especie de costra de hollín viscosa, resultado tanto de su paso por las llamas como de su entierro posterior en el osario. También le faltaba la mandíbula inferior, sin duda desencajada con los primeros calores por la fundición de los nervios y el cartílago. En cuanto lo tuve en mi mano, me di cuenta de que era más pesado de lo que normalmente hubiera debido ser. Yo no estaba, eso era evidente, acostumbrado a pesar esqueletos, pero lo sentí de forma instintiva. Tuve la impresión, o más bien el presentimiento, de que la cavidad cervical había sido rellenada con alguna clase de materia densa. Palpé, pues, esa cabeza en todos los sentidos, en parte como lo hubiera hecho con una arqueta misteriosa de la que hubiera perdido la llave. Pero no tuve que manipular mucho tiempo esta reliquia humana para encontrar el sistema de abertura. Era un simple corte de sierra horizontal que había separado la bóveda del fondo. No había ningún sistema de encajes, ni bisagra ni clavijas para unir las dos partes. Sólo un fino cordón de cera que había sido depositado sobre el corte y actuaba como una cola ligera.

No me había equivocado. El cráneo había sido efectivamente vaciado, transformado en recipiente; porque se habían introducidos algunos objetos en él.

Objetos muy simples, pero que estuvieron a punto de hacer que mi corazón dejara de latir para siempre. Al principio, sin embargo, no fue casi nada. Dos pequeños rectángulos de una especie de pergamino enrollados en un delgado anillo de plata, sobre los que aparecían trazados, en uno, una palabra en escritura hindi, y en el otro, con una tinta de color pardo, una especie de dibujo, o mejor dicho, un pictograma. Una línea, a ratos quebrada y a ratos ondulada, que, corriendo a lo largo de un gran rectángulo dividido en casillas, formaba bucles y volvía sobre sí misma efectuando incomprensibles torsiones. Luego encontré un frasco transparente lleno de un líquido amarillo que presentaba la consistencia y la opacidad de un aceite, y que se enturbiaba con un montón de partículas pesadas, algunas de las cuales derivaban al azar, aunque en su mayoría se depositaban en el fondo del recipiente. Pero naturalmente no era esto lo que me había dejado helado. Mi corazón había dejado de latir justo en el momento en que había desplegado un cuadrado de papel satinado groseramente doblado en cuatro. Este cuadrado era una fotografía. Una foto bien enmarcada. Nítida. Casi un retrato de estudio. La imagen mostraba a un hombre en traje civil apoyado en un parapeto que dominaba un río que arrastraba muertos... ¡Y ese hombre era yo! Me tambaleé producto de la conmoción. Creo que no me hubiera sentido más confundido si hubiera tenido ante mis ojos la fotografía de mi propio cadáver. ¡Pero eso no era todo! Esta fotografía no sólo constituía la prueba fehaciente de que, a pesar de todos mis esfuerzos, Keller me había detectado mientras la seguía, sino que había algo infinitamente más grave, e infinitamente más turbador también... En las cuatro esquinas del retrato había unos añadidos. En el ángulo superior derecho, reconocí un pedazo cortado de mi pasaporte; en él, estaban escritos mi nombre completo, la fecha y lugar de mi nacimiento. Al mismo nivel, a la izquierda, la austríaca había adherido una mecha de cabellos al papel satinado con unas gotas de cera negra. En la parte baja creí reconocer un fragmento desgarrado de uno de mis pañuelos, y en la última esquina vi la llave más pequeña del llavero que me habían robado la víspera, pegada también a una mancha oscura.

De pronto, se aclaraban todos los detalles de mi incidente en el fumadero de opio. Nada había sido gratuito. ¡Keller me había conducido premeditadamente allí, había buscado un medio para hacerme perder el conocimiento, sobornando sin duda a la criatura andrógina con los pies desnudos para que me hiciera tragar un narcótico, y luego había pagado a los niños para que me atacaran, me desvalijaran y me arrancaran puñados de pelo! Pero eso no era todo. En los hombros, las caderas y el cuello, mi silueta estaba horriblemente acribillada de agujitas, tan oxidadas y corroídas que bastaba con rozarlas para que se pulverizaran. Nunca había visto nada parecido. Este descubrimiento fue la causa de que al instante me sintiera dominado por una repugnancia instintiva que casi me hizo cometer lo irreparable: sentí deseos de quemar estas inmundicias, de hacerlas desaparecer para borrarlas de mi memoria y conjurar su existencia. Por descontado, eso hubiera revelado el registro de la habitación, y aunque por mi culpa Keller supiera ya que la teníamos bajo vigilancia,



había que evitar a toda costa que se sintiera demasiado presionada, acosada como un animal al que los cazadores persiguen de muy cerca. El buen sentido exigía que le dejáramos cierto margen de maniobra; no podíamos permitir en ningún caso que advirtiera que uno de nosotros se había introducido en sus aposentos y había sacado a la luz sus repugnantes secretos. Traté, pues, de calmarme, rociándome el rostro con agua fría, y luego, febrilmente, copié la palabra en hindi y el extraño circuito de la línea quebrada que ondulaba a través de las casillas como una serpiente en su jaula. A continuación guardé otra vez en el interior del cráneo todos los objetos que había encontrado en él, foto incluida, reajusté el casquete de hueso sobre su base y por último devolví la caja de cartón al lugar de donde la había cogido. Después de asegurarme que no había dejado ninguna señal de mi paso, abandoné la habitación 511 por el camino de la cornisa. La vuelta se efectuó sin especiales dificultades, aunque mi mente estuviera ya ocupada en prever las posibles consecuencias de mis descubrimientos. Porque, aunque evidentemente no sabía nada del *modus operandi* que Keller empleaba, tenía una intuición precisa de lo que estaba haciendo con la fotografía en cuestión, los objetos personales y las agujas oxidadas. Aunque todo esto me pareciera grotesco, falto de todo fundamento y revelador de una mente puerilmente supersticiosa, tenía que rendirme a la evidencia: ¡Keller trataba de practicar sobre mí un acto de pura magia negra! Estaba bajando por la escalinata del Harnett cuando me atreví a expresar por primera vez este término de forma consciente. Que esa chica se hubiera metido en la cabeza hechizarme, sin duda me hubiera causado risa si yo mismo no hubiera sostenido en mis manos ese cráneo infecto y visto con mis propios ojos la imagen de mi cuerpo aseteado por unas repugnantes agujas. Sus reales intenciones y la absoluta frialdad con la que esa mujer parecía llevarlas a cabo me aterrorizaban. Era indiscutible que nos encontrábamos frente a una agente peligrosa en extremo, sin duda alguna mentalmente perturbada, pero metódica, organizada y terriblemente eficaz en la puesta en práctica de sus delirios.

De vuelta en el vestíbulo, recuperé con un pretexto cualquiera el mensaje que había hecho deslizar en el casillero de la 511. Sentado en el coche, pasé luego dos o tres duras horas de espera torturándome mentalmente. La perspectiva de confesar a Gillespie que Keller se había burlado de mí me avergonzaba como si fuera un niño pillado en falta. Cuando, finalmente, Mog llegó, no tuve más remedio que decidirme a volver para presentar mi informe al capitán.

## LA NOCHE DE SHAPUR STREET

Nada había ocurrido como esperaba. No sólo no había encontrado a Gillespie en su despacho, sino que nadie en el servicio parecía saber dónde podía hallarse. Ni siquiera en el comedor de oficiales, que a aquella hora estaba atestado, hubo una sola persona que fuera capaz de informarme. Contrariado y fatigado, me senté un instante en un rincón oscuro, cerca de la mesa donde tres noches antes Hardens me había anunciado que iba a trabajar sobre el terreno.

Durante mucho tiempo dejé, extenuado y con la mente en blanco, que mis ojos se deslizaran por las caras que me rodeaban. ¿Quiénes eran realmente estos hombres a quienes la Corona había encargado conservar la parte más hermosa de su Imperio? ¿Gente fuera de lo común, gentilhombres aventureros como en tiempos de sir Clive y de sus batallas contra los combatientes de la jungla del francés Lally-Tollendall<sup>[4]</sup>? ¿O más bien tristes hombrecillos que depositaban toda su metafísica y todos sus anhelos en el fondo de un simple vaso de cerveza? Demasiado ocupado por mis propios problemas, no quise tomarme el trabajo de darme una respuesta y preferí abandonar el lugar para encerrarme en mi reducto e intentar analizar los datos de esta tarde a la exclusiva luz de la razón. Uno a uno, pasé revista a los objetos encontrados en la habitación 511.

La mira telescópica, en primer lugar. ¿Por qué la guardaba Keller cuando no había descubierto en su habitación ninguna otra pieza de un arma de largo alcance? ¿Era posible que la utilizara sólo como un instrumento de aumento? Pero en ese caso ¿por qué no había elegido unos prismáticos de buena calidad en lugar de este aparato frágil y delicado? Y si en efecto era la parte óptica de un fusil de precisión, ¿a quién estaban destinadas sus balas? ¿A esa gente tan bella, tan desnuda, que había dibujado en su libreta? Y por otra parte, ¿quiénes eran esos dos? ¿Cómo se explicaba que la mujer pareciera no tener ombligo? ¿Se trataba de una anomalía física benigna, o revelaba algo distinto? Y además, y sobre todo, ¿qué significaban esas infectas artimañas de magia negra con las que Keller parecía persuadida de poder influir en mí? ¿Creía que podía matarme con ayuda de esos chismes? ¿O tenía otra idea en mente? Yo no podía saberlo. La fatiga, la tensión de estos últimos días, me subieron a la cabeza y me aturdieron. Traté de rehacerme; cerré los ojos y evoqué por un instante un recuerdo agradable de donde extraer un poco de consuelo. Volví a ver los pequeños restaurantes de Pimlico o Marylebone a los que, cuando estudiaba en Londres, me gustaba ir a cenar los viernes por la noche con algunos buenos compañeros. ¿Dónde estarían ahora? Al ser la mayoría hijos de buena familia, no tenían necesidad de esforzarse para subsistir, y a buen seguro se hallarían ya cómodamente instalados en sus gabinetes de abogado nuevecitos, comprados con el dinero de sus padres, o se

harían los importantes en los confortables despachos de dirección de la Lloyds o de la banca Rothschild. Yo no tenía esa suerte. Inspiré profundamente y expulsé poco a poco todo el aire contenido en mis pulmones, como para purgarlo también de mis malos pensamientos.

Me levanté, cogí una silla y, sentado ante mi mesa de trabajo, redacté una larga carta a mi padre, la primera desde mi llegada a las Indias. Él era la única familia que me quedaba. Mis padres no habían tenido más hijos y mi madre había muerto cuando yo estaba a punto de empezar mis estudios. Mi padre sufría por su ausencia. Y también por la mía, creo. Le escribí unas palabras tranquilizadoras y le prometí que me las arreglaría para volver a Inglaterra sin tardanza. Aún no sabía que, con el estallido de la guerra y atrapado en el torbellino de mi aventura como una hoja arrastrada por un tornado monstruoso, ya no volvería a verle. Faltaba poco para la medianoche y sólo me quedaban unas horas antes de cumplir con mi turno de guardia en el Harnett. Apagué todas las luces, me desnudé, abrí la ventana de par en par, y luego, tras levantar la pesada mosquitera, me tendí en mi cama para mirar el cielo negro que amenazaba tormenta. Cerré los ojos y respiré profundamente. Un olor penetrante me llenó la nariz. Humedad, calor, descomposición de la tierra que carga el ozono venido del cielo... La tormenta profirió muchas amenazas, pero no ejecutó ninguna. Pasó por encima de Calcuta sin decidirse a estallar. Me dormí.

No era nada. Apenas una manchita de prurito rojizo situada en la base del cuello, a la que sin duda no hubiera prestado atención en condiciones normales. La había visto por la mañana, en el espejo, mientras me estaba afeitando. No me dolía. O tan poco que no podía discernir realmente si la causa era ella misma o la súbita atención que le prestaba. Estaba situada exactamente en el lugar donde Keller había clavado una de las agujas en mi retrato. Había inspeccionado minuciosamente todo mi cuerpo para verificar si habían aparecido otras manchas en otros lugares que ella había pinchado, pero no había visto nada, ni tampoco había sentido nada al palparlos. Entonces, tranquilizado —aunque sólo a medias—, había tratado de nuevo de encontrar a Gillespie. Su despacho seguía vacío. Disgustado por no poder presentar mi informe de viva voz, me había puesto a redactar unas líneas en las que narraba a grandes rasgos las circunstancias que me habían conducido a efectuar el registro de la habitación 511 y describía los principales objetos que allí había encontrado. Sin embargo, había sido voluntariamente poco claro con respecto al fetiche depositado bajo la bañera, y aún más vago en cuanto a que era mi propia fotografía la que servía de soporte al supuesto hechizo que Keller parecía practicar. Una vez acabada esta tarea, y como no tenía nada más que hacer, decidí avanzar un poco la hora del relevo de Edmonds. Extrayéndose no sin esfuerzos de su vehículo, el asistente se mostró encantado de arañar algunas horas de libertad.

—Keller está ahí. Mog la vio entrar hacia la medianoche y estoy seguro de que no

ha vuelto a salir. Parece que la perdió, ayer por la tarde, ¿no es así?

En tono cansado, repetí a Edmonds las pobres explicaciones que había ofrecido la víspera a Mog. No pareció convencido, pero no se arriesgó a hacer ningún comentario. Me instalé en el puesto del conductor.

—De hecho, teniente —dijo el asistente mientras yo cerraba la puerta—, creo que ya va siendo hora de desplazar el coche. Aunque fuera sólo un poco. Hace tiempo que está aquí, y acabará por alimentar sospechas. ¿Por qué no lo hace ahora?; más lejos hay un espacio donde deberíamos poder colocarlo, yo le guiaré...

Palidecí. Era imposible que pudiera hacer arrancar este coche, ya que ni siquiera era capaz de distinguir la diferencia entre el pedal del freno y el del acelerador. En una fracción de segundo, todos los pretextos posibles para justificar mi negativa desfilaron por mi cerebro; pero no, decididamente no me venía a la cabeza nada pertinente. Todas las excusas que hubiera podido decir para salir del apuro hubieran sido grotescas, inverosímiles, ridículas... Por tercera vez, pues, tendría que resignarme a una nueva sesión de humillación pública. ¡Tanto peor! Así que, tragándome el orgullo, confesé penosamente:

—Lo lamento, Edmonds, pero creo que tendremos que proceder de otro modo. Seré yo quien le guíe. Es idiota por mi parte, lo sé, pero el otro día no me atreví a informarle de que..., ¡de que nunca me he tomado tiempo para sacarme el carné de conducir!

—¡Ah! —comentó sobriamente el gordo asistente, como si ya estuviera harto de mis incongruencias—. En este caso... Muy bien...

Con mirada baja, salí del vehículo y fui a echar un vistazo al lugar que había elegido Edmonds. Estaba a sólo unas veinte yardas, y de hecho el desplazamiento sólo sería simbólico para un observador atento; pero, a fin de cuentas, también era cierto que era más prudente variar ligeramente nuestro lugar de estacionamiento de vez en cuando. Aunque la operación duró sólo unos instantes, yo estaba ansioso por que terminara y Edmonds se esfumara de allí de una vez. Podía sentir cómo su mirada, al mismo tiempo irritada y burlona, se posaba sobre mí mientras yo agitaba los brazos como un policía de tráfico para dirigirle lo mejor que podía. Una vez solventado el asunto, el suboficial se marchó por fin, con la mirada amarillenta y el paso un poco vacilante, balbuceando algo entre dientes y condenando a un nuevo tirador de rickshaw a propulsar su impresionante cubicaje hasta los límites de la ciudad.

Era el tercer día de vigilancia y estábamos en mitad de la mañana. Oleadas de calor ascendían del suelo. La tierra sobrecalentada, empapada aún de agua por la estación de las lluvias, devolvía con toda su fuerza la irradiación de un sol extravagante. El paisaje era todo vapores y nubosidades. Cabizbajo y con las manos cruzadas a la espalda, di unos pasos a lo largo de la acera, obsesionado con la imagen de la horrible reliquia que se pudría a sólo unas yardas de mí, en un oscuro rincón de la habitación 511.

Yo no sabía nada de magia. O muy poco. Sólo recordaba a una vieja pariente excéntrica que había acabado su vida regentando una barraca de cartomancia, junto a la playa, sobre las planchas de Brighton. Mi padre y yo íbamos a verla a veces, cuando yo era niño. Y me gustaban estas visitas. No por las ideas insensatas que la pobre mujer sostenía, sino por la decoración de bazar que había reunido en torno a ella: bola de cristal, barajas de tarot con imágenes cómicas, cartas celestes adornadas con figuras fantásticas, viejos libros con títulos misteriosos... Todo este ceremonial me divertía, por más que supiera —mi padre me lo había dicho— que no había que tomarse estas cosas en serio. Como cualquier inglés corriente, yo había sido educado en el culto protestante; pero sin exageraciones de ningún tipo, sin rigidez. Creía en el Bien. Creía en el Mal. Pero de manera temperada. Y eso me hacía creer sobre todo en las personas razonables y prudentes, cuya existencia se debía proteger, y en los locos que había que proteger de sí mismos en tanto fuera posible. El objeto de mi fe era, pues, esta universal Mediocridad que me parece el único punto en común que comparten realmente los hombres. Toda mi metafísica se detenía ahí.

Sin darme cuenta, había ido a parar muy cerca del hotel, a una zona donde durante el día aparcaban algunos taxis para esperar a los clientes. Me fijé en que el tercer coche se parecía al que había visto coger a Keller. Por si acaso, me acerqué, golpeé el vidrio y pregunté al chófer si había llevado a una chica rubia la víspera, al comienzo de la tarde. El tipo, un inglés de aire astuto, simuló sorprenderse ante mi pregunta e inició una perorata sobre la obligación de discreción que su oficio exigía. Necesité ocho libras, casi todo lo que llevaba encima, para sacarle por fin la información. Sí, recordaba a una joven, que había cargado aquí mismo y había conducido a cierta distancia un día antes.

—No le he dado ocho libras por un simple sí o no. Lo que quiero es la dirección adonde se hizo llevar esta joven. ¡Estoy seguro de que la recuerda!

—¡Desde luego que la recuerdo! Es una calle en la periferia del barrio moderno. La dejé en Shapur Street, 19. Y eso es todo lo que sé, porque no quiso que la esperara...

Shapur Street, 19... Anoté la dirección y luego volví a sentarme en el Chevrolet para meditar sobre este nuevo dato y tratar de asociarlo con los restantes. Pero me costaba mucho pensar. Tenía la cabeza pesada y las sienes me palpitaban con un dolor cada vez más lacerante que me cubría toda la cara y me clavaba agujas en los ojos. Así pasé las últimas horas de la tarde, en un estado febril sumamente desagradable. Por suerte, Keller no abandonó el Harnett ese día. Al llegar la noche, al amparo de las sombras y viendo que mi turno llegaba al final, salí para desentumecerme y refrescarme con la brisa que empezaba a soplar. Me desabroché el cuello de la camisa y me alejé del coche para caminar un poco. Eran aproximadamente las siete de la tarde. Por los escalones del Harnett subían parejas en traje de noche que entraban en la sala de conciertos donde se bailaba al son de una gran orquesta de metal de excelente reputación, cuya fama se extendía hasta Borneo. Lentamente, con la mente

en blanco y el cerebro sometido aún a un martilleo febril, dirigí mis pasos hacia el ala lateral del hotel, donde Keller tenía su *suite*. La calle, apenas iluminada, estaba vacía. Levanté los ojos hasta el quinto piso para observar la ventana de la habitación 511. Al contemplar la fachada desde el exterior, me quedé perplejo ante lo que había realizado la víspera. Vista desde abajo, la cornisa no era más que un delgado hilo de piedra que corría a lo largo de un muro liso, sin ningún punto de apoyo para las manos, sin nada a lo que sujetarse en caso de desequilibrio. Un estremecimiento recorrió mi espalda y me imaginé lo que hubiera sido de mí si por desgracia mi pie hubiera resbalado o hubiera sufrido un ataque de vértigo: ¡una caída espectacular y mortal! Había actuado como un loco... Las cortinas y los postigos de la *suite* estaban cerrados, pero un poco de luz se filtraba por los intersticios. La joven debía de estar allí. Con paso cansino volví al coche y me dispuse a soportar con paciencia el tiempo de espera antes de que llegara Mog, que hizo acto de presencia con más de media hora de retraso sobre el horario, lo que, en las condiciones en que me encontraba, me puso ciego de ira. Irritado tal vez por esta migraña que no me dejaba en paz y me oprimía atrozmente las sienes, me indigné y le recriminé violentamente su tardanza, algo que no casaba con mi carácter. Una vez se aplacó mi cólera, quise volver lo más rápido posible al cuartel.

Aún tenía un poco de dinero en el bolsillo y decidí tomar un taxi; pero en el momento en que me disponía a indicar mi destino al conductor, se me ocurrió que sería mejor utilizarlo para otro fin.

—Al 19 de Shapur Street —dije.

El trayecto no fue muy largo —quince o veinte minutos tal vez— y transcurrió sin abandonar el barrio colonial. Avanzamos a lo largo de edificios claros, con las fachadas recién revocadas y rodeados de jardines privados. Y luego, al doblar la esquina de una calle que no se diferenciaba en nada de las demás, el conductor aminoró la velocidad hasta que finalmente se detuvo del todo. Dejé mis últimos billetes al chófer, que se marchó mientras yo me adelantaba, solo, hacia la casa desconocida. Por lo poco que podía distinguir de ella —unos altos muros formaban una pantalla protectora que la ocultaba casi totalmente a las miradas—, el edificio principal era una enorme villa situada al fondo de un parque que parecía también muy vasto, un jardín tupido con árboles plantados apretadamente por todas partes. Los dos batientes de la gruesa verja de entrada, blanca y limpia, estaban anclados a unos enormes pilares de piedra que daban al conjunto un aire de fortaleza. Sobre una placa de cobre resplandeciente aparecían grabados los nombres de los propietarios, Dalibor y Laüme Galjero, unos nombres extranjeros cuyo origen no fui capaz de determinar. A la altura de mi cabeza, en un bronce muy oscuro, dos series de tres medallones de piedra corrían a lo largo del muro a uno y otro lado de la entrada principal. Las figuras, finamente grabadas, representaban monstruos, demonios, híbridos de rasgos repulsivos. Por un instante pensé en pulsar el botón del timbre que sobresalía por debajo de la placa de cobre; pero estimé más prudente informarme sobre esas

personas antes de presentarme sin ningún motivo válido ante su puerta. En lugar de eso, decidí recorrer el muro para evaluar al menos el tamaño de la propiedad y verificar la eventual presencia de otras entradas. Creo que tuve que caminar unas ciento cincuenta yardas antes de llegar a la esquina de una nueva calle, y luego aceleré el paso para continuar mi recorrido y obligarme a dar la vuelta completa al recinto. A primera vista, la villa y el terreno debían de ocupar un cuadrado de trescientas o cuatrocientas yardas de lado, lo que representaba una superficie enorme situada en la zona más hermosa del barrio residencial de Calcuta. Como había esperado, acabé por descubrir una puerta de servicio que se abría en la parte trasera del dominio. Estaba cerrada con llave y flanqueada por los mismos extraños medallones que decoraban la entrada principal. La calle en que me encontraba era estrecha, oscura, iluminada aquí y allá, no por farolas con bombillas eléctricas, sino por algunas lámparas de gas que emitían una luz temblorosa y totalmente insuficiente. Tal vez fuera ésa la razón de que no comprendiera inmediatamente lo que sucedió entonces.

No muy lejos del portal había un pilón de piedra bastante alto que servía de soporte exterior del muro. Me encaramé a él y, a partir de esta posición elevada, traté de sujetarme a algún resalte para izarme hasta lo alto de la pared. Torpemente, buscando a tientas, localicé una grieta entre dos piedras, me apoyé en ella y me levanté lo suficiente para echar una ojeada al interior del parque. A pesar de la densa oscuridad, adivinaba algo entre los árboles. A mi izquierda se destacaba una masa compacta, inmóvil. Tras forzar la vista discerní la silueta de una especie de torre de estilo oriental, medio *stupa* medio pagoda, una edificación excéntrica de la que sólo se distinguía con claridad el tejado puntiagudo, formado por planos encajados que se recortaban sobre el cielo oscuro. Entonces, inexplicablemente, me sentí dominado por un vértigo espantoso, acompañado de una violenta náusea. Mis manos soltaron la presa y las suelas de mis zapatos se deslizaron de sus puntos de apoyo. Caí pesadamente y me golpeé la frente contra el duro suelo. El impacto fue tan fuerte que durante un instante perdí el conocimiento. Aturdido, con el sentido de la estabilidad tan alterado que me era imposible levantarme y caminar, permanecí apoyado sobre las manos y las rodillas, temblando de arriba abajo. La sangre se deslizaba hasta el suelo formando un charquito rojo bajo mis ojos. Me había abierto una ceja. Aunque la herida no era profunda ni grave, sentí un dolor exagerado que acabó de revolverme el estómago. Tuve un infernal ataque de náuseas, y sin poder evitarlo, me puse a vomitar, babeando, gimiendo, temblando lamentablemente, durante un tiempo que me pareció interminable.

Finalmente la crisis pasó. Me levanté como pude de entre la porquería —una mezcla de sangre, bilis y deyecciones— en la que estaba bañado y traté de volver hacia la parte delantera de la casa, donde tal vez podría encontrar ayuda. Penosamente, jadeando, con la espalda encorvada y las sienes oprimidas por una tenaza de hierro, conseguí ponerme en marcha, y después de caminar unos pasos, no

sé por qué, me volví y miré los medallones de bronce empotrados en el muro. Un sudor helado cubrió mi cuerpo. ¡No cabía duda, los rostros de los demonios me miraban fijamente! O ésa fue al menos la impresión que tuve entonces... Era como si sus ojos estuvieran abiertos y me taladraran, como si sus bocas tendieran hacia mí sus colmillos relucientes, como si de pronto hubieran cobrado vida y se divirtieran viéndome así magullado, desamparado... Tuve esta visión, sentí ese horror... Y me desvanecí.

Sobre la piel de mi espalda, el círculo de acero del estetoscopio estaba frío y aquello no me gustaba. Tensé los músculos de los hombros y me sacudí como un caballo nervioso.

—¡No se resista, teniente Tewp! ¡Nunca he visto a un paciente tan... impaciente y desagradable como usted! ¡Respire hondo en lugar de hacer el tonto!

Resignado, llené mis pulmones con el aire saturado de aromas de mixturas medicamentosas que flotaba en el gabinete de consulta donde me examinaba uno de los veintiocho oficiales de sanidad diplomados y titulados con que contaba el hospital militar de Calcuta.

—Bien. Migrañas, dolor de vientre, aturdimiento, desvanecimiento... Y además esta pequeña herida abierta sobre el ojo ocasionada por una caída. ¿Es eso, no?

Entre dientes solté un «sí» sobrio y enojado.

—¿Y qué puede decirme respecto a esto? —me preguntó, señalando la base de mi cuello.

—No sé... No lo he visto hasta esta mañana. Pero no era tan grande y no me quemaba...

El capitán médico Nicol era un veterano colonial próximo a la sesentena, un hombre apuesto, esbelto, con una barba plateada bien recortada y cabellos grises cortados al rape. El doctor no bebía, no juraba, y sin duda me hubiera caído simpático enseguida si me hubiera encontrado en una mejor disposición de espíritu.

—No tengo ningún comentario particular que hacer en lo que concierne a su ceja reventada. La herida se ha cerrado por sí misma pero, a pesar de todo, le daré unos puntos de sutura para que le quede una bonita cicatriz. En cuanto a las contracciones de estómago y los efluvios, bien... digamos que tal vez simplemente haya comido alguna porquería que no digiere; le daré algo para eso... Pero este prurito en la punta de la garganta me preocupa mucho. Con mayor motivo aún porque hay otros dos en formación, en la espalda. Uno en la nuca y otro a la altura de las lumbares. El segundo incluso empieza a supurar...

—¿Y qué puede ser? —pregunté, rememorando con angustia las agujas que Keller había plantado en mi retrato.

Nicol se encogió de hombros en señal de ignorancia.

—De momento me limitaré a desinfectar y vendar. Tal vez se trate sólo de una



alergia pasajera. Pero vuelva a verme mañana; es muy importante que supervise esto de cerca.

Atiborrado de medicamentos para luchar contra la migraña y el estado nauseoso que no me habían abandonado desde la víspera, salí de la consulta de Nicol para afrontar otro problema: el de la confrontación con Gillespie. Aquello prometía ser delicado, porque tendría que dar explicaciones tanto sobre mi registro en el Harnett como sobre mi incidente en Shapur Street.

En presencia de Edmonds, que se balanceaba con actitud fanfarrona en su silla, Gillespie me escuchó sin decir nada, sin mostrar ninguna reacción, pero en apariencia interesado en oír las explicaciones que tenía que darle. Cuando hube acabado de resumir los acontecimientos que me habían conducido de la habitación 511 a Shapur Street, Gillespie suspiró, cogió la regla de madera que descansaba sobre su escritorio y se entretuvo lanzando golpes al aire, como si mi relato, en lugar de contrariarle, o incluso enfurecerle, simplemente le hubiera aburrido en grado sumo.

—¡Tewp —soltó por fin—, creo que es usted un incompetente! Actúa como le sale de las narices sin pensar ni por un segundo en que sólo es uno de los miembros de un equipo. En primer lugar, hubiera debido decirnos que era incapaz de llevar un seguimiento correctamente. Además, nunca, en ninguna circunstancia, hubiera debido lanzarse de improviso a registrar las habitaciones de Keller estando solo. En cuanto a lo que encontró allí... no sé si esto tiene mucha importancia pero...

Eché un vistazo a su reloj y palmeé la caja con la punta de la regla.

—... pero ¡dentro de veinte minutos exactamente habrá dejado de ser nuestro problema!

—¿Que ya no es nuestro problema, capitán? ¿Qué quiere decir?

—Si ayer no me encontró en mi despacho, Tewp, fue porque precisamente me estaban comunicando que el expediente Keller está a punto de ser asumido por otro equipo.

La noticia me conmocionó.

—¿Cómo es eso, mi capitán? No hemos hecho más que empezar a vigilar a esa chica... ¿Quién ha dado esta estúpida orden?

—¡No se embale, Tewp! Esta orden emana de un superior, evidentemente. Superior a usted igual que a mí... Y en ningún caso le incumbe juzgar sobre su pertinencia... Es a causa de Küneck, si le interesa saberlo...

—¿Küneck, el jefe del SD Ausland? —dije, completamente desconcertado.

—El mismo. Cuando informamos a nuestra gente de Delhi de que Küneck se había desplazado aquí al inicio de la semana para ver a Keller, al parecer les dio un ataque. Un auténtico puntapié en el hormiguero, podría decirse. Avisaron a uno de sus capítostes, que ha ordenado que lo paráramos todo. La operación de vigilancia se acaba, para nosotros, exactamente al final de la hora en curso. Ahora serán ellos los que se ocupen. Y además creo que...

Gillespie interrumpió la frase y se mordió los labios, como si lamentara haber

empezado a hablar.

—¿Y además, capitán? —le animé.

—Hum... Y además creo que se cuece algo insólito. No adivino qué exactamente, pero estos últimos días corren rumores... Se diría que la India, de pronto, interesa mucho a los servicios de la metrópoli. No sabría precisar de qué va el asunto... En fin, ya veremos. Sea como sea, teniente, las órdenes, para nosotros, son muy explícitas: la operación Keller se interrumpe. Volvemos a la rutina habitual... Dicho de otro modo: ocupamos la jornada tratando de hacer olvidar a nuestros superiores que existimos. ¿Está claro, Tewp?

—Pero, si me lo permite, capitán, ¿qué opina el coronel Hardens de esto?

—Nada, ya que se ha desplazado a Delhi por un período de diez días. Seguramente a su vuelta elegirá un nuevo destino para usted. Algo que encaje mejor con sus capacidades. De modo que hasta ese momento deje de darle vueltas a la cabeza y aproveche esta oportunidad para descansar un poco y pasarlo bien. ¡Tiene usted un aspecto horrible!

## ALGUNOS ENCUENTROS Y UN COMBATE

¿Qué podía significar, en la India de los años treinta, la expresión «pasarla bien» en boca de un capitán del ejército colonial? A grandes rasgos diría que consistía en alcoholizarse hasta el embrutecimiento, frecuentar las casas de tolerancia, jugarse la soldada a las cartas o a las carreras de galgos, o bien también tratar de aprovecharse de la mente lujuriosa de alguna occidental abandonada por un marido demasiado ocupado con sus negocios o sus propias amantes nativas. Así podían resumirse más o menos las distracciones comunes de la Calcuta de los europeos en aquellos años, y esto, aparentemente, contentaba a todo el mundo. En cuanto a mí, yo no tenía, por descontado, una especial afición por ninguno de estos pretendidos placeres. Decididamente no: nunca me habían entrado ganas de abandonarme a esta clase de comportamientos. Y además, en aquellos momentos me sentía terriblemente ofendido, humillado incluso, y esto me quitaba todas las ganas de consagrar mi tiempo y mis pensamientos a nada que no fuera el asunto Keller. Que había actuado torpemente en el curso de estos últimos días era una evidencia, pero no por ello merecía las miradas cargadas de desprecio que Gillespie y Edmonds no habían dejado de lanzarme mientras presentaba mi informe. Tampoco quería que me destinaran de nuevo a ocupar un puesto en algún departamento administrativo. Confusamente, y pese a mis terribles aprensiones iniciales, sentía que, al fin y al cabo, poseía cierta predisposición para la acción. Con un poco de práctica, estaba seguro de poder representar un digno papel. Y además, y sobre todo, estaba Keller y las operaciones diabólicas que practicaba sobre mí. No había hablado abiertamente a Gillespie de aquel asunto; en su lugar, había preferido explicarle el arsenal de bruja que la austríaca había acumulado en su habitación, sin precisar mi implicación en tales artes. Aquello no le incumbía. Era un asunto personal, una cuestión entre la austríaca y yo que debía resolver con urgencia. Pero ¿qué podía hacer yo al respecto? ¿Llamar a su puerta y conminarla a que me explicara qué suerte me tenía reservada? Era una solución simple y tentadora; pero seguramente antes de que hubiera dado diez pasos por el vestíbulo del Harnett, uno de los nuevos espías encargados de su vigilancia me habría detenido. Porque, en este sentido, yo no me hacía ilusiones: el despacho de Delhi disponía de agentes eficaces. Mucho mejor preparados y mejor organizados a veces que los de Bengala. Aunque hubieran dejado escapar a Küneck, apostar por su incompetencia hubiera sido una estupidez por mi parte. ¿Y entonces? No sabiendo muy bien cómo actuar, tomé la resolución de informarme sobre los Galjero de Shapur Street que, ahora lo sabía, habían recibido la visita de Keller mientras yo registraba su habitación. Si eran extranjeros, seguro que les habrían consagrado una nota en algún sitio.

Con una sonrisita de inteligencia que le tensaba el rostro granizado de acné, un

joven suboficial me condujo amablemente hasta el pasillo correcto y depositó en mis manos el pesado *dossier* de los rumanos. Porque el expediente abierto sobre los Galjero no se reducía a una ficha de cartón, sino que ocupaba un volumen entero. La amplitud de la búsqueda que debería efectuar me provocó tal suspiro que el archivero se volvió hacia mí sonriendo ampliamente, encantado de encontrar un pretexto para iniciar la conversación.

—El matrimonio Galjero nos proporciona material para uno de nuestros más gruesos expedientes —dijo con una vocecita fina—. Puedo ayudarle a seleccionar todo esto...

Era evidente que la perspectiva le complacía, de modo que acepté, y después de que me hubiera dicho que se llamaba Eric Arthur Blair, documentalista de primera clase destinado al MI6 de Calcuta desde hacía dos años y cuatro meses, nos instalamos uno junto a otro en una mesa, como dos escolares en su pupitre, con un centenar de documentos extendidos ante nosotros.

—¿Sabe lo que busca, o necesita antes una introducción general?

Me apunté de buena gana a la introducción general.

—Bien —asintió el pequeño archivero con aire ilusionado—, entonces empezaremos por la biografía del señor.

Sus largos dedos pescaron con seguridad un retrato de entre un juego de fotografías. Me lo tendió. Era un hermoso retrato de cuerpo entero, firmado por un fotógrafo de Londres. Enseguida reconocí los rasgos regulares, la mirada segura y el aire de fiera del hombre que posaba en la foto. No era difícil, porque Ostara Keller no había parado de dibujarle a lo largo de las últimas páginas de su libreta.

—Sir Dalibor Galjero, Esquire —dijo Blair en tono afectado— Nacido el 25 de octubre de 1899 en Bucarest, Rumania... Familia de grandes terratenientes. Sin profesión. Vive de sus rentas. Casado con...

Una nueva fotografía surgió entre los dedos del documentalista.

—... lady Laüme Galjero, asimismo ciudadana rumana. Nacida en febrero de 1902 en Tulcea, localidad situada en la desembocadura del Danubio. Sin profesión... Hija de grandes terratenientes.

Antes de coger la foto que me tendía, ya sabía a quién iba a ver. Era, efectivamente, esa mujer extraña que también había dibujado y fotografiado Keller, la hermosa Venus de vientre liso que mezclaba sus rubios cabellos con los negrísimos de su esposo. Evidentemente aparecía mucho más casta en este retrato oficial que en el realizado por la austríaca, pero aquello no le hacía perder ni un ápice de su magnetismo. La mujer, decididamente, era una belleza. Coloqué las dos fotos ante mí.

—Esta pareja no debe de pasar inadvertida —dije tanto para mí mismo como para animar a hablar al archivero.

—¡Tiene toda la razón, oficial! Sir y lady Galjero se cuentan entre las personas más admiradas en los círculos mundanos de al menos tres continentes. Se les ve en

París, Londres o Berlín, tanto como en Nueva York, Chicago y Buenos Aires, o en Hong-Kong, Singapur y... Calcuta, donde poseen una gran villa.

—En el 19 de Shapur Street —dije yo.

—¡Exacto! Ya veo que les conoce un poco... ¿Se ha cruzado alguna vez con ellos?

Creí percibir excitación, avidez, e incluso un punto de celos, en la pregunta.

—No —respondí—. Pero creo que deben de residir en Bengala en estos momentos. ¿No tiene su ficha de entrada en el territorio?

El muchacho hurgó entre los papeles y sacó el documento que le pedía: la copia del formulario oficial que los rumanos habían rellenado al desembarcar. El sello indicaba el 23 de agosto último como fecha de llegada. Hecho excepcional, habían viajado en avión, y no en barco, a bordo de uno de los cuatro Boeing 247 que poseía entonces la Deutsche Lufthansa. ¡Porque esa gente —y no era ningún secreto que trataran de ocultar— procedía directamente de Berlín!

Silbé entre dientes.

—¿Hay algo que le preocupa, oficial?

No respondí, prefería obtener informaciones antes que darlas.

—Entre en detalles, ahora, por favor. ¿Quiénes son realmente estas personas?

—Ya se lo he dicho. Son gente de mundo. Poseen una de las mayores fortunas de Europa y se pasan la vida mariposeando de aquí para allá...

—¿Algún compromiso político?

—Aparentemente sí... Según los diferentes informes que circulan, cultivan ciertas simpatías por los partidarios de los métodos fuertes... Los Galjero son habituales de los Mosley, los dirigentes de la Unión Británica Fascista, y no ocultan que se cuentan entre los grandes financiadores de la Guardia de Hierro, el movimiento nacionalista rumano. Son conservadores, evidentemente. Reaccionarios, incluso. Pero todo el mundo tiene sus opiniones, ¿no es verdad? Y además ahora es la moda en Europa, sabe: están los alemanes, evidentemente, pero también los camisas negras en Italia, la Cagoule en Francia, la Falange en España... En el fondo todo esto no es tan grave. Lo importante es que los Galjero son gente encantadora y que su presencia y su conversación son apreciadas en todas partes... Mire, teniente, eche una ojeada a esta fotografía...

Una nueva imagen se deslizó bajo mis ojos. En ella, una veintena de personas posaban, con el fusil en la mano, en los escalones que conducían a una larga terraza. Algunos de los rostros me eran vagamente familiares, pero el archivero me ahorró el trabajo de buscar sus nombres.

—Esta foto fue tomada en el invierno de 1926 en una partida de caza en Balmoral. Ahí puede reconocer al que por entonces aún era sólo el príncipe de Gales, nuestro soberano actual Eduardo VIII, y a su izquierda, el que sobresale por su altura, Dalibor Galjero, claro está. Un poco tapado, a la derecha, se encuentra el escritor angloalemán Houston Steward Chamberlain, que en esa época se había instalado en

Bayreuth y que murió allí unos meses más tarde. Aquí tenemos a John Maynard Keynes, un economista que da mucho de que hablar en este momento y que dimitió de la Conferencia de la Paz en 1919 porque criticaba las enormes reparaciones que los aliados reclamaban de Alemania. Y ese otro de ahí, aunque nadie lo diría, con ese aire un poco rústico que desprende, es uno de los sobrinos del presidente Roosevelt... Todos los demás pertenecen al mismo mundo, evidentemente...

—¡Impresionante! —exclamé, más para animar a hablar a Blair que porque estuviera realmente maravillado por la identidad de las relaciones de sir Galjero.

Con el borde de la mano, me acerqué toda la pila de fotos, las miré una a una, bastante rápido, y a continuación pregunté al joven por qué era tan importante este expediente. La pregunta pareció incomodarle sobremanera.

—Es que... sabe, teniente, los Galjero mantienen un montón de contactos con una cierta capa de la población generalmente muy protegida políticamente... Para serle franco... son conocidos por su libertad de costumbres, y como su belleza los hace muy atractivos, pues... no les es difícil multiplicar sus conquistas en ese círculo, ¿comprende?...

No, yo no acababa de ver adonde quería ir a parar Blair. Aunque comprendía que los Galjero eran gente de mundo que, apoyados en su fortuna y su belleza, se permitían toda clase de desenfrenos, no veía cómo justificaba esto la acumulación de toda esa documentación sobre ellos.

—Bien... En estos últimos tiempos se han visto implicados en algunas historias enojosas... En su última estancia en Bengala, algunas malas lenguas les acusaron de corromper a gente muy joven de la buena sociedad. No sé qué ocurrió exactamente, pero encontraron en su jardín los cadáveres de Frederic y Sybil, los dos hijos de lord y lady Bentham... La investigación concluyó que se trataba de un suicidio por una doble pasión adolescente, pero naturalmente eso no hizo más que extender los rumores...

—¿Los rumores, Blair? ¿Qué rumores?

—Su reputación, más bien... Su aura, si quiere, de ser unos don Juan, varón y hembra. Atractivos y totalmente liberados de la moral común. Una especie de criaturas de novela.

—¿Y cuál es su convicción íntima sobre ellos?

—Por desgracia, nunca les he conocido en persona... Pero estoy persuadido de que son gente interesante. Cuando se dicen tantas maldades sobre uno, forzosamente hay que serlo, ¿no cree?

—Forzosamente —asentí sin creerlo en realidad.

—Y además hay otra cosa. Todas estas referencias mundanas no resumen por sí solas la personalidad de los Galjero. Mire...

Con una sonrisa de canónigo que presenta una imagen santa para edificación de sus fieles, Blair deslizó hacia mí una fotografía de gran formato, de color sepia, con los bordes dentados como los de un sello de correos. La cogí en la mano para verla

mejor. Dalibor y Laüme Galjero posaban en medio de un grupo de varias decenas de niños indígenas —treinta o cuarenta, tal vez...—, vestidos todos con uniformes como los de los escolares ingleses. Dirigí una mirada interrogadora al archivero.

—Esta fotografía fue tomada en la primavera de 1933, en la visita precedente de los Galjero a Calcuta. Los rumanos aparecen con sus protegidos, chicos brillantes hijos de familias bengalíes modestas que los envían a Europa para que realicen allí sus estudios. Ellos asumen todos los gastos: el viaje, la escolaridad, la manutención... Todos los niños han partido por un período de cuatro o cinco años. Y al parecer, una nueva promoción se encuentra en fase de selección... Ya ve, pues, teniente, que a pesar de sus claras simpatías fascistas, los Galjero tienen corazón y no son insensibles a las desgracias ajenas. Creo que son buena gente...

Mascullé, por cortesía, unas vagas palabras de asentimiento, que iban, sin embargo, en contra de mi convicción más íntima. No sabía exactamente por qué, pero me costaba representarme a los Galjero como unos mecenas desinteresados. Y entonces, de pronto, un inexplicable presentimiento me heló el corazón.

—¿Se tienen noticias de estos niños enviados a Europa? —pregunté con voz inexpresiva.

El archivero pareció sorprendido.

—Supongo que sí. Nadie ha dicho nada negativo en todo caso. Las familias estaban muy contentas de enviar a su progenitura a Berlín. Era una oportunidad inesperada, ya que Londres tiende a ignorar, cada vez más abiertamente, a los niños de su propio Imperio.

—¿De modo que no ha llegado a sus oídos ninguna queja sobre este asunto? ¿Ni siquiera un rumor?

—Ni el menor rumor. Pero si está realmente interesado en obtener información más detallada, debería visitar Thomson Mansion, en el 284 de Durham Lane. Allí seleccionan a los niños...

Juzgué que ya sabía suficiente. Blair trató de retenerme ofreciéndome una taza de té, pero yo estaba cansado de esas ínfulas de enamorado que adoptaba cuando se refería a los Galjero. Una modistilla no hubiera hecho más melindres al hablar de sus estrellas de cine favoritas, y aquello me resultaba irritante; de manera que planté al joven de las espinillas y volví a mis cuarteles para reflexionar en soledad y en calma. De hecho, había otro motivo que me impulsaba a volver a mi antro. Un dolor. O mejor dicho, unos inquietantes dolores, cada vez más intensos, que abrazaban la parte baja de mi espalda y la nuca. El estrecho espejo colgado encima de mi lavabo no me ofrecía muchas posibilidades de examinarme, pero no tenía necesidad de ver el aspecto del prurito para saber que no se estaba curando, bien al contrario. La palma de mi mano se cubría de un sudor de sangre, como si la zona estuviera en carne viva. Y además, la irritación del cuello, que también empezaba a sangrar, me proporcionaba datos suficientes para adivinar el estado en que podían encontrarse los otros dos puntos de irritación. Enjuagué los residuos y cubrí las llagas lo mejor que

pude antes de tratar de dormir. Las migrañas volvían, vaciándome de todas mis energías. Ya sólo aspiraba a que la noche pasara lo más rápido posible para volver a ver al capitán médico Nicol a primera hora en su consulta. En ese instante, agitado y terriblemente preocupado por mi salud, eso era lo único que en realidad me importaba.

—Sólo he visto esto dos veces con anterioridad, Tewp. Usted es un soldado, y no le ocultaré que, en el caso de esos otros dos desventurados, la cosa acabó mal... Lamento mucho tener que decirle esto...

Nicol era sincero. Sus ojos, su rostro, mostraban una intensa compasión hacia mí. Pero aquello no suavizaba el impacto de sus palabras.

—¿Quiere decir que he contraído una enfermedad mortal, doctor? —balbuceé, conmovido por la noticia.

Nicol se aseguró de que la puerta de su gabinete estuviera bien cerrada y volvió a sentarse detrás de su escritorio mientras yo volvía a ponerme la camisa temblando.

—Lo que me sorprende en su caso es que acaba de llegar de Londres sin haber estado destinado nunca en ultramar. Este detalle no encaja en absoluto en el esquema. Y además... Yo no le conozco, es verdad, pero algo me dice que no es la clase de persona que tomaría una amante nativa. ¿Me equivoco?

Yo no veía en absoluto adonde quería ir a parar Nicol. ¿Qué relación podía existir entre la enfermedad que empezaba a roer mi carne, mi llegada de Londres y mi vida íntima?

—Si le pregunto esto, Tewp, es porque los dos tipos de quienes le he hablado eran viejos veteranos de las colonias a los que les sucedió una historia muy similar. ¡Y realmente, no se les parece usted en nada!

—¿Qué tipo de historia, mi capitán? Si me dijera algo más, sería más fácil para mí.

Nicol inspiró profundamente y comenzó:

—A uno de estos hombres lo atendí en El Cairo, donde estuve destinado entre 1923 y 1929. Se había quedado mucho tiempo en Egipto sin volver a casa y había tomado por compañeras a dos o tres muchachas locales. Y luego, un día, solicitó un permiso de cuatro meses para volver a su país. Quería casarse con una mujer respetable. A las concubinas no les gustó la decisión, y le plantearon esta disyuntiva: o bien abandonaba sus proyectos matrimoniales, o le lanzarían un sortilegio. Un hechizo mortal. El tipo no se lo tomó en serio, naturalmente. Se marchó riendo, encontró a una gentil muchacha y se la trajo con él al Cairo en la siguiente estación. Tres días después de su retorno, vino a verme. Presentaba exactamente los mismos síntomas que usted. Traté de curarle. ¡Hice todo lo que pude, se lo aseguro! Pero dos semanas más tarde era el sepulturero quien se ocupaba de él.

Me senté ante Nicol. Su historia me había dejado desolado; pero aun así le pedí



que me explicara la segunda.

—¿El otro caso? Éste ocurrió aquí, en Calcuta. El patrón era bastante similar. Un oficial que tenía una amante titular entre la población quiso volver a la metrópoli para encontrar esposa allí. Misma causa, mismo efecto. El tipo murió en tres semanas. Nadie en este servicio supo cómo tratarlo... Ya ve, Tewp, que prefiero ser franco con usted y no darle falsas esperanzas. Aunque con usted trataré de actuar de un modo distinto... En primer lugar, tendrá que decirme si se ha divertido con muchachas poco recomendables recientemente. Y deje su pudor en el vestuario, no es momento de mentir...

Sonreí a mi pesar. No, no había mantenido ninguna relación censurable con ninguna mujer, Nicol podía estar seguro de eso.

Le expliqué, en cambio, que mis actividades me habían conducido a seguir a una mujer y que ésta, con engaños, había conseguido procurarse mi retrato, objetos personales, mechones de pelo y enterarse de mi nombre y mi fecha de nacimiento; y que yo mismo había encontrado en el interior del cráneo de un niño todos estos elementos acibillados con agujas oxidadas. Nicol abrió unos ojos como platos al escuchar mi relato, pero cuando hube acabado, permaneció largo rato en silencio. Cuando volvió a hablar, su voz era grave. Solemne, incluso.

—¿Cree usted en la magia, teniente Tewp?

—Soy un hombre racional, capitán. Sin embargo, no soy tan obtuso para rechazar la existencia de ciertos principios ajenos a la razón si constato su efectividad... A decir verdad, no me planteo la cuestión de saber si creo en algo o no. Yo soy un pragmático. Ese algo sucede o no sucede; eso es todo.

—De modo que está dispuesto a admitir que alguien le ha...

—¿Hechizado?... Siempre que esto pueda ayudarme a salir de ésta, sí, estoy dispuesto a admitirlo. Eventualmente.

—Entonces, ¡acaba de dar el primer paso en el camino de la curación, muchacho!

Nicol me había hablado de una francesa que vivía en Calcuta, una mujer de edad madura que había viajado mucho. Garance de Réault se había aplicado toda su vida a mantenerse a la altura del carácter novelesco de su nombre. Parisina, en su primera juventud nunca había abandonado los inmuebles señoriales del *bulevard* Saint-Germain; su horizonte y lo que conocía del mundo se encontraba comprendido entre la plaza de l'Odéon y la rué de Seine. Más tarde, el 1 de enero de 1900, al dar la medianoche, la habían hecho casarse con gran pompa con un viejo diplomático del Quai d'Orsay, afectado de reumatismo, que, al ritmo de sus misiones, la había ido exhibiendo como trofeo en África, China, Australia y en la Rusia de los zares. Allí, el geronte había acabado por morir de frío al querer imitar puerilmente a los boyardos que chapoteaban como osos en un Moskova que arrastraba cúmulos de bloques de hielo. Libre, joven y convenientemente rica, la viuda había rechazado volver a

Francia como le pedía su familia. Desafiando las conveniencias y sin que se supiera muy bien por qué, tras embutirse en un pantalón forrado de piel había desaparecido durante meses en Siberia, de donde había vuelto con la piel tostada como la de un pirata, una respetable cicatriz de arma blanca en la sien, los cabellos enmarañados y la mirada más clara que nunca, firmemente decidida a no volver a poner los pies en Europa.

—Esta mujer —me había dicho Nicol— ha visto muchas cosas extrañas. Creo que ha ido a lugares nunca hollados antes por ningún blanco. Cuénteles su historia. Tal vez ella sepa qué hacer...

El capitán médico había garrapateado la dirección de la francesa en una cartulina, me la había entregado, y después de meterme en la mano dos paquetes de sulfamidas, me había despedido para ir a atender a pacientes más corrientes. En uno de los despachos de La Toldilla recluté a un ordenanza adormilado y le ordené que me dejara en casa de madame de Réault, a sólo unas calles del Harnett. Cuando supo que venía recomendado por el capitán Nicol, la mujer no tuvo ningún inconveniente en recibirme. La casa en donde vivía no era de su propiedad, sólo residía allí provisionalmente, invitada por un matrimonio amigo. Porque madame de Réault era una nómada, siempre a punto de partir, que desaparecía a veces durante meses sin que nadie supiera dónde encontrarla antes de volver a aparecer, de forma igualmente repentina, sin dar ninguna explicación pero con sus libretas llenas de notas y su bolsa atiborrada de plantas secas, muestras de minerales y objetos indígenas desconocidos que revendía a los más célebres museos de etnología de todo el mundo... Esta vida de aventuras la había dotado de un físico notable. No quiero decir con eso que fuera hermosa, no. Incluso en su juventud, no creo que ése fuera nunca el caso, en el sentido común del término. Pero su presencia solar irradiaba en torno a su persona una energía que no he vuelto a encontrar después en ningún otro ser humano. Hablamos mucho tiempo en un pequeño salón de la planta baja, apartado de las idas y venidas de los criados.

Me encontraba tan perdido que me atreví a explicarle todos los pormenores del asunto que me había conducido hasta ella, sin omitir nada. Sin falsos misterios, revelé mis funciones y le expliqué que creía ser víctima de una especie de hechizo cuyos efectos en mi persona ya no podían ser ignorados. Ella pidió ver los pruritos, como es natural, y tuve que desenrollar uno de los vendajes que Nicol había hecho para mostrar el estado de las purulencias, que se extendían ahora del cuello al pecho y los hombros, y de la nuca y los riñones al conjunto de la espalda. La venda ya estaba llena de sangre...

—Dice que realizó una copia de los dos pergaminos que descubrió en la cavidad del cráneo. ¿Me permite verlos también, teniente?

Abrí las páginas de mi cuaderno de notas y le mostré los dos signos.

—La palabra hindi es el nombre de la diosa Durga. Supongo que no le sorprenderá demasiado saber que es una de las personificaciones de la muerte en el

panteón védico...

No me sorprendió, evidentemente, pero me abstuve de hacer ningún comentario.

—El otro trazado es sorprendente... —continuó—. Sobre todo efectuado por una chica tan joven. ¿Qué edad me ha dicho que tiene?

—Es una joven de veintitrés años. Ésa es la edad que figura en su pasaporte. Aunque sea falso, no creo que esta información difiera demasiado de la verdad. La he visto pasar muy cerca de mí y realmente parece una niña...

—Entonces debe de haber alguien tras ella... Porque lo que está haciendo no está al alcance de cualquiera. Requiere largos años de práctica. A menos que esté excepcionalmente dotada...

—Pero ¿qué intenta hacer exactamente?

—¡Matarle, es evidente!

Garance de Réault parecía conocer a la perfección los procesos de embrujamiento comúnmente utilizados, según ella, en los cinco continentes. Aunque me aseguró que aquélla no era su especialidad, sus conocimientos sobre el tema sólo cabía calificarlos de impresionantes.

—La brujería es tan vieja como el mundo, existe en todas partes y existirá siempre, teniendo. Por más que se construyan vías férreas, se lleve la electricidad y el teléfono hasta los confines del Tíbet y se inventen toda clase de mecanismos inútiles, nunca llegará a eliminarse el recuerdo y la necesidad de estas prácticas. ¡Es así, no hay nada que hacer! De modo que es mejor estar prevenido y saber más o menos de qué va el asunto para no dejarse coger en la trampa... ¿Sabe qué es lo que más teme en el mundo un hechicero, señor Tewp?

—Que el hechizado ignore que le han lanzado un hechizo, supongo... El principio de actuación de estas cosas debe de ser la autosugestión. Como una suerte de condicionamiento creado por el inconsciente...

—¡No, no, de ningún modo! Ahí sigue usted razonando como un hombre moderno occidental. Cuando un hechicero de la sabana africana o de la campiña francesa ataca a un rebaño, las vacas no son conscientes de que están bajo los efectos de un hechizo. Y eso no impide que dejen de dar leche y que paran terneros muertos antes de sucumbir ellas mismas. El maleficio solicita el concurso de fuerzas independientes que actúan totalmente al margen del hombre, oficial Tewp; convéznase de esto de entrada. No, lo que un hechicero teme en realidad es «el impacto de retorno». Para simplificar, digamos que el hechizo es como una bala de energía lanzada por un tirador en dirección a una diana. Si la diana es alcanzada, la energía se difunde en ella y acaba por perderse con la muerte del sujeto. Si, al contrario, la diana no es alcanzada por la bala, ésta vuelve directamente hacia el hechicero, que por regla general no puede evitarla.

—¿Un efecto bumerán?

—Exacto.

—Pero miss Keller (a estas alturas ya me parecía inútil querer ocultar su nombre),

miss Keller ya ha alcanzado la diana. Ya no tiene nada que temer...

—Mientras su obra no haya acabado, un hechicero está en peligro. Las fuerzas que utiliza son volátiles, versátiles... Frágiles también. Cualquier detalle basta para alterarlas. La ventaja que tenemos sobre esta muchacha es que ignora que usted ha encontrado su *vult*.

—¿Su *vult*?

—El soporte de hechicería que utiliza. El cráneo y los objetos que contiene, si prefiere llamarlo así. ¿Se siente capaz de volver a introducirse en su habitación para apoderarse de ellos?

Advertí a madame de Réault de que no sería empresa fácil, sobre todo si mi estado físico empeoraba. Mi cerebro estaba afectado por unas horribles migrañas que me sumergían ya en un estado de vértigo casi constante; pero si lo consideraba imprescindible, sí, volvería a hacerlo...

—Bien —dijo ella—. Vamos a tratar de desviar la carga polarizada sobre usted. Eso es lo primero. Luego nos encargaremos de su recuperación. Durga es una diosa nocturna. ¿Me dijo que habían deslizado los dos pergaminos en un anillo de plata?

—Sí.

—Entonces podemos suponer que la mujer ha confeccionado su rito según las fases de la Luna. Actualmente estamos en fase creciente. Eso explica la rapidez con la que actúa el *vult*... Pero la progresión debería lentificarse en cuanto entremos en fase menguante.

—¿Se reducirá... y luego desaparecerá?

—No. Sólo se hará más lenta. Pero al final del ciclo lunar de veintiocho días, ¡usted ya estará muerto! Hay que encontrar el *vult* antes de que este período se cumpla.

En teoría, robar el cráneo de la habitación 511 del Harnett no entrañaba excesiva dificultad. En la práctica, sin embargo, eso requería una presencia constante en el hotel para tomar nota de las idas y venidas de la austríaca y actuar en el momento oportuno. Y el caso era que yo no podía contar con nadie para que me ayudara a vigilar a la chica. Mog, Edmonds y Gillespie estaban demasiado contentos de haberse librado de esta investigación para que aceptaran colaborar conmigo en esta insólita tarea. Y además había otro problema. Keller me conocía. Estaba seguro de que descubriría al primer vistazo mi presencia en las inmediaciones del Harnett. Cuanto más pensaba en ello, más consciente era de las dificultades que encerraba este proyecto. Pero según Réault, era la condición *sine qua non* de mi curación. ¿Qué debía hacer, pues? Encontrar un socio, evidentemente. Pero ¿quién? Nicol era demasiado mayor para arriesgarse a esto. Necesitaba a alguien joven, ágil, alguien a quien Keller no hubiera visto nunca, que no corriera el riesgo de que la gente del MI6 de Delhi detectara su presencia y que pudiera circular libremente por los pasillos del Harnett sin llamar la atención. Necesitaba a una sombra. Necesitaba a un fantasma...

Abandoné la casa de madame de Réault muy aliviado por haber descubierto a una

persona atenta a mis problemas —aunque diera vida a mis mayores temores—, pero a la vez inquieto por entrar en un universo que no dominaba. Ante mi pregunta de cuál era el significado del otro rectángulo de pergamino, aquel sobre el que corría la línea quebrada, la francesa me había respondido simplemente que este dibujo no era más que una especie de recordatorio para el hechicero, en el que cada una de las casillas correspondía a un estadio diferente de su concentración.

—Contrariamente a lo que se cree, no hay un ritual preciso para establecer un hechizo. Esto no funciona en absoluto como una receta de cocina o una fórmula de laboratorio. Es el brujo quien monta siempre su propio mecanismo, según la personalidad de la víctima, el trabajo que quiere efectuar sobre ella y, sobre todo, su propia sensibilidad y predisposiciones... Esta línea que corre por los cuadrados es una rayuela de operador. Se parece a un código, pero está destinado a una única persona: ¡la que la ha trazado! Perdería el tiempo quien quisiera tratar de leerla...

Yo no había comprendido exactamente lo que había querido decir madame de Réault; pero poco me importaban, por el momento, las técnicas que empleaba Keller para dañarme. Demasiado bien sentía su eficacia en mi carne, y esto bastaba para que aceptara la realidad de sus poderes sin tratar de saber nada más.

En la calle, el ordenanza no me había esperado, así que me vi obligado a volver a pie al cuartel. Mientras pasaba la tarde conversando con *madame* de Réault, había llovido. En la luz crepuscular, la ciudad aparecía lavada, limpia, casi tan reluciente como Londres después de la tormenta. Recorrí algunas calles sintiendo un dolor tan intenso como una quemadura en la piel de mi garganta y de mi espalda, y finalmente encontré una calzada rayada por dos trazos de metal. Un poco más lejos, una parada de tranvía agrupaba a algunos viajeros ansiosos por volver a casa. Por suerte, la línea discurría cerca de las instalaciones militares. Subí al vagón, pagué y permanecí atento al paisaje para no saltarme la parada. Un soldado indígena me saludó y se aprestó a cederme su asiento nada más verme, pero le indiqué con un gesto que permaneciera sentado y despejé una pequeña ventana de visibilidad en el vaho que se había acumulado sobre el vidrio del vehículo. Los bordes de las nubes, altas y negras, se doraban al sol del crepúsculo. El espectáculo era magnífico. Y entonces, de pronto, se produjo un incidente inesperado. El tranvía frenó violentamente con un terrible chirrido, se salió de los raíles y se zarandeó como si de pronto rodáramos sobre piedras. Se escucharon gritos. Una joven perdió el equilibrio y cayó entre un ruido de tela rasgada. El tranvía, al fin, detuvo su carrera. Antes de que hubiéramos tenido tiempo de recuperarnos del sobresalto, el conductor ya había saltado a tierra, había valorado la situación y nos había pedido que abandonáramos la unidad con la mayor calma posible. Obedecimos y bajamos ordenadamente. La joven que había caído fue atendida por algunas de sus congéneres, mientras los hombres, siempre ávidos de detalles técnicos, se apretujaban alrededor del vehículo tratando de comprender las

causas del accidente. El tranvía había arrancado la catenaria para a continuación deslizarse directamente por la calzada unas treinta yardas antes de que la fuerza de la inercia acabara por detener el convoy. Por mi parte, no me entretuve en interrogarme como los otros pasajeros por los detalles del suceso.

Caía la noche, y calculé que el cuartel no podía estar muy lejos. Atravesé la plaza en diagonal y me introduje en una calle que intuí que me conduciría directamente allí. Sin embargo, no sé si a causa de la oscuridad o de mi falta de atención, debí de saltarme una bifurcación, porque, cuanto más avanzaba, menos reconocía el barrio. A medida que progresaba, vi cómo las casas se espaciaban y el asfalto de la calle se levantaba, saltaba a pedazos y se torcía, reventado por las malas hierbas que nadie se preocupaba de cortar. Las fachadas revelaban la falta de medios de sus propietarios. Bultos provocados por la humedad veteaban los muros, los postigos colgaban fuera de sus bisagras y gruesas redes de hiedra se enrollaban sin gracia en torno a los barrotes de las vallas. Cogí una calle transversal para dar la vuelta a la manzana de casas y volver sobre mis pasos, pero sólo conseguí perderme aún más de lo que estaba. El mundo se vaciaba de toda presencia a mi alrededor. En torno a mí no se veía a nadie a quien preguntar por el camino correcto, ni una indicación, ni una luz. Había penetrado por descuido en un barrio abandonado, un arrabal oscuro y siniestro, formado por casas vacías y descampados.

Así caminé quince o tal vez veinte minutos, sin encontrar a nadie y cruzándome sólo con gatos que acechaban, encaramados en las alturas, a las ratas expulsadas de las alcantarillas por las lluvias torrenciales de la última tempestad. Desorientado, me metí por una callejuela embarrada que me pareció que conducía en la buena dirección, pero que en realidad era un callejón sin salida. Al detenerme ante el muro que sellaba el fondo, con el corazón palpitante y las sienes oprimidas en un torno de fuego, un ruido resonó tras de mí y me hizo dar un respingo. Era una especie de soplo, mezclado con un estertor... Una queja, más que una amenaza. Me volví bruscamente y me llevé de forma instintiva la mano a la cadera, donde colgaba, pesada y tranquilizadora, mi arma de servicio. Una sombra salió de una oquedad. Una sombra humana, con los pies desnudos y vestida con un sari desteñido, que tendía hacia mí una mano que ya no tenía dedos... Era una indígena, una leprosa que me pedía limosna. Su rostro, que no ocultaba, estaba hinchado por la enfermedad, destruido por cráteres de carne que se habían formado sobre sus mejillas, sobre su frente, por encima de sus ojos, uno de los cuales apenas era una simple mancha blanca, sin iris, sin pupila... Detrás de ella, otras siluetas aparecieron arrastrando los pies, tendiendo hacia mí unas manos carcomidas, unas manos que parecían zarpas... Rodeado, me vi forzado a retroceder hasta el muro y pegarme a él para no caer bajo la presión de esos mendigos cada vez más numerosos que se aglomeraban en torno a mí. Estuve tentado de usar la fuerza para liberarme, no utilizando mi arma, por descontado, sino empleando los puños y los codos para abrirme paso entre estos desventurados que me ahogaban, entre esta masa que amenazaba con sepultarme con

la fuerza inexorable de una ola marina. Febrilmente, hundí la mano en el bolsillo del pantalón y encontré algunas monedas que lancé al azar entre la multitud, un poco como un sembrador lanza su grano en los surcos. Inmediatamente la presión cedió a mi alrededor. Encontrando aún fuerzas para excusarme, empujé suavemente a los mendigos, dejando que registraran el suelo esponjoso en busca de las monedas de cobre y de plata, y corrí tan deprisa como pude por la oscura callejuela sin tratar siquiera de evitar los charcos de barro, levantando chorros de agua sucia que me golpeaban las piernas.

Sin aliento, salí de este horrible lugar y continué mi carrera al azar de las calles hasta agotarme. Finalmente, tras sentir una punzada en las costillas, me vi obligado a reducir la marcha. Con los ojos entelados, el corazón desbocado y los miembros temblorosos, me agaché un instante, apoyándome con las manos en los muslos, y me saqué la gorra para secarme el pelo, salpicado de enormes gotas de sudor. Miré alrededor. Estaba de nuevo en la ciudad. En las ventanas de las casas brillaban luces y aún había un tenderete abierto. Aquí y allá, algunos paseantes deambulaban por las aceras. Un hombre me miró con aire perplejo y luego se detuvo cortésmente a mi lado para preguntarme si necesitaba ayuda. Me levanté, traté de aderezarme un poco y le pedí que me indicara el camino del cuartel. Con su ayuda, volví a tomar la buena dirección, aunque me llevó tiempo y, una vez más, me perdí antes de llegar a mi destino. Después de errar al azar buscando puntos de referencia, fui a parar a uno de los lados del campamento, donde se extendía el terreno baldío del campo de maniobras. Aún tenía que caminar a lo largo de la reja durante varios minutos antes de llegar a la entrada principal. Estaba extenuado, hambriento, empapado de agua y de sudor, y sentía que mis vendas estaban saturadas de sangre. La idea de verme forzado a atravesar todo el recinto para subir a mi quinto piso me exasperó. Intuitivamente, pero sin creer mucho en lo que hacía, me dediqué a observar el enrejado que delimitaba el campo de maniobras, esperando descubrir algún agujero, un resquicio por el cual pudiera deslizarme para tomar un atajo. Y en efecto, pronto descubrí un orificio bastante grande para permitir el paso de un hombre, una salida clandestina que algunos utilizaban para abandonar el recinto militar sin permiso. Un matorral la camuflaba vagamente; pero lo habían colocado mal en su sitio, o tal vez la tempestad lo había desplazado, porque no disimulaba lo que hubiera debido ocultar. Estaba cansado y quería ahorrar tiempo y fuerzas. Tras cruzar un foso y una zona cubierta de maleza, me deslicé, pues, por el orificio y crucé lateralmente el campo de maniobras para dirigirme directamente hacia mi acantonamiento, feliz de que el albur me hubiera hecho descubrir esta entrada secreta.

En el momento en que pasaba junto al hangar del armamento, oí unos ruidos sordos que no me gustaron. Me acerqué discretamente. Se escuchaban jadeos, estertores, y también una voz apagada que creí reconocer. Avancé un poco más... Al doblar la esquina de una barraca de chapa, vi dos siluetas entrelazadas. Una, enorme, adiposa, dominaba a la otra, frágil, pequeña, acurrucada en el suelo. Hubo una patada,

y luego otra, las dos lanzadas contra el vientre. Enseguida reconocí al hombre gordo: era el asistente Edmonds. El suboficial tenía una botella en la mano y golpeaba con violencia a un soldado indígena caído en el suelo. Espantosas injurias escapaban silbando de entre sus dientes. Hubiera podido alejarme y no mezclarme en el asunto, hubiera podido simular que no había visto nada... Pero la escena me sacó de mis casillas. Sin reflexionar, sin saber qué ocurría realmente, me lancé sobre Edmonds y le empujé lejos del hombrecillo contra el que se encarnizaba. Sorprendido, el suboficial titubeó, pero no cayó. Me había reconocido. Sus ojos amarillentos, empañados por el alcohol, tenían un brillo malévolo, y por su rostro, congestionado por el esfuerzo, corrían gruesas gotas de sudor. Su boca se torció en un rictus.

—¡Tewp! Apártese de ahí y deje que acabe de enseñarle lo que es respeto a este *sudra*... ¡Este asunto no le concierne, teniente!

Intenté razonar con Edmonds, pero fue en vano. El asistente trató de lanzarse de nuevo contra su víctima y, una vez más, lo rechacé, provocando su furia. La disputa subió de tono. Edmonds rompió su botella contra la pared y quiso utilizarla como un arma, pero el alcohol y su corpulencia dificultaban sus movimientos, haciéndolos lentos y torpes. Lanzó un primer golpe contra mi garganta que esquivé sin dificultad. Era mucho más joven que él, y también infinitamente más despierto, más ágil y ligero. Le oía resoplar como un buey con cada movimiento. Yo no tenía intención de atacarle, no quería golpearle. Simplemente quería que abandonara la lucha por agotamiento. Me propinó otro golpe, un semicírculo destinado a rajarme el vientre, pero yo salté hacia atrás y volví a ponerme en guardia sin recibir ningún daño. Me daba perfecta cuenta de que Edmonds no jugaba a amenazarme. Por más que estuviera borracho, todos sus ataques estaban destinados a herir, a matar incluso... Era como si los dos hubiéramos sabido, desde el momento en que nuestras miradas se habían cruzado, que este instante debía llegar. Yo no estaba realmente sorprendido. Y tal vez por eso me sentía confiado. Demasiado confiado. Porque mientras retrocedía para esquivar un tercer ataque, mi pie rodó sobre un guijarro, dislocándome casi el tobillo, y caí cuan largo era en el suelo. Antes de que hubiera tenido tiempo de levantarme, Edmonds se había dejado caer sobre mí con todo su peso. Paralizado, ya no podía luchar, no podía defenderme. El aire, bloqueado en mis pulmones aplastados, ya no me llegaba a la garganta; ¡ni siquiera podía gritar pidiendo ayuda! Edmonds me miró directamente a los ojos, me escupió a la cara y levantó el brazo por encima de su cabeza, disponiéndose a hundirme el casco de botella en la yugular. Mis manos se pusieron a batir con frenesí la grava que tenía alrededor, e instintivamente, cogí un puñado de guijarros mojados que, en un gesto desesperado, conseguí arrojarle a la cara. Sorprendido, Edmonds desplazó su centro de gravedad tratando de evitar la lluvia de proyectiles. El acceso a mi cadera quedó así providencialmente liberado. Me llevé la mano a la funda de mi revólver de servicio, saqué el arma con un movimiento rápido, bajé el percutor y, viendo que Edmonds levantaba el brazo para lanzar el golpe fatal, hice fuego al bulto, apuntando a algún lugar de la masa negra,



monstruosa, del hombre que me asfixiaba.

En el silencio de la noche, la detonación resonó con una increíble potencia. El cuerpo de mi adversario basculó lentamente y se derrumbó en el fango. Me deshice de él con un gesto brusco, ignorando los dolores que me taladraban el cuerpo, respirando aliviado el aire que me había faltado durante unos segundos eternos. Con el pie, envié lejos el casco de botella que acababa de deslizarse de la palma de Edmonds y luego me incliné sobre él. Había perdido el conocimiento. Un poco de líquido verdoso manchaba la comisura de sus labios y una ancha mancha roja se extendía bajo su guerrera, en pleno abdomen. Le aparté los pliegues de la chaqueta lo mejor que pude, le desgarré la camisa y apreté la palma de mi mano contra el agujero, fuente de sangre que mi bala había abierto en la región del bazo. Sabía que este tipo de herida era mortal. Si no le atendían rápidamente, Edmonds moriría. Necesitaba ayuda. Eché un vistazo alrededor. El pequeño hindú seguía tendido contra la pared de chapa. Aunque gemía suavemente, me di cuenta de que también él había perdido el conocimiento y no podía hacer nada por socorrerme. Recogí mi arma y descargué en el aire, con regularidad, los cartuchos que me quedaban en el tambor.

Pronto oí voces, llamadas. Unas antorchas perforaron la oscuridad. Grité pidiendo ayuda, y una patrulla me encontró por fin. Llamaron a un médico y llevaron el cuerpo de Edmonds a una ambulancia. Por suerte, los barracones del hospital estaban muy cerca. Con una intervención rápida, un hombre corriente hubiera tenido todas las posibilidades de salir con vida; pero Edmonds no era en absoluto un hombre corriente. Sabía que bebía, fumaba y comía demasiado. Su organismo debía de soportar mal los traumatismos, debía de tardar en cicatrizar y sanar. ¿Cómo resistiría la operación? Mientras estuviese entre la vida y la muerte, yo aún no era un asesino. Pero ¿y si ocurría? ¿Qué sería de mí entonces? Por más que hubiera actuado en legítima defensa, no dejaba de ser el responsable de un crimen. ¿Y cómo me las arreglaría ahora para recuperar el *vult* de la habitación de Keller? Todos mis planes se venían abajo. Un capitán de la policía militar se acercó, y tuve que entregarle mi revólver Webley. Mientras, escoltado por dos guardias, subía a su vehículo de servicio, vi que el soldado hindú se levantaba con esfuerzo, sostenido y reconfortado únicamente por un compañero indígena. Ningún médico, ningún enfermero, parecía interesarse por él. Me invadió un terrible sentimiento de piedad por ese hombrecillo. Sin decir nada, confuso y apesadumbrado, me dejé llevar sin protestar hasta la oficina del jefe de los Red Caps, la policía militar, que se distinguía de los restantes cuerpos por la banda rojo sangre que adornaba la gorra de su uniforme.

## ARRESTO RIGUROSO

¿Qué decir del resto de esa noche? Pocas cosas, porque detenerme en los detalles del proceso administrativo al que fui sometido no aportaría nada a mi relato. Desde luego, tuve que narrar los acontecimientos que me habían llevado a disparar a quemarropa contra el asistente Edmonds: la vuelta, al caer la noche, al cuartel después de haber pasado unas horas en la ciudad; el descubrimiento del agujero en la valla que limitaba el campo de maniobras; y luego la escena que había sorprendido en la zona de los hangares, Edmonds, borracho y furioso, encarnizándose sin motivo aparente con el cuerpo tendido de un soldado indígena, mi pelea con el coloso y el encarnizamiento, casi el salvajismo de éste. Sólo había hecho fuego en última instancia, para protegerme, para salvarme de una muerte cierta. Eso era todo. No tenía nada más que añadir. El oficial encargado del caso me escuchó con aire grave, transcribió mis palabras en un informe preliminar y luego me comunicó mi arresto provisional, al menos mientras la investigación estuviera en curso, que sería al fin y al cabo la que determinaría si había hecho un uso legítimo o no de mi arma. En mitad de la noche, me encontré, pues, encerrado en una de las celdas del centro penitenciario del cuartel de Calcuta. Me asignaron una habitación para mí solo. Mi rango de oficial me daba derecho a ello. El lugar no disponía de ninguna comodidad: una mala cama de hierro, un jergón envuelto en una sábana agujereada, una manta impregnada de un olor espantoso, un agujero como letrina y un grifo de agua fría. La luz procedía de un respiradero protegido por unos gruesos barrotes retorcidos que hubiera sido inútil tratar de arrancar. La decoración, en todo caso, no era sorprendente.

Durante mucho tiempo permanecí en un estado de abatimiento, sentado sobre el camastro, sin preocuparme siquiera por las llagas que manchaban de sangre mi camisa. Todo estaba perdido. Condenado a quedarme aquí, ya no podía actuar contra Keller. Cualquiera que fuera la sentencia que pronunciaran en mi contra, para entonces ya sería demasiado tarde. El maleficio habría completado su obra y nadie podría hacer nada contra eso. Tristemente, me obligué de todos modos a limpiarme con agua fría. Deshice el vendaje que me ceñía los riñones. Como se había formado una costra de sangre seca, la operación me hizo lanzar, muy a mi pesar, un grito de dolor. Al haber sido encerrado poco antes del alba, pronto tuve derecho a mi primera visita: un cabo de vara indígena vino a traerme un «Adán y Eva sobre una balsa», el *breakfast* habitual del prisionero, dos huevos colocados sobre una rebanada de pan negro. No los desdeñé. La fisiología humana está hecha así. Hubiera debido tener un nudo en el estómago y la mente alejada de cualquier consideración de carácter material, pero no era eso lo que sentía. Al contrario, sólo pensaba en comer y beber. ¡Tenía hambre! Por dramáticas que hubieran sido, las revelaciones de Garance de

Réault y los acontecimientos de la noche me habían llenado de una energía nueva, de una especie de alegría infantil. Tal vez fuera pura y simple inconsciencia, pero me sentía revitalizado; de hecho estaba bastante orgulloso de mí mismo, satisfecho de haberme atrevido a agujerear la piel del gordo suboficial. ¡Sabía que había actuado correctamente y mi conciencia estaba encantada con aquello! Desde luego, el estado de Edmonds me preocupaba y en mi interior rezaba por que el tipo se recuperara con éxito, pero esto no me impedía caminar —en la medida de lo posible— a lo largo y ancho de mi celda frotándome las manos y hablando en voz alta, felicitándome por no haber dudado ni un instante en intervenir cuando había sorprendido al monstruoso asistente dando una paliza a aquel pobre muchacho. Volví a sentarme sobre la cama y me comí todo lo que me habían traído. A su vuelta, el soldado sonrió al ver el plato vacío, y me obsequió por propia iniciativa con una segunda ración.

—¿Es usted el teniente Tewp, no es así? —me preguntó, mientras colocaba ante mí un nuevo «Adán» y una nueva «Eva»—. ¿El que ha intervenido hace un rato en favor del caporal Swamy?

—No sé cómo se llama el hombre al que he defendido —respondí—. Y tampoco tuve tiempo de mirar su rango. Sólo vi que era un soldado indígena... ¿Por qué me hace esta pregunta?

—Por nada, teniente. No vea ninguna ofensa en ello. Sólo quería decirle que ha sido muy valiente por su parte. La noticia de su intervención se extenderá rápidamente... Yo soy el sargento Panksha, el jefe de los guardias de noche. Si necesita alguna cosa, pídamela a mí. Haré lo que esté en mi mano para conseguírsela.

Yo no sabía aún hasta qué punto Panksha iba a ser fiel a su palabra. En los minutos que siguieron el sargento me trajo, sin que yo le pidiera nada, una mesa y una silla, cambió mi jergón, sustituyó mi apestosa manta por otra perfectamente limpia y me proporcionó incluso jabón y ropa interior de recambio. Me aseeé, pues, a fondo e incluso conseguí limpiar mal que bien las manchas de sangre y de barro que ensuciaban mi uniforme. Cuando, hacia las diez de la mañana, recibí la visita del oficial encargado de llevar la instrucción de mi caso, me encontraba en disposición de enfrentarme a él con un aspecto decente. Más o menos fresco y presentable, estaba sin duda mejor armado para responder a sus preguntas que si aún llevara las marcas de mi pelea con Edmonds.

La entrevista transcurrió relativamente bien. De entrada, porque mi interlocutor me informó de que el asistente parecía sobrevivir a su herida. La operación se había desarrollado sin problemas y la bala no había alcanzado ningún órgano vital. Sufriría, sin duda, y por mucho tiempo; pero todo hacía pensar que se recuperaría sin graves secuelas. Y además, porque, al estar yo mismo acostumbrado a la terminología y los procedimientos judiciales, me era fácil presentar mi versión de los hechos bajo el mejor ángulo posible. Por otra parte, Edmonds era conocido por sus borracheras y sus repetidas crisis violentas. Las preguntas que me formuló mi interrogador fueron precisas, concisas, de buena factura y no se apartaron nunca del tema principal,

reflejando la práctica de un buen profesional. Sin duda yo hubiera planteado las mismas de estar en su lugar. Si bien no simpatizamos, entre nosotros se instauró un cierto respeto. Por descontado, no se permitió ningún comentario personal sobre mi suerte. No era su papel —yo lo sabía y me abstuve escrupulosamente de hacerle salir de él—, y no me dio ninguna pista sobre cuándo se me autorizaría a salir de prisión. Se fue no sin antes prometerme que volvería al día siguiente para informarme de la situación. De nuevo en la soledad de mi celda, me vi obligado a aceptar mi desgracia con paciencia. No tenía nada más que hacer excepto pensar y dormir. Me tendí, pues, en mi camastro, sucumbiendo finalmente a la masa de fatiga y tensiones que había acumulado desde la víspera.

Los sótanos, medio enterrados, donde retenían a los prisioneros eran frescos, y en relación con las otras zonas del campamento tenían la ventaja de que seguían siéndolo aun bajo los grandes calores de la tarde. Así, encontré allí un cierto grado de confort. Dormí con un sueño de plomo hasta las seis, cuando me despertó el ruido de un pequeño grupo que volvía al centro penitenciario. Eran los prisioneros de baja graduación, asignados a diversos trabajos durante el día, que por la noche volvían a su celda. Hubo un recuento, breve, de los hombres alineados en el pasillo, y luego los encerraron en sus compartimentos, a razón de tres o cuatro en un espacio no más amplio del que ocupaba yo solo. La mayoría de estos tipos sólo tenían minucias que reprocharse: retraso registrado a la vuelta de un permiso, pequeños latrocinios cometidos en los almacenes, faltas de obediencia, peleas..., nada que no fuera habitual en la justicia militar en tiempo de paz. Durante un rato la calma reinó de nuevo, y luego oí el ruido de una cantina rodante que se balanceaba sobre las losas del pasillo. Ruidos de cerraduras que se abrían y se cerraban, voces tonantes, órdenes y réplicas dadas en hindi. No se oía ni una sola palabra de inglés. Así, concluí que había empezado el servicio de noche. Si, durante el día, la guardia estaba a cargo de los británicos, los turnos de noche se asignaban a los suboficiales y soldados indígenas. Y dado que, aparte de mí, todos los prisioneros eran hindúes, el empleo de la lengua local volvía a imponerse. Me llegó el turno, y la puerta de mi celda se abrió. De igual modo que por la mañana, Panksha apareció, con dos bandejas en equilibrio sobre sus anchas manos abiertas.

—¡«Zeppelin en las nubes», mi teniente! ¡Que aproveche!

Eché una ojeada a la mixtura. Era una larga salchicha grasienta —el «Zeppelin»— enterrada en puré de patatas harinosas —las «nubes»—. La excitación, o para ser más preciso, mi hambre de la mañana, se había desvanecido. La visión de toda esa comida me asqueó. Con un gesto, rechacé las bandejas y volví a tenderme boca abajo sobre la cama. Estaba abatido, hundido casi. Hundido por haber disparado a un hombre, hundido por tener que sufrir la humillación de la prisión. Hundido por haber fracasado, en sólo unos días, en absolutamente todo. Hundido, sobre todo, por saber que en adelante había quedado sumido en la impotencia ante la persona que pretendía mi muerte. Enterré el rostro en la almohada de crin, cerré los ojos e hice

cuanto pude por olvidar este maldito día. De las celdas vecinas llegaban ruidos de vajilla, de cubiertos de hojalata que chirriaban sobre los platos de zinc; se oían risas, llamadas, intercambios animados, sonoros, casi fraternales, entre los prisioneros y los guardias. Como los ingleses no volverían hasta el alba, la prisión se convertía durante este espacio temporal en una suerte de enclave de la India libre; era fácil de adivinar que la mayor parte de los prisioneros eran de esos a los que llamaban despectivamente *little englanders*, gente que no anteponía la gloria del Imperio ni el respeto a sus leyes en el primer plano de sus preocupaciones.

La noche había caído. Los guardianes encendieron las luces, y una claridad cruda, viva, hiriente, atravesó mis párpados cerrados y me taladró el cerebro como una broca de acero. No sabía si achacarlo al maleficio, pero ahora mis ojos sólo soportaban la penumbra. Suspirando, estaba trepando a la silla para aflojar esa maldita bombilla cuando se abrió la puerta. Entró un personaje que no había visto nunca antes. Desde mi posición elevada, lo primero que vi de él fue un círculo de tela abigarrada, una especie de pequeño tonel de tela compacto de proporciones achaparradas, mal encajadas, bastante inarmónicas, a decir verdad. Al bajar de mi improvisado escabel, vi un rostro oscuro, originalmente ya poco favorecido, pero ahora, además, con los rasgos hinchados en algunas zonas, tumefactos, amoratados... El rostro de un hombre al que habían golpeado. Bajo un breve bigote de pelos erizados extrañamente perfilado, el labio superior mostraba un feo corte que descubría —sin duda más de lo conveniente— unos dientes grandes e irregulares. Sobre una estructura corporal aparentemente construida a partir de la economía, sin carne, sin grasa, sin materia superflua, pero tensada por una armadura de músculos bien marcados que debían de darle una gran fuerza, el hombre vestía el uniforme de servicio de un caporal indígena de un regimiento del cuerpo de ingenieros.

—¿Quién es usted? —preguté en tono duro, irritado por haberme dejado sorprender en plena actividad doméstica.

—Teniente, soy el caporal Habid Swamy. El hombre al que socorrí ayer noche. Sólo quería darle las gracias por lo que hizo por mí, teniente. No sé si otros oficiales ingleses se hubieran arriesgado a intervenir... Fue muy valeroso por su parte... Gracias...

La voz era hermosa, y el inglés, irreprochable. Había, en el caporal, una extraña mezcla de dulzura y energía que enseguida me produjo simpatía. Con la cara veteada por las equimosis, el hindú tenía el aire de un chiquillo que acaba de salir de una pelea en el patio de la escuela. Sin mala intención —sino impulsado más bien por una súbita ternura—, me puse a reír un poco tontamente.

—Perdone, caporal, no me burlo de usted... Es que... su llegada es un poco sorprendente, sabe... Pero me alegra que haya venido. Realmente me complace mucho. Me alegro de que haya salido de ésta sin mayores daños. Creo que el asistente Edmonds estaba decidido a continuar hasta dejarle baldado.

—Hum... sí... Es posible. No era la primera vez que el asistente y yo teníamos

unas palabras... Pero nunca había llegado tan lejos. No sé qué le dio... Es algo lamentable para todos. Y sobre todo para usted, mi teniente, ya que se encuentra encerrado por mi culpa...

Tranquilicé a Swamy con unas cuantas frases bien escogidas, haciéndole ver que prefería pudrirme en una celda que haber permanecido inactivo y haber tenido que soportar luego el pensamiento de su muerte o de su parálisis. Mi discurso pareció sumergir al hombrecillo en un abismo de reflexiones. Creo que no había esperado tropezar con un tipo como yo, tan aparentemente despegado de las realidades corrientes de la vida militar. Como es natural, no podía saber que era todo mi ser el que se había despegado del mundo. La certeza de que el mal que me devoraba iba a conducirme rápidamente a un fatal desenlace me había llevado a burlarme de todo. Finalmente, Swamy se despidió, prometiendo volver a visitarme pronto y rogándome que le informara si necesitaba alguna cosa.

No habían transcurrido cinco minutos desde su partida cuando la puerta se abrió y apareció el rostro radiante de Panksha. Una pequeña multitud compacta se apretujaba tras él.

—¿Pueden venir también a saludarle los hombres, mi teniente? —me preguntó, casi tímidamente, el jefe de los guardias de noche.

—¿Los hombres? ¿Venir a saludarme? Pero ¿por qué?

Antes de que pudiera darme una respuesta, Panksha se vio desbordado, empujado al interior de mi celda por diez o quince personas vestidas informalmente que enseguida me rodearon y me estrecharon la mano con cómicas inclinaciones de cabeza, como las que hacen los fieles ante la estatua de un santo o ante un sacerdote... En medio de todo aquel jaleo, por todas partes oía «Gracias», «Felicidades, mi teniente», «Ha hecho bien», «Le apoyaremos...». Al margen de todo protocolo, recibí un montón de palmaditas de simpatía, y también un amistoso porrazo en la espalda. Estos hombres eran en su mayoría prisioneros hindúes que purgaban sus penas en las celdas vecinas, pero entre ellos también había guardias, que me felicitaban del mismo modo. De pronto sentí que me abrían la mano a la fuerza y me dejaban en ella un encendedor, un paquete de cigarrillos, barritas de chocolate, una pasta de frutas... Panksha me miraba sonriendo.

—Ya ve, teniente... La noticia se ha extendido. Es raro que un *brit* intervenga por alguien de aquí. Es incluso cada vez más raro. Todo el mundo se lo agradece...

Tuve que estrechar unas cuantas manos más, dar las gracias por todo lo que me ofrecían, asegurar que había actuado espontáneamente, sin reflexionar, y que hubiera hecho lo mismo por cualquiera, para conseguir que evacuaran el lugar y me dejaran descansar un poco. Panksha fue el último en salir, pero antes aún tuvo tiempo de deslizarme al oído que, si mi arresto se prolongaba, encontraría la forma de hacer lo más cómoda posible mi estancia en prisión, y me guiñó el ojo mientras blandía y hacía tintinear bajo mis narices el impresionante manojito de llaves que acostumbraba llevar colgado a la cintura. Por fin me quedé solo. A pesar de la estrechez de la

habitación, ésta estaba ahora en completo desorden. La brusca irrupción de aquella pequeña marea humana había volcado la silla y empujado la mesa a un rincón, ¡y vi incluso que unas huellas de pasos manchaban mi cama! ¡Uno de los tipos había caminado sobre las mantas sin siquiera darse cuenta! Tardé diez minutos largos en volver a poner un poco de orden en mi antro, y luego desenrosqué la bombilla, cuya luz, demasiado blanca, me taladraba los ojos. Finalmente, una vez vuelto el silencio y en medio de una bienhechora oscuridad, me tendí en la cama y me dormí...

El día siguiente pasó sin que el oficial judicial hiciera acto de presencia. En contra de lo que me había prometido, esperé, pues, inútilmente su visita. Me instaron a que saliera de mi jaula para dar un paseo de una hora, solo, por un pasillo enrejado que se hundía en un patio de cemento sin vistas, vigilado por dos guardias ingleses que me dirigían miradas malévolas. Oí que uno preguntaba al otro de qué me acusaban.

—Ha disparado a uno de los nuestros que sólo se limitaba a darle una lección a un *sudra*, por lo que parece.

Y escupió al suelo, mientras me lanzaba una mirada llena de rabia que dejaba bien claro por quién, entre el verdugo inglés y la víctima hindú, se inclinaban sus simpatías.

Más tarde, justo cuando acababa de volver del paseo, el capitán Nicol entró, azorado, en mi celda.

—¡Hace dos días que le busco, teniente! ¿Por qué no me ha advertido de su situación?

Hubiera podido replicar que ahora todo me parecía inútil y que me daba perfecta cuenta de que la partida estaba perdida. Que ya no tenía esperanzas de detener esta lepra que cada día hundía un poco más sus surcos en mi carne, que todo, en fin, me era indiferente. Pero ni siquiera tuve fuerzas para esto. Me contenté con encogerme de hombros. Nicol me hizo desnudar y lanzó un gruñido cuando vio en qué estado se encontraban los pruritos. Los desinfectó, cambió las vendas, y luego me preguntó si quería que me trasladaran al hospital, a lo que respondí que prefería quedarme en la celda mientras fuera posible. En prisión, al menos, seguía entre los vivos. Entrar en el hospital, en cambio, era tomar la última línea recta antes de la fosa. Y aunque era cierto que estaba enfermo, sentía confusamente que aún no me había llegado la hora de tomar este camino. Le di las gracias, pero rechacé su propuesta con firmeza.

—¿Fue a ver a madame de Réault? —me preguntó entonces.

—Madame de Réault está persuadida de que me han hechizado y de que sólo la obtención del objeto sobre el que trabaja la bruja podrá salvarme. ¡Y lo más absurdo es que le creo! Pero ahora no tengo ninguna posibilidad de actuar en el mundo exterior. Por lo que sé, no saldré de aquí hasta dentro de diez días como mínimo. ¿Dónde estará Keller para entonces? Ni siquiera sé si aún se encuentra en Calcuta.

Nicol, en su calidad de oficial del cuerpo de sanidad, no pertenecía al Mié, y no

estaba en condiciones de proporcionarme este tipo de informaciones.

—¿Qué puedo hacer por usted, muchacho? —me preguntó con tristeza.

—Vuelva para cambiarme las vendas y guárdese esta historia para usted. Creo que eso es todo lo que se puede hacer ahora.

A regañadientes, Bartholomew Nicol guardó sus instrumentos en un maletín de cuero y salió de mi celda. Era tarde. Como la víspera, la cuadrilla de prisioneros condenados a trabajar en el exterior volvió y el equipo de guardias de noche inició el servicio. Me trajeron de comer, y luego Panksha vino a verme en compañía de Swamy.

—Teniente, he oído decir que no le liberarían antes del regreso del coronel Hardens. Tendrá que armarse de paciencia durante unos días, un poco más de una semana, de hecho. Sólo él tiene potestad para firmar su puesta en libertad. De modo que Swamy y yo queremos proponerle algo...

Visiblemente, ese «algo» era un poco delicado de enunciar. Hubiera podido incitarles a hablar, pero me abstuve, y esperé a que encontraran el valor para lanzarse. Fue Habid Swamy quien se arriesgó a hacerlo.

—El caso es, mi teniente, que hemos pensado que usted se aburre aquí. De manera que, dado que la guardia de noche es exclusivamente indígena, nos hemos dicho que... que tal vez quisiera aprovecharlo para hacer un poco de ejercicio afuera. Incluso podríamos hacerle salir del cuartel todas las noches y hacerle volver por la mañana, antes de que los *brits*... esto, los ingleses, ocupen sus puestos. Así el tiempo no se le hará tan largo.

—¿Me propone una evasión, caporal? Es bastante... inmoral, ¿no le parece?

—Contrario al reglamento, ciertamente —intervino Panksha, todo sonrisas—. Pero no inmoral. Eso no. Diría incluso que en absoluto inmoral. Lo que es inmoral es que usted se pudra en este agujero cuando sólo ha hecho el bien. Eso sí es inmoral...

Reflexioné un instante. La proposición era endemoniadamente tentadora. Con mayor razón aún porque yo sabía perfectamente en qué emplear estas providenciales horas de libertad clandestinas que de pronto se me ofrecían de forma milagrosa: ¡en retomar mi vigilancia en el Harnett y apoderarme del *vult* de Keller! Por fin se presentaba una oportunidad de contrarrestar la falta de suerte crónica que padecía desde que había abandonado el puente del *Altair*.

Acepté con entusiasmo.

—Pero con una condición, de todos modos —me advirtió Panksha.

—¿Cuál? ¿Dinero?

—No, mi teniente. Tendrá que aceptar una carabina. No me malinterprete, no es que pensemos que no quiera regresar... Es sólo para el caso de que... En fin, tenemos que asegurarnos de que estará de vuelta en su celda por la mañana.

Accedí gustoso a esta petición.

—¿Y quién me acompañará en estas salidas nocturnas? —pregunté.

—Yo, señor oficial. Si usted lo estima conveniente, claro está —respondió



Swamy.

Pronto simpaticé con Swamy. Como si fuera lo más normal del mundo, al caer la noche el caporal me hacía salir por la gran puerta de la prisión, que Panksha abría de par en par para nosotros. Ésta era la única parte comprometida del recorrido, ya que debíamos atravesar un vasto terreno despejado y bien iluminado de unas cuarenta yardas que había ante el edificio de las celdas, sin que tuviéramos posibilidad de ocultarnos en ningún rincón en sombra. Por suerte, nunca se produjo ningún incidente y, noche tras noche, pudimos abandonar sin problemas el recinto militar para adentrarnos en la Calcuta de los civiles. Mi primera escapada con el caporal la consagramos a conocernos mejor. Evidentemente, yo sólo tenía una idea en mente: dirigirme al Harnett para comprobar si Keller aún residía allí; pero mi intuición me decía que antes que nada tenía que franquearme con Swamy. Su ayuda podía serme preciosa para recuperar el *vult* de la habitación 511. Debía hacer, a toda costa, de este hombre mi aliado.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos, teniente? —me preguntó la primera vez que cruzamos la barrera del cuartel—. ¿Hay algún sitio en particular adonde quiera ir?

—Casi no conozco Calcuta, sabe... Desconozco qué es de buen tono hacer aquí entre el crepúsculo y el alba. ¡Sobre todo cuando uno es un semievadido un poco achacoso! ¿Tiene alguna sugerencia, caporal?

Swamy sonrió. Sí, tenía una sugerencia. De hecho era un simple deseo, que formuló sin descaro y que me encantó.

—Bien, entonces, teniente, ¿querría aceptar una invitación a cenar? Mi mujer siempre tiene algo preparado, y estará encantada de agradecerle personalmente el haberme socorrido la otra noche. Estoy seguro de que su visita le causará un gran placer. ¡Si no ve en ello una ofensa, señor oficial!

¡Desde luego que no veía ninguna ofensa en ello! Al contrario, la propuesta no podía complacerme más. De modo que seguí al caporal, que me condujo por pequeñas calles laterales, no muy lejos del cuartel, hasta una urbanización de casitas de madera, limpias y bien mantenidas, pero modestas y de una sola planta.

—Teniente, éstas son las viviendas de las familias de los soldados indígenas de su majestad Eduardo VIII. La administración militar tiene la bondad de ofrecérmolas a bajo precio. La mía es la más cercana al gran macizo de bambús...

Ya era noche cerrada cuando entré por primera vez en casa de Swamy. En la vivienda del caporal todo estaba limpio y pulcramente ordenado. Los muebles bajos estaban encerados y brillaban suavemente bajo la luz tamizada de algunas lámparas de gas. Un olor a limpio, al que se mezclaba un perfume de especias, flotaba en el aire. Era la casa de un matrimonio tranquilo, sin complicaciones... Swamy fue a buscar a su esposa, una mujer pequeña de rasgos finos, dulces y lisos, con unos hermosos cabellos negros echados hacia atrás y recogidos en una pesada y larga

trenza que le caía sobre la espalda.

—Le presento a Lajwanti —dijo Swamy—. Ya la perdonaré, pero apenas habla inglés...

Lajwanti me acogió con una hermosa sonrisa de princesa bengalí y una pequeña reverencia de devota protestante. Luego fue a la cocina y volvió con una simple copa de agua fresca, que me tendió, con los ojos entornados.

—Es la *arghya*, el agua de homenaje, mi teniente —explicó Swamy—. El primero y más importante de los dones de hospitalidad que se ofrecen.

En actitud ceremoniosa bebí dos tragos de agua, y luego me hicieron sentar a una mesa donde me sirvieron una comida muy sencilla. Por primera vez descubrí el curry, la paprika, la pimienta rosa y las semillas de fenogreco. Sentí un cierto aturdimiento, una especie de vértigo, como si me hubieran dado a beber un vino dulce. Pero era agradable; nuevo y al mismo tiempo placentero. Al acabar la cena, Lajwanti desapareció, dejándonos solos. Fuera, por la ventana abierta, oía a unos chiquillos que reían y jugaban en la oscuridad a pesar de la hora tardía. No sé si fueron esos ruidos los que me hicieron pensar en ello, pero una pregunta indiscreta se formó en mi mente, una pregunta que franqueó mis labios, a mi pesar, antes de que hubiera podido refrenarla:

—¿No tienen hijos, Lajwanti y usted, Swamy?

El rostro del hindú se ensombreció de pronto, como si hubiera evocado una desgracia. Enseguida lamenté mi atrevimiento por tocar un tema tan íntimo.

—No. Por desgracia, no podemos. Es una gran pena para nosotros. Los médicos han dicho que no hay nada que hacer. Nos hubiera gustado mucho, pero es imposible.

—Siento haber sido tan torpe, Swamy. No quería reavivar su dolor. Perdóneme...

—No, no importa, mi teniente. Y además, de todos modos estamos rodeados de niños. De hecho, a menudo la casa está llena de ellos. Nos reconfortan.

Y Swamy me explicó que su mujer y él habían tomado bajo su protección a una pandilla de chiquillos que habían tenido la mala suerte de tener por padre a un inglés y por madre a una hindú. En todas las grandes ciudades coloniales, y hasta en los puestos de vanguardia más alejados, era frecuente que los británicos tomaran por amantes temporales a mujeres autóctonas y las abandonaran en cuanto quedaban encintas y se negaban a abortar. Ya podían entonces las pobres muchachas pedir asistencia y una reparación, que no había nada previsto para ellas. Rechazadas finalmente por todas las comunidades, debían componérselas sin ayuda de nadie para criar a una progenitura que llevaba dos sangres que nadie quería ver mezcladas. Swamy y Lajwanti se ocupaban de vez en cuando de un grupo de chiquillos como éstos, niños y niñas de entre cinco y quince años aproximadamente, recogiendo ropa y un poco de comida para ellos y tratando de darles unos rudimentos de educación.

—A mediodía, manejarán bajo mis órdenes los tubos de riego de los arsenales para enfriar las chapas. Así les dan permiso para ir a husmear en las cocinas de la cantina y satisfacer su hambre al menos una vez al día. Por otro lado, hay uno o dos

que son realmente listos. Yo trato de enseñarles a leer y a contar. Tal vez un día puedan salir adelante. Pero, hagan lo que hagan, de todos modos seguirán siendo unos *dalits*, unos intocables...

En esa época yo sabía muy poco sobre el régimen de castas que definía a la India. Conocía la existencia de una jerarquía entre ellas, pero no sabía qué significaban exactamente ni qué individuos, y conforme a qué condiciones, formaban parte de cada una. Swamy fue quien, sobre este tema, como sobre infinidad de otros, me proporcionó las informaciones más precisas:

—El pueblo hindú está estratificado en tres grandes divisiones, mi teniente. La primera es la que separa a los *dravidas*, los primeros habitantes del continente, de los arios, los invasores procedentes del norte. Luego está la división de las castas. Originalmente, éstas eran sólo cuatro: los brahmanes (los sacerdotes), los chatrias (los guerreros, el equivalente de los caballeros en su Occidente), los *vaishias* (los comerciantes y los artesanos), y finalmente los *sudras*, que son los campesinos y los obreros.

—*Sudra* -intervine—, ya he oído antes este término. Me parece recordar que fue pronunciado con mucho desprecio...

—Por ignorantes, sí... tal vez... Es la casta a la que pertenezco. Es verdad que hoy es despreciada, pero se trata de una perversión de los tiempos, porque, en su origen, ninguna casta gozaba de ninguna clase de privilegio, todas se necesitaban. Los brahmanes garantizaban la corrección de los cultos y los ritos para asegurar el equilibrio, los guerreros protegían las fronteras, los comerciantes aseguraban la prosperidad y los campesinos proporcionaban el alimento. Las castas eran como los eslabones de una cadena. Y todo estaba bien así. Pero en la naturaleza del tiempo, como en la del corazón de los hombres, está el pervertirse. Las castas se fragmentaron en subcastas cada vez más numerosas, cada vez más sedientas de poder, y los sacerdotes creyeron que eran superiores a los guerreros, los guerreros más importantes que los comerciantes, los comerciantes más honorables que los campesinos, y éstos, infinitamente más meritorios que los *dalits*, los intocables, que son la hez de la sociedad porque ejercen los oficios más inmundos. Y ésta es la situación hoy día: cada uno habla de su vecino con desprecio y rencor. No es buena cosa...

—¿Y la tercera subdivisión, Swamy?

—La tercera es la más reciente. Tal vez, también, la más terrible. Es la que separa a los hindúes de los musulmanes. La que en un día muy próximo nos sumirá en una guerra civil. Éste es un desgarró *contranatura*. Un desgarró irreparable.

Durante el resto de la noche discutimos mucho sobre esta guerra civil que todos parecían creer inevitable. Era la primera vez que escuchaba a un hindú hablarme de la India, sin vergüenza, sin maquillajes, sin precauciones diplomáticas ni componendas. Para Swamy, igual que para muchos de sus congéneres, la situación era bastante simple, ya que la única vía que consideraban honorable era la de los *sanghatanistas*,

los nacionalistas hindúes que se oponían con todas sus fuerzas a los musulmanes, mimados por Gandhi y los ingleses. Porque cada hindú era consciente de que los británicos habían optado por marcharse y de que estaban interesados en dejar al país sumido en el caos, como una fruta podrida corroída por disputas intestinas, desgarrada por las luchas de clanes y las guerras de religión, y por tanto impracticable por mucho tiempo para cualquier otro colonialismo. Ocurriera lo que ocurriese ahora, tanto si estallaba la guerra en Europa como si no, el destino de la India estaba marcado para los veinte años siguientes. En cuanto se produjeran las primeras masacres entre musulmanes e hindúes, la suerte estaría echada: nada ni nadie podría hacer ya nada por la India.

—Pero ¿y Gandhi? ¿Qué piensa de él? No es posible que sea una creación de los ingleses, como algunos pretenden. Millones de hindúes le siguen. ¡Todas estas multitudes no pueden estar compradas!

—Compradas, no, tal vez... Pero engañadas, sí, sin duda alguna. Gandhi está apoyado por las castas bajas, las más numerosas, las más fáciles de halagar y de manejar. Él no actúa por la verdadera grandeza de la India.

—Entonces, ¿quién? ¿Bose?

Swamy permaneció mudo un instante. Era evidente que no le gustaba hablar de aquello. Sobre todo de Bose...

—Yo llevo el uniforme británico, mi teniente. Recibo mi sueldo de la Corona imperial. No puedo alimentar sentimientos demasiado favorables hacia un hombre que querría abatir al Imperio por las armas. Aunque en mi fuero interno... sólo puedo aprobarle. Debe saber, teniente, que hace veinte años que entré en el ejército de Su Majestad. En esa época, las cosas eran mucho más sencillas que hoy. Nosotros, la gente del pueblo, no teníamos por costumbre pensar en política. Hoy todo ha cambiado. Sin tener realmente conciencia de ello, presté juramento de fidelidad a una potencia que ocupa mi tierra natal... A mi modo yo también, y todos los soldados indígenas, nos hemos convertido en intocables, en la última, la más despreciada de todas las castas de la India, hasta el punto de que su sola mención es como una impureza en la boca...

Swamy volvió la cabeza y echó una ojeada a su reloj.

—Tenemos que volver, mi teniente. Pronto llegará el alba...

Me despedí de Lajwanti, agradeciéndole calurosamente su hospitalidad, y luego abandonamos la casa de madera para volver al cuartel. Y entonces, mientras caminábamos en silencio en la noche negra y fresca, al pasar junto a los hangares de las municiones, una idea descabellada explotó en mi mente como un fuego de artificio.

—¿Cuántos niños dice que tiene a su disposición, Swamy?

## LA CASA DE LA HIERBA ALTA

Mi idea era simple. Había pensado en ella durante todo el día siguiente, pesando y sopesando todos los riesgos, valorando el peligro, calculando incluso la parte estadística de imponderables. Pero no, por más que buscara el argumento que por sí solo fuera capaz de hacerme renunciar, nada, decididamente, conseguía convencerme de que mi idea era mala. Atrevida, cierto, pero factible. Resueltamente factible. Con la condición *sine qua non* de que Swamy le diera luz verde. Porque, a fin de cuentas, todo dependía de él... Tanto de su opinión como de su aprobación.

—No puedo decirle que la perspectiva me entusiasme, teniente —me dijo mientras franqueábamos por segunda vez los alambres espinosos del cuartel y deambulábamos como dos colegiales haciendo novillos a lo largo de una avenida desierta—. Hacer regar hangares a los chiquillos tiene un pase, pero utilizarlos para vigilar a la gente, y a gente que además puede ser peligrosa... Reconozco que, sobre el papel, tal vez la idea sea buena, pero existe el riesgo de que la realidad le decepcione...

No insistí, simulando que compartía esta juiciosa opinión, pero aferrándome de todos modos con furia a la esperanza de que el germen que acababa de plantar de manera tan hipócrita en la mente del caporal eclosionara súbitamente y diera lo más pronto posible una hermosa flor sulfurosa.

—Sí, Swamy, sin duda tiene razón. Sería demasiado peligroso. Lástima. No pensemos más en ello.

El tiempo hizo su trabajo. Rápido. Al cabo de tal vez cincuenta pasos, Swamy había cambiado de opinión.

—Quizá...

—No, no, Swamy, se lo ruego. Olvídese de esta historia, es una locura...

—Siempre se puede probar durante veinticuatro horas con los dos mayores. Después de todo, si esto puede serle útil, le debo mucho más que la simple cena de ayer.

—No, Swamy, no se sienta obligado, se lo ruego. Y además, sólo son niños. Siempre me lo reprocharía si...

—Preguntémosles. Creo que será lo más sencillo. Si se niegan, olvídese del asunto. Si dicen que sí, hacemos la prueba. ¿Qué opina?

Asentí, desde luego, pero cuidando las formas. Swamy se mostró ladino y durante un instante pretendió entrar en mi juego, pero nuestros intercambios de cortesías no se prolongaron demasiado. Le hice un somero relato de los acontecimientos de los días precedentes. Su compañía me hacía sentirme en confianza, y no omití ningún detalle de las pruebas por las que había atravesado. Creo que todo aquello le causó una enorme impresión.

—El asunto no admite duda, mi teniente. La dama francesa tiene razón: hay que recuperar este maldito objeto causa de todos sus males.

Hablamos hasta muy avanzada la noche para elaborar un plan sencillo y que no pusiera en peligro a los niños. Evidentemente, convenía aprovechar una ausencia de Keller, y por tanto debíamos actuar en pleno día, lo que excluía mi presencia. Y además, introducirse en la habitación era un problema. Forzar la cerradura hubiera sido poco discreto. ¿Qué podíamos hacer, pues? ¿Cómo se podía entrar en la habitación de un gran hotel sin levantar sospechas?

—¡Haciéndose transportar hasta allí! —dijo de pronto Swamy chasqueando los dedos.

Miré al pequeño caporal hindú con aire dubitativo. ¿Realmente estaba en sus cabales? Pero el fuego que brillaba en sus ojos me decía que era posible que Swamy tuviera ya todas las respuestas a mis interrogantes.

—Imaginemos que miss Keller ha encargado que le lleven un equipaje complementario. Un baúl llega a su hotel cuando está ausente. ¿Qué hace el conserje?

—¿Ordena que suban el baúl?

—¡Exacto! —dijo Swamy, radiante—. Y este baúl no contiene ropa interior, sino a uno de mis chicos. A Khamurjee, por ejemplo. En cuanto el niño nota que ha llegado a su destino, sale del baúl, se apodera del objeto y...

—¿Y?

—¡Y sale como puede! —confesó Swamy, afligido—. Sí, la última parte del plan no se sostiene; pero al menos el principio general tiene bastante consistencia. ¿Qué me dice?

Dudando entre el entusiasmo y el escepticismo, recapitulé todas las fases de este extraño proyecto, lanzando al vuelo una serie de preguntas para las que Swamy siempre acababa por encontrar respuesta.

—¿Su chico entrará en un baúl? ¿No se asfixiará?

—¡Lo prepararemos!

—¿Quién hará la entrega?

—¡Yo!

—¿Y si Keller vuelve de improviso y sorprende al chiquillo?

—Me quedaré en los alrededores del hotel con un silbato. ¡Si la mujer llega, le enviaré una señal!

—¿Y cómo procederemos para que Keller no advierta que han registrado su habitación? ¿Dónde ocultará el chico el baúl con el que ha venido?

—¡No tendrá por qué ocultarlo, teniente! ¡Esta mujer le ha declarado la guerra! ¡Usted actúa en defensa propia! ¿A quién le preocupa lo que piense? Daré un destornillador a Khamurjee para que fuerce la cerradura desde dentro. ¡En cuanto haya recuperado el cráneo, saldrá sin más del hotel a todo correr y asunto concluido!

Pensándolo bien, el plan era bastante simple y tenía su punto de locura para funcionar. La insistencia de Swamy acabó por decidirme. Lo cierto es que incluso

parecía que el caporal se estuviera divirtiendo con aquello, y así se lo hice notar.

—No es eso, mi teniente —replicó—, pero el caso es que Khamurjee es especial. Siempre lo he sabido. Es un chiquillo al que he enseñado muchas cosas. Y también he entrenado su memoria haciéndole practicar el juego de Kim.

El juego de Kim no era más que un vago recuerdo para mí, y tuve que hacer un esfuerzo para recordar esta novela de Kipling en la que un joven hindú es iniciado en los métodos de los servicios de información coloniales: el «juego» en cuestión consistía en utilizar una panoplia de ejercicios mnemotécnicos con objeto de no olvidar ningún detalle de una escena, de un lugar, de un revoltijo de objetos cualesquiera. En una época en que no existían los microfilms, poseer este tipo de capacidad era de vital importancia para un agente. Me declaré sorprendido de que Swamy hubiera preparado a un chico para este tipo de trabajo, como si hubiera sabido que un día esto sería útil para alguien.

—Simple intuición —dijo en un tono lacónico, clavando muy modestamente la mirada en el suelo.

Y ya no supe más sobre este tema.

—Mañana vuelve usted aquí, le presento al chico, arreglamos los detalles y tomamos la decisión definitiva —continuó—. ¿Qué le parece?

Lo consideré una buena solución. Y estaba profundamente agradecido a Swamy por tomarse mis problemas con tanta compasión como ardor. Traté de expresarle mi gratitud, pero él cortó en seco mis confusas palabras de agradecimiento palmeando la esfera de su reloj.

—Creo que haríamos bien en volver, teniente. Pronto amanecerá.

Volvimos al cuartel y Panksha cerró tras de mí, como a regañadientes, la puerta de la celda. Dormí un poco antes de que Nicol viniera a hacerme su visita cotidiana. A pesar de la simpatía que me inspiraba ese buen hombre, no creí útil informarle de los pequeños convenios penitenciarios de que disfrutaba. Aquello hubiera podido provocar graves problemas a Panksha y Swamy y de ningún modo quería comprometer las escasas oportunidades que se me ofrecían de hacerme con el *vult*. Nicol me cambió los vendajes, me suministró aspirina en cantidades y quiso dejarme su diario.

—¿Ha visto, Tewp? ¡Aparece oficialmente en primera plana! —dijo irritado, mientras desplegaba el periódico ante sí y golpeaba las hojas con el dorso de la mano.

—¿Qué ha ocurrido, capitán?

Yo no estaba de humor para seguir la actualidad, y apenas si eché una ojeada a la fotografía que apuntaba con el dedo y que parecía haber desatado su furia. Sólo vi un retrato de nuestro soberano Eduardo VIII.

—¡El rey! ¡Visita oficial a las Indias en los quince días venideros!

—¿Y qué tiene eso de extraño? Ahora es él el emperador —repliqué en tono de hastío, fastidiado por la futilidad de las palabras de Nicol.

Porque, en efecto, yo no veía nada anormal en el hecho de que un rey,

entronizado el último enero, hiciera una gira por sus dominios en el curso de su primer año de reinado.

—No vendrá a Calcuta, por lo que parece. Bengala no le interesa. Delhi, Lahore, Bombay... pero no Calcuta. ¡Tanto mejor! ¡No tendremos que soportar la humillación!

—¿De qué humillación habla, capitán?

—¿De qué humillación? Pero por Dios, supongo que ya sabe... Esa historia con la americana. La lleva a todas partes. ¿No me diga que no ha visto esa repugnante fotografía publicada en las revistas, en agosto, en primera plana?

No, yo no había visto nada. En agosto estaba concentrado en mis preparativos para el viaje y no tenía tiempo para leer los cotilleos de la prensa. No tenía ni idea de a qué aludía Nicol.

—Pero ¡esto es extraordinario! ¡Debe de ser usted el único británico que ignora que Eduardo VIII se ha encaprichado de una tal Wallis Simpson! ¡Una divorciada del Nuevo Mundo!

—¿Una divorciada? —dije con auténtico desagrado—. ¿Cómo es posible?

—Y no sólo eso, ¡dicen que quiere casarse con ella! La llevó de crucero por el Mediterráneo el mes de agosto y consideró divertido hacerse tomar una foto juntos en la playa. ¡Llevaba una toalla enrollada en la cabeza! ¿Se lo imagina? ¡Ese reyezuelo flacucho, enturbantado, arrullando a una divorciada con gafas oscuras en una playa de Dalmacia! ¡Puede imaginarse lo ridículo de la escena!

Yo estaba sinceramente escandalizado. Aún tenía un pase que un rey soltero se autorizara tener amantes, pero que alardeara de su conquista con una divorciada era realmente indignante.

—Debe de tratarse de un capricho. ¡Es absolutamente impensable que esta mujer pueda subir al trono!

—¡Ah, no, eso sí que no! ¿Se imagina la cara que pondría el arzobispo de Canterbury? ¡Se armaría una buena, se lo digo yo!

Nicol me dejó con estas palabras ásperas, que de todos modos reflejaban también mis propios sentimientos. Si Eduardo pretendía casarse, la abdicación se presentaba como la única salida razonable. Pero esto, por importante que fuera, estaba totalmente al margen de mis preocupaciones del momento. Pasé el resto de la jornada lo mejor que pude, revolviéndome en mi cama, durmiendo de lado para evitar descansar mi cuerpo sobre el vientre ni sobre la espalda, y no irritar más aún las llagas que seguían extendiéndose. Ya apenas comía nada de los platos que me traían. Mi estómago rechazaba casi completamente el alimento. Aún vivía de mis reservas, pero sabía que corría el riesgo de debilitarme si continuaba este régimen. Pronto ya ni siquiera sería capaz de abandonar la prisión para mis escapadas nocturnas. Fuera cual fuese el plan que Swamy y yo adoptáramos, se imponía actuar deprisa.

La tercera noche, el caporal vino a buscarme y nos dirigimos de nuevo a su casa. En la amplia habitación bien ordenada que hacía las veces de cocina y de bodega, un



niño guapo de unos doce años estaba ocupado pelando una fruta pero, en lugar de tragarse los pedazos, hundía la mano bajo la mesa, de donde sobresalía una cabeza vivaz, afilada y sedosa, con unos ojos negros que relucían como mica.

—Khamurjee se ocupa de *Ulitivi* —me explicó Swamy, como si la presencia de la bestezuela fuera perfectamente natural—. ¿Nunca ha visto una mangosta, teniente? —me preguntó el caporal mientras yo me acercaba para ver mejor a aquel animalito todo nervio, alargado y lanoso—. Es un excelente cazador de serpientes. Muy útil cuando se vive cerca de la hierba alta.

En cuanto entré en su campo de visión, la criatura corrió a refugiarse bajo la mesa, de donde ya fue imposible hacerla salir, lo que motivó las risas de Khamurjee, cuyo rostro revelaba de forma evidente la mezcla de sangres. Su piel era de una tonalidad bastante oscura, pero en sus rasgos finos no había rastro de las redondeces lunares que a menudo caracterizan a los nativos de Bengala. El niño, pobremente vestido con una vieja camisa rígida de suciedad y un taparrabos de lino blancuzco, se balanceaba de una pierna a otra sobre sus pies descalzos. Sus ojos brillaban.

—El chico es un poco chatarrero —comentó Swamy—. Recoge pedazos de chapa y los revende a pequeños fundidores artesanales. No gana mucho con eso, pero al menos no roba. Y cuando realmente tiene hambre, sabe que puede venir aquí. Habla y escribe muy bien el inglés. Es mi mejor alumno. Y también posee talentos especiales... Haznos una demostración, Khamurjee.

El caporal se sacó del bolsillo dos minúsculos lápices de madera, se los tendió al niño y luego colocó ante él dos hojas de papel arrancadas de una libreta. Con los brazos cruzados, esperó a que el chico estuviera listo, con un lápiz en la mano derecha y el otro en la izquierda, y luego anunció:

—Historia de los cuatro hermanos. Un tigre y una joven aguadora. ¡Catorce millones setecientos ochenta y dos mil quinientos sesenta y tres, que dividirás por noventa y cinco mil trescientos sesenta y uno!

Khamurjee realizó entonces algo extraordinario. Algo que hubiera jurado imposible y que nunca he vuelto a ver después. ¡Sin esfuerzo aparente, el chiquillo se puso a dibujar con la mano derecha y a plantear y resolver la operación con la mano izquierda, mientras, con sus ojos fijos en los míos, recitaba una fábula!

—Hace mucho tiempo, en el reino de Pataliputra, vivían cuatro hermanos huérfanos sin recursos. El mayor dijo a los otros: «Vayamos a buscar a través de la tierra el modo de aprender algún arte en particular y démonos cita en este mismo lugar dentro de un año». Los hermanos se separaron y se lanzaron a la búsqueda durante un año entero, al término del cual volvieron a encontrarse y se preguntaron por los saberes que habían adquirido. «Yo he aprendido el arte que permite crear carne en torno a los huesos», dijo el primero. «Yo he aprendido el arte de hacer nacer piel y pelos en torno a la carne», continuó el segundo. «Yo, con huesos, carne, piel y pelos, puedo crear miembros y un rostro», prosiguió el tercero. «Y yo puedo dar vida a un ser muerto que tenga huesos, carne, piel, pelos, miembros y rostro», acabó el

cuarto. Juntos se adentraron entonces en la jungla en busca de un hueso. Sobre el primero que encontraron, el primer hermano creó carne, el segundo piel y pelos, el tercero miembros y un rostro, y finalmente el cuarto insufló vida al conjunto. Pero resultó que el hueso que los hermanos habían encontrado era el de un león. Devuelta a la vida, la fiera se abalanzó sobre los cuatro hombres que la habían creado. Los devoró y luego volvió tranquilamente a la jungla. Así perecieron los cuatro brahmanes huérfanos...

Una vez acabado su relato, Khamurjee empujó hacia nosotros las dos hojas de papel. En una había dibujado la silueta de un tigre que se acercaba a una muchacha vestida con un *sari* que hundía su cántaro en las aguas de un río. En la otra estaba planteada, y aparentemente resuelta, la división propuesta por Swamy.

—El resultado de la operación es ciento cincuenta y cinco coma cero, uno, seis, ocho, seis, dos... —dijo el niño.

Swamy se irguió en toda su estatura. Era evidente que se sentía orgulloso del chiquillo. Y yo estaba profundamente impresionado por las habilidades de Khamurjee. Lo que acababa de realizar demostraba que poseía una organización cerebral totalmente fuera de lo común, propia de un genio. Mudo de admiración, le tendí la mano. Su apretón era firme y decidido.

—Khamurjee, ¿el caporal Swamy te ha puesto al corriente de lo que pretendemos hacer?

—Sí, sir. Sé que hay que ir a robar un objeto que se encuentra en la habitación de una dama en el hotel Harnett. Me siento capaz de hacerlo.

—¿Aunque sea peligroso?

—¿Qué riesgo corro? ¿Que los empleados del hotel me azoten si me descubren? Ya sé lo que es recibir golpes, señor...

Viéndole, no me fue difícil creer que no había tenido una vida fácil. Y aquello me encogió el corazón.

—Quisiera recompensarte por lo que vas a hacer. De hecho, quiero pagarte.

Sin duda aquélla no era una buena forma de agradecer al chiquillo los riesgos que se proponía afrontar por mí, pero yo no veía otra.

Swamy empezó a agitarse, a exponer lo innecesario de pensar en esas cosas, pero insistí y coloqué sobre la mesa las pocas libras que llevaba encima.

—Les daré más cuando haya salido de prisión. Mientras tanto quiero que ambos tomen esto. Tendrán que procurarse un baúl, encontrar un camión... Esto supondrá un coste...

—¡Pero si ya tenemos el baúl y el camión! —anunció el caporal esbozando una gran sonrisa—. ¡Todo está a punto!

Swamy no había perdido el tiempo. Mientras yo, impotente, trataba de descansar en mi celda, él había dado con un baúl lo suficientemente grande para que el niño se acurrucara dentro y había recuperado un viejo vehículo del ejército, un Bedford entoldado que los mecánicos de su majestad habían retirado del servicio y que él, en

una tarde, había reparado para que volviera a funcionar.

—¿Cómo sabrá que Keller no está en el hotel, Swamy? No puede pasarse el día esperando ante el Harnett a que salga. Y además, ¿ni siquiera sabe qué aspecto tiene!

—Eso es fácil, mi teniente. Según usted, sale prácticamente todas las tardes. No tengo más que telefonar a recepción y pedir hablar con ella. Si el teléfono de su habitación no responde... ¡atacamos!

Me desarmaba la simplicidad con la que Swamy resolvía los problemas. En apariencia, el asunto estaba visto para sentencia y yo no tenía nada más que decir.

—Todo irá bien, mi teniente —continuó Swamy—. Si el objeto en cuestión sigue estando en la habitación de esta malvada mujer, nos haremos con él de un modo u otro.

Khamurjee me guiñó el ojo para asegurarme que compartía por completo la confianza del caporal. Al contemplar tal convencimiento en sus rostros radiantes, me eché a reír. Con sus caras de pirata y sus sonrisas encantadas, esos dos acababan de devolverme de pronto una total confianza en el porvenir.

En mi celda, me sentía como un general refugiado en su bunker mientras sus tropas son lanzadas al asalto de una posición inexpugnable. Ambicionaba que la operación tuviera éxito, desde luego, pero por encima de todo quería que no le ocurriera nada a Khamurjee. Tal vez lo habíamos olvidado un poco demasiado rápido: Keller era una agente de los servicios de información nazi, lo que significaba que era una persona entrenada, desconfiada, y que, incluso si debía enfrentarse a un niño, sin duda no mostraría ni un ápice de piedad. Creado por el propio Himmler —el MI6 lo sabía—, el SD estaba dirigido por un tal Reinhard Heydrich, un gigante rubio de mente fría, un entusiasta de la esgrima y la equitación, que había reunido en torno a sí a un excepcional equipo de intelectuales y letrados cuyos excelentes resultados superaban en mucho a los de los consabidos espías de la *Abwehr* del insulso almirante Canaris. Heydrich y los suyos estaban dispuestos a todo para conseguir sus fines: chantaje, manipulaciones de todo tipo, incluso asesinatos si se terciaba. Si Keller era un miembro de este equipo, no dudaba ni por un instante que compartiría plenamente su fanatismo y su gusto inmoderado por la violencia.

En ese momento, mientras pensaba de nuevo en la austríaca, mi mirada se posó en el artículo que anunciaba la llegada a las Indias de Eduardo VIII. Movido por una intuición repentina, releí el programa detallado de la agenda del rey. Nicol tenía razón: Delhi, Lahore, Bombay, aparecían citados como destinos de la gira real. Pero Bengala no. Ni Calcuta. Mi corazón se calmó. Por un instante había creído que la presencia de Keller aquí era para asesinar a nuestro rey. Pero, en ese caso, ¿para qué iba a llegar dos meses antes de la visita? ¿Por qué iba a optar por instalarse en una ciudad apartada del circuito oficial? ¿Y por qué, finalmente, Alemania iba a estar interesada en abatir a Eduardo, habida cuenta que su posicionamiento germanófilo

era notorio para todo el mundo? ¡No, decididamente mis temores eran absurdos! Hice una bola con el periódico y lo lancé con desdén a un rincón de la celda. Luego volví a sentarme sobre el camastro, y esperé con nerviosismo a que pasaran las horas. El relevo se efectuó como de costumbre a las seis de la tarde. Los soldados británicos habían terminado su jornada y se disponían a aprovechar su tiempo libre, con la satisfacción de que los hindúes les ahorraran el incordio del servicio nocturno. Yo empezaba a impacientarme. Ni Panksha ni Swamy venían a abrir mi puerta como era habitual. Finalmente, el jefe de los guardias apareció con la comida. El hombre no estaba al corriente de lo que tramábamos el caporal y yo, pero se daba perfecta cuenta de que ocurría algo anormal.

—¿Ha visto a Swamy, Panksha? —le pregunté enseguida.

—¡Aún no, mi teniente! ¿Algo va mal?

Esbocé una mueca. No quería hacerle partícipe de nuestro secreto e informarle de la infracción que pretendíamos cometer en el Harnett, pero me moría de ganas de hablar con alguien. Me contuve *in extremis* antes de confesárselo todo. Al ver mi estado de inquietud, creo que abandonó la celda comprendiendo que aquélla no iba a ser una noche corriente. Y en efecto, no lo fue.

Una hora más tarde, Swamy aún no se había presentado en la prisión, y su retraso me sumergió en un estado de desesperación y nerviosismo indescriptibles. Finalmente apareció, con indumentaria civil, el rostro desencajado, los ojos rojos y mechadas de cabellos pegados por el sudor apuntando como un cepillo bajo su turbante.

—¡El niño aún no ha salido del Harnett, mi teniente! ¡Pronto hará cinco horas que está allí! ¡Eso es demasiado tiempo!

En un segundo me puse la chaqueta y salimos en tromba.

Swamy me fue explicando lo que había ocurrido mientras cruzábamos el patio de la prisión a paso de carrera, sin preocuparnos por pasar inadvertidos.

—Al principio todo se ha desarrollado según lo previsto. El teléfono no respondía en la habitación de miss Keller y el conserje del hotel no puso objeciones para entregar el equipaje. Luego esperé en la calle para vigilar y avisar a Khamurjee con dos toques de silbato si veía volver a la chica. Pero no ha ocurrido nada. El niño no ha salido... De modo que he venido corriendo a avisarle.

—¿Me está diciendo que nadie vigila ya la entrada del Harnett?

—Sí, está Ananda, al que me llevé conmigo y se ha quedado allí. Es el otro niño del que le hablé. Pero él no podrá hacer gran cosa...

Salimos del recinto del cuartel por nuestro camino habitual. El camión de Swamy estaba estacionado cerca. Lo cogimos para volver al Harnett lo más rápido posible pero, mientras volábamos a través de las despobladas calles del barrio colonial, de pronto le dije al caporal que cambiara de dirección y le di las señas de Garance de Réault.

—¿Pero por qué, mi teniente? —preguntó Swamy mientras giraba el volante a regañadientes.

—Porque si el niño aún no ha salido, tendremos que entrar en el hotel, y usted no podrá husmear por allí sin llamar la atención. En cuanto a mí, no puedo entrar vestido así —dije al tiempo que señalaba mis ropas arrugadas y sucias por los días pasados en prisión, mi uniforme sin corbata ni cinturón y mis zapatos sin cordones, todos objetos reglamentarios que me habían confiscado en la admisión.

Swamy se encogió de hombros y emitió un leve gruñido, pero pisó el acelerador. Unos minutos más tarde llamábamos furiosamente a la puerta de madame de Réault, organizando un escándalo tal que todos los perros del barrio empezaron a ladrar. Era una apuesta loca, porque yo no sabía si la francesa estaría esa noche en el domicilio de sus amigos; pero teníamos que hacer algo urgentemente, y esta mujer era la única persona a la que podía dirigirme en busca de ayuda. Gracias a Dios, nos recibió enseguida. En cuatro frases le expusimos la situación y la francesa aceptó unirse a nuestra expedición de salvamento. Por suerte para nosotros, el carácter de esa mujer la atraía hacia el peligro como el imán atrae a una partícula de metal.

—Tendría que procurarse una maleta —dije mientras se arreglaba a toda prisa.

—¿Una maleta, oficial? ¿Por qué?

—¡Porque el mejor medio de entrar en un hotel y de pasearse por él es ser un cliente! Tomaré una habitación, si es posible en el quinto piso. Utilice cualquier pretexto... Será nuestro cuartel general. Cuando esté allí, trataré de reunirme con usted. ¡Luego decidiremos el próximo paso!

—Muy bien, cogeré una maleta, ¡pero sobre todo cogeré mi Lepage! —dijo sacando de un cajón un revólver para mujer, que se metió en el bolsillo como si se tratara de una simple caja de píldoras.

Volvimos al Bedford, y Swamy arrancó y salió en tromba. Formando un insólito trío, concentrados, ansiosos también, indiferentes a los riesgos evidentes que corríamos, partíamos tras la pista de un niño desaparecido. Y en último término, todo eso era sólo por salvarme. Casi me sentía avergonzado. Detuvimos el camión en la travesía donde Edmonds acostumbraba a aparcar el Chevrolet cuando hacíamos nuestras primeras guardias de vigilancia, y luego madame de Réault salió y se dirigió hacia el hotel, cual frágil sombra con su maleta a cuestas. Swamy, por su parte, saltó a tierra para tratar de encontrar a Ananda. Habíamos convenido que esperaría quince minutos antes de presentarme ante el conserje para reunirme con madame de Réault. Por sucio que estuviera, el personal del hotel no me impediría subir a una habitación ya pagada y ocupada por una dama respetable. En cuanto a saber si había gente del MI6 haciendo guardia ante el establecimiento que pudiera descubrirme, pues bien... era un riesgo adicional que debía correr, ni más ni menos.

Swamy encontró a Ananda antes de que yo saliera del camión. En todo el tiempo que había estado de guardia, el chiquillo no había visto que se encendieran las luces de la habitación 511, lo que parecía indicar que Keller aún no había vuelto. De todos modos, teníamos que actuar con presteza. Mientras se había encontrado bajo nuestra vigilancia, Keller nunca había pasado una noche completa fuera del hotel. Eran casi

las nueve y media. Estaba claro que el tiempo jugaba en nuestra contra. Me arreglé la ropa lo mejor que pude, Swamy me anudó su corbata al cuello y me dio su cinturón y sus cordones. Ahora podía presentarme en el vestíbulo del hotel sin temor a que un portero demasiado quisquilloso me echara a la calle. Esforzándome en caminar, en la medida de lo posible, bien erguido y con paso tranquilo, a pesar de mi ansiedad y de los dolores que los pruritos me causaban en la espalda y el pecho, entré por tercera vez bajo los brillantes dorados del Harnett y pedí ser recibido por madame de Réault, una cliente que había llegado hacía muy poco.

—Acabamos de registrar a esta persona, sir. Habitación 434 —anunció el conserje en tono frío, tal vez impresionado por el tono ceniciento de mi piel y el agotamiento que se reflejaba en mis rasgos.

Por desgracia, madame de Réault sólo había podido encontrar una habitación en el cuarto piso. Cogí el ascensor y llamé a la puerta con tres golpes espaciados. Me abrió con su viejo Lepage en la mano.

—No mire mal a esta herramienta —me dijo—. ¡Si supiera la cantidad de veces que la he utilizado! ¡Y no sólo para disparar a las ratas!

Por el tono que utilizaba para hablar de su arma, era indudable que no bromeaba. Durante un instante debatimos sobre el procedimiento a seguir. Yo propuse que sobornáramos a un mozo para que nos abriera la puerta de la 511, pero Réault había ideado un plan más atrevido para solventar el problema.

—He pensado en algo más sencillo y más seguro: ¡usted hará guardia y yo forzaré la cerradura!

—Pero esto llevará tiempo... ¿Y si Keller vuelve?

—En ese caso ¡ya veremos quién, entre ella y yo, dispara la primera!

Quise oponerme a una opción tan radical, pero la francesa ya se alejaba trotando por el pasillo en dirección a la escalera que conducía al piso superior. Plantado allí como un bobo, no tenía otra elección que salir tras ella o batirme en retirada. La seguí, evidentemente. Madame de Réault era una mujer llena de recursos. Al llegar ante la habitación de Keller, se sacó una larga aguja del moño y forzó la cerradura con una increíble seguridad y una temible eficacia. ¡En diez segundos, la puerta infranqueable estaba forzada!

—¡No encienda la luz! —dijo al ver que yo tendía el brazo hacia el interruptor—. No tiene sentido que alertemos a esta chica si llega por este lado del hotel. ¡Cierre suavemente después de entrar, Tewp!

Obedecí a esta mujer como a un superior e hice lo que me indicaba. Luego, al entrar en la habitación, encontré un gran baúl abierto en el suelo. Sin duda era el que había ocultado a Khamurjee. Pero ¿dónde estaba el niño? Registramos rápidamente la habitación principal pero no encontramos rastro alguno de nuestro espía. Empujé la puerta del cuarto de baño, que estaba medio abierta. El lugar estaba sumergido en tinieblas, pero mis ojos, que ya se habían habituado a la oscuridad, vieron enseguida un cuerpo inanimado tendido sobre el enlosado. Mi corazón se aceleró y solté un

grito, pero cuando ya me precipitaba hacia Khamurjee, la voz de madame de Réault resonó a mi espalda con tal dureza que me detuve instantáneamente.

—¡Sobre todo no se mueva, Tewp! ¡O es hombre muerto!

La voz había adoptado un tono súbitamente amenazador, casi hostil. Sin comprender a qué se debía aquella patente agresividad, me volví lentamente hacia ella. Madame de Réault sostenía su Lepage en la mano y lo apuntaba contra mí. Yo no entendía nada.

—¡Salga de la habitación tan despacio como pueda, Tewp, y nada de movimientos bruscos!

Dudé sobre la conducta a seguir. ¿Realmente Garance de Réault me estaba amenazando con su arma?

—¡Salga de esta habitación, oficial! ¡Sé cómo arreglármelas con estas bestezuelas, pero tiene que dejarme el campo libre!

¿De qué bestezuela estaba hablando? Muy a mi pesar, eché una ojeada a Khamurjee. Y entonces vi cómo, sobre su pecho, se desenrollaba una larga criatura con múltiples anillos que se deslizaba hacia el suelo... ¡Era una serpiente, enorme, un animal de pesadilla que se desplegaba y se dirigía directamente hacia mí!

Réault me sujetó de la manga y, con una fuerza extraordinaria, me echó del cuarto de baño. Desequilibrado, caí pesadamente detrás de ella, mientras la mujer avanzaba, resuelta, cargando contra el monstruo, una cobra de casi cuatro pies de largo que acababa de erguirse y escupía hacia ella como un gato furioso. Sin preocuparse de la amenaza, Réault cogió una toalla del lavabo, la enrolló burdamente en torno al tambor de su arma y disparó dos veces sobre la serpiente, que se derrumbó, decapitada por las descargas. Las detonaciones, amortiguadas por la toalla, apenas habían provocado más ruido que una tos ronca.

—¡El secreto del éxito es la determinación! —dijo Réault apartando a la bestia con el pie e inclinándose sobre el cuerpecito tendido en el suelo.

Me levanté, abrumado por la sangre fría de que había dado muestras esta mujer, y yo también me acerqué a Khamurjee. El color de su piel había palidecido y no veía que su pecho se elevara.

—No está muerto —murmuró la francesa después de haberle palpado la garganta—. Su cuerpo está atiborrado de veneno, pero aún resiste. ¡Tenemos que sacarlo de aquí cuanto antes!

Mientras yo cogía al chiquillo en brazos y percibía con terror la frialdad de su piel, Réault se arrodilló junto a la bañera y hundió la mano en la trampilla, ya abierta. Vi cómo tanteaba un instante y luego sacaba la caja que yo mismo había descubierto en mi primera venida. Con evidente triunfo, la sujetó bajo el brazo y me precedió para verificar si el camino estaba libre. De nuevo me felicité por haber venido acompañado por esta mujer. Si ella no hubiera tenido la presencia de ánimo necesaria para pensar en el *vult*, el pánico que me había dominado al contemplar el cuerpo inanimado de Khamurjee me hubiera hecho olvidar por qué estábamos corriendo

todos estos riesgos. Sin demasiadas dificultades, transportamos al chiquillo a la habitación del cuarto piso, donde lo deposité sobre la cama mientras Réault verificaba que la caja contenía efectivamente el cráneo.

—Todo está aquí, oficial Tewp. ¡Lo hemos conseguido!

En ese instante, poco me importaba haber recuperado este objeto infernal. Todos mis pensamientos se concentraban en el niño y hubiera dado cualquier cosa por salvarle la vida. Por desgracia, me parecía que ya no había nada que hacer, porque su pulso era extremadamente débil.

—Necesitamos a un médico —dije—. ¡Iré a buscar al doctor Nicol!

—¡Mala idea, Tewp! Nicol es un buen médico, pero su ciencia tiene sus límites. Necesitamos a alguien más competente. ¡Y seré yo quien vaya a buscarlo! ¡Confíe en mí, no se mueva y sobre todo no toque el cráneo!

La perspectiva de quedarme solo en esta habitación de hotel con el niño moribundo me aterrorizó.

—¿Y si Keller vuelve y nos encuentra? —pregunté azorado.

—¡Abátala! —me dijo Réault mirándome directamente a los ojos y colocándose su Lepage en la palma de la mano.

El arma aún estaba caliente y olía a pólvora.

Réault se había reunido con Swamy en el exterior del hotel y había salido disparada con él hacia no sé qué barrio de Calcuta. La espera se me hacía eterna, y temía que en cualquier momento Khamurjee dejara de respirar del todo.

—Sobre todo no le caliente de ningún modo —me había prevenido la francesa antes de partir—. Ni baño ni mantas. Dilataría sus vasos sanguíneos y ayudaría al veneno a que se difundiera aún más. Déjelo como está. ¡Si ha sobrevivido hasta ahora, es que es capaz de seguir aguantando!

Faltaba una hora para la medianoche y nuestro plan se encaminaba al desastre. Cierto que teníamos el *vult*, pero ¿a qué precio? Furioso contra mí mismo, me retorció las manos y lloraba casi de rabia al pensar que había enviado a un chiquillo a primera línea de combate. ¡Qué egoísmo haberle lanzado a una aventura semejante! Hubiera debido de ser consciente de que Keller era un ser temible y perverso. Seguramente la mujer se había dado cuenta de que habían registrado su habitación. Sí, esto parecía coherente: ofuscado por las palabras de Gillespie sobre la debilidad de la joven, cegado asimismo por la excesiva seguridad en mis propias capacidades, había entrado por efracción en la 511, pero a pesar de mis precauciones, sin duda había dejado huellas de mi paso. Alarmada, Keller había colocado esta serpiente como guardián en el hueco de la bañera, ¡y el chiquillo la había liberado al introducir su mano! ¡Keller! ¡Decididamente esa mujer era la culpable de todo! Mis dedos se cerraron convulsivamente sobre el Lepage. Impotente, sin poder hacer nada que no fuera ver morir a este niño ante mis ojos, me cegó la ira, y a todo correr subí al quinto



piso por la escalera de servicio. Si la austríaca había vuelto, tenía la firme intención de saldar cuentas con ella inmediatamente, sin hacerle preguntas, sin tratar de averiguar siquiera las razones de su presencia en Calcuta. Avancé por el pasillo. ¡Se filtraba luz bajo la puerta! Con el revólver apretado en el puño, pegué la oreja al batiente, tratando de adivinar en qué parte de la *suite* se encontraba, pero no percibí ningún sonido. De pronto sentí el contacto de un tubo de metal frío sobre mi nuca. Me puse rígido y giré lentamente los ojos para descubrir el rostro de mi agresor.

—¡Intervengo en el instante en que iba a poner en ejecución una pésima idea, teniente Tewp!

El que había susurrado esta frase era un hombre de unos cuarenta años, esbelto, de mi misma estatura. Llevaba un traje claro cortado en la mejor de las telas y no se había sacado su panamá. Con un gesto, el desconocido me invitó a retroceder, y después de quitarme el Lepage de las manos, me invitó a avanzar hasta el fondo del pasillo. Una pareja salió de una habitación y por un instante pensé en aprovechar la ocasión, pero como si leyera mis pensamientos, el hombre me advirtió en voz alta de que todo movimiento brusco por mi parte recibiría un castigo inmediato.

—¿Adonde vamos? —pregunté.

—Al lugar de donde viene, habitación 434.

Su tono no admitía discusión. El individuo iba armado y al parecer sabía muchas cosas sobre mí. De momento no tenía otra opción que obedecerle. Volvimos a bajar las escaleras y entramos de nuevo en la habitación, donde Khamurjee, felizmente, todavía respiraba. El hombre me indicó con un gesto que me sentara en un sillón, cerca de la cama, y luego, con la espalda apoyada contra la puerta, frotó una cerilla y se llevó un cigarrillo a los labios.

—No se preocupe, amigo —dijo mientras una bocanada de humo azul ascendía en torno a su rostro—. ¡No tiene nada que temer, estoy de su lado!

—¿De mi lado? Entonces, ¿por qué me tiene encañonado?

—¡En realidad debería agradecerme que le haya impedido cometer una enorme tontería!

El tipo me dijo que se llamaba Surey. Si había que creerle, era un oficial de Delhi.

—La Firma me ha enviado para ver quién era esa Keller que les tenía tan ocupados, aquí, en Calcuta. Erick Küneck se desplazó para verla, ¿no es así?

Con Khamurjee agonizando a mi lado, yo no estaba para charlar sobre asuntos del servicio; de modo que permanecí mudo, y me debatía sobre si debía confiar en el recién llegado que no me había proporcionado ninguna prueba de que perteneciera realmente a nuestros servicios.

—¿No quiere hablar, Tewp? Lástima... Porque me gustaría saber qué maquina aquí con un crío indígena agonizante cuando se supone que debería estar bien tranquilo en prisión. Y sobre todo me gustaría saber por qué se disponía a matar a Keller. Porque eso es lo que quería hacer, ¿no?

¿Cómo explicar mi aventura a este hombre? ¿Cómo hacerle comprender que la

joven objeto de su vigilancia era una maldita bruja con poder suficiente para hacer enfermar a cualquiera clavando agujas en unas fotografías?

—¿Cuánto tiempo hace que la vigila? —pregunté a Surey en tono hastiado.

—Dos días. ¿Por qué?

—¿No le ha ocurrido nada extraño mientras la seguía? ¿Pérdida de objetos personales, tal vez? ¿O críos que se te agarran a las piernas y te arrancan mechones de cabellos o una tira de piel?

Surey rompió a reír.

—¿De qué demonios habla, teniente Tewp? ¿Está buscando una manera de salir de ésta? ¡Pero si no le estoy amenazando! Mire, si sirve para tranquilizarle, incluso guardaré mi arma.

Uniéndolo al gesto a la palabra, hizo desaparecer su automática bajo la axila y se acercó a Khamurjee para palparle la frente.

—Este chico está muy grave. ¿No cree que sería más razonable avisar al médico del hotel?

—No. Sé qué le ocurre. Es espectacular al principio, pero pronto saldrá de su desvanecimiento —mentí.

—No sé si es una buena idea. Pero lo dejo a su juicio. De todos modos, sólo es uno más entre las decenas de miles de huérfanos que deambulan por esta ciudad, según parece. Si muere, no cambiará nada para nadie...

—¡Para nadie excepto para mí! —dije aprovechando la ocasión para saltar como un resorte y abalanzarme sobre Surey.

El hombre, demasiado confiado, no se esperaba la reacción. Mi hombro le alcanzó en pleno esternón, lo que le desequilibró y le hizo deslizarse pesadamente del borde de la cama. Salté de rodillas sobre su pecho, le cogí la cabeza entre las manos y le golpeé el cráneo contra el suelo hasta que se desvaneció. Con el corazón desbocado, me levanté de un salto, arranqué los cordones de una cortina, até las manos y las piernas del pretendido agente de la Firma y le amordacé con su pañuelo antes de que recuperara el conocimiento. Sus bolsillos sólo contenían algunos papeles y en su cartera únicamente llevaba una decena de libras, que no le robé. En cambio, cogí su arma y recuperé el Lepage de Garance de Réault. Finalmente lo arrastré hasta el cuarto de baño, conseguí, no sin esfuerzo, hacerle bascular dentro de la bañera, y luego fui a echar una ojeada al pasillo para comprobar que nadie se hubiera alarmado con los ruidos de lucha. A esta hora, en todo el hotel resonaba la música de una gran orquesta de viento. Tres noches por semana, el Harnett se animaba con los sonidos de una banda de *jazz*. Así que, ahogado muy oportunamente por la melopea, el pequeño escándalo que habíamos organizado no había alertado a nadie.

Ya más tranquilo, volví al baño con la firme intención de hacer hablar a Surey. ¿Quién era realmente ese hombre? ¿Cómo sabía tanto sobre mí? ¿Y por qué había impedido que matara a Keller? Tenía que encontrar respuestas a todas estas preguntas. ¿Pero cómo? Hacer hablar a un hombre sólo es posible bajo coacción o

sometiéndole a tortura. ¿Con qué podía amenazar a Surey si no sabía nada de él? ¡En cuanto a la tortura, la idea de rebajarme a utilizar este tipo de métodos estaba fuera de cuestión! Fui consciente de la impotencia que sentía para arrancar la menor información a mi prisionero. Despechado, volví a cerrar el cuarto de baño y fui a sentarme de nuevo junto a Khamurjee. Transcurrió casi una hora sin que sucediera nada. ¡Réault seguía sin aparecer, y yo era muy consciente de que si no volvía a mi celda antes del alba, la policía militar británica me consideraría como un fugitivo sobre el que sería lícito disparar sin previo aviso! Por fin oí ruido en el pasillo y alguien se acercó a la puerta de la habitación. Por si acaso, apunté la automática de Surey hacia la entrada. Vi cómo el pomo giraba despacio y mi dedo se crispó sobre el gatillo. Garance de Réault entró. Detrás de ella, otras tres siluetas se introdujeron en la habitación. Identifiqué a Swamy, pero los otros dos hombres, unos hindúes vestidos con sari y turbante negro, me eran completamente desconocidos.

—¿Cómo está el chiquillo? —preguntó Réault sin preocuparse de hacer las presentaciones.

—Tal como le dejó. Ni mejora ni empeora, creo.

—Bien, entonces podemos pasar a la primera fase. Estos dos hombres son brahmanes. Sacerdotes y médicos. Ellos se harán cargo del pequeño. En cuanto a usted, Tewp, por lo que me ha dicho el caporal Swamy, es de vital importancia que vuelva a su prisión antes del alba. Váyase, aquí ya no puede sernos útil. Volveremos a vernos aquí mismo mañana por la noche y sacaremos a Khamurjee del hotel... ¡Ya verá cómo le encuentra mejorado!

—¿Y el *vult*? —pregunté con un punto de inquietud por mi propio destino.

—El *vult* es asunto mío. Pero también le hablaré de esto mañana. Vamos, váyase ahora...

—¡Me temo que hay otro problema!

—¿Y ahora qué ocurre?

En pocas palabras le expliqué que teníamos un nuevo invitado, atado en el cuarto de baño. No podíamos dejarle allí veinticuatro horas. Garance de Réault levantó los ojos al cielo.

—¡Pues bien, muchacho, eso es exactamente lo que va a ocurrir! Lo evacuará mañana. Vaya a comprobar sus ataduras. No me gustaría que se liberara.

Obedecí a regañadientes y me tomé unos minutos para asegurarme de que Surey estaba bien atado en la bañera; en efecto, no podíamos arriesgarnos a dejarle en libertad. El supuesto agente, con los ojos abiertos de par en par y esforzándose en hablar a través de su mordaza, no dejaba de agitarse y de lanzarme miradas furibundas.

Cuando tuve la certeza de que no podría soltarse, abandoné la habitación y salí del hotel detrás de Swamy. Encontramos el Bedford en la travesía y regresamos al cuartel sin decir palabra. Swamy aparcó no muy lejos de la prisión militar.

—¿Sabe quién es esa gente que ha traído madame de Réault? —pregunté al

caporal mientras cerraba el contacto.

—¡Ni la menor idea, teniente! La señora me pidió que la esperara ante un templo, en Kalighat Road. Entró sola y volvió al cabo de veinte minutos con estos dos brahmanes. Nadie habló mientras les llevaba al Harnett.

—Creo que tan sólo nos queda tratar de dormir un poco, Swamy —dije mientras bajaba del viejo camión—. ¡Ahora ya no tenemos forma de influir en nada!

Ese día recibí la visita de Nicol un poco antes de lo habitual. En su opinión, mi estado de salud no mejoraba. Tenía la tez cerosa y los ojos hinchados, y también había adelgazado. Además, las irritaciones de mi piel, que se habían extendido a los hombros y a la parte alta de los muslos, me ardían horriblemente y cada día me hacían perder más sangre de lo que quería admitir.

—Tendremos que hospitalizarle, muchacho. Lamento mucho tener que decirlo, porque estoy convencido de que esto no influirá en una mejora de su estado, pero al menos nos permitirá cambiarle los vendajes dos veces al día y alimentarle por perfusión. Ya ha perdido mucho peso. Si insiste en no comer nada, no le doy diez días, amigo mío...

Di las gracias a Nicol por su solicitud, pero insistí en que no me obligara a ingresar en el hospital al menos en cuarenta y ocho horas.

—Es una estupidez, y realmente no comprendo por qué lo hace. Pero después de todo, ¡es su pellejo el que está en juego! ¿Quiere morfina? Al menos eso aliviará el ardor...

Acepté con gratitud la inyección de opiáceos, lo que me permitió dormir y pasar la mayor parte del día en una benéfica inconsciencia. Mi cuerpo lo necesitaba. Y mi mente también. Estaba harto de debatirme desde hacía días en un océano de interrogantes que no conducían a nada. ¿Por qué Keller había venido a Calcuta? ¿Tenía realmente dones de hechicera? ¿Quién era Surey? ¿Proyectaba Küneck asesinar a Eduardo VIII en su visita a las Indias? Pero en ese caso, ¿por qué encontrarse con Keller en Bengala, una provincia apartada del circuito real? Nada de aquello parecía tener sentido. Durante largas horas, la droga me liberó felizmente de estos enigmas y me desperté casi descansado una hora antes del crepúsculo. Una hora antes de que Swamy volviera para llevarme al Harnett... En cuanto cayó la noche, partimos hacia el hotel. Swamy había estado de servicio todo el día en su regimiento y no había tenido noticias de Garance de Réault. El caporal estaba tan ansioso como yo, y su rostro se había endurecido. Creí que me guardaba rencor.

—Por supuesto que no, mi teniente. ¡A quien odio es a esa mala mujer! ¡A esa Keller! Creo que hubiera hecho bien eliminándola. ¡Es una bestia dañina a la que habría que ajustar las cuentas ahora mismo!

Ver a Khamurjee inerte y frío, con una serpiente enroscada sobre su cuerpo flaco, me había puesto en un estado de exasperación extrema hasta el punto de atreverme a todo la víspera por la noche. Es cierto, había querido matar a Keller. Y hubiera podido hacerlo si Surey no hubiera intervenido. ¿Pero hoy? ¿Encontraría todavía en mí la fuerza que infunde la cólera? Si Réault me anunciaba lo peor, no dudaba de mi respuesta. Pero ¿y si el pequeño se había salvado? No, realmente no me veía descargando fríamente mi arma contra la austríaca, como tampoco me veía hundiendo astillas de bambú bajo las uñas de Surey para obligarle a hablar... fuera quien fuese ese tipo. Swamy y yo pasamos con aire decidido ante el conserje del Harnett y subimos directamente a la habitación 434 con el ascensor. En el interior, una gruesa dama abrió desmesuradamente los ojos al vernos entrar en la cabina. Los efluvios de prisionero enfermo que flotaban en torno a mí penetraron directamente en su gran nariz empolvada, que se apretó con los dedos con un terrible gesto de desprecio. Finalmente, después de golpear tres veces a la puerta, entramos en la habitación. La única luz procedía de dos velas encendidas en la cabecera de la cama. Khamurjee, envuelto en mantas, estaba medio incorporado, con la espalda apoyada contra la pared, y bebía no sé qué brebaje humeante en una gran taza con el símbolo del hotel.

—Se despertó hace una hora —nos anunció Réault, con las pupilas brillantes y el pelo un poco alborotado—. Darpán y Ananda han hecho un trabajo excelente. ¡Está fuera de peligro!

Sentados frente a la cama, los susodichos Darpán y Ananda estaban tan inmóviles como dioses esculpidos. Swamy se acercó al chiquillo encamado y empezó a hablarle suavemente en hindi. El niño respondió débilmente, pero sus ojos sonreían. Swamy parecía a punto de llorar de felicidad.

—¿Cómo lo ha hecho? —pregunté a Réault.

Pero ésta se contentó con encogerse de hombros y señaló a los dos brahmanes.

—Responder a su pregunta nos llevaría horas, *sahih* Tewp. Y creo que tenemos cosas mejores que hacer esta noche. Nos hemos ocupado del pequeño *dalit*, era lo más urgente. Y ahora hay que pensar en usted...

Era Darpán quien había hablado. El brahmán, alto sin ser flaco, era un hombre bien plantado de unos cincuenta años de edad. Su cabellera, oculta por el turbante negro, era imposible de ver, pero sus pestañas y sus cejas eran completamente blancas. Tenía una voz profunda y tranquila, la voz de un hombre en quien se puede confiar.

—Sin ellos, sería incapaz de ayudarle, oficial Tewp —dijo Réault—. Ellos practican lo que yo he visto hacer en los pueblos de las altitudes del Tíbet: curación de moribundos, contrahechizos... Y son capaces de hacer otras muchas cosas... Fueron iniciados por los Bon Po de las lamaserías del Himalaya. ¡Tal vez haya en el

mundo sanadores más eficaces, pero si es así, yo no los conozco!

—¿Y Surey? —pregunté—. ¿Sigue en el cuarto de baño? Tendríamos que ocuparnos de él. No podemos dejarle aquí después de que haya alquilado esta habitación a su nombre... ¡Swamy! Le necesitaré para evacuar a este tipo. ¿Cómo lo sacaremos de aquí?

El caporal se tiró del bigote.

—He estado pensando en eso toda la tarde. ¿Qué envergadura tiene?

—Es más o menos de mi estatura, pero un poco más corpulento. Usted mismo puede juzgarlo.

Entramos en el cuarto de baño. Surey seguía tendido en la bañera. Ya no se movía.

—Le hemos apretado tres veces un pañuelo impregnado de opio sobre el rostro. Duerme desde ayer por la noche —dijo madame de Réault, que se había deslizado en la habitación detrás de nosotros—. Era la mejor forma de proceder con tranquilidad.

—¡Entrará! —anunció misteriosamente Swamy—. No se mueva, mi teniente. Será sólo un minuto.

El hindú salió de la habitación sin dar más explicaciones y luego volvió con evidente satisfacción.

—Podremos llevarlo. Levántelo por los hombros, yo lo cogeré por los pies.

Extraímos a Surey de la cuba de esmalte blanco y lo transportamos, sin cruzarnos con nadie, hasta el cuarto ropero de la planta, que Swamy abrió con una llave maestra que había cogido en la intendencia de su regimiento.

—¡Vamos, mi teniente, lo lanzaremos por el tobogán! Aterrizará en el sótano sobre una pila de ropa sucia. ¡Mientras se entretiene dando explicaciones a la policía del hotel, tendremos tiempo de esfumarnos de aquí!

Lo juzgué una idea excelente. Lanzamos a Surey por la trampilla que servía para enviar la ropa sucia de los pisos hasta la lavandería. Con un ruido abominable, pero sin un grito, el prisionero se deslizó desde el cuarto piso hasta el nivel más profundo de los sótanos. Salir con Khamurjee en brazos no fue tan complicado como había creído. Por una razón muy simple, ¡éramos muchos! Cuatro hombres de aspecto extraño transportando a un niño envuelto en una manta y una dama de aire decidido podían permitirse el lujo de coger sin más el ascensor y abandonar el hotel cruzando el gran vestíbulo. Fuimos objeto de miradas inquietas, pero nadie pensó en detenernos para preguntarnos adonde se dirigía nuestro cortejo. Colocamos al niño en el Bedford y Swamy nos condujo a la casa de la hierba alta, donde Khamurjee permanecería en cama hasta que hubiera recuperado las fuerzas. Si bien la mayoría del veneno había sido purgado de su organismo, aún necesitaría cuidados, que los dos brahmanes se encargarían de prodigarle regularmente. Lajwanti instaló al pequeño en una habitación en la parte trasera de la casa, y luego encendió una vela y un bastoncito de incienso en un nicho abierto por encima de la estera del convaleciente. A la luz de la llama dorada, ya bañada en los vapores perfumados que se extendían

por toda la habitación, vi la estatuilla de un hombre ventrudo con rostro de elefante. A sus pies yacían algunas flores frescas y un puñado de arroz cocido.

—El dios benefactor Ganesha —explicó Swamy—. El protector de los humildes. Y el enemigo de las serpientes...

Sentí un roce entre las piernas. *Ulitivi*, la mangosta, venía a ver a su amo. Como un gato, el animalito se acurrucó en los brazos del niño, cuyos músculos apenas tenían la fuerza suficiente para apretarlo contra su cuerpo. Se durmieron juntos cuando abandonamos la habitación.

—Ahora que esta operación ha llegado a su fin, Tewp, le desembarazaremos de este perro negro que le corroe —anunció Darpán.

—¿Este perro negro que me corroe?

—Desactivarán el hechizo, oficial —se expresó más sobriamente Réault.

Como supe más tarde, los principios del contrahechizo son tan simples como los del maleficio, pero Darpán no trató de explicarme entonces todas las sutilezas de su arte.

—Hay algo que me sorprende en la técnica que la mujer ha utilizado para su obra de muerte —comentó no obstante—. No sé cómo librarle de ella. Tal vez sea doloroso. Y peligroso. Pero luego tendremos que hablar. Porque esta mujer utiliza saberes ajenos a los de los hechiceros tradicionales. Tendremos que descubrir quién le ha inculcado, tan joven, semejantes conocimientos; y llegado el caso, impedir que los dos vuelvan a encontrarse en situación de perjudicar a nadie... Además de trescientas libras inglesas, éste será el pago si se cura. ¿Lo acepta?

Un poco sorprendido al ver a unos sacerdotes tan ávidos por sacar partido de sus servicios, dirigí una mirada incrédula a madame de Réault.

—Los Bon Po son terriblemente eficaces, pero no se distinguen por su desprendimiento. ¡Lo lamento, señor oficial!

—Si lo consiguen, pagaré...

—¿Nos lo dará todo? ¿El dinero y las informaciones sobre la chica? —insistió Darpán marcando las sílabas.

—Sí, les daré todo lo que quieran si impiden que esta lepra me corroa del todo —prometí, a punto de sufrir un ataque de nervios.

—Muy bien, pues. Empezaremos mañana mismo. A juzgar por lo que madame de Réault nos ha dicho, dispone usted de sus noches.

—Hasta ahora, sí. Pero no sé hasta cuándo. Temo que puedan arrebatarme esta libertad en cualquier momento.

—Esto, oficial, es asunto suyo, no nuestro. Mañana por la noche salga de su acuartelamiento con el caporal Swamy. Nosotros le esperaremos en su casa. Es lo mejor. Lo tendremos todo dispuesto. Mientras tanto, y como último acto por esta noche, córtese las uñas y entréguenos los recortes.

Réault me dirigió una mirada entristecida. A buen seguro debía de sentir que el tal Darpán no era exactamente el hombre en quien me hubiera gustado depositar mi

confianza...

De un modo que consideraba increíble, mis escapadas de la prisión seguían pasando totalmente inadvertidas. Si bien es cierto que contaba con las mejores complicidades que uno pueda imaginar, ya que los propios carceleros me abrían las puertas y falsificaban los registros para engañar a la soldadesca británica, de todos modos aquello no dejaba de sorprenderme. ¿Hasta ese punto de descomposición había llegado el Imperio que un prisionero podía, con cierta dosis de suerte, abandonar su celda y disponer de su tiempo como mejor le pareciera? No era algo precisamente tranquilizador de cara al futuro. Habíamos hablado con Nicol de esta relajación general del servicio.

—¡Decididamente, Tewp, todo se va al garete! No sólo nuestro rey no está a la altura en los asuntos internos (sí, ya sé que no debería decir algo así, pero es una opinión extendida aquí, e incluso su coronel Hardens no se priva de decirlo cuando ha tomado una copa de más en el comedor de oficiales), sino que siente algo más que simpatía por nuestros enemigos. ¿Sabe que hizo el saludo hitleriano el día en que el nuevo embajador de Alemania le presentó sus cartas credenciales? ¡Como esos estúpidos futbolistas británicos en Berlín! Supongo que sí estará al corriente de esto, Tewp.

¿Quién no había oído hablar de aquello? Incluso yo, que apenas me interesaba por la actualidad y no prestaba ninguna atención a los eventos deportivos, había tenido noticia del incidente. Había sucedido en Londres, en el curso de mis primeras semanas en el servicio jurídico del MI6.

—¿Ha visto esto, David? —me había dicho, mientras blandía un diario, un colega altanero que de manera habitual no me dirigía la palabra nunca.

Lo había visto, sí, no me había quedado otro remedio. Y aquello me había dejado un mal sabor de boca, sin que pudiera precisar exactamente por qué. Contemplar la fotografía de once ingleses con ropa deportiva con el brazo tendido frente a la tribuna donde se encontraba el canciller Adolf Hitler me había desagradado profundamente... como a una buena parte de la nación, por otra parte, lo que probaba que, si bien parecía que cualquier reflejo de sentido común había desaparecido de nuestra clase dirigente, éste aún latía entre el pueblo sencillo.

—Todo el mundo reverencia a Hitler y le trata de caballero. Nosotros le dejamos hacer, y un día, cuando sea bastante fuerte, se anexionará Austria y los Sudetes. ¡Entonces tendremos el mismo problema que en 1914 y todo volverá a empezar, no le quepa duda!

Hitler, la política internacional, la guerra que amenazaba tal vez; todo eso, en este instante, no me interesaba demasiado. Corroído por la peste roja que me había enviado Keller, sólo podía pensar en Darpán. ¿Podía confiar en ese hombre? ¿Y por qué parecía interesarse tanto por la espía del SD? Madame de Réault no me había



revelado nada sobre él. Yo no sabía dónde le había conocido ni por qué le concedía tanta importancia. Era una especie de sacerdote sanador. Muy bien. Pero ¿qué más? Aquello no bastaba para definir a una persona...

A media tarde, mientras deliraba a medias bajo el efecto de una fiebre que no había dejado de subir desde la mañana —hasta el punto de que había renunciado a mi paseo cotidiano—, la puerta de mi celda se abrió y un hombre entró. No era Nicol. No era Panksha. ¡Era Surey! Ayudándose a caminar con un bastón, con las manos hinchadas aún a resultas de haberlas tenido demasiado tiempo atadas, el supuesto espía acercó la silla a mi cama. Me incorporé para encararle. Tenía un aire decididamente furioso y una de sus sienes mostraba un feo moretón. Su caída por el tobogán de la lavandería no había debido ser una experiencia agradable. Su llegada me sorprendió tanto que de entrada no supe qué decir.

—Aparentemente, no es usted tan estúpido como parece, Tewp —empezó con una voz que se esforzaba en mostrar indiferencia—. Había leído el informe que circula sobre su persona, y no desconfié lo suficiente. ¡Me equivoqué! Es usted un tipo con recursos y es diestro en ocultar sus cartas. Incluso es justo reconocer que es usted un as en este campo, ¿no?

—¿De modo que me dijo la verdad? ¿Usted también pertenece a la Firma? —exclamé sorprendido, mientras me enjugaba con el dorso de la mano las gotas de sudor que velaban mis ojos—. Lamento haberlo maltratado de esta manera. No creí en su historia, en el Harnett.

—Una lástima. Eso nos hubiera hecho ganar tiempo. Pero ¿qué le ocurre exactamente? Me han dicho que está enfermo.

Mentí a Surey, pretextando que sólo tenía una variante de alergia complicada con una gripe de caballo. ¿Cómo hubiera podido convencerlo entonces de una historia de hechizos de la que yo mismo estaba persuadido sólo a medias? El agente de Delhi gruñó con escepticismo, pero él no había venido a verme para informarse sobre mi estado de salud. Tenía otra cosa en la cabeza.

—¿Cómo se las arregla para abandonar este lugar todas las noches cuando está bajo riguroso arresto? Aunque, a decir verdad, ésta es la menor de mis preocupaciones... ¡Si lo pillan en una de sus escapadas, no seré yo quien vaya a rescatarlo, Tewp! Sobre todo después de lo que usted y sus acólitos me han hecho pasar...

—Entonces, ¿por qué está aquí, Surey? —pregunté, harto de tantos preámbulos.

—Estoy aquí para que me ayude a ver claro en esta historia con Keller. Hay un montón de cosas que encuentro anormales. Necesito ayuda.

—¿Ayuda? —Me sorprendí—. Pero ¿por qué no lo consulta con Gillespie? El capitán era el responsable de los primeros días de vigilancia. Y él sí tiene libertad de movimientos...

—Gillespie me plantea un problema, Tewp. De hecho, todo el equipo que vigiló a Keller me plantea un problema.

—¿De qué tipo de problema habla, Surey?

Con un suspiro, el agente se quitó su panamá y lo dejó sobre un montante del respaldo de la silla.

—Hace tres años que Gillespie es el capitán peor calificado de todo el equipo del coronel Hardens. El asistente Mog es un notorio eterómano, lo que explica la espantosa tonalidad de su tez y la lentitud de sus reacciones. En cuanto a Edmonds... en fin, usted mismo ha podido constatarlo: es un borracho que sufre frecuentes crisis de violencia. En términos médicos, tiene todos los rasgos de un psicópata. En lo que a usted respecta, no es más que un novato. Un chupatintas al que de pronto dan, sin preparación alguna, la orden de efectuar operaciones sobre el terreno. Es grotesco. Absurdo. Hardens está lejos de ser un idiota, pero se diría que ha compuesto premeditadamente este equipo con la gente más mediocre que ha podido reunir.

Las palabras de Surey eran bastante duras y sometían a mi orgullo a una dura prueba. Sin embargo, no podía negar que no tuviera razón. De hecho, no había necesitado mucho tiempo para comprender que Gillespie no era tan escrupuloso como quería aparentar. Y había constatado el estado de deterioro físico de Edmonds y la escasa rapidez mental de que siempre había dado prueba Mog. En cuanto a mi inexperiencia, era muy consciente de ella. Pero ¿por qué Hardens hubiera tenido que colocar deliberadamente a la austríaca bajo la vigilancia de unos ineptos?

—Por ahora sólo tengo retazos de información. E intuiciones. Es todo. Pero me basta para encontrarme incómodo con este asunto. Normalmente vigilo a Erick Küneck en Nueva Delhi. Conozco bastante bien sus costumbres. Es un hombre hogareño, muy prudente. Casi nunca se desplaza para encontrarse con sus agentes. Que haya tenido una cita aquí, con Keller, constituye una actividad anormal en su modo de proceder. Todo este asunto no me alarmaría tanto sin la gira real que se anuncia... Aquí se está tramando algo, Tewp. ¡Algo grave!

¿Algo grave? Sí, tal vez. ¿Pero qué, exactamente? Surey tenía los dos informes que yo había redactado después de la operación de seguimiento a Keller al fumadero de opio y de haber registrado su habitación. Y excepto las informaciones sobre las prácticas de hechicería de que parecía ser víctima, no había ocultado ninguno de mis descubrimientos.

—¿Por qué ha venido a verme, Surey? —pregunté, desconcertado por las sospechas que el agente albergaba contra Hardens.

—Porque estoy seguro de que «omitió» algo en sus informes, Tewp. ¿Por qué iba a ocupar la habitación 434 del Harnett con esa buena señora, ese chiquillo y los dos hindúes? Tengo que saber lo que ha descubierto sobre ella y lo que oculta... Dígame, ¿en qué historia se ha embarcado?

Después de todo, si quería saber más, ¿por qué ocultarle lo que me había ocurrido? Le hice un relato detallado de los acontecimientos, desde mi desvanecimiento en el fumadero de opio hasta el descubrimiento de Khamurjee víctima de la mordedura de una serpiente en el cuarto de baño de Keller.

Surey soltó una risotada sarcástica.

—¡He sido un completo imbécil! ¡Soy yo el que está chiflado! Lamento mucho haberle molestado, amigo mío. Si cree de veras que esta chica le ha hechizado, es que realmente merece su puesto en el equipo fantoche de Gillespie. Le ruego que me excuse, me voy. Le dejo delirar a gusto...

Quise retenerle por la manga, pero estaba agotado. Mi brazo apenas se movió.

—¿Por qué... por qué piensa que se trama algo contra el rey en Calcuta, cuando Bengala no figura en la lista de las provincias que debe visitar? —articulé de todos modos en un susurro apenas audible.

Mientras recuperaba su bastón y se encasquetaba el sombrero en su cabeza herida, Surey me dirigió una mirada burlona.

—Le hubiera respondido a esta pregunta si hubiera mantenido un discurso racional —dijo—. Comprenda que no puedo comunicar un secreto de Estado a un loco. Por cierto, Tewp, ¿es usted galés?

—No. Nací en Brighton. Hubiera podido leerlo en mi informe. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿No lo sabía? Tewp quiere decir «imbécil» en el dialecto del País de Gales. ¡No se ofenda, amigo, pero considero que le sienta de maravilla!

Era como un cielo tormentoso. Colores extraños, muy vivos, muy luminosos. Una tempestad roja, amarilla y azul con brillos de laca, rayada por fulgores eléctricos. Un tornado de pesadilla, tan ensordecedor como una salva de obuses, tan largo como una misa de difuntos.

Cuando me desperté, comprendí que ya no estaba en mi celda. Tampoco estaba tendido sobre un jergón, sino que yacía sobre una cama blanca. La ventana ya no estaba asegurada con barrotes y un olor a cloro flotaba en el ambiente. Me apoyé sobre los codos para examinar el lugar, pero al verme se dieron cuenta de que había despertado y se acercaron. Era el capitán médico Nicol. Llevaba una blusa y un estetoscopio le colgaba del cuello.

—El guardia le encontró inconsciente en su celda. Lo lamento, pero ya no hay forma de escapar del hospital, amigo...

—¿Desde cuándo estoy aquí?

—Hace unas dos horas. Le practicamos una perfusión inmediatamente para rehidratarle. Estaba seco como un cartón.

—Esta noche —conseguí murmurar—, esta noche tengo que volver a prisión.

Nicol me dedicó una mueca desdeñosa.

—A partir de ahora, no abandonará esta habitación. En primer lugar porque no es capaz de hacerlo, y además, porque hay un guardia apostado ante la puerta. Ya que parece gustarle tanto, le diré que sigue arrestado; pero arrestado en un lugar apropiado para su estado...

—Capitán Nicol —dije, tratando de retirar de mi brazo la larga aguja por la que se deslizaba el suero—, fue usted quien me envió a ver a *madame* de Réault. Ella sabe cómo curarme. Pero necesito mi libertad. Esta noche. ¡Es imperativo!

—Puedo autorizar que *madame* de Réault le visite aquí. Incluso puedo ordenar que la avisen ahora mismo. Y no me opondré a su tratamiento si por fortuna tiene uno. En la situación en que se encuentra, yo ya no puedo hacer nada más por usted, excepto prohibirle que ronde por ahí. Esto no haría más que agravar su caso. ¿Tiene dolores? ¿Quiere una inyección de droga?

Sí, tenía dolores. Terribles. Pero rechacé la morfina. No quería caer en la inconsciencia y perder la oportunidad de reunirme con Darpán en casa de Swamy en cuanto se presentara la ocasión. Porque yo ya estaba resuelto a saltarme las prohibiciones de Nicol y a franquear los obstáculos que se levantaban ante mí. Después de todo, si había conseguido entrar en la habitación de una espía perteneciente a la élite de los servicios secretos alemanes, salir de un hospital británico debía de ser una tarea a mi alcance.

Nicol reajustó la aguja de perfusión en mi brazo, me dio unos comprimidos para la fiebre y prometió volver a verme dentro de una hora. En cuanto se marchó, me levanté y quise salir de la habitación, pero había un policía militar apostado ante la puerta.

—Lo lamento, teniente, pero tiene prohibido abandonar la habitación. Dispone de todas las comodidades necesarias, y si quiere llamar a una enfermera, hay un timbre en la cabecera de su cama.

El tipo tenía una envergadura más que considerable. Incluso en condiciones normales, sólo hubiera podido derribarle con las manos desnudas al precio de violentos esfuerzos. Debilitado como estaba, esa opción ni siquiera podía plantearse. Entré de nuevo, abrí la ventana y me incliné hacia fuera para constatar que la habitación estaba situada en un tercer piso y daba a la fachada del edificio: la posición menos discreta que pudiera imaginarse para una evasión. Refunfuñando y cojeando, verifiqué luego si al menos habían colocado mis ropas en el colgador. El mueble estaba vacío. Sin ropa, sin zapatos, cualquier intento de huida estaba condenado al fracaso. Necesitaba a Swamy. Sólo él podía procurarme el único objeto capaz de impresionar a un Red Cap: ¡el uniforme de uno de sus oficiales superiores! Vestido con ese atuendo, sólo tendría que esperar al cambio de guardia y salir luego de la habitación como si hubiera venido a interrogar al enfermo. Esperé, pues, conteniendo mi impaciencia, a que Nicol me visitara y le rogué que me enviara al caporal, que acogió la exposición de mi proyecto con una mueca de desagrado.

—¿Cómo podría encontrar un uniforme de oficial de la policía militar, mi teniente?

—¡Pues en la tintorería, claro está! —repliqué muy orgulloso de mí mismo.

Swamy refunfuñó, pero admitió que mi idea no era tan mala.

—¡Habrà que negociar duro con el maestro tintorero, pero haré todo cuanto

pueda!

Una hora más tarde volvía, todo sonrisas, con una bolsa en la mano.

—Traigo ropa y efectos personales para el teniente —oí que anunciaba al guardia que seguía plantado ante la puerta.

—He conseguido procurarme lo que me pedía, mi teniente. Pero hay un problema...

—¿Cuál, Swamy?

—La graduación, mi teniente. ¡Sólo he encontrado un uniforme de coronel!

Llevar un uniforme que no fuera del propio regimiento suponía cometer una grave infracción del código militar, pero usurpar un rango lo era aún más.

—¡Bah! —solté con fatalismo—. Estaba dispuesto a ser comandante o capitán. De modo que ¿por qué no coronel?

—Resulta usted muy joven para este rango, teniente —se alarmó Swamy.

Rechacé la objeción con un gesto displicente. Mis rasgos tensos me envejecían enormemente, y además no tenía otra elección. Si quería ser fiel a la cita con Darpán, debía actuar con decisión y rapidez. «No dudar, éste es el secreto», había dicho Garance de Réault justo después de haber abierto fuego sobre la serpiente. Era un buen consejo.

Hablamos de Khamurjee mientras Swamy me ayudaba a colocarme el uniforme con bocamangas rojas.

—Ha dormido hasta media mañana y ha vuelto a hablar. Cuando me fui para el servicio, Lajwanti le estaba dando de comer.

Creo que los brahmanes realmente le han salvado la vida. ¡Que los dioses sean alabados!

—¿Dónde dice que fue a buscar a esta gente, Swamy?

—*Madame* de Réault me pidió que la condujera al templo de Kalighat Road. Es un monumento religioso sin sacerdotes. Allí sólo se instalan religiosos errantes que acometen su función por períodos a veces muy cortos. Cuando un brahmán llega, el que ocupaba el lugar vuelve a su vagabundeo. Es el único templo de este tipo en Calcuta.

—¿A qué dios está consagrado?

—Está consagrado a una diosa: ¡Durga! —me dijo Swamy a media voz, como si temiera pronunciar este nombre.

Durga, la diosa de la muerte. ¡Así pues, los sacerdotes que habían salvado a Khamurjee y se proponían dejar sin efecto el hechizo que me corroía el cuerpo servían a un culto diabólico! No podía creerlo. Pero no era momento para perplejidades. Me embutí en el uniforme sin pérdida de tiempo y envié a Swamy a patrullar por el pasillo para que me advirtiera del cambio de guardia. Un minuto después de la llegada del nuevo Red Cap, adopté un aire severo, salí de la habitación y cerré la puerta de golpe a mi espalda. A la vista de mis galones, el soldado tensó la nuca y se puso firme. Pasé sin dirigirle una sola mirada, bajé los tres pisos con toda la

calma del mundo y me encontré con Swamy en el exterior. Como aún estaba privado de mis papeles, abandonamos el cuartel por nuestro agujero del enrejado. El viejo Bedford, bautizado ahora por Swamy con el dulce nombre de *Daisy*, nos esperaba al otro lado del foso. En unos minutos estuvimos de vuelta en casa del caporal.

Ya era noche cerrada cuando nos encontramos con Darpán y Ananda en casa de Swamy. *Madame* de Réault también estaba allí. Quise tomarme un minuto para visitar a Khamurjee, pero Darpán me cerró el paso hacia la habitación del chiquillo.

—Está bien. Y lo que vamos a hacer nos ocupará toda la noche. Venga, Tewp. Verá al niño más tarde. Está todo dispuesto. Ahora tenemos que irnos.

De camino, planteé algunas preguntas que quedaron sin respuesta. Darpán no quiso decirme nada sobre lo que se suponía que íbamos a hacer.

—Cuanto más sepa ahora, más se limitarán sus oportunidades de cura. Si sale bien de ésta y mañana aún siente curiosidad, le responderé lo mejor que pueda —me explicó.

*Madame* de Réault, que, a pesar del ronquido del motor, había oído las palabras de Darpán, me dirigió una mirada llena de ternura, casi maternal.

Darpán indicó a Swamy una carretera rural que salía de la ciudad y discurría a lo largo del río. Con su frente enturbantada asomando apenas por encima del volante, el caporal conducía rápido y con eficacia. En menos de una hora y sobre una pista en mal estado, recorrimos treinta millas largas desde el centro de Calcuta. Darpán le ordenó detenerse entonces en el arcén y nos pidió que bajáramos. Yo estaba agotado. Las emociones del día combinadas con las dosis de morfina y la anemia que me consumía me habían dejado sin fuerzas. Swamy y Ananda tuvieron que sostenerme para que pudiera seguir al brahmán Bon Po, que avanzaba por un prado de hierbas altas que azotaba con una vara para hacer huir a las serpientes. Sólo he conservado un recuerdo vago de aquel paisaje. Recuerdo un cielo negro, sin estrellas ni luna. El grito de un pájaro resonando de pronto en las ramas de un árbol aislado, y una enorme y profunda línea de bambús que atravesamos por un sendero estrecho hasta llegar a un río de aguas burbujeantes.

—Ya casi hemos llegado —dijo Darpán, indicando con un gesto a los otros que me dejaran en el suelo—. Oficial Tewp, ¿seguimos de acuerdo sobre el precio que nos pagará por curarle?

—Trescientas libras inglesas, Darpán. No lo he olvidado —dije tratando desesperadamente de hacer llegar el aire a mis pulmones—. Trescientas libras e incluso más si detiene realmente la progresión de esta enfermedad.

Nunca me había sentido tan mal como en ese momento. Los efectos de la última inyección de opiáceos habían desaparecido hacía tiempo y las escaras me causaban unos dolores intolerables.

Además, ahora adivinaba que la «lepra Keller», como yo la denominaba, empezaba a actuar sobre mis órganos internos.

—Trescientas libras bastarán —continuó Darpán—. A condición de que nos

proporcione asimismo las informaciones que posee sobre la mujer que le ha hecho esto. Todas las informaciones.

Escupiendo una bilis mezclada con sangre y un humor amargo, prometí todo lo que el hombre del turbante negro me propuso sin hacer preguntas. De rodillas sobre el suelo blando de la orilla, hundiéndome en una especie de vacío, ya no estaba en condiciones de rechazar nada a quien se proponía ayudarme.

—Bien —aprobó Darpán pasando su mano por mis cabellos empapados de sudor—. Entonces, empecemos...

## OPUS NEFAS

Parecía un gigantesco lomo de animal aflorando en medio de las aguas, pero no era más que una inmensa roca lisa, una enorme piedra de basalto, negra, reluciente, pulida desde hacía miles de años por la erosión líquida. Darpán me había llevado a la espalda hasta ella, solo, sin solicitar la ayuda de Swamy o de Ananda, saltando de roca en roca por un vado estrecho y peligroso que permitía, si se conocía su geografía, alcanzar casi sin mojarse la isla rocosa que se alargaba en forma de almendra en el centro del río espumeante. La noche era opaca y el firmamento, cargado de sombras, parecía muerto. Se necesitaban unos ojos de gato como los de Darpán para ver algo en aquella oscuridad. El brahmán me depositó en el suelo y empezó a desabrocharme el uniforme. Yo no tenía fuerzas para resistirme a este despojamiento humillante. Con todo, el viento de la noche deslizándose sobre mi piel, acariciando mi dermis purulenta, me hizo bien. Mientras Darpán doblaba mis ropas, oí unos pasos tras de mí. Eran de Ananda, seguido de Swamy y madame de Réault, que parecía haber franqueado el río con tanta facilidad como los hombres. El Bon Po sacó unos cuantos objetos de una bolsa que había traído consigo y los depositó a mi lado. Reconocí la caja de sombreros que contenía el cráneo de niño que Keller había adquirido a orillas del Hoogly, ese *vult* del que partía mi mal, y frasquitos de vidrio en los que reposaban aceites coloreados y un puñado de guijarros blancos que resonaron con un ruido mate al rodar al suelo. Darpán volvió hacia mí para retirarme los vendajes. Las llagas, en carne viva, volvieron a sangrar. El brahmán las estudió atentamente.

—Madame de Réault me ha dicho que usted no practica ningún rito religioso en particular. ¿Es cierto?

—Pertenezco a la Iglesia anglicana y soy de origen protestante, pero hace años que no voy al templo —murmuré entre dientes.

—¿Diría, pues, oficial Tewp, que es usted un racionalista?

—¿Me pregunta si suscribo la visión de un universo del que todo sentido estaría ausente?

Darpán esbozó un «sí» silencioso con la cabeza.

—No. No creo que el universo esté vacío de sentido...

—Entonces esto explica la rapidez con la que este mal le consume. Usted forma parte de esas gentes, muy numerosas y frágiles, que poseen el defecto de la honestidad espiritual. Hace una cuestión de honor del dudar de todo sin hundirse por ello en la ceguera del nihilismo. Eso es bueno. Pero, paradójicamente, esa falta de convicciones le convierte en un ser abandonado a toda clase de influencias. Ninguna barrera le protege. Ésa es la razón por la que a esa mujer le ha sido tan fácil atraparle.

Yo no comprendía qué quería decir Darpán, ni por qué consideraba conveniente



hablarme en estos momentos. Tal vez fuera una manera de crear un clima de confianza, de ayudarme a borrar mis miedos. Porque, efectivamente, tenía miedo. Miedo de esta noche profunda, miedo de esta naturaleza que me rodeaba, miedo de estas aguas furiosas que sentía correr en torno a mí y de su espantosa fuerza, miedo, finalmente, de esta extraña enfermedad de la que sólo los sacerdotes de una religión que yo no practicaba se afirmaban capaces de librarme.

—Tiéndase en la dirección de la corriente, teniente. Y cierre los ojos.

Me instalé dócilmente, con la cabeza vuelta río arriba y el cuerpo paralelo al curso del río, mientras Ananda encendía y colocaba cerca de mí algunas lámparas, cuyas llamas temblaban tras las paredes de vidrio esmerilado. Con los ojos cerrados, oí cómo se desplazaba junto a mí y luego sentí que alineaba unos objetos redondos y fríos sobre mi cuerpo. El frescor del contacto me hizo abrir los párpados un instante. Ananda estaba inclinado sobre mí, muy concentrado. Desde mi garganta a mi vientre, ordenaba los guijarros blancos, formando una línea perfecta, sobre puntos que escogía con extrema meticulosidad.

—Ananda coloca centinelas sobre las puertas de su cuerpo, teniente. Nada que deba preocuparle. Puede volver a cerrar los ojos —dijo Darpán, que, con los brazos cruzados, supervisaba el trabajo de su aprendiz.

Obedecí, un poco a disgusto. Luego Ananda esparció en torno a mis ojos cerrados una especie de pasta fría que me provocó un estremecimiento.

—Sólo es barro mezclado con hierbas, oficial Tewp. Se secará muy rápido y le evitará el esfuerzo de contraer los músculos para mantener los párpados cerrados.

En efecto, en unos instantes el barro se transformó en una costra dura, opaca, imposible de romper con el simple movimiento de los músculos de mi rostro. La oscuridad en que me encontraba ahora sumergido vino a sellar la fatiga extrema que ya privaba a mi cuerpo de todas sus fuerzas y actuó, al cabo de unos minutos, como un hipnótico. Cada vez más confusamente, oí en torno a mí palabras pronunciadas en voz baja en una lengua desconocida, frotamientos de piedras, tintineos metálicos también, vibraciones claras cuya procedencia no podía determinar pero que no consideré en absoluto amenazadoras. Darpán volvió a arrodillarse cerca de mí.

—Teniente David Tewp —dijo—, ahora será preciso que su espíritu participe en su liberación. Sé que esto no resultará agradable, pero es necesario que rememore el instante en que descubrió el *vult* en la habitación de la austríaca. El objetivo no es describir la escena, sino expresar las emociones, las imágenes que le asaltaron entonces. ¿Cree que podrá hacerlo?

Este recuerdo estaba todavía perfectamente fresco en mi memoria. Sin embargo, dudé antes de evocarlo, porque para mí era como hundirme en un pantano viscoso, en una turba fría, corrosiva, que atacaba al alma tanto como a la carne.

—Hable en voz alta —me animó Darpán—. Y no le importe cambiar de tema si siente ganas de hacerlo... Hable. Es todo lo que necesito.

Primero entre dientes, y luego de forma cada vez más clara, empecé, pues, a

hablar. Al principio fue físicamente bastante duro, y tuve que recurrir a mis últimas reservas de energía para articular las palabras que acudían a mi mente. Luego, como una máquina en rodaje, mis mandíbulas se engrasaron, se calentaron, se pusieron a batir cada vez más rápido a medida que mi lengua palpitaba en mi boca. Las palabras que pronunciaba no tenían, sin embargo, nada de placentero, bien al contrario. Cuanto más profundizaba en el relato del instante del descubrimiento del cráneo de niño vaciado que contenía mi fotografía, más se azoraba mi espíritu, que debía utilizar términos espantosos para describir las negras emociones que crecían en mi interior y que parecían escapar de mi cuerpo como las columnas de humo de un montón de cenizas. Hablé de estos vapores oscuros que mi imaginación me invitaba a ver surgiendo de mi piel en finas cintas que se enredaban poco a poco en torno a mis miembros, en torno a mi pecho y mis riñones, para finalmente tejer una ganga dura de tejido rígido, almidonado y crujiente, un caparazón estrecho, un capullo, un féretro más bien, donde debía pudrirme... Mi corazón se desbocó y se puso a latir al ritmo de una carga de caballería, mientras una gigantesca oleada de angustia ascendía de lo más profundo de mi ser.

Como lobos saliendo de un bosque, surgieron entonces todos los miedos, todo el malestar, todos los terrores que había sentido en el curso de mi vida. Nada se me ahorró: hasta la menor de mis pesadillas, hasta la más ínfima parcela de miedo, se me hicieron presentes. Esto duró mucho tiempo, tal vez tanto como el que se necesita para que se represente una mala obra de teatro hasta su última réplica. Yo ya no sabía siquiera si hablaba o si me había encerrado en mí mismo, ahogándome en silencio en el seno de esta retahíla de horrores. Mi cuerpo, tenso, crispado, me dolía tanto como si me estuvieran despellejando vivo. Emití un largo grito de dolor y por fin perdí el conocimiento.

Recuperé el sentido cuando Darpán dejó caer sobre mis ojos unas gotitas de agua para humidificar los emplastos de barro que los tapaban. Rompió los sellos con los pulgares, y abrí los párpados. Una línea amarilla ascendía en el este por encima de los árboles, anunciando el alba. Ningún pájaro cantaba todavía. La brisa de la mañana pasó sobre mi cuerpo desnudo y me hizo estremecer. Sin embargo, me sentía mejor, y quise levantarme sobre los codos; ese leve movimiento hizo rodar al suelo los pequeños guijarros blancos que Ananda había alineado sobre mí al inicio del exorcismo. Uno de ellos cayó cerca de mi mano. Lo cogí entre los dedos. Ya no era blanco. Ni liso. Se había vuelto negro y carbonoso. Como un pedazo de lava. Todos.

—Las piedras centinelas han desempeñado bien su función —me dijo Darpán al tiempo que se arrodillaba a mi lado—. Han absorbido los mordiscos que el perro negro quiso propinarle al sentir que le perdía. El principio del mal que había entrado en usted ha sido retirado, oficial Tewp. ¡Ahora se encuentra en esto!

Darpán sostenía en la mano una muñeca de cera, en cuya masa pude ver incrustados los recortes de uñas que el brahmán me había pedido que le confiara la víspera.

—Hemos creado una distracción para el hechizo de Keller, Tewp. Ahora será este simulacro el que reciba y acumule las cargas negativas que ella le destina. Lo enterraré en un rincón de la jungla, en un lugar donde se descompondrá lentamente y donde todas las energías que contiene podrán diluirse sin afectar a nadie. Ahora sólo le resta dispersar por sí mismo los restos del *vult* en el río para poner fin a todo.

Y colocó en mi palma los fragmentos del cráneo infantil y los pedazos rasgados de la fotografía que me representaba, ingenuo y estirado, en las orillas del Hoogly.

—Haga un esfuerzo. Ahora puede levantarse sin ayuda.

La compasión no era la característica principal de Darpán. El brahmán no me ayudó a ponerme en pie. Con torpeza, pero asimismo con la satisfacción de percibir que un vigor nuevo recorría mis miembros, recuperé solo el equilibrio. No podía negar que mi piel todavía estaba en mal estado, que mi vientre y mis riñones seguían tan rojos como antes y aún me hacían sufrir, pero tenía la sensación de que sus grietas ya se estaban secando.

—Le daremos aceites para purificar su piel, pero no rechace las sulfamidas que seguirán prescribiéndole los médicos del hospital militar. Las dos medicinas no son incompatibles. Ahora deje de observarse y vaya a tirar al agua los objetos de la bruja.

Aún desnudo, temblando, sosteniendo entre las manos los restos parduscos del cráneo infantil, me acerqué solo hasta el borde de la isla. Madame de Réault, Ananda y Swamy habían desaparecido. Abrí mis palmas por encima de la corriente y dejé caer en ella los restos del fetiche. La lluvia de fragmentos desapareció en las ondas agitadas, hinchadas de oxígeno, que formaba el río en este lugar. Darpán se acercó a mí y me cubrió los hombros con una raída manta.

—Todo ha terminado. Me debe trescientas libras, oficial.

El inmutable pragmatismo del brahmán me hizo sonreír. En su calidad de sacerdote, no hubiera debido conceder ninguna importancia al dinero. Pero ése no era el caso, en absoluto.

—Swamy tiene en el bolsillo la cantidad convenida por sus servicios. Él le hará entrega de esta suma —le dije mientras recogía mis ropas y empezaba a vestirme.

Yo estaba extenuado, y sin duda no del todo lúcido, pero creí percibir cierta incomodidad en el Bon Po, como si aún tuviera algo que decirme pero no se decidiera a hablar. Pensé que no se atrevía a recordarme la otra parte del trato que habíamos cerrado.

—No he olvidado sus demandas sobre Keller, si es eso lo que le preocupa. No tema: le proporcionaré las informaciones que desea.

El rostro de Darpán, marcado con nuevas arrugas que se le habían formado durante la noche, revelaba una inmensa fatiga. E inquietud también.

—Sí, tenemos que hablar de esto cuanto antes... Pero antes debo confesarle algo. Algo grave.

Sentí que se me encogía el corazón. Por el tono que empleaba, supe que el brahmán no me iba dar ninguna noticia agradable. Mis hombros se encogieron, como

para encajar el golpe. Continuó:

—Esta noche hemos fracasado, teniente Tewp. El exorcismo no está completo...

Me zumbaban las sienes. ¿De qué quería hablar ahora? ¿No acababa de decirme que todo había terminado? ¿Que la enfermedad iba a desaparecer?

—El exorcismo no está completo porque no he sido capaz de devolver el maleficio directamente al lugar de donde procede. Esto significa que la Keller se había preparado para un eventual retorno de su carga contra ella. Y a su vez confirma que posee grandes conocimientos en este campo. Conocimientos demasiado elevados para que dejemos que haga uso de ellos libremente...

Garance de Réault me había hablado del impacto de retorno que mencionaba Darpán. «Mientras su obra no haya acabado, un hechicero está en peligro...», me había dicho la francesa.

Abandonamos la isla por el vado de piedras y volvimos a tierra firme sin decir palabra. Lentamente, el carbón de la noche se disolvía en cenizas grises. Ahora tenía que volver al hospital lo antes posible si no quería ser considerado como un evadido. Franqueamos la barrera de bambú por el sendero y desembocamos en el prado de hierba alta. Unas sombras enormes y silenciosas se movían en fila hacia donde estábamos. Nos apartamos para dejarlas pasar.

—Elefantes que los cornacas llevan al río para lavarlos a la luz del alba —susurró Darpán.

Sentadas a horcajadas detrás de las orejas de los enormes animales, unas finas siluetas adolescentes nos miraban mientras pasaban los animales. Era la primera vez en mi vida que veía a semejantes criaturas. Tendí la mano para rozarlas. Algo, un instinto, me empujaba a hacerlo. Quería apoderarme del extraordinario flujo de vida que las atravesaba. Una ola de calor, dulce, apaciguadora, me llenó a su contacto. Sentí que mi corazón reducía sus pulsaciones y, a este roce, mis angustias se diluyeron hasta desaparecer del todo.

—Estos animales son prisioneros y conservan muy poco de la auténtica fuerza que corre por el cuerpo de los animales libres. Imagine lo que podría sentir al acariciar a un elefante salvaje... —dijo Darpán, consciente de que este contacto, por furtivo que hubiera sido, habría actuado en mí como un bálsamo.

El convoy pasó dejando tras de sí un halo de cálida exudación, un gran soplo de vida que me fortificó tanto que no tuve que pedir ayuda a Darpán para atravesar el terreno baldío que aún nos separaba del camión. Madame de Réault, Swamy y Ananda nos esperaban allí, prudentes y con aire circunspecto, no sabiendo aún si debían entristecerse o sonreír. Los tranquilicé con unas palabras y luego conminé a Swamy a que nos llevara de nuevo a la ciudad lo más pronto posible. El caporal hizo bramar el motor mientras yo me instalaba en un banco de la plataforma.

—No sé si tendremos ocasión de volver a vernos en el curso de los próximos días —dijo Darpán—. De modo que quiero que haga esto: ponga por escrito todo lo que sabe de Keller. Mañana por la noche, Ananda irá a visitarle a su habitación y usted le

entregará sus notas. Creo que por ahora debe acabar con el juegucito de las salidas nocturnas clandestinas, al menos hasta que recupere oficialmente la libertad. Y además, necesita reposo. Volveremos a vernos en cuanto sea dueño de su tiempo.

—¿Por qué está tan interesado en obtener información sobre esta chica? ¿Acaso es porque quiere apropiarse de sus secretos?

—No, señor Tewp. No es para apropiarme de sus secretos. Esta occidental, creo, es una puerta hacia otra persona. Por eso tengo necesidad de conocerla mejor.

—¿Otra persona? Pero ¿quién?

—Un asesino de niños, señor Tewp. Sí. Un asesino de niños...

No me resultó sencillo volver a mi habitación del hospital militar. En primer lugar porque, a pesar del dominio que Swamy demostraba en materia de pilotaje, *Daisy* no era un vehículo con capacidades técnicas ilimitadas, y además y sobre todo, porque Nicol se había dado cuenta de mi evasión y estaba a punto de advertir a la policía militar.

—¡Tewp! ¡No vuelva a darme un susto como éste! ¿Se da cuenta de la situación en que me coloca? ¿Y qué significa este uniforme? ¿Se ha convertido en coronel, ahora? ¡Sáquese esto inmediatamente, desventurado!

Había tenido que sufrir estoicamente la tempestad de reproches que el viejo médico había hecho llover sobre mí, antes de llegar a convencerle de que me ayudara a ocultar mi escapada y a distraer al guardia apostado a la entrada de mi habitación. En contrapartida, prometí contarle cómo los brahmanes me habían purgado de mi mal. El buen hombre sentía una insaciable curiosidad por estos temas y al parecer nunca dejaba escapar una ocasión de informarse un poco más sobre un campo que le fascinaba.

—Es cierto, sus llagas ya no supuran y la fiebre le ha remitido mucho —me dijo después de exhortarme a que volviera a mi cama—. Confieso que me resulta casi extraño constatarlo... Pero dígame, ¿ha podido ver a su tótem?

—¿Mi tótem? ¿Qué es eso?

—Bien... Ya sabe... Es lo que explican todos los que viajan al país de los espíritus. Abandonan su cuerpo y viajan al astral, donde encuentran un guía personal que les ayuda a superar las pruebas. Un animal, a menudo. ¡Un tótem, vaya!

Sin duda debí de decepcionar mucho al capitán al admitir que nada de eso me había ocurrido. Ningún animal me había acogido en el mundo de los espíritus por la sencilla razón de que no recordaba en absoluto haber estado allí.

—Hum... Es porque la impresión ha sido demasiado grande. Su razón no podría soportar la revelación de todo lo que vio allí. Pero debería recordarlo en sueños...

Por más que repetí al capitán que tenía la certeza de no haber abandonado mi cuerpo para «viajar al astral», como decía, todo fue inútil. Como entusiasta lector de las obras del espiritista Allan Kardec, habituado a hacer girar las mesas, Nicol

acumulaba un montón de ideas preconcebidas, y se negó a soltar su presa, hasta el punto de que su insistencia se estaba haciendo fastidiosa. De modo que decidí intentar una maniobra de distracción:

—Capitán, ¿ha oído hablar de asesinatos de niños recientemente?

Por desgracia, la estratagema no funcionó. Aunque poseía una naturaleza altamente permeable a los chismes y era un infatigable recolector de rumores, Nicol no había oído hablar de ningún asunto de este género.

—¿Con qué me sale ahora, Tewp? ¿Asesinatos de niños? ¿Aquí? ¿En Calcuta? ¿En el barrio europeo? ¡Usted delira, amigo mío! Las muertes por homicidio entre los civiles son muy poco frecuentes, ¿sabe? Una cada cinco o seis años a lo sumo. Historias de maridos celosos o de mujeres engañadas, principalmente. A veces una riña de borrachos que degenera, pero nada más. Y entonces es Scotland Yard el que se encarga del asunto. Nosotros no. Pero muertes de niños... No. ¡Qué horror! ¿De dónde diablos ha sacado esta idea?

Fingí no haber oído la pregunta y preferí simular agotamiento, volviendo a tenderme y cerrando los ojos. Sin poder evitar refunfuñar por lo bajo, Nicol permaneció aún unos instantes junto a mí, y luego, tras comprender que no estaba dispuesto a continuar la conversación, abandonó la habitación un poco irritado. Me alegré de que se fuera, porque, aunque mi estado parecía mejorar, aún me sentía totalmente vacío de energías. Me invadió el sueño y me vi forzado a concederle unas horas antes de lanzarme a redactar la nota sobre Keller que Darpán me había pedido. Me hubiera gustado transmitirle todos los datos que el MI6 había recopilado sobre esta mujer, pero aventurarme a ir hasta el despacho de Gillespie para robar el expediente no parecía un objetivo razonable en mi situación. De momento, pues, el Bon Po tendría que contentarse con lo que podía proporcionarle. ¿Qué motivos le llevaban a perseguir a Keller? En el camión, durante el trayecto de regreso a la ciudad, él sacerdote no se había mostrado muy explícito al respecto.

—Desde hace algunas semanas corren rumores en Calcuta, teniente Tewp. Rumores que pretenden que una mujer blanca viene, de noche, a llevarse a los niños intocables que se resguardan para dormir bajo los montones de basura de la ciudad. Nadie vuelve a verlos. Nadie sabe qué ha sido de ellos. Tal vez no mueran. Tal vez sólo sean vendidos en la jungla o en las montañas, en el mercado de esclavos de alguna tribu perdida. O tal vez los encadenen en las bodegas de un carguero y los envíen a Europa o América. No lo sé... Pero si es Keller quien los captura, para ella misma u obedeciendo consignas de alguna otra persona, más valdría que estuvieran muertos; porque si esta mujer los utiliza para cometer actos de brujería, los someterá a ultrajes que les harán salir de la cadena de las reencarnaciones. Si los toca, estos niños abandonarán el ciclo del Samsara y su alma perecerá para siempre. Por miserable que sea, ninguna criatura merece algo así.

«Su alma perecerá para siempre...». Esta frase se me había quedado grabada en la mente. Madame de Réault también había oído las palabras del brahmán.

—Niños *dalits* que desaparecen... No sería la primera vez. Pero habitualmente nadie se preocupa por eso. Ni siquiera los Bon Po. ¿Por qué está tan interesado en este asunto, Darpán?

El brahmán no había querido responder a la francesa; sólo se había limitado a esbozar una sonrisa enigmática. Una sonrisa en la que podían leerse un sinfín de hipotéticas razones, pero que sin duda no quería revelar nada sobre los auténticos misterios que se ocultaban tras ella. Yo me había pasado el día recopilando mis recuerdos sobre Keller y tratando de formar con ellos un todo coherente. Las nuevas revelaciones de Darpán no hacían sino añadir confusión a un cuadro ya de por sí oscuro. En primer lugar, teníamos a una mujer muy joven cuya pretendida cobertura de periodista ocultaba manifiestas actividades de espionaje. Por sí sola, esta simple constatación hubiera bastado para expulsarla del subcontinente, si no para enviarla a prisión. Pero esta primera capa de barniz ocultaba una paleta de talentos de otro tipo. Y ya no se trataba de espionaje, sino de actividades radicalmente diferentes, de talentos abyectos, malsanos y absolutamente sobrenaturales...

Ahora Surey vigilaba a Keller. Debía volver a verle, mantener una conversación con él, para convencerle de que yo no estaba tan loco como pensaba. Pero ¿dónde estaba? ¿Y cómo podría ponerme en contacto con él mientras aún seguía prisionero en este hospital? Esta ridícula situación no podía prolongarse. Era preciso que recuperara, a cualquier precio, mi libertad en el plazo más breve posible. Traté de arrancar alguna información sobre mi suerte a los soldados apostados en la puerta, pero fue en vano. Como nadie parecía capaz de darme una respuesta, me enfurecí y exigí una entrevista inmediata con el oficial que había venido a interrogarme el primer día de mi encarcelamiento. Al final, mi petición, expresada a gritos, surtió efecto, y el pobre tipo, arrancado seguramente de forma intempestiva de alguna tarea administrativa, corrió a presentarse en mi habitación. Sí, mi expediente se trataba con la celeridad y la competencia requeridas; no, no me habían olvidado, y sí, finalmente, era cierto que mi salida dependía de la firma del coronel Hardens, mi superior, que por desgracia se encontraba de viaje aún por unos días. Sin embargo, no tenía ninguna razón para inquietarme: la investigación se inclinaba, de todos modos, en mi favor, ya que el asistente Edmonds tenía una reputación ganada a pulso de jugador y bebedor y era conocido por sus crisis de violencia y por su carácter fácilmente irritable. Todo aquello estaba muy bien, pero no influía en que el tiempo pasara más deprisa.

Pasó otra noche, y otra, y otra más, y sólo el capitán Nicol me mantenía informado de lo que pasaba en el exterior.

—Aproveche el tiempo que le queda de pudrirse aquí para recuperarse por completo. Sus llagas ya no sangran y se están secando, pero esta historia le ha hecho perder peso. Y ya no andaba sobrado de carnes, Tewp. De modo que piense en ganar un poco de corpulencia. Aún es joven. Su cuerpo sólo pide eso. Y además, las mujeres prefieren a los deportistas más que a los flacuchos de su estilo, sabe...

Este comentario había hecho que me encogiera de hombros. Las mujeres... Nunca me habían interesado realmente. Yo era sensible a la belleza de algunas de ellas, desde luego, sensible a su encanto; pero hasta ahí se limitaba mi interés. Nunca había sentido realmente necesidad de compañía. Ni siquiera había pensado nunca en casarme, ni como una necesidad, ni tampoco como un deber o un placer. No podía imaginarme de ningún modo teniendo a una compañera a mi lado. Lo hubiera calificado de indecente.

—Me importa un pimiento gustar o no a las mujeres, capitán —repliqué con cierto malhumor.

—¡Vaya! ¿Y para qué vivir, entonces?

¿Para qué vivir? Nunca se me había pasado esta pregunta por la cabeza. La vida sencillamente estaba ahí. No era ni un regalo ni una maldición. Había que tomarla como venía y no perder el tiempo tratando de penetrar el misterio. Esa era toda mi sabiduría.

—Mala pregunta esa que me plantea, doctor... ¿Para qué vivir? No lo sé. Creo que no hay ninguna respuesta.

—Pues yo pienso que es, al contrario, una de las mejores preguntas que puedan imaginarse. Las únicas preguntas que valen la pena son las que no tienen respuesta, ¿no le parece?

—Metafísica de barra de bar, capitán. Nuestra conversación no va más allá de eso.

Nicol había sonreído.

—Tal vez mis palabras sean las de un hombre un poco senil, se lo concedo, pero en todo caso veo que su tensión se recupera a toda marcha...

Por descontado, también Swamy me visitaba de forma regular. Yo le había pedido que tratara de encontrar a Surey.

—¿El tipo al que arrojamos a la lavandería? ¿Era realmente uno de sus colegas, mi teniente?

—De Delhi, sí. Ahora es él quien se ocupa de vigilar a Keller. Me toma por un simplón, pero me dio la sensación de que recababa mi ayuda. No sé dónde podrá ponerse en contacto con él.

—Si aún va tras esa mala mujer, debe rondar por el Harnett. Lo encontraré, mi teniente.

A pesar de todos sus esfuerzos, las investigaciones de Swamy no dieron fruto. Durante tres días trató de localizarle, pero nadie parecía haber visto al hombre de Delhi. Lo único que sabíamos con seguridad era que Keller seguía en su habitación de hotel. Aparentemente, haber encontrado a su serpiente hecha trizas por una salva de balas en su cuarto de baño no la había impresionado en exceso. Una rareza más que añadir a su cuenta. Finalmente, cuatro días después de que Darpán me hubiera llevado al río, el coronel Hardens volvió de Delhi. Una de las primeras tareas a las que se consagró fue la de firmar el levantamiento de mi arresto. Los Red Caps



dejaron de echar raíces ante mi puerta y Nicol me sometió a un último examen médico antes de autorizarme a abandonar el hospital.

—Su piel se ha convertido casi en la de un bebé, Tewp, ha tenido suerte. Cuando vi lo que le ocurría, no le daba ni quince días. Es un milagro.

—Gracias a usted, capitán. Sólo gracias a usted. Fue usted quien me puso en contacto con las personas adecuadas. Si no fuera por su espíritu abierto, creo que a estas alturas ya estaría muerto y enterrado. Le debo mucho. Nunca lo olvidaré.

Sensible como una venerable anciana, Nicol aplastó una lágrima que le asomaba en el raballo del ojo.

—Vuelva de vez en cuando, Tewp. Si le apetece, claro está...

Prometí que volvería a menudo. El viejo solitario había sido el primer rostro británico que se había mostrado realmente simpático conmigo desde mi llegada a las Indias. Y era realmente él, con ese aire de estar un poco en Babia, quien me había salvado la vida. No tenía intención de mostrarme ingrato. En admisión recuperé los efectos personales que había tenido que dejar a mi entrada en prisión. Ya vestido normalmente, con cinturón, corbata y cordones en los zapatos, recuperé parte de mi orgullo perdido. También me devolvieron mi arma de servicio, el pesado Webley de seis tiros con el que había estado a punto de matar a Edmonds.

—El coronel Hardens le espera en su despacho —me habían avisado mientras firmaba los últimos documentos administrativos que me convertían de nuevo en un hombre libre.

Caminando a plena luz por primera vez desde hacía diez días, me dirigí a los Grandes Apartamentos. En los jardines percibí que el tiempo había refrescado sutilmente, señal inequívoca de que acabábamos de franquear el vado que separa el verano del otoño. El reencuentro con Hardens fue breve, casi frío. Ese día el coronel no estaba de humor para cortesías.

—Hay cosas particularmente desagradables connaturales al cargo que desempeño, teniente. Una de ellas es tener que hacer de policía entre dos de mi subordinados. Me he enterado de lo que le ha ocurrido durante mi ausencia. He leído los informes y he visto a Edmonds, que admite que cometió un error. Le conozco un poco. No es un mal tipo, pero es cierto que bebe demasiado. Los cargos que pesan contra usted le han sido levantados. No tengo tiempo para permitirme un proceso en corte marcial por usted, Tewp. De modo que, si se aviene a ello, haremos borrón y cuenta nueva y nos olvidaremos de este lamentable incidente. Evidentemente, no trabajará más con Edmonds, Mog y Gillespie. ¿Le parece bien?

Sí, me parecía bien. Como es natural, no se lo confesé a Hardens, pero nunca me habían gustado aquellos individuos. Y sabía que el sentimiento era mutuo.

—Como desee, mi coronel. ¿Puedo preguntar en qué consistirán mis nuevas funciones?

Hardens carraspeó.

—Estoy pensando en algo especial para usted, una misión puntual que a mi

entender encaja con sus capacidades. Pero no será hasta la semana próxima. Volveré a hablarle de esto. Hasta entonces... Me han dicho que ha estado enfermo. Hospital y tratamiento de caballo, ¿eh? Para acabar de recuperarse, le concedo un permiso de tres o cuatro días. Y no haga tonterías, porque luego volverá a tener un empleo del tiempo bien cargado. ¡Vamos, Tewp, vuelva a su cuchitril y háganos el favor de no volver a meterse en líos!

Con evidente satisfacción de que el triste incidente que me había enfrentado a Edmonds acabara de este modo, volví a mis reales sin hacer más comentarios. Puse un poco de orden en mis asuntos y luego decidí ir a la ciudad para visitar a madame de Réault. La encontré en casa de sus amigos, creo que feliz por verme restablecido. Fuimos a caminar por un parque, no muy lejos de su domicilio. Yo no me atrevía a confesárselo, pero me devoraba la curiosidad por lo que me había ocurrido. Tenía mil preguntas que hacerle sobre sus conocimientos de las prácticas de hechicería, sobre el modo como había conocido a Darpán y sobre la identidad precisa de esos monjes Bon Po, poseedores de unos saberes por los que parecía sentir una admiración infinita. Por fin, después de algunos minutos de conversación banal, me atreví a mencionar estos temas.

—Quiere saber qué le ha ocurrido, Tewp... Es normal. Pero no se enfade si le prevengo de que en el fondo sé tan poco como usted. De hecho, lo único que me diferencia de la mayoría de los occidentales es que no concedo ningún crédito a la fe cristiana y no la tomo más que por lo que es: una manipulación de gran envergadura que ha tenido éxito. Eso es todo.

—¿No cree en la realidad de Jesucristo?

—Ni por un segundo. Si Cristo es un personaje tan hermoso de cuento de hadas, es porque no es más que una construcción de cabalistas. Mucha gente le hablaría mejor que yo sobre esto, gente que le desmontaría los mecanismos de esta invención. Pero esta falsedad de partida de la religión cristiana no es razón para creer que no se haya producido, en el curso de los siglos, una especie de condensación de esperanzas, sueños y sufrimientos generados por esta creencia. Crea una mentira con suficiente fuerza durante años, Tewp, y se convertirá en una realidad con tanta fuerza y efectividad como cualquier verdad original. Ésta es una de las bases de la magia.

—¿La autopersuasión?

—Llámelo como quiera. Sí, la autopersuasión. Tal vez. Todo lo que subyace es un poco más que la simple suma de los elementos de que está compuesto. Los hombres. Los animales. Las plantas... las rocas también. E incluso el aire, los metales, el fuego y el agua. Todo esto vive. Todo esto sueña y actúa. En octavas diferentes. Pero en el fondo obedece a lo que los hindúes llaman *dharma*: las leyes intangibles del universo. No hablo de leyes físicas, sino de leyes de equilibrio, de evolución, de muerte y renacimiento. Los hindúes no parcelan el mundo. Sólo los monoteístas lo hacen.

—Pero... ¿y la brujería de Keller? ¿De dónde sacó este saber?

—Nadie aparte de ella podría decirlo, teniente Tewp, nadie. Pero lo que es seguro

es que ha comprendido bien las leyes del *dharma*. Ha tenido buenos maestros. Y por eso Darpán la teme tanto.

De este modo habíamos llegado al punto que más me interesaba.

—Usted ya oyó sus palabras sobre los secuestros de niños. ¿Qué sabe de esta historia?

—No he vuelto a ver a Darpán desde la mañana en que le devolvimos del río. No he podido hablar con él. Pero, evidentemente, todo eso despertó mi curiosidad. Me paseé por los barrios bajos. Pregunté. Por respuesta sólo obtuve rumores, como corren a cientos por las esquinas de cualquier ciudad. ¿Qué puedo decirle? No lo sé...

Dejé a madame de Réault con el corazón un poco encogido, con la sensación frustrante de no haber avanzado ni una pulgada. La única forma de avanzar ahora era, sin duda, dar un puntapié en el hormiguero. Pero ¿tenía derecho a actuar de este modo? ¿Y por qué debería hacerlo? ¿Porque me lo habían ordenado? No. ¿Porque se lo debía a alguien? Tampoco... Entonces, ¿por qué? Porque todo esto me intrigaba. Porque me devoraba la curiosidad. Ése era el motivo. Desde hacía demasiado tiempo veía cómo se acumulaban ante mí las piezas de un rompecabezas incomprensible: una espía, una pareja de dacios, un oficial de Delhi, un hechizo, una aventurera francesa, dos sacerdotes exorcistas, un secreto de Estado, un rey que llegaba a las Indias, niños que desaparecían en los bajos fondos... Todo esto era demasiado inconexo para que significara algo preciso. Y sin embargo... Mi mente sentía que existía un vínculo, un elemento común que ligaba todas estas piezas. El Harnett no estaba lejos del domicilio de Réault. Fui hasta allí pensando que aunque Swamy no hubiera podido descubrir a Surey, éste me encontraría rápidamente si yo asomaba la nariz por las inmediaciones del hotel. Rondé durante un rato frente el establecimiento, aunque sin atreverme a entrar en él. No quería correr el riesgo de tropezarme con Keller. Mi voluntad estaba preparada para ello, pero una parte de mi ser se revelaba ante la idea de esta confrontación. Triste y confuso, volví al cuartel a la caída de la noche sin que Surey hubiera aparecido.

No puedo decir con certeza cómo se formó la idea. Probablemente fue durante mi sueño, ese tiempo favorable a los atajos mentales, a las contradicciones fecundas, a las paradojas productivas. Sea como fuere, el caso es que esa mañana me desperté con la percepción perfectamente clara de lo que tenía que hacer. Me arreglé en unos minutos y me lancé en busca de Habid Swamy. El regimiento al que pertenecía el caporal no era el más glorioso del ejército de las Indias. Al ser un simple cuerpo de ingenieros, los soldados que lo componían no estaban destinados a combatir en primera línea de fuego. Los hombres eran reclutados, no por sus cualidades guerreras, sino más bien por su habilidad en el manejo de martillos, hachas y destornilladores, y las tareas que les confiaban se reducían con frecuencia a simples trabajos de carpintería. Al cabo de numerosas idas y venidas de un edificio a otro, acabé por

encontrar a Swamy un poco antes del mediodía, mientras vigilaba las operaciones de corte en el aserradero. El ruido de la hoja propulsada por una vieja máquina de vapor era ensordecedor, pero mucho menos difícil de soportar que las nubes de fino polvo de madera que hacía surgir por todos lados. Con el torso desnudo y un pañuelo anudado en torno a la nariz, en cuanto me vio Swamy me indicó con un gesto que saliera. Por la mueca un poco incómoda con que le obsequié, el caporal comprendió enseguida que una nueva excentricidad había germinado en mi mente, y aunque no supiera exactamente qué podía esperar, creo que aquello le divirtió, porque me sonrió mostrándome sus cascados dientes.

—¿Tiene tiempo para acompañarme a un lugar de la ciudad, caporal? —le pregunté.

—¡Cuando quiera y adonde quiera, mi teniente!

Tras recoger su polvorienta chaqueta del aserradero, Swamy volvió hacia mí blandiendo las llaves de *Daisy*, y luego montamos en el camión, que se encontraba aparcado no muy lejos, y nos dirigimos a la ciudad.

—¿Adonde vamos, mi teniente?

—Thomson Mansion —respondí—. El 284 de Durham Lane.

Concentrado en la conducción, mi chófer no hizo ningún comentario. Aunque sus ojos apenas asomaban por encima del volante, el caporal condujo a *Daisy* a una velocidad alarmante por las calles de Calcuta, atestadas a esta hora del día. Cuando el paso estaba obstruido por un amasijo demasiado compacto de peatones y carretas, hacía gemir el embrague y giraba a toda velocidad hacia alguna callejuela transversal sin preocuparse por los baches, las manchas de purines y los puestos de los vendedores ambulantes, cuyo contenido aplastaba sin escrúpulos. Swamy tardó sólo diez minutos en alcanzar el barrio de la residencia Thomson, cuando un conductor corriente hubiera necesitado tal vez una hora o tal vez más para completar el mismo trayecto. Aparcamos no muy lejos de la entrada principal del edificio, una casa larga de aspecto cuidado.

—¿Y ahora, mi teniente? ¿Qué le interesa de este lugar, si me permite la pregunta?

Durante un momento permanecí en silencio, y luego le pregunté a mi vez:

—¿Conoce esta casa?

El caporal sacudió negativamente la cabeza.

—Por lo que me han dicho, acoge temporalmente a un grupo de niños hindúes. Niños especialmente dotados. Aquí se evalúa su potencial antes de enviarlos a Europa, donde efectuarán estudios avanzados. En Berlín, para ser más precisos. Una pareja de mecenas sufraga todos los gastos. Los rumanos Dalibor y Laüme Galjero. ¿Ha oído hablar de ellos?

Swamy se obstinó en su mutismo, pero volvió a sacudir negativamente la cabeza para indicar que no conocía a estos personajes.

—Al parecer, una nueva promoción está en curso de selección. Me gustaría ver

todo esto de más cerca. ¿Viene conmigo, Swamy?

Pero el caporal se arrellanó en su asiento y con una mueca me dio a entender que prefería quedarse en el camión. No insistí y me dirigí solo hacia la entrada de la institución. No tenía ningún plan preciso en la cabeza. De hecho no tenía ninguna autoridad para realizar ninguna clase de investigación en este lugar. Mi mente, sin embargo, había enlazado las palabras de Darpán sobre los supuestos secuestros de niños, la visita efectuada por Keller a los Galjero y la especie de internado que los rumanos mantenían en Calcuta: una guirnalda de hechos que encajaban demasiado bien unos en otros para que yo no me interesara más de cerca por ellos. Contando, pues, únicamente con mi uniforme para suplir la falta de mandato oficial, decidí alegar una investigación de rutina para tratar de visitar el lugar y de saber más sobre Thomson Mansion. La puerta principal estaba cerrada. Tiré de la empuñadura de la campanilla, que colgaba al alcance de la mano. Me abrió una quincuagenaria occidental vestida con una casulla azul. Tenía un rostro plano, enmarcado por una especie de velo del que sobresalían en desorden algunos cabellos grises, y llevaba los pies desnudos, calzados sólo con unas viejas sandalias de cuero desgastado de las que sobresalían unas uñas largas, sucias y amarillentas. Por su aspecto, parecía una hermana de una orden secular. Me presenté. El uniforme cumplió su función, ya que, con gran sorpresa por mi parte, no recibí ningún negativa, ninguna respuesta evasiva a mis preguntas. Sí, Thomson Mansion estaba financiada íntegramente por el matrimonio Galjero. Sí, en efecto, se trataba de una obra de caridad destinada a ayudar a familias hindúes con escasos medios a enviar a sus hijos a buenas escuelas en Europa; y sí también, podía visitar todos los edificios tanto como me placiera. La mujer hablaba inglés con un fuerte acento germánico. Le pregunté por su origen mientras me conducía por una avenida limpia y bien cuidada hacia el edificio principal, una vasta construcción de cuatro pisos recién enlucida.

—Soy de Ginebra —explicó—. Allí me reclutaron el señor y la señora Galjero, como a casi todo el personal europeo de esta casa. Todos vinimos en una primera ocasión en 1933 para preparar la primera promoción, y actualmente acabamos de seleccionar a la segunda. En cuanto tengamos reunido a nuestro contingente, podremos partir de nuevo...

Me sorprendió el término que había empleado.

—¡Contingente! —dije—. Suena un poco militar, ¿no? ¿Con qué criterios seleccionan a estos niños?

—Con criterios de inteligencia, probidad y vitalidad. Pero no tenemos en cuenta las castas de las que han surgido. Ni su sexo. Debe saber, señor oficial, que aquí tratamos de formar a la élite de la India del mañana. Esta India que por fin se habrá desembarazado de las supersticiones y las tradiciones que la encadenan y le impiden todavía ser un gran país moderno que rechace a los ídolos y se abra al progreso de la ciencia. ¡Con estos niños educados en el culto de la igualdad de todos los hombres frente a la ley divina, no dudamos de que la batalla pronto estará ganada!

—¡Sor Marietta está en lo cierto! La India es aún una tierra de misión, señor oficial. Una tierra de misión para la fe. ¡Pero también una tierra de misión para la razón!

Una voz de hombre había pronunciado estas últimas palabras detrás de mí. Sor Marietta dejó de hablar y se volvió, igual que yo. Sin que le hubiéramos oído deslizarse a nuestra espalda, un individuo de rostro alargado y lampiño nos observaba con benevolencia, con las manos castamente cruzadas ante sí.

—Mi nombre es Peter Talbot —dijo el hombre—. El responsable de Thomson Mansion tanto ante nuestros generosos mecenas como ante las autoridades de este país. ¿En qué puedo serle útil, oficial?

Sor Marietta me ahorró el trabajo de repetir mis explicaciones. En unas frases expuso a Talbot mis inventadas excusas para justificar mi presencia en la mansión. La debilidad evidente de la argumentación no pareció turbar al director, que puntuaba cada uno de los finales de frase de su subordinada con pequeños cacareos extáticos que no sabía si me recordaban a los de un pavo en su corral o a los de un débil de espíritu babeando en su celda. En todo caso, Talbot, que era también ciudadano suizo alemán, se apresuró a acceder sin reservas a todas mis demandas. Incluso hubiera jurado que la visita, largo tiempo esperada, de un oficial británico le llenaba de satisfacción.

—Es realmente deplorable tener que decirlo, oficial, sí, realmente deplorable, pero su gobierno no parece preocuparse como debiera por los niños de sus colonias. ¿Por qué debemos volvernos hacia los particulares cuando queremos hacer el bien en torno a nosotros? ¿No debería ser el Estado el que se ocupara de ello? ¿Qué piensa usted de eso?

Yo no pensaba nada. O mejor dicho, pensaba que este hombre tenía razón, evidentemente; pero no había venido a hablar de política. Se lo di a entender en los términos más diplomáticos que pude encontrar y luego pedí ver a los niños. Talbot me condujo al segundo piso de la gran casa recién enlucida y me mostró a una veintena, inclinados sobre sus pupitres de escolar. Un hombre, un hindú enturbantado, les daba clase escribiendo listas de vocabulario alemán en una pizarra. Tras efectuar una rápida barrida de la habitación con la mirada, calculé que la edad de los chiquillos debía de oscilar entre los siete y los quince años. Había más o menos tantos niños como niñas, y todos llevaban el estricto uniforme que había visto en la fotografía de la promoción precedente que Blair me había mostrado en los archivos. La actitud de los niños era de una seriedad y una atención impresionantes. Ni uno solo había levantado los ojos hacia nosotros cuando Talbot y yo habíamos entrado en su aula.

—Nuestra enseñanza se dirige esencialmente al aprendizaje de la lengua alemana. También tratamos de que estos niños pierdan las malas costumbres adquiridas del paganismo. Pero es una tarea, por desgracia, muy complicada, ya que el hinduismo es una amalgama de tradiciones que no descansan en ningún dogma fijo y que, por lo

tanto, pueden integrar cualquier discurso rival...

El suizo siguió hablando de teología, pero yo ya no le escuchaba, sino que trataba de dilucidar un medio de plantearle, sin que no le resultara chocante, la única pregunta que me importaba. Después de algunas vacilaciones, por fin me decidí a interrumpirle:

—¿Para cuándo está previsto el regreso de los niños de la primera promoción?

—Esto depende de los casos. Los primeros estarán de vuelta dentro de unos meses. Otros proseguirán su formación durante un año suplementario. Tal vez más. Todo está en función de sus resultados y de las ambiciones que manifiesten por sí mismos.

—Supongo, claro, que sabe cómo ponerse en contacto con cada uno de ellos.

Talbot no pareció entender adonde quería ir a parar. El brillo de incompreensión en su mirada me impulsó a precisar con crudeza mi pensamiento.

—Señor Talbot, desearía que me entregara la lista de estos niños y las direcciones de los establecimientos donde residen.

Aunque el suizo hizo algunos remilgos antes de dejarse convencer, apenas unos minutos después de haber presentado mi solicitud, me encontraba en posesión de una larga lista dactilografiada que contenía unas cuarenta identidades de niños bengalíes y precisaba la dirección y la profesión de sus padres, así como el nombre de los centros educativos que les acogían en Alemania. Doblé cuidadosamente el papel y me lo metí en el bolsillo mientras el director me acompañaba a la salida.

—Una última cosa, si me lo permite...

—Desde luego, oficial.

—¿Cuáles son exactamente los criterios que rigen la selección de estos niños?

—Las condiciones han sido fijadas por el señor y la señora Galjero en persona, y debo decir que son bastante simples. En primer lugar, los niños deben proceder de medios modestos; incluso damos la preferencia a los huérfanos o a los pequeños que han sido recogidos por familiares lejanos después de la muerte de sus padres. Además es preciso que presenten destacables aptitudes intelectuales naturales. Poco importa que ya estén educados o no. Ante todo buscamos predisposición... Buscamos niños especialmente dotados. ¡Superdotados incluso! Esto es perentorio porque los preparamos para que se conviertan en los faros de la India del mañana. Finalmente, deben gozar de buena salud, porque no somos un dispensario. Hay otros establecimientos para esto, ¿comprende?

Le saludé con una inclinación de cabeza y me despedí cortes-mente para ir a reunirme con Swamy, que caminaba arriba y abajo por la acera fumando un horrible tabaco negro con el que se divertía escupiendo volutas de humo de una geometría muy discutible. El caporal aplastó su cigarrillo con el talón en cuanto me vio y volvió a ocupar su puesto al volante de *Daisy* sin despegar los labios. En el trayecto de vuelta, respetando la jerarquía, no me preguntó nada, aunque se retorció en su asiento y lanzaba profundos suspiros dándome a entender que tenía, de hecho, muchas cosas

que decir. Finalmente, mientras estábamos parados en un cruce para dejar pasar un convoy de carretas de mano, la tentación lo venció, y acabó por soltar con aire contrito:

—No sé si es una buena idea, mi teniente. ¡De hecho, creo que no estoy de acuerdo!

—Pero ¿de qué está hablando, Swamy?

—Este lugar... Thomson Mansion... Me ha dicho que es una especie de escuela para niños inteligentes, ¿no?

—Sí.

—Quiere inscribir aquí a Khamurjee porque ha visto que puede hacer varias cosas al mismo tiempo y piensa que mi mujer y yo somos demasiado ignorantes para educarlo convenientemente, ¿no es así?

Swamy estaba tan contrariado por las elucubraciones que su mente había desarrollado, que su rostro redondo se había convertido en una especie de bola de papel arrugado. Probablemente me hubiera echado a reír si el hecho de verle tan trastornado no me hubiera apenado a mí también.

—¡Pero si no se trata de eso, Swamy! Nunca he pensado en cogerles al niño. Ni a Khamurjee ni a ninguno de sus protegidos, ¡por Dios!

Y mientras el caporal, una vez recuperada la calma, pisaba el acelerador, me puse a explicarle las verdaderas razones de mi visita a Durham Lane.

—Es una especie de presentimiento, ¿sabe? Un presentimiento que no puedo apoyar, de momento, con ninguna clase de pruebas; pero no me gusta esta historia de rumanos que seleccionan a chiquillos aquí para enviarlos lejos de sus familias.

—Ahora que tiene la lista de estos niños, será fácil verificar si realmente se encuentran en el lugar donde se supone que están.

Swamy era optimista. Pero la verificación no fue tan sencilla. De hecho, pronto se reveló como una tarea imposible. De vuelta en el cuartel, intenté hacer unas llamadas a Alemania, a los números que me había proporcionado Talbot; pero por desgracia, las comunicaciones internacionales no eran demasiado buenas, y no era raro que la línea se cortara al cabo de unos segundos de establecer la conexión. Por otra parte, estas dificultades técnicas no hacen sino reforzar la barrera natural del idioma. Como no hablaba alemán, apenas conseguía hacer comprender mis intenciones a unos interlocutores a menudo poco cordiales y tan poco versados como yo en la práctica de las lenguas extranjeras. Mis tentativas telefónicas se saldaron, pues, con un fracaso.

—Sería mejor que buscara a los padres —opinó Swamy mientras yo volvía a colgar, irritado, el teléfono—. La mayoría reside en Calcuta. ¡Vamos a verles ahora!

La primera familia de la lista Talbot era también la que vivía más cerca del cuartel. La elegimos de común acuerdo para nuestro test de prueba; pero cuando nos presentamos en la dirección indicada, sólo encontramos un montón de planchas



calcinadas en un jardín que se había convertido en un terreno baldío.

—¿Dónde está la gente que vivía aquí? —preguntó Swamy a una vecina desdentada que desgranaba verduras en el umbral de su casa.

—¡Casa quemada, la gente se ha ido! —respondió la anciana sin levantar los ojos de su labor.

Entonces probamos suerte en otro barrio, situado cerca del río y de los talleres de los curtidores. Sobre el distrito flotaba un hedor espantoso. El aire putrefacto nos saturaba los bronquios y nos hacía subir la bilis a la boca de un modo horrible. Después de veinte minutos de penosa deambulación por las pestilentes callejuelas, nos dirigieron a un pobre diablo cubierto de andrajos que removía un puré de cortezas abrasivas en una gran marmita de aluminio.

—¿Eres tú quien tiene un hijo llamado Goropal, que se han llevado unos extranjeros? —preguntó Swamy en hindi—. ¿Has recibido noticias tuyas?

—Sí, soy yo. Pero ¿por qué iba a recibir noticias tuyas? ¡Si les he vendido a este chico es precisamente para no oír hablar más de él! ¡No sé qué hará ahora ni me importa en absoluto!

Swamy tradujo mientras me dirigía al mismo tiempo una mirada de asco. Incluso tuve la sensación de que me presentaba excusas mudas para atenuar la dureza de las palabras de su compatriota.

—¿Este hombre dice que ha vendido a su hijo a los Galjero? Es eso, ¿no?

—Sí, mi teniente. Por lo que explica, recibió una buena cantidad de dinero; pero ya se lo ha gastado todo y no tiene ningún otro hijo tan inteligente como el primero. Volvió a llamar a la puerta de Thomson Mansion, pero no quisieron saber nada de los otros niños. ¡Demasiado tontos, le dijeron!

Chasqueados e irritados, sin haber conseguido, tampoco aquí, obtener las informaciones que buscábamos, abandonamos el barrio de los curtidores. La tercera dirección correspondía a una herboristería situada en una plazoleta tranquila y limpia a la que daban sombra unos grandes árboles de troncos enormes. Ya era tarde y el día tocaba a su fin cuando entramos en la tienda, donde, sobre unos entramados de bambú, se secaban, bien ordenados, grandes ramos de flores extrañas de colores vivos, que saturaban el aire con sus pesados vapores. Una mujer hindú, esbelta y hermosa, se encontraba en el interior del comercio. Debía de tener unos cuarenta años, y transmitía un aire tranquilo y dulce que por sí solo parecía ya una medicina para los dolores del alma. Sin embargo, una pátina de languidez cubría su rostro. De languidez o más bien de melancolía. Con Swamy pegado a mis talones, me acerqué a ella sin atreverme a hablar. No hubiera sabido decir por qué, pero su presencia me intimidaba. Un punto rojo sangre marcaba su piel entre los ojos. Durante un instante, ese punto polarizó toda la energía de mi mirada. Swamy, que no parecía sentirse tan turbado como yo a la vista de esta silueta, le comunicó en hindi las razones de nuestra venida. Mientras el caporal le hablaba, vi claramente cómo se marcaban arrugas más profundas en las mejillas y la frente de la herborista. En el espacio de un minuto fue

como si de repente hubieran transcurrido veinte años para ella.

—¿Por qué no han venido hasta ahora? —preguntó en inglés cuando el pequeño suboficial hubo acabado su preámbulo.

La pregunta nos conmocionó. Swamy y yo intercambiamos una mirada perpleja, y luego me acerqué a la mujer, que había empezado a temblar ligeramente. Animado de pronto por un profundo sentimiento de compasión, cogí sus manos en las mías. Estaban tan frías y rígidas como las ramas de un árbol muerto por el invierno.

—Uno de sus hijos ha sido llevado al extranjero, ¿no es verdad? —pregunté—. Y desde entonces no ha tenido noticias de él. Ha advertido a las autoridades, pero nadie ha prestado atención a sus quejas. ¿Es eso?

No hacía falta que la mujer respondiera; en sus ojos podía ver claramente que había acertado con el motivo de esa desesperación en la que se debatía, sola, desde hacía tantos años. Sin embargo, nos relató su historia. Nos explicó cómo, muy pronto, había comprendido que su hijo manifestaba unos talentos que pocos niños igualaban. Cómo su curiosidad por todo le había llevado a aprender a leer solo, adivinando, sin que nadie se lo enseñara, el sentido y el valor de las letras, a calcular rápido y bien todas las operaciones sin necesidad de utilizar el ábaco y a retener de memoria pasajes enteros de obras de difícil comprensión después de sólo una o dos lecturas. Y luego también cómo ella misma, viuda y sin otros bienes aparte de esta tiendecita, había desesperado de poder ofrecer a su único hijo la educación que merecía, en un colegio donde pudiera por fin recibir de maestros instruidos toda la ciencia de que estaba sedienta su alma.

—Un día oí hablar de una gente que buscaba a niños inteligentes para ofrecerles una buena educación en Europa. En un país del que yo nunca había oído hablar. Aquello me dio un poco de miedo, pero de todos modos fui a verles y les presenté a mi hijo. Lo examinaron y le hicieron un sinfín de preguntas, a las que él respondió cada vez correctamente. Esta gente me dijo que aceptaba acoger a mi hijo y que para él era una oportunidad inesperada de aprovecharse de los beneficios de una enseñanza en Europa. Me felicitaron por haberle llevado hasta ellos y luego me dieron un poco de dinero a modo de compensación por haber sido una buena madre. Yo confiaba en esas personas. Estaba orgullosa de mi hijo y, sobre todo, contenta por él. Entonces le besé y le pedí que me escribiera a menudo, porque yo sé leer igual que él sabe escribir. Se fue con los otros, hace ya tres años. Y desde ese día no he vuelto a tener noticias de él.

Como un dique súbitamente abierto por el peso de una oleada de desesperación demasiado tiempo contenida, la viuda rompió a llorar. Sin embargo, quiso seguir hablando.

—En muchas ocasiones llamé a la verja de su casa de Durham Lane, pero nunca abrió nadie. Entonces me pasé noches enteras esperando ante la casa, sin ver ninguna luz en las ventanas. Desesperada, sin saber qué hacer, fui a ver a los hombres del puesto de policía cerca de mi casa. Les expliqué lo que me había ocurrido e incluso

insistí para que un agente inglés me escuchara. Todo fue inútil. Nadie pudo ayudarme. Ahora sueño todas las noches que mi pequeño está desnudo y solo, que le han hecho daño y vaga temblando como un ciego en un país de tinieblas...

Escuchar a esta mujer contar su historia y sus terrores fue una prueba penosa. Swamy y yo salimos de la tiendecita trastornados, con el corazón oprimido por un terrible sentimiento de impotencia e injusticia.

—Creo que acaba de destapar algo importante, mi teniente... Deberíamos informar a las autoridades civiles de esta desaparición. ¿Quiere que le conduzca a las oficinas del Yard?

Una vez más, la voz de la prudencia se expresaba por boca de Swamy. Y una vez más, yo no la escuché.

—Mantengamos la cabeza fría. De momento sólo tenemos una sospecha por mi parte y el testimonio de esta mujer. Es demasiado endeble para presentarlo ante un funcionario de policía y forzarle a abrir una investigación contra una institución sustentada por gente poderosa. ¡Necesitamos más! Alguna cosa más tangible que las quejas de algunas familias de los barrios bajos. ¡Necesitamos pruebas!

¡Pruebas! Pero ¿cuáles? ¿Y cómo obtenerlas? Yo tenía mi idea al respecto, desde luego. Y Swamy la compartía hasta el punto de que no tuvimos necesidad de ponernos de acuerdo.

—Hay que hacerlo, mi teniente... —me dijo—. Es la única oportunidad que tenemos de penetrar en este lugar y descubrir lo que realmente se trama allí.

No quise discutir con el caporal. Tenía razón, y yo lo sabía. Volvimos a mi habitación y él llamó a Khamurjee. El chiquillo, como cuando le habíamos pedido que entrara en la habitación de Keller en el Harnett acurrucado en una maleta, y pese a lo penoso de la experiencia para él, se mostró una vez más contento de ayudar e impaciente por actuar.

—Si estás de acuerdo, Kahm, mañana te llevaré a Thomson Mansion, donde te harán unas pruebas para valorar tu inteligencia. No dudo de que las superarás sin grandes esfuerzos, a juzgar por lo que he podido constatar sobre tus capacidades. Te quedarás allá interno durante unos días, y luego vendremos a recogerte esgrimiendo un pretexto cualquiera. Deberás informarnos de todo lo que hayas visto en este establecimiento. Pero no corras riesgos y no trates de introducirte en ningún sitio adonde no te hayan autorizado a ir. Sólo queremos saber en qué consiste la enseñanza que se dispensa a los niños allí. Habla también con tus camaradas y gánate su confianza. Tal vez sepan cosas que tú no tendrás tiempo de conocer si no es de su boca.

Khamurjee nos aseguró que había comprendido lo que esperábamos de él. Prometió que no cometería ninguna imprudencia y luego fue a acostarse mordisqueando un mango. Al día siguiente, volví a buscarle para conducirlo a Durham Lane. Conseguir que le admitieran en Thomson Mansion me pareció de una simplicidad desconcertante. Tuve una breve entrevista con Peter Talbot en la que

expliqué que el azar del servicio me había llevado a conocer a un pequeño prodigio indígena, y que creía que poseía unos talentos que merecían algo mejor que un destino de vagabundo en los vertederos de la ciudad. El director me aseguró que tomaba a mi protegido bajo su responsabilidad directa y que le admitiría gustosamente en la nueva promoción Galjero en cuanto hubiera superado con éxito los tests requeridos. Con el corazón encogido, dejé pues a mi espía Khamurjee al cuidado de Talbot y de sor Marietta, diciéndome, acaso a modo de consuelo, que el niño corría, al fin y al cabo, menos riesgos en el recinto protegido de Thomson Mansion que en los barrios de mala fama de Calcuta.

Apenas era un cuadrado de papel blanco. Una hoja que habían deslizado bajo mi puerta mientras dormía. En ella, alguien había garrapateado una dirección y una hora para darme una cita. Ninguna otra indicación. Ningún nombre. Ni el menor indicio que me permitiera identificar al remitente. ¿Era una trampa? ¿Era una broma? ¿O era realmente importante? Estuve dándole vueltas a la cabeza durante todo el día, barajando la validez de las tres hipótesis. Pero llegó el momento en que tuve que decidirme. Saqué de uno de mis cajones una caja de cartuchos y cargué metódicamente el tambor del Webley, que había dejado vacío desde que me lo habían devuelto. Lastrado con las balas, el revólver pesaba aún más en mi cadera, pero su presencia, aunque no quisiera confesármelo, me tranquilizaba. Cerré la puerta de mi habitación, llamé a un taxi y volví a la ciudad.

La dirección era la de una casita de tantas, en una travesía de Moore Avenue. No había ningún nombre inscrito bajo el timbre. Hice girar, sin encontrar resistencia, el picaporte de la verja de entrada y entré en un pequeño jardín mal cuidado que se extendía ante un edificio de un piso con los postigos desencajados, sostenidos apenas sobre sus goznes en un equilibrio precario. En un lateral vi estacionados dos coches protegidos por lonas alquitranadas. Caía la noche, y el conjunto estaba bañado en una incierta luz violeta. Aunque en el exterior de la casa aún había cierta claridad, el interior de las habitaciones ya debía de estar sumergido en la oscuridad. Sin embargo, ninguna luz se filtraba de este pabellón desconocido. Llamé. No me respondieron. Di unos pasos. Por prudencia, solté el cierre de la funda de mi revólver y me acerqué con cautela a los dos vehículos tratando de evitar que mis suelas crujieran sobre la grava. A mi derecha se produjo un movimiento repentino entre los árboles que me sobresaltó y me hizo desenfundar el arma. Era sólo un mono que, espantado por mi llegada, había huido al oírme, saltando de rama en rama para refugiarse en las alturas.

Con el corazón palpitante, impresionado por el denso silencio que envolvía la casa, subí el tramo de escalones de la entrada. La puerta estaba entreabierta. Chirrió cuando la empujé. Ante mí partía un pasillo oscuro. No se veía a dos palmos de distancia. Tenté en busca de un interruptor, pero el botón que encontré no funcionaba. No llevaba nada encima para iluminarme, ni linterna ni cerillas... Volví a llamar. Fue

en vano. Resignado a tener que explorar solo este local desierto, seguí avanzando. En el ambiente flotaba un olor a cerrado, un olor a humedad y podredumbre. De todos modos esto no me alarmó especialmente, porque ya había comprendido que el clima de las Indias corroe en pocos días una casa deshabitada y puede conferir un aspecto de ruina a cualquier edificio si se descuida el mantenimiento, aunque sólo sea durante un corto lapso de tiempo. Entré en la primera habitación situada a mi derecha. Era una pequeña cocina equipada con un horno, una leñera, armarios empotrados y un gran fregadero. Registré el cuarto hasta que encontré una caja de cerillas y una vela. Equipado con esta luz, proseguí mi exploración. Había alimentos frescos en la alacena. Café, legumbres en conserva, chocolate, botellas de cerveza. Sin duda comida de occidental. La habitación adyacente era un salón. Habían tirado una manta sobre un viejo canapé de cuero, y en unas perchas que habían colgado descuidadamente de los respaldos de las sillas se secaban algunas piezas de ropa interior masculina. Les eché una rápida ojeada. Eran de dos tallas diferentes, pero no llevaban ninguna etiqueta. Ni monograma en el bolsillo del pecho de las camisas ni nombre del sastre... Nada que permitiera identificar a quién pertenecían o cuál era su origen. En el piso sólo había una habitación sin ornamentos y un minúsculo cuarto de baño. Dos brochas de afeitar, dos navajas, pero un solo frasco de agua de colonia... Y también vendas en un cubo de basura. Y un bastón apoyado contra la pared. Yo ya había visto aquel objeto, en la mano hinchada de un hombre con sombrero panamá que cojeaba por mi culpa. ¡Surey! ¡Este lugar era el refugio que había elegido para vigilar a Keller en Calcuta! Ahora todo se explicaba. El otro hombre que vivía aquí debía de ser su ayudante. Pero ¿dónde estaban los dos? ¿Y por qué habían optado por proponerme una cita deslizando una cartulina bajo mi puerta? De momento no tenía respuesta para ninguna de ambas preguntas. Ya más tranquilo después de saber quién ocupaba esta casa, salí y me senté en los escalones, con la vela al lado. Lancé un resoplido. De pronto, mi nariz captó un olor irritante que no había notado al llegar. Un olor a carbón, a quemado. Mi mirada se deslizó hasta los coches. Y tuve un presentimiento. Con el corazón palpitante, sujeté la vela, bajé los escalones, levanté bruscamente la lona que cubría el primer vehículo y abrí la puerta trasera. El olor era atroz ahora. A la luz de la vela, vi un bulto negruzco acurrucado sobre el asiento. Un bulto negruzco que había sido un ser humano.

Hardens estaba ahí. Había vuelto conmigo y nuestros primeros equipos, que registraban la casa. Mientras mordisqueaba su cigarro apagado, el coronel parecía resentido contra mí.

—Le había dicho que no se metiera en más líos durante un tiempo, Tewp. ¿Tan complicado era?

—Lo lamento, mi coronel. Pero no fui yo quien fue a buscar el papel que Surey deslizó bajo mi puerta.

—Sé que es la décima vez que se lo pregunto: ¿no tiene la menor idea de lo que quería?

Yo no estaba muy dispuesto a franquearme del todo con Hardens. Aunque personalmente no tuviera ninguna razón para desconfiar de él, sabía que, según Surey, el personal del MI6 de Calcuta estaba tramando algo. Desde luego, yo no compartía esta opinión, pero de todos modos, mis escapadas nocturnas fuera de la prisión y el carácter bastante poco protocolario que había revestido mi encuentro con el agente de Delhi eran motivos suficientes para que prefiriera mantenerme evasivo.

—Ni idea, mi coronel. Surey vino a verme a la prisión. Había asumido el relevo en la vigilancia de Keller y consideraba que mi informe era poco claro. Quería precisiones, es todo.

—¿Y desde entonces no había vuelto a verle?

—No, mi coronel —afirmé con energía, contento de no tener que seguir mintiendo.

—Es extraño...

Ahí estábamos los dos, calentándonos la espalda en el horno que habíamos encendido en la cocina. La casa tenía luz de nuevo. Uno de los tipos del equipo de registro se había fijado en unos hilos arrancados en la caja de distribución eléctrica y había sabido cómo volver a conectarlos. Habíamos encontrado un segundo cuerpo en el otro coche, en el mismo estado que el primero. Debía de tratarse del asistente de Surey. A primera vista, nos había sido imposible discernir quién era quién y, por otra parte, tampoco revestía mucha importancia. Sólo esperaba que estos dos desventurados hubieran muerto antes de ser quemados. Pero por la posición en que habían sido descubiertos los cuerpos, incluso eso parecía poco probable.

—En su opinión, Tewp, ¿quién les ha matado?

—La primera respuesta que me viene a la mente es... Ostara Keller. Evidentemente. Pero mientras no tengamos pruebas, no podemos hacer nada contra ella.

—Aunque siempre podemos arrestarla para interrogarla —resopló Hardens.

—Un procedimiento legal. No obstante, en clave política podría crearnos grandes problemas. No olvide que su garante de moralidad es el cónsul Von Salzmán en persona. Si acosamos a su protegida, seguro que se armará un buen revuelo. Usted decidirá...

El rostro de Hardens se ensombreció. Vi cómo cerraba los puños en el vacío. Creo que en este instante se moría de ganas de apretar sus anchas palmas en torno al bonito cuello de la pretendida periodista de *Der Angriff*. Mientras cinco o seis hombres de nuestro equipo acababan de registrar el edificio, quise despejarme la mente preparando café. Luego, mientras permanecíamos allí en silencio mojando los labios en el humeante brebaje, un sargento vino a vernos. Había encontrado algo.

—Estaba enterrado bajo una capa de hojas, detrás de la casa. Está vacío, apenas con signos de óxido. Calculo que no hará más de tres días que estaba allí...

El objeto del que hablaba era un bidón de hojalata con inscripciones en alemán e ideogramas que daban una idea de las propiedades del líquido que había contenido.

—Revelador fotográfico. Inflamable... —dijo Hardens.

—Vi bidones de este tipo en la habitación de Keller, cuando registré su equipaje...

Nos miramos, incrédulos.

—¿Cree que ha utilizado esto para quemar los cadáveres? —aventuró el coronel. Yo estaba perplejo.

—Es muy probable. Aunque un bidón como éste probablemente no contendría suficiente combustible para reducir a dos hombres adultos al estado de carbón.

—Tal vez haya dejado otros en algún lugar del jardín... Siga registrando, sargento. En cualquier caso, ha hecho un buen trabajo.

Hinchado como un pavo, el sargento se retiró para seguir inspeccionando el jardín. Hardens hundió su mirada en la mía e hizo resonar el metal vacío golpeándolo con el índice.

—Von Salzmann puede decir lo que le plazca. ¡Ya tenemos nuestra prueba!

Todo se decidió en unos minutos. Keller debía ser arrestada. Aunque cometiésemos un error, había llegado el momento de mantener una conversación seria con esa chica. Los dos hombres encargados de vigilarla acababan de ser encontrados carbonizados. Era imposible que no estuviera involucrada de un modo u otro en esta sucia historia. Hardens me llevó con él y volvimos rápidamente a los Grandes Apartamentos, donde en menos de una hora montamos la operación de neutralización de *miss Ostara Keller*. Mientras yo verificaba la efectividad jurídica de los cargos que pesaban contra ella, Hardens convocó al equipo del capitán Norrington, una banda de macizos Red Caps de aspecto patibulario habituados a la acción. Hardens hizo rápidamente las presentaciones.

—El teniente Tewp conoce a la joven que tiene que arrestar. Irá con usted.

Norrington me echó una ojeada sin disimular su desdén por mi aspecto enclenque. De hecho, comparado con sus siete pies de altura y sus doscientas cincuenta libras de carne rosada de niño de los Costwolds, yo debía de parecer un chiquillo de ocho años; y los otros miembros del equipo, aun cuando tenían una apariencia menos impresionante que su capitán, eran unos temibles colosos.

—Todos juegan a rugby. ¡Ninguno a *cricket*! —dijo Norrington—. Éste es Grant, Dickinson, Gilly, Armstrong, Delawncy, Wart, Queer, Liman y Colson: mis perros de caza.

Hardens me encomendó que hiciera una corta presentación de Keller. Tracé un retrato físico de la joven tan preciso como pude para que los miembros del equipo tuvieran su imagen en mente, e insistí sobre todo en las cualidades profesionales que suponía que debía poseer.

—Por lo que sabemos de ella, esta joven pertenece al SD Ausland, los servicios especiales nacionalsocialistas que dirige Reinhard Heydrich. Se trata de gente bien

entrenada, que da prueba de un temible espíritu de adaptación y sin escrúpulos si hay que hacer uso de las armas. Cuando registré su habitación, sólo encontré una lente Mánnlicher. Ningún arma de fuego completa. Ningún arma blanca tampoco. Esto no significa que no lleve una encima o que no haya adquirido una desde entonces. No creemos que tenga cómplices directos en el hotel. Sin embargo, es una eventualidad que no podemos descartar. En cuanto la atrapemos, tendremos que sacarla lo más rápido posible del Harnett, sin darle tiempo a debatirse o a pedir socorro. Si por desgracia se topan frente a frente con ella, no permitan que les muerda, les arañe o les arranque los cabellos...

Los hombres de Norrington, que se habían mantenido serios como tumbas, estallaron en carcajadas al oír este último comentario. Me mordí la lengua, furioso por haber pronunciado esta advertencia de la que nadie de los aquí presentes podía comprender el sentido.

—No tema, Tewp. Tampoco dejaremos que esa Kraut nos saque la lengua —dijo el capitán esbozando una gran sonrisa, y a continuación dio unas palmadas para imponer calma a los suyos.

—Creo que deberíamos equiparnos con una jeringa y una dosis de soporífero... Sería más prudente —insistí.

—El soporífero lo tengo aquí —me cortó Norrington señalando su puño cerrado—. Si la damita se debate, se despertará con un buen dolor de cabeza. ¡Y eso es todo! ¿Ha terminado su *briefing*, teniente?

—Emm, sí... He terminado.

—Entonces, ¡nos vamos! Dentro de cuarenta y cinco minutos habremos sacado a la chica de la cama, la habremos esposado y conducido al cuartel, mi coronel...

Después de los saludos reglamentarios, Norrington me cogió del hombro y me hizo bajar con sus hombres las escaleras de los Grandes Apartamentos a paso de carga. Fuera nos esperaban un camión y un coche de mando.

—Tewp, usted viene conmigo. Los otros al Bedford, y nos seguís.

Norrington estaba en su salsa. Me pregunté con qué podía entretener sus jornadas este monstruo de energía cuando no tenía alguna acción espectacular que dirigir.

El chófer giró la llave de contacto y pisó a fondo el acelerador. Abandonamos el recinto del cuartel a toda velocidad, dejando a los guardias el tiempo justo para levantar las barreras antes de nuestro paso.

—No piensa dirigir esta operación de una forma discreta, ¿verdad, capitán? —dije a Norrington, mientras éste verificaba el mecanismo de encaje del cargador de su Sten.

Sólo obtuve un gruñido por respuesta. Al parecer, a Norrington no le preocupaban mi opinión o mis juicios. Mi compañía no le agradaba especialmente. Me había llevado sólo porque le habían ordenado hacerlo. Eché una ojeada a mi reloj. Aún faltaba un poco para la medianoche. Aquello me sorprendió. Las horas que había pasado en la casa donde había encontrado al desventurado Surey me habían parecido



interminables.

—¿Realmente piensa presentarse en el Harnett con su comando armado hasta los dientes, capitán Norrington?

—Ha desperdiciado cinco preciosos minutos de nuestro tiempo poniéndonos en guardia, ¿no es así, teniente? Pues bien, puede estar contento: nos tomamos sus advertencias en serio. No voy a machacarme las meninges para atrapar a ese mal bicho con delicadeza. Entramos, subimos, reventamos la puerta y nos la llevamos. ¡En cinco minutos estará arreglado!

Debo reconocer que Norrington tenía la virtud de hacer fáciles los problemas complejos. Era el tipo de hombre que obtiene inmediatamente la adhesión de las almas simples. Un hombre que no menospreciaba la sutileza, pero al que sus costumbres, educación y carácter le llevaban a elegir preferentemente la acción violenta. No cabía duda de que estaba en su lugar en el seno del ejército. Indiqué al chófer la travesía donde había pasado tantas horas en el Chevrolet sobrecalentado, y aparcamos mientras el Bedford se esforzaba en colocar su masa detrás de nuestro coche. Norrington quiso saltar del vehículo, pero yo le retuve por la manga.

—¡Espere! Sé cuáles son las ventanas de su habitación. Déjeme echar antes una ojeada. Quiero verificar si hay luz en su cuarto.

Sin darle tiempo a responder, abrí la portezuela y recorrí a grandes zancadas las decenas de yardas que me separaban de la calle transversal a la que daban las ventanas de la habitación 511. Una débil luz amarilla teñía los vidrios.

—Una lámpara brilla en la habitación —anuncié a Norrington—. Debe de estar ahí.

—¡Bien! ¡Vamos allá!

El capitán lanzó un silbido seco en dirección al camión y su equipo de asalto brincó del Bedford. Nueve hombres en uniforme de campaña, con armas ligeras en la mano. La operación no era un modelo de discreción.

—Gilly, Delawney, apostaos en la entrada, cerca del tipo con los galones que hace reverencias a los ricachos. Los otros, seguidme.

A paso de carrera franqueamos la corta distancia que separaba la travesía de la entrada principal del hotel. Mientras los dos hombres designados por el capitán se plantaban fuera, cerca del estupefacto portero, nosotros empujamos el pesado batiente de la puerta giratoria y entramos. Pasaban quince minutos de la medianoche, y en la sala de baile de la planta baja el sonido de la gran orquesta de viento saturaba la atmósfera cerrada, forzándonos a aullar para entendernos entre nosotros.

—Armstrong, Dickinson, Grant, llamad a los ascensores y bloqueadlos a este nivel —bramó Norrington—. Cuando las tres cabinas hayan llegado, los otros subirán con Tewp y conmigo hasta el quinto por la escalera. ¡Bajaremos con la chica por el mismo camino!

Transpirando de inquietud, con los ojos dilatados por la sorpresa, un conserje vestido de negro se acercó a nosotros.

—Pero señores, se lo ruego..., ¿qué significa todo esto?

Contagiado de la energía que desprendía nuestra tropa y no queriendo desmerecer a su lado, me hice cargo del asunto.

—Operación de seguridad interior, señor. No se preocupe por nada, disponemos de todas las autorizaciones legales y dentro de cinco minutos como máximo habremos desaparecido. Todo irá perfectamente...

Sin duda más impresionado por el aspecto imponente de los hombres de Norrington que tranquilizado por mi breve discurso, el ujier se batió en retirada detrás del mostrador de la recepción sin atreverse a decir nada más. Una sirvienta que entraba por una puerta lateral chilló al ver las armas en las manos de los soldados y dejó caer la bandeja de plata que llevaba, desencadenando un estrepitoso ruido de platillos. Irritado, Norrington levantó los ojos al cielo.

—¿Y esos ascensores, llegan o no? —gritó para disimular su nerviosismo.

Dos de las tres cabinas habían bajado y estaban bloqueadas. La tercera se hacía esperar. Por fin llegó y se abrió ante dos parejas en traje de noche. Para acelerar la acción, los militares les tiraron de la manga. Los desventurados protestaron. Hubo gritos. Oí un ruido de costuras desgarradas y un hombre joven en esmoquin cayó proyectado al suelo a resultas de un potente puñetazo en pleno rostro. El ambiente en el vestíbulo empezaba a enrarecerse. Alertados por el escándalo, algunos clientes que se divertían en la sala de baile llegaron corriendo y me di cuenta de que el conserje empuñaba su teléfono, sin duda para informar a la dirección de los acontecimientos.

—No podemos perder más tiempo, capitán Norrington. ¡Subamos antes de que todo el hotel se amotine!

Norrington hizo una señal a los hombres designados para seguirnos. Subimos los escalones de cuatro en cuatro hasta el piso de la habitación 511. Cuando llegué al rellano, un poco jadeante y con el corazón acelerado, propuse partir en reconocimiento, pero el belicoso capitán que dirigía el asalto quería atenerse a su táctica simple.

—No me venga con cuentos, Tewp. ¡Reventamos la puerta y adelante! ¡Queer, Colson! Hacedme saltar la cerradura de la 511.

Los dos Red Caps más corpulentos dieron un paso adelante, se colocaron en posición, y a una señal de Norrington, se lanzaron a una con todo su peso contra el panel de la puerta de la *suite* de Keller. Golpeadas doblemente por doscientas libras de músculo y huesos, las fibras de madera se quebraron como una espiga de madera de balsa entre los dedos de un niño. Basculando hacia el interior de la habitación donde dormía la austríaca, Queer y Colson cayeron pesadamente al suelo, mientras Norrington, saltando sobre sus cuerpos entrelazados, entraba en el cuarto, donde ya no brillaba ninguna luz. Quise adelantarme yo también, pero uno de los hombres que permanecían en retaguardia en posición de refuerzo me retuvo.

—¡El capitán ha dicho que debía permanecer atrás, mi teniente!

Empezaba a debatirme para liberarme de la mano de hierro que me mantenía

inmovilizado, cuando un grito estalló en la habitación 511. Un grito de sorpresa y angustia lanzado por una voz masculina. Hubo una corta ráfaga de pistola ametralladora, seguida de inmediato por dos disparos secos procedentes de otra arma de fuego. Repentinamente tembloroso, el soldado Liman me soltó y se agachó, apuntando al ángulo de la puerta derribada. Saqué mi Webley y avancé despacio, con la espalda pegada a la pared exterior de la habitación. Wart, el último hombre de Norrington, se había tendido en el pasillo, con la culata de su Sten bien encajada contra el hombro. Ya no llegaba ningún ruido de la 511. Di un paso más. Luego otro. Ahora la entrada de la *suite* estaba a sólo tres pies de mí. Con el dorso de la manga, me enjuagué el sudor que me caía en los ojos. Quise llamar al capitán, pero se me hizo un nudo en la garganta y no conseguí articular palabra. Por otra parte, ¿para qué iba a hacerlo? Yo ya sabía lo que había ocurrido.

Inspiré profundamente y salté por encima de los restos de la puerta reventada. Entré en el antro, donde sabía —o mejor dicho, sentía— que Ostara Keller acechaba como un carnicero a la espera de abatir al próximo animal. ¡Y ese animal era yo! El vestíbulo estaba a oscuras, apenas iluminado por las luces del pasillo. Sin embargo, pude desplazarme sin dificultad porque había memorizado perfectamente la disposición del lugar. ¿Dónde podía ocultarse Keller? ¿Detrás de las cortinas? ¿Al abrigo de un mueble? Busqué un interruptor, pero mi mano sólo acarició una pared lisa. Blandiendo mi arma como un sacerdote hubiera agitado su crucifijo ante sí para exorcizar a los demonios, seguí avanzando. Un paso. Luego otro. Aguzaba el oído para percibir una respiración, un estertor o un suspiro... Pero ningún sonido ascendía de ningún pecho humano en la habitación. Oí movimiento fuera. Unas voces en el pasillo perturbaban mi concentración. Alertados por los ruidos, clientes y miembros del personal del hotel habían debido de acercarse para ver qué ocurría. Y no estaba seguro de que los soldados pudieran contenerlos. En unos pocos segundos, un minuto a lo sumo, la gente se apretujaría ante la puerta de la habitación 511. Había llegado el momento de olvidar toda prudencia, ahora se imponía actuar deprisa. Di otro paso adelante, y entonces mis ojos se detuvieron en una masa tendida en el suelo. Un cuerpo de hombre caído detrás de un canapé. Reconocí la nuca corta y fruncida de Norrington. Un charco de sangre brillaba bajo él. Era demasiado tarde para socorrerle...

Mientras pasaba a lo largo del cadáver, mi visión periférica percibió un ligero movimiento en la tela de una cortina apenas una fracción de segundo antes de que Keller apartara los pliegues y surgiera súbitamente ante mí para acuchillarme. Tuve el reflejo de inclinarme hacia atrás y eso me salvó la vida, porque la chica acababa de lanzarme una precisa estocada apuntando a la base del esternón. Apenas desequilibrado, conseguí levantar mi Webley a la altura de su rostro y, en un acto reflejo de supervivencia, apreté frenéticamente el gatillo. En ese momento, la boca del cañón del revólver se encontraba a sólo unas pulgadas de la frente de Keller. Nada podía salvarla ya. El mecanismo de varillas y resortes entró en acción. El gatillo

basculó mientras el tambor cargado iniciaba una rotación de un sexto para colocar un cartucho ante la punta del percutor, y luego el martillo se abatió para golpear el casquillo de cobre. Vi claramente los rasgos regulares de Ostara Keller ante mí, iluminados por un rayo de luz que caía de no sé dónde, y ya imaginaba el horrible desgarrón que iba a reventarle la cara.

¡Pero no ocurrió nada aparte de un chasquido metálico! El cebo, defectuoso, no había funcionado. Mientras el ruido mate resonaba siniestramente en la habitación, una sonrisa malévola estiró durante un breve segundo los labios de la agente del SD, que pasó inmediatamente al ataque proyectando su pie contra mi tibia, justo por debajo de la rodilla. El dolor me provocó un aullido. Caí pesadamente, soltando incluso mi revólver. Entre maldiciones, traté de incorporarme mientras Keller se abalanzaba sobre mí como una arpía y me aplastaba contra el suelo, hundiéndome las costillas con sus rodillas. Una de sus manos me sujetó por la garganta en una presa de hierro, mientras la otra levantaba el cuchillo por encima de mi pecho para atravesarme el corazón. Al verla sentada a horcajadas sobre mí, con los ojos desbordantes de un odio frío, supe que no me daría ya ninguna oportunidad de vencerla. La fina bata que llevaba puesta se había abierto ampliamente durante la lucha y me permitía ver sus hermosos senos desnudos, tensos y lustrosos por la fiebre del combate. Instintivamente giré la cabeza de lado para no llevarme conmigo esta última visión a las sombras de la muerte; pero de pronto percibí una silueta a mi derecha. Liman, sosteniendo su Sten por el cañón, lanzó contra la sien de mi atacante un violento golpe en arco de círculo que la levantó violentamente y la proyectó contra el suelo. A pesar de la extrema violencia del impacto, la austríaca se levantó antes de que yo hubiera encontrado fuerzas para hacerlo. En absoluto aturdida, sino bien al contrario, en plena posesión de sus facultades, Keller lanzó su daga con una precisión mortal alcanzando en plena carótida al desventurado soldado, que murió antes incluso de que su cuerpo se derrumbara cuan largo era aplastando con estrépito una consola de teca y el jarro lleno de flores blancas que la adornaba. Luego todo sucedió muy deprisa. Keller no se entretuvo en acabar conmigo, sino que prefirió salir corriendo al pasillo para escapar. Era una opción insensata. Yo sabía que uno de los miembros del equipo de Norrington aún seguía tendido allí, con su pistola ametralladora apuntada hacia la entrada de la 511. Tan fuerte como pude, le grité a modo de aviso:

—¡Wart! ¡Ahora sale! ¡Va a salir! ¡Abra fuego!

No vi nada de lo que realmente ocurrió luego, porque aún estaba tratando de recuperar la posición vertical, como único hombre vivo entre los cuatro cadáveres del pelotón de Norrington. Se oyeron gritos y luego, no una ráfaga de arma automática, sino una explosión comparable a la de una granada, seguida inmediatamente por un terrible estertor de sufrimiento. Reconocí la voz de Wart. Tras conseguir recuperar mi revólver en la leonera de la habitación, desemboqué a mi vez en el pasillo, donde un puñado de civiles se agolpaban contra las paredes, con los brazos sobre la cabeza y los ojos bajos, mientras el último Red Cap, con el rostro ensangrentado, cubriéndose

los ojos con las manos, gemía y se retorció en el suelo. En el otro extremo del tramo de pasillo, Keller ya alcanzaba el rellano para lanzarse hacia la gran escalera con los pliegues de su vaporoso vestido flotando tras ella como alas de cuervo. No podía perder unos segundos preciosos examinando al herido, alcanzado en pleno rostro por la explosión de su Sten; en ese momento, atrapar a la austríaca era lo más importante. Salí corriendo tras ella con el arma en la mano, inútil tal vez, pero pesada y tranquilizadora en mi palma. Volé escaleras abajo, conseguí situar a la fugitiva en mi línea de tiro y abrí fuego. El disparo partió esta vez, pero la bala fue a aplastarse en la pared bastante lejos por encima de Keller. De nuevo apreté el gatillo, preocupándome de controlar el temblor de mi brazo y de bloquear mi respiración mientras apuntaba a la chica en medio de la espalda. No estaba muy lejos por debajo de mi posición, como mucho a veinte pies, apenas la distancia que separa la cola de la cabeza de un autobús londinense, y sin embargo fallé. Y por mucho, ya que vi cómo el impacto del plomo hacía surgir un gran haz de yeso a seis pies largos por detrás y a la derecha de mi diana. Presa de la exasperación, renuncié a utilizar mi arma. Sea porque tuviera algún defecto, o porque una suerte sobrenatural protegiera inexplicablemente a Keller, era del todo evidente que el Webley se demostraba una pieza inútil para esta caza. Seguí, pues, bajando las escaleras, gritando no sé qué locas injurias en dirección a esta chica que, a pesar de ir calzada con chinelas de tacón, se movía con la rapidez y la agilidad de una gata.

Las detonaciones, los gritos, habían hecho subir a nuestro encuentro a dos de los policías militares que Norrington había asignado a la vigilancia de los ascensores. Vi cómo sus ojos se dilataban mientras sobre ellos se abalanzaba la figura fantasmal de una joven medio desnuda y en el hueco de la escalera resonaban mis exhortaciones a que no utilizaran sus armas para detener a la agente del SD. No obstante, de nada sirvieron mis advertencias. Dickinson apoyó la culata de su Sten en la cadera y se aprestó a lanzar una ráfaga, pero el cartucho explotó en la cámara de percusión, acribillando el vientre y la ingle del infortunado con fragmentos de hierro cortantes como metralla. Armstrong, por su parte, trató torpemente de tirar de la espiga de armado para hacer subir la primera bala al cargador de su cañón, pero la palanca, como si estuviera soldada al cuerpo del arma, permaneció obstinadamente clavada. Keller no tuvo ninguna dificultad en deshacerse del soldado precipitándole por la escalera con un golpe del hombro. Con un espantoso crujido de vértebras, el Red Cap cayó en mala posición y no volvió a levantarse.

Keller ya estaba llegando a la planta baja. Ya sólo quedaba yo para detenerla, así como un hombre que todavía permanecía en el vestíbulo de entrada y los dos apostados ante la puerta giratoria. A pesar de la frenética lucha que se había desencadenado en el hotel, la orquesta seguía tocando como si nada hubiera ocurrido. Los cobres, los timbales, los violines hacían estallar sus dulces flores sonoras, en un incongruente contrapunto al desastre que se desarrollaba en el establecimiento. Alertados por el ruido de la explosión en la escalera, los dos soldados que estaban de

guardia en la entrada llegaron como refuerzo. Tal vez Keller les viera, porque giró hacia su derecha para lanzarse al interior de la sala de baile como una nadadora a las olas de un mar agitado. Desarmada, no podía tomar un rehén para proteger su salida; pero en cambio, podíamos perderla fácilmente entre la movediza multitud que bailaba bajo tres enormes arañas de cristal. Delawney fue más rápido que yo y salió en persecución de la joven sin que tuviera tiempo de prohibirle que hiciera uso de su arma. Oí que gritaba, o más bien que ladraba, un magma de palabras incomprensibles pero que debían de ser una orden. Y en el momento en que entraba a mi vez en la vasta sala, lanzó una larga ráfaga de siete u ocho cartuchos que se perdieron en el techo. Algunos de los disparos rebotaron en los cristales de una araña cortando en finas astillas el vidrio de la luminaria, cuyos soportes cedieron al mismo tiempo bajo la presión conjugada de las ondas de choque. La enorme masa se aplastó contra el suelo con un ruido de bomba, aunque, milagrosamente, no aplastó a nadie. A partir de ese momento, un gigantesco pánico se adueñó de la escena. Las salidas fueron tomadas por asalto. Empujadas, golpeadas, sacudidas en todos los sentidos por los movimientos de la multitud, las personas más débiles, las menos reactivas, o sencillamente las menos afortunadas, fueron salvajemente pisoteadas. La orquesta, por descontado, había dejado de tocar, y los músicos, tan aterrorizados como los bailarines, utilizaban sus instrumentos como mazas para abrirse paso hacia las dos únicas puertas de salida.

¿Dónde estaba Keller en medio de esta desbandada? Imposible verla. Su bata negra con finos arabescos dorados era indistinguible entre los innumerables vestidos de noche, y los movimientos caóticos de la masa la protegían mejor que si hubiera vuelto a refugiarse en el vientre de su madre. Dejando que Delawney probara suerte y rezando interiormente para que no decidiera provocar una nueva catástrofe con su Sten, volví sobre mis pasos para tratar de filtrar las salidas laterales con la esperanza de atrapar allí a Keller si trataba de utilizarlas. Yo también tuve que utilizar los puños y los codos para abrirme paso por entre esa multitud aterrada por los disparos y la desintegración de la gran araña. Perdí un tiempo precioso, recibí golpes traicioneros en las costillas y la tibia, pero de todos modos conseguí, agitando mi Webley bajo las narices de aquel gentío enloquecido, impresionarles lo suficiente para conseguir por fin volver al vestíbulo de la entrada principal. Recuperando al paso al sargento Grant, lo arrastré conmigo al pasillo de gala que bordeaba el salón de baile.

—¡Hay dos puertas, vigile la primera y yo controlaré la segunda! —aullé al suboficial, al que el giro de los acontecimientos no parecía haber impresionado excesivamente y que aún tuvo la presencia de ánimo necesaria para preguntarme:

—Pero, por Dios, teniente, ¿qué aspecto tiene esta chica?

—Rubia, alta, peinador de seda negra con motivos dorados...

Era consciente de que la descripción no tenía ya ningún valor, pero era todo lo que me sentía capaz de decir en ese instante. Sólo un milagro hubiera hecho que Keller cometiera ahora la estupidez de pasar ante mí. Yo sabía que me había

reconocido. Me conocía desde hacía tiempo y estaba seguro de que no me habría olvidado después del siniestro crepúsculo en el río Hoogly. El milagro no se produjo. El torrente de fugados redujo poco a poco su caudal y acabó por secarse del todo sin que ninguna silueta parecida a la de la espía de Heydrich se dibujara ante mis ojos. El sargento de la policía militar me lanzó una mirada de decepción, a la que sólo pude responder encogiéndome penosamente de hombros. Con una seña, indiqué a mi nuevo acólito que deberíamos optar por registrar el salón de baile, ya que aún quedaba la remota posibilidad de que se hubiera ocultado en él. Suspirando —temía también encontrar allí el cadáver de Delawney—, volví al salón. A mi izquierda, la araña destrozada relucía como una pirámide de cristales de sal. A mi derecha, el estrado de la orquesta se había convertido en un acumulo de pupitres volcados, instrumentos abandonados, botellas rotas... Sentado con la espalda apoyada contra una de las patas del piano, un tipo gordo vestido con una chaqueta blanca se sostenía la cabeza apretando un pañuelo contra su sien; la sangre corría entre sus dedos. Un poco más lejos, un hombre flaco de cabellos rojizos ayudaba a una anciana a levantarse. La pobre mujer aullaba de dolor y parecía malherida. Aquí y allá, una decena de figuras se agitaban más o menos débilmente sobre el hermoso parque encerado, moviendo los brazos como nadadores perdidos en alta mar. El soldado Delawney se aprestaba a levantar los manteles con la punta de su Sten para verificar que no hubiera nadie escondido bajo las mesas. Tenía las mandíbulas crispadas y sus manos apretaban el arma con tanta fuerza que sus falanges estaban blancas. En el momento en que avanzaba hacia él, una corriente de aire fresco me golpeó de pronto en la cara. Ante mí, una alta ventana dejaba entrar el viento de la noche. Una silla, una mesa tal vez, había sido lanzada a través del vidrio para permitir una huida rápida por los jardines. En una de las puntas de vidrio que brillaban en los bordes del agujero se había quedado enganchado un jirón de ropa. Apenas era nada. Sólo una larga mecha de seda de color negro hermosamente veteada de hilos de oro...

## **SEGUNDO LIBRO DE DAVID TWEP**



## EL REY SIN CORONA

Por el diccionario inglés-alemán que el documentalista de primera clase Eric Arthur Blair había tenido la amabilidad de extraer para mí de uno de los polvorientos estantes de los archivos, supe que la palabra Feigheit significaba «cobardía» en la lengua de Goethe, de que el término Doppelzüngigkeit se traducía por «doblez» y de que el germánico Naivitat se correspondía con bastante exactitud con nuestro vocablo «credulidad». Feigheit; Doppelzüngigkeit; Naivitat. Cobardía; doblez; credulidad... Ostara Keller había garrapateado estas palabras en tres hojas encontradas en la 511. Antes de que la policía iniciara el registro en toda regla de sus habitaciones, yo apenas había tenido tiempo de volver a subir allí para recoger la gran libreta de dibujos y las cartas celestes anotadas. Realmente, había actuado sin reflexionar. Tal vez porque por instinto sentía que esos documentos eran demasiado importantes para que los dejaran dormir en unos archivadores. Por las descripciones de Garance de Réault, sabía que las hojas con anotaciones eran cartas astrales. En estas páginas había nombres, nombres británicos. Feigheit resumía toda la carta astral que Keller había levantado sobre el capitán Odet Willigut Gillespie. Doppelzüngigkeit era el juicio último e infamante que la austríaca había dictado sobre el coronel Virgil Thomas Hardens. En cuanto a Naivitat, figuraba en el encabezamiento de la carta celeste de cierto nativo de Brighton, el teniente David Norman Tewp. Es decir, yo mismo. ¡Y había otros muchos nombres, una gran cantidad de estudios astrológicos en el cajón de Keller! Creo que todo el organigrama del MI6 de las Indias había sido objeto de examen, y me preguntaba cómo había podido la joven procurarse los datos y los lugares de nacimiento de toda esa gente. ¿Por adivinación? Tal vez. Después de todo, todo lo relacionado con ella acababa por parecerme posible, e incluso lo improbable se convertía en una cuestión casi banal. Pero, aun así, encontraba más lógico pensar que había un topo entre nosotros. ¿Acaso no era normal, en el fondo? Todos los servicios de información del mundo sufren esta plaga. Al fin y al cabo nosotros mismos, los ingleses, ¿cuántos agentes dobles manteníamos en el seno del Deuxième Bureau francés, el OSS americano, el NKVD soviético o el Rikugun Johobu japonés? Pero esto carecía de importancia, porque ahora todos mis pensamientos se centraban en Keller. Quería encontrarla a toda costa, para abatirla como al ser dañino que era. Yo no tenía esa misión oficial. Sólo la carta blanca tácitamente concedida por Hardens después del asesinato de dos agentes y la eliminación de un destacamento de la policía militar por esta joven de veintitrés años, fina y ligera como una liana, pero torva y feroz como una loba.

Los hechos que habían ocurrido esa noche en el Harnett habían sido particularmente difíciles de explicar a las autoridades de la ciudad. Por más que la Firma gozara de cierto margen de maniobra cuando sabía actuar con discreción, la

noticia del giro trágico que había sufrido la carga que Hardens había ordenado contra la ciudadana austríaca Ostara Keller había corrido, como es lógico, rápidamente por toda la ciudad y había conmocionado a más de un alma sensible. Tras ser convocado al alba por el gobernador de la provincia, Hardens había tenido que explicarse y sufrir luego las iras del cónsul Von Salzman, quien se había puesto hecho una fiera cuando supo que la joven había sido acosada como una bestia salvaje en los pasillos de su hotel. El diplomático apenas se había inmutado cuando le habían comunicado que Keller no había dudado en matar a cuatro hombres en su huida, que existían fundadas sospechas de que era culpable del asesinato de dos agentes y que posiblemente planeaba, además, un atentado contra el rey.

—¡Esto no tiene ningún sentido! —había soltado el berlinés tras presentársele los cargos que pesaban contra la joven del SD—. ¡Su soberano Eduardo VIII es el mayor amigo que Alemania haya tenido nunca en el trono inglés! Bien al contrario, nuestra preocupación es que reine el mayor tiempo posible para fortalecer los lazos entre su pueblo y el nuestro. ¡Dos razas emparentadas! ¡Casi hermanas! De las que nuestro propio Führer ha dicho que no deben volver a combatirse jamás. ¡No lo olvide!

Hardens sólo me había relatado fragmentos de esta conversación, y yo había deducido de ellos que el resto de la entrevista no se había desarrollado precisamente a su gusto. El coronel había vuelto cabizbajo de la sede del gobernador, consciente de que en breve se transmitiría a Londres un informe sobre él firmado por el administrador civil de Bengala. Probablemente no pasaría mucho tiempo antes de que Hardens recibiera la comunicación de un traslado a un lugar poco halagador.

—Tewp, ayer por la noche me dejé llevar. Jamás hubiera debido confiar el arresto de esta diablesa a Norrington. Hubiera debido... no sé... En fin, el caso es que Keller se ha esfumado y no volverá a asomar su bonita nariz antes de golpear. Pero ¿a quién? ¿Dónde? ¿Y cuándo? ¡Seguimos sin tener ni la más remota idea de sus intenciones! ¿Ha descubierto algo interesante entre sus pertenencias?

Evidentemente. En primer lugar, las cartas astrales. Le hablé de ellas a Hardens vagamente, sin mencionar, de todos modos, los juicios lapidarios con que la austríaca había estampillado sus estudios; no para ahorrarle un disgusto al viejo oficial, que sin duda había tenido que soportar ya una retahíla de comentarios desagradables del gobernador, sino porque era consciente de su insensibilidad a esta extraña vertiente de la personalidad de Keller. Tenía razón: el coronel descartó la información con un gesto desdeñoso.

—¿Astrología? ¡Es ridículo! ¡Pamplinas de continentales! Ahórreme estas historias, ¿quiere?

—Sin embargo, coronel, no debemos olvidar que esta mujer se ha procurado una veintena de nombres y de fechas de nacimiento de oficiales del MI6 destinados a Delhi y Calcuta. ¡Y eso no está al alcance de cualquiera!

—Sí, tal vez. Pero le ruego que no empiece a ver topos por todas partes. No creo que existan entre nosotros. Bengala no es una posición suficientemente estratégica y

cualquier ordenanza indígena espabilado estaría encantado de conseguir algunas rupias vendiendo este tipo de información a quien se lo pidiera. ¿Algo más?

De un maletín que había traído conmigo, había sacado entonces y colocado sobre el escritorio de Hardens la daga que Keller había lanzado a la garganta del soldado Liman y que yo mismo había retirado de la tráquea del desventurado. Era un cuchillo de combate largo, notablemente equilibrado, de hoja afilada en ambos bordes y con un mango de madera negra de una forma característica.

—Daga reglamentaria SS —dijo Hardens examinando el objeto—. Magnífica arma. Forjada en tamaño reducido a partir del modelo de las espadas del ejército romano tal como aparecen esculpidas en la Columna Trajana...

—¿La Columna Trajana, mi coronel?

—Un pilar erigido para conmemorar las victorias imperiales sobre los dacios, el antiguo pueblo de la actual Rumania.

¿Los dacios? ¿En Rumania? Aquello me hizo pensar en la pareja que vivía en la inmensa villa de Shapur Street, Laüme y Dalibor Galjero... ¿No deberíamos escucharles, a ellos también, teniendo en cuenta que Keller les había visitado? Tal vez tuvieran una idea de dónde se ocultaba la joven ahora. Incluso cabía la posibilidad de que le dieran cobijo.

—¿Quiere interrogar a los Galjero? —preguntó Hardens, atragantándose casi, cuando le comuniqué mis intenciones—. ¡Sáqueselo inmediatamente de la cabeza, Tewp!

—Pero coronel, no veo por qué esta gente tiene que beneficiarse de un trato de favor. ¡Son extranjeros en nuestro territorio, y como tales se supone que deben colaborar en las investigaciones de las autoridades de la Corona!

Hardens se aclaró la garganta, abandonó un instante su asiento para sacar dos vasos y una botella de licor que guardaba en un armario, y después de volver hacia mí y de servirnos a los dos un poco de ese jarabe rojizo, adoptó un tono confidencial para pasar a otro tema.

—¿Recuerda que recientemente le mencioné una misión a la que quería destinarle? Una misión que le iría como un guante...

Esta introducción me daba mala espina. Me arrellané en mi sillón y me limité a emitir un gruñido a modo de respuesta.

—Pues bien... esta misión... Dese cuenta de que esto es confidencial, Tewp. Esta misión está en relación con la llegada de nuestro soberano a las Indias...

—¿Tengo que abandonar Calcuta para seguirle, mi coronel?

—¡No! Al contrario. Se quedará en la ciudad.

—Pero, según tengo entendido, Bengala no tiene el honor de ser una escala en la visita real.

—No se trata del rey, Tewp. Se trata de la que tal vez elija como esposa. La señora Wallis Simpson.

—¿La americana?

—Por desgracia, sí...

A Hardens le resultaba difícil hablar y esperaba mis preguntas. Curiosamente, yo no tenía ganas de facilitarle la tarea. Crucé los brazos, como un escolar terco que no quiere entender.

—La señora Simpson acompaña al rey a las Indias, Tewp. Con carácter informal, claro está. Evidentemente permanecerá al margen de las celebraciones y del circuito oficial. Durante toda la semana en que Eduardo VIII se encuentre en viaje de representación en Karachi, Bombay, Delhi, ella le esperará aquí. En Calcuta.

Suspirando, tendí la mano hacia mi vaso y bebí de un trago el brebaje que contenía. Permanecimos ahí sentados, en silencio, durante un minuto largo. Yo sabía que las malas noticias no habían acabado. Presentía que llegaría otra. Y Hardens acabó por formularla.

—Teniente Tewp, le designo para servir de ordenanza a la señora Wallis Simpson durante su estancia. ¡Lo lamento, amigo, pero realmente no tengo elección!

Negarse no pertenecía a la esfera de lo posible. En primer lugar, porque se trataba de una orden. Luego, porque, incluso a miles de millas de Londres, yo seguía siendo un súbdito de la Corona británica y me resultaba inconcebible olvidar la fidelidad que debía a mi rey. Y finalmente, porque, por extraño y desagradable que fuera, aquello me proporcionaba una ocasión inesperada de acercarme a Keller. La llegada de la señora Simpson a Calcuta no hubiera constituido un secreto de capital importancia si Eduardo VIII no tuviera previsto reunirse aquí con ella por unos días en cuanto finalizara su visita oficial. Tenía la certeza de que ésa era la razón de que la ciudad se hubiera convertido en escenario de toda esta agitación en las últimas semanas. Por fin todo adquiriría un sentido: la llegada de Keller y sus contactos con Erick Küneck, el recluido de Delhi; las alusiones de Gillespie al interés que de pronto parecía conceder la metrópoli a la región de Bengala; e incluso la frase de Surey sobre un secreto de Estado que no quería revelar a un loco como yo que daba fe a actos de brujería y hechicería.

Las piezas del rompecabezas parecían reunirse..., pero sólo en apariencia. Porque, si se analizaba bien, aún existían demasiadas zonas de sombra, demasiadas incoherencias, que entorpecían todavía una visión de conjunto. Reflexioné sobre esto mientras bajaba la escalera de los Grandes Apartamentos para volver a mi antro. Von Salzmann ya se lo había dicho a Hardens: Eduardo era el soberano soñado para los alemanes. ¿Por qué asesinarle? ¿Y por qué precisamente durante su estancia en las Indias? Si existía alguien susceptible de que ellos eliminaran, sería más bien Wallis Simpson, la única persona que podía hacer que el soberano abdicara. Si yo hubiera sido alemán, no hubiera dudado ni por un instante de que la divorciada era la reina negra que había que expulsar urgentemente del tablero político británico... Sí, era lógico. Pero de todos modos tenía necesidad de confrontar mis deducciones con una mente sólida, con un hombre familiarizado con la situación en la Corte. Necesitaba hablar con el muy chismoso y muy informado capitán médico Nicol.

—Nuestro rey Eduardo ascendió al trono en enero de este año —me recordó el oficial médico al recibirme en su refugio, una habitación que tenía tanto de gabinete de consulta como de cámara de coleccionista de antigüedades—. Ahora estamos a principios de octubre. Por curioso que pueda parecer, Eduardo es todavía un rey sin corona, ya que aún no ha sido consagrado formalmente en Westminster. Desde un punto de vista administrativo, Eduardo VIII es nuestro soberano. Espiritualmente, aún no ha recibido la unción. Por eso aún puede abdicar sin que eso plantee auténticos problemas...

—¿No cree que la otra opción sea factible?

—¿La otra opción? ¿Qué quiere decir? ¿Que esa condenada arpía de las colonias ascienda al trono de Inglaterra? ¡No! ¡El entorno jamás permitiría que estallara semejante escándalo! Son perros guardianes, ¿sabe? Eduardo es perfectamente consciente de esto, aunque sea un poeta, un niño que no ha llegado a crecer. Este muchacho está más interesado por los placeres de una pequeña vida burguesa que hecho para la munificencia y las servidumbres de la realeza. Aunque se atreviera a revelarse para imponer esta unión, no daría la talla ante su hermano, sus primos, el primer ministro Baldwin y el arzobispo de Canterbury. No tiene ninguna oportunidad. Si quiere que la señora Simpson le sirva el desayuno en la cama sin que nadie encuentre nada que objetar, sólo tiene una salida: la abdicación.

—Capitán, ¿y si usted fuera alemán? ¿Qué actitud adoptaría frente a esta perspectiva de abdicar del trono?

Nicol se rascó la cabeza.

—¿Si fuera alemán? Pues bien... ¡Eso no es un misterio para nadie, Tewp! Eduardo VIII está... muy próximo a ciertos medios favorables a los regímenes duros que se han establecido en el continente. Recibe a su mesa a los Mosley, así como a una de las hijas de lord Redesdale, Unity Mitford, de quien se rumorea que es la amante de Hitler, y a muchos otros también. Toda esta gente ha sido mesmerizada por los faquires de Berlín y de Roma, que no cesan de alabar ante nuestro rey su grandeza, su eficiencia, su fuerza, su audacia... Eduardo... Eduardo es un romántico. Y un indeciso además. ¡Una mala mezcla! Tal vez sea también demasiado influenciable para lo que se espera de un soberano. Recuerde que saludó al nuevo embajador de Alemania tendiendo el brazo al modo del saludo nazi. Esto no causó buena impresión entre los que, en la Corte y en los ministerios, se siguen sintiendo profundamente apegados a nuestro régimen parlamentario...

—¿Y entonces? ¿Si fuera usted alemán?

—Rezaría todos los días para que el trasero de este gentil muchacho siguiera calentando el trono inglés el día en que mi país entrara en guerra con Polonia o con Francia, porque entonces estaría seguro de ver a Eduardo removiendo cielo y tierra para que Gran Bretaña rompiera sus alianzas y permaneciera neutral en el conflicto... ¡Lo que aliviaría considerablemente las preocupaciones de mi Führer!

—Y en consecuencia, ¿no vería mal la eliminación de Wallis Simpson?

—¡Incluso la desearía ardientemente!

—¿Y si Eduardo decide marcharse? ¿Quién le reemplazaría?

—Su hermano. Que entonces tomaría el nombre de Jorge VI. Y ése es el deseo de muchos, porque, al contrario que su hermano mayor, es un germanófono declarado que no cederá ni una pulgada de terreno a los nacionalsocialistas, igual que no lo hará con los fascistas italianos o los falangistas de Madrid.

Nicol había respondido a todas mis expectativas, a todos mis interrogantes. Era evidente que, al margen de un simple asunto de cama —aunque fuera real—, se planteaban aquí toda una retahíla de consideraciones de orden diplomático y militar. Sí, decididamente la señora Simpson, más que Eduardo, era la criatura a abatir para los alemanes. Todo estaba claro ahora. Keller debía de ser la agente que el SD había enviado para eliminar a la americana y preservar a Eduardo de cualquier tentación de abdicar del trono. Era muy simple. Quizá demasiado. Sin duda todavía había trampas, dobles fondos, señuelos cuya existencia yo no percibía. Tal vez. O tal vez no... Era imposible saberlo. Le di las gracias a Nicol por la conversación, pero decliné su ofrecimiento de ir a cenar al comedor de oficiales. De pronto mis ojos sentían necesidad de impregnarse de otros colores que no fueran el caqui de los uniformes. Necesitaba animación y movimiento. Necesitaba gestos naturales, sin saludo obligatorio a los superiores y sin réplicas afectadas a los subordinados. Necesitaba un toque de vida civil.

## KALIGHAT ROAD

Cogí un tranvía que me dejó en la ciudad y caminé al azar por un barrio tranquilo que en nada parecía distinguirse de los otros. Viniendo del oeste, donde se habían formado sobre las aguas del golfo de Bengala, densos escuadrones de nubes ensombrecían el cielo aún claro en el oriente. En un complot de oscuridades, la noche venía al encuentro de la tempestad. Sin embargo, paradójicamente, el calor era a cada segundo más asfixiante. Cada vez me costaba más respirar y el sudor dejaba un largo reguero pegajoso en mi espalda. Los ya escasos transeúntes, presintiendo la llegada inminente de la tormenta, aceleraban el paso para volver a sus hogares. Al oír el fragor prolongado y sordo de un primer trueno, me apresuré a buscar un refugio — una tienda, un café, un simple porche incluso—, porque sabía por experiencia que se avecinaba un diluvio. Crucé una larga explanada plantada de árboles que maltrataba el viento y luego atravesé el enlosado ya desierto de una especie de mercado al aire libre. Un poco más lejos había un edificio extraño del que veía los tejados. Corrí hacia él. Un violento relámpago iluminó mi entorno con su fosforescencia y, por espacio de un segundo, el mundo entero adquirió una tonalidad blanca. Las primeras gotas de lluvia cayeron, espaciadas, perezosas, pero grandes como ojos de toro. Al entrar en la avenida que conducía al edificio, mis ojos se deslizaron sobre la placa esmaltada donde estaba inscrito el nombre de la calle. Kalighat Road... Me detuve. Ya habían pronunciado este nombre ante mí... ¡La voz de Swamy! «Madame de Réault me pidió que la condujera al templo de Kalighat Road...», había respondido el caporal a mi pregunta de dónde había sacado la francesa a Darpán y Ananda, los sacerdotes Bon Po que habían salvado al pequeño Khamurjee y que, con su extraño saber, me habían curado a mí también de la lepra Keller. Kalighat Road, la avenida en la que habían edificado la iglesia de Durga, la diosa de la muerte. ¿Era posible que ese edificio del que había percibido confusamente los tejados fuera precisamente este monumento? La lluvia, que a cada segundo se hacía más intensa, no me dio tiempo a interrogarme sobre aquello. Las ráfagas de viento me envolvieron y me empujaron a lo largo de esta calle hacia el templo de contornos imprecisos, diluidos por las aguas del cielo. Me levanté el cuello de la chaqueta y, encorvando los hombros, franqué corriendo una especie de terraplén fangoso procurando evitar los charcos que ya se formaban y se hinchaban visiblemente, y luego subí de cuatro en cuatro los escalones de piedra para guarecerme cuanto antes bajo el porche de columnatas negras que se levantaba a la entrada. La tormenta descargaba en cataratas, hasta el punto de que ya me era imposible ver nada de la ciudad. Me sentía aislado por una muralla de agua. Atrapado, me volví hacia el templo, donde reinaba una oscuridad distinta, más amenazadora aún. Una opacidad de caverna, un frío de mausoleo. Avancé, sin embargo, unos pasos para observar mejor el lugar. Vi algunas velas parduscas

colocadas directamente sobre el suelo de piedra, que parecían constituir toda la iluminación del recinto. Entré. Aparte del chorrear del agua que caía formando cintas sobre los muros del edificio, no percibía ningún ruido. Por todas partes, mi mirada tropezaba con un bosque de columnas esculpidas. Me agaché para coger una vela y me adelanté para examinar a la luz de la llama los detalles de los pilares; pero enseguida abandoné la inspección al comprobar que la luz revelaba sólo groseras anatomías humanas impudicamente entrelazadas. Opté por seguir avanzando a lo largo de las filas de columnas. No veía a ningún fiel, a ningún sacerdote. Aparentemente estaba solo en aquella oscura nave. Llegué al fondo de la sala. Adosada al muro, una estatua de gran tamaño representaba una figura femenina de formas redondeadas y armoniosas. El rostro de rasgos regulares de la efigie, sin embargo, me pareció deformado por una sonrisa de crueldad manifiesta. Un lecho de flores negras se extendía a sus pies y, en una copa de cobre, una paloma muerta yacía en un charco de sangre coagulada. La visión me desagradó. Di media vuelta y volví sobre mis pasos, explorando el templo en todos los sentidos sin encontrar un alma.

De pronto, los latidos de mi corazón se aceleraron. Una corriente de aire se arremolinó en torno a mí y me trajo un perfume pesado que no había percibido antes. Colocando mi mano ante la llama de la vela, remonté el hilo de viento, que me condujo al fondo de la nave, a la derecha de la gran estatua. Al escrutar mejor esta zona, distinguí una alcoba que un examen demasiado rápido no me había permitido ver hasta ese momento. El soplo parecía provenir de allí. Di un paso, aparté una cortina del mismo color del muro y descubrí la entrada de un pasaje oscuro. Verifiqué que el suelo estuviera practicable y me introduje, desafiando el buen sentido, en esa galería estrecha, apestosa, construida con piedras sin tallar. La llama de mi vela apenas perforaba las tinieblas y me veía obligado a hacer pantalla con la mano para protegerla de la corriente de aire, bastante violenta, que ululaba en este raíl de piedra. Avancé sobre un suelo plano durante unas treinta yardas aproximadamente y luego se inició un declive. Poco a poco, sentí que me hundía bajo tierra. Caminé así, con suma cautela, durante tres o cuatro minutos, respirando deprisa, palpando el aire con la mano tendida hacia delante y tanteando el suelo en cada paso que daba para no caer. Finalmente creí percibir unos ecos e incluso una luz que palpitaba suavemente al extremo del corredor. Conteniendo la respiración, seguí avanzando hasta identificar con precisión dos registros de sonidos que se mezclaban. En la escala de los agudos, reconocí algo parecido a unos gañidos de animales. No ladridos de perro, ni maullidos de gato, sino más bien unos gemidos como los que son capaces de emitir los pájaros habladores o tal vez los monos. En cambio, la escala baja era sin ninguna duda humana. Hablaban. O cantaban más bien, con suavidad, melodiosamente, como se canturrea una canción de cuna para dormir a un niño. Tres o cuatro voces de bajo profundas, tranquilizadoras, susurraban aquel ritmo hechizador, modulado en canon como en un canto de iglesia. Vi que la bóveda del túnel se interrumpía formando un arco y que más allá se abría una sala iluminada por lámparas sordas o antorchas. Me



arrodillé, dejé mi vela sobre el suelo polvoriento y luego me pasé la mano por la frente para enjugar el sudor que me caía en los ojos. De rodillas, con la cabeza encogida entre los hombros, y procurando no hacer ningún ruido, llegué a la entrada de la habitación. Era una sala redonda bastante grande, pintada de ocre rojo en toda su superficie, con el aire empañado por vapores de incienso y perforada por un gran foso del que no distinguía el fondo. No había nadie en la habitación. No me cabía ninguna duda de que los cantos y los gritos que seguía oyendo procedían del pozo de piedra. Tenía que ver con mis propios ojos lo que estaba ocurriendo en este agujero de donde emanaba también toda la luz. La sala propiamente dicha estaba bastante oscura, de modo que, con un poco de suerte, y si conseguía moverme sin hacer ruido, podría pasar inadvertido. Me tendí sobre el suelo de tierra batida y me puse a reptar con precaución en dirección al pozo. Con prudencia, adelanté la cabeza más allá del borde hasta la altura de los ojos. El foso debía de tener una profundidad de casi quince pies y una anchura de al menos el doble. Sólo una vieja escalera de hierro, del modelo que se utiliza comúnmente en las piscinas públicas para bajar a los baños, permitía acceder a él. Cinco siluetas pardas se encontraban en su interior. Cinco hindúes. Cuatro hombres y una mujer. Se produjo en mí una total retracción, como si todo mi ser no fuera ya más que un nervio en carne viva sobre el que pasaran la larga llama de un soplete.

En los austeros templos ingleses acostumbran a resonar sermones interminables que evocan con horror el estupro y las fornicaciones desenfadadas a las que se entregan las pobres almas que han olvidado a Dios. Sin embargo, no fue hasta echar una mirada al fondo de ese foso, cuando estos términos tuvieron un significado real para mí. La mujer hindú estaba desnuda. Joven, con un cuerpo liso y bien formado, estaba atada a un banco groseramente tallado en la pared del foso. Sus ataduras la mantenían abierta en una pose de parturienta, pero eso no parecía turbarla en absoluto, ya que sonreía con cierta dulzura al hombre que se encontraba junto a ella. Este hombre, lo reconocí inmediatamente, era Darpán. Turbante negro, túnica blanca, y ese permanente aire altanero, despegado, frío. Encerrados en una estrecha jaula a sus pies, dos pequeños macacos, sin apenas espacio suficiente para girar en redondo, se contentaban con lanzar débiles quejidos. Frente al sacerdote y la mujer, distinguí a otras tres figuras. Tres hindúes. Desnudos. Gordos hasta la repugnancia y de una fealdad rayana en la monstruosidad, de sus gargantas salía, sin embargo, esa melopea de sirenas. Y luego todo sucedió con inusitada rapidez. Darpán abrió la primera jaula, agarró una de las aterrorizadas bestias y, con un cuchillo que se sacó de la cintura, vació las entrañas del desgraciado animal sobre el cuerpo de la mujer. La melodía se detuvo y ya sólo se oyeron los horribles estertores de agonía del animal y los aullidos de terror del otro mono, que aparentemente acababa de comprender la suerte que le estaba reservada. Darpán comprimió cuanto pudo el primer despojo para extraer de él todas las pulpas vivas, lo lanzó al otro extremo del foso y luego actuó del mismo modo con el otro animal, para esparcir seguidamente las vísceras con el fin de cubrir

hasta la más ínfima parcela del cuerpo de la joven desnuda. No me rebajaré a relatar en detalle lo que ocurrió luego porque no aportaría nada. Además, lo cierto es que no vi casi nada. La sangre derramada, los gritos de las bestias sacrificadas, el olor a incienso y a humores humanos que ascendía hasta mí y, sobre todo, el obscuro sol rojo de la desnudez de la hembra humana que se agitaba impudicamente en sus ataduras me habían trastornado. Retrocedí hasta el fondo de la habitación y apoyé mi frente contra la piedra fría para tratar de aliviar un poco el ardor de mi piel. Me sentía al borde de la náusea y enfebreado, como al salir de una mala borrachera. Los ruidos que llegaban ahora de la fosa no eran más que gemidos, frotamientos húmedos, jadeos grotescos; no tenía necesidad de asistir a la orgía para adivinar el horrible cuadro. Lentamente, volví sobre mis pasos y recorrí de nuevo el largo pasillo oscuro hasta la nave del templo, que atravesé corriendo, ansioso por volver al aire libre y a la luz.

Fuera, la lluvia caía con menos intensidad. La tormenta se alejaba. El agua que me resbalaba por el rostro me hizo bien, y abrí la boca para bebería y aliviar mis labios agrietados y mi lengua hinchada, seca como piedra pómez. Había caído la noche. Desgarrando las últimas nubes, un rayo de luna barrió la avenida y pasó sobre mí, liberándome de los vapores malsanos que todavía sentía pegados a mis ropas. Fui a apoyarme en el tronco de un árbol. Me costaba un esfuerzo infinito, con visos de pesadilla, extraer de mi cuerpo aquella intrusión en el templo. Acababa de sorprender a Darpán, el hombre que me había salvado la vida, entregándose a prácticas monstruosas que ligaban la muerte con la lujuria. Aquello me trastornaba. ¿Quiénes eran esas gentes a las que madame de Réault había recurrido para que me salvaran? ¿Acaso sólo había sacerdotes del mal para combatir el mal? ¿Dónde estaban los guardianes del bien? ¿Dónde estaban la pureza y la inocencia? ¿No tenían ningún valor, ninguna fuerza, en este inframundo? ¿Cómo combatir estos torrentes de abyección que corrían por las venas de los hombres, envenenando el espíritu de las mujeres y haciéndoles lanzarse unos contra otros con semejante furia, con semejante inconsciencia? Dolorosamente, rehice el camino hasta el cuartel. Una hora más tarde, empapado y con el espíritu angustiado, me encontré de nuevo en la habitación que me era familiar, pero no conseguí conciliar el sueño, me revolvía de un lado a otro en mi cama, sin dejar, muy a mi pesar, de revivir la escena del pozo. Incapaz de cerrar los ojos, volví a vestirme para tomar el aire en los jardines. Debían de ser las dos, tal vez las tres de la madrugada.

El cielo se había vaciado por completo de nubes. Bajo, sobre el horizonte, Marte brillaba como una brasa, mientras que un poco más arriba palpitaba la estrella Sirius, a la que los antiguos consideraban el sol secreto del universo. La Luna estaba en su último cuarto. Recordé las palabras de madame de Réault sobre los lazos que unían al astro de las noches con las energías destructivas que Keller había lanzado sobre mí. Era necesario un ciclo completo de veintiocho días para que se cumpliera el *opus nefas*, su obra de muerte. Me invadió un escalofrío al pensar en lo que hubiera

ocurrido si el capitán médico Nicol no me hubiera puesto en contacto con la francesa y ésta no me hubiera confiado luego a Darpán y su acólito. Seguramente ahora me encontraría en la frontera del mundo de los muertos, sufriendo una agonía atroz en mi cama de hospital, sin una pulgada de carne sana en el cuerpo. Sí, sin Darpán no hubiera habido ninguna esperanza para mí. Y sin embargo —lo había visto con mis propios ojos— este hombre era también un monstruo, igual que la austríaca que pretendía combatir. Con las manos cruzadas a la espalda, deambulé un momento por los jardines, pensativo, solitario y taciturno. Luego, al salir de un camino de grava, vi a dos hombres sentados sobre el capó de un coche de intendencia, fumando y charlando en voz baja. No les conocía. Me interperaron, porque la noche nos libera misteriosamente de las normas y las convenciones del día y facilita el contacto humano. Me ofrecieron un cigarrillo, que acepté. Tampoco ellos podían dormir, pero era sólo a causa del calor. Uno era un escocés de Edimburgo, el otro un shetlandés, y no estaban habituados al clima bochornoso de las colonias. Mantuvimos sólo una conversación banal, que, sin embargo, apaciguó mi ánimo. No volví a mis aposentos hasta una hora antes del alba, y por la mañana decidí volver a la ciudad para hablar con madame de Réault. Quería que me dijera dónde había encontrado a Darpán y si realmente se podía confiar en ese hombre sanguinario y lujurioso.

—Darpán es un ser excepcional —me dijo la anciana, sentada conmigo bajo la glorieta de palmeras del jardín de sus anfitriones—. Sí, un ser excepcional. No un alienado. Ni un perverso. Él sigue con constancia, con escrúpulos, una vía difícil, al término de la cual espera una transfiguración de sí mismo. Un cambio. Una metamorfosis. En una jerga que está hecha sólo para ellos, los pomposos señores de la Sorbona o de la *Royal British Society of Anthropology* dirían: una ruptura de nivel ontológico. Pero permanezcamos simples y dejémosles a ellos el uso de estas feas palabras. Darpán se ha comprometido con la única tarea digna que un ser humano —sea hombre o mujer— puede perseguir: la búsqueda del Poder para superar los poderes...

—¿Quiere decir que no es un sacerdote, sino más bien una especie de... mago?

—Magia, brujería, sacerdocio... Todo es lo mismo. Cuando un sacerdote católico, ortodoxo o protestante oficia, cuando dice misa o administra los últimos sacramentos, ¿qué cree que hace? ¿Que gesticula en el vacío? ¿No llama acaso a actuar a unas fuerzas que le superan?

La pregunta me chocó.

—¡Pero un sacerdote cristiano no puede ser comparado a un vulgar brujo, madame de Réault!

—¡Justamente sí, oficial! Las religiones son brujerías enmarcadas e integradas en las instituciones. Nada más. Considérelas de otro modo y equivocará el camino. ¡Es el error capital que nunca hay que cometer! Yo misma realicé un enorme progreso el día que comprendí que debía hacer saltar el barniz moral que había recibido en Europa para poder captar algo en las prácticas que tienen curso en Asia. Y tuve la

sensación de progresar aún más cuando apliqué esta ausencia de prevenciones a los equivalentes occidentales de estas prácticas. A modo de resumen, le diría que así es como hay que razonar: faquires, magos, brujos, chamanes o incluso sacerdotes (cualquiera que sea el nombre que les dé) manipulan energías que la ciencia positiva ignora o quiere ignorar. Estas energías son triples. Irrigan a la vez el mundo exterior, la estructura íntima del hombre y (última capa y tal vez la más importante) el imaginario de las comunidades humanas. ¡En cierto modo es como si todos los temores, todos los deseos individuales, se aglutinaran y acabaran por hacerse consistentes, activos y autónomos! Es lo que los magos más avanzados conocen como *egrégores*. Yo creo, ¡y lo creo porque lo he visto!, que, si se dominan, estas tres energías pueden tener efectos en casi cualquier dominio. Son los famosos «poderes» tan a menudo descritos y tan ávidamente buscados. En la mayoría de los humanos, sólo son potenciales que nunca se actualizarán. Pero para los que consiguen dirigir estas energías (por iniciación, revelación o incluso simple «accidente» a veces), el mundo puede convertirse en un campo de actuación sin límites en el que la moral conveniente para los otros hombres ya no puede, ¡no debe, estar en curso! ¿Comprende?

—Creo que sí... —dije tímidamente.

—¡Magia blanca, magia negra... todo esto no es más que una distinción intelectual para diletantes! En lo real todo se mezcla, y hombres de gran valor pueden verse conducidos a ejecutar acciones que nosotros juzgaríamos criminales aplicando el rasero de nuestra justicia profana. Sabe, es del dominio público que hubo papas que se entregaron a la magia negra para revitalizar rituales, símbolos, lugares importantes de su religión; ¡dicen que hasta la propia basílica de San Pedro! ¡Ellos no habían olvidado que el cristianismo es parcialmente un chamanismo como los otros, que obedece a las mismas leyes energéticas, a las mismas leyes mágicas! Numerosas sectas tienen como primer nivel de enseñanza la necesidad de despojarse de estos prejuicios morales. Me viene a la memoria, por ejemplo, el grupo de un tal Carpócrates, un gnóstico. Para esta gente, la purificación del alma sólo podía hacerse realidad a condición de practicar antes las peores aberraciones. Lo mismo ocurre en el caso de los musulmanes con la secta de los *malamatiyya*, «las gentes de la reprobación». Estos seres piadosos en extremo pensaban que mostrar una pureza de asceta ordinaria era una incalificable prueba de orgullo a los ojos del mundo. ¡Imagine cómo hubieran juzgado a Gandhi! De modo que en lugar de contentarse con vivir en el confort de una santidad demasiado visible, se lanzaron a robar, incendiar, calumniar, fornicar o incluso matar tanto como podían, todo para vivir una ascesis totalmente interior, insospechada y, por tanto, más meritoria según ellos. Dejaron textos que superan en calidad a todos los de los místicos canonizados por el gran *sachem* de Roma. ¡Las columnas del Cielo siempre tienen su pie en el Infierno, Tewp! No lo olvide nunca. A ojos de nuestra moral contemporánea, esto es evidentemente condenable, pero en términos de pura magia, el principio que seguían

los carpocracianos o las gentes de la reprobación era simple, e incluso sano observado con mayor detenimiento: se trataba de agotar las posibilidades inferiores de su ser exprimiéndolas hasta la saturación. Es un mecanismo de deshabitación. ¡Atráquese una vez de chocolate hasta reventar y luego le repugnará toda su vida! ¡Lo mismo ocurre con los deseos lúbricos o asesinos!

—Pero ¿por qué sufrir este proceso de deshabitación?

—Simplemente porque estos potenciales inferiores bloquean la expresión y la circulación de otras energías útiles a la expresión de los «poderes».

Al ver que yo seguía pensativo, la francesa prosiguió:

—A fin de cuentas, el argumento de los psiquiatras modernos sobre la necesidad de sacar a la luz los tormentos del inconsciente para poder así librarse de ciertas obsesiones es comparable a este género de procedimientos iniciáticos. El principio es idéntico. La escena de que fue testigo ayer noche en el templo de Durga participa de esta dinámica. Porque también la India posee este tipo de vía. Y la espiritualidad hindú es incluso una de las que mejor exprime estas potencialidades a través de lo que se conoce como *maithuna*, una de las ramas del tantra.

Madame de Réault quiso salir a estirar las piernas antes de seguir hablando. La naturaleza de esta mujer exigía movimiento. Siempre. Los salones la aburrían. Las ciudades la ahogaban. Apenas llevaba dos meses instalada en Calcuta y ya se preparaba para partir.

—Echo en falta las montañas, oficial Tewp. Creo que pronto abandonaré Bengala. Aquí todo es demasiado... civilizado. Demasiado ordenado. Demasiado poblado también. Necesito los bosques. Necesito las cascadas y los glaciares. Incluso a mi edad. Y tal vez esta necesidad se me haya hecho aún más acuciante ahora. A usted también le ocurrirá.

Yo había reprimido una sonrisa mientras caminábamos. No, no creía que ella y yo compartiéramos la misma necesidad de movimiento incesante, la misma voluntad de liberarnos del mundo. Yo sabía bien que era tan hogareño como aventurera era esta mujer elegante y fina, de mirada aguda, pero dulce también y casi maternal cuando se posaba en mí.

—¿Quiere hablarme un poco más de lo que denomina *tantra* y *maithuna*, señora?

—El *tantra*, oficial Tewp, es una disciplina cuyo principio esencial es el de agitar y luego canalizar las energías sexuales para dirigir las hacia un objetivo de transformación del ser entero. Es a la vez una práctica religiosa, una disciplina física y psíquica, un camino iniciático, una filosofía, una sabiduría absoluta y una infecta brujería. *Maithuna* es esta forma hechicera, negra, del tantra. Si me permite la expresión, es su «tubo de alcantarilla». Los celtas también tenían algo así, aunque ellos lo denominaban el *tenghern*. Muy duro de dominar, muy duro de soportar, pero muy eficaz, al parecer. En el *maithuna* todo empieza por una serie de envilecimientos sexuales destinados, entre otras cosas, a liberar al ser de su barniz cultural inicial. Todo esto puede mezclarse con magia roja, magia de sangre animal... en el mejor de

los casos. Es lo que debió de ver ayer por la noche. Darpán es un maestro iniciador del *maithuna*. Pero no practica los oficios con sacrificios humanos. En fin, para ser del todo honesta, digamos que hace mucho tiempo que no practica oficios con sangre humana. Ha dejado atrás esta etapa.

Un estremecimiento helado recorrió mi cuerpo.

—¿Quiere decir que Darpán ha practicado el *maithuna* en...?

—Según las reglas del arte, sí... en otro tiempo. Es así. Sabe, oficial Tewp, la sangre tiene sus misterios. Resuena según sus fuerzas propias, pero también es un captador y un fijador de otras energías: las del dolor, las del miedo, las del deseo carnal también. La pulpa de los sacrificados tiñe el cuerpo de los oficiantes y los imprime de una vitalidad que ayuda a su metamorfosis física y espiritual. Eso es la magia roja. Y es algo que se remonta a la noche de los tiempos. Tómelo como quiera, pero también porque se ha atrevido a franquear ciertas puertas, Darpán ha podido adquirir los conocimientos que le han salvado la vida, oficial Tewp. Si no lo hubiera hecho en su juventud, no sería tan fuerte como lo es hoy...

El desapego, la frialdad, el cinismo incluso con que madame de Réault evocaba el pasado criminal de Darpán me rebelaban.

—¿Cómo se puede quedar tan tranquila ante la evocación de semejantes abominaciones, señora? ¡Perdóneme, pero no lo comprendo! ¡O mejor dicho, me niego a comprenderlo! ¡Verter sangre de inocentes no tiene excusa ninguna, nunca la ha tenido ni la tendrá jamás!

—¿Quién le dice que estas personas fueron sangradas hasta la muerte? ¿Quién le dice que eran inocentes? ¡Y además, los cristianos hacen algo aún peor al comer el cuerpo de su Dios y absorber su fluido vital todos los domingos en la misa!

—¡Pero, madame, eso sólo son símbolos!

Esta vez fue la francesa la que alzó la voz.

—¡Ah, no, oficial Tewp! ¡Esto sería demasiado fácil! ¡Una cosa o la otra! O bien es usted cristiano, y por tanto un auténtico teófago cada vez que el sacerdote deposita la hostia sobre su lengua para que se funda y vierte luego el vino de misa en su garganta, o bien no lo es; si es así, entonces jugar a hacer creer que es un buen fiel es una abominable trampa que se hace a sí mismo. ¡Los actos de fe no soportan las medias tintas, las marrullerías ni las simulaciones, teniente!

Fruncí el ceño. En el campo de batalla de la racionalidad pura, la francesa mantenía posiciones inexpugnables. Sin embargo, me resultaba difícil admitirlo, y juzgué oportuno tratar de despertar en ella un conato de culpabilidad. Peleé duro para intentar llevarla a confesar lo que yo sospechaba desde que había expresado abiertamente su admiración por Darpán.

—Para hablar tan bien de los sacerdotes y defenderles con tanta fogosidad, seguro que usted misma habrá practicado el *maithuna*, ¿no es verdad?

Garance de Réault estalló en una carcajada clara y franca.

—Hace años de eso, pero es cierto, lo probé, oficial Tewp. Lo probé, pero no tuve

fuerzas para recorrer esta vía mucho tiempo. Sólo conocí intensos placeres físicos, maravillosos momentos de fiesta de los sentidos... Lo que tampoco estaba tan mal. La mente, sin embargo, no quiso ir más allá. No conseguí disolverla. Siguió llena de sí misma. Así pues, fracasé y volví con mis semejantes.

Entre los mediocres. Tanto peor para mí. No lamento lo que hice. El éxito quedará para mi próxima reencarnación. ¿Quién sabe?

Madame de Réault creía en la cadena de las existencias, lo que estaba en contradicción con mis convicciones protestantes. Permanecimos una buena parte de la jornada juntos, almorzando en el círculo de la Sociedad de Estudios Asiáticos, uno de cuyos escasos corresponsales extranjeros era precisamente la francesa. Luego quise caminar de nuevo, solo esta vez, con la única intención de disfrutar de un beneficioso paseo. Me detuve un instante ante el escaparate de un librero, donde compré por cuatro cuartos un pequeño volumen de las obras de Keats que me puse a hojear mientras paseaba a la luz blanca y seca de la tarde bengalí. Releí algunos versos de *La Belle Dame sans Merci*, la obra que siempre había preferido entre todas las suyas.

I met a lady in the meads  
Full beautiful – a Faery’s child  
Her hair was long, her foot *light*,  
And her eyes were wild<sup>[5]</sup>...

Mientras volvía las páginas sin prestar atención a lo que me rodeaba, alguien se colocó a mi altura y me siguió en silencio. Cuando por fin le dirigí una mirada, vi que era un hombre de unos treinta años que llevaba un traje cortado a la moda hindú. Su turbante era de color negro.

—¡Ananda! —exclamé muy sorprendido, mientras hacía desaparecer mi libro en el bolsillo.

La expresión del joven brahmán era grave y su rostro no tenía nada de amable.

—Teniente Tewp. ¿Puedo pedirle que me siga, si tiene la bondad? Mi maestro Darpán y unos amigos desearían verle de inmediato. No se le robará mucho tiempo...

El tono de su voz me desagradaba. Sorda, amenazadora incluso, no parecía dispuesta a tolerar una negativa. Y el brillo maligno que asomaba en sus ojos reforzaba esta impresión. Retrocedí instintivamente ante este hombre que quería aparecer tan frío y austero como su maestro.

—No creo que vaya a seguirle, Ananda. Swamy ha pagado a su maestro las trescientas libras pactadas y yo le he escrito un resumen de todo lo que sabía sobre Keller. Creo que ahora estamos en paz. Dejemos este asunto aquí, si le parece...

—No, oficial. ¡No será así como sucedan las cosas!

Y mientras hablaba, adelantó la mano hacia mi garganta con la velocidad fulgurante de una serpiente que se lanza al ataque. Sólo sentí una ligera presión en la

articulación de mi mandíbula y acto seguido me derrumbé en sus brazos, sin perder la conciencia pero incapaz de efectuar el menor movimiento. Oí cómo llegaba un coche y aparcaba precipitadamente junto a la acera, mientras el Bon Po se apropiaba de mi arma, se la colocaba en la cintura y luego me cargaba sobre sus hombros y me conducía al vehículo, que tenía todas las puertas abiertas. Me introdujeron en el interior como si fuera un pastel listo para hornear. Con el rostro hundido en el cuero del asiento trasero, respirando no sabía cómo, lo último que vi fue mi Keats que se deslizaba de mi bolsillo para caer plano sobre las aguas sucias del arroyo...

I saw pale Kings and princes too,  
Pale warriors, death-pale were they all,  
They cried – La Belle Dame sans Merci  
Hath thee in thrall<sup>[6]</sup>!



## EL HOMBRE DE LAS GAFAS REDONDAS

La decoración se reducía al mínimo. Una gran mesa, sillas. Paredes desnudas, anónimas, sin cuadros, sin adornos, simplemente encaladas. Una bombilla de poca potencia colgaba del techo. Frente a la puerta por la que me habían hecho entrar había otra puerta de madera oscura. Yo estaba sentado, con los miembros libres de ataduras; pero tampoco las necesitaba. La manipulación que Ananda había operado sobre mí seguía produciendo su efecto. El hombre no me había golpeado, y sin embargo, me había dejado inerte, en un estado incapaz de extraerme de un profundo sueño. No sabía dónde estaba. Sólo sabía que el coche había circulado mucho tiempo y que luego me habían sacado de él sin miramientos para trasladarme a esta habitación, creo que sin hacerme subir ninguna escalera. De la casa donde ahora me encontraba sólo había atisbado a ver una fachada negra y una sucesión de pasillos vacíos, oscuros también. Me habían dejado solo. Sin cerrar la puerta con llave. En mi caso, la precaución era inútil ya que apenas conseguía contraer algunos músculos para no caerme de la silla. ¿Cuánto tiempo había durado aquello? ¿Una hora? ¿Dos? Incapaz de precisarlo. Finalmente sentí que recuperaba un poco de energía. En unos minutos, la sangre se puso a circular de nuevo por todo mi cuerpo, provocando dolores que me forzaron a levantarme y a agitarme para relajar mis miembros. Ése fue el momento que eligió Darpán para aparecer.

—Lo lamento, oficial Tewp. Creo que Ananda le ha causado un tormento mayor de lo que esperaba. Esto nos ha retrasado. A usted y a nosotros. De modo que tendremos que apresurarnos.

—¿Apresurarnos? ¿Para hacer qué? —Logré articular, a pesar de que mis mandíbulas estaban tan pesadas y mi boca tan pastosa como si un dentista me hubiera anestesiado para arrancarme un diente.

—En primer lugar, tranquilícese. No pretendemos causarle ningún daño, Tewp. Si ése fuera el caso, hubiera dejado que la Keller acabara su trabajo. Relájese y vuelva a sentarse en su silla.

¿Realmente tenía otra opción? Resignado, me senté de nuevo mientras el brahmán abría la puerta del fondo para dar entrada a cuatro hombres hindúes, vestidos con largas camisas que les llegaban a medio muslo, chalecos de colores y pantalones bombachos. El más pequeño de entre ellos era el único que no llevaba barba. Unas gafas redondas sobre una nariz corta. Poco pelo. Ligeramente rechoncho. Unos hermosos labios orlados. Y también un aire de intelectual... Había visto numerosas fotografías de este personaje desde mi llegada a las Indias. Me levanté para señalar de algún modo el respeto que imaginaba que le debía sin saber muy bien por qué.

—¡Subhas Chandra Bose! —dijo Darpán—. ¡Netaji! ¡Nuestro guía hacia la

libertad!

Mi cuerpo aún estaba jadeante, pero mi cerebro funcionaba bien. Tendí hacia Netaji una mano que él no cogió, contentándose con saludarme con una breve inclinación de cabeza antes de sentarse frente a mí.

—Señor David Tewp —dijo empleando el más distinguido de los acentos—, ¿sabe usted quién soy?

—Sé quién es, como también conozco sus ambiciones políticas sobre la India. Sí. Sé que sus preferencias se inclinan por los alemanes y los japoneses antes que por los británicos. Esto no le hace particularmente simpático a mis ojos, señor.

Bose se contrajo como si le hubiera lanzado un golpe. Se ajustó las gafas, acercándolas al máximo a sus ojos, y me observó un instante sin decir nada. Su mirada era intensa, directa. La sostuve.

—En cuanto vuelva a Delhi, sus camaradas de Scotland Yard o del MI6 me detendrán, oficial Tewp. Dentro de unos días. De unas horas tal vez. Quieren impedirme actuar. Muy especialmente durante la visita que su rey Eduardo ha tenido a bien hacer a las Indias. Y yo no me opondré. Sí, tengo intención de dejar que me lleven a prisión. ¿Sabe por qué, oficial Tewp?

No, yo no sabía por qué Netaji tenía intención de acceder sin rechistar a probar los calabozos británicos. ¿Tal vez alguien le había alabado las dulzuras de los «Adán y Eva en una balsa» o los «Zeppelin en las nubes»? Bromas aparte, desconocía las motivaciones profundas de este hombre y no tenía la menor intención de devanarme los sesos tratando de adivinar su naturaleza.

—Porque voy a confiarle una misión, teniente. Y sé que usted la llevará a buen fin por mí.

—Yo no trabajo para usted, señor. Y no adivino nada que pueda atraerme al campo de los sediciosos. Si espera convertirme en un agente doble, le prevengo que no dispondrá de muchos medios de presión para alcanzar sus fines. Tengo tan pocas dependencias como necesidades, mi familia es casi inexistente y tampoco arrastro deudas de juego que usted pueda satisfacer.

Netaji suspiró.

—¿Tan torpes nos cree, oficial Tewp? Hay ojos que le observan desde su llegada. Numerosos ojos. Ojos masculinos, ojos femeninos y, ¿quién sabe?, tal vez incluso ojos de otra naturaleza. Sí, hemos tomado nota de sus costumbres, de sus inclinaciones, de su forma de actuar. Hemos comprendido qué le impulsaba a actuar, teniente. Y por eso justamente he querido verle, porque lo considero un hombre íntegro y porque sabe tan poco sobre sí mismo que incluso sería casi cómico si no viviéramos tiempos tan agitados. ¿Qué sabe usted exactamente de la mujer occidental Ostara Keller, señor Tewp?

¡Keller! ¡Otra vez ella! Darpán ya me había planteado esta misma pregunta.

—Keller es una agente del SD Ausland. Estos últimos días ha asesinado de un modo particularmente atroz a dos agentes del MI6 y, hace dos noches, a cuatro de los

soldados que habían ido a arrestarla al Harnett. Creo que prepara un atentado contra una alta personalidad que se supone que acompañará al rey al margen de su visita a las Indias. Una persona que sin duda le es muy querida y cuya brusca pérdida podría conducirle a modificar ciertos proyectos de renuncia al trono. Si interroga a Darpán, tal vez le dirá también que esta mujer es...

—Netaji sabe que Keller es una especie de bruja, oficial —cortó el brahmán—. Pero no es eso lo que interesa ahora...

Frente a mí, Netaji colocó las manos bien planas sobre la mesa.

—Las conclusiones a las que ha llegado son interesantes pero erróneas, teniente. La mujer Ostara Keller es uno de los más brillantes elementos de los servicios secretos nacionalsocialistas. Ha recibido una formación excelente, se educó en parte en Estados Unidos, habla con fluidez varios idiomas y desde hace unos meses está ascendiendo cómo una flecha en la jerarquía del SD. Es también uno de los miembros fundadores del *Ahnenerbe*, una sección de las SS encargada de tareas que se apartan de las normas. Su oficial de referencia en Berlín es uno de los hombres de confianza de Heydrich, el *Standartenführer* Thörun Gärensen. Sin embargo, en contra de lo que piensa, Keller no ha viajado a las Indias para matar a Wallis Simpson, si es a ella a quien se refiere. Ha venido para protegerla. ¡En este sentido, Keller es su aliada!

Mis costillas se elevaron como después de oír un buen chiste. Era la última revelación que hubiera esperado oír. ¿Cómo podía tener Netaji la impudicia de pronunciar semejante tontería? Yo había visto con mis propios ojos cómo Keller daba muerte a unos soldados británicos. Había sufrido en mi carne sus infectas maniobras de envenenadora...

—¿Cómo puedo creerle, señor? El hombre que se encuentra a su lado, Darpán, sólo piensa en poner fin a los daños que causa esta mujer. Incluso sospecha que secuestra a niños en los barrios bajos...

—Justamente porque Darpán se ha interesado por este personaje, sabemos tanto sobre él, señor oficial. Sabemos mucho más... Y no avanzamos sin pruebas. ¿Se siente ahora bastante firme sobre sus piernas para acompañarnos?

Le indiqué con un gesto que sí. Netaji se levantó y me invitó a seguirle. La puerta del fondo daba a un pasillo oscuro que conducía a un gran patio que se extendía a lo largo de unos mediocres edificios de madera y adobe. Todavía había luz. Calculé que aún debían de quedar casi dos horas de claridad. Mi desvanecimiento no había sido tan largo como en un principio había temido. Una pequeña multitud se agitaba en la explanada: hombre en taparrabos, con los pies desnudos, mujeres con pantalones anchos y chaqueta larga, y niños también, con el mismo atuendo que los adultos. Ninguna mirada se volvió hacia nosotros.

—Este lugar es una escuela —me dijo Netaji—. Una escuela clandestina. Aquí se enseña un arte que hace ya tiempo que no está autorizado por los ingleses: el arte del *kalaripayatt*, la ciencia hindú del combate con arma blanca y con las manos desnudas. Todas las figuras que dibuja se inspiran en combates animales.

Ésas fueron todas las explicaciones que recibí entonces, ya que Netaji siguió sin detenerse mientras caminábamos por la galería abierta. Sólo tuve tiempo de echar una rápida ojeada al fantástico espectáculo que se desarrollaba ante mí. Dos hombres se saludaron, con las palmas juntas y el busto erguido, y acto seguido su cuerpo se recogió de pronto sobre sí mismo, con las rodillas dobladas y las manos abiertas tendidas hacia delante como si fueran garras, y luego se distendió para precipitarlos uno contra otro en un torbellino de polvo en el interior del cual giraban y peleaban como gatos salvajes. Sus movimientos, vivaces y furiosos, eran incisivos, terriblemente precisos. En mi vida había visto un combate como aquél. Los saltos que estos dos hombres efectuaban eran de una amplitud y una belleza prodigiosas, como si se hubieran liberado de su peso. Finalmente uno cayó al suelo y su adversario se precipitó sobre él, con los talones apuntando a su garganta. Si no hubiera apartado los muslos en el último instante para posar los pies sobre el polvo, a los dos lados del rostro del perdedor, no cabe duda de que éste hubiera acabado con la garganta destrozada y hubiera muerto asfixiado.

Reduje un poco la marcha, ávido por ver más. Un poco apartadas, vi a dos mujeres entrenando. Una, de blanco, llevaba un pequeño escudo redondo sobre su antebrazo izquierdo y sostenía una larga cinta de acero flexible en su mano derecha. La otra, vestida de azul, manejaba una lanza de punta aguzada, montada sobre un asta de madera de unos siete pies de longitud. Su enfrentamiento era encarnizado, acaso más espectacular que el duelo de los hombres. La cinta de acero que la combatiente del escudo sostenía con una especie de empuñadura cruciforme era tanto un látigo como una espada, y hendía el aire a su alrededor emitiendo horribles bufidos. La otra respondía lanzando golpes de filo y de estoque con su pica, haciendo deslizar de pronto entre sus dedos el mango aceitado para sorprender a su adversaria y descargar contra ella increíbles reversos. Sin duda ésta se veía favorecida por el mayor alcance de su arma, y juzgué que era también la más experimentada: utilizaba bien la respiración y procuraba alternar con regularidad sus fases de ataque y de defensa. Su adversaria, que visiblemente tenía menos experiencia en su arte, trataba, al contrario, de lanzar tantas ofensivas como podía, pero se agotaba pronto con este juego y podía verse que cada segundo que pasaba le hacía perder fuerzas y aliento. Finalmente, cuando parecía encontrarse ya al límite de sus fuerzas, la portadora del escudo soltó de pronto sus dos armas, el redondel de madera y el látigo de acero, y las lanzó lejos, abriendo ampliamente los brazos como una crucificada, ofreciendo sin presentar resistencia su pecho a la punta de su enemiga. Pero entonces, mientras todos contenían la respiración y la punta de acero estaba a punto de penetrar en la carne, sucedió algo increíble. Con sus palmas desnudas, como si cerrara las manos para aplastar a un insecto en pleno vuelo, la muchacha bloqueó la hoja de la pica con una presión tan intensa que la onda de choque repercutió en el asta, haciéndola vibrar con tanta fuerza que la combatiente que la sostenía la soltó. La muchacha de blanco recuperó con una torsión del cuerpo el arma que caía, y la giró con la velocidad del

relámpago para apuntar con ella a la frente de su desorientada adversaria.

Yo me había quedado sin aliento, y mi corazón debía de palpitar tan rápido como el de las gladiadoras, si no más. Hubiera querido asistir a otros combates, pero uno de los guardias de corps de Netaji me dio un empujón, obligándome a avanzar. Recorrimos la galería hasta el extremo y llegamos ante una puerta con los paneles reforzados con barras de hierro, que abrieron sin usar ninguna llave. Netaji me precedió y Darpán me rogó que entrara a mi vez. Vacilando, pero conminado a hacerlo, penetré en un cuarto sin ventanas, con el suelo extrañamente recubierto por una tela alquitranada marrón que crujía bajo mis pasos y que también subía por las paredes. Por todas las paredes. La única iluminación de la habitación procedía de dos lámparas de gas. A nuestra llegada, un hombre tendido en una estrecha cama de hierro a la europea trató de levantarse, pero debía de estar enfermo, porque enseguida cayó hacia atrás.

—Acérquese, señor oficial. Le presento a Erick Küneck... Nuestro muy apreciado invitado.

El halo de las lámparas era débil, y tuve que acercarme hasta la cama para distinguir los rasgos del hombre. Incrédulo, reconocí la nariz fina, la mandíbulas hundidas y la frente huidiza del personaje que había tenido delante durante más de una hora en el Harnett, la primera mañana de la vigilancia de Keller. El estado de Küneck era lamentable. Sus manos y su torso estaban envueltos en vendas. Tenía los ojos febriles y la tez casi tan pálida como la de un muerto. Por un momento creí que también él era víctima de un hechizo.

—Si bien le estamos prodigando nuestros mejores cuidados, por desgracia el señor Küneck aún está muy débil. Sin embargo, podrá hablarle y responder a sus preguntas, oficial Tewp. Pero tal vez antes deba explicarle por qué este hombre se encuentra entre nosotros en estos momentos. Sabe, ha sido un conjunto de circunstancias bien extrañas lo que nos ha conducido hasta él. Y usted está un poco en el origen de todo. En primer lugar, cabe señalar las órdenes que su jerarquía le dio de vigilar a esa mujer, Ostara Keller. Usted realizó su cometido con tanta torpeza, oficial Tewp, que fue fácil engañarle. Personalmente tengo mis dudas sobre esta historia de hechizos en la que Darpán parece creer con tanta firmeza. Desde luego, es una posibilidad que no puedo descartar por completo, pero considero mucho más sencillo imaginar que Keller se las ingenió para hacerle ingurgitar algún tóxico químico que le provocó esos dolores que tanto le hicieron sufrir, según me han dicho. En fin, poco importa ya eso. No sé si realmente se lo debe, pero Darpán afirma que le salvó. Acepto el romanticismo de este acontecimiento tal como él lo describe. Todo esto, al fin y al cabo, no es más que una anécdota.

Emití un sonoro gruñido que quería indicar que mi vida —igual que mi muerte— no podía considerarse como una simple nota a pie de página. Pero Bose no me prestó atención.

—Sea como fuere, Darpán se empeñó en averiguar más sobre esta mujer.

Localizó al hombre que usted mencionaba en la nota que le había reclamado. Lo encontró y lo... ¿Cómo decirlo?

—Le interrogué —precisó sobriamente el brahmán.

El laconismo del Bon Po provocó la risa de Bose.

—Sí. Eso es. Digamos que Darpán le interrogó. De un modo un poco apremiante, como puede constatar —dijo Netaji señalando negligentemente al pobre tipo jadeante, que apenas se movía sobre su camastro.

—No juegue con las palabras, Bose. Darpán torturó al alemán —escupí con desprecio lanzando una mirada de odio al sacerdote.

Por más que este individuo me hubiera salvado y hubiera purgado el cuerpo del pequeño Khamurjee del veneno de serpiente que lo infectaba, ahora sólo sentía odio hacia él. La horrible escena orgiástica de la que, por azar, había sido testigo la víspera, ya me había infundido desconfianza hacia este hombre. Lo que luego había sabido de boca de *madame* de Réault no había hecho sino alimentar esta repulsión naciente. Y el espectáculo penoso que ofrecía ahora Erick Küneck había acabado por culminar aquella imagen odiosa del brahmán del turbante negro.

—Sí, le torturó —admitió Netaji—. Sin duda por malas razones y utilizando un pésimo procedimiento, se lo concedo. Pero para conseguir una buena pesca...

—¿Le ha revelado el paradero de Keller? —le corté, de pronto interesado por lo que iba a revelarme el jefe del Partido Nacionalsocialista.

—Tal vez. Sin embargo, eso ya no es lo importante. Señor Küneck, ¿está en situación de repetir a este oficial inglés lo que nos ha estado explicando?

Por miedo ciertamente, y sin duda por lasitud, Küneck habló. Durante cerca de una hora, con voz débil pero firme, desgranó lo que sabía de la historia de Ostara Keller, de los objetivos de su misión, y relató cómo, bruscamente, la situación había dado un vuelco. Según él, Keller había sido enviada a las Indias a petición de Donovan Phibes, un informador inglés que colaboraba con el SD Ausland desde hacía mucho tiempo y en quien los alemanes tenían absoluta confianza. Ese hombre, Phibes, había advertido muy pronto a los servicios secretos de Heydrich de la llegada a Bengala de Simpson. Keller había sido destinada al lugar para estudiar sobre el terreno la posibilidad de eliminar discretamente a la americana. Allí había establecido contacto directo con Donovan Phibes, un funcionario que ocupaba un puesto de relevancia en la administración imperial. Éste había trabajado con ella para proporcionarle vías de salida del país en cuanto hubiera cumplido su misión. También le había procurado dinero, preparado apoyos diversos y proporcionado abundante información sobre los desplazamientos previstos de Eduardo VIII y su amante. Era un hombre terriblemente bien informado. Demasiado bien informado, incluso. Esto había alertado a Keller. Con Küneck, había dado vueltas al problema, examinándolo desde todos los ángulos posibles. Indicios, detalles, verificaciones, deducciones diversas habían acabado por poner a los dos espías en la senda de la verdad: desde el inicio, ellos habían sido unos meros peones. Desde el inicio, Phibes los manipulaba.

Phibes —Keller había adquirido esta convicción— no se contentaba con asesinar a Wallis Simpson. Quería acabar también con Eduardo VIII, y que la responsabilidad por este doble asesinato recayera sobre los alemanes.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué un inglés querría montar semejante maquinación?

—Para desencadenar cuanto antes una guerra con mi país —respondió el agente del SD en un estertor.

—Alemania aún no está preparada para la guerra, oficial Tewp —intervino Netaji, al ver que el prisionero estaba exhausto—. Llegará un día en que podrá desafiar a toda Europa. Llegará un día en que será bastante poderosa para eso, tanto que incluso también podrá ayudarnos en la lucha que mantenemos por nuestra independencia. Pero aún no ha llegado esa hora. Los más clarividentes entre los antiguos aliados, franceses, ingleses (incluso americanos), son perfectamente conscientes de esto. Para ellos, atacar a Alemania y derribar a los nacionalsocialistas antes de que sea demasiado tarde es la única forma razonable de evitar una nueva guerra larga, terrible, sin duda más sangrienta que el conflicto de 1914. Asesinar al rey de Inglaterra y hacer cargar con la responsabilidad al SD es una obra de gran patriota. Donovan Phibes es un gran patriota. Pero es nuestro enemigo. Porque si su proyecto triunfa, Alemania será vencida, el poder de Inglaterra quedará reafirmado por cincuenta años y la India no será libre antes del próximo siglo. ¡Lo paradójico de esta situación, teniente Tewp, es que nuestro enemigo es también el suyo, ya que Phibes proyecta asesinar al rey al que usted ha jurado fidelidad!

Los ojos fríos de Netaji se habían hundido en los míos como para hipnotizarme, y cual conejo fascinado por la serpiente, yo ya no podía moverme, ni siquiera podía pensar. Las revelaciones de Bose habían abierto una grieta en mis convicciones; o más bien una serie de grietas. Mis certezas no eran ya más que un vidrio frágil que se resquebraja bajo una repentina granizada. Ya no estaba seguro de nada. Este hombre podía haberme mentado, claro está. Podía haber drogado a Küneck para hacerle mantener un discurso acorde a su voluntad. O sencillamente haberle amenazado con seguir torturándole. Todo era posible. Sin embargo, la exposición de Bose era coherente. Un alto responsable inglés —del gabinete de Asuntos Exteriores, probablemente—, al tanto de la situación internacional, podía haber tenido la clarividencia necesaria para anticipar las consecuencias de un nuevo conflicto que enfrentara a Inglaterra y Alemania en el curso del próximo decenio. Después de dieciocho años de ocupación francesa, Berlín acababa de recuperar la cuenca industrial del Ruhr. Su aviación empezaba a desarrollarse de nuevo y había enviado a España un cuerpo expedicionario, simbólico pero eficaz, para combatir junto a las tropas antirrepublicanas. Industrial y operativamente, todo indicaba que antes de diez años Alemania volvería a estar en condiciones de inflamar el continente europeo. Que un hombre decidido conspirara para precipitar los acontecimientos y perforar cuanto antes el absceso del nazismo parecía, al fin y al cabo, plausible. Sin embargo, necesitaba otras pruebas antes de aceptar esta versión. Otras explicaciones...

—¿De modo que Darpán secuestró a Küneck sin tener la menor idea de toda esta trama?

—Netaji ya se lo ha explicado, Tewp. Yo estaba interesado en Keller porque quería determinar las fuentes de sus conocimientos ocultos. Es una maga negra muy eficaz. Estoy seguro de que tendría muchas cosas que enseñarme. Pero de hecho, Küneck apenas sabe nada de los particulares talentos de esta mujer. En cambio, cuando le «interrogué», me reveló la existencia de Donovan Phibes y me explicó que el SD había aceptado la proposición de este último de eliminar a Wallis Simpson para que Eduardo VIII permaneciera en el trono. También me dijo que Keller había adivinado finalmente las motivaciones profundas del informador. Juzgué que esto era importante para la causa de la libertad. Hice avisar a Netaji y se lo expliqué todo. El ordenó entonces que curaran a Küneck y luego quiso verle a usted. Ya conoce lo que sigue.

—Pero usted sólo se basa en suposiciones y en las palabras de un hombre llevado al límite por los malos tratos que le ha infligido. ¡Ninguna prueba tangible apoya la tesis de un complot inglés para asesinar al rey con la colaboración de una asesina alemana! Y además, nuestros servicios estuvieron muy cerca de detenerla hace dos noches. ¡Lo sé porque estaba allí!

Oí suspirar a Bose, como si mi comentario le crispaba los nervios.

—Claro que le enviaron a usted y no a cualquier otro al frente de un pelotón de incapaces —exclamó—. Hardens es, qué duda cabe, uno de los cómplices de Phibes. El se encargó de designar a un teniente ingenuo de poca monta y sin experiencia como usted para que capturara a una asesina del SD, llevando como refuerzo a un equipo de militares demasiado impulsivos para conducir esta operación correctamente. Frente a ella, su unidad no tenía, evidentemente, ninguna posibilidad.

—Pero ¿por qué demonios iba a proceder de ese modo?

—Para darle la impresión de que Keller se encontraba efectivamente acosada. Y de que usted encabezaba la caza —añadió Küneck, que se había rehecho un poco.

—Donovan Phibes necesitaba a un ingenuo —continuó Bose—. Un hombre de buena fe que podría dar testimonio de los esfuerzos realizados por Hardens para detener a esta mujer. Y un hombre, también, que podría acumular las pruebas de cargo contra los alemanes después de la muerte del rey y de su amante. Un hombre simple. Un hombre honesto. ¡Usted, teniente!

Al escuchar estas revelaciones, sentí como si una tenaza de hierro me oprimiera el cráneo. Un dolor punzante surgió en mi nuca, me perforó el cerebro en línea recta y estalló en mi frente. Creo que, en ese instante, incluso mi propia muerte me hubiera parecido dulce. Bose y Darpán se habían acercado a mí. Uno se secaba los vidrios de sus gafas empañadas por el ambiente cerrado de la habitación, y el otro, un poco más atrás, me observaba sin sonreír.

—Pero ¿por qué tienen que confesarme todo esto? —les pregunté—. ¿Qué papel pretenden que represente?



—Le necesitamos, oficial Tewp, porque sabemos que Hardens le ha designado para acompañar a Wallis Simpson durante su estancia en Calcuta. Por el relato del señor Küneck, es posible que Phibes ignore aún que Keller ha descubierto su juego, a pesar de que la austríaca no se ha presentado en el escondite que él le había preparado para un caso de emergencia. Porque es un hecho: nadie sabe dónde se encuentra Keller actualmente. En adelante, los golpes pueden proceder de cualquier parte. Ya que se ha ganado un asiento en primera fila, Tewp, ahora es a usted a quien corresponde mover pieza. Y procure no equivocarse de diana cuando los acontecimientos se precipiten.

—Hay un punto que sigo sin entender, Bose. Si tengo que creerle, Phibes pretende eliminar al rey y hacerlo pasar por un atentado organizado por los alemanes.

—Exacto.

—Pero esto es estúpido. ¡Todo el mundo sabe que si Berlín tiene interés en desembarazarse de Simpson es precisamente para que Eduardo permanezca en el trono y no sea reemplazado por Jorge VI! ¡Su historia no se sostiene!

—Evidentemente, aún hay una sutileza, Tewp. Darpán, se lo ruego, ¿quiere responder por mí?

—Tal vez todavía haya un detalle que ignora, teniente. Algo que su superior Hardens aún no le ha revelado. Una vez haya finalizado la parte oficial de su visita, el rey ha decidido permanecer unos días en las Indias en visita privada, con su amante. Residirá aquí, en Bengala. Creemos que es ahí donde golpeará Phibes, de un modo u otro. Habrá un atentado que apuntará, aparentemente, sólo a Simpson, pero del que Eduardo también será víctima... un accidente... Sin embargo, el resultado estará ahí. La versión oficial de los acontecimientos que se dará al mundo será que espías alemanes han asesinado al rey de Inglaterra. Éste será el detonante que desencadenará la guerra en Europa.

—Si Eduardo muere aquí, en Bengala, con su amante, estallará un conflicto de gran envergadura en la semana posterior al drama. ¡Imagine el desastre! Le guste o no, Tewp, usted es una de las contadas personas que puede impedir que esto suceda. De modo que reflexione, porque ahora es usted quien debe decidir el papel que quiere representar.

Hubo un silencio. Yo ya no sabía qué decir ni qué pensar. La exposición de Netaji me había turbado más de lo que quería confesar. Aún confuso, busqué una forma de prolongar la conversación con la esperanza de entresacar alguna información inédita, una pista nueva que explorar.

—¿Qué será de Küneck? —pregunté por fin señalando con el mentón al pobre tipo, que se había puesto a gemir de nuevo en su lecho de dolor.

—Temo que nuestro amigo Darpán se haya excedido un poco con él. Objetivamente es nuestro aliado. Pero se encuentra en un estado lamentable. Ha revelado todo lo que podía comunicarnos. En lo que a mí concierne, su suerte me es indiferente. Que Darpán decida.

Una gran sonrisa iluminó entonces el rostro oscuro del Bon Po, que en dos zancadas volvió junto al lecho del alemán, y, tras desenvainar un largo puñal de doble hoja que llevaba oculto bajo sus ropas, degolló al desventurado sin la menor vacilación. El sacrificado se agitó durante más de un minuto en su cama como una hoja zarandeada por el temporal, pero no gritó. Su lengua, su boca, su laringe, estaban demasiado resacas para eso. La sangre manchó el suelo y las paredes, cayendo sobre la tela alquitranada que habían extendido en la habitación sabiendo que aquel lugar se convertiría en un matadero. Salí al pasillo y me apoyé en la pared, a punto de vomitar. Bose me siguió. Ajustándose las gafas sobre su nariz en forma de botón, Netaji, el Guía, me dirigió una mirada de reproche, como si fuera indecente que mostrara compasión hacia el hombre del SD.

—Tiene usted un alma sensible. Si se equivoca de campo, Tewp, le espera esa misma suerte. De modo que recuerde nuestra conversación, porque nuestra entrevista ha terminado.

Bose chasqueó los dedos como un sultán de otros tiempos, y acto seguido dos de sus guardias me sujetaron por los brazos y me condujeron con firmeza al exterior. El patio donde se desarrollaban los entrenamientos de *kalaripayatt* estaba ahora desierto. De una de las alas del gran edificio se elevaban cantos graves. En el crepúsculo, la calma de las oraciones reemplazaba a la furia de los combates. Darpán nos seguía a distancia. Me hicieron subir al coche que me había traído, y el brahmán se instaló a mi lado. Cuando manifesté mi sorpresa por que me dejaran observar libremente los alrededores, sonrió.

—¿Para qué le serviría reconocer esta casa? Ya ha cumplido su función. Dentro de una hora estará vacía, y el cadáver del alemán habrá sido desmembrado y arrojado a las ratas de las alcantarillas. En cuanto a Netaji, habrá partido de nuevo a Delhi...

—Y usted, Darpán, ¿dónde estará dentro de una hora?

—Quién sabe, David Tewp, quién sabe...

## LA LLEGADA DE LA ESCANDALOSA

El alba siguiente nos sorprendió ya en plena tarea, a Swamy y a mí, en mi nuevo despacho de los Grandes Apartamentos. En diez minutos despejamos una zona para que el caporal se instalara a su gusto, y luego pasamos la mañana relejendo detalladamente el programa que nos habían entregado. Quedaba claro que Simpson no estaba sometida a ninguna obligación oficial. Su presencia en las Indias tenía todas las características de un puro desplazamiento privado y no debía ser mencionada a la prensa ni a nadie ajeno al servicio. Swamy y yo estábamos obligados a mantener la reserva sobre este tema y éramos perfectamente conscientes de que faltar a este deber nos costaría nuestra carrera.

—¿Dónde se alojará esta mujer? No se habla de eso en ninguna parte.

—Protocolo de seguridad —precisé—. Deberíamos saberlo hoy. Londres aún se reserva esta información.

—Seguramente será en el gran hotel Ascot —aventuró Swamy—. Es el mejor de la ciudad.

—¿Mejor que el Harnett? —pregunté mientras recordaba el lujo del hotel donde Keller había residido durante un tiempo.

—Incomparable, mi teniente. El Ascot es un establecimiento de primera clase para...

—... ¿personas de primera clase?

—Sin ninguna duda, mi teniente —respondió Swamy sonriendo con todos sus dientes.

Luego, a falta de mejor ocupación, decidimos buscar fotografías de la señora Simpson para hacernos una idea del personaje.

—¿Dónde podríamos encontrar un retrato de esta lady, Swamy? —pregunté.

—¡Ciertamente no en el *Pickaxe*, mi teniente! —dijo bromeando, haciendo alusión a la gaceta del cuerpo de ingenieros.

¿Dónde se podía, de hecho, encontrar en un cuartel, por grande que fuera, algún periódico interesado en presentar a la señora Simpson a sus lectores?

—Tal vez en una de las salas de espera del hospital —sugirió el caporal, encantado de haber tenido aquella inspiración repentina.

Nos dirigimos al edificio sanitario y fisgoneamos por allí hasta que dimos con un montón de revistas ilustradas que subimos a nuestro despacho para hojearlas con calma. Había *Esquires*, *Harper's Bazaars* y también una revista muy reciente, *Life*, en la que encontré la primera fotografía de Wallis Simpson. Era una foto de gran tamaño y nítida que nos permitió hacernos una idea precisa del rostro y del aspecto general de esta mujer morena con un curioso físico afilado, hombros delgados y caderas rectas de muchacho.

—No parece de trato fácil —comentó sobriamente Swamy.

En efecto, esta mujer, todo dureza y frialdad, no parecía fácil de tratar. Y era bastante fea también, a juzgar por el retrato. Me pregunté qué podía encontrar nuestro rey Eduardo en ella. Suspiré; presentía que los días que se avecinaban no iban a ser fáciles para mí. Esa noche leí algunas buenas páginas de Joseph Conrad, en las que encontré a la vez distracción y energía, y luego, una hora después de la medianoche, apagué las luces y me dormí, con mis dos uniformes nuevos cuidadosamente cepillados y colgados de grandes perchas.

La mañana siguiente pasó en un suspiro. Hardens volvió a atiborrarme de órdenes y consejos, y al final me confirmó la hora de llegada de la amante del rey al aeródromo, entre las cinco y las seis de la tarde. Pasé, pues, el resto de la jornada en una febril espera. Me sentía nervioso como un actor en el día de su estreno. ¿Ejecutaría correctamente mi papel? ¿Iba a dar la réplica adecuada? Era imposible saberlo, y me sentía cada vez más angustiado ante la idea de tener que frecuentar a unas gentes procedentes de un mundo tan ajeno al mío.

—¿Quiere que le enseñe cómo conducir a *Daisy*, mi teniente? ¡Esto nos evitaría a los dos ir dando vueltas de un lado a otro sin hacer nada! —me propuso Swamy, al que la inactividad volvía taciturno como un perro enjaulado.

Aunque en un principio la sugerencia me pareció poco tentadora, al fin me dejé convencer. Mis inicios como conductor no fueron gloriosos precisamente, pero por suerte, la lección se desarrolló lejos de los barracones, en la zona más aislada —y la más hundida también— del campo de entrenamiento. Swamy me mostró los mandos principales de *Daisy*: los frenos, el acelerador, el embrague, el indicador de velocidad, el de la gasolina, y luego puso el vehículo en marcha y rodó a la velocidad mínima durante diez yardas antes de pasarme el volante.

Pronto se demostró que no llevaba el pilotaje en la sangre. Me equivocaba sistemáticamente de pedal, acelerando cuando quería reducir la velocidad y deteniéndome cuando mi intención era dar gas, y me lanzaba directamente hacia los baches que salpicaban el terreno con una constancia sorprendente. Todo se balanceaba en la cabina: las lonas de las portezuelas, los asientos y nosotros mismos, abominablemente zarandeados por mi conducción errática, con paradas bruscas, arrancadas laboriosas y tiempos muertos seguidos de aceleraciones repentinas. Al cabo de una hora larga de este penoso ejercicio, me dolía el brazo de tanto sostener el volante, y las nalgas de tanto tensarlas. Swamy se apretaba la frente con la mano, porque uno de mis frenazos le había lanzado con bastante fuerza contra el parabrisas. Y sobre todo yo me encontraba desanimado y estaba convencido de que nunca sería capaz de conseguir ningún progreso en este arte. Mis torpezas acabaron por agotar las reservas de paciencia del caporal, que bajó del vehículo mirándome con aire apenado.

Y por fin llegó la hora fatídica en que tuve que abandonar a mi nuevo ordenanza para dirigirme, sólo en compañía del coronel Hardens, al aeródromo militar, donde, escoltado por dos cazas Hurricane, un Lancaster de transporte civil debía traernos a

lady Simpson. Eran las cinco y cuarto. Hacía viento y unas altas nubes grises presagiaban tormenta para la noche. Hardens estaba tenso y no paraba un instante de abrir y cerrar sus grandes manos. Yo había subido delante, en el asiento del copiloto, y podía verle por el retrovisor, instalado en solitario en el asiento trasero de la limusina.

—Aún no me ha dicho en qué hotel se alojará nuestra huésped, coronel —le hice notar mientras avanzábamos por la carretera que conducía al campo de aviación.

El silencio incómodo me dio mala espina. Insistí.

—¿Mi coronel? ¿Dónde residirá lady Simpson?

Oí un carraspeo, y luego otro, antes de que la voz de mi superior se decidiera por fin a franquear sus labios.

—Yo mismo no lo he sabido hasta bien avanzada la mañana. La señora Simpson se instalará en casa de unos viejos amigos suyos. Gente... gente que forma parte de su círculo más íntimo. Y que ha sido introducida hace tiempo en el entorno de nuestro soberano Eduardo VIII. Gente respetable en todos los sentidos, no se preocupe...

—¿Sir y lady...? —empecé, dejando que Hardens acabara la frase.

—Sir y lady Galjero... ¡Shapur Street! —explotó finalmente, contrariado—. ¡En un momento u otro tenía que saberlo, demonios!

Sentí que se me encogía el corazón. Me volví para tener una conversación cara a cara con Hardens. Curiosamente, no me sentía sorprendido por esta revelación. Bien al contrario, era como si la hubiera estado esperando desde el instante en que se me había informado de la visita de Simpson a las Indias y su estancia temporal en Calcuta. Podría decirse que todo aquello entraba... en el orden de las cosas. Que formaba parte de un encadenamiento lógico de catástrofes. Tenía la sensación de que sostenía en la mano una botella que algún loco iba llenando con ingredientes detonantes, sin que yo pudiera intervenir hasta la inevitable explosión final.

—Mi coronel... ¿Cómo podemos dejar que la señora Simpson se instale en casa de unas personas de las que sabemos con certeza que recibieron la visita de Keller?

—¡Eso no lo vio con sus propios ojos, Tewp! Lo sabe por los cotilleos de un taxista. No es una prueba. Y además, se han tomado todas las precauciones. Se ha realizado una investigación a fondo sobre estos Galjero. Por parte de la Firma, claro. Por Scotland Yard, también. Y sin duda por otros servicios... Si existiera la menor duda sobre su honestidad, puede estar seguro de que hubiéramos hecho lo imposible para que Simpson cambiara de opinión. Pero no se ha encontrado nada. Los Galjero están blancos como la nieve. No hay nada que reprocharles. Simpson los conoce desde hace años. Bastante antes incluso de que conociera al rey. ¿Cómo quiere prohibirle que los frecuente? Después de todo, a pesar del follón que nos ha organizado, esta borrica es una persona privada. ¡Y una extranjera, para acabarlo de arreglar! Aunque tuviera ganas de pasar un domingo en casa de Jack el Destripador, no nos quedaría otro remedio que dejarla hacer.

—Pero, en fin —protesté, crispando los dedos sobre el asiento—, usted sabe muy

bien que el objetivo de Keller es matar a Wallis Simpson. Si estas personas son sus cómplices, para ella será un juego de niños conseguirlo...

—¿Y por qué cree que le envió como pastor, Tewp? ¿Para que lleve los paquetes a esa buena mujer? ¡Utilice un poco el cerebro, amigo mío! Y le prevengo: ¡si la americana la palma por su culpa, no le entregaré a Gillespie para que se divierta, no, sino a todos los oficiales ingleses desde el paso de Jaibar hasta Borneo!

Hardens hundió sus puños en los bolsillos y se encogió en su rincón como un cangrejo ermitaño en su concha. Fin de la discusión. Lo quisiera o no, tendría que hacerme cargo, con apenas ayuda, de controlar una situación desatinada y diplomáticamente explosiva. El carácter arisco de la amante del rey pasaba de golpe a ocupar el último lugar en la lista de mis preocupaciones. El coche franqueó las rejas del aeródromo y se detuvo justo al borde de la pista de aterrizaje. Hardens y yo bajamos en silencio, guardándonos en el ínterin nuestros temores y nuestras quejas.

¿Hubiera servido de algo compartirlas? Esperamos unos minutos, y luego tres oficiales de la Royal Air Force se acercaron para anunciarnos que el avión estaba realizando las maniobras de aproximación. Giramos la vista hacia el norte, donde un punto empezó a crecer en el cielo mientras el zumbido del doble motor de hélice cubría poco a poco cualquier otro ruido. Sentí deseos de marcharme. De abandonar este lugar donde no me sentía en mi sitio y desaparecer en un agujero donde nadie pudiera encontrarme jamás. Pero no ocurrió nada de eso. Me quedé ahí quieto, estoicamente, con las manos solemnemente cruzadas a la espalda, tan rígido como una estatua en mi uniforme almidonado, con la mirada fija en la manga de aire de colores abigarrados que chasqueaba al viento. El Lancaster tocó el macadán, rebotó una vez en un largo salto airoso que hizo perder un buen grosor de goma a sus neumáticos y luego se posó del todo y rodó hasta nosotros. El piloto abrió el vidrio lateral de la cabina para saludarnos con la mano. Más arriba, planeando justo por debajo de las primeras nubes, dos Hurricane giraban sobre nosotros en un vuelo de protección.

—Empieza el espectáculo, teniente. Interprete su papel de lacayo pero no pierda de vista nada de lo que le rodea —articuló Hardens antes de franquear con paso mecánico la corta distancia que nos separaba de la escalera de desembarco, que ya colocaban bajo la puerta del aparato.

El cielo era de un gris muy hermoso, dorado por el sol bajo. Hacía calor. Un soplo de aire nos acariciaba el rostro. La señora Wallis Simpson, favorita de nuestro soberano Eduardo VIII, posible futura reina de Inglaterra y emperatriz de las Indias, apareció en la plataforma, radiante, vestida con un traje sastre ajustado de seda azul que armonizaba con su silueta, ya de por sí menuda, haciéndola más fina, flexible y amenazante que una venenosa liana de la jungla. No hubo fotografías. No hubo ramos de flores torpemente entregados por un niño. No. No hubo nada de todo eso. La única muestra de protocolo se limitó a una breve presentación por parte de un ordenanza que había viajado con la protegida del rey y que parecía visiblemente aliviado por

poner de este modo término a su misión. Hubo algunos esbozos de sonrisa helados, una larga mano enguantada negligentemente tendida hacia el coronel, un amago de mirada hacia mí, y eso fue todo. La americana subió a la parte trasera de nuestro vehículo sin más formalidades y partimos en tromba hacia Shapur Street, dejando que dos camareras y una colección de *privates* se ocuparan de llevar las maletas de la Simpson a su destino. Desde mi puesto junto al conductor, traté de lanzar alguna ojeada a la pasajera instalada en la parte trasera, procurando ser muy discreto. Hardens, que no era hombre que soportara el silencio mucho tiempo, creyó cortés interrogar a la dama sobre el viaje que acababa de efectuar y otras banalidades del mismo fuste. Se iniciaron algunos parloteos amables a los que apenas presté atención, concentrado en analizar la situación en la que acababan de meterme. En breve, nuestro coche atravesaría las avenidas del parque de la villa Galjero. ¿Qué podía hacer yo para impedirlo? ¡Nada! Nada me salvaría esta vez del peligro que me amenazaba. Keller se había esfumado. No cabía duda de que estaba ahí, rondando a la espera de que llegara su hora. ¿Y si, en contra de lo que me decían, mis imaginaciones eran ciertas?

El coche había dejado atrás los campos para entrar en los arrabales de la ciudad. Pasamos a lo largo de un cementerio, de un aserradero industrial y, un poco más lejos, de una misión jesuita y un dispensario. En un cruce atestado de ciclistas, carretas tiradas por asnos, porteadores y vacas flacas que deambulaban sin preocuparse en absoluto por los atascos que creaban, giramos hacia el sur por una larga avenida que conducía a los barrios residenciales europeos. Aunque los latidos de mi corazón y la agitación de mi espíritu se habían calmado, las palmas de mis manos seguían húmedas. Me las sequé frotándolas contra los muslos y eché una ojeada por el retrovisor. Hardens y Simpson habían acabado con los cumplidos. Ahora miraban cómo el paisaje desfilaba por el vidrio sin preocuparse el uno del otro. Grandes manchas de sudor aureolaban las axilas de Hardens. Simpson, en cambio, parecía tan fresca como un capullo de rosa. El chófer aminoró la velocidad y dobló por fin por Shapur Street. Aún no había caído la noche, pero la zona del vasto parque que se extendía ante el edificio ya se encontraba completamente iluminada por teas, antorchas y fuegos que ardían en altos pebeteros de vidrio. El espectáculo era soberbio. Bajo estas luces fantásticas, pavos reales e ibis se deslizaban como espíritus por el césped, batiendo sus alas bajo cenadores floridos, lanzando sus gritos de almas en pena junto a los estanques y las fuentes de aguas claras. El coche se detuvo ante la fachada de la casa, una inmensa vivienda muy larga, muy blanca, con una gran terraza delante. Dos siluetas esperaban, finas y erguidas, en un rincón en sombra. Dalibor y Laüme Galjero. Las pulsaciones de mi corazón se aceleraron y tuve la sensación de entrar en una nube de algodón. Noté como si, en cierto modo, mi espíritu abandonara mi cuerpo. Me sentía muy lúcido, presente en el instante que estaba viviendo, pero al mismo tiempo perfectamente despegado de la escena, como si la parte esencial de mi ser se hubiera retirado a un lugar donde nada ni nadie podría

alcanzarle nunca.

Bajé el primero del coche y abrí la puerta de la señora Simpson: un *butler* experto en las sutilidades de la etiqueta con años de servicio a sus espaldas no lo hubiera hecho mejor. Luego, mientras la americana ponía pie a tierra, retrocedí tres pasos para permitir que sus anfitriones vinieran hacia ella. Mientras los dos personajes bajaban el tramo de peldaños, me atreví por fin a dirigirles una mirada directa. Los rasgos de sus rostros ya me eran conocidos, igual que el perfil de sus siluetas. Nada, pues, me sorprendió realmente en su fisonomía. Pero lo que me causó un gran impacto fue el magnetismo, el carisma innegable que irradiaban. A imagen de las estrellas de cine o de los grandes cantantes de ópera tal vez. Aunque en realidad era mucho más que eso. Mucho más que una belleza formal. En ellos había otro rasgo que habría que definir con una palabra que debería ser a la vez simple y cargada de fuerza. Un término al mismo tiempo preciso, contundente y nítido, pero también abierto y solemne. No se me ocurre otro mejor que el de misterio. Sí, esas personas ocultaban un misterio. O mejor aún, encarnaban el misterio. Ante ellos, uno tenía la sensación de encontrarse frente a unas grandes fieras salvajes. Era algo a la vez arrebatador y terriblemente humillante. Entre ellos y la señora Simpson se produjo un intercambio de fórmulas de cortesía que revelaban una larga amistad y una gran confianza también. Hardens fue presentado, y luego me llegó el turno. Durante medio minuto, todas las miradas se volvieron hacia mí, pero sólo se pronunció mi graduación y no me estrecharon la mano. Aquí yo no era más que una simple función. No una persona. Lady Galjero me otorgó la gracia de una débil sonrisa, pero creí ver brillar ya en sus ojos verdes cierto asomo de burla. El coronel y yo dejamos luego que la pareja se ocupara de la recién llegada. Los tres entraron en la casa mientras Hardens me transmitía discretamente sus últimas recomendaciones.

—Dos piquetes de vigilancia harán guardia desde ahora en las inmediaciones de la casa. Saben quién es usted. Si necesita refuerzos, llámeles. Aparte de esto, tómeselo con calma y no meta la pata. Guárdese su orgullo en el bolsillo y deje sus problemas personales en el vestuario. Quiero que estos días transcurran sin incidentes. Ahora le dejo... ¡Buena suerte!

Saludé a mi superior y me quedé mirando hasta que el coche que nos había llevado hasta allí desapareció al extremo de la avenida. Un sirviente hindú vestido con un vistoso traje tradicional que recorría la gama de los rojos más luminosos vino hacia mí.

—Soy Jaywant, teniente. El segundo mayordomo. Si es tan amable de seguirme hasta su habitación, procederemos a su instalación de inmediato.

Le seguí hasta el edificio. Subimos al segundo piso y Jaywant abrió una puerta al fondo de un largo pasillo con un suelo de mármol que brillaba como un espejo.

—Hemos pensado que esta habitación le convendría, teniente. Se encuentra en el mismo piso que la *suite* de lady Simpson, pero una habitación inocupada le separa de ella. ¿Satisface esto sus exigencias?



Impresionado por el lujo que descubriría, no respondí nada. El sirviente tomó mi silencio por una señal de descontento.

—Si este lugar le parece poco confortable, tal vez podríamos tomar otras disposiciones —empezó en un tono sinceramente apenado.

Por descontento, rechacé la oferta. La habitación, amplia y tranquila, adornada con enormes ramos de flores frescas y con las paredes revestidas con admirables sederías de Cachemira que representaban escenas mitológicas de combates entre dioses arqueros y monstruos negros de expresión aterrorizadora, era realmente magnífica. Jaywant me mostró el cuarto de baño con doble ventana y luego corrió las puertas de un ropero perfectamente equipado con diversos objetos de tocador dispuestos para mi uso.

—Toallas, jabón de afeitar, navaja, fragancias... Si encuentra a faltar alguna cosa, infórmeme inmediatamente. Me han asignado a su servicio exclusivo durante todo el tiempo de su estancia entre nosotros.

Debo confesar que todas estas atenciones me satisficieron en grado sumo. Aunque me hubieran desdeñado durante las presentaciones, era evidente que yo era una persona esperada aquí. Moralmente aquello me hizo bien. Pregunté a Jaywant por las costumbres domésticas de la casa: horario aproximado de las comidas, consignas particulares que respetar en presencia de los Galjero... ¿Formulaban sus señores exigencias especiales? ¿Apreciaban más tal o cual tipo de comportamiento? ¿Había tal vez algo más que debiera saber?

—El señor y la señora Galjero son personas muy sencillas, señor oficial —respondió Jaywant—. De costumbres muy tranquilas y de trato afable. No creo que deba modificar en nada su comportamiento para agradecerles.

—¿Hay otros invitados aparte de la señora Simpson actualmente?

—Nadie. El señor y la señora Galjero están demasiado felices de poder gozar de la presencia tan poco frecuente de lady Simpson para estropear estos instantes con otros residentes. —Bajó los ojos antes de continuar—. La cena se servirá dentro de una hora, señor. Se le instalará en una habitación adyacente a la sala donde el señor y la señora Galjero recibirán a su huésped. Su comida será la misma que la suya. Vendré a buscarle. Que descanse, señor oficial.

Y salió, después de haberme entregado la llave de mi habitación. Permanecí un momento inmóvil, preguntándome sobre la actitud que debía adoptar. De hecho, las cosas no se presentaban tan mal. Tácitamente, al parecer se había convenido que yo no sería más que humo en esta casa, una sombra de presencia. Sólo un criado vestido con un uniforme marrón claro en lugar de con una chaqueta de colores vivos. Y lo juzgaba satisfactorio. En el mejor de los casos me dirigirían la palabra una o dos veces al día para saludarme y para despedirse, y en el peor, guardarían silencio al verme y me dejarían hacer mi trabajo sin prestarle ninguna atención. Empezaba a recuperar un poco de confianza. Yo que me había preocupado tanto ante la perspectiva de tener que tratar con Simpson y los Galjero en su vida cotidiana,

entreveía ahora un desenlace feliz para esta misión. Mis músculos se relajaron de golpe. Me dejé caer en la cama y cerré los párpados por unos instantes.

«¡Cuidado, Tewp! ¡No te duermas! No te dejes deslumbrar por todo este lujo que te rodea. ¡Es la mirada brillante de la serpiente que quiere debilitar a su presa!».

¿Qué? ¿Quién había hablado? ¿Una presencia desconocida aquí, en esta habitación? ¿O simplemente una parte de mí mismo que se negaba a dejarse mecer por la tranquilidad de las apariencias? Sí, eso era. Mi voz interior. ¡Mi instinto! Ansioso. Febril. Olfateando el peligro y la mentira en todas partes bajo los halagos y las conveniencias. Adivinando aquí y allá trampas y venenos bajo el mármol de los muros, los ocres de los frescos...

«¡David! ¡David, muchacho! ¡Sobre todo no te olvides de Keller! De Keller y del SD, de Bose y de Darpán... ¡Engrasa tu arma en lugar de frotarte los galones! ¡Entrena tu brazo en lugar de jugar como un niño!».

Súbitamente recuperé la lucidez, y me rocié el rostro con agua fría. Cuando Jaywant vino a buscarme, había recuperado el dominio de mí mismo y era perfectamente consciente de que había puesto el pie en el territorio de las serpientes.

Ningún elemento notable marcó esta primera velada. Como me había advertido el sirviente, me invitaron a sentarme, solo, en una mesa dispuesta en un saloncito que daba al comedor donde servían a Simpson y a los Galjero. De sus voces sólo me llegaba una melodía vaga, sin timbre ni auténticas modulaciones. De vez en cuando se escuchaban risitas, pero yo no podía adivinar qué comentarios las habían provocado. Sin llegar a estar cerrada del todo, la puerta que separaba las dos habitaciones no estaba lo suficientemente abierta para que pudiera oírles bien, y además, y sobre todo, yo no prestaba atención a lo que se decía. Igual que no me hubiera permitido abrir una carta que no me estuviera dirigida, no me sentía autorizado a escuchar tras las puertas. La constatación de este escrúpulo me divirtió. «La información no es un asunto de hombres civilizados, Tewp. ¡No, decididamente no es una materia propia de espíritus refinados!», me había advertido el capitán Gillespie en nuestro primer encuentro. Y en lo que a mí respectaba era cierto, me resultaba muy difícil hurgar en la vida de la gente, violar su intimidad, interesarme por sus historias personales. La causa tenía que ser importante para que me decidiera a hacer algo así. Pero si efectivamente se daba el caso, posiblemente pudiera encontrar en mí recursos suficientes para eliminar obstáculos que otros, menos escrupulosos y más convencionales, no hubieran podido superar. Cogí en mi palma un pesado cubierto de plata, un soberbio cuchillo que llevaba el cuño de las antiguas manufacturas reales de Francia, y me entretuve captando mi reflejo en la hoja. Mis ojos brillaban, mi corazón latía con calma y fuerza en mi pecho... Me sentía confiado. Se escucharon ruidos en la habitación vecina y vi las sombras de los criados que pasaban ante el marco de la puerta llevando platos y bandejas. Simpson y los

Galjero pasaban al salón de fumar. Jaywant vino a asegurarse de que no me faltara nada y luego me presentó una caja de cigarros y me ofreció un vaso de coñac de parte del señor de la casa. Abandoné la mesa, me senté en una poltrona y esperé a que todos se decidieran a volver a sus habitaciones. Cuando estuve seguro de que la señora Simpson se había retirado a su cuarto, abandoné por fin mi reducto, caminé un poco por la terraza para aprovechar el fresco de la noche y la belleza del lugar, y luego subí por fin a acostarme.

## LAS GRANDES FIERAS

Era la última visión que había tenido antes de caer del muro y desvanecerme en el suelo de la callejuela que corría por detrás de Shapur Street: una torre estrecha, fina y austera, con un tejado inclinado de pagoda y paredes extrañamente hinchadas por no sé qué anomalía que no podía distinguir, porque estaba lejos, demasiado lejos, para observar el edificio al detalle. Caminando delante de mí, la señora Simpson y Laüme Galjero paseaban por el parque cogidas del brazo, hablándose al oído, riendo como dos colegialas. Diez yardas largas por detrás de ellas, yo las seguía con las manos a la espalda y los músculos en tensión, echando ojeadas a los rosales, a los macizos de flores, a los animales que coloreaban la hierba con sus tonos vivos y movedizos. A la vuelta de un camino de grava fina, mi mirada se había posado sobre esa espiga de piedra negra, ese mausoleo de aspecto siniestro que brillaba al sol de la mañana. Estaba lejos, diría que casi a media milla, porque el parque era inmenso, y se encontraba protegida por una franja de árboles apretados hacia la que no parecía llegar ningún sendero, ningún camino trazado. Permanecí allí un minuto sin moverme, con la mano haciendo pantalla sobre los ojos, observando la construcción, atraído por ella, imantado por un presentimiento. Y luego oí, muy cerca de mí, una hermosa risa femenina.

—¿Qué hace ahí pensando en las musarañas, señor oficial? ¿No preferiría venir con nosotras y explicarnos por fin quién es usted?

Se me hizo un nudo en la garganta. Aparté los ojos de la fronda y vi, azorado, a Laüme Galjero, que se acercaba a mí sonriendo dulcemente. Su larga silueta danzarina estaba ceñida por un vestido de crepé ligero que modelaba sus formas hasta el impudor. En ese instante, cuando sus ojos se hundieron por primera vez en los míos, deseé más que nada en el mundo olvidar que un día había contemplado la fotografía de su cuerpo desnudo. Sentí su mano fresca, rosada, casi fría, posándose sobre mi muñeca y apretándola para forzarme a ir con ella. Me estremecí al contacto con esta mujer, como me había estremecido en la isla de piedra cuando, bajo la luna violeta, Darpán me había despojado de mis ropas empapadas de agua helada después de cruzar el vado. Cogiéndome del brazo, con su hombro apretado contra mi cuerpo, Laüme Galjero tiró de mí suavemente para llevarme junto a lady Simpson, que parecía divertida por la escena.

—¡Laüme, qué idea más ridícula! —dijo con una voz extraordinariamente ronca—. ¡No tortures a este pobre desgraciado, ya ves que es un ganso!

Palidecí ante el insulto. Era la primera vez que Simpson parecía fijarse en mí, y era para proferir un comentario extremadamente ofensivo. ¡Hubiera querido matar a esta mujer allí mismo, fulminarla y partirla como una rama seca! Laüme Galjero hizo un mohín.

—¿Es verdad, señor oficial? ¿Es cierto que es usted un ganso? Desde ayer nos hemos estado planteando la cuestión... ¿Y bien? ¡Responda, o pensaré que esta malvada mujer tiene razón!

—Me perdonarán, señoras... —empecé.

Pero antes de que tuviera ocasión de desarrollar mi defensa, Simpson soltó una risa burlona:

—¿Cuenta usted de entrada con nuestro perdón? —dijo—. ¿No le han explicado que uno no se concede el perdón a sí mismo, sino que ruega a los otros que acepten sus excusas? ¡Algo que, por otra parte, no tengo intención de hacer! ¡Ya ves, Laüme! Enseguida me di cuenta: es un ganso. Un pequeño ganso malcriado... Estás perdiendo el tiempo con él, querida...

—¡Pero es que a mí me gusta la gente malcriada, Wallis! —respondió la Galjero, apretándome cada vez con más fuerza—. Los brutos, los catetos, los palurdos, a menudo son capaces de mostrar un vigor y unos impulsos de una voluptuosidad que han olvidado los refinados... ¿No es cierto, teniente?

Rojo de vergüenza ante la alusión excesivamente osada que Laüme Galjero acababa de formular, no respondí, bajé los ojos y, sin violencia pero con firmeza, traté de liberar mi brazo de la presa de su mano. Sin embargo, ella hizo caso omiso de mi intento y no me soltó. Muy a mi pesar, tuve que caminar a su lado, apretado contra ella, cadera contra cadera, muslo contra muslo. Y las pullas no dejaban de llover, insultantes, malignas, perversas, cada vez más equívocas. Opté por no replicar nada a todo eso. No respondí a las provocaciones. Permanecí sordo a sus demandas. Opuse un silencio altanero a sus ataques. Pero en mi fuero interno cada frase, cada palabra que intercambiaban las dos mujeres, me hería como una puñalada. Este juego pueril me lastimaba más de lo que lo habían hecho los puños de Gillespie o las manazas de Edmonds sobre mi garganta, y me enfurecía no poder responderles. Hubiera querido abofetearlas, pegarlas, azotarlas como a malas yeguas y luego dejarlas allí, jadeantes y amoratadas por los golpes, llorando en su jardincito de muñecas. Pero sólo podía soñar en todo aquello, porque nunca me hubiera atrevido a levantarle la mano a una mujer.

Caminamos así, entre risitas sofocadas y agudezas odiosas, hasta una porción de terreno dispuesta en forma de laberinto. Los setos de bambú, más altos que un hombre, habían sido cortados para formar pasillos curvados que se enrollaban, se mezclaban, se entrecruzaban en torno a un centro de fuentes y estanques. Fuimos directamente hacia él sin perdernos. Allí, por fin, Laüme Galjero me soltó el brazo. Las mujeres se sentaron sobre un reborde de piedra, cerca de un estanque decorado con tritones, náyades y un Neptuno. Quise abandonar la compañía de la divorciada insolente y la esclava de mente corrompida, pero la voz de Simpson —una voz de maestra de escuela severa y seca como un látigo— me lo prohibió.

—No le he autorizado a marcharse, mi pequeño Tewp. Quédese un poco más. ¡Hay cosas que debe saber!

El tono era grave. Sin rastro de ironía, esta vez. Me sorprendí. Por fin parecía que la conversación se desarrollaría por cauces serios.

—¿Cosas que debo saber, señora? La escucho —dije, tratando de hacer como si los minutos precedentes no hubieran existido nunca.

Laüme sonrió. Bajó los ojos hacia el agua y hundió en ella sus ágiles dedos, de uñas largas y fuertes. Los lentos movimientos de su mano creaban corrientes y pequeñas ondas en la superficie del estanque.

—Sí —continuó Simpson—. Cosas que debe saber si quiere prestarme un buen servicio. ¿Porque ésas son las órdenes que ha recibido, no es cierto? Servirme.

—No como un criado, señora. ¡Como un soldado! —precisé irguiéndome en toda mi estatura e hinchando el pecho tanto como me lo permitía mi uniforme.

—Muy bien. ¡Como un soldado! ¿Y cómo sirve un soldado a una dama, en su opinión?

Suspiré, comprendiendo que el juego de la mosca y la araña volvía a empezar, y permanecí en silencio.

—¡Un soldado sirve a una dama concediéndole un beso! ¡Bésemme, teniente! ¡Eso es lo que quiero!

—¡Señora! —solté indignado, rojo de cólera.

—¿Tal vez no sabe lo que es besar y hay que enseñárselo? —sugirió Laüme Galjero, mientras con un gesto suave, muy estudiado, sacaba la mano del agua, enrollaba sus dedos en torno a los primeros botones de su vestido y los hacía saltar uno a uno, ofreciendo así a mi vista una carne clara, blanca, sedosa y palpitante.

Sin saber si sentía fascinación o repulsión, vi entonces cómo las dos mujeres se inclinaban una hacia otra muy dulcemente, muy afectuosamente, como si adoptaran una postura para intercambiar un largo, larguísimo, beso de amantes. Luego me miraron con fijeza como dos Gorgonas de ojos de hierro. Sentí que su doble mirada clavaba en mí sus puntas ardientes y mi mente se inflamó con un millón de pensamientos horribles, de deseos repugnantes. Mortificado, giré sobre mis talones para refugiarme con paso titubeante detrás del primer seto. La sangre me palpitaba en las sienas y oía, muy cerca, sus escandalosas risas a través del follaje. Se oyeron ruidos de tela arrugada, y gritos, y luego dos grandes haces de agua surgieron, entre un ruido de chapoteo, por encima del seto.

—¡Sobre todo no mire, teniente! ¡Estamos desnudas y tomamos un baño! —Pió Simpson.

—¡O mire, al contrario! ¡Y venga a frotar nuestras pieles con sus grandes manos callosas de mozo de cuadra! —dijo la Galjero con voz de sirena.

Se escucharon borboteos y proyecciones de agua. Yo quise salir del laberinto sin volverme, pero me perdí en los corredores, volví sobre mis pasos sin darme cuenta y, en el instante en que pensaba que por fin había encontrado la salida, desemboqué de nuevo en el ombligo del dédalo. Entonces, aunque no quería ver nada, mis ojos captaron por un instante la imagen terrible, magnífica y repugnante de los cuerpos

desnudos de las dos mujeres entrelazados —con la carne desliziándose en la carne, los miembros enlazados a los miembros, los cabellos deshechos prendidos de los cabellos deshechos—, que se retorcían y gemían juntos. Retrocedí, huí, rasgué un velo de follaje para abandonar cuanto antes el lugar y volví caminando a grandes zancadas a la terraza situada en la parte posterior de la casa. Dalibor Galjero estaba sentado allí, inocente y tranquilo, descifrando en silencio una partitura, totalmente ajeno a las lubricidades degradantes a las que se entregaban su esposa y su invitada. Al percibir mi turbación, me interpeló, pero yo no quise responder y preferí la grosería a la cortesía, porque sentía que en ese momento cualquier conversación estaba por encima de mis fuerzas.

Subí a mi habitación, me remojé la cara con agua fría y me puse una camisa limpia. Cuando ya me disponía a bajar de nuevo para explicar mi actitud a sir Galjero, oí gritos procedentes del parque. Desde las ventanas de mi cuarto de baño vi a la señora Simpson y a Laüme, envueltas en inmensas toallas de baño y con los pies desnudos, que se acercaban caminando a pasitos cortos por la hierba desde el fondo del dominio. Las seguían tres o cuatro criados, todos hombres, que sostenían sobre sus brazos tendidos en ángulo recto sus vestidos empapados. Al verlas así, gorjeando juntas, con sus cabelleras húmedas recogidas en un hábil enmarañamiento de tela estampada, al verlas mover los tobillos con pasitos de china, estorbadas por la estrecha funda que formaban las toallas blancas, se hubiera dicho que eran dos graciosas e inocentes chiquillas que volvían de un simple baño. Sin desconfiar, pensando que no me verían, me adelanté hasta el marco de la ventana. Pero mi silueta debía de recortarse en la fachada blanca, porque el movimiento atrajo la atención de Wallis Simpson, que, en cuanto me vio, lanzó un grito victorioso. Con un movimiento vivo, la señora Simpson abrió los brazos, dejando caer la tela que la velaba. Desnuda, rosa sobre la hierba verde, me hizo un amplio gesto con la mano y arrancó a correr hacia la casa, sin nada encima, a la vista de todos, bajo las miradas de los *boys*, que parecían encantados pero no sorprendidos por el espectáculo. Laüme Galjero no la imitó, acaso prefiriendo conservar su aire de muchachita casta y recatada, sus maneras de monjita virgen bajo su toca de felpa, y caminando con calma, salió finalmente de mi campo de visión. En mi fuero interno, sin que me atreviera ni por un segundo a confesármelo claramente, hubiera deseado que fuera ella la que se hubiera despojado de todas sus ropas. Retrocedí hacia la sombra de mi habitación, más confuso, más turbado aún que antes. Llamaron a mi puerta y el picaporte giró sin darme tiempo a responder. Ahora era Dalibor Galjero quien venía a mí.

—Aún no me han dicho nada, pero creo adivinar lo que ha ocurrido en el parque con la señora Simpson y mi esposa. No se ofenda por estas chiquilladas, oficial. Es una costumbre en ellas, pero no tiene mayor importancia. Este comportamiento pueril no constituye un ataque personal contra usted, se lo aseguro.

Galjero era alto, más que Hardens, e incluso más que Darpán, aunque éste me sacaba una cabeza. Sin embargo, no era un gigante. Sólo un hombre muy espigado y

muy ancho de espaldas que irradiaba una autoridad natural reforzada por el tono de su voz, no cortante y seco, sino, al contrario, muy dulce, aterciopelado casi, e impregnado de una gran fuerza. La voz de un sacerdote sin untuosidad, de un guerrero sin fanfarronería. Una voz de príncipe. De rey, tal vez.

—Confío entonces, justamente, con dar por concluido este incidente —respondí a Galjero en el tono más cortante que pude—. Me habían advertido de... los caprichos de la señora Simpson. Pero confieso que uno debe haber sido testigo, sino víctima, de ellos para juzgar en su justa medida. Ahora que sé a qué atenerme, evitaré dar pie a estos juegos. Eso es todo.

Galjero sonrió. Se adelantó hacia mí y me tendió la mano. Se la estreché.

—Reacciona usted con magnanimidad y ponderación. Pocos hubieran sido capaces de algo así, creo. Me felicito de haberle acogido bajo mi techo, teniente...

—Teniente David Tewp —dije con voz fuerte y clara.

Sir Galjero frunció las cejas.

—¡Vaya, no imaginaba que fuera usted galés! —soltó antes de esfumarse.

¡Aquel comentario acabó de ponerme furioso!

La comida se desarrolló conforme al mismo ritual que la cena de la víspera, con la diferencia de que esta vez me preocupé de no tropezarme con nadie en los pasillos y los salones. Jaywant, a quien sin duda habían puesto al corriente del incidente del estanque, mostraba una gran solicitud hacia mí, se desvivía en cortesías. El sirviente parecía personalmente afectado por lo que me había ocurrido, lo que consideré de agradecer.

—¿Sabe qué intenciones tiene la señora Simpson para esta tarde? —le pregunté cuando me trajo un café delicioso, sutilmente perfumado con granos de cardamomo.

—Las horas de mayor calor se dedicarán al reposo, como es costumbre. Luego la velada estará consagrada a la visita del sultán Muradeva, un habitual de la casa. Creo que es todo lo que está previsto para hoy. Pero ignoro si hay algo previsto para más tarde. Aquí no es costumbre establecer programas estrictos, señor, sino más bien ceder a la inspiración del momento.

—¡*Semper juvenescens!* ¡«Siempre juvenil», como dice san Ireneo de Lyon a propósito del Espíritu Santo! ¡Sí, *semper juvenescens!* ¡Éste es el lema al que obedece esta casa!

En traje claro, pero con los pies descalzos y la camisa abierta sobre su torso bronceado, Dalibor Galjero acababa de apoyarse contra la puerta del saloncito. Había entrado como una sombra. Ni Jaywant ni yo le habíamos oído llegar. Los dos dimos un brinco al mismo tiempo. Como si se hubiera visto sorprendido por el diablo en persona, el sirviente se apresuró a acabar su tarea en silencio y se deslizó fuera, dejándome a solas con su amo.

—Jaywant tiene razón. Todos dormiremos una hora o dos. Estas tardes tórridas



son invivibles. Pero usted no tiene que tenderse a descansar, si no es su deseo. Puede aprovechar el tiempo para leer un poco, tal como yo mismo hago mientras Laüme duerme y sueña con otros mundos... ¿Es usted un gran lector, teniente Tewp?

Respondí que sí, hasta el punto de que a menudo prefería la compañía de los libros a la de los hombres.

—¡Cómo le comprendo! No sabe hasta qué punto comparto este sentimiento. Venga, acompañeme. Le mostraré mi orgullo aquí, mi gran biblioteca de Calcuta. La llamo para mí mismo, con una buena dosis de ironía, la Daliboriana. Sólo es la parte india de mi colección. Conservo otra parte en Nueva York, y una tercera en París. Tengo la sensación de que domino mejor esta masa de volúmenes si la fragmento. Porque, créame, no es bueno abandonarse a un amor desmesurado por los libros, teniente Tewp. Después de todo sólo son pedazos de papel, tumbas para el pensamiento muerto. Lo que cuenta de verdad es el espíritu vivo, la carne pulsante. Nada más.

No comprendí qué quería decir Galjero. Que se refiriera con tanta ligereza a la inanidad de los libros cuando en toda Alemania se celebraban autos de fe, me turbó. Le seguí en silencio, no sabiendo qué pensar, por un dédalo de pasillos, hasta que nos detuvimos ante una ancha puerta corredera con paneles de tela rasposa enclavijada al modo japonés. Pegado a uno de los montantes de madera, vi un medallón en relieve que me recordó a los que adornaban las puertas de entrada de la villa. Como en el exterior, esta figura representaba la máscara de un animal fabuloso de hocico alargado, una especie de jabalí o de facochero. Galjero hizo deslizarse la puerta sobre los raíles aceitados con alcanfor, y entramos en una amplia habitación sombreada, bañada de incienso como una nave de iglesia. Braseros de cobre distribuían de forma uniforme estos vapores por todo el espacio.

—Fumigaciones para alejar a los insectos, atroces devoradores de papel, nada más —dijo Galjero, tras ver mi reacción atónita a la vista de aquella atmósfera propia de un templo.

Columnas de estantes de teca clara cubrían los muros de la sala.

—A primera vista, no parece gran cosa, pero si se suma la longitud de todas estas estanterías, se obtiene un balance que supera el medio millar —me informó orgullosamente mi anfitrión—. No sé si hay en la ciudad una biblioteca comparable. Exceptuando la de la Sociedad de Estudios Asiáticos, evidentemente.

Sus dientes blancos, perfectos, brillaban como puntas de sable. Retrocedí por instinto. Para ocultar mi turbación, cogí una obra al azar, que apreté contra mi pecho como un escudo irrisorio. Pero Galjero permaneció tranquilo, y optó por reírse de mi elección.

—¡Encuadernación amarilla, teniente Tewp! ¡Excelente elección! Veo que se interesa por la literatura erótica. ¡Quién lo hubiera dicho! ¿Y cuál ha elegido para la hora de la siesta? ¡Al infierno con la timidez! ¡Vamos, enséñemelo!

Y me lo arrebató de las manos antes de que yo pudiera reaccionar para

impedírselo.

—Manual de urbanidad para jovencitas, del francés Pierre Louys... ¡Muy interesante! ¡Es una obra reciente, pero pasará a la posteridad! ¿Quiere que le lea un extracto?

—¡No hace falta! —exclamé yo, desesperado por mi nueva torpeza, pero Galjero ya había abierto el volumen y volvía las páginas.

—¡Insisto! La literatura erótica está hecha para ser leída en voz alta. Y además, este Manual es tan divertido... Es una recopilación de consejos para las ingenuas. Escuche éste...

—¡No, gracias! Creo que seré capaz de descubrirlo por mí mismo —dije cerrando la mano sobre el libro, prefiriendo pasar por un perverso antes que soportar semejante lectura.

—Muy bien, muy bien, amigo mío... Pero ¿no quiere también el *Hermaphroditus* de Antonio Beccadelli? Tengo aquí una edición ilustrada muy hermosa... indispensable para traducir correctamente a Ausonio. ¿Y tal vez también esta historia encantadora, *La puerta del asno*? Un anónimo contemporáneo pero muy sugestivo. Mire, escuche este resumen: en Roma, bajo Domiciano, una bella patricia es falsamente acusada de adulterio y condenada al lupanar. Cójalo, saboree la continuación...

—¡Decididamente no! Le agradezco sus atenciones, pero de hecho, mis lecturas habituales son más... castas.

—¿Ah, sí? ¡Pues es una verdadera lástima! —exclamó Galjero con cierta decepción—. Pero ¿tal vez quiere decir más... blandas? ¿Sus lecturas habituales son más blandas? Como guste, me es indiferente. Vuelva aquí cuando quiera, ahora que le conocemos... En fin, ahora que usted conoce el camino, para ser más preciso. Rebusque a su gusto y diviértase haciendo nuevos descubrimientos. Hay estampas en el gran mueble para ilustraciones y un Kama Sutra excepcional en uno de los cajones. Ahora le dejo. Hasta luego.

Y desapareció como un felino. Yo volví a dejar en su lugar los indecentes volúmenes amarillos con los que Galjero había considerado oportuno cargarme los brazos y pasé unas decenas de minutos tratando de descifrar los títulos en el lomo de los otros libros. Aquí, todos los alfabetos se mezclaban. Había textos en latín, cirílico, griego y hebreo, árabe también, mucho sánscrito, y finalmente lo que juzgué chino o japonés tal vez; e incluso vi jeroglíficos egipcios impresos en toda una serie de obras. Desde luego, dudaba de que Dalibor Galjero, por erudito y sabio que fuera, supiera descifrar ni siquiera la mitad de estos sistemas de escritura. Por desgracia, llega un punto en que los bibliófilos se dejan desbordar por su pasión y se encaprichan de los volúmenes influidos por la belleza de la encuadernación o porque prefieren soñar sobre los misterios que contienen antes que hacer el esfuerzo de aprender la lengua.

Me entretuve un poco buscando la sección de las obras de esoterismo y de magia, porque no dudaba de su existencia. Pero, sea porque estuvieran camufladas, o porque

sus títulos estuvieran redactados en un alfabeto desconocido para mí, curiosamente no encontré nada parecido. Decidí salir, cansado ya de dar vueltas en medio de estos vapores de incienso que empezaban a provocarme migrañas. Volví, acalorado, a mi habitación y me dejé caer, con los brazos en cruz, sobre la cama. El calor era agobiante. En el techo, el gran ventilador de palas de cobre tenía dificultades para agitar mínimamente este aire pesado, compacto, oprimente, que incluso me hacía añorar la frescura del sótano de la prisión militar. Me arrastré hasta el cuarto de baño, donde tomé una larga ducha helada que me revigorizó. Mientras me estaba vistiendo, oí un coche que hacía crujir la grava de la avenida central. El sonido de una bocina que resonó tres veces hizo graznar a los pavos reales y espantó a los ibis, que alzaron el vuelo. La puerta de la habitación de lady Simpson chasqueó. Sus pasos martillearon el mármol del pasillo antes de desvanecerse en la escalera. Esperé un poco y luego bajé a mi vez para observar discretamente a los recién llegados.

El sultán Muradeva era uno de estos señores locales, flores marchitas después de la eclosión, surgidos de una antigua rama de la aristocracia bengalí. Estos personajes otrora poderosos, terribles, soberanos incontestados en sus tierras, hoy en día eran marionetas que permanecían en su puesto gracias a los británicos, que no veían en ellos sino a unos seguidores dóciles de su política. Desde luego, su fortuna seguía intacta, y sin duda alguna incluso había aumentado desde la llegada de los occidentales, que habían añadido a los recursos de la economía tradicional los infinitamente más poderosos de la bolsa y los intercambios internacionales. Muradeva, un hombrecillo cobrizo de rostro fino y sedosa cabellera negra, poseía de hecho una no desdeñable fortuna, que empleaba para satisfacer sus placeres más que para la felicidad de sus súbditos. Vivaracho y de un humor siempre alegre, ese botarate no dejaba de mariposear yendo de los Galjero, que reían con ganas sus ocurrencias, a Simpson, que envidiaba su munificencia pero sin atreverse a mostrarla. Siguiendo los pasillos, me deslicé hasta la habitación que ya se me había hecho familiar, y me disponía a pasar el resto de la velada allí cuando la señora Simpson, para alejarse un rato del ruidoso salón donde el príncipe exhibía su *jote de vivre*, vino hacia mí. Al verla, todos mis músculos se pusieron en tensión. Me levanté rápidamente de mi sillón y me inmovilicé en una postura próxima a la posición de firmes. Sin embargo, no había malicia en el rostro que se ofrecía a mi vista. Al contrario, la americana sonreía. Y me tendía la mano.

—Espero que no se haya enojado por nuestras diabluras de esta mañana, teniente. La señora Galjero y yo tenemos la tonta costumbre de hacer rabiar a los jóvenes guapos. Hagamos las paces y seamos amigos. Le prometo que en adelante seré buena con usted.

Sus ojos brillaban con un resplandor franco. La juzgué sincera. Pese a todo, no sin un atisbo de arrepentimiento, cogí su mano en la mía y la estreché con lealtad.

Pronuncié unas palabras modestas, asegurándole que no le guardaba rencor y que aceptaba agradecido su solicitud de tregua.

—Mi presencia aquí es para velar a la vez por su seguridad y su comodidad, señora. Le agradezco que haya dejado de considerarme como un juguete.

—Asunto zanjado, pues, señor oficial Tewp. Asunto zanjado... Y ahora, ¿por qué no nos acompaña a escuchar al sultán Muradeva?

Con su nariz puntiaguda, sus labios finos, casi inexistentes, y su cuello elástico adornado con una triple hilera de perlas finas, Wallis Simpson me cogió del brazo y me arrastró al fresco salón donde los Galjero, apretados uno contra otro, reclinados blandamente en un ancho canapé, escuchaban sonriendo al príncipe, que les soltaba no sé qué cuento mundano. Dos siluetas envueltas en gasa blanca se mantenían silenciosas e inmóviles detrás de él. Hicieron las presentaciones oportunas sin que los fantasmas velados se movieran ni una pulgada. ¿Serían guardias? Tal vez. Pero su complexión delicada me parecía más propia de una mujer que de un fornido escolta. ¿Entonces? ¿Serían sus amantes? ¿Unas cortesanas? No hubiera sabido decirlo, pero las dos figuras estaban petrificadas hasta tal punto que llegué a pensar que podían ser auténticas estatuas. Me senté en un sillón algo apartado y me esforcé en prestar atención a las divagaciones del hindú, que embriagaba a su auditorio con una oleada de chismes, cotilleos y maledicencias sobre diversas figuras de la alta sociedad de la ciudad y la provincia. Yo no conocía a ninguno de los individuos mencionados, pero el tono era incisivo, mordaz, y las anécdotas estaban bien construidas. Por insignificante que fuera su contenido, el parloteo del príncipe Muradeva al menos sabía divertir. Muy a pesar mío, acabé riendo con los demás. Esto se prolongó una hora sin que fuera posible interrumpirle, y luego su energía se desvaneció de golpe. Muradeva se retrepó en su asiento y no quiso seguir, como si estuviera cansado de sí mismo, aturrido por su propio veneno.

—Vamos, príncipe —dijo Dalibor, que no había dejado de acariciar la mano de su esposa—, díganos de una vez quiénes son estas personas que le acompañan y que han permanecido tan tranquilas y pacientes junto a usted.

—¡Oh, es verdad! —exclamó el pequeño sultán con voz aguda—. ¡Las había olvidado! ¡Es la primera de las dos sorpresas que les he traído hoy! ¡Adelantaos, palomitas, y mostraos!

Obedeciendo a su demanda, las dos siluetas se deslizaron ante nosotros, y luego, con un mismo movimiento, hicieron caer el velo que las cubría de pies a cabeza. Entonces aparecieron dos muchachas muy jóvenes, vestidas ambas con un ligero pantalón bombacho y un corpiño muy ceñido que dejaba descubiertos los brazos y exponía a las miradas su vientre plano. Unos brazaletes con campanillas cosidas rodeaban sus tobillos y sus muñecas y llevaban tiaras y joyas prendidas en los cabellos.

—Dos bailarinas... Son suyas, *lady* Simpson, se las ofrezco. ¡Puede llevárselas consigo a Inglaterra o tirarlas después de usarlas! ¡Ji, ji, ji!

Y soltó una odiosa risita de hiena, que me puso los nervios de punta. De buena gana le hubiera azotado.

—¿Llévamelas conmigo? —Cloqueó Simpson—. ¿Como animales perdidos que se recogen al borde de la carretera? Sí, la idea es seductora. Pero creo que me contentaré con su presencia aquí. Luego se las devolveré...

—Como desee, querida. Pero permítame que le explique cómo debe utilizarlas. En primer lugar, hay que conocer sus nombres. La que ve aquí a la izquierda, la más alta, asimismo la más voluptuosa, es Rajiva. La segunda, Madurha, un poco más enjuta, es también la más experta en los juegos del amor. Las dos son muy flexibles, muy mimosas... La primera posee un vaso natural estrecho. La geografía de la segunda es más abierta. Aconsejo prioritariamente su otra vía, que cede con ciencia y con placer. Lo digo en atención a Dalibor, en el caso probable de que usted acepte prestárselas, claro está...

—Desde luego —dijo Simpson esbozando una horrible sonrisa de alcahueta dedicada a *sir* Galjero.

Laüme no se inmutó.

—¡Vamos, muchachas, mostrad a vuestra nueva ama cómo domináis el arte de la danza y de la alegría!

Muradeva dio una palmada como un rey bárbaro, como un Atila de opereta. Inmediatamente las dos jóvenes iniciaron sus contoneos, ejecutando los ritmos que guiaban sus movimientos con golpes del talón y sacudidas de las muñecas que hacían tintinear las campanillas y vibrar el aire en torno a ellas. Músicas y bailarinas a la vez, las mujeres encadenaban las figuras, las posiciones, con una gracia muy particular. Sus composiciones, coordinadas, simétricas, jugaban con las anamorfosis, los contrastes de iguales, los efectos de espejo. Luego vi que sutilmente, a pequeños trazos, esta mecánica se desordenaba, que las artistas ganaban poco a poco autonomía, arrancándose a su armonía inicial. En una dinámica nueva, aparecían papeles individualizados, una dramaturgia se dibujaba. Las relaciones que revelaban sus gestos ya no eran las de la igualdad, sino, al contrario, las de una dominación y una sumisión. Alta, musculosa, Rajiva representaba al hombre. Ligera, ondina, Madurha era la mujer. Esto se prolongó durante un buen rato. Nunca antes había visto un espectáculo como aquél; ignoraba que el cuerpo humano pudiera transmitir en sus poses semejante fuerza de lubricidad y de inocencia confundidas. El sultán jadeaba, se mordía el puño mientras miraba cómo las ondinas danzaban el amor físico. Los Galjero, por su parte, parecían imperturbables, como si estuvieran asistiendo a un espectáculo banal. La señora Simpson había sacado un cigarrillo de un estuche lacado y lo había encajado en un largo tubo de nácar. Las bocanadas de humo que expulsaba y que llegaban flotando hasta mí eran especiadas, de un olor almizclado muy distinto al del tabaco ordinario. La americana tendió el objeto a *lady* Galjero, que se lo quedó y acabó de succionarlo con gruñidos de gata estirándose al sol. Las dos bailarinas estaban llegando al apogeo de su espectáculo. Sus cuerpos se amoldaban al ritmo

cada vez más vivo de las campanillas, y luego, cuando parecía que la cadencia alcanzaba su punto máximo y no podía progresar sin desgarrarnos los tímpanos, todo se detuvo de golpe. Hubo un grito. Muradeva, con el rostro bañado en sudor, el cuello hinchado y los ojos desorbitados, bizqueaba con la mirada fija en el vientre de las muchachas. Tenía calor. Tenía frío. Ya no sabía qué hacer. Su turbación producía un efecto cómico. Por un instante pensé que era como un pedazo de estopa que se hubiera inflamado por sí mismo. Quemado con sus propios juegos, el maharajá pidió algo de beber. Un *boy* le trajo un vaso de limonada helada que bebió de un trago, acabando con un eructo del que no se preocupó más de lo que lo hubiera hecho un niño.

—¿Qué me dice? —preguntó por fin, mientras trataba de recuperar la compostura.

*Lady Simpson* le dio las gracias por tan original presente y le prometió que haría un buen uso de él. Se expresó en un tono ponderado, tan natural, que no pude discernir si sus comentarios eran serios o irónicos.

La conversación dio un giro hacia el tantra, el arte hindú del amor. Todo el mundo parecía querer dar su opinión sobre este tema, dar a conocer sus preferencias, presentar ejemplos.

—¿Saben —dijo el sultán— que ciertas prácticas del tantra tienen por objeto la divinización de la mujer? ¡Por desgracia, para esto hace falta que acepte, al menos durante diez meses, pasarse sin hombres! Durante todo este tiempo su futuro amante duerme en el suelo, a sus pies. A continuación, durante seis meses, está autorizado a dormir a su izquierda, pero sin que haya contacto, y luego seis meses más a su derecha en las mismas condiciones. Sólo entonces llegan las primeras caricias. Pero, para la consumación final, habrá que esperar aún un año. ¡Esto, al final, concluye en casi treinta y seis meses de total abstinencia!

—¿Permanecer treinta y seis meses sin un hombre? ¡Imposible! —gimió la señora *Simpson* como si la despellejaran viva—. ¡Yo ya sufro una agonía cuando pasan treinta y seis horas sin que me toquen!

Aquello desató las risas de los allí presentes y no escandalizó a nadie. Aparentemente yo era el único en este grupo que cultivaba una moral ordinaria, propicia a la severidad, amiga del rigor. Yo apreciaba la castidad, la limpieza en las relaciones humanas, y detestaba por encima de todo los arrebatos físicos, todos los fastidiosos abandonos a las exigencias del cuerpo. Esta conversación me incomodaba, y me revolvió las tripas oír detallar todas esas excentricidades que a los otros les parecían tan naturales, tan indispensables para su equilibrio. Yo no sabía nada de aquello, y permanecía cabizbajo tratando de pasar inadvertido, rechazando incluso con un gesto, para seguir al abrigo de las sombras, que el criado que se acercaba hiciera brillar la lámpara colocada sobre la mesa a mi lado.

Por fin sirvieron la cena, y pretexté un asunto del servicio para ausentarme, y ahorrarme así una nueva sesión de parloteos. Sentía que necesitaba el aire fresco de la

noche, la visión de un rostro corriente también, la simple presencia de un ser tan banal como yo. Al recordar que Hardens me había dicho que un piquete de guardias se encontraba apostado a la entrada de la villa, me agarré a esto como a una tabla de salvación y atravesé el parque para ir a saludar un instante a mis semejantes. Necesité diez minutos largos a buen ritmo para llegar de la casa a la verja de Shapur Street. Fuera, instalado cerca de dos camiones de la policía militar, un grupo de soldados montaba guardia. Me entretuve charlando con estos hombres tanto rato como pude, fumando incluso hasta el extremo un cigarrillo acre que me ofrecieron, cuyo olor a paja mojada no tenía nada en común con el aroma de esencias que exhalaba el de Simpson. Sobre mis rodillas, garrapateé una nota para Swamy y la confié a su sargento para que la entregara en mano al hombre que se había convertido, por azares del destino, en mi ordenanza. En ella fijaba una cita para el día siguiente y le pedía que me trajera algunos objetos personales que había dejado en mi habitación militar. Pero sólo era un pretexto. En realidad, tenía necesidad de hablar con alguien que me conociera un poco. Si no para desahogarme, sí al menos para compartir mi incomodidad con alguien parecido a un amigo. Después de haberse puesto mi nota en el bolsillo y cuando yo ya me disponía a volver a casa de los Galjero, el sargento quiso tener un aparte conmigo. Empezamos a caminar a lo largo del muro, cerca de los medallones grabados.

—Hay algo que querría saber, teniente... —empezó, incómodo—. ¿Cómo son las cosas ahí dentro?

Le miré extrañado, y luego me lancé, sin desconfiar, a realizar una descripción formal del lugar, pensando que sólo la curiosidad le había impulsado a formularme esta pregunta; pero él me interrumpió.

—No, no... no le pido que me diga qué pinta tiene la choza. Quiero saber si... si se siente bien ahí dentro.

No, evidentemente no me sentía bien. Podía decirse incluso que estaba muy lejos de eso. Pero no podía confesárselo. Le miré, frunciendo los labios.

—Porque nosotros aquí... En fin, los hombres y yo... No son todos, eh, pero son muchos de todos modos... Pues... uno tiene la impresión de encontrarse ante una especie de cementerio... O de matadero, más bien. Penkawr, ese que ve ahí, cerca del camión... trabajó en carnicerías industriales. Dice que esto apesta a sangre, como en las fábricas de carne. Exactamente igual. Y otras patrullas también se han fijado... Ya es mi tercer servicio en esta acera y cada vez tengo pesadillas. Sueño con este sitio. Con sangre por todas partes. ¡Y las esculturas de este muro se ríen en mi cara y quieren tragarme!

Interrumpí al sargento, que se embalaba, se sonrojaba, y de pronto parecía víctima de una crisis de angustia similar a las que yo mismo había sufrido cuando estaba aún bajo los efectos del hechizo de Keller. Le calmé lo mejor que pude, empleando palabras sencillas, banales, pero que a la larga apaciguaron su nerviosismo. Cuando ya volvíamos sobre nuestros pasos, con el suboficial retorciéndose aún las manos y

yo acabando de tranquilizarle, oímos un ruido de motor acercándose. La puerta de la residencia se abrió desde el interior y el potente Torpedo blanco del sultán Muradeva pasó en tromba ante nosotros, haciendo chirriar sus neumáticos sobre el asfalto antes de desaparecer a toda velocidad por la calle pobremente iluminada. Dejé plantado al sargento y a sus visiones, y volví caminando a grandes zancadas hacia la casa, esperando que la señora Simpson no hubiera aprovechado mi ausencia para darme esquinazo. ¡Y sin embargo, eso era lo que acababa de ocurrir! La americana se había largado con el hindú para hacer una ronda por los *cabarets* del barrio colonial. Quise volver a la entrada, correr hasta el sargento, coger un vehículo con él y lanzarme en persecución de la evadida, pero Dalibor Galjero me disuadió de hacerlo.

—Déjelo, teniente. La señora Simpson es bastante mayor para cuidar de sí misma. Es una mujer libre y fuerte. Una *garçonne*, como decían en París hace quince años. No le ocurrirá nada. Y además, Muradeva conoce la ciudad como la palma de su mano. No permitirá que corra riesgos y nos la traerá al alba, fresca como un rosa y mansa como una corza, se lo aseguro.

Resignado, me dejé convencer. Refunfuñando, furioso contra mí mismo, subí a mi habitación, apagué la luz y traté de conciliar el sueño. Inútilmente. No sólo me abrumaba a reproches y me reconcomía de angustia pensando en la suerte que podía correr la amante del rey, sola en una ciudad gigantesca, hormigueante de peligros, sino que cada vez que cerraba los párpados, las imágenes de esta penosa jornada venían a atormentarme. La imagen de la mano de la señora Galjero en mi muñeca, de sus dedos mojados desabrochándose la ropa hasta el inicio de los senos, de su lengua rosa y viva mancillada por la arpía Simpson, de su cuerpo desnudo, tan blanco, tan bello, que ondulaba con tanta alegría e impudicia contra el de la americana tendida, el recuerdo de sus gemidos de felino, finalmente, mientras sus sentidos cedían al dominio de no sé qué droga desconocida. Mi carne se irritaba, trastornada por todos estos pensamientos. Me revolvía sin cesar en mi cama sin encontrar una posición que me permitiera respirar libremente. Sentía que un peso cada vez más oprimente a cada segundo, cada vez más implacable, me ahogaba. Me dolían todos los músculos y mi piel se irritaba al menor roce con las sábanas. Me levanté furiosamente de un salto, me vestí, salí de mi habitación y bajé la escalera. En el primer rellano oí voces procedentes del primer piso. Música y risas también...

Una luz suave, dorada, pasaba por la rendija de una puerta. Reconocí los maullidos apagados de Laüme Galjero. Aquello actuó en mí como una hipnosis. En ese instante dejé de pertenecerme a mí mismo, dominado por entero por la necesidad de saber qué provocaba estos gemidos de éxtasis. Con paso de sonámbulo, de autómatas privados de cerebro y voluntad, avancé por el pasillo hasta la puerta por donde se filtraba la melodía y la empujé con suavidad. Giró sin ruido, sin traicionar mi presencia.

Era una habitación decorada al estilo oriental, totalmente revocada de ocre rojo, con las paredes tapizadas de sedas irisadas y el suelo cubierto de gruesas alfombras y



cojines enormes, iluminada por algunas gruesas velas dispersas. No había mesa ni sillas, ni nada para sentarse que no fueran las pilas de telas irisadas, de mantas finas y pañuelos de cachemir tirados descuidadamente por el suelo.

Había cuatro siluetas en la habitación. Tres de ellas, sentadas, miraban a la última, erguida, que se movía ante las otras al ritmo de la música que surgía, así me pareció, de un gran nicho velado por una tela opaca. No era una música mecánica, salida de un fonógrafo o de un equipo radiofónico chirriante que difundiera una mala melopea moderna grabada en surcos de cera. Aquélla era una música viva, tocada y percutida con diferentes instrumentos, resonante y sin embargo discreta, para no distraer del espectáculo que la acompañaba. Reconocí el sonido de un laúd, de un tamboril, de una flauta también. Tres o cuatro músicos debían de estar instalados en la cavidad cerrada, donde tocaban sin ver las evoluciones de la danzarina que se balanceaba al son de sus lentas cadencias. Porque era una bailarina la que se movía ante los tres espectadores autorizados y ante mí, *voyeur* clandestino al margen de la escena. Pero esta bailarina no era ni la gran Rajiva ni la fina Madurha, sino Laüme Galjero, rayo de carne nívea, lisa, desnuda, que se balanceaba suavemente como un barco amarrado haciendo rodar su pelvis y abriendo los muslos en un movimiento rítmico, mostrando cada vez más ampliamente la herida de su vulva tierna. Y sus manos se deslizaban sobre su vientre, sobre sus flancos, acariciaban sus senos. Porque ya no era una mujer lo que tenía ante mí. Ya no era una occidental respetable y respetada, por más que fuera balcánica, sino una diablesa, un *súcubo*, un animal lúbrico de otro mundo al que producía tanto placer mostrarse, exhibirse, prostituirse, como a los otros tomarla y acariciarla con sus ojos húmedos. Entre esos otros se encontraba Dalibor, con los cabellos caídos sobre la frente y las manos temblorosas. También él parecía fascinado, como si contemplara la desnudez de su esposa por primera vez. En cuanto a las esclavas que había traído consigo el sultán Muradeva, el espectáculo las ponía en trance. Ante el fuego que les mostraban, Rajiva y Madurha se inflamaron de golpe. Abandonando los brazos de Dalibor, que acariciaba con negligencia su bajo vientre, se despojaron de sus ropas y se levantaron, desnudas, para unirse a la dama blanca y dibujar con ella las figuras que les enseñaba. Y pronto no fueron más que tres hermosos cuerpos moviéndose cadenciosamente, palpitando juntos, cerrándose y abriéndose de nuevo con la misma obscenidad, pero también con la misma necesidad, la misma fuerza y el mismo deseo de vivir que un músculo cardíaco. Ante esta danza de pulpo, ante estas ondulaciones de carnes finas, el último personaje lanzó un grito, un estertor. Era un hombre al que nunca había visto, macizo como un buda. Un hindú imberbe y sin turbante, de cabellos entrecanos y aceitosos que se ensortijaban sobre su grueso cuello. Estaba colocado de tres cuartos, pero la débil luz de la habitación no me permitía distinguir sus rasgos. Lentamente, Laüme Galjero empezó a deslizarse hacia una tela que se abombaba extrañamente sobre el suelo. Siempre grácil, siempre danzarina, siempre lúbrica y girando ahora sobre sí misma para mostrar bien sus nalgas duras, se inclinó para levantar el cuadrado de tela verde, que ocultaba a una

inmensa serpiente recogida sobre sus anillos. La mujer cogió a la bestia fría en sus fuertes brazos, la enrolló en torno a sí, jugó a pasar su cabeza triangular por su cuello, sus hombros, sus mejillas. Mientras tanto las muchachas seguían danzando y la música no se detenía, reproduciendo sin cesar el mismo bucle melódico, profundo, embriagador como un vino dulce. Laüme, con la serpiente colocada como una estola sobre su cuerpo delicado, se acercó entonces al desconocido, y bajo la mirada consentida de Dalibor, abrió los muslos ante su rostro para que acercara la boca a su raja, tan reluciente, podía verlo claramente, como las escamas del reptil. El hombre lo tomó todo de aquel festín que le ofrecían. Aquello duró mucho tiempo. Un tiempo infinito. Horas, días, años espantosos... Ya no sabía cuánto. Me sentía mortificado, desesperado como un adolescente traicionado. Mi alma imploraba piedad, pero mis ojos querían ver, captar este momento, estos movimientos, estos intercambios enloquecedores, y conservar inscrita para siempre, en el fondo de su retina, la imagen infecta y fabulosa del goce de Laüme Galjero, sus manos aferradas a la cabellera del gordo, su vientre claro levantándose de placer, su vientre liso, nítido, desprovisto de toda marca que probara que un día había sido alimentado por la sangre de una madre.

Me aparté del marco de la puerta, retrocedí por el pasillo y huí de este piso de donde llegaban entremezclados nuevos sonidos de bacanal. Tenía la impresión de que el corazón me iba a estallar en el pecho, mis venas estaban hinchadas y oprimían mis nervios, mi garganta ya no quería abrirse y me faltaba el aire como si me ahogara. Golpeándome contra las paredes, salí tambaleándome al exterior, abrí ruidosamente una puerta vidriera y me derrumbé sobre la hierba en la parte posterior de la casa. Con la cara hundida en la tierra grasa, cerré los ojos e intenté recuperar el control de mí mismo. Poco a poco, refrescado por el suave olor del humus, que sentía penetrar en mí con el poder de un bálsamo, me calmé por fin y recuperé la serenidad y una pequeña parte de mi dignidad. Desembriagado, me levanté y tendí ante mí las manos, negras de tierra, me las pasé por el rostro y lo froté largamente. Aquello me regeneró y acabó de devolverme la lucidez. Me volví para contemplar la fachada de la villa. Desde fuera no se veía brillar ninguna luz. Todo parecía tranquilo y dormido. Sin embargo, yo sabía que tras estos muros se prodigaban las caricias más horrendas, se desencadenaban sin ningún freno las pulsiones más vergonzosas. Aquello me perturbaba y me entristecía. Me entristecía, sí, porque sentía piedad por esta gente, por los Galjero sobre todo, a los que la misericordia divina había concedido todo — belleza, fortuna, educación e inteligencia—, pero que juzgaban conveniente cultivar las perversiones más groseras, las amistades más vanas. ¡Sí, realmente esta gente era digna de compasión!

Quise caminar en medio de la noche, solo, lejos de todas estas gentes que no comprendía. Erré por el parque sin objetivo. Encontré un banco bajo un cenador y me tendí para contemplar las estrellas, limpias, nítidas, girando sobre mí. El cielo brillaba como en una escena de teatro. Los astros se movían, les veía correr de un extremo a otro de la bóveda nocturna, arremolinándose en una danza cósmica que escapaba a mi

entendimiento. Sin embargo, eso hablaba. Y mejor que las palabras. Me precipité en una especie de vértigo inverso. Me sentí aspirado hacia estas alturas que eran, al mismo tiempo, la cima y el reverso del mundo. Porque juzgué entonces, en una especie de revelación, que no eran los astros los que dominaban la Tierra desde la altura, sino, al contrario, que era nuestro planeta el que se precipitaba, ebrio, perdido, solitario, hacia ellos, en una caída infinita que duraría hasta el último aliento del último hombre. Cerré los párpados y me dormí. Sobre mí, muy cerca pero a una distancia inalcanzable, se elevaba la gran *stupa* sombría. Luego el alba empezó a enrojecer el horizonte, los pájaros se pusieron a gorjear y sobre el césped se formó una niebla que cayó sobre mí como una sábana húmeda.

Un estremecimiento del follaje me sacó de repente de esta nueva ensoñación. Me levanté. Mis ojos, ahora habituados a la oscuridad, distinguieron sin dificultad las cuatro siluetas del matrimonio Galjero y de las dos danzarinas hindúes que caminaban a paso rápido hacia el fondo del parque. Inmediatamente me oculté en la sombra para que no me vieran y les dejé pasar, fantasmas silenciosos deslizándose en la noche claudicante del Oriente. Les seguí a una distancia prudencial, después de tomar la precaución de sacarme los zapatos para que mis pasos no hicieran crujir la grava de los caminos. Pasaron a lo largo del laberinto de bambús, atravesaron una nueva extensión de césped donde dormían los pavos reales y llegaron a la línea de árboles que parecía marcar la linde entre la parte ordenada de los jardines y su zona asilvestrada, rebelde, su jungla. Sus formas penetraron en el bosquecillo y desaparecieron de mi vista. Al acercarme yo también, vi que un macizo de espinos cortaba la pista que habían tomado. A tientas, arañándome las palmas de las manos con las hojas cortantes, traté de localizar el agujero por el que habían entrado, pero me encontré ante un muro de defensa, una malla de alambre de espino vegetal que se negaba a dejarme pasar. Recorrí la linde a lo largo de unas cien yardas, volví sobre mis pasos, caminé de nuevo en la dirección contraria, pero fue en vano. Finalmente di media vuelta, desesperado, impotente, con las manos ensangrentadas, y volví a la villa.

El sol ascendía en el horizonte. Muy pronto la casa hormiguearía de nuevo de criados, doncellas y sirvientes que se afanarían en preparar la nueva jornada de sus amos. Tenía ganas de tomar un té fuerte y caliente. Empujé la puerta de las cocinas. Sentada al extremo de la gran mesa de trabajo, me sorprendió descubrir a la señora Simpson, que hundía negligentemente los labios en un gran cuenco de café. Sus ojos parecían cansados y tenía ojeras, pero parecía tranquila, como dulcificada. Un sirviente le trajo un plato que contenía una enorme tortilla de torreznos.

—¿Tomará algo, Tewp? —me preguntó levantando apenas la mirada hacia mí.

—No tengo hambre, gracias, señora —respondí con sequedad.

—Vamos, vamos, no se abandone. Recupere fuerzas, mi guapo militar.

—¿Fuerzas? ¿Para qué?

—El príncipe Muradeva nos prometió dos sorpresas. La primera era banal. Sólo

eran las bailarinas. La segunda, mucho más excitante, es para dentro de unos días, es una...

—¿Una...?

—¡Una caza del tigre, mi pequeño Tewp! ¡Una caza del tigre!

## LA SUITE DE LOS PRÍNCIPES

Había dejado que la señora Simpson comiera sin que nada la perturbara, y luego, con el estómago lleno y los sentidos satisfechos, la mujer se había retirado a su habitación, de la que no había vuelto a salir en toda la mañana. Después de su partida, yo había permanecido un instante solo en la cocina, tamborileando nerviosamente con la punta de un cuchillo en la madera de la mesa. Al verme así instalado, sin ceremonias, en la zona de los criados, Jaywant pareció contrariado.

—Yo no soy un invitado de lady y sir Galjero como los demás —repliqué cuando me propuso servirme el desayuno en mi habitación—. Estoy aquí de servicio, no por placer. Terminaré de desayunar aquí. Mientras, aprovecharemos para charlar un poco, si le parece bien.

El segundo mayordomo me miró con sorpresa.

—¿Charlar? Con mucho gusto, *sahib* Tewp... Pero ¿de qué?

—De todo y de nada... —empecé yo, un poco meloso, mientras él limpiaba los restos de la comida de Simpson—. Hábleme un poco de sus señores, por ejemplo. ¿Son gente agradable de servir?

—Muy agradables, señor. Tienen sus pequeños caprichos, como todos los amos. Pero nunca golpean a sus criados, lo que es poco frecuente. Y además, les vemos muy poco. A veces, pasan más de dos años sin viajar a Calcuta. Poseen muchas otras residencias, sabe...

Y Jaywant se lanzó a un largo panegírico de los rumanos. Lo atentos que eran con sus huéspedes, cómo ayudaban a los necesitados, cuan queridos eran por todos quienes les frecuentaban...

Todo esto me pareció, al principio, el discurso convencional de un mayordomo que considera su deber no denigrar a sus empleadores ante un tercero; pero el tono de Jaywant era tan convincente, y sus elogios tan naturales, que acabé por creer que la devoción que sentía por los Galjero era completamente sincera. Entonces decidí abordar otro tema.

—Me ha parecido ver a una persona deambulando por el primer piso —solté de la forma más inocente del mundo mientras el hindú colocaba ante mí una gran jarra de café hirviendo—. Un hombre al que nunca había visto aquí antes. ¿Hay otros residentes, aparte de la señora Simpson?

Jaywant se puso tenso.

—No, señor, no es posible. Creo que ya se lo dije. Por lo que sé, ustedes son los únicos invitados de la residencia. Si hubiera alguien más, yo lo sabría, se lo aseguro.

No parecía que Jaywant estuviera mintiendo. Y aunque probé con otras preguntas, con otras alusiones, no obtuve nada más de él. Mientras volvía a mi habitación para refrescarme un poco, me avisaron de que un ordenanza me esperaba en la verja.

Swamy estaba allí, caminando arriba y abajo por la acera.

—Le traigo una nota del coronel Hardens, mi teniente —me dijo el hindú, tendiéndome un sobre sellado—. El coronel ha especificado que debía entregársela en mano.

Abrí la carta sellada con el índice. Escrita de su mano, pero no firmada, la nota era una simple orden conminándome a acudir, la próxima medianoche, ante esta verja, para encontrarme con él. Fin del mensaje. No había explicaciones ni comentarios, ni la sombra de un indicio que me permitiera entrever cuál podía ser el motivo de esta entrevista a una hora tan tardía o justificar su naturaleza clandestina. Me vi obligado a contentarme con puras especulaciones.

Ese día, la señora Simpson no quiso abandonar la residencia Galjero. Durmió hasta la hora del almuerzo, y luego pasó toda la tarde tendida en una tumbona en compañía de Laüme Galjero, hojeando revistas y comentando los artículos entre risitas, como lo harían dos mujeres normales y corrientes. Abandonado a mí mismo, ocupé mi tiempo husmeando por los alrededores de la casa, aprovechando la luz del día para buscar alguna vía que me permitiera acceder al fondo del parque, cerca de la torre negra. Todos los caminos que creía conducían hasta allí eran callejones sin salida que culminaban en altas y densas paredes vegetales. Si había un pasaje —y sin duda lo había—, debía de estar disimulado mediante algún hábil escamoteo que yo decididamente no acertaba a descubrir. Volví entonces sobre mis pasos, fingiendo que no tenía nada que hacer, pero tratando de recoger el máximo de información sobre la disposición del lugar, las costumbres del personal, los indicios que éste o el otro hubieran podido dejar de su paso o de sus actividades, intentando averiguar que se había hecho del hombre gordo entrevistado en la habitación de las orgías o de las dos bailarinas, que no había vuelto a ver desde el alba, cuando los Galjero las habían conducido al fondo del jardín.

Entré en una antigua caballeriza que había sido transformada en garaje. Cinco o seis vehículos automóviles soberbios se encontraban depositados allí al cuidado de dos criados ataviados con monos negros. Estaba pasando respetuosamente la mano por las planchas pulidas, sobre los cobres y los cromados, cuando oí la voz de Dalibor resonando a mi espalda:

—Bugatti Royale, de 41, 1927. Lo adquirí en Nueva York. Su estética está un poco pasada de moda, evidentemente, pero sus prestaciones son notables. Se lo compré a un viejo pensionista de Rikers Island, la gran prisión de la costa este de Estados Unidos. ¡La prisión de los gánsteres de Nueva York! El que me lo vendió era conocido como «el hombre que no podía morir»: ¡Legs Diamond en persona! ¿Le dice algo este nombre?

—No sé gran cosa sobre truhanes, señor Galjero. La verdad es que no tengo en gran estima a este tipo de personajes.

—Bien dicho, oficial Tewp. Sólo son unos brutos. Y además, a pesar de haber sobrevivido a las diecisiete balas que recibió en el cuerpo en el curso de su carrera, al

final acabó de todos modos en un charco de sangre. Pero oiga, veo que le brillan los ojos. ¿Qué me diría de pilotar esta máquina? Lady Simpson me ha hecho saber que desea quedarse en casa esta noche. Si no le importa, permítame que aproveche la ocasión para que descubra las aceleraciones de esta mecánica.

Antes incluso de que hubiera podido responder, el rumano abrió la portezuela del Bugatti y me empujó con firmeza al interior. Las llaves estaban sobre el cuadro de mandos. Dalibor arrancó el vehículo, y en menos de un minuto habíamos abandonado la propiedad por el portal del parque. Rodamos en silencio a lo largo de las avenidas que llevaban lejos de la ciudad. Dalibor Galjero tenía una conducción ágil, fluida, y daba muestras de una gran seguridad de juicio, aunque a veces se divertiera simulando que tomaba riesgos. Avanzamos a buena velocidad hacia el este, en dirección a la costa. El paisaje cambió rápidamente, pasando de urbano colonial a urbano local; luego atravesamos terrenos agrícolas, y finalmente llegamos a campo libre. Dalibor seguía sin decir nada, concentrado en la conducción, embriagado por la velocidad, que no dejaba de aumentar a medida que íbamos abandonando las zonas habitadas. La carretera desembocó por fin en el mar, y giramos hacia el norte para seguir el litoral en una larga línea recta.

—Aquí quería conducirle —dijo Dalibor, aminorando la velocidad—. Esta carretera es perfectamente rectilínea a lo largo de casi diez millas. Y la calzada está en bastante buen estado, en la medida en que esto es posible en las Indias, evidentemente. En esta pista, el coche dará el máximo. ¡Ocupe mi puesto, Tewp!

Quise protestar, pero él bajó y me obligó a pasar a su asiento. Suspiré. Si bien Swamy me había mostrado las maniobras rudimentarias para hacer avanzar a un viejo camión del ejército, yo desconocía si podían aplicarse a un automóvil tan potente.

—¡Creo oportuno prevenirle, sir, de que ni por asomo soy un conductor experto!

—¡Bah! No tiene importancia. Déjese guiar, será él quien haga el trabajo —dijo Galjero con un aire perfectamente desenvuelto mientras cortaba el extremo de un cigarro—. Vamos, se lo ruego.

Recapitulé mentalmente las operaciones necesarias para el arranque, solté con prudencia el pedal del freno, embragué, aceleré... El coche gruñó un poco pero no dio ninguna sacudida. En mis manos, el volante era ligero, dócil. Subí lentamente las revoluciones del motor hasta alcanzar una velocidad de crucero que juzgué razonable.

—¡Vamos, vamos, Tewp! —me animó Dalibor—. ¡Ésta no es una mecánica para timoratos! ¡Le gusta que la maltraten! ¡Acelere, acelere!

Apoyé el pie sobre el acelerador. ¡Treinta millas por hora! ¡Cuarenta! ¡Cincuenta! Nunca había ido tan rápido... Mi corazón se puso a palpar como el de un niño que se divierte ascendiendo cada vez más alto en un columpio. Pero ésa era una velocidad ridícula para Dalibor, que, empujando su pie contra el mío, ¡hundió el pedal casi a fondo! ¡En un instante pasamos de cincuenta a ochenta, y luego a cien millas por hora!

—¡Cuanto más rápido conduzca, más seguro estará! —gritó Dalibor mientras el

motor roncaba—. Cuanto más rápido rueda, más se concentran sus nervios y más reactivo está... ¡Ése es el secreto! ¡El secreto para todo, por otra parte! ¡Hay que ir rápido en todas las cosas, Tewp! ¡Vivir rápido en todo!

«¡Vivir rápido en todo!», insistía Dalibor. «¡No dudar!», me había dicho madame de Réault. En el fondo, esas personas tan diferentes practicaban una misma filosofía. El rumano apartó su pierna, dejándome toda la responsabilidad de la conducción. Yo no frené, sino que mantuve esa marcha e incluso la aumenté, encontrando de pronto una nueva confianza en mí mismo en el descubrimiento de la velocidad. Me puse a reír, embriagado, seducido.

—Creo que tiene razón, sir... ¡Es más fácil cuando se va rápido!

Dalibor Galjero no había querido que le cediera el volante al entrar en la ciudad. Volvimos al atardecer, cuando el sol caía al otro lado del mundo y los sirvientes ya encendían las antorchas plantadas sobre las vastas extensiones de césped de la propiedad. Los pavos reales gritaron y alzaron el vuelo cuando pasé cerca del estanque, donde aprovechaban la refrescante sombra para chapotear. Después de una cena sin nada digno de reseñar y que repitió sin variantes el juego de las mesas separadas, Wallis Simpson y los Galjero volvieron a sus habitaciones como escolares bien educados, de modo que a medianoche, tal como me habían ordenado, me encontraba esperando en la acera, caminando arriba y abajo ante los horripilantes medallones. La espera no se dilató mucho, sin embargo, porque un coche del alto cuartel general dobló por Shapur Street y se detuvo a mi altura. Tras bajar el vidrio, Hardens en persona me invitó a subir a su lado. Intrigado por saber qué podía significar esta nueva extravagancia, me instalé sin decir palabra en el vehículo, que tomó a gran velocidad la dirección del centro. La tez del coronel, habitualmente rosada, sanguínea, estaba ahora pálida. Sus rasgos, tensos como si padeciera una enfermedad grave, reflejaban angustia, y su silencio era tan profundo que no me atreví a preguntarle por nuestro destino. Una pregunta vana en todo caso, ya que ahora se me hacía del todo evidente que Hardens estaba involucrado en este asunto como un simple chico de los recados al que una mano anónima había confiado la misión de ocuparse de mí. Participando en su jueguito de los misterios —un juego al que había empezado a acostumbrarme en las tres semanas que hacía que me habían separado de mis funciones jurídicas para destinarme a actuar sobre el terreno—, respeté tan bien el mutismo de mi superior que éste acabó por sentirse incómodo. Fue él quien rompió el silencio.

—Y bien, Tewp, ¿no siente curiosidad por saber adonde le conduce este coche?  
—preguntó sin mirarme.

—Desde luego, coronel. Pero no me siento autorizado a plantearle la pregunta. E imagino que ese halo de misterio obedece a una buena razón. Más pronto o más tarde la conoceré. De modo que sí, estoy intrigado; pero no impaciente.



Hardens gruñó como un viejo oso. Mi respuesta no le daba muchas opciones de seguir con la conversación. Sin embargo, tenía algo que decirme.

—No se haga el listo conmigo, Tewp. Se complace usted en darse esos aires de petimetre descerebrado cuando en realidad es bastante más astuto que la mayoría de nosotros. Sabe muy bien que voy a decirle adonde vamos. Y voy a decírselo porque de todos modos ya lo ha comprendido, ¿no es verdad?

Hardens se quitó la gorra y, suspirando, secó la banda interior con ayuda de un pañuelo que se había sacado del bolsillo.

—Sí, eso es —dijo después de acabar su trabajo de limpieza—. Vamos a casa de Phibes. O mejor dicho, vamos al lugar donde podemos encontrarlo. Lamento haber tenido que negar su existencia el otro día en mi despacho. Pero los acontecimientos me forzaron a hacerlo.

¡Donovan Phibes! El hombre del que me había hablado por primera vez Netaji durante mi secuestro. ¡El británico, que, según los sangthanistas, estaba organizando un complot contra su propio rey! ¡Así pues, Hardens formaba efectivamente parte del grupo! ¡Netaji tenía razón! Quise sonsacarle más información sobre aquel individuo, pero Hardens se negó a soltar prenda.

—Dentro de unos minutos sabrá todo lo que hay que saber, Tewp. No se alarme. Todo irá bien...

El coche continuó su carrera durante una o dos millas más por la Calcuta colonial. Reconocí fugazmente una parte de la Moore Avenue, y luego nos detuvimos ante el gran hotel Ascot, donde un guardacoches inglés se precipitó a abrirnos la puerta. Hardens me retuvo por la manga antes de entrar en el establecimiento.

—Espere un segundo, Tewp. Verifique su atuendo. Está a punto de tener un encuentro importante. Tire un poco de su chaqueta para alisarla y ajústese correctamente el correa.

Obedecí y luego Hardens, como un padre que lleva a su hijo a la escuela por primera vez, comprobó que estuviera presentable.

—Ahora vamos —dijo, y entró con paso resuelto en el hotel.

El Ascot era, sin discusión, un hotel de categoría superior a la del Harnett. La opulencia de su decoración, la amplitud de su arquitectura y el ambiente refinado que reinaba en su interior superaban en mucho los fastos, sin embargo bien reales, de su competidor. Hardens pasó ante el amplio mostrador de la recepción y se dirigió al ascensor privado que daba acceso a las habitaciones más espaciaosas.

—*Suite 904* —dijo al botones.

La reja se cerró con un silbido aceitado y la cabina se elevó en un trayecto de algunos segundos que el coronel aprovechó para sacudirse el polvo e incluso para verificar la pulcritud de sus uñas. Fuera quien fuese Donovan Phibes, por lo visto no era un hombre que tolerara el menor indicio de descuido en la apariencia de sus interlocutores. ¿Estaría Hardens pensando justamente en él cuando me había lanzado su pequeño discurso sobre los dos tipos de colonos, los románticos, que se

interesaban por las costumbres locales, y los pragmáticos, que, a riesgo de rozar el ridículo, se negaban a abandonar hasta la más nimia de las tradiciones británicas? Tal vez. Dentro de unos minutos lo sabría. El ascensor frenó y se detuvo en el noveno piso. Hardens dejó que el botones abriera la reja y luego me precedió por un pasillo corto, silencioso, tapizado con un degradado de tonos verdes. En el fondo del corredor nos detuvimos ante una hermosa puerta de doble batiente. Fijada por encima de un timbre de baquelita negra, una placa poco discreta indicaba orgullosamente «904, Suite de los Príncipes». De nuevo Hardens se volvió hacia mí y me pidió que le confiara mi revólver. Dudé por un momento. Aunque los armeros lo hubieran verificado en mi presencia, yo ya no depositaba una gran confianza en mi Webley desde los fallos de funcionamiento que había mostrado en el Harnett. Sin embargo, me inquietaba separarme de él. Y además era también —tal vez por encima de todo— una cuestión de orgullo. Deshacerse voluntariamente de la propia arma es como una renuncia, una abdicación. En este instante preciso, me incomodaba ceder sobre este punto. Con cierta impertinencia, con los ojos clavados en los del coronel, me contenté con vaciar el tambor en mi mano, confié sólo a mi superior los seis cartuchos que contenía y luego devolví el arma vacía a su funda. Desde luego, esta maniobra era puramente simbólica, pero me ahorraba la desagradable impresión de desnudez que me hubiera invadido con la ausencia del Webley de mi cadera. Hardens hizo desaparecer las balas en su bolsillo, dio tres golpes secos a la puerta y entró sin esperar una respuesta.

—Venga, Tewp. Donovan Phibes nos espera en el gran salón...

La Suite de los Príncipes era inmensa. Calculé que debía de ocupar por sí sola un tercio del noveno piso. Cruzamos una primera antecámara suntuosamente amueblada, una segunda aún más lujosa y un pasillo con dos altos espejos de marcos dorados situados frente a frente, antes de entrar en el gran salón. Yo sabía que no corría un peligro físico inmediato y que, con toda probabilidad, dentro de unos minutos, o de unas horas como máximo, saldría vivo del hotel Ascot; pero eso no impidió que mi corazón se acelerara. Con un paso un poco rígido, las mandíbulas apretadas y una punzada de nerviosismo en el estómago, avancé sin levantar la mirada del suelo. Por pudor, por angustia, por juego tal vez también, quería tomarme un tiempo antes de descubrir el rostro de Phibes.

—Teniente David Tewp, de la oficina del MI6 en Calcuta —dijo Hardens con voz potente para presentarme.

Lentamente —tan lentamente como fui capaz y con un sentido teatral que se acentuaba conforme pasaban los días—, levanté los ojos. Y mi respiración se detuvo en mi pecho. En contra de lo esperado, no me encontraba frente a un hombre. Frente a mí, sentados en mullidos sillones de cuero pardo, había doce individuos esperando. Un último asiento permanecía vacío. Al ver que estaba situado en medio de la fila, comprendí de inmediato que no era para mí. En efecto, Hardens fue a ocuparlo enseguida. ¿Cuál de entre estos personajes era Donovan Phibes? ¿Cuál era el jefe de

los otros? Aunque algunos vestían uniformes diversos del ejército británico y otros simples trajes civiles de buena factura, ninguno mostraba un signo en su vestimenta que permitiera distinguirlo de los demás. Estas personas, manifiestamente de edad avanzada en su mayor parte, hubieran podido constituir el público masculino tipo de una recepción de embajada perfectamente corriente. Tres o cuatro de entre ellos llevaban frac. Uno fumaba tranquilamente su pipa, otro mordisqueaba una galleta, y algunos se contentaban con calentar el vaso de coñac que tenían en la mano.

—Tewp, le presento a Donovan Phibes —dijo Hardens señalando a todo el grupo con la mano abierta.

—Yo... no comprendo muy bien, mi coronel —balbuceé tratando inútilmente de reconocer al menos un rostro en esta reunión.

—Donovan Phibes es simplemente un nombre ficticio compuesto a partir de las iniciales de los aquí presentes. De izquierda a derecha, permítame que le presente a los señores Dolester, Obadiah, Neville, Olint, Vouillé, Arlene, Nathan, Polley (la H es por Hardens, naturalmente), y luego Ibhart, Borway, Enquist y Sebastian.

Uno tras otro, a medida que eran citados, estos señores tan dignos me obsequiaron con una leve inclinación de cabeza a la que me abstuve de responder, recordando que, a pesar de su cortesía aparente, yo aún desconocía sus intenciones con respecto a mí.

—Tal vez Donovan Phibes deba morir esta noche, Tewp —prosiguió Hardens—. Porque tal vez, y es lo que todos esperamos aquí, sea preciso encontrar un nuevo acrónimo para nuestro pequeño grupo. Un acrónimo que incluya la T de su nombre, Tewp. ¡Porque si le hemos hecho venir esta noche, es porque deseamos que se una a nuestras filas!

—¿A sus filas? Pero ¿con qué fin, coronel? Ya he oído antes el nombre de Phibes. Me han hablado de sus objetivos. De sus intenciones... No sé si me dijeron la verdad. Pero si ése fuera el caso, creo que hizo bien en desarmarme, coronel. Porque mi deber sería poner fin al complot que prepara.

Mi perorata, y sobre todo el tono agresivo, casi arrogante, que había empleado, hicieron que más de uno abriera los ojos como platos. Vi que Hardens abría la boca para responder, pero alguien a mi izquierda se le adelantó.

—¿Es usted consciente de lo que está sucediendo actualmente en Europa, oficial Tewp? —dijo el hombre al que me habían presentado como Obadiah, levantándose de su sillón.

Vestido con una chaqueta oscura y un chaleco gris, la O de Donovan Phibes era un anciano un poco calvo, algo rechoncho, físicamente poco impresionante pero con unos ojos negros y vivos muy chispeantes.

—¿En Europa, señor?

—En Europa, en el continente. Desde hace tres meses, España ha entrado en una fase de guerra civil que se prevé larga y sangrienta, y cuya deriva llevará con toda probabilidad al poder a un régimen que se alinea ideológicamente con los que ya están establecidos en Roma y en Berlín. Los italianos, por su parte, han invadido

Etiopía y sueñan con reconstituir el Imperio romano. En Francia, la embriaguez que ha conducido a la elección del Frente Popular tiene las horas contadas. En su proceso de reorganización, la oposición se radicaliza y busca apoyos al otro lado del Rin. El parlamentarismo tal vez no resista mucho tiempo allí, pero esto se lo explicará con más detalle el señor Vouillé, aquí presente.

Un hombre alto y distinguido, de sienes plateadas, me obsequió con una discreta inclinación de cabeza.

—En Alemania —continuó Obadiah—, algunas comunidades son perseguidas. Cada día recibimos informes más alarmantes. Informes de testigos dignos de confianza, como los que nos ha hecho llegar, por ejemplo, el burgomaestre de Leipzig, Karl Goerdeler. Desde 1934, los judíos tienen prohibida la entrada en los cafés alemanes; en las piscinas y los cines también. Las expoliaciones son cada vez más frecuentes. Ahora prohíben que los hebreos dirijan sus propias empresas, sus propias industrias... Se queman las obras de Spinoza, de Proust, de Freud... A los médicos, los abogados, los periodistas, los profesores judíos se les ha prohibido ejercer. ¿Hasta cuándo les permitirán seguir con vida? ¿Cree que todo esto se reduce a un período pasajero? ¿Que es un simple fuego de paja que se extinguirá por sí solo? Respóndame con sinceridad, teniente Tewp.

Suspiré. Obadiah me forzaba a formular una respuesta que me resistía a expresar.

—No, señor. Por desgracia, es indudable que no se extinguirá por sí solo.

—Somos de la misma opinión, señor Tewp. Y así mismo, pensamos que acabará por estallar una guerra en Europa. Un conflicto bélico que se extenderá al mundo entero. Nadie escapará a ella. Dentro de cinco años, de diez tal vez. Será la guerra más atroz y mortífera que la historia haya conocido nunca. El planeta saldrá de él conmocionado, alterado para siempre, tal vez incluso completamente desangrado. Alemania ha recuperado el Ruhr y el Sarre, sus dos grandes viveros industriales. Allí, las fábricas trabajan ahora a pleno rendimiento. Pronto, muy pronto, Berlín volverá a tener una marina, unas fuerzas aéreas, unos cuerpos blindados y una artillería que le permitirán dictar su ley en Europa central. En Austria, en Checoslovaquia, en Polonia, en Hungría, e incluso en el oeste, con toda probabilidad, en Holanda, en Bélgica o en Francia. ¿Qué podrá hacer entonces Inglaterra? Su aislamiento no la protegerá mucho tiempo si el continente se vuelve contra ella... ¿Se lo imagina, teniente Tewp? ¿Su mente es capaz de captar la increíble cantidad de sufrimientos que esta guerra generará? Muchas ciudades desaparecerán del mapa. Países y pueblos enteros también, quizá. Si de usted dependiera, teniente Tewp, ¿dejaría que las cosas siguieran su curso sin hacer nada?

Obadiah había acabado su discurso literalmente electrizado, arrastrado por los hechos que exponía, por el terrible cuadro que esbozaba. En sus gestos, en su voz, en su fervor, volvía a encontrar la misma fogosidad de Chandra Bose cuando me había dibujado el caos que, probablemente, ennegrecería el panorama de los diez años próximos. Las conclusiones y los intereses de estos dos hombres eran opuestos, desde

luego, pero su encarnizamiento en la defensa de su causa era de una naturaleza muy semejante. El hombrecillo del chaleco gris volvió a tomar asiento pesadamente, provocando, en una reacción inmediata, que uno de los doce rostros restantes de Donovan Phibes se levantara a su vez. ¿Cuál era el nombre de este nuevo miembro? Tal vez se trataba de Ibhart, o Polley... En todo caso, cualquiera que fuera su patronímico, el uniforme que llevaba, gris azulado con galones dorados, era el de un oficial superior de la RAF.

—Su coronel nos ha hablado de su valor, Tewp. Tal vez debería ser él quien le precisara los motivos, pero permítame que sea yo mismo quien le explique las razones de por qué le hemos hecho venir aquí esta noche.

El aviador hizo una pausa bastante larga. Una pausa sabiamente estudiada para subrayar la importancia de sus palabras. Quería que por fin alcanzáramos el corazón del volcán, ese punto de fusión en que se suponía que todos los misterios se fundirían como la nieve al sol. A pesar de la solemnidad del instante, sentí que mis manos habían vuelto a secarse y que mi corazón no palpitaba con tanta fuerza. Todos los ojos de Donovan Phibes estaban clavados en mí, pero esto, en lugar de desconcentrarme y de privarme de mis capacidades, me daba una cierta fuerza. Aún no sabía por qué, pero adivinaba que estas personas necesitaban de mi concurso. Y esto me concedía cierta ventaja sobre ellos. Dejé que el aviador prosiguiera, procurando que la emoción no se reflejara en mis rasgos.

—Tewp, podríamos pasarnos toda la noche hablándole de nuestras convicciones. Pero por desgracia, como en su caso, no disponemos de tiempo suficiente para eso. Todos los que ve aquí reunidos son o bien altos responsables militares, como yo mismo, o bien diplomáticos o representantes de organizaciones internacionales discretas pero influyentes. Nuestras formaciones, nuestras trayectorias, nuestra nacionalidad, a veces incluso nuestras preferencias intelectuales, nos diferencian. Pero dos cosas nos unen. En primer lugar, la voluntad de actuar en beneficio de la humanidad, por el amor fraternal y la armonía entre los hombres. Y luego, una convicción: hay ocasiones en la historia en las que el Bien no debe contentarse con ser una virtud pasiva, sino que puede y debe luchar con ferocidad por su preservación, aunque para eso se vea forzado a utilizar métodos condenables. Todos sin excepción lamentamos lo que nos disponemos a hacer, Tewp. Pero ha llegado el momento de que lo sepa. Donovan Phibes sólo existe por una única y exclusiva finalidad: eliminar al rey de Inglaterra, Eduardo VIII, aquí, en Calcuta, y atribuir la responsabilidad directa por este crimen a los servicios secretos alemanes.

No pestañeé. Evidentemente, para mí, esta revelación no era tal. Aunque en su momento no hubiera creído ni una palabra de aquello, Netaji ya me había preparado para considerar la posibilidad de que se estuviese preparando un complot de este tipo. Sin embargo, aun así la impresión fue terrible, porque ahora ya no se trataba de una simple hipótesis académica, de una opción brumosa y, al fin y al cabo, excesivamente poco probable. A partir de este momento tenía que considerar la realidad inmediata y

trágica de este plan. Pero Phibes aún no había acabado del todo conmigo. Hardens fue el encargado de, acto seguido, exponerme la razón de mi comparecencia ante esta asamblea reunida en la *Suite* de los Príncipes.

—Supongo que tiene muchas preguntas que hacer, Tewp. Y nosotros responderemos a ellas. Pero antes de eso, debemos comunicarle con toda precisión lo que esperamos de usted.

Los cartuchos se alojaban de nuevo en el tambor de mi Webley cuando el coche de Hardens me dejó, poco después de las cinco de la mañana, ante la verja de la villa Galjero. ¿Podía decir entonces que yo era el mismo hombre que el que había sido introducido ante la extraña congregación que llevaba el nombre de Donovan Phibes y actuaba entre bambalinas en el escenario mundial para tratar de modificar radicalmente la historia? No, evidentemente. Pero este cambio no se debía a que ahora supiera que el complot contra el rey Eduardo era una realidad y no la mentira de un hábil manipulador. Esta transformación era debida a otra dimensión de la intriga, una dimensión que me había sido revelada por mi coronel y que nunca hubiera podido sospechar de mi propio jefe. Una dimensión terrible, monstruosa, que estaba a punto de trastornar mi vida para siempre. Sin embargo, yo no había vendido mi alma a esos trece hombres. No la había cambiado por dinero o un favor, un aumento de graduación o una posición social ventajosa. ¡Había hecho algo mucho peor que eso! Por voluntad propia, había ofrecido mi concurso a Phibes. ¡Y ya no existía ninguna posibilidad de echarse atrás!

—¿No se encuentra bien? Está muy pálido, teniente.

La voz grave de Dalibor Galjero me sorprendió mientras atravesaba el primer salón de la planta baja. Su alta silueta se había distendido bruscamente ante mi aproximación, lanzando su larga anatomía fuera de un rincón de sombra donde un instante antes descansaba tranquila, silenciosa, tal vez somnolienta, en un profundo diván.

—He tenido una larga entrevista de trabajo con mis superiores. Sólo es eso, sir — respondí sacándome la gorra en un gesto instintivo, como un criado obsequioso cogido en falta por su amo.

—Realmente, sus horarios de servicio son demasiado prolongados. Su jerarquía hubiera debido prever a alguien para que le relevara de vez en cuando. ¿Hay algo que pueda hacer por usted, David?

No me gustaba oír mi nombre en boca de Galjero. Aquello me hacía sentir incómodo. Él no tenía por qué rebajarse a eso, y yo no tenía por qué sufrir esta familiaridad. Se acercó a mí. Muy cerca. Casi hasta tocarme...

—Su espíritu tiembla y se agita. Puedo sentirlo. ¿No es así, David?

Bajé los ojos, sin atreverme a responder. Durante la velada pasada en compañía de los trece conjurados, nadie había pronunciado el nombre de los Galjero. Nadie

había mencionado a esa extraña gente que acogía en su casa a la señora Simpson. Estos rumanos, notables en tantos aspectos, parecían ignorar la existencia de Donovan Phibes. Sin embargo, en mi fuero interno, yo no podía dejar de pensar que esta misteriosa pareja desempeñaba por fuerza un papel en la oscura mecánica que, de la habitación de Ostara Keller a la celda sórdida donde Küneck había sido degollado, ligaba de forma misteriosa a tantas personalidades de alto rango, a tantos intrigantes que pretendían decidir nada más y nada menos que sobre la suerte del mundo.

—Simplemente estoy fatigado, señor. Es inútil buscar causas imaginarias.

Galjero me miró, sonriendo suavemente.

—No me ha convencido. Pero como usted desee. Le dejo que descanse un poco. Hablaremos más tarde, tal vez...

Durante una hora apenas, permanecí tendido en mi cama, con los ojos cerrados, para tratar de olvidar la nueva situación en que me encontraba. Pero fue inútil. Sin cesar volvían a mi memoria los rostros y las voces de los hombres que habían consagrado toda la noche a convencerme de las bondades de su cruzada.

—Es innegable, Twep, que hemos creado una ola de acontecimientos que ahora se nos escapan de las manos —había confesado Olint, el principal representante del Banco de Inglaterra en las Indias—. Pero aún estamos a tiempo de corregir el tiro. Y queremos que usted nos ayude a hacerlo...

—Esta mujer, Ostara Keller, ha venido aquí por nuestra causa —empalmó el armador Neville—. De eso hace tres meses ya; desde el momento en que el gabinete del rey informó al Mié y al Ministerio del Interior de que el soberano proyectaba una visita a las Indias en compañía de la señora Simpson, hemos tratado de engañar al SD Ausland. Küneck pronto mordió el anzuelo. Pero la asesina que Berlín envió aquí tuvo dudas...

—Yo mismo me he citado tres veces con ella, en esta misma habitación —había proseguido entonces sir Jacobus Dolester, un hombre de aire apático que, sin embargo, ocupaba el envidiable cargo de consejero particular del actual gobernador de las Indias, lord Linlithgrow—. Por su comportamiento, enseguida percibí que Ostara Keller era diferente al común de los mortales. Durante mucho tiempo estuve jugando al gato y al ratón con ella, asumiendo lo mejor que pude la figura de Donovan Phibes, un supuesto personaje próximo a los círculos del poder aquí, en las Indias. La máscara no era muy difícil de llevar, evidentemente. Nosotros no sabíamos con exactitud la fecha exacta de la llegada del soberano, ya que aplazó su viaje en varias ocasiones de forma inopinada. Tuvimos que utilizar la astucia para que no se impacientara. E incluso enviar tras sus pasos a gente del MI6, tan poco competente como fuera posible (y me estoy refiriendo al capitán Gillespie, a sus dos incapaces esbirros y... ¡a usted mismo, querido amigo!), para que no sospechara que los responsables de la oficina, aquí, estaban al corriente de su misión.

—Una excesiva placidez de la Firma con respecto a ella hubiera acabado por

acrecentar su desconfianza —había precisado Hardens—. En tanto residente extranjera, era lógico que acabara por interesar a algún servicio... De modo que nosotros mismos preparamos un cortafuego. Lamento haberle designado para eso, pero tenía usted el perfil ideal, Tewp.

—¿El de un ingenuo y un torpe, coronel?

Hardens había bajado los ojos ante mi pregunta.

—Y luego, poco tiempo después de su entrada en escena, las cosas se precipitaron —continuó Dolester—. A pesar de todas las fuentes de información de que disponemos, aún nos faltan datos para encadenar entre sí los acontecimientos que provocaron que Keller desapareciera pura y simplemente de nuestro campo de visión. En primer lugar, y tal vez fuera la espita que lo desencadenó todo, estuvo lo del asistente Edmonds, que creyó conveniente enviar un informe directo a Nueva Delhi sobre la visita de Küneck a Calcuta. A menudo los imbéciles causan daños terribles por exceso de celo. Gillespie juzgó que la información era demasiado importante para hacerla pasar primero por Hardens. Así que, en el convencimiento de que actuaba correctamente, cortocircuitó la jerarquía, lo que impulsó a Delhi a declarar incompetente a su equipo de la operación en beneficio del agente Surey. Un fino rastreador. Un cazador muy hábil.

—Extremadamente hábil; demasiado, para su desgracia... —había suspirado en su rincón el llamado Nathan—. Hablamos con Surey. Pero no quiso saber nada. ¡Dios sabe, sin embargo, que utilizamos todos los argumentos de que disponíamos! Hasta los más vergonzosamente materiales...

Aún veo los trece rostros de Donovan Phibes ensombreciéndose de golpe cuando uno de ellos refirió la trágica decisión que habían tenido que tomar con respecto al destino del agente Surey: Milton Millicent, un mercenario, o más bien un ejecutor de trabajos sucios, había sido el encargado de eliminar al hombre del panamá y a su compañero de equipo, y de dejar luego un grosero indicio que incriminaba a Keller...

—¿De modo que fueron ustedes y no Surey quienes pusieron el pedazo de papel bajo mi puerta? —había exclamado yo.

—Alguien tenía que descubrir el cuerpo, Tewp. Si no, ¿cómo íbamos a emitir una orden de arresto contra ella?

Durante un largo rato permanecí inmóvil, estupefacto. Por más que le diera vueltas al problema en todos los sentidos, decididamente seguía sin comprender por qué Hardens me había enviado esa noche a la cabeza de una sección de policías militares con armas ineficaces para capturar a Keller en el Harnett. Y entonces fue el señor Vouillé quien tomó el relevo de las explicaciones.

—Actuamos así, en primer lugar, porque sabíamos que Surey había hablado con usted mientras aún estaba en su celda, Tewp. Intuimos que le había hecho partícipe de sus dudas. Darle la orden expresa de detener a Keller nos permitía jugar, y ganar, en los dos tableros. O bien, como era probable, usted perdía la vida en la operación y ya no era necesario reservarle la misma suerte que a Surey, o bien escapaba



milagrosamente a la masacre y volvía del Harnett persuadido de la buena fe del coronel Hardens. Evidentemente podrá calificar nuestra maniobra de cínica. Por nuestra parte, asumimos colectivamente su vileza tanto como su necesidad.

Todas estas revelaciones me habían aterrado. Matar a Surey y a su compañero, lanzar —sin el menor escrúpulo— al encuentro de una asesina profesional a hombres inconscientes, con armas trucadas, y urdir finalmente la muerte de su propio soberano. ¿Cómo diablos podían unos hombres con tan altas responsabilidades, unos hombres que debían tenerse por seres de irreprochable conducta, concebir estos crímenes abyectos? La cuestión permanecía sin respuesta, lo que, por otra parte, tenía escasa relevancia, porque yo aún no había llegado al término de sus revelaciones...

—¿Ni por un segundo contemplaron la posibilidad de que el capitán Norrington podía estar, a pesar de todo, en condiciones de detener a Keller en el Harnett? —había preguntado finalmente, cuando desde hacía tiempo la sangre se me había helado en las venas y ni un solo músculo vibraba en mí.

—En absoluto, teniente Tewp. Imaginábamos que podría haber supervivientes entre los miembros del grupo. Que tal vez usted mismo sobreviviría. Pero teníamos la certeza de que Keller no podía dejarse atrapar... Y ni siquiera ser herida seriamente.

—Pero ¿y las armas? No habían sido saboteadas... Yo mismo verifiqué mi Webley...

Un silencio incómodo había seguido a este comentario. Hardens había carraspeado, con el puño apretado junto a la boca. Obadiah se había puesto de pronto a mirar al techo. Neville había concentrado su atención en el suelo. Por fin, Dolester se había decidido a retomar el hilo del discurso.

—Éste es un punto bastante delicado de explicar... La agente Keller me hizo una demostración extremadamente impresionante en nuestra primera entrevista. Una demostración de la que sigo sin explicarme el funcionamiento. Le ahorraré la descripción completa de la escena. Para simplificar, digamos que...

Dolester había dejado la frase en suspenso. Tenía los labios apretados y la frente fruncida. Estaba claro que se estaba esforzando para encontrar las palabras, para elegir las... con la esperanza de ser explícito sin verse obligado a emplear simplificaciones tal vez ridículas. Pero a pesar de su buena voluntad, no lo había conseguido. Hardens había suspirado tan ruidosamente como una vieja morsa antes de decidirse a acudir en su ayuda.

—Sir Dolester trata de decirle que esta *Kraut* posee la facultad de provocar disfunciones en las armas de fuego —había acabado entonces el coronel, y todo su ser se había visto sacudido por un ataque de risa nerviosa.

Tres golpecitos en la puerta me arrancaron de una duermevela agitada, cargada de recuerdos y de frases pronunciadas aquella noche. Salté nerviosamente de la cama y sólo tuve tiempo de cubrirme los riñones con una sábana para ir a abrir. Cortés,

paciente y grave, Jaywant esperaba en el pasillo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—La señora Simpson quiere comunicarle que no saldrá de la propiedad hoy, teniente. *Lady* y *sir* Galjero le informan, por su parte, de que sólo han invitado a algunos amigos para esta noche. La jornada de mañana, en cambio, tal vez se consagre a una excursión. Es todo lo que tenía que decirle, señor oficial.

Di las gracias al segundo mayordomo con una frase inacabada, y cuando ya cerraba la puerta ante él, creí ver que se ponía de puntillas para mirar hacia el interior de la habitación. Aquello me intrigó, y me volví para buscar qué había despertado su interés. Sólo vi, en el centro del cuarto, el montón que formaba la ropa que había llevado la víspera y que había tirado negligentemente al suelo. Acepté el ofrecimiento de Jaywant de llevar mi uniforme a la lavandería, y al tenderle mi chaqueta, un largo y muy fino reflejo cobrizo retorcido en la manga atrapó la luz de la mañana que entraba en oleadas. Maquinalmente, cogí entre mis dedos lo que en un principio tomé por un simple hilo de polvo. Pero no se trataba de eso: era un cabello. Un largo cabello pelirrojo. El rastro ínfimo, casi inmaterial, pero tremendamente evocador, de un hombre espantoso, de un hombre como nunca había visto antes, que me había sido presentado por el colectivo Donovan Phibes en la *Suite* de los Príncipes...

—Tewp —había dicho Hardens, después de haber conseguido dominar por fin el ataque de risa que le había provocado la mención del poder milagroso sobre las armas de fuego que Dolester atribuía a Keller—, creo que ha llegado el momento de acabar con las explicaciones detalladas. Será mejor que hagamos un somero resumen; porque, bien mirado, la situación es muy simple. Hemos tratado de manipular a agentes del SD y hacerles cargar con un atentado contra la persona de la señora Simpson. Un atentado urdido por nosotros, desde luego, que hubiera debido eliminar al soberano al mismo tiempo que a la americana. Si todo se hubiera desarrollado según nuestras previsiones, hubiéramos abatido a Keller y a Küneck, para, posteriormente, proporcionar a la opinión británica todas las pruebas de la implicación de los alemanes en esta tragedia. Tras esta revelación se hubiera desatado una guerra... que nosotros hubiéramos ganado. Los hombres que usted ve aquí esta noche sólo son la parte visible de una red extraordinariamente más vasta. Donovan Phibes no se reduce a trece personas. Donovan Phibes son veinte, treinta, cincuenta veces más miembros de los que ve aquí: banqueros, generales, industriales, filósofos, diputados, ministros, científicos de once naciones diferentes repartidos por los cinco continentes... ¡Incluso hay alemanes entre nosotros, Tewp! Sí, alemanes que saben que la única solución para evitar la catástrofe anunciada es tomar la delantera y barrer a los ogros que han tomado el poder en Berlín, en Roma, y pronto en Madrid, en Rumania o en otros lugares... Todas estas personas que nos apoyan sólo esperan que surja una chispa para convencer a los antiguos aliados de que vuelvan a tomar las armas y se lancen al corazón de Europa para instalar por fin en él un régimen compatible con nuestras democracias. Un régimen pacífico del que nadie tendría ya

nada que temer.

—¿Realmente necesitan que muera un rey para esto? —había comentado yo con tristeza.

—Una acción así impresionará a la opinión pública. Es el más simple y el más directo de los *casus belli*... Una ocasión que no podemos desperdiciar, aunque Keller haya huido. Después de la operación del Harnett, la austríaca hubiera debido acudir al escondite que le habíamos asignado en caso de producirse alguna emergencia. Allí disponía de dinero, material..., todo lo que necesitaba. Pero no se presentó. Y también le hemos perdido el rastro a Küneck. La operación se acelera, Tewp. Se nos escapa de las manos. Sin duda los agentes del SD han comprendido el papel que pretendíamos adjudicarles. Harán lo imposible para que nuestra operación fracase. Pero aún podemos caer de pie. Tenemos a un hombre que se encuentra tras la pista de los alemanes. Ya sabe que Keller sigue en la ciudad. Pronto la encontrará... y pronto la matará.

A una señal de Hardens, el llamado Borway se había levantado entonces para abrir en silencio una puerta al fondo del salón. Un hombre había cruzado el umbral; un hombre o más bien un monstruo de feria. Un luchador. Un hércules. Un gigante. ¿Qué altura y qué peso podía tener aquel coloso de carne y músculos? Más de seis pies, sin duda. Siete como mínimo... Y trescientas libras bien contadas al menos. Trescientas cincuenta tal vez... Era tan alto que había tenido que agacharse para pasar bajo el dintel de la puerta. Sin embargo, a pesar de su excepcional corpulencia, no parecía en absoluto pesado o torpe. Aquel gigante, al contrario, desplazaba su enorme masa con vivacidad, con nervio, e incluso con los ritmos de una furtividad natural que lo convertía casi en una especie de fantasma, transparente y silencioso. Aunque en este hombre todo era enorme, su llegada no había perturbado los sutiles equilibrios de aquella habitación delicadamente decorada.

—¡Diarmuid Langleton! —había pronunciado orgullosamente Hardens—. ¡Nuestro cazador! ¡Él localizará y despedazará en nuestro nombre a la bella señorita Keller!

Como buen calibrador de hombres, y como buen combatiente de 1914 también, el coronel no ocultaba su admiración ante el increíble fenómeno natural que constituía por sí mismo Diarmuid Langleton, escocés de Edimburgo cuyo rostro imberbe, a la vez redondo y de rasgos marcados —como es característico de los celtas—, quedaba enmarcado por una pelambreira roja que le caía en mechaz rizadas y se iluminaba con dos iris de un verde tierno sorprendentemente reluciente.

—Diarmuid es un hombre de otra época, oficial Tewp. Él no utiliza armas de fuego. Por eso encontrará a Keller y no tendrá nada que temer de los pretendidos poderes mágicos que Dolester atribuye a esta mujer y que sólo puede mencionar temblando.

Había sorprendido entonces al consejero de lord Linlithgow, hundido en su sillón, murmurando entre dientes un exabrupto destinado a Hardens.

—Por otra parte —había continuado el coronel sin darse por aludido—, esta montaña tampoco teme el acero afilado de las dagas de las SS a las que tan aficionada es esta chica. ¡Muéstranoslo, Diarmuid!

Bajo mis ojos estupefactos, y bajo la mirada asombrada de los doce hombres que, como yo, eran testigos por primera vez de ese increíble espectáculo, el escocés hizo saltar los botones de su camisa de cuello alto y, lanzándola como un trapo por encima del hombro, nos desveló un torso y un cuello enteramente cubiertos por innumerables anillas de metal. Cosidas directamente a la piel, estas piezas formaban una cota de malla apretada, impenetrable, tan imposible de sacar como de romper. La visión de esta carne humana atrapada para siempre en la rejilla de acero era tan fascinante como penosa de contemplar. Varios miembros de la honorable asamblea de los Donovan Phibes no pudieron reprimir una exclamación de disgusto...

—Caballeros, no duden de que todo su cuerpo está protegido de este modo... — Había alardeado Hardens, indiferente a los comentarios, como si aún tuviera que convencernos del gran valor que había necesitado el escocés para imponerse esta mortificación.

Durante un breve instante, Diarmuid había puesto sus músculos en tensión haciendo temblar su caparazón, antes de inmovilizarse a dos pasos de mí. Como imantada por la masa metálica que veía brillar bajo la luz tamizada de las lámparas, mi mano se había adelantado hacia las anillas frotadas con aceite. Durante una fracción de segundo recordé las escamas de la serpiente que *madame* de Réault había abatido en la habitación 511 del Harnett. En la sabia disposición de las mallas que cubrían a Diarmuid, reconocía algo de la piel del ofidio. El mismo aspecto aterciopelado, la misma frialdad. La misma amenaza, la misma sensualidad... Luego, como un rayo cayendo de las alturas, la palma del gigante me había sujetado de pronto por la garganta. Levantado del suelo por el puño del monstruo, me había encontrado, medio estrangulado y a punto de desvanecerme, frente al rostro amenazante de Diarmuid. Su enorme boca se había acercado a mí y sus mechales rojas me habían rozado el rostro, mientras tronaba con su voz cavernosa una advertencia incomprensible. Seguramente, fue en ese instante cuando uno de sus cabellos había caído sobre la tela de mi chaqueta...

## DHARMA

De la jornada del 17 de octubre de 1936 conservo pocos recuerdos auténticos. Jaywant me había avisado por la mañana: la señora Simpson había manifestado el deseo de pasar la mayor parte de su tiempo descansando en su habitación. En cuanto a los Galjero, simplemente habían desaparecido. Los criados no esperaban que regresaran hasta la noche, y hasta ese momento no les habían dado ninguna orden precisa. Esta relativa libertad de movimientos que se me ofrecía me iba de maravilla, porque tenía muchas cosas en que pensar. Y muchas cosas que decidir también... Este día, lo sabía, era uno de los últimos instantes de calma antes de la tempestad. Todo se había aclarado unas horas antes, en la *Suite* de los Príncipes, pero yo aún no había tenido tiempo para asimilar las implicaciones a raíz de mi aceptación de la propuesta de Donovan Phibes.

—¿De modo que acepta unirse a nosotros, oficial Tewp? —había concluido Hardens al término de las largas horas de conversación y debate que se habían desarrollado en la lujosa y aislada habitación del Ascot.

—Acepto —había soltado yo, convencido en ese instante de la pertinencia de los argumentos que me habían sido presentados.

—¡No se precipite! —me había advertido entonces el pequeño Obadiah—. ¿Está absolutamente seguro de que ha entendido bien lo que le pedimos, teniente Tewp?

¡Oh, Dios mío! Sí, había comprendido demasiado bien lo que Donovan Phibes esperaba de mí. No había sido la amenaza de entregarme, inerte a Diarmuid lo que me había decidido a entrar a formar parte de los conjurados. Era otra cosa. De hecho, había sido únicamente la más pura, simple y fría racionalidad. Estas personas habían acabado por persuadirme de la justicia de su causa. Habían conseguido su objetivo. Sí, haría lo que reclamaban de mí. ¡Yo, personalmente, mataría al rey Eduardo VIII y a su amante! ¡Desencadenaría una guerra entre las naciones del mundo! ¡Pero tal vez esa guerra fuera —eso esperábamos todos— el último conflicto a gran escala en la historia de la humanidad!

—Si Keller se entera o llega a la conclusión de que en adelante el éxito de nuestro proyecto descansa sólo en usted, evidentemente tratará de abatirle. A partir de ahora pasa usted a primera línea, Tewp. Pero tranquilícese, porque no parte totalmente al descubierto. Diarmuid le protegerá. Él encontrará a los agentes del SD antes de que consigan su propósito de hacerlo fracasar todo.

—Su escocés no tendrá que ocuparse de Küneck —había informado entonces a Donovan Phibes—. Murió en mi presencia, degollado por los nacionalistas.

Ahora que había escogido mi bando, creí conveniente no ocultar nada a mis nuevos socios. Bastaron unas pocas frases para informarles de lo que sabía sobre las intenciones de Bose y del faquir Darpán. Un largo silencio había seguido a mi relato.

Un silencio no consternado, sino solemne, porque ahora la duda ya no estaba permitida: dos bandos enfrentándose, los agentes del SD aliados a los hombres de Netaji contra los conjurados del grupo de Donovan Phibes. Por un lado, la preservación a corto plazo de una paz que sería el preludio de una guerra total, y por otro, una formidable provocación que justificaría un conflicto breve y localizado destinado a extirpar de una vez por todas el absceso pardo que crecía en el corazón de Europa. Yo no me arrepentía de mi elección. Hubiera deseado no verme obligado a escoger entre estas dos facciones; pero los acontecimientos así lo habían dispuesto. Ocurriera lo que ocurriese en adelante, yo ya no podía contentarme con adoptar la personalidad del pequeño funcionario gris y anónimo que tan bien había encajado conmigo en otro tiempo. Donovan Phibes acababa de abrirme la puerta de la historia. Me gustara o no, ahora debía franquearla...

En todo ese día, la señora Simpson no se dignó aparecer. La americana permaneció recluida en su habitación, donde incluso se hizo servir la comida. Y lo cierto es que aquello me venía de perlas para mis intereses. Evidentemente no me apetecía cruzarme con ella ahora que sabía que su muerte provendría de mí. Yo aún desconocía los detalles de lo que los hombres de la *Suite* de los Príncipes habían preparado para matar al rey y a su amante. Aunque poco importaba la forma. Se habían limitado a explicarme que no me pedirían que actuara antes de la llegada de Eduardo a Calcuta. Los pormenores del atentado no me serían comunicados hasta el último minuto, y se ocuparía el coronel Hardens en persona. ¿Qué me habían prometido a cambio? Pocas cosas, de hecho. La impunidad, claro está; eso era lo mínimo que podía pedirse. Y dinero también. Mucho dinero incluso. Pero yo había rechazado enérgicamente cualquier forma de recompensa material. Yo no me consideraba un mercenario. No estaba en venta. Intelectual y moralmente, las posiciones de Phibes eran justas. Con mi gesto, con mi crimen, salvaría centenares de miles de vidas, millones tal vez. Aquello era retribución suficiente para mí. Incluso me hacía sentir feliz. Casi orgulloso.

Pasé la mañana sumido en este estado de exaltación. Todo me parecía claro, imparable, evidente. Me había comprometido a cometer un doble asesinato, pero no calificaba este acto mucho más condenable que matar a un perro afectado por la rabia. Y luego, a medida que avanzaba el día, empecé a sentirme dominado por un nerviosismo febril. Mis manos se retorcían, mis pulmones se comprimían. Buscaba aire, en vano. Con el paso de las horas, esta sensación de opresión se fue haciendo cada vez más insoportable, y la mala conciencia surgió por fin como una fuente sombría del fondo de mi corazón y me invadió por completo. ¿Qué había prometido a esos hombres? ¿Qué demonio me había dominado para que me alineara con su causa? ¡Phibes no me pedía que degollara a unos vulgares cerdos en el patio de una granja! Pretendían que ejecutara un doble asesinato. ¡Y no sobre cualquiera, sino sobre el rey y la mujer que sería su futura esposa! ¿Cómo había podido dar mi consentimiento a semejante aberración? ¡Tenía que reaccionar, debía hacer fracasar el complot! ¡Pero

eso significaba al mismo tiempo dejar vía libre a Bose y a Keller, enemigos declarados de la Gran Bretaña! ¡Tomara el camino que tomase, estaba atrapado en un callejón sin salida! O bien ayudaba a Phibes y me convertía en un criminal, o bien dejaba actuar a Keller y favorecía los intereses de Alemania y de los independentistas hindúes contra Inglaterra. ¿Qué hacer, pues? ¿No actuar? ¿Cruzarme de brazos y ser testigo de los acontecimientos? Ya no lo consideraba posible. ¡Estático, atrapado entre dos fuegos, sólo podía ser aplastado sin piedad! En aquel estado, presa de los nervios, con el cuerpo sacudido por temblores, hablando solo mientras daba vueltas por mi habitación, debía de tener el aire de un condenado a muerte. Sin que importara a qué punto me condujera mi análisis, la constatación era siempre invariable: ¡estaba definitivamente solo frente a mi elección! ¡Ayuda! ¡Necesitaba ayuda! Pero ¿hacia quién podía volverme? ¿En quién podía confiar? ¿En Bartholomew Nicol? Sin duda; pero él no era más que un viejo capitán médico sin poder ni influencia. No podría hacer nada concreto, nada eficaz por mí. ¿En Garance de Réault? ¡Evidentemente no! Madame de Réault era una persona inteligente, de eso no cabía duda, y decidida también. Pero era una extranjera y yo no olvidaba que ella había sido la puerta de entrada de Darpán para que interviniera en la danza macabra que se desencadenaba en torno a mí. Entonces, ¿en quién? Habid Swamy y el aspirante Shaw también quedaban descartados. Un simple caporal hindú y un jovencísimo oficial sin experiencia hubieran tenido aún menos influencia que el buen Nicol. Sólo quedaba Zacharias Gibbet, el teniente coronel de la policía militar. ¿Podía realmente sincerarme con este hombre? No tenía ni idea. A decir verdad, la escuadra y el compás grabados sobre su cartapacio y su insistencia en mencionar la divisa del MI6, *Semper occultus*, durante nuestra entrevista no me inspiraban nada bueno. Sin duda Gibbet era también un hombre con un doble fondo. Sin embargo, era preciso que me lanzara al agua, que apostara por una solución, si no quería soportar solo y sin ningún tipo de recursos el monstruoso fardo que desconsideradamente me habían cargado a la espalda.

Así que puse fin a todo debate conmigo mismo, corrí hasta los centinelas apostados en torno a la villa Galjero y ordené a su sargento que me condujera sin pérdida de tiempo a los Grandes Apartamentos. Aún estábamos en plena jornada, y yo era consciente de que Hardens o alguno de los numerosos espías que, en el cuartel, parecían consagrados a la causa de Donovan Phibes podían detectar mi presencia allí y adivinar mis intenciones. Pero aquello me era indiferente. En cuanto hubiera franqueado el umbral del despacho del jefe de la policía militar, ya nada podría ocurrirme. Y además, era tanta la importancia de lo que estaba en juego que valía la pena intentarlo. Como un condenado, subí de cuatro en cuatro los escalones que conducían al piso de Gibbet. Alargando el paso, atravesé velozmente el pasillo de su servicio, y golpeé la puerta sin perder tiempo en hablar con el alarmado secretario que ya surgía detrás de mí para detenerme.

—¡Mi teniente! ¡Mi teniente! ¡No tiene derecho...!

Al ver que mis golpes no obtenían respuesta, accioné el picaporte; pero la puerta estaba cerrada con llave.

—¿Dónde está el coronel Gibbet, caporal? ¡Tengo que verle inmediatamente! ¡Es un asunto de gran importancia! —aullé al ordenanza, escandalizado por el desprecio que mostraba por las reglas más elementales de la cortesía militar.

—¿El coronel Gibbet? Pero es que... —respondió, turbado.

—¿Qué pasa ahora? —le espeté con malos modos.

—Pues... ¡es que murió ayer noche, mi teniente!

La brutalidad del anuncio hizo que me tambaleara. Por suerte, el caporal me sostuvo y rápidamente deslizó una silla hasta mí.

—¿Zacharias Gibbet... está muerto? Pero ¿cómo ha ocurrido? —dije, extrañado, después de recuperarme de la impresión.

—Una caída, mi teniente. Pasó a través de los cristales del último piso de La Toldilla mientras peleaba con un tipo. Un vulgar asunto de faldas, al parecer. Cayeron ambos contendientes. Y los dos están muertos. ¿No estaba al corriente? No se habla de otra cosa en el cuartel.

—¿Otro tipo? ¿Qué otro tipo, caporal? —pregunté con creciente aprensión.

—No conozco su nombre. Un chico de los archivos. Corre la voz de que se acostó con la amante en título del coronel Gibbet. Pero es sólo un rumor...

¡Un chico de los archivos! ¡Eric Arthur Blair, evidentemente! Sólo podía tratarse él. Desde luego, ni por un segundo otorgué el menor crédito a la versión del incidente que circulaba por los dormitorios militares. Si Blair y Gibbet no se encontraban ahora entre los vivos, no era a causa de una historia de cama. Era mucho más simple: porque me habían visto con ellos y sabían que les había preguntado por la identidad de Donovan Phibes. La atrocidad de la situación me atrapó por el cuello, oprimiéndome la laringe con más fuerza aún que el puño de Diarmuid la víspera.

El anuncio de estas dos muertes había acabado de devolverme la razón. ¿Cómo había podido olvidar que esa gente, por banqueros, diplomáticos o capitostes de la industria que fuesen, ya se había manchado las manos con la sangre del agente Surey y de su compañero? Con estas nuevas víctimas inocentes, yo obtenía también la prueba de que no dudarían en eliminarme una vez hubiera cumplido mi tarea. David Tewp era para ellos un ingenuo útil a quien habían nombrado ordenanza de Wallis Simpson para introducirle discretamente en el círculo íntimo del más alto personaje del Estado; pero cuando el papel de Tewp el Panfilo hubiera llegado al final, no tendrían más elección que eliminarle a él también. Yo conocía sus nombres. Conocía sus rostros, sus motivaciones. ¡En ningún caso podían permitirse dejarme con vida! Todas estas reflexiones cruzaron por mi mente en un instante, como una descarga eléctrica. Aún aturdido, abrumado por los acontecimientos que se precipitaban, conseguí levantarme y abandoné tan discretamente como pude los Grandes Apartamentos. Como sabía que a esa hora Nicol aún pasaba consulta, me vinieron unas ganas enormes de que me llevaran al hospital; pero resistí a la tentación, porque



de ningún modo podía arriesgarme a poner otras vidas en peligro. Ocurriera lo que ocurriese en adelante, tendría que afrontar en solitario la catástrofe que se anunciaba.

Cuando volví a casa de los Galjero se estaba celebrando una fiesta improvisada, que se hallaba en su apogeo. Al parecer, Dalibor y Laüme habían traído, de no sé dónde, a un puñado de invitados, cuyos esmóquines y vestidos largos apenas disimulaban su carácter naturalmente perverso y arrogante, a imagen del de la señora Simpson. Me limité a entrever a esa gente, porque había llegado a la conclusión de que hacer de carabina de la americana de demasiado cerca era inútil en tanto conservara el título de asesino patentado que me había otorgado la víspera por la noche Donovan Phibes, la hidra de trece cabezas y centenares de manos procedentes de «once naciones diferentes repartidas por los cinco continentes», citando las palabras textuales de Hardens. Subí, pues, a mi habitación para descansar. Apenas había dormido en el curso de las últimas cuarenta y ocho horas, y la falta de sueño, añadida a la tensión generada por los últimos acontecimientos, empezaba a cobrarse un pesado tributo sobre mi estado físico. Me tendí y me dormí enseguida. No había tenido la sensación de dormir más que un momento cuando un roce en mi mejilla me despertó bruscamente. A pesar de que la habitación estaba envuelta en sombras, distinguí los rasgos de Laüme Galjero inclinada sobre mí. Me encogí súbitamente, como si un tizón me hubiera quemado, y con un gesto rudo me cubrí el pecho con la sábana sin prestar atención a los latidos de mi corazón. La Galjero me sonreía, pero no decía palabra. Su vestido negro, profundamente escotado, descubría impúdicamente sus hombros, sus brazos, el surco tierno entre sus senos, y una lengua fina y rosada asomaba entre sus labios entreabiertos. Me cogió el mentón con la mano y acercó lentamente su rostro al mío. El olor de su carne saturó mi ser, penetró en mi espíritu, lo encadenó como lo hubiera hecho el filtro de una bruja.

Casi petrificado, creí que era la propia muerte la que avanzaba hacia mí, tan incapaz me sentía de reaccionar, de pensar siquiera. Luego, cuando la boca de Laüme ya iba a posarse sobre la mía, una última chispa de lucidez se reavivó en mí y me hizo rechazar con todas mis fuerzas a la criatura que se ofrecía. Durante un instante muy breve, mi rechazo provocó una especie de combate. Nuestras manos se entrelazaron, nuestros brazos batieron el aire, sentí sus largas uñas duras marcando mi torso y vi relámpagos de odio surgiendo de los ojos, tan hermosos, de esta mujer. Pero la batalla cesó enseguida, y nos apartamos el uno del otro sin mirarnos ya. Laüme se incorporó y abandonó mi habitación. Sin tomarse el trabajo de volverse, me enunció una suerte de sentencia:

—Si se hubiera abandonado esta noche, yo no hubiera puesto límites a lo que le hubiera concedido, David. Tanto peor para usted... Sí, realmente es un lástima que haya frustrado así mi deseo.

Luego cerró la puerta y a mi alrededor se cernió la oscuridad absoluta. Una

negrura espantosa, abisal, una oscuridad que nunca antes había atravesado, ni siquiera cuando Darpán y Ananda me habían sumergido en un estado cataléptico en la roca en medio del río hirviente para liberarme de las prácticas nefastas que Keller había tejido en torno a mí. Permanecí un buen rato sentado en mi cama, desconcertado y tembloroso, escuchando los ruidos de fiesta y de orgía que subían de los salones. No quería bajar, no quería ver. Demasiado bien imaginaba lo que estaba ocurriendo allí para herirme el alma siendo testigo directo de esa escena. No tenía ninguna necesidad de aquello... no, realmente ninguna.

Al alba, los invitados partieron, un poco ebrios, un poco tambaleantes. Los hombres iban en camisa, y las mujeres, todavía medio desnudas. Los coches los recogían en la escalera de entrada, y nadie parecía sentir ningún reparo en que criados, chóferes y sirvientes pudieran ser testigos de tanta disolución y abandono.

Como había esperado, durante toda la mañana reinó la calma en la propiedad, de modo que aproveché la ocasión para comunicar a Habid Swamy a través del correo interno que deseaba que se presentara urgentemente en la verja de la villa. Menos de una hora más tarde, el caporal hindú hacía chasquear reglamentariamente sus talones en mi presencia.

—¡Espero sus órdenes, señor oficial!

Swamy y yo no nos habíamos visto desde hacía varios días. Y aunque no tuviera ninguna consigna que darle, su compañía fue un bálsamo para mí. En aquel momento necesitaba hablar. Sin embargo, estaba fuera de cuestión hacerle la menor revelación o comentario sobre la existencia de Donovan Phibes o la alianza tácita que ligaba ahora a Keller con los hombres de Bose; y estaba también fuera de cuestión revelarle que los brahmanes Darpán y Ananda estaban compinchados con los sanghatanistas. En lugar de eso, preferí preguntarle por Khamurjee y la Thomson Mansion.

—Ninguna novedad, mi teniente. Kham sigue componiéndose para transmitirme sus informes. Aparentemente no hay ningún elemento que desentone en la organización de su fundación. Creo incluso que el chico pronto me pedirá que le deje seguir con el juego y le deje partir a su pritaneo de Berlín.

La incongruencia de esta perspectiva me hizo reír, a pesar mío. ¿Hasta ese punto me había engañado sobre la gente de Thomson Mansion? ¿Qué había imaginado? ¿Que eran unos monstruos devoradores de niños? No, todo aquello era ridículo. Pregunté a Swamy por los rumores que corrían sobre la muerte de Zacharias Gibbet y Eric Arthur Blair, pero el caporal no sabía más de lo que el ordenanza de los Red Caps me había comunicado la víspera.

—¿En qué puedo serle útil, mi teniente? —Acabó por preguntarme Swamy, que se daba perfecta cuenta de que los temas de conversación que yo elegía no eran sino pretextos para ocultar mis verdaderas preocupaciones.

—En nada... O mejor dicho, sí... ¡Encuéntreme a Darpán!

La orden no agradó al hombrecillo. El caporal me dirigió una mirada extraña antes de decidirse a partir hacia el templo de Kalighat Road, de donde madame de

Réault había hecho venir al sacerdote del turbante negro para que cuidara de Khamurjee en el Harnett, y donde, una noche de tormenta, yo mismo había sorprendido a Darpán celebrando la abyecta ceremonia del *maithuna*.

Esperando febrilmente que el Bon Po se dignara presentarse, volví hacia el edificio principal. La víspera, Jaywant se había referido a la posibilidad de una salida, pero la casa no presentaba señal alguna de que esto sucediera.

—Creo que mis amos y la señora Simpson prefieren descansar hoy también, oficial Tewp. Deben de querer reservar fuerzas para la caza del tigre que el sultán Muradeva organiza dentro de tres días.

—¿Esta actividad reviste algún peligro? —pregunté.

—No para los cazadores, señor. Los tigres no atacan a los elefantes sobre los que están instalados los tiradores. En cambio, puede ocurrir que se produzcan víctimas entre los portadores o los ojeadores. Sí, a veces sucede. Incluso a menudo. Se diría que es el tributo que hay que pagar...

Con la mente agitada por visiones de muerte y de sangre, volví a mi habitación, de la que había decidido no salir hasta que anocheciera. Dejé la puerta entreabierta para no perderme ninguno de los ruidos domésticos. Ya había conseguido familiarizarme lo suficiente con el lugar para distinguir los sonidos corrientes que revelaban una actividad en la que Wallis Simpson estuviera implicada. Pero durante toda la tarde sólo oí murmullos de conversación, entrechocar de tazas y teteras, risas ahogadas, y luego, al caer la noche, el tintineo del hielo en los vasos. Si se había programado una excursión para este día, a cada minuto se hacía más evidente que había sido anulada. Nadie subió a preguntar por mí. De todos modos bajé para cenar en el saloncito que me habían reservado y, en cuanto pude, volví a enterrarme en mis aposentos, vivamente contrariado por la negativa con que Darpán parecía responder a mi deseo de encontrarme con él lo más pronto posible. Tal vez Swamy no le había encontrado. Tal vez el Bon Po había juzgado preferible abandonar la ciudad mientras esperaba que la crisis se resolviera de un modo u otro... O bien... o bien Diarmuid ya había empezado a dar caza a los sanghatanistas implicados en la lucha contra Donovan Phibes. Porque en mi loca pérdida de control la noche pasada en el hotel Ascot, en aquel momento de absoluto desprendimiento de mí mismo que me había llevado a adherirme al monstruoso plan de los trece conjurados, yo había tenido la debilidad de confiarles las identidades de Darpán y de su aprendiz. Al escuchar estos nombres, el rostro de Diarmuid se había deformado por un instante en un rictus espantoso, ¡una especie de mueca de jabalí que le había hecho descubrir todos sus dientes, mostrándonos que se los había hecho cortar todos en punta! ¿Tal vez el escocés había empezado a buscar a Keller siguiendo esta pista? En tal caso, a pesar de los talentos de los Bon Po y de su afición por la crueldad, juzgué que no tendrían ninguna oportunidad ante el monstruo acorazado de las Highlands.

Así pasé las dos horas previas a la medianoche, atormentándome con estos pensamientos. Fuera, la luna brillaba, llena y redonda en un cielo sin nubes, bañando

el césped con una extraña luz, gris e intensa, que proporcionaba singulares relieves a todos los volúmenes de la fronda, de las fuentes y los edificios. Mis ojos se habían abismado desde hacía varios minutos en esta vana contemplación cuando de pronto un movimiento irregular que agitaba el fondo arbolado me llamó la atención. Tuve el tiempo justo de coger mi viejo catalejo —que por fortuna había tenido la precaución de incluir en mi equipaje— para ver a un cortejo que se dirigía directamente hacia la zona salvaje del parque. Encabezando la fila, reconocí la alta silueta de Dalibor Galjero, seguido por Laüme, Simpson, y una tercera silueta femenina, vestida con un largo chal a la moda hindú que la cubría de la cabeza a los pies. Creí identificar a Madurha, la más estilizada de las bailarinas del sultán Muradeva. Ante ella caminaba otra figura más, una minúscula sombra triste, cubierta de harapos. ¡Un niño! Como en la noche de la primera orgía, estaba seguro de que el destino del grupo sólo podía ser esa famosa *stupa* negra que se levantaba en medio de la maleza como un dedo de carne flaca.

Exaltado, corrí al piso superior, a una de las ventanas del pasillo desde donde sabía que disfrutaría de una inmejorable visión del parque. Era mi única oportunidad de descubrir el camino oculto que utilizaban los Galjero para abandonar la zona ordenada de los jardines. Con los pies descalzos, corrí tan deprisa como pude hacia mi puesto de observación. Al enfocar de nuevo la lente, vi que el grupo llegaba al lindero del bosque. La luna iluminaba la escena como en pleno día. ¡Lo veía todo! Dalibor se acercó, solo, a un arbolillo plantado por delante de los otros y se arrodilló respetuosamente ante él como si fuera un ídolo, una especie de pequeño dios silvestre. Luego sacó de su bolsillo un frasquito que contenía no sé qué líquido, que vertió respetuosamente en la tierra que rodeaba al árbol enano. Podía ver cómo movía los labios; pero era incapaz de adivinar las palabras que pronunciaba. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Era una especie de ritual? ¿Un acto mágico? ¿Un acto de pura superstición para impresionar a Simpson y a la bailarina? Imposible decirlo. Me apresté a examinar más detenidamente al grupo de las mujeres y el niño, pero un temblor en las ramas bajas más próximas al rumano atrajo mi atención. ¡Sin poder creerlo, vi cómo las ramas de espinos se apartaban como por arte de magia y en unos segundos dejaban al descubierto un camino perfectamente rectilíneo, un sendero limpio y recto que se hundía en el corazón de la jungla! ¿Qué artificio de prestidigitador había podido producir este milagro? Lo atribuí a un gran despliegue de medios y esfuerzo para controlar la retirada de las ramas y los matorrales artificiales, tal vez mediante una red de cables y poleas enterrada en el suelo. Era la única explicación lógica, y yo sabía que los Galjero eran suficientemente excéntricos para concebir un mecanismo como aquél. Eso debía asegurar a los rumanos un temible ascendiente sobre las almas simples a las que ofrecían este espectáculo. Wallis y la bella Laüme fueron las primeras en desaparecer bajo las sombras negras de los grandes árboles. La bailarina las siguió, empujando con rudeza al niño ante ella. Finalmente, Dalibor cruzó también la linde, y los matorrales se cerraron sobre él

tejiendo una rejilla de espinas infranqueable para quien desconociera la existencia del pasaje secreto. Todo volvió a quedar como antes. La ilusión era perfecta. Aun sabiendo que existía, el ojo no podía discernir nada de ese porche vegetal.

Bajé mi telescopio y volví discretamente al piso inferior. Por primera vez desde hacía muchos días, tenía la sensación de que por fin progresaba en mi investigación. Con mayor razón aún porque un detalle me daba vueltas en la cabeza. Sentía que se trataba de algo importante. Aguzada por la lente, mi mirada había captado algo en la escena del paso hacia el bosque salvaje. Un ínfimo fragmento de información que mi cerebro, demasiado ocupado en comprender las maniobras de Galjero para abrirse paso a través de los zarzales, había decidido relegar momentáneamente para un análisis posterior. Pero este detalle se me escapaba, como una mariposa ante la mano de un niño... ¡La mano de un niño! O, mejor dicho, ¡la mano de la bailarina que había empujado al niño hacia los árboles! Yo había visto esa mano durante una fracción de segundo. Y no era morena como hubiera debido de ser la de Madurha. ¡Era blanca! ¡Blanca y fina como la de Ostara Keller! La sangre se me heló en las venas. ¡Keller estaba aquí! ¡Y su refugio era la *stupa* en el fondo del parque de los Galjero! Ante esta perspectiva, mi mente se desbocó. ¡La agente de élite del SD Ausland, la protegida de Heydrich, la mujer que perseguía desde hacía casi un mes, esa austríaca pretendidamente nacida hacía veintitrés años en Graz de la relación carnal entre Althus Keller y Sabrina Ginter, esa bruja que acariciaba cráneos y entrenaba serpientes, esa furia que plantaba sin asomo de duda su daga en la garganta de soldados aguerridos, esta muchacha, en fin, acosada por un gigante pelirrojo con el cuerpo recubierto de acero, se encontraba a sólo unas yardas de mí! Este descubrimiento me situaba ante una encrucijada. Bastaba una llamada, enviar una nota, para que el escocés se lanzara contra su presa. Dentro de una hora todo habría terminado para Keller y ya nadie estaría en situación de oponerse al plan de Donovan Phibes. Pero si, al contrario, optaba por callar, si me guardaba para mí lo que sabía, todo sería distinto. ¡La historia del mundo cambiaría! Esta idea, esta elección, esta decisión que debía tomar, era embriagadora, turbadora... ¡Yo no era nada, no valía nada, y sin embargo, en este instante se concentraba un poder inmenso en mis manos! Me acometió el vértigo. Cerré los ojos y me dejé caer pesadamente sin ninguna retención, sin ningún control. El impacto fue violento. Mi cráneo chocó con tanta fuerza contra el suelo que casi perdí el conocimiento, pero el dolor, paradójicamente, interrumpió de golpe el sortilegio de mi embrutecimiento. ¡Abrí los ojos de nuevo como si me despertara de una larga pesadilla y me incorporé, feliz casi! ¡Por fin sabía qué debía hacer! En primer lugar, cogí una pluma y papel, y de un tirón y sin tachaduras, plasmé sobre el papel todo lo que sabía de Donovan Phibes. No omití nada, ni los nombres de los conjurados ni el alcance de sus palabras, la antevíspera, en la *Suite* de los Príncipes del Ascot. Luego procedí del mismo modo con los sanghatanistas, describiendo todo lo que sabía de Bose, Darpán, Ananda. Describí el asesinato de Küneck y puse negro sobre blanco las revelaciones del alemán antes de

morir. Bastó poco más de una hora para terminar el trabajo. Introduje el expediente en un sobre, lo sellé y anoté la dirección del procurador del virrey en Nueva Delhi. Al día siguiente confiaría el documento a Habid Swamy, que tendría por misión entregarlo a quien correspondía si llegaba a sucederme una desgracia de aquí al final de la estancia en las Indias del rey Eduardo VIII. ¡Porque estaba firmemente decidido a que ni nuestro soberano ni la señora Simpson morirían aquí mientras yo fuera oficial del MI6 con destino en Calcuta!

Acababa de guardar el sobre en un cajón del secreter que se cerraba con llave, cuando oí el sonido de una puerta que se abría suavemente en la planta baja. Apagué la luz, desenfundé instintivamente mi Webley y pegué la espalda a la pared, justo detrás de la puerta de entrada de mi *suite*. ¡Una voz interior me advertía de que el hombre o la mujer que entraba a escondidas en la casa había venido por mí! Agucé el oído y oí crujir un peldaño bajo un peso humano. Luego reinó un completo silencio durante tres minutos, cuatro tal vez. Y después vi cómo el pomo de mi puerta giraba... Contuve la respiración para no alertar al intruso, mientras mi pulgar levantaba muy despacio el percutor del revólver. Coloqué mi índice sobre el gatillo cuando una silueta alta se perfiló en el umbral. Aquel turbante negro... ¡reconocí al momento a Darpán! El brahmán avanzaba encorvado, como un felino al acecho, temiendo caer en una trampa. Aún no se había vuelto, y juzgué preferible dejar que se adelantara un poco más antes de revelar mi presencia, ante el temor de que desencadenara una reacción irracional por su parte. Cuando estimé que la distancia entre nosotros era bastante grande para garantizar nuestra seguridad mutua, permití que un ligero soplo pasara entre mis dientes. El brahmán se volvió al instante. ¡En su mano brillaba un largo puñal de dos hojas!

—¡Tewp! —murmuró mientras yo apuntaba el cañón de mi arma contra su frente—. ¡Tewp! ¡He visto a su ordenanza Swamy! ¿Qué quiere de mí?

Sin bajar el revólver, permanecí frente a él un momento sin decir nada todavía, tratando de adivinar por el brillo de su mirada el carácter de sus intenciones, si eran hostiles o si realmente había acudido en respuesta a mi llamada. El Bon Po debió de comprender el sentido de mi inmovilidad porque enfundó el arma. Recobrada la calma, también yo dejé caer mi brazo a lo largo del cuerpo.

—Dios mío, ¿cómo ha entrado aquí, Darpán? —siseé.

El brahmán se contentó con dirigirse hacia un sillón e instalarse en él cómodamente.

—¿Sabe que los británicos han puesto a Netaji bajo arresto, Tewp? —me dijo por fin en tono relajado mientras yo me acercaba a él devolviendo el percutor de mi arma a la posición normal.

A mí me importaba bien poco lo que pudiera sucederle a Bose: en ese momento tenía en la cabeza preocupaciones de mayor envergadura.

—¡No he enviado a Swamy a buscarle, Darpán, para pedirle noticias de su Netaji! ¡Tengo muchas cosas de que informarle! ¡Y muy poco tiempo para hacerlo!

Lo mejor que pude y, sobre todo, lo más rápidamente posible, le esboqué un cuadro de estos últimos días. No omití ningún detalle. Ni la introducción de Khamurjee en el seno de Thomson Mansion, ni la visita al coronel Zacharias Gibbet, ni, desde luego, el encuentro con Donovan Phibes, y ni siquiera el reciente descubrimiento del lugar donde se ocultaba Ostara Keller. Cuando hube acabado mi relato, vi que una extraña sonrisa se dibujaba en el rostro del sacerdote.

—Me alegra constatar que por fin ha elegido en qué bando jugar, Tewp. Ha hecho bien en advertirme. Estábamos a punto de proceder a su eliminación. Espero que no nos dé la ocasión de aplicar esta directriz. En cuanto a estos hombres que se ocultan bajo el seudónimo de Phibes, me atrevo a esperar que nos dará sus nombres...

—Aparte de Hardens, no conozco a ninguno por su nombre —mentí—. Se presentaron bajo simples números, del 1 al 13. Pero no es eso lo que importa. ¡La información capital es que es a mí a quien han confiado la misión de eliminar al rey y a su amante!

—Lo he comprendido, Tewp. Y he comprendido también que usted se niega a cometer este crimen, ¿no es así?

—Así es. ¡Pero necesito su ayuda para neutralizar el complot de Phibes!

—¿Mi ayuda, Tewp? ¿Para qué?

Describí para Darpán al monstruo de las Highlands que habían lanzado tras su pista y la de Keller. El dibujo que tracé de él no pareció impresionar excesivamente al brahmán.

—Por lo que dice, Tewp, deduzco que ese Diarmuid Langleton debe de ser un buen pedazo de hombre. Pero sólo está hecho de carne y de sangre después de todo. Tal vez sea eficaz y goce de la confianza del grupo Phibes, pero por el momento aún no me ha llegado ningún rumor concerniente a este personaje. Por ahora considérelolo un problema menor, ¿quiere?

¿El gigante Diarmuid, un problema menor? Yo que lo había visto con mis ojos y había sentido las callosidades de sus enormes manos aplastándome la garganta, no estaba seguro de poder compartir el tranquilo optimismo de Darpán.

—¿Un problema menor, dice? Tal vez podría ser sólo eso al fin y al cabo... A condición de que sepa utilizar tan bien, o incluso mejor que Keller, las artes negras —repliqué con cierta complacencia.

—¿Qué quiere decir exactamente, Tewp?

De las páginas de un libro donde lo había intercalado con sumo cuidado, saqué un largo y delgado hilo de color cobrizo.

—Uno de los cabellos del escocés se quedó enganchado en mi chaqueta. ¡Si es usted realmente lo que madame de Réault afirma, tal vez pueda debilitar a este monstruo hechizándolo!

Estas palabras enardecieron al sacerdote. En un segundo vi cómo su rostro cambiaba y se iluminaba ante la perspectiva de poder ejecutar su obra mortífera. Un hueso rebotante de médula lanzado a un perro famélico no hubiera producido más

efecto.

—¿Desde cuándo posee esta reliquia?

—Alrededor de setenta y dos horas. ¿Es importante?

—¿Tres días? ¡Es perfecto! ¡Más que perfecto! ¿Quiere confiarme este fragmento, Tewp?

No sin cierta repugnancia, volví a colocar el cabello entre las páginas del volumen y tendí el libro a Darpán, que rápidamente lo hizo desaparecer bajo su ancho cinturón.

—Página 51 —precisé.

—Por monstruoso que sea, a partir de este momento este hombre ya está vencido —aseguró Darpán—. ¡El brazo armado de Donovan Phibes está a punto de ser cortado! Buen trabajo, oficial Tewp. ¡Ha demostrado poseer un gran sentido de la oportunidad! Netaji tenía razón al depositar su confianza en usted.

Preferí no responder e insistí en el problema Keller. Esta mujer estaba ahí, muy cerca, seguramente todavía en la *stupa* de los Galjero. ¡Y había un niño con ellos! Una criatura flaca y vestido con harapos, seguramente un chiquillo de los barrios bajos. Tal vez uno de esos que habían desaparecido sin dejar rastro y sin que nadie se preocupara realmente por su suerte...

—Me doy cuenta de que adivina y teme lo peor, oficial Tewp —dijo Darpán acariciándose la barba después de que yo hubiera llevado la conversación hacia este tema—. Y creo que tiene razón, porque yo también siento lo mismo... Si no hubiera hecho creer a Phibes que accedía a entrar en su juego, la presencia de Keller aquí hubiera representado una baza importante para nosotros, ya que ella lo hubiera intentado todo para proteger al rey y a su amante.

Pero ahora que sabemos de-dónde partirá el ataque que planean los conspiradores (es decir, de usted, Tewp), esta mujer ya no es útil a nuestra causa. Incluso sería prudente eliminarla cuanto antes para evitar que caiga en manos de los esbirros de Donovan Phibes. Porque preveo, evidentemente, que el escocés no es su único asesino en liza...

¿Eliminar a Keller? Sí. Aquello me parecía bien. Deseaba acabar con ella de una vez por todas. De hecho, eso formaba parte de mi plan general. Porque unas horas antes había encontrado por fin la solución a todos mis problemas. Durante ese vértigo que me había atacado hasta el punto de hacerme caer, había recibido como una iluminación, una revelación. En realidad, la vía de salida de ese *maelstróm* en que me había visto sumergido era tan simple, tan infantil, que a fin de cuentas incluso era normal que la hubiera descubierto antes. Estaba rodeado de enemigos por todas partes. Luciera lo que hiciese, tomara el partido que tomase, tropezaba con obstáculos imposibles de salvar, con contradicciones, con peligros innumerables e intereses definitivamente antagónicos. ¡El único modo de resolver estos conflictos era jugar solo contra todos! Donovan Phibes era un enemigo igual que lo eran los sanghatanistas. Había que abatir a Keller. A Hardens también. ¡Y a Darpán tanto



como a Diarmuid! De un modo u otro, todos conspiraban. ¡Y todos debían ser neutralizados! ¡Era tan fácil como eso! Pero ¿cómo conseguir un éxito completo si no era utilizando las fuerzas de los unos para abatir a los otros? Sin duda, era una táctica excesivamente peligrosa, pero también eficaz y rentable. Por eso había pedido a Swamy que localizara a Darpán. El brahmán era la primera pieza que quería mover sobre el tablero bengalí. Sí, había encontrado la solución: ¡para vencer, debía rechazar obstinadamente el papel de peón que todos querían asignarme y reclamar el dominio de la totalidad del juego! Ya era capaz, gracias a la feliz casualidad que había hecho que el gigante de las Highlands depositara un poco de sí mismo sobre mi chaqueta, de utilizar al brahmán contra el escocés. La maniobra pronto daría sus frutos, de eso no me cabía ninguna duda. Pero no debía detenerme ahí. Darpán era una figura temible. La única tal vez, con excepción de Diarmuid, que podía enfrentarse eficazmente a Keller. Convenía aprovechar esta ventaja para lanzarlo también contra la austríaca.

—Sé cómo Galjero pasa al otro lado de la cortina de espinos que protege la *stupa* —murmuré al Bon Po en tono confidencial—. Aún faltan dos horas para el alba. Podemos tratar de penetrar en la torre. ¿Qué me dice?

Pero Darpán no mostró mucho entusiasmo. Evidentemente, quería saber qué hacían exactamente los Galjero, Simpson y Keller en este lugar, pero percibí que tenía ciertas reservas sobre mi plan que se resistía a formular. Tuve que insistir para que consintiera en hablar.

—¿Visitar la torre? Sí... Pero no espere que sea fácil, Tewp. Sin duda está protegida de un modo que usted no puede siquiera imaginar. Si no estoy equivocado, esta construcción es un templo. ¡Un templo! ¿Sabe qué oculta en realidad esta palabra aparentemente inocente, Tewp?

No estaba seguro de comprender al brahmán. ¿Me estaba planteando una verdadera pregunta, o trataba de librarse de una aventura que le asustaba?

—¡Un templo no es una construcción corriente, Tewp! ¡Es un lugar donde se convocan y se arremolinan fuerzas bien reales! Si penetramos en esta torre, tendremos que hacernos aceptar por las energías que contiene, o bien combatir las y vencerlas. No es una excursión que se improvise. Se necesita tiempo, meditación, ritos, ayudas...

—¡No podemos permitirnos el lujo de esperar, Darpán! Tenemos que actuar ahora —le apremié.

—¡Excepto en caso de que le apetezca morir, le aseguro que es imposible que nos abramos paso hacia este lugar esta noche!

Al ver que me encolerizaba ante esta manifiesta falta de interés en aprovechar la ocasión que se nos presentaba, Darpán se levantó de un salto, me sujetó de la manga y me arrastró fuera de la habitación.

—Es sencillamente irrealizable, y se lo demostraré enseguida —dijo, harto de mis protestas.

Abandonamos la villa con cautela y atravesamos las vastas extensiones de césped desrizándonos de un rincón de sombra a otro. Darpán quería que le condujera al punto exacto donde había visto a Dalibor Galjero arrodillarse y realizar sus aspavientos ante el arbusto esmirriado. Llegamos al lugar tras algunos minutos de marcha tan prudente y silenciosa que no despertó a ninguno de los pavos reales que dormían entre las hierbas.

—Es justo lo que temía —anunció el brahmán ante aquel aborto vegetal.

—Pero ¿de qué está hablando? —repliqué enseguida, cada vez más irritado por las ínfulas, cargadas de sobreentendidos, que se daba mi compañero del turbante negro.

Por mi parte, yo sólo veía una miserable raíz retorcida con una vegetación rala y una copa que se elevaba penosamente a dos pies del suelo.

—¿No siente nada, Tewp?

—¡No!

—¿Y sigue creyendo que este vegetal no es más que una palanca que dirige un mecanismo que provoca el desplazamiento de los espinos?

—¡Sí!

—Entonces, ¡dígame cómo se supone que funciona!

Resignado, quise arrodillarme en el suelo para remover la tierra en torno al arbusto y dejar a la vista algunos de los engranajes que allí debían de ocultarse; pero de pronto, mientras me adelantaba, me acometió una espantosa crisis de angustia. Empecé a temblar y se me revolvió el estómago ante la simple idea de hundir las manos en la turba y las raíces. El ataque era tan fuerte que incluso me dominó un impulso irresistible de llorar. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas mientras una tristeza infinita, inexplicable, se abatía sobre mí y me incapacitaba para efectuar el menor movimiento. ¡Estaba avergonzado, me sentía ridículo, pero pese a que era perfectamente consciente de mi estado, ningún pensamiento conseguía calmarme! Darpán me arrastró violentamente hacia atrás y me abofeteó. Poco a poco, la terrible tristeza que me oprimía aflojó su presa y recuperé el dominio de mí mismo.

—Este árbol no es lo que aparenta, Tewp. Es un guerrero vegetal. Un ser vivo que piensa y actúa, y que ha sido criado, educado para esto. Tiene una función. ¡Es el guardián del umbral! ¡Protege el acceso a la fronda y usted nada podrá hacer contra él si no sabe cómo combatirlo! Todo lo que intente empíricamente contra él se revelará inútil. Y muy peligroso para usted. Ahora acompáñeme, tenemos que regresar. ¡No deben sorprendernos aquí!

Caminando a paso ligero, volvimos a la villa. En el cielo, la luna llena brillaba baja en el horizonte y hacía vibrar todo el parque silencioso con andanadas renovadas de siete ondas de luz malva.

Darpán se había ido tal como había venido, furtivo y misterioso, apenas una hora

antes de que se alzara el sol; pero antes aún había tenido que hablarme de lo que él denominaba, con tanto respeto como desconfianza, los «genios familiares».

—Es un conocimiento viejo como el mundo, y es la base esencial de toda magia auténtica. La escena de abertura de la maleza de que ha sido testigo hace un momento lo prueba: Dalibor Galjero conoce bien este arte sutil. ¡No cabe duda de que él fue el maestro de Keller, quien la formó en los hechizos de muerte! Habrá que matarle, como a la austríaca... Y a su mujer también. ¿Cómo la llama usted...?

—Laüme —respondí no sin esfuerzo, destrozado ante la perspectiva de la muerte de esta criatura tan hermosa, tan hechizadora y, sin embargo, tan perversa.

—Habrá que matarlos a los tres —afirmó despiadadamente el brahmán—. Porque si su saber es tan grande que les da poder sobre los árboles, es tiempo de que alguien se alce contra ellos. El *dharma* quiere, al parecer, que yo sea ese hombre.

El *dharma*. Era una de las nociones más simples y más complejas que regía la metafísica hindú. A la vez destino universal y ley de equilibrio, el *dharma* era comparable al *tao* de los adeptos a la religión zen. No era un juez. No era un legislador. No era identificable con una persona e integraba en su seno todas las contradicciones que engendra el ciclo de la vida y la muerte, del amor y el odio, de la indiferencia y el apego. El *dharma* era el alma de las Indias. Mientras un hindú viviera para honrarle, este país con las dimensiones de un continente seguiría siendo la última gran ciudadela pagana del mundo.

Solo en mi habitación después de la partida de Darpán, me vi obligado a contener mi impaciencia durante buena parte de la jornada. Pero poco después del mediodía se me requirió que me presentara ante el coronel Hardens. El jefe felón del MI6 de Calcuta me esperaba fumando un cigarrillo en el asiento de atrás del coche de servicio que había hecho aparcar en Shapur Street.

—El rey Eduardo llega mañana, Tewp —me dijo sobriamente la voz de Donovan Phibes—. Esté dispuesto para actuar...

—¿Cuándo ocurrirá?

—El día siguiente. Mientras se desarrolla la caza del tigre. En las tierras del sultán Muradeva. Es de lo más sencillo... Hubiera preferido que fuera antes; lo más pronto posible, de hecho. Pero tenemos que redoblar la prudencia.

El rostro de Hardens reflejaba una intensa angustia. En sólo unos días había perdido peso. Tenía las mejillas hundidas. Y también vi que iba mal afeitado. Olía a sudor y a miedo.

—¿Qué se sabe de Keller? —pregunté hipócritamente—. ¿Diarmuid la ha encontrado?

El coronel soltó un «no» breve que parecía contener toda su ansiedad. Luego, después de un pesado silencio que no osé romper, empezó a hablar de nuevo.

—Dolester. El consejero de lord Linlithgrew... ¿Le recuerda, Tewp?

Asentí.

—Ha muerto. Una mala muerte; en su despacho sin ventanas y cerrado por dentro

con tres vueltas de llave. Ha sido la austríaca, estoy seguro. Pero nadie comprende cómo ha dado el golpe. El pánico empieza a apoderarse de los otros. Ha llegado el momento de que esta historia se termine de una vez.

—Coronel, ¿aún no quiere decirme cómo se supone que tengo que eliminar al rey y a su amante? Esto me permitiría prepararme...

Hardens gruñó como un oso y luego, después de lanzar su colilla apagada por la ventanilla, se volvió hacia mí para hablarme cara a cara.

—Eduardo y Simpson estarán instalados en la barquilla del mismo elefante. Aparte del cornaca, usted será expresamente designado por el jefe de protocolo como la única persona autorizada a subir con ellos al animal. Oficialmente, cargará sus fusiles... En el curso de la partida de la mañana, el cornaca hará tomar un determinado sendero a la bestia. Es un camino de jungla que acaba bruscamente en un cenagal. Cuando el animal se haya hundido en la turbera, usted descargará dos balas de un arma que le confiaré en la cabeza del soberano, y otras dos en la de la americana. Luego saltará de la barquilla a la orilla, donde le recogerán hombres de nuestra confianza. Uno de ellos le conducirá a un lugar seguro mientras que los otros se encargarán de los últimos detalles...

—¿Qué últimos detalles, mi coronel?

—Colocaremos en la barquilla un cadáver de su corpulencia y vestido con un uniforme parecido al suyo. Es fundamental que los investigadores no le identifiquen como el asesino. Oficialmente, los autores del golpe serán alemanes. Oficialmente, el teniente David Norman Tewp habrá encontrado la muerte al mismo tiempo que Eduardo y Wallis. Sin duda, amigo mío, tendrá derecho a unos funerales nacionales, pero para entonces estará demasiado lejos para asistir a ellos si no es porque alguien ocupe su lugar.

Hardens dobló su viejo cuerpo y me tendió un maletín de cuero que sacó de debajo de su asiento.

—En el interior encontrará una pistola automática Luger con tres cargadores llenos. Es obvio que no necesitará tantas municiones, pero es una precaución. Deberá disparar con esta arma. Sólo con esta arma, recuérdelo bien. Y cada vez en pleno rostro. Y sobre todo ¡no se ande con melindres!

Con un gesto brusco, Hardens me apretó el maletín contra el pecho antes de poner fin a la entrevista con estas palabras:

—Eso es todo, Tewp. Ya conoce lo esencial. Tanto si para entonces ha abatido ya a Keller como si no, Diarmuid estará constantemente cerca de usted la mañana de la caza. Le protegerá. Vamos, es hora de que vuelva a sus ocupaciones y no olvide la finalidad que nos motiva a todos. ¡Adiós, muchacho!

Aquello sonaba casi como una despedida. Aunque era totalmente estúpido por mi parte, yo estaba casi conmovido. Sin embargo, ese gran buda que era mi oficial superior se había manchado las manos con la sangre del agente Surey y de su compañero, con la de Gibbet y de Blair, y ahora se disponía a hacer derramar la de su

propio soberano y sin duda maquinaba también mi muerte. Aun así, me resultaba imposible odiarle del todo. ¡Qué imbécil era, Dios mío!

## LA MAÑANA DEL ELEFANTE

Decididamente, Wallis Simpson no era una persona corriente. Aunque oficialmente todavía se encontraba unida a su segundo esposo, un agente marítimo de la costa este, en 1935 la señora Simpson había hecho de Londres su residencia principal. Atraída por el lujo y el dinero, dotada para las fiestas y persona mundana por encima de todo, pronto se había creado allí una reputación de mujer fatal a la altura de las calaveradas de sus más grandes amigas del círculo de americanas expatriadas: las incontrolables y deletéreas Gloria Vanderbilt, Consuelo Thaw o Thelma Furness. Wallis Simpson había robado solapadamente a esta última a su pretendiente actual, ¡un cierto personaje de mente estrecha y cabellos pálidos y quebradizos, actual príncipe de Gales y futuro rey de Inglaterra! A pesar de que no podían tener caracteres más diferentes —uno retraído y serio; la otra, expansiva y descarada—, los dos amantes ya no se habían separado. El día de su coronación, en enero de 1936, Eduardo había transferido un tercio de su fortuna a la cuenta de Wallis, trescientas mil libras esterlinas como mínimo, y le había ofrecido como anillo de bodas morganáticas una enorme esmeralda de la que se decía que había pertenecido al Gran Mogol en persona. Ya nada parecía poder separar al rey de su amante. Nada excepto tal vez el maquiavelismo de algunos que conocían sobradamente las tendencias germanófilas de esta pareja improbable pero terriblemente influyente, tanto que de su vida o su muerte podía depender el destino del mundo.

—Mi esposa y yo somos perfectamente conscientes de la posición en que hoy se encuentra Wallis —me había confesado Dalibor Galjero mientras los dos íbamos en el coche que había pertenecido al bandido Legs Diamond—. La conocimos hace más de diez años. No era gran cosa en esa época. No era una lady. Sólo una mujer inteligente y que prometía mucho, pero que se encontraba bajo la férula de un marido alcohólico que le pegaba. Su vida no era fácil, y nosotros la ayudamos un poco. Y luego el azar hizo su trabajo, o algo más que el azar incluso, poco importa... ¡Y hete aquí que hoy se encuentra a las puertas de Buckingham Palace! ¿Quién lo hubiera pensado? No creo que nunca sea reina de Inglaterra, si le interesa mi opinión. Pero algunos lo temen. Y otros lo esperan. Debe usted saber que ocurra lo que ocurra, tendrá consecuencias...

Sí, lo sabía. Con la Luger que sólo esperaba cumplir su trabajo en la masa cervical de la señora Simpson y de su real amante, yo estaba particularmente bien situado para juzgar sobre la pertinencia de la aserción. La jornada precedente a la llegada del rey fue sin duda la que transcurrió con más exasperante lentitud de todas las que había vivido en la villa Galjero. Darpán me había prometido que volvería al caer la noche para que juntos intentáramos llegar sin tropiezos hasta la *stupa*, y todos mis pensamientos se centraban en este instante más que en la caza del tigre prevista

para dos días más tarde; porque había decidido actuar día a día, sin anticipar el futuro. El brahmán era un hombre liberado de las angustias del tiempo. Todo lo contrario de mí...

Simpson, sin duda con los nervios de punta por la inminente llegada del soberano, estaba muy inquieta. El sonido de su voz, habitualmente grave y sorda y transformada ahora en un horrible chillido, llegaba hasta mí fuera cual fuese el lugar de la villa donde intentara refugiarme. Varias veces en el curso de la jornada se enfureció con los criados por zarandajas, e incluso el plácido e impecable Jaywant tuvo que sufrir injustamente sus reproches. Excitada como una mosca en un día de tormenta, esta mujer electrizaba el aire a su alrededor. Lo sentí en cuanto apareció por la mañana. Consciente de que yo mismo estaba sumamente irritable, me las arreglé para no cruzarme con ella. Cuando por fin anocheció pude, no sin alivio, volver a mi habitación. Darpán, que ya se había introducido en ella —nunca llegué a saber cómo—, me estaba esperando. Sus ojos brillaban como los de un ave de presa.

—Le alegrará saber que el cabello rojo ha sido utilizado con éxito, Tewp. El hombre al que pertenece no vivirá más de cinco días. Ni su corpulencia de coloso podrá evitarlo.

—¡Cinco días! ¡Es demasiado tiempo! ¿No sería posible reducir este plazo?

El brahmán me fulminó con la mirada antes de aconsejarme fríamente que me ocupara yo mismo de eliminar al gigante Diarmuid Langleton si consideraba que los métodos Bon Po no eran bastante eficaces.

—Este hombre no llegará al próximo mes, Tewp. Aún le queda un poco de tiempo, pero un gusano le roe ya desde dentro. Cada minuto que pasa le debilita un poco más. Aunque tengamos que enfrentarnos a él con las manos desnudas, nuestras oportunidades de vencerle aumentan a cada instante, mientras que las suyas disminuyen en la misma medida.

—En lo que concierne a la neutralización de ese «guardián del umbral» que tanto teme, ¿cree que se encuentra ya en condiciones de actuar?

—Este punto quedará establecido en cuanto podamos deslizarnos hasta los jardines sin llamar la atención, oficial.

Tuvimos que armarnos de paciencia durante un poco más de una hora, y luego, tan silenciosamente como la víspera, fuimos al lindero del bosque. Allí, el brahmán me pidió que me tendiera plano sobre la hierba a su lado y que no me moviera ni hablara hasta que él no me autorizara expresamente a hacerlo. Él mismo fue a arrodillarse en el lugar donde Galjero lo había hecho una noche antes, y de una bolsa de tela que llevaba colgada al hombro sacó una maceta en la que germinaba una minúscula plantita. Darpán empezó entonces a salmodiar muy suavemente palabras incomprensibles para mí. Tal vez fuera hindi, pero el tono de su voz era tan bajo que me era imposible reconocer las sonoridades que modulaba con gracia. ¿Qué estaba haciendo exactamente? ¿Encantaba al guardián vegetal? ¿Le halagaba? ¿Le persuadía de lo bien fundado de nuestra causa? El canto de Darpán se prolongó más de diez

minutos. Era una salmodia lenta, larga, terriblemente aturdidora, tanto que acabó por adormecerme. Y tal vez hubiera acabado por dormirme sobre la hierba fresca si de pronto la voz del hindú no hubiera adoptado un tono amenazador. ¡Cuando abrí de nuevo los ojos, vi que arrancaba súbitamente con un gesto violento el brote que se erguía en la maceta, se lo llevaba a la boca y lo masticaba salvajemente! El guardián vegetal se estremeció. Aunque en ese instante ni un soplo de viento pasaba sobre el parque, el matorral tembló como si una corriente de aire agitara sus ramas. Al mismo tiempo percibí un susurro de hojas a mi espalda. Al volverme, vi que las zarzas más próximas se separaban unas de otras... ¡Darpán acababa de abrirnos el camino hacia la torre negra!

—¿Cómo lo ha hecho? —pregunté mientras avanzábamos uno junto a otro por el sendero despejado.

—No he querido perder el tiempo con halagos u ofrendas, porque sabía que no podía proponerle nada mejor que el alimento que le ofrece el que la ha traído a la vida. De modo que le he contado quién era yo, el daño que había infligido a otras criaturas vivas... ¡Sin embargo, ha sido necesaria una pequeña demostración para convencerle definitivamente!

—¿Me está diciendo que ha amenazado al árbol?

—El miedo al sufrimiento, Tewp, es una llave universal a la que todas las criaturas son sensibles. Es un secreto simple, pero que puede abrir casi todas las puertas del mundo... Casi todas...

Las palabras del Bon Po eran terribles; pero esta primera prueba, ahora superada, probaba también su valor. Si teníamos que matar a Ostara Keller esta misma noche, ya no dudaba de que este sacerdote estaba capacitado para triunfar sobre la agente del SD. Nos dirigimos caminando a grandes zancadas hacia la torre, cuyos perfiles se iban haciendo cada vez más precisos a medida que avanzábamos. Y de pronto, a la vuelta de un recodo del camino, desembocamos en un foso. ¡La *stupa* se encontraba ahí, a unas decenas de yardas de nosotros, pero aparentemente inaccesible! La torre se levantaba en el centro de una isla artificial, una loma herbosa que emergía en el centro de un lago cuyas aguas lisas estaban sembradas de nenúfares y de flores acuáticas multicolores. Un puente la unía a tierra firme, pero era una pasarela telescópica dotada de un mecanismo, un ingenioso entramado de cables, poleas y manivelas, que posibilitaba que desde la isla se pudiera recoger una parte para impedir así cualquier intrusión desde la orilla. Rápidamente Darpán y yo rodeamos el foso con la esperanza de descubrir un vado, otro puente, una estrecha lengua de tierra o tal vez una barca que nos permitiera acceder a la torre. Finalmente tuvimos que rendirnos a la evidencia: ¡si queríamos llegar a la isla, tendríamos que entrar en el agua! Resignados a nuestra suerte, nos desnudamos, dejamos nuestras ropas dobladas en el suelo y entramos, desnudos, en el agua negra y helada. En mis manos apretaba mi cuchillo y un encendedor que siempre llevaba conmigo, aunque no tuviera la costumbre de fumar. La distancia que teníamos que franquear no era muy importante,



pero perdimos contacto con el suelo fangoso al cabo de unos pasos y tuvimos que mojarnos del todo y luego nadar una veintena de brazadas antes de izarlos a la otra orilla. Después de salir del agua, recuperamos el aliento y nos secamos como pudimos frotándonos con puñados de hierbas secas. Con su turbante negro como única vestimenta, Darpán hubiera resultado casi cómico si la punta amenazante de la *stupa* no se hubiera levantado por encima de nosotros. La extraña construcción era una torre redonda, de una decena de yardas de circunferencia y una treintena de altura. Su superficie exterior estaba enteramente esculpida con figuras humanas masculinas y femeninas lúbricamente entrelazadas. Encima de la puerta, sonriendo burlonamente, creí reconocer el rostro de la diosa Durga, sacerdotisa de la muerte y de la metamorfosis de la que me había hablado Réault y de la que ya había visto una representación similar en el templo de Kalighat Road, el mismo en que había oficiado Darpán.

—Esta figura es su ídolo, la diosa Durga, ¿no es verdad? —dije al sacerdote.

—Durga no es una diosa dé la que uno pueda apropiarse o que se apropie de sus fieles —me corrigió al instante el Bon Po—. Es demasiado cambiante y demasiado exigente para eso. ¡Venga, tratemos de entrar!

Avanzamos juntos en dirección a la torre, con el corazón en un puño, fascinados por las esculturas que adornaban el tronco del edificio. Aunque estaba desnudo y alguien —pero ¿quién?— podía observarme, empecé a describir un círculo lento alrededor de la construcción, a una buena distancia, primero, y luego de más cerca, para observar los detalles de los frescos, de los que me resultaba difícil apartar la mirada. Todos mostraban cuerpos humanos en las poses más explícitas. Sólo pude descubrir escenas de orgía, y a pesar de la indudable atracción que ejercían sobre mí, pronto me cansé de ellas. Darpán ya había franqueado el único portal que daba acceso al corazón del edificio. Decidí no perder más tiempo observando los relieves lujuriosos y fui tras él. El interior, sin ventanas, estaba oscuro. Encendí mi mechero y paseé la llama en torno a mi persona. Por suerte, en el suelo había una vieja tea reseca, y no tuve ninguna dificultad en encender la punta. Con esta antorcha barrí la entrada. Vimos un espacio vacío, de techo bajo, sin hueco de escalera. Aparentemente la torre había sido construida sin ningún medio que facilitara el acceso a los niveles superiores, si es que en realidad existían. El suelo estaba compuesto por una gran losa de piedra lisa, brillante y dura, sin ninguna junta visible, pero con ranuras talladas que se entrelazaban formando espirales y volutas de las que era imposible distinguir el esquema general. Mis ojos se deslizaron por una línea profunda de esta red y la siguieron a mi pesar. Mi cabeza quedó como atrapada en una tenaza. Mi cerebro pareció encogerse en la caja craneal y mi respiración se aceleró. No podía dejar de seguir esta línea grabada que se enrollaba sobre sí misma como una serpiente, la cabeza me daba vueltas y empecé a sentir un vértigo irrefrenable. Se me revolvió el estómago y sentí una náusea irreprimible. Vomité durante largo rato: Me zumbaban las sienes, tenía los ojos en blanco y mis músculos habían perdido toda su fuerza. Me

tambaleé. Darpán me sujetó vigorosamente por los hombros y me empujó para que saliera al aire libre. Durante unos minutos, sin embargo, seguí sintiendo los efectos de este vértigo paralizante. Mis ojos ya sólo captaban un vapor anaranjado en el que palpitaban luminiscencias lechosas y mi cráneo resonaba con un ruido de huracán. Lentamente empecé a recuperar el dominio de mí mismo y pude arrastrarme hasta la orilla, donde hundí las palmas en el foso y me rocié el rostro con abundante agua.

—Ya se lo advertí, oficial Tewp. Este lugar es un templo. Un verdadero templo. Esto significa que lo recorren energías. ¡Vive! Es él el que le hace esto. ¡No quiere saber nada de un profano como usted!

¡Después de que los árboles sintieran miedo, ahora el brahmán prestaba un alma a los edificios! Decididamente yo ya no era receptivo al mundo que me rodeaba. A pesar de todas las preguntas que se acumulaban en mi cabeza, me contenté con sentarme en la hierba en silencio, con la cabeza entre las rodillas. Me sentía decepcionado, desanimado. Esta torre no era más que un señuelo. La habitación que habíamos descubierto tan sólo era un inútil callejón sin salida, sin puerta, sin ventanas, sin trampillas ni escaleras. Keller no podía haberse escondido aquí. ¡Había que buscar en otra parte!

—¿Se siente mejor? ¿Podemos seguir ahora? —me preguntó mi compañero poniéndome la mano en el hombro.

—¿Seguir, Darpán? Pero ¿hacia dónde? Aquí no hay nada, y el parque es demasiado grande para vagar al azar...

El brahmán se inclinó hacia mí, con evidente sorpresa.

—Hay una escalera en la torre, Tewp. ¿No se ha fijado?

Al ver que no respondía, Darpán me ayudó a levantarme y me obligó a volver hacia la entrada. Instintivamente, todo mi ser se resistía a franquear de nuevo la puerta de este edificio, y tuve que apelar a todos los recursos de mi racionalidad para no liberarme y huir lejos de este lugar donde el ala del ángel de la muerte me había rozado. No era mi cuerpo el que se negaba a avanzar hacia esta torre, sino mi espíritu el que no podía soportar la idea. Allí, en esa pequeña habitación redonda, me había visto sumergido en una terrible oleada de emociones oscuras que me había trastornado. Mis tripas habían reaccionado vaciándose, pero eso sólo había sido el síntoma físico de un malestar mucho más grave, casi metafísico. Allí, unos segundos después de que mi mirada se perdiera en la línea grabada en el suelo de piedra, me había invadido una desesperación sin nombre que se había precipitado sobre mí como una avalancha y me había lanzado a lo más profundo de mí mismo. ¡En mi vida quería volver a sentir algo como aquello! Temblando, levanté los ojos hacia la torre, que me pareció como una aguja negra plantada en un suelo eléctrico. Tenía la sensación de que toda la tierra en torno a mí vibraba con un lamento atroz emitido por centenares, por millares de voces. ¡Era una impresión de pesadilla! Darpán se dio cuenta de que flaqueaba y recurrió, como la víspera por la noche, al ancestral método de la bofetada dolorosa para devolverme a la conciencia.

—Esto constituye otro secreto de magia práctica que abre también numerosas puertas —comentó fríamente después de que su palma me hubiera hecho arder la mejilla.

El laconismo del comentario casi me provocó una carcajada, lo que en cierto sentido me liberó y me permitió recuperar el dominio de mí mismo. En un instante el miedo desapareció casi por completo, hasta el punto de que volví a sentirme con fuerzas para volver a la torre. Sin embargo, en cuanto franquéé el umbral de la oscura habitación, tuve la tentación de dirigir de nuevo la mirada a las líneas del suelo.

—¡Sobre todo no mire los dibujos! —me ordenó Darpán—. ¡Esto acabaría por matarle! Venga, ahora tenemos que bajar...

—¿Bajar? Pero ¿por dónde? —pregunté, estupefacto y furioso; por más que examinara el lugar, no distinguía el menor pasaje.

—¡Pues por esta escalera, oficial! —gritó el sacerdote señalando un vago emplazamiento a mis pies—. ¿Sigue sin verla?

Bajé los ojos y, como antes, sólo la roca plana, perfectamente lisa si no hubiera sido por los pequeños grabados serpenteantes que la cortaban en toda su superficie, se ofreció a mi vista.

—¡Aquí no hay nada! —exclamé, terriblemente irritado y sintiendo cómo volvían los síntomas de malestar.

—Ya hemos hablado bastante. ¡Ahora hay que bajar! —me espetó el brahmán, y sin ningún miramiento me dio un fuerte empujón que me lanzó hacia delante.

En lugar de caer al suelo, como esperaba, mi pie se hundió y tuve la sensación de un rápido descenso en ascensor. Sin saber cómo, me encontré tendido sobre un tramo de peldaños. Me quedé con la boca abierta. ¡No podía creer lo que estaba sucediendo! ¡Ni aunque hubiera asistido al milagro de Nuestro Señor caminando sobre las aguas en el Tiberíades me hubiera quedado más estupefacto! Miré alrededor y tuve que rendirme a la evidencia: ¡en efecto, me encontraba en el segundo o tercer peldaño de una escalera que se hundía en el suelo de la torre! ¡Y yo no había visto nada, no había adivinado nada que me hiciera sospechar su presencia en la habitación de entrada!

—¡No pierda el tiempo preguntándose cómo es posible que esto esté ocurriendo, oficial! ¡Baje!

Darpán ya se encontraba a mi espalda y, por el tono imperioso de su voz, interpreté que estaba ansioso por recorrer los meandros de los subterráneos. Iluminado por la antorcha que sostenía el sacerdote, descendí hasta el final de esta escalera pendiente, sin barandilla, resbaladiza como los cantos rodados de la playa en la marea baja. Hice un cálculo aproximado de la distancia recorrida contando el número de peldaños y estimé que debíamos haber descendido una veintena larga de yardas por debajo del nivel de la torre, después de lo cual llegamos a un rellano final de donde partían dos pasillos. El más ancho era el de la derecha, e instintivamente seguimos por él. Pasamos bajo un dintel de piedra adornado con esculturas que representaban monstruos que despedazaban a unas figuras humanas acurrucadas, de

las que no supe discernir si eran enanos o niños, y luego desembocamos en una sala de geometría irregular, llena de aristas y ángulos vivos. En cada uno de estos ángulos se levantaba una estatua de Durga la Negra, a cuyos pies había cuencos de cobre depositados como ofrenda que contenían harina, miel y aceite, y el suelo de la estancia estaba surcado de canales estrechos en los que se estancaba un líquido viscoso, que, a la débil luz de nuestra humeante antorcha, nos pareció de un color marrón claro y como salpicado de zonas grises enmohecidas. Darpán se inclinó para hundir su dedo en el charco.

—¡Sangre! —exclamó el Bon Po—. Y vertida hace poco. No esta misma noche, pero sí, tal vez, en la de ayer.

Exploramos la habitación pero no encontramos ningún cadáver. ¿De dónde procedía, pues, toda esta sangre? A ojo calculamos que había una docena de litros esparcidos por el suelo de la sala, aproximadamente la que podían contener los cuerpos de dos adultos, o los de tres o cuatro niños. Ya no teníamos nada que hacer aquí. Volvimos sobre nuestros pasos y tomamos el pasillo de la izquierda. Después de recorrer unas docenas de yardas en condiciones penosas debido a que los muros del pasaje se estrechaban en forma de embudo y el techo se iba haciendo cada vez más bajo, vimos una forma humana tendida en el suelo. Era una niña de unos ocho años, que sólo llevaba un cinturón de tela roñosa en torno a los riñones. Darpán se precipitó hacia ella, pero ya nadie podía ayudarla. La chiquilla había sido desangrada y la habían dejado allí para que muriera. Su corazón ya no latía y tenía los ojos en blanco. Su cuerpo se había vaciado de sangre por dos heridas: una en la yugular y otra en la muñeca izquierda, como si la primera no hubiera sido suficiente. La pequeña se había debatido y había buscado apoyos en el muro, donde, a largos intervalos, se veían marcas rojas todavía frescas.

—¿Es ésta la niña que vio ayer noche con su lente, Tewp? —me preguntó Darpán mientras examinaba el cadáver palpándolo con gestos propios de médico forense.

—A esta distancia no era más que una sombra de la que no pude distinguir bien los rasgos —respondí trastornado—. Pero es probable, sí...

—Este sótano es un matadero, Tewp. Prepárese para ver cosas difíciles de soportar. ¡Sigamos adelante!

Tragué saliva con dificultad. Desnudo, sin mi arma —había tenido que dejar el revólver en seco, con mi ropa, en la otra orilla—, avanzando encorvado por esta galería de piedra, me sentía tan frágil e inerte como un embrión germinando en su matriz de entrañas hediondas. Darpán, por su parte, parecía mucho menos turbado que yo. El sacerdote sujetó con firmeza la empuñadura de su daga de hojas gemelas, nuestro único medio de ataque y de defensa, y reanudamos en silencio nuestra laboriosa progresión. Finalmente desembocamos en una sala de altas bóvedas, de aspecto semejante al de la primera nave. Las mismas estatuas de la diosa de las metamorfosis y la misma disposición aproximada del lugar. Sin embargo, había un detalle que la distinguía: había anillas de bronce corroído —tal vez una cuarentena—

encajadas a flor de suelo.

—¡No toque nada, Tewp! —me previno el sacerdote, que se había erguido para examinar atentamente la geografía del lugar.

Esperé un instante a que el brahmán acabara de pasear la llama de la antorcha por los rincones más oscuros de la sala. Excepto por el chisporroteo seco de la tea, el silencio era absoluto, denso, impresionante. Un silencio de capilla ardiente. Darpán volvió hacia mí y, con una leve inclinación de cabeza, me indicó que tirara de una de las anillas. Angustiado, sujeté al azar uno de los círculos de metal y ejercí sobre él una fuerte tracción. Se abrió una trampilla. Las anillas estaban fijadas a unas delgadas tapas de piedra que cubrían unas fosas de un pie cuadrado de superficie aproximadamente y con una profundidad apenas mayor que la mitad de un cuerpo de adulto. El sacerdote del turbante negro hundió la luz en el orificio, donde distinguimos una masa encogida y reseca, de forma vagamente humana. Como no podíamos ver bien de qué se trataba, nos decidimos a extraer esa cosa de su agujero. De rodillas, la sujetamos entre los dos; pero en cuanto estuvo bastante liberada para poder desalojarla, los músculos de nuestros brazos se relajaron y el objeto se nos escapó de las manos y cayó en su nicho, produciendo un ruido mate y levantando una nube de polvo. Nos vimos obligados a volver a iniciar la operación para observar con más detalle el cadáver depositado en la cavidad, porque, ya no había duda posible, estábamos exhumando un muerto, una momia de un niño indígena de una decena de años. La textura del cuerpo era quebradiza y se desmenuzaba como ceniza bajo nuestros dedos. Los rasgos del rostro parecían expresar un intenso sentimiento de horror. Dos manchas amarillas brillaban débilmente donde deberían haber estado los ojos.

—Se diría que... —resopló Darpán señalando las órbitas del cadáver.

—Que es oro —proseguí yo, incrédulo—. ¡Han vertido oro fundido en sus ojos!

Furiosamente, tiramos de otras anillas y sacamos a la luz otros cadáveres igualmente resecos. ¡El subsuelo de esta torre era una necrópolis de niños cuyas cavidades oculares habían sido saturadas de oro líquido!

Era la primera vez, desde que lo conocía, que me pareció ver que Darpán perdía el control de sí mismo. Su mirada pasaba de una a otra de las momias, tratando de comprender qué habían hecho realmente con estos desventurados niños. No era necesario que me lo confesara para constatar que este macabro hallazgo le sumergía en abismos de perplejidad.

—¡Desconozco el rito que se ha practicado aquí, oficial Tewp! Desconozco la práctica y desconozco la finalidad. A decir verdad, nunca había visto nada semejante...

—Pero estos cadáveres son antiguos —le hice notar—. Datan de varios siglos al menos. Vea si no lo resecos que están. Sólo el tiempo ha podido hacerlos tan quebradizos.

—Se equivoca, Tewp. Son muertos recientes. Muy recientes. Mire éste...

Su mano tendida señalaba un cuerpo que no era el de un niño, aunque poseyera su delgadez. Era un cadáver de mujer, de muchacha. Aunque había muerto desnuda, aún llevaba en las muñecas y los tobillos unos brazaletes brillantes con campanillas. ¡Ningún rastro de corrosión deslucía estas joyas, cuyos motivos y ornamentos eran idénticos a los que había visto adornando los cuerpos de las bailarinas Rajiva y Madurha!

—¡La reconozco! —exclamé—. ¡Es una de las cortesanas que el sultán Muradeva ofreció a Simpson como presente! ¡Vi cómo los Galjero la traían aquí, a ella y a una de sus compañeras, hace cuatro noches!

Fuera de mí, me precipité hacia los otros cuerpos para examinarlos mejor. Muchos no eran más que un amasijo de cenizas, irrisorias contracciones de seres humanos que una combustión sobrenatural había achicado y desarticulado hasta el punto de convertirlos en grotescos peles, secos y ennegrecidos. Pero en algunos de ellos, el infernal procedimiento de desecación que habían empleado para drenarlos de todos sus fluidos no había sido suficiente para borrar todos los detalles de algunas prendas de ropa que todavía conservaban.

—¡Mire estos fragmentos de tejido! —le señalé a Darpán mientras se deshacía entre mis dedos la trama de una tela gruesa—. ¡Se parecen a los que llevan los niños recogidos en Thomson Mansion!

Y por desgracia, ¡así era! A la luz de la antorcha que el brahmán colocó entonces a mi lado, reconocí sin asomo de duda los bordados de los uniformes de la primera promoción Galjero, el grupo cuya foto había visto en el despacho del desventurado archivista Blair, el mismo al que pertenecía el hijo único de la viuda herborista que Swamy y yo habíamos encontrado en los barrios bajos. ¿Qué suerte se había reservado a estos niños? ¿Y por qué habían conservado sus cuerpos de este modo? Con la garganta seca y la mente y el corazón convulsos por el descubrimiento que acabábamos de hacer, me volví hacia Darpán. Su rostro tenso parecía haberse cubierto repentinamente de sudor, y el tono de su piel había pasado del pardo al gris.

—Debe de haber algo más —dijo entre dientes—. Una razón que explique por qué les han hecho esto. ¡Justamente aquí, en este lugar! ¡Busque, Tewp! ¡Busque!

Buscar, sí, pero ¿qué? Darpán ya había dado la vuelta a la sala sin obtener ningún resultado. ¿Cómo se suponía que iba a descubrir algo, cuando me había mostrado incapaz de distinguir una escalera que se abría a mis pies?

—Otro guardián. ¡Siento que hay otro guardián que nos impide ver! —aulló casi el Bon Po, al borde de una crisis nerviosa—. Hay que encontrarlo y destruirlo para poder avanzar. ¡Es la única solución!

Yo no sabía de qué estaba hablando, pero no me quedaba otra alternativa que seguirle. El sacerdote se puso a palpar frenéticamente los muros con manos temblorosas, rozando la piedra en busca de una abertura o de un mecanismo oculto. Pero el registro no duró mucho tiempo. Sumergido en una especie de trance, a Darpán le bastaron unos minutos para encontrar lo que buscaba. En la palma de su

mano sostenía una piedra, un simple guijarro gris, de dimensiones muy pequeñas, redondo y sin ninguna marca, que había sacado de algún intersticio entre dos peldaños.

—Es esto —anunció sin siquiera mirarme—. ¡Esto protege el lugar! Mientras esté viva, no podremos ver lo que realmente se oculta aquí...

¡Una piedra viva! Aunque aquello superara toda comprensión, ya no me sorprendía una nueva locura después de haber sufrido en mi carne la horrible realidad de un hechizo y de haber visto con mis propios ojos cómo se retiraban unos espinos después de una sencilla amenaza del sacerdote. En cualquier caso, Darpán ya había sacado su daga de dos hojas del cinturón y raspaba la superficie del guijarro con la punta.

—La piedra está hueca. Contiene un líquido en su interior, que recibe el nombre de condensador. El *vult* que Keller había elaborado para matarle también contenía uno, recuérdelo.

¡Cómo podía olvidarlo! Aparte de mi fotografía, mis papeles oficiales y un puñado de cabellos, el cráneo preparado por la austríaca contenía una especie de aceite conservado en una ampolla de vidrio.

—Tewp —prosiguió Darpán con una voz sin entonación—, tendremos que actuar deprisa. ¡Si quiere tener una oportunidad de salir vivo de este lugar, tendrá que respetar escrupulosamente mis instrucciones!

El rostro del brahmán estaba cada vez más crispado. Podía percibir cómo una gigantesca tensión crecía en su interior, una tensión que resonaba también en mí y que me hacía castañetear los dientes de miedo.

—Para desactivar esta piedra guardiana es necesario practicar un sacrificio. Podría conseguirlo sin necesidad de recurrir a ello, pero me llevaría tiempo. Mucho tiempo. Rituales repetidos como mínimo a lo largo de una luna. Y esto no es posible ahora. Sólo me queda el método intenso. Lo que, si no causa mi muerte, al menos me dejará sin capacidad de reacción durante un cierto tiempo. Le seré franco, teniente: no sé exactamente qué ocurrirá una vez haya abierto esta piedra y derrame su contenido en el suelo. Experimentaré una conmoción, eso es evidente. Y tal vez también le afecte a usted, aunque, de todos modos, es poco probable. Haga lo que haga, cualesquiera que sean los síntomas que experimente, aunque sean espectaculares, no se preocupe por mí, perdería el tiempo. En lugar de eso, será mejor que empiece a buscar por los pasillos. Creo que hemos pasado ante la entrada de un tercer pasaje, que se le revelará una vez que el guardián haya sido desactivado. Regístrelo y encuentre lo que hay que encontrar... Luego, no sé... deberá improvisar. Si aún soy capaz de hacerlo, le ayudaré lo mejor que pueda. Elimine a Keller y a los Galjero. Alerte incluso a las autoridades británicas. Ahora ya dispone de suficientes pruebas para eso.

Antes de que pudiera hacer o decir nada para oponerme a su plan, la mano de Darpán golpeó la piedra con la punta de la daga en un lugar donde la vi hundirse casi

sin resistencia a través de una especie de tapón de cera. Del orificio abierto salió entonces un olor infecto, casi corrosivo de tan intenso. Instintivamente retrocedí. Darpán, en cambio, se puso en tensión y, con un gesto decidido, volvió del revés el guijarro, del que cayeron lentamente al suelo unas gotas de un líquido claro. El brahmán agitó la piedra para asegurarse de que estaba totalmente vacía y luego la lanzó con todas sus fuerzas contra el rostro de la estatua de la diosa Durga, donde literalmente explotó en una nube de polvos cortantes.

—¡Darpán! —exclamé preocupado—. ¿Va todo bien?

Pero el brahmán ya no me oía. Ajeno a todo, daba vueltas por la habitación como un león enjaulado, mientras su rostro se deformaba bajo el efecto de una angustia terrible, sus ojos se inyectaban en sangre y sus labios se encogían sobre sus dientes blancos. Yo no sabía qué le estaba ocurriendo, pero a cada instante que pasaba su figura se alejaba un poco más de toda apariencia humana. Con la mirada de un loco y unas flemas espantosas resbalándole de la comisura de los labios, el Bon Po parecía estar siendo víctima de una crisis epiléptica fulminante. Su cuerpo, sacudido por temblores cada vez más violentos, se mantenía, sin embargo, erguido, pese a las increíbles convulsiones que lo agitaban. Hubiera querido acercarme a él, atarle los miembros con mi cinturón y hundirle un pañuelo en la boca para que no se ahogara al tragarse la lengua, ¡pero estaba desnudo, sin recurso alguno para acudir en su ayuda! Mientras mis ojos buscaban desesperadamente un objeto que me fuera útil, Darpán empezó de pronto a correr hacia la salida de la necrópolis. Le llamé, exhortándole a que volviera junto a mí, pero fue en vano. Blandiendo la antorcha, el brahmán se hundía ya en la galería cuando comprendí que tenía que seguirle si no quería quedarme solo aquí, sumergido en tinieblas, rodeado de cadáveres resecaos que me inspiraban horror. Me lancé tras él, pero Darpán era más ágil que yo y había adquirido una comfortable ventaja que no pude recuperar. Ante mí, los reflejos de la antorcha bailaban sobre los muros. Ellos constituían mi única referencia, mi único faro a lo largo de este pasillo bajo, estrecho y resbaladizo donde se acumulaba un aire denso que alimentaba mi cuerpo con una energía maligna. Sin aliento, sentí que perdía terreno. La luz de la antorcha se alejaba tanto que, de un segundo a otro, tendría que proseguir mi camino sumido en la más completa oscuridad. Y entonces vi que la claridad aumentaba de nuevo. El brahmán debía de haberse detenido para esperarme. Aliviado, obligué a mis músculos agarrotados a realizar un nuevo esfuerzo para alcanzar a mi compañero, pero cuando al fin le encontré, ya no era más que un cadáver. A sólo unas yardas del lugar donde, un instante antes, habíamos descubierto el cuerpo de la pequeña desconocida, yacía ahora el Bon Po. Presa de un terror incontrolable, se había atravesado el corazón con su daga de doble hoja.

Horrorizado, cubierto de sudor, con el corazón palpitando a un ritmo infernal, le arranqué el arma de la mano y cogí la antorcha, que escupía una humareda negra cerca del cuerpo. Sabía que ya no podía hacer nada por él y que, por misterioso y poderoso que hubiera sido, Darpán, el sacerdote hechicero, había dado cumplimiento,



él también, a su dharma. Pero ¿por qué había hecho esto? Para permitirme liberar un paso que la magia de la piedra redonda ocultaba al profano. ¿Y era posible hacer algo así? En todo caso, un hombre había sacrificado su vida por esta posibilidad.

Cerré los ojos del hindú y me puse en marcha. Para que su muerte cobrara sentido, era preciso, al menos, que me lanzara a recorrer de nuevo los subterráneos de la *stupa*. Aunque no creía que fuera a descubrir nada, lo debía a su memoria, así que, tras enjugarme con el dorso de la mano el sudor que me caía sobre los ojos, caminé recto hacia delante, y tuve que volver a pasar, a pesar de mi repugnancia, cerca del cadáver de la chiquilla degollada. Mientras salvaba su cuerpo, la llama de mi antorcha vaciló y se inclinó de lado bajo el efecto de un soplo que me dejó helado hasta los tuétanos. ¡Al volver la cabeza, vi una cavidad oscura, de la altura de un hombre, que marcaba el inicio de un pasaje! ¿Cuánto tiempo habíamos estado Darpán y yo junto al cadáver de la pequeña sin atisbar siquiera esta entrada? Cinco, ocho minutos tal vez... ¡Y no habíamos visto nada! ¡Imposible! Imposible a menos que Darpán estuviera en lo cierto y existiera una magia con tanto poder como para ocultar partes enteras de un edificio a un ignorante como yo pero también a un maestro en magia como el Bon Po. Con mi mano derecha crispada sobre la guarda de la daga, hundí mi antorcha en las tinieblas y avancé. El pasillo no era muy largo. De hecho se trataba de un nicho amplio más que de un pasaje. Y lo que descubrí en él me sorprendió mucho, con mayor razón aún porque me había preparado para afrontar nuevas atrocidades. Pero no. Lo que allí había sido depositado con tanto esmero y protegido con tanta eficacia no era ni más ni menos que un contenedor de madera como los que se ven en todos los puertos del mundo, una caja de transporte de tamaño modesto —el de una mesa de cocina aproximadamente—, abierta y desbordante de virutas de madera amontonadas. Tenía una etiqueta medio rasgada pegada al flanco de la caja. Descifré algunas palabras alemanas impresas en alfabeto gótico: «*Deutsche Lufthansa, Tempelhof...*».

Yo sabía que Tempelhof era el nombre del mayor aeródromo de Berlín. Ubicado cerca del centro, era el que preferentemente acostumbraban a utilizar los dignatarios del Partido Nacionalsocialista. Sabía también —Blair me lo había dicho— que los Galjero habían llegado a Calcuta directamente desde la capital alemana, en un vuelo de larga distancia de la Lufthansa. Así pues, esta caja debía de haber viajado con ellos. Esta caja que ocultaban en el sótano de un matadero... Me incorporé y me pegué a las planchas de madera; oprimí mi vientre contra ellas con tanta fuerza que una fina astilla me pinchó en el abdomen haciendo brotar una gota de sangre. Dejé caer la daga, y con el corazón desbocado, removí las primeras virutas de madera para descubrir el contenido de la caja. Bajo la superficie de protección, mis dedos rozaron una placa de mármol negro, que cogí con ambas manos. Debía de pesar unas diez libras y tenía las dimensiones aproximadas de un volumen de gran formato. No supe descifrar las inscripciones nieladas con plata esculpidas tanto en el anverso como en el reverso; los signos me eran completamente desconocidos. Sin embargo, estaba casi

seguro de que se trataba de una escritura, porque observé que todos los glifos se repetían con una regularidad de alfabeto. Al volver la losa del revés, oí una especie de chapoteo en el interior, y aquello me asustó. Pensé en la piedra guardiana que Darpán había vaciado unos instantes antes delante de mí y en las terribles consecuencias que esto había provocado. Aterrado por este objeto que adivinaba habitado por una fuerza maligna, dejé la piedra negra sobre su lecho de virutas y retrocedí hasta la salida de la *stupa*, dejando a regañadientes tras de mí el cadáver del brahmán, exangüe en los fríos subterráneos. «Esta torre está protegida de un modo que usted no puede siquiera imaginar...», me había prevenido la víspera. ¡Qué ironía! ¡No había sido yo, el «profano», como me había llamado en un tono de desprecio, el que yacía ahora en lo más oscuro del templo, sino él, el «iniciado» con cuyo concurso había contado para vencer a Ostara Keller! Desafiando toda previsión, Darpán había abandonado el gran juego por su cuenta. No podía negar las implicaciones de su muerte en tanto que significaba un enemigo menos sobre el tablero, pero el brahmán era asimismo una pieza poderosa con la que momentáneamente había querido establecer una alianza y que ahora me era sustraída al inicio de la partida. Sólo cabía esperar que el opus nefas, el hechizo de muerte lanzado contra Diarmuid el escocés, se revelara finalmente eficaz, porque yo sabía que era demasiado débil para enfrentarme al verdugo de Donovan Phibes además de a la agente de Heydrich.

Abrumado por la fatiga y lleno de amargura, tuve que atravesar de nuevo el foso helado a nado antes de emprender el camino de regreso a la villa Galjero. No sabía si el «guardián del umbral» que controlaba el acceso a la jungla consentiría en dejarme franquear la cortina de espinos, pero cuando me acerqué a la frontera, los matorrales se abrieron por sí mismos sin que tuviera que hacer nada. Una puerta mecánica no hubiera cumplido mejor su cometido. La noche se aclaraba peligrosamente. En menos de una hora amanecería... Partí corriendo hacia la villa y volví a mi habitación sin cruzarme con nadie por el camino, a excepción de un *boy* que empezaba su jornada al salir el sol. Hardens me había prevenido: hoy era el día en que Eduardo VIII debía llegar a Calcuta. El soberano estaría junto a su amante a última hora de la tarde. Si quería actuar, esto no me dejaba mucho tiempo. ¿Actuar? Pero ¿de qué modo exactamente? ¿Denunciar a los Galjero como asesinos de niños? Evidentemente era mi deber. Pero ¿era el momento? Tal vez no. Porque ¿quién sería el destinatario de mi denuncia sobre unas personas que se disponían, precisamente hoy, a acoger bajo su techo a la figura más importante del Imperio? ¿A quién podía dirigirme para que la operación se desarrollara sin problemas? Hardens y los miembros del grupo Phibes, que estaban interesados en que el programa del soberano no sufriera la menor variación hasta que se celebrara la caza del tigre, quedaban descartados. ¿A los agentes de Scotland Yard en Calcuta? Yo no les conocía, y todo parecía indicar que también ellos habían sido corrompidos o había infiltrados en sus filas. ¿A los miembros del entorno directo del rey? No, porque yo sabía que su jefe de protocolo estaba del lado de Phibes. Y seguramente este tipo no era el único traidor. Una vez

más, la constatación final era simple: con excepción del caporal Habid Swamy, con cuya colaboración podía contar indefectiblemente, ¡me encontraba completamente solo!

El 20 de octubre, hacia las cinco de la tarde, Eduardo VIII hizo su entrada en la propiedad de Shapur Street al volante de su pesado Daimler blindado. A pesar de las apariencias, nada le gustaba tanto al rey como deshacerse del corsé de las convenciones en cuanto se presentaba la ocasión y liberarse de las rigideces que le imponía su papel. Eduardo, niño frágil educado en la asfixiante atmósfera de la era posvictoriana, nunca había tenido, con toda evidencia, madera de rey. El nuevo soberano no poseía ni la gestualidad ni el carisma de una majestad que le había sido impuesta. Embutido en unas ropas siempre un poco demasiado estrechas, con esos famosos pantalones con vueltas que había puesto de moda, el monarca nunca había querido renunciar a su parte de humanidad. Esta característica de su personalidad, si bien causaba inmediatas simpatías, próximo a las clases bajas incluso, era también su perdición en Buckingham. El trono de Inglaterra exige, para quien lo pretende, el abandono de las pequeñeces humanas. Pocas veces un soberano había querido olvidar, tanto como Eduardo, esta norma bella y terrible. Victoria, su bisabuela, la había comprendido de un modo impecable. Jorge V, su padre, antiguo oficial superior de la Navy, también se había ceñido bastante bien al papel. Pero Eduardo, a nadie se le escapaba, no poseía la fuerza de carácter necesaria para semejante renuncia. Con Simpson, más que con cualquier otra, Eduardo no era un rey. Ni tampoco un hombre. Porque, al lado de Wallis, Eduardo se convertía en un niño. Lo vi enseguida cuando se precipitó inmediatamente hacia ella después de detener su vehículo ante la terraza de los Galjero. Sin prestar atención a nadie, casi corrió a lanzarse a sus brazos, a apretarse como un garito perdido contra el cuerpo flaco de aquélla a la que había decidido entregar toda su confianza y que se había convertido en su único horizonte, su único faro, su esencial razón de vivir. La propia Simpson debió de acabar por encontrar inconveniente esta escena de reencuentro, porque, después de una inacabable serie de abrazos y melindres, rechazó con el brazo a su amante, que se había pegado a ella con la fuerza de un crustáceo adherido a su roca. Con signos de contrariedad en su largo rostro, el rey simuló, de todos modos, interesarse por fin por los Galjero. Saludó a Laüme, estrechó la mano de Dalibor y consintió en entrar en la villa. Desde luego, yo no tuve derecho a que me dirigiera una mirada, ni al menor signo de interés por parte del soberano. Sabía que había visto mi uniforme porque me había plantado cerca de la puerta vidriera por la que había tenido que pasar para instalarse en el gran salón, pero para él yo era tan importante como los criados hindúes de la casa de los Galjero. En visita privada, el rey no había tolerado que le acompañaran la horda habitual de empleados, pajes, guardias y camareros que componían su casa directa. Aparte de un secretario y de su *butler* particular, Eduardo

ya había enviado a toda esa gente a Inglaterra. La opinión pública, por su parte, no debía saber nunca que el rey pasaba todavía unos días en las Indias. Oficialmente, el soberano estaba de camino a Londres para consagrarse a preparar la ceremonia que le imponía la inminente apertura de la Cámara de los Loes. Pero por horripilantes que fueran, estos detalles de la vida y los amores reales apenas me perturbaban. Todos mis pensamientos se centraban en la jornada del día siguiente y en los acontecimientos que tendrían lugar. Me esforcé, pues, en hacerme transparente y dejar que la velada siguiera su curso evitando en lo posible la proximidad inmediata de estas dos parejas cuya existencia, a decir verdad, me inspiraba casi un mismo desagrado.

Aquella noche no pude dormir. Hubiera debido hacerlo, pero a medida que pasaban las horas sentía crecer en mí un nerviosismo incapaz de dominar. ¿Qué ocurriría durante la caza? ¿Me había dicho Hardens toda la verdad? ¿Era realmente yo la persona que Donovan Phibes había elegido para asesinar al rey, o todo esto no era más que una nueva trampa? ¿Y cómo conseguiría atravesar esta prueba conservando mi integridad, mi honor? ¿Qué sacrificios debería hacer? Estos pensamientos me llevaron a evocar a la diosa Durga. A juzgar por los acontecimientos espantosos y sangrientos que habían sucedido desde que franqueara la pasarela del *Altair*, seis semanas antes, la terrible divinidad me había acogido bajo su sombra. Me pregunté si mi destino no estaría ahora en manos de la diosa del dolor y de los cambios. Finalmente llegó el alba. Resignado, deslicé la Luger que me había confiado Hardens en la funda donde habitualmente descansaba mi revólver inglés Webley y bajé a esperar órdenes. Un tráfico incesante de sirvientes animaba ya los pasillos de la mansión. Por un lado, los criados traían de las cocinas las bandejas del desayuno que Eduardo y Simpson se habían hecho servir en su habitación; por otro, un emisario del sultán Muradeva perdía los nervios dando instrucciones a una cohorte de subalternos cuya principal cualidad no era, al parecer, la capacidad de concentración; y un poco más lejos, el secretario del rey en persona verificaba el contenido de algunos baúles que serían cargados en los maleteros de los vehículos que transportarían a la compañía hasta las inmediaciones de la jungla. Aquel hombre en la treintena, de ojos azules y con la nuca rapada, debía ser el confidente que Phibes había colocado en el primer círculo de allegados del rey. Yo no sabía cuál era su función exactamente, pero Hardens me había indicado que la gestión de los detalles protocolarios era de su competencia. Era él quien debía designarme como la única persona autorizada a trepar a la barquilla del elefante junto al soberano y su flaca americana. El tipo me lanzó una nociva mirada cuando me acerqué a él, y vi que ya estaba empapado en sudor, que le chorreaba literalmente de la frente. ¡Tampoco él debía de haber pasado una buena noche! ¿Actuaba este hombre por convicción, como se suponía que hacía yo mismo, o sufría presiones que le obligaban a colaborar en el complot? Nunca llegué a saberlo; porque en el momento en que me disponía a iniciar la conversación, una voz sorda gritó mi nombre en la escalinata.

—¡Oficial Tewp! ¡Acérquese aquí!

Era la señora Simpson la que me llamaba, y su tono no hubiera podido ser más autoritario si se hubiera dirigido a un vulgar perro de compañía. Aquello me irritó a tal punto que un estremecimiento recorrió mi cuerpo. De todos modos tuve que obedecer, ya que oficialmente era el ordenanza particular de esa arpía. Me volví. Wallis, en lo alto de la escalera, ya iba ataviada para la caza: chaqueta y pantalón safari con bolsillos cosidos y botas de cuero rojizo atadas hasta las rodillas. A su lado distinguí a una pálida silueta en pijama azul. ¡El rey Eduardo! Le dirigí un saludo reglamentario y luego subí hasta ellos, con el corazón latiendo desaforado, temiendo que el soberano rechazara la invitación de Muradeva mientras yo me veía obligado a seguir a su amazona a la caza. Lo que más temía en el mundo era que se anulara el plan previsto, ya que ahora sólo quería acabar lo más rápido posible. Hoy mismo, costara lo que costase, tenía que entregar a la policía a los conjurados del grupo Phibes, y luego, una vez desbaratado el intento de atentado, proceder al arresto inmediato de los Galjero y obligarles a confesar el motivo de todos estos asesinatos de niños.

—Éste es el teniente David Tewp —dijo sobriamente Wallis a Eduardo, mientras yo me cuadraba ante ellos—. El teniente es un muchacho absolutamente delicioso que ha hecho todo lo que estaba en su mano para que mi estancia aquí fuera... realmente divertida... Es el perfecto ejemplo de un joven inglés sobrio y recto, con la cabeza bien plantada sobre los hombros. ¿No es cierto, teniente?

Las palabras de Wallis eran corteses, pero su entonación, que a estas alturas ya conocía bien, contenía, como era habitual en ella, una ironía sutil que me ofendió. ¿Qué quería ahora de mí esta mujer?

—Teniente —continuó, mientras yo sentía la mirada del rey posada sobre mi rostro—. Usted, en tanto hombre de gran agudeza y que sabe expresar el fervor de sus convicciones, debe persuadir al rey de que nos acompañe a esta caza tan divertida. ¡Ha decidido ponerse terco!

Las palabras de Wallis daban cuerpo a mis temores. Si el rey no respondía a la invitación de Muradeva, sólo Dios sabía qué podía inventar Donovan Phibes como alternativa para ejecutar su plan. Si esta opción fructificaba, ya podía irme despidiendo de que los conjurados contaran de nuevo conmigo para sus confidencias, ¡y entonces me sería imposible intervenir para hacer fracasar la tentativa de asesinato!

Como de costumbre, me lancé a balbucear confusamente unas palabras torpes; pero impulsado por la necesidad, que de pronto hizo su efecto en mí, gané luego en elocuencia, inventando bajo el influjo de una súbita inspiración las más grandes mentiras para influir en la decisión del rey.

—El sultán es un hombre delicioso, sire. Estoy seguro de que le agradará mucho su compañía. Creo saber también..., aunque tal vez no debería mencionar esto ante la señora Simpson...

Interrumpí la frase para suscitar la curiosidad de la pareja. Wallis me miraba con los ojos abiertos de par en par. Creo que aún no había comprendido que mentía, y pensaba que efectivamente Muradeva le había ocultado sus verdaderas intenciones.

—¿Un secreto? —dijo Eduardo, que se había animado de pronto—. ¿Hay un secreto?

—Un secreto. Sí. O mejor, una sorpresa, sire. Una gran sorpresa destinada a los dos y que perdería su sentido si sólo uno se beneficiara de ella...

Vestido con su pijama con las armas reales delicadamente bordadas en el bolsillo del pecho, Eduardo dio dos o tres brincos palmoteando, sorprendiendo incluso a Wallis, que no esperaba semejante demostración.

—¡Qué bien, qué bien! ¡Si hay una sorpresa, no hay más que hablar: iré!

Y salió casi corriendo hacia su habitación para vestirse. Wallis me miraba con los labios fruncidos, dudando de si debía pensar mal o bien de mis talentos para la improvisación.

—Espero, por su bien, que esta historia no sea una invención, Tewp. ¡Porque si Eduardo no tiene la sorpresa que acaba de prometerle, no doy ni un céntimo por su futuro, muchacho!

—No tengo temor alguno, señora. ¡Le prometo que ni nuestro soberano ni usted misma vivirán hoy una jornada corriente!

Hacía más de una hora que las sacudidas del enorme animal sobre el que el rey, Wallis y yo nos habíamos instalado, machacaban, aplastaban, trituraban literalmente los músculos de mi cuerpo. La parte trasera de una barquilla fijada sobre un elefante de las Indias no es precisamente el lugar más confortable del mundo. En esta posición se pueden sentir todas las sacudidas y balanceos de la marcha lenta de la bestia, lo que resulta casi tan agotador como si uno mismo se abriera camino en la maleza a golpes de machete. Tal como Donovan Phibes había previsto, fui designado como único acompañante de la pareja real, con evidente disgusto del *butler*, guardia de corps habitual de Su Majestad, que había sido relegado al simple papel de seguidor. Encaparazonado de oro y sedas, nuestro elefante era el más grande y fuerte del grupo. Los otros —aproximadamente una quincena de paquidermos— eran de menor tamaño y no estaban tan ricamente engalanados.

—Este animal es la perla de mi cuadra —había anunciado con orgullo Muradeva—. ¡Sólo una real bestia es digna de llevar a una real pareja!

La caza del tigre es siempre un acontecimiento social de una extrema importancia en Bengala. Rodeada de ritos y tradiciones, la partida da, a quien la organiza, la ocasión de mostrar todo su poder y de exhibir su pompa ante los ojos de sus súbditos y también de sus rivales. Yo no había podido descubrir si Muradeva era cómplice de Donovan Phibes o una simple marioneta en manos de los conjurados; pero si el sultán era uno de los numerosos eslabones de la maquinación, Phibes había debido de

hacerle una propuesta irrechazable para que aceptara participar en esta aventura, porque la muerte programada del rey en sus tierras mancharía su reputación de forma indeleble.

—¿En qué piensa, Tewp? ¿Está soñando despierto?

La señora Simpson se había vuelto hacia mí y sus ojos, ocultos por unas gafas negras que la protegían de la violenta luz que caía del cielo en líneas casi verticales, me apuntaban. Respondí con una media sonrisa, tratando de disimular lo que realmente estaba haciendo mientras nuestro elefante aceleraba el paso para situarse en cabeza del grupo de cuatro o cinco animales que transportaban a príncipes y gentilhombres de la casa Muradeva. Porque, contrariamente a lo que creía Simpson, yo no soñaba con los ojos abiertos, sino que estaba en plena actividad: con la punta de un cuchillo me esforzaba en inutilizar los cartuchos de fusil, separando las balas de plomo de su casquillo de cobre. Por encima de todo, pretendía que las armas que el soberano y su amante tenían a su alcance no fueran aprovechables de ningún modo. ¡Y tanto peor si se quedaban sin su caza del tigre! Con unos hábiles golpecitos propinados con su gancho de acero curvado, el cornaca pidió a su animal que acelerara la marcha. Lentamente pero con regularidad, el elefante empezó a distanciarse de la manada. Los balanceos de la barquilla se hicieron cada vez más amplios, lo que pareció divertir a Wallis y Eduardo y que a mí me provocó, en cambio, un vértigo comparable al de un mareo en alta mar. Mi corazón empezó a palpar con más fuerza porque presentía que la emboscada se cerraba sobre nosotros. El elefante avanzó rápidamente por la trocha, levantando una nube de polvo en torno a su enorme cuerpo caparazonado con banderolas y ornamentos de toda clase. Oí una voz que no reconocí llamándonos desde atrás, tal vez de alguien que se inquietaba al ver al elefante real alejándose del grupo principal. Pero el cornaca no redujo el paso, sino que, bien al contrario, optó por aumentarlo para alcanzar cuanto antes un bosquecillo de bambús donde yo sabía que iba a hacernos desaparecer. Mantuvo el ritmo del paquidermo durante cien yardas largas todavía, y luego entramos bajo la cobertura de los árboles.

Wallis y Eduardo se sonreían el uno al otro mostrando toda su dentadura, como chiquillos enamorados en una atracción de feria, mientras que yo ya era sólo un manojo de nervios en tensión. Las ramas ligeras que nos rodeaban por doquier empezaron a azotar nuestro dosel, forzándonos a esconder la cabeza entre los hombros para protegernos el rostro. Wallis se sacó rápidamente el casco ligero que llevaba y prefirió colocárselo ante la cara a modo de máscara. Eduardo la imitó enseguida. El cornaca se volvió entonces, para observar cómo soportaban sus distinguidos pasajeros la travesía del bosque bajo. Al constatar que no podían verle, me sonrió y, dirigiéndose sólo a mí, se pasó el pulgar por la garganta mientras señalaba a Simpson y Eduardo con el mentón. Luego se concentró en su tarea para hacernos llegar por fin a un sendero trazado despejado, donde las ramas no alcanzaban nuestra barquilla. A buen paso, avanzamos en nuestra marcha durante

minutos que a mí me parecieron horas. Nos hundíamos en el corazón de una jungla donde la luz, tamizada por una vegetación de increíble densidad, era la de un constante crepúsculo. A nuestro alrededor se elevaba por todas partes un muro verde que nos separaba a cada instante un poco más del mundo de los vivos. Despreocupados y felices, Wallis y Eduardo se acariciaban las manos balbuceando nimiedades. ¡Y luego, de pronto, se produjo un gran choque que nos lanzó hacia delante! Caí pesadamente contra la espalda de mi soberano, que gimió bajo el impacto, mientras sentía cómo el elefante se hundía con toda su masa en una especie de fosa. ¡El cenagal! Azorado, atrapado en el fango, que ya le succionaba, el animal levantó la trompa y barritó, emitiendo una llamada que resonó sobre los troncos de los árboles e hizo alzar el vuelo a una bandada de pájaros rojos. Wallis y Eduardo trataban de incorporarse de nuevo. Yo, más rápido que ellos, y consciente de que los acontecimientos iban a desencadenarse ahora a una velocidad frenética, ya había conseguido recuperar mi posición. Desde ella vi cómo el cornaca, vuelto hacia mí, me animaba a gritos a actuar.

—¡Pistola! ¡Pistola! ¡Ahora! —gritó remedando el gesto de apuntar un arma de fuego contra el rey.

Fingiéndole que respondía a su demanda, empuñé la Luger, pero en lugar de dirigirla contra las dos siluetas que tenía ante mí, apunté al cornaca e hice fuego casi a quemarropa. Mezclada con los barritos del elefante que se hundía inexorablemente en el pantano, la detonación apenas se oyó. El hombre, herido de muerte, se deslizó como un saco de grano a lo largo de la cruz de su montura y cayó de cabeza en el fangal, donde desapareció por completo en unos segundos. Wallis gritó, mientras que Eduardo, petrificado, me miraba sin saber qué hacer. Con las últimas fuerzas que le quedaban, el elefante trataba de avanzar por el fango para liberarse; pero hubiera tenido que retroceder, en lugar de seguir adelante. Sus esfuerzos no hacían sino apresurar su desaparición en el cenagal al tiempo que nos conducían a nosotros cada vez más lejos de tierra firme. Había que actuar, y rápido. Con una salva de tres disparos resueltos, perforé el cráneo de la bestia. Volaron sangre y pedazos de piel y hueso, y el animal, detenido en seco, dejó inmediatamente de moverse. Como un barco que naufraga, su cuerpo seguía hundiéndose, pero ahora más lentamente. Calculé que el sacrificio de la bestia apenas nos había hecho ganar poco más de un minuto. Era poco y mucho a la vez. Poco porque el repentino silencio me permitía oír unos ruidos entre la vegetación —sin duda, los hombres de Phibes que se acercaban para asegurarse de que había hecho mi trabajo antes de asesinarme y lanzarme también a la fosa de fango—, y mucho porque yo aún quería creer que la sorpresa derivada de mi traición me iba a proporcionar una ventaja decisiva sobre ellos.

—¡Sire, señora! —susurré en dirección a la pareja acurrucada sobre el suelo de la barquilla—. ¡Sobre todo no se muevan, no hablen y no se levanten! ¡Es un complot para eliminarles! Pero tenemos cierta ventaja sobre ellos. ¡Confíen en mí y dentro de unos minutos estarán a salvo!



Por prudencia, introduje un nuevo cargador lleno en mi pistola y me agaché para acechar el exterior detrás de un panel de la barquilla, asomando sólo los ojos por encima de la pared de mimbre trenzado. Fue precisándose el ruido de un grupo que avanzaba hacia nosotros. ¿Cuántos podían ser? ¿Tres? Cinco como mucho, a juzgar por los sonidos. Detrás de nosotros, exactamente en el lugar donde el elefante había atravesado los árboles para precipitarse súbitamente en el fango, vi dos siluetas de occidentales, seguidas a poca distancia de otras dos. Cuatro hombres en total, vestidos con traje de camuflaje y armados con pistolas ametralladoras Sten. El primero, un tipo bastante alto, el jefe aparentemente, gritó mi nombre:

—¡Tewp! ¡Phibes nos envía! ¿Ha acabado el trabajo, amigo? ¡Salga, le sacaremos de ahí!

¿Qué debía hacer? ¿Representar una comedia confiando en poder abatir a estos renegados a bocajarro, o actuar de inmediato? «¡Actuar rápido! ¡Sin dudar! ¡Ése es el secreto!», me gritó mi voz interior. Renunciando a toda reflexión, olvidando todo temor, inspiré profundamente, bloqueé mi respiración y me levanté de un salto para abrir fuego sobre los esbirros de Phibes. Sabía que la Luger sólo contenía nueve cartuchos y que debía alcanzar al menos con dos balas el cuerpo de cada asaltante para asegurarme de que realmente estuviera fuera de combate. De modo que debía acertar ocho disparos. Sólo podía perder una bala, una sola... Era poco. Demasiado poco. Pero también era la única forma de vencer, porque era consciente de que no tendría tiempo de introducir un nuevo cargador en la pistola antes de que los supervivientes acribillaran la barquilla con sus ráfagas. En un combate declarado, de frente y a esta distancia, las Sten tendrían las de ganar. Lo había comprendido desde el preciso instante en que había visto llegar a esos tipos. Pero ahora no era cuestión de reflexionar. Ya era demasiado tarde para eso. Metódicamente, procurando aunar rapidez y precisión, apreté el ligero gatillo de mi Luger. Disparé en series de dos disparos sobre el mismo objetivo. Mi potencia de fuego era muy pobre. Despilfarrarla hubiera supuesto cometer un error fatal. Tenía, al contrario, que organizarla, dirigirla, concentrarla con una implacable determinación. Mis dos primeras balas estaban evidentemente destinadas al vientre o el torso del cabecilla. Era mejor conseguir un doblete fácil en esta zona ancha que intentar un difícilísimo disparo único en plena cabeza. Creo que el mercenario alto ni siquiera tuvo tiempo de verme surgir de detrás de la pared de la barquilla. Las dos balas que recibió en el estómago le tumbaron sin que pudiera reaccionar. Con el mismo éxito apunté al hombre a su izquierda, que, como su compañero caído, no debió de comprender de dónde procedían los disparos. Derribé al tercer tipo en el momento en que tiraba de la palanca de armado de su pistola ametralladora. Mi brazo ya temblaba un poco, porque el arma me pesaba en el puño y la angustia del fracaso volvía a minar mi determinación. Vi cómo la segunda bala se desviaba completamente a un lado e iba a dar en un tronco, haciendo surgir una lluvia de fibras de corteza. Aunque ya estuviera en el suelo, disparé por tercera vez sobre él y le alcancé en plena garganta. Había recuperado el aplomo, y apuntaba

ya al último hombre. Este, asustado por el giro de los acontecimientos, me miraba fijamente sin moverse. Blandía su Sten al extremo del brazo, sujetándola por el cañón. Me negué a convencerme de que ya no constituía una amenaza para mí y, mientras soltaba su arma en señal de rendición, disparé contra él mis dos últimas balas. Cayó lentamente, de cara, en el límite del charco de fango donde el elefante seguía hundiéndose. El tiroteo apenas había durado quince segundos, y aún disponíamos de un tiempo valioso antes de que la barquilla se sumergiera también. Por precaución, coloqué el último cargador en mi arma, no fuera que tuviera que enfrentarme a otras sorpresas desagradables, y luego bajé los ojos hacia el soberano y su compañera.

—Ahora tenemos que salir de este cenagal. La tierra firme está bastante lejos y no podremos alcanzarla saltando. Habrá que emplear otro medio. ¿Podrían situarse los dos sobre el cuello del elefante, exactamente en el lugar donde se sentaba el cornaca?

Eduardo y Wallis tenían la palidez de un espectro. Al contemplar su expresión vacía, comprendí que mi rey no entendía nada de lo que le pedía; pero Simpson, cuyo instinto de supervivencia estaba sin duda más desarrollado, recuperó pronto el aplomo. La americana recogió las piernas bajo su cuerpo para incorporarse y tiró a su amante de la manga.

—Rápido —les apremié—. Pasen por encima del panel y sujétense a los arcos. ¡Sobre todo no resbalen!

Wallis trepó como pudo por el lomo de la enorme montura, cuya cruz estaba ahora a menos de tres pies de la superficie del pantano. Mal que bien, Eduardo consiguió unirse a ella, mientras yo, con la pistola en la cintura, me sujetaba a los ornamentos chorreantes sobre el flanco de la bestia muerta para tratar de encontrar el modo de soltar la barquilla y hacerla caer al cenagal lo más cerca posible de la orilla; esta operación requirió un largo minuto de esfuerzos para obtener un pobre resultado, ya que me fue imposible controlar la caída de la pesada cesta, que se aplastó en el fango con un ruido de esponja mojada de muy mal augurio. ¿Qué distancia nos había hecho ganar mi maniobra? Aproximadamente seis pies. Ocho a lo sumo. Me coloqué en bandolera, en torno al torso, una larga tira de cuero que acababa de recuperar y luego me lancé sobre la barquilla, donde aterricé bastante bien, aunque mi peso la hizo hundirse al menos dos pies en el fango. Febrilmente fijé la correa entre la red de fibras de mimbre de la barquilla y acto seguido lancé el cabo hacia la orilla, donde el extremo quedó enganchado en la maleza. Ahora tenía que saltar de la isla improvisada a tierra firme. Aunque no podía darme impulso y sólo tenía una ínfima oportunidad de conseguir alcanzar la orilla sin que el fango me succionara, tenía que intentarlo. Mientras tensaba ya los músculos de mis piernas y me disponía a saltar, vi que la maleza se abría muy cerca de mí. Silenciosamente, una forma humana salió de ella. Una forma fina, de aire candido, con los cabellos rubios recogidos en un moño. ¡Ostara Keller! Instintivamente, mi mano se cerró sobre la culata de mi arma, con la que encañoné a la muchacha inmóvil en la orilla. Disparé, pero como la noche en que

había apuntado a su rostro a quemarropa, ¡inexplicablemente no ocurrió nada! A pesar de todos mis esfuerzos, el gatillo se negaba a moverse, como si estuviera soldado. Sin preocuparse por mí, la agente del SD se dirigió hacia la tira de cuero que yo había atado a la barquilla y verificó su solidez. Comprendí que quería ayudarnos. ¡Así que de momento estábamos en el mismo campo! Hice una seña a Wallis y al rey para que se reunieran conmigo en la barquilla. En cuanto estuvieron a mi lado, Keller se puso a tirar con todas sus fuerzas de la brida. La austríaca hubiera tenido que estar dotada de una fuerza hercúlea para conseguir arrastrar el peso de tres adultos en una barquilla que, además, era aspirada por un sifón de fango. Y de hecho, no fue capaz de hacerlo. Pero el pequeño avance que efectuó nuestra embarcación fue suficiente para que pudiera saltar hacia ella con más éxito que antes. Tomé impulso y aterricé a dos pies del borde del fangal, de modo que Keller ni siquiera tuvo que ayudarme a salir a tierra firme. Juntos, trabajamos codo a codo sin pronunciar palabra y tiramos de la brida para acercar tanto como fuera posible a Eduardo y a Wallis. Cuando ya nos vimos incapaces de traerlos más cerca, me decidí a ir a buscarlos. Avancé por el lodazal y grité a Wallis que saltara a mis brazos, lo que la americana hizo sin vacilar. Era ligera como una mantis. Cargué con ella para evitarle el riesgo de una caída en el fango y luego la lancé a la orilla, donde aterrizó de rodillas a los pies de Keller. Luego le tocó el turno a Eduardo, que, muy digno, se atusó el pelo para arreglárselo antes de lanzarse hacia mí. El soberano, de constitución delgada, endeble casi, era mucho más pesado de lo que parecía. Bajo su peso, me hundía casi hasta los muslos en el fango. Sacando fuerzas de flaqueza, propulsé finalmente al real fardo hacia la orilla, donde cayó con las manos por delante y su cabeza chocó contra el suelo con un ruido mate.

Ahora era yo quien tenía que salir de aquella trampa pegajosa que tiraba de mí hacia abajo entre un borboteo atroz. Keller no me ayudó. Sabía quién era yo, y mi vida poco le importaba. ¡El SD le había confiado la misión de hacer todo lo necesario para preservar la vida de Eduardo, no la de David Tewp! Tampoco podía contar con la ayuda del rey o de su amante, demasiado preocupados por su propia persona para tener conciencia de la situación en que me encontraba. Pero nada de eso revestía excesiva gravedad ya que, criado en las peligrosas playas de Brighton, había aprendido de mi padre la única técnica eficaz para salir de los cenagales. Con los brazos en cruz, me dejé caer de espaldas llevando a la superficie mis piernas envascadas, y rodando luego sobre mí mismo, conseguí arrancarme del pantano, negro de fango e inmundicias, agotado y febril, ¡pero vivo! Jadeando en la orilla, me disponía a levantarme de nuevo cuando otro ruido llegó hasta mí a través de la brecha entre los árboles. En un principio lo atribuí a que uno de los elefantes del cortejo nos había localizado y se dirigía hacia nosotros, pero no fue un animal el que apartó las ramas con vigor y rabia, sino el gigante Diarmuid Langleton, el asesino al que Donovan Phibes había encargado eliminar a Keller para ofrecer su cadáver como justificación del atentado cometido contra el rey y Wallis Simpson. Su masa

monstruosa desgarró la maleza y el escocés surgió ante nosotros, rojo de cólera, feroz y obcecado, pero desprovisto de armas. ¡Vi que la piel de su rostro estaba salpicada de abscesos sanguinolentos, como los que yo había padecido cuando Keller había ejecutado en mí su obra de muerte! Así pues, Darpán había conseguido, con la ayuda del cabello rojo que yo le había dado, elaborar un hechizo contra el gigante que sin duda ya había empezado a debilitarle. Durante un segundo, el coloso permaneció inmóvil para evaluar la situación. Ante él, casi a sus pies, yacían, muertos, los cuatro mercenarios de Phibes que yo acababa de abatir. Un poco apartados, a apenas unas yardas, Wallis y Eduardo se habían acurrucado el uno contra el otro, sin comprender nada del torbellino que se había desencadenado en torno a ellos y les había lanzado, enfangados, débiles y temblorosos, al centro de una arena donde el número de muertos superaba al de los vivos. Keller también seguía allí. La austríaca, igual que el escocés, no iba armada. A seis pies de ella, una Sten yacía en el fango.

—¡Diarmuid! —grité al gigante—. ¡Deténgase! Phibes ha fracasado. ¡No intente nada o morirá!

El monstruo no me escuchó. No porque fuera estúpido, sino porque era un pretoriano, un fanático dispuesto a combatir como un lobo para que triunfara la voluntad de sus amos, y había comprendido perfectamente que aún tenía la posibilidad de invertir la situación si conseguía matarnos a los cuatro. Su cerebro procesó durante una fracción de segundo el orden de prioridades entre sus objetivos, y luego abandonó toda reflexión para lanzarse como un tornado contra Ostara Keller, el enemigo que había juzgado más peligroso para él. La agente de Heydrich comprendió que la primera carga le estaba destinada y que ni siquiera tendría tiempo de coger la Sten que yacía no muy lejos de sus pies. Esbozó un movimiento de detener el golpe, pero había subestimado la agilidad del escocés. Al contrario que yo, ella no había sido testigo, en la *Suite* de los Príncipes, de la extraordinaria agilidad de este hombre que tenía la facultad de mover su masa de búfalo con la gracia y la ligereza de un gato. El impacto que sufrió la joven debió de ser espantoso. Ni un caballo a todo galope que la hubiera golpeado de lleno la hubiera proyectado a más distancia que la carga del escocés. Keller se aplastó contra un charco de fango muy cerca de la orilla del pantano.

Diarmuid era perfectamente consciente del partido que podía sacar del cenagal en el que acababa de desaparecer el cuerpo del elefante. Aturdida, inconsciente tal vez, Keller no se levantaba. Yo tenía que tomar una decisión inmediata, una decisión cruel. ¿Debía dejar que Diarmuid se apoderara de la chica y la lanzara a la turba, o debía salvar a la bruja del SD? Desde hacía tiempo, me había trazado una línea de conducta al decidir que jugaría esta partida en solitario y dejaría que mis adversarios se mataran entre sí. Hubiera debido ser cínico y atenerme a ello. Sí, sé que hubiera debido hacerlo. Pero para mi desgracia, no pude soportar ver a Keller terminar así, porque sabía que si moría ahora, todos sus secretos desaparecerían con ella. Saqué, pues, mi Luger y descargué dos balas contra el cuerpo de Diarmuid antes de que se

apoderara de la austríaca. Sin embargo, había olvidado que una piel de hierro protegía el cuerpo del asesino. Diarmuid se contrajo por el impacto, pero se mantuvo firme sobre sus piernas. Aunque los proyectiles habían penetrado en su carne, las anillas que el gigante se había hecho coser habían amortiguado enormemente los balazos. Mis disparos sólo lograron atraer su atención sobre mí. Con Keller momentáneamente fuera de combate, yo me convertía en su segundo objetivo. Se lanzó en mi dirección y en cuatro zancadas estuvo sobre mí. No tuve tiempo de ajustar el disparo. A ciegas, vacié mi cargador sobre él, más o menos a la altura de su rostro, apretando el gatillo con frenesí. La concentración de fuego era tan fuerte que una nube de polvo azul ascendió ante mis ojos, velándome por un momento la visión. Luego oí como el ruido de un árbol cayendo. Ante mí, apenas a un pie de distancia, la enloquecida carga de Diarmuid Langleton acababa de terminar en un charco de fango. Alcanzado de lleno por mi ráfaga, el gigante pelirrojo ya casi no tenía cabeza, y todas sus mallas de acero no habían servido para protegerle. Lancé al suelo la Luger vacía, recogí la primera Sten que encontré, y quise acercarme a Keller para hacerla prisionera. ¡Pero no había ni rastro de ella! Incrédulo, por espacio de un segundo creí que la turbera se la había tragado, pero al acercarme para examinar el lugar donde hacía un instante yacía inconsciente, descubrí unas marcas de pasos que conducían directamente hacia el bosque. ¡Una vez más la austríaca se me había escapado! No tuve ocasión de lanzarme en su persecución. Gritos, llamadas, ascendían de todas partes en torno a nosotros. Llegaban, por fin, refuerzos auténticos. Del sendero emergieron hombres del séquito del rey que me apuntaron ordenándome que me tendiera en el fango, con las manos cruzadas sobre la nuca. Trastornado, temblando casi, Eduardo reunió, sin embargo, fuerzas suficientes para intervenir en mi favor y explicar que su amante y él mismo me debían la vida. Me soltaron, y casi al instante empecé a relatarle a mi soberano los pormenores del complot Phibes.

—Majestad —dije—, presiento que le resultará penoso escuchar esto, pero creo que hay un segundo asunto que reclama su atención. Un asunto que implica, por desgracia, de muy cerca a sir y lady Galjero.

Después de que hubieran cubierto los hombros de Eduardo con una manta de viaje seca y limpia, me permití llevarlo a un aparte para que la señora Simpson no oyera las revelaciones que iba a hacerle. No recuerdo cómo me las ingenié para presentar las cosas del modo más conciso y más sobrio posible, pero me bastaron unas pocas palabras para evocar los cuerpos de niños calcinados y embutidos en nichos que yo mismo había descubierto en el subsuelo del templo de los rumanos, es decir, de sus propios anfitriones.

—Hay que proceder inmediatamente al arresto del matrimonio Galjero, sire —dije en tono imperioso—. Y también investigar Thomson Mansion para proteger a los niños que están albergados allí.

Durante todo el tiempo que tardé en transmitirle los increíbles detalles de mi historia, Eduardo me estuvo mirando con sus ojos impasibles y fríos, balanceando la

cabeza sin decir nada. Cuando hube terminado mi relato y enunciado todas mis peticiones, ordenó venir a un comodoro de la Navy, el oficial de mayor graduación entre los que se encontraban disponibles.

—Acompañe a este teniente del MI6, estará provisionalmente bajo su mando. Le concedo toda la autoridad policial para que proceda al arresto del matrimonio Galjero y de cualquier persona relacionada con ellos que considere oportuno designarle. No permita que nadie se interponga en su camino. ¿Está claro?

Sin preocuparse en absoluto por el fango, que reducía penosamente el efecto marcial del gesto, el comodoro entrechocó los talones y saludó a su soberano con profundo respeto antes de volverse hacia mí para reiterar su impecable saludo, a pesar de las salpicaduras de suciedad que saltaban de sus suelas. Ni él ni yo perdimos el tiempo en formalidades. Le ordené que me asignara una decena de hombres de su plena confianza y avanzamos rápidamente, a través del bosque, en busca del elefante de los Galjero, confiando a otros la tarea de dejar en lugar seguro a Eduardo y a Wallis. A pesar de nuestros esfuerzos, no encontramos ni rastro de los rumanos. Los notables locales, que no entendían nada de lo que ocurría, afirmaron que la pareja se había perdido de vista ya en los primeros minutos de la caza, e incluso Muradeva, que estaba pálido como un fantasma y temblaba como una hoja, aseguró que no tenía ni idea de su paradero.

—¡Le aseguro, oficial, que no sé gran cosa de estas personas! De hecho lo ignoro todo sobre ellos. Son simples conocidos de salón... ¡E incluso eso ya es mucho decir!

Dejé de prestar atención a las miserables denegaciones del príncipe. Sonaban tan falsas que resultaban penosas de escuchar.

—Comodoro —dije—, sin duda los rumanos han vuelto a Calcuta. ¡Tendremos que detenerles en su propia villa! ¡Sígame!

Reunimos a nuestros hombres y les ordenamos subir a los coches civiles más rápidos que pudimos requisar, mientras el comodoro y yo cogíamos el Daimler del rey. Rodando a toda velocidad por las pistas polvorientas de Bengala, malgastamos estúpidamente una hora perdiéndonos por el camino cuando creíamos haber tomado un atajo, de modo que, cuando nuestros neumáticos chirriaron por fin sobre el asfalto caliente de Shapur Street, ya eran, por desgracia, casi las cinco de la tarde. Al detenernos junto al piquete que seguía de guardia en la entrada, nos enteramos de que los Galjero habían llegado casi tres horas antes y luego habían partido al volante de dos coches, hacía unos treinta minutos. Ordené a un estafeta motorizado que se encontraba allí que fuera a buscar al caporal Swamy y lo trajera a la villa, y antes incluso de que el motociclista hubiera apoyado el pie sobre el pedal de arranque, el comodoro, siguiendo mis instrucciones, volvió a dar gas para atravesar el parque a toda velocidad. Era cierto —acababan de comunicármelo y yo no tenía ninguna razón para creer que el guardia me había mentado— que los rumanos ya no estaban allí; pero dado que no tenía idea de la dirección que habían podido tomar los Galjero, sólo me quedaba una última carta por jugar: la de los sirvientes de la villa. Todas mis

esperanzas se centraban, en particular, en el segundo mayordomo Jaywant. Lo encontramos en un salón, embalando objetos en una caja. Nuestra irrupción, armas en ristre, no pareció sorprenderle demasiado.

—Jaywant-pregunté excitado—, ¿sabe adonde han ido sus amos?

—No, *sahib*. Lo ignoro. Pero aunque lo supiera, no se lo diría.

—¡Jaywant! —aullé sacudiéndole violentamente por los hombros—. ¿Sabe qué prácticas realizan sus amos en la sala de la torre negra? ¿Sabe lo que hacen a las muchachas? ¿A los niños?

Sí, Jaywant sabía. Lo sabía desde siempre, pero eso no le impedía, por alguna oscura razón, preferir el silencio y la complicidad criminal a traicionar a sus amos. Volviendo la mirada a un lado, el sirviente se encerró en un mutismo del que supe que nada podría sacarle. Me entraron ganas de molerle a palos para obligarle a hablar, pero me contuve y me contenté con empujarlo con rudeza a un sillón.

—Debe de haber un medio de adivinar adonde ha ido esa gente —sugirió el comodoro—. ¿Galjero tiene un despacho? Tal vez deberíamos registrarlo.

Yo no sabía dónde se encontraba el despacho de Dalibor Galjero. Durante mi estancia en la villa sólo había recorrido algunas habitaciones, y me habían mantenido cuidadosamente alejado de la parte principal del edificio. Mientras trataba de evaluar mentalmente las oportunidades que teníamos de descubrir un indicio que nos fuera útil entre los eventuales documentos abandonados por Galjero, Jaywant descargó un fulgurante puñetazo contra la corva del comodoro. El golpe alcanzó un nervio y obligó al oficial de marina a doblar la rodilla, al tiempo que sus dedos se aflojaban súbitamente y dejaban caer el arma. Jaywant fue bastante rápido para apoderarse de la pistola antes de que tocara el suelo y, levantando el percutor con el pulgar, le disparó una bala en la nuca.

—¡Jaywant! ¡No! —grité.

Pero ya no podía hacer nada, ni para salvar a mi pobre compatriota ni para evitar abrir fuego a mi vez sobre el segundo mayordomo de la villa Galjero. En un segundo, crispé dos veces el índice sobre el gatillo de mi pistola y alcancé al hindú en plena frente, casi a bocajarro. Su cráneo, doblemente reventado, estalló como un sol rojo. Por sexta vez en ese día acababa de arrebatar una vida humana. No perdí el tiempo en lamentarme por ello. Jadeando, salí corriendo del salón donde se entrelazaban trágicamente los cadáveres del *brit* y del hindú. Los criados presentes en la habitación gritaron y trataron de cortarme el paso, pero la visión de mi arma con el cañón aún humeante bastó para mantenerlos a distancia. Mi presencia aquí ya no era necesaria. Hubiera sido preciso registrar la villa de arriba abajo, pero no disponía de tiempo para consagrarme a un trabajo policial. Una tarea más urgente me esperaba, una labor más importante que cualquier otra: sacar cuanto antes a Khamurjee de Thomson Mansion.

Volví a coger el Daimler del rey, y esta vez me vi obligado a conducirlo yo mismo. La tensión, la cólera, la impotencia, contribuían paradójicamente a concentrar mi energía y a canalizarla, por lo que no me resultó difícil poner en marcha la pesada

máquina y alcanzar la salida de la propiedad. Cuando ya llegaba casi al extremo de Shapur Street, me crucé con el estafeta que había enviado a buscar a Swamy. Reconocí al pequeño hindú sentado a la grupa de la moto, con los brazos cruzados en torno al torso del piloto. Frenamos para colocarnos a la misma altura.

—¡Coja el volante, Swamy! De momento ya no hay nada que hacer en casa de los Galjero. Ahora quiero recuperar a Khamurjee lo más rápido posible.

Mientras el caporal se deslizaba, con delectación de experto, en el asiento de cuero del automóvil de lujo, indiqué con un gesto al motociclista que nos precediera para despejar el camino.

—Durham Lane —grité con todas mis fuerzas para imponerme al estrépito de los dos motores—. ¡Vamos a Durham Lane!

El soldado levantó el pulgar en el aire, se ajustó las gafas de conducir manchadas de polvo e hizo rugir su máquina. Swamy, con los dientes apretados y el busto tan inclinado que tocaba el volante, le siguió de cerca. A pesar de la potencia de nuestros vehículos, tardamos casi treinta minutos en llegar a Thomson Mansion. Allí nos detuvimos ante una verja que permaneció obstinadamente cerrada a pesar de nuestras llamadas y de los golpes que descargamos con la palma de la mano contra la chapa vibrante. Una pesada cadena engrasada bloqueaba el portal.

—¡Tengo unas tenazas en mis alforjas, mi teniente! —chilló el motociclista.

Con sus cizallas, el *private* atacó uno de los eslabones; pero aunque apretó con todas sus fuerzas, no consiguió morder suficientemente el acero para que cediera el conjunto. Volvió a empezar. Yo me impacientaba. A pesar de que estábamos armando un escándalo de mil demonios en la entrada, no se apreciaba ninguna señal de movimiento en la casa. Consideré todo aquello de muy mal augurio.

—Estamos perdiendo el tiempo. ¡Será mejor que haga estribo con las manos para ayudarme a saltar! —ordené.

El soldado soltó sus tenazas, tendió las manos juntas para que apoyara el pie sobre ellas y me propulsó hasta lo alto del muro. Los cascos de botella que habían empotrado en el cemento me hicieron cortes en la palma derecha. Lastimado y dolorido, me dejé caer al otro lado y aterricé sobre un macizo de claveles. Mientras me enrollaba la mano manchada de sangre con un pañuelo que había sacado del bolsillo, Swamy apareció también sobre la pared, y oí cómo nuestro tercer hombre hacía entrar en acción sus músculos reiniciando furiosamente su trabajo de zapa sobre la cadena. Sin preocuparnos de él, mi caporal y yo subimos corriendo por la pendiente cubierta de césped que conducía al edificio principal, que tenía todos los postigos cerrados. Alcanzamos la puerta de entrada: cerrada también, probablemente con dos o tres cerrojos. Swamy cogió su arma y disparó ocho cartuchos de 45 milímetros contra el panel inferior, lo que melló y debilitó bastante la madera para que las violentas patadas que lanzó luego contra la puerta abrieran un paso suficientemente ancho para su escasa corpulencia. El hindú se hundió en el agujero de sombra que se abría ante él como un perro ratonero penetrando en la madriguera



de un conejo, y luego abrió los cerrojos para dejarme entrar. En la calle, el soldado había conseguido por fin deshacerse de la cadena, y ya corría, sudoroso, hacia nosotros, ansioso por conocer la razón del tiroteo que había hecho que todos los pájaros de los alrededores salieran volando entre ruidosos graznidos. Mientras el caporal deslizaba un nuevo cargador en su automática, avancé a grandes zancadas por el vestíbulo de entrada, donde no brillaba ninguna luz. Durante unos instantes permanecí inmóvil en el centro de la sala, porque tenía dificultades para distinguir la geografía del lugar. Una gran escalera que conducía a los pisos altos, puertas cerradas, pasillos: eso era todo lo que percibía. No me pareció que hubiera ruido en el edificio. Entonces, ¿adonde podían haber llevado a los niños? ¿Seguirían con sor Marietta y Peter Talbot? Un rayo de luz barrió el lugar y la voz del motociclista resonó a mi espalda:

—¡En lo alto de las escaleras, mi teniente! ¡Creo que hay algo!

El hilo de luz se había detenido en los últimos escalones, justo antes del rellano del primer piso. Allí, una masa inerte bloqueaba el paso. Subimos despacio, con cautela, cada uno sosteniendo su arma en la mano. Pero lo que nos esperaba en aquel rellano no era peligroso. O no lo era ya. Se trataba del cadáver de un hombre blanco al que yo nunca había visto antes. Debía de tener más o menos la misma edad que Talbot, y también iba vestido de un modo parecido al responsable de Thomson Mansion. Como no había ningún rastro de sangre sobre su cuerpo, no hubiera sabido establecer la causa de su muerte. Tal vez de una parada cardíaca. Pero después de todo, poco importaba; el hecho era que estaba indudablemente muerto, como me había confirmado la ausencia de pulso en su vena yugular, donde mis dedos se habían posado un instante para verificar el estado de esta nueva víctima.

—¿Es Peter Talbot? —preguntó Swamy.

Al ver que yo hacía un gesto negativo con la cabeza, el caporal se lanzó hacia las escaleras llamando a Khamurjee con toda la fuerza de sus pulmones. El soldado corrió tras él. El hombre no sabía a quién buscábamos, pero sentía que este lugar estaba cargado de vapores mefíticos que presagiaban lo peor. Yo también subí a los pisos y les ayudé a registrar las aulas, pero todas estaban vacías, ordenadas y limpias.

Y al llegar al tercer piso, nos encontramos finalmente ante una escena que nunca podríamos olvidar, algo que marcaría nuestras vidas para siempre. Allí, en un vasto dormitorio de una veintena de camas, los niños de la segunda «promoción Galjero» habían sido reunidos y salvajemente degollados. No había supervivientes. Ni niños ni niñas. A la débil luz de una linterna eléctrica, el espectáculo de los cuerpos cubiertos de sangre y ya nimbados por una atroz nube de moscas me hizo desfallecer. Una ola de calor ascendió en mí y sentí que me mareaba. Tuve que salir de la habitación y me derrumbé en el pasillo, buscando desesperadamente en el enlosado un vestigio de frescor que calmara mi fiebre, que mitigara mi vértigo. El privado tampoco había podido soportar esta horrible visión. Acurrucado en el suelo no muy lejos de mí, sollozaba, con el rostro oculto entre los brazos, mientras una larga mancha de orina se

extendía por su entrepierna y goteaba sobre el suelo. Sólo Swamy había tenido el valor de quedarse. No sé cómo, sin luz y en medio de todos aquellos cuerpos, encontró a Khamurjee, lo sacó de entre el montón de cadáveres y lo cogió en brazos. Cuando salió con él de la habitación de la masacre, ya no era el mismo hombre. Algo, en lo más profundo de su ser, se había roto para siempre.

Los acontecimientos que siguieron, en el curso de esta espantosa jornada, apenas son dignos de mención. Yo había salvado la vida de un rey y la de una intrigante y desenmascarado a un trío de asesinos de niños. Sin embargo, aún quedaban muchas preguntas sin respuesta, muchos misterios impenetrables frente a los cuales los engranajes del complot urdido por Donovan Phibes parecían de una perfecta simplicidad. Había desvelado a los oficiales enviados expresamente desde Delhi todas las circunstancias del caso, les había dado todos los nombres y proporcionado todas las pruebas. Pero estas diligencias habían derivado en un escaso número de arrestos. La mayoría de los hombres que había visto en la *Suite* de los Príncipes habían optado por el suicidio a la infamia de una inevitable condena a la pena capital. En cuanto a los que habían sido lo suficientemente estúpidos o cobardes para dejarse atrapar, sus identidades se mantuvieron en secreto y la opinión pública nunca conoció ninguna circunstancia de su proceso ni de su fin. Oficialmente, el 21 de octubre de 1936 permaneció en blanco en la agenda real, y ya nadie volvió a hablar jamás de aquella fecha. La historia se escribe generalmente con este tipo de arreglos, mediante los cuales se resuelven del mejor modo los asuntos molestos: con un puro y simple olvido que contenta a todas las partes. Jamás volví a ver a Wallis Simpson, ni a encontrarme en presencia de Eduardo VIII.

En diciembre, dos meses después del incidente de Bengala, siguiendo los dictados de su corazón —en un hecho único en la historia de la monarquía británica—, el rey abdicó para casarse con su plebeya. La pareja, poseedora de una fortuna millonaria, eligió el exilio en Francia para llevar allí una vida de fiestas y ociosidad. Esto, evidentemente, encajaba mejor con el temperamento despreocupado de los protagonistas que la tormenta de las cuestiones políticas de orden internacional. El digno Jorge VI ascendió al trono y los cortesanos germanófilos que pululaban en torno a su hermano mayor desaparecieron para siempre de los pasillos helados de Buckingham Palace. Se nombró a un nuevo coronel para asumir el mando del MI6 de Calcuta en sustitución del traidor Hardens, que había sido encontrado colgado en su despacho la noche del fracaso de su complot. De las propias manos de Flecker, el nuevo superior —un tipo alto y calvo de nariz aguileña y ojos estrechos, al que pronto se conoció sólo con el dulce apodo de El Prisionero—, recibí mis galones de capitán y fui nombrado caballero de la orden de la Jarretera por decisión expresa del soberano, a quien habían informado de todos los detalles de mi aventura.

Unos días antes de esta ceremonia, recibí una carta de Londres con una escritura

fina trazada con tinta azul. Era una nota de la señora Simpson. La americana me daba las gracias por lo que había hecho y me presentaba sus excusas por su mal comportamiento hacia mi persona. Pero aquello no era lo esencial de su mensaje. En realidad, éste no estaba plasmado expresamente sobre el papel, sino que debía leerse entre líneas. Lo que no tuve ninguna dificultad en hacer, ya que era perfectamente consciente de lo que quería pedirme. Desde la noche en que, con mi viejo catalejo, la había visto franquear con los Galjero la barrera de espinos que protegía el acceso a la *stupa*, yo tenía su destino en mis manos. Sin embargo, jamás llegué a utilizar esta formidable herramienta para exigir ningún trato de favor. Mal que bien hubiera actuado de ese modo; eso hubiera significado sacar partido de los cadáveres de los niños de Thomson Mansion, para mí, el peor de los sacrilegios. Y además, ¿qué sabía yo realmente de los pecados de la señora Simpson? ¿Qué le habían mostrado, de hecho, los Galjero? ¿Momias de niños? ¿Sacrificios? ¿Misas negras? *A priori*, dudaba de que los rumanos le hubieran permitido el acceso a sus horribles secretos. Y aunque la hubieran introducido en sus misterios, aún me parecía más dudoso que la señora Simpson accediera a comprometerse en estas misas negras. Por más que esta mujer poseyera una personalidad compleja, amante hasta el vértigo del lujo y la vida fácil, por más que fuera perversa y extremadamente hábil para manipular a la gente, era, lo sabía, una persona inteligente, y sin duda consciente de que había límites que no debía traspasar. Su especialidad eran la danza frenética, las orgías, las drogas mundanas incluso, todos vicios comunes que podían ser controlados... Evidentemente, no era el caso de los placeres por los que había que pagar el precio de los crímenes de sangre. La jugadora Simpson sabía que estaba a punto de ganar la apuesta de su vida al casarse con Eduardo. Y después de reflexionar intensamente sobre el asunto, había llegado a convencerme de que la americana no habría perdido la cabeza en el último momento, frecuentando a los Galjero, si hubiera sabido quiénes eran en realidad.

—¿Quiénes son en realidad? ¡Honestamente, debo decir que lo ignoro! —había respondido yo al comisario del Yard que un día me interrogó sobre los rumanos.

Y era la verdad. Lo ignoraba todo sobre el verdadero rostro de esta gente. Dalibor, anfitrión frío y cortés, me había parecido francamente insulso en comparación con su esposa, sobre la que, por otra parte, a mi parecer no poseía una gran influencia. Laüme era, de hecho, mucho más interesante que su marido, mucho más atractiva. El vientre totalmente liso de esa mujer simbolizaba a la perfección el misterio que planeaba sobre ella, y a menudo me decía a mí mismo que su esposo no era a su lado más que una sombra que arrastraba como por costumbre, pero sin sentir por él un amor auténtico. La fuerza de la pareja era ella. Innegablemente. Su voluntad y su determinación de entregarse al Mal...

Igual que el caso Phibes, el expediente Galjero se cerró rápidamente. Hubo, desde luego, un remedo de investigación conjunta entre los servicios civiles del Yard y los nuestros, pero esta comunión sólo sirvió para que se perdieran elementos del

expediente, para que se entremezclaran artificialmente las competencias y para que el asunto se convirtiera, al final, en el parto de los montes. Todo aquello, desde luego, había sido premeditado.

—¿Y esto le sorprende, muchacho? —me había preguntado el capitán Nicol, al que, en una noche de tristeza, había ofrecido una copa en el comedor de oficiales—. ¡Ya sabe cuál es la suerte que se reserva a este tipo de cosas! Y es que ha levantado usted la liebre, amigo mío, y una liebre como se ven pocas. Una liebre tan grande, tan improbable, que ha asustado a todo el mundo. Piense un momento: un tipo y su costilla (no ingleses, cierto, pero de todos modos unos individuos que se encuentran en su salsa en los círculos de la buena sociedad británica de la ciudad desde hace una decena de años, que conocen todos los secretitos sucios, que incluso han sido su juguete favorito durante mucho tiempo), esta pareja, digo, en la que él es el amante de la mitad de las jovencitas, de las mujeres y tal vez de ciertos hombres de la alta sociedad colonial, y ella el mismo cuadro en sentido inverso, esta gente millonaria y dispensadora de favores incontables, se revela, de hecho, como una pareja de asesinos, de maníacos, de locos que han despedazado o reducido a cenizas a sesenta chiquillos sin que nadie se haya dado cuenta de nada. Ha sido necesario que usted, un pardillo (y perdóneme la expresión, no es nada personal), un pardillo, digo, que acaba de bajar del barco, tuviera la lucidez o la suerte suficiente para arrancarles la máscara. ¿Cómo quiere que todos estos personajes se traguen la píldora? ¡Imposible! ¡Absolutamente imposible! ¡Usted les plantea una cuestión indigerible, de modo que prefieren mirar a otro lado y considerar que no hay ningún problema! ¡Y ya está! ¡Visto y no visto! —concluyó frotándose las palmas una contra otra como un mago que hace desaparecer una paloma.

—De todos modos no puedo entenderlo —repliqué yo alzando la voz—. Ha habido muertos en esta historia. Y no sólo un comodoro de la Navy. ¡Han sacrificado a niños inocentes, por Dios! ¿No cree que merecen que se interesen por ellos? ¿Que la justicia se interese por ellos?

—En términos absolutos, sí... Tiene razón. Pero en la práctica no será así.

—¡Pero esto es contrario a todas las normas de la moral! —Me indigné, golpeando la mesa con el puño con tanta fuerza que la gorra de Nicol cayó al suelo.

—Sin duda —asintió el capitán mientras la recogía y la cepillaba con el codo—. Contra todas las normas. Excepto contra la única norma que cuenta realmente: ¡la de la inercia! Me apuesto lo que quiera a que el Prisionero ha recibido órdenes precisas del gobernador Linlithgow en persona de correr un tupido velo sobre esta historia. A los cornudos no les gusta el escándalo, ¿sabe? Es una constante simple y segura de la naturaleza humana.

—¿Los cornudos? Quiere decir que...

—¡Que la mujer del gobernador se acostaba con los rumanos! ¡Sobre todo, guárdese esta información para usted, Tewp! ¡No es necesario que este cotilleo salga del subcontinente! —dijo Nicol sonriendo ampliamente y dramatizando el tono de sus

palabras hasta la ironía más franca.

Así pues, el asunto estaba zanjado. Por atroces que hubieran sido sus crímenes, los Galjero quedarían libres para recorrer el vasto mundo liquidando a tantos niños como quisieran. Porque yo no dudaba ni por un segundo de que sus fechorías no se detendrían en los límites de Calcuta, y ni siquiera en las fronteras de Bengala. Bajo otros cielos, en otros continentes, ya habrían recommenzado sin duda su caza infernal. Pero ¿por qué exactamente? ¿Con qué objetivo? Y sobre todo, ¿cómo podía detenerlos? Porque era necesario detenerlos, evidentemente. Y esta labor me incumbía a mí, estaba persuadido de ello. Me incumbía no sólo porque el azar había hecho que mi camino se cruzara con el de esta gente, sino también, y sobre todo, porque se lo había prometido solemnemente a Habid Swamy la misma noche en que localizamos al pequeño Khamurjee entre los cadáveres de Thomson Mansion. En cuanto se nos presentaba la ocasión, y a espaldas de todos, el caporal y yo tratábamos de trenzar los hilos dispersos de los que yo había ido tirando imprudentemente desde el día en que, con tanta torpeza, había seguido a Keller a orillas del río Hoogly. Durante mucho tiempo permanecimos atascados, recogiendo aquí y allá informaciones dispares que parecían encajar tan poco como piezas provenientes de rompecabezas diferentes. Discretamente, a pesar de las instrucciones de no seguir ocupándome de este asunto, había conseguido hacer llegar una descripción grosera de los Galjero y de Ostara Keller a algunas de nuestras delegaciones en Madras, Goa, Delhi, e incluso a las de Sumatra, El Cairo o Bagdad; pero mis gestiones habían resultado infructuosas. Mis medios eran limitados y, aunque ahora tuviera el rango de capitán, no podía actuar con eficacia, porque mis superiores, después de asignarme definitivamente a Swamy como ordenanza, me habían destinado a un puesto administrativo sin contacto con el terreno.

Confinado en un despacho de los Grandes Apartamentos, mi tarea se limitaba a redactar breves *memorándums* para el Prisionero, esbozos de sus discursos o circulares que destinaba al servicio, un trabajo que apenas me ocupaba unas horas a la semana. Aquello se parecía mucho a una jaula dorada. El resto del tiempo me atormentaba pensando en los Galjero, preguntándome cómo podría encontrarlos para obligarlos a pagar por sus crímenes; pero estaba aislado y sabía que desconfiaban de mí. Me había convertido en una especie de paria, mucho más aún que en la época en que yo no era más que un novato ingenuo y torpe. Si bien es cierto que ya no se burlaban de mí a mis espaldas y que no se atrevían a cerrarme el paso cuando rondaba por el comedor de oficiales, aun así me hacían el vacío, porque —como había sabido por Nicol, el único colonial que no temía tratarme— corría el rumor de que tenía mal de ojo y traía mala suerte a cualquier británico que tuviera la desgracia de frecuentarme. Se suponía, claro está, que el capitán médico era la excepción que confirmaba la regla.

Por la fuerza del destino, me había cruzado varias veces con el capitán Gillespie e incluso con los asistentes Mog y Edmonds —este último, aunque se había recuperado

bien de la herida que le había infligido en el hígado, todavía era incapaz de tragar ni una gota de alcohol, desde la noche terrible en que había estado a punto de abrirme la garganta con un casco de botella—, y en cada ocasión, los tres tipos habían preferido volver la cabeza antes que tener que saludarme. Con todo, los únicos pensamientos que ocupaban mi mente por entonces estaban relacionados con los rumanos y con la agente del SD. Durante mucho tiempo, pacientemente, traté de desenredar por mí mismo la enorme madeja de acontecimientos fantásticos de los que había sido testigo directo. Desde finales de 1936 y durante todo el año de 1937, me convertí, así, en una especie de ratón de archivo, recorriendo las librerías y las bibliotecas públicas de Calcuta. Decepcionado, insatisfecho por la escasa información que encontraba, llevé más allá mis investigaciones afiliándome a círculos de eruditos, como la Sociedad de Estudios Asiáticos o la Sociedad Teosófica. Allí, rabiosa y febrilmente, pasaba tardes enteras descifrando viejas notas de etnología o de historia de las religiones, para tratar de desvelar los secretos de los brujos Keller y Galjero. Porque para mí, ahora, la realidad efectiva de la magia no admitía duda. No podía negar que en otro tiempo había sido un hombre racional, pero siempre sin excesos y manteniendo un espíritu abierto; de modo que para mí no supuso un auténtico esfuerzo introducir lo sobrenatural y sus derivaciones dentro de mi sistema de pensamiento y de mi metafísica general. Nada se oponía seriamente a ello, ni mi sentido común, ya de por sí flexible, ni mi fe cristiana, cuya banalidad tranquila y escasa densidad dogmática eran, a fin de cuentas, bastante adaptables. Mi horizonte interior, enriquecido, no se vio profundamente modificado, y siguió orientándose en lo esencial por las banales brújulas del Bien, el Mal y la Mediocridad como principal diosa que regía al género humano en todas las latitudes y en todas las épocas. La revelación de que el universo era «mágico», atravesado por fuerzas desconocidas para los hombres corrientes, tampoco despertó en mí una especial ansia de poder ni una sorda esperanza en algún tipo de redención. Nací con la suerte, tan poco frecuente como inmensa, de no ser ni un apasionado ni un ávido. Esta buena disposición de espíritu, aliada a una perseverancia que a menudo pasa por obsesión maníaca a ojos de los que no me conocen bien, me permitieron avanzar durante los años 1937 — 1938 a una razonable velocidad de crucero por los extraños mares de los saberes secretos.

Sin embargo, al principio no todo fue tan simple. Al no estar ya madame de Réault para guiarme —la francesa había hecho las maletas y había abandonado Bengala—, me vi obligado a abrirme paso en la jungla de estas cuestiones con mi propio discernimiento como machete. Por fortuna, las Indias eran, desde hacía siglos, la tierra de elección de los cultos más extraños, de manera que, siempre que se tuviera un cierto interés en la materia, cada día era posible realizar sorprendentes descubrimientos. Dejando aparte a los faquires y otros prestidigitadores callejeros, era fácil encontrar a europeos imbuidos de misticismo con valores más o menos establecidos. En este sentido los teósofos, muy extendidos en todo el subcontinente —donde por otra parte había nacido su movimiento, a partir de las visiones de la rusa

blanca Blavatsky en comunión con el genio publicitario del coronel americano Olcott —, aún podían mirar por encima del hombro a los masones, pese a la reciente defección del poeta Krishnamurti, su profeta anunciado. Los martinistas y los rosacruces, por su parte, en ocasiones se ponían de acuerdo sin llegar a alcanzar nunca la fusión; mientras que los recién llegados del movimiento antroposófico de Rudolf Steiner trataban, mal que bien, de echar raíces en una tierra de por sí saturada de injertos sectarios importados de contrabando de Occidente desde hacía tres siglos. En apenas unas semanas recorrí todas estas opciones, y pronto comprendí que de boca de estas gentes deseosas de hacerse perdonar no iba a descubrir lo que quería saber. Porque, como tuve ocasión de comprobar no una, dos o cinco veces, sino más bien diez o veinte, en cuanto empezaba a interrogar a estos hermanos pretendidamente situados en lo más alto del escalafón masónico, teosófico o martinista a propósito de la efectividad de la magia, estos buenos señores henchidos de importancia se lanzaban a hacer aspavientos como ancianitas escandalizadas. Era evidente que tan sólo buscaban y apreciaban la vaga excitación intelectual que va ligada al estudio de la filosofía y la teología —aunque estén teñidas por las aguas turbias de una metafísica entreverada de ocultismo—, y que su único interés radicaba en perorar en los salones y en los clubes y exhibirse en los palcos. Ninguna de ellas estaba dispuesta a arriesgarse de verdad para introducirse en una de las vías de la auténtica iniciación mágica.

Sin embargo, ésta existía. Centenares de horas de lectura, reflexión e investigaciones personales me habían convencido de ello. Con todo, tuve que esperar a un día de agosto de 1938 para tener ocasión de hablar seriamente de la cuestión con madame de Réault, que había vuelto por espacio de unas semanas a Calcuta para pasar el período del monzón. Nadie lo sabía aún, pero a Europa y al mundo apenas les quedaban por vivir doce meses de paz antes de que se desencadenaran los acontecimientos que iban a borrar para siempre el orden antiguo. Asia, como los otros continentes, pronto se vería arrastrada por el huracán.

La francesa, que lo ignoraba casi todo de los acontecimientos que se habían desarrollado justo después de su partida, me invitó a que le relatara con detalle lo que había vivido desde nuestro último encuentro. La anciana me dejó hilvanar mi historia sin expresar sorpresa o impaciencia, y luego, con una voz que se había vuelto un poco más ronca por la edad, habló:

—¡Oficial Tewp, creo que puede considerarse afortunado! Poca gente hubiera sido capaz de vivir experiencias como las que ha descrito sin que naufragara su razón. En esto veo un signo. Veo incluso una predestinación. ¿Con qué fin? Lo ignoro. A usted le corresponderá descubrirlo solo un día; porque sobre este punto preciso no sabría serle útil. En cambio, si he comprendido bien lo que espera de mí, puedo iluminarle un poco sobre algunos de los puntos que ha mencionado. ¿Tiene usted alguna preferencia para empezar?

—Vayamos por orden —me atreví a sugerir—. ¿Podría decirme si cree que es

plausible que los Galjero hayan tratado de seguir una vía iniciática que implica a la vez el desenfreno sexual y los sacrificios de niños? ¿Creen firmemente en la posibilidad de adquirir poderes mediante ritos religiosos criminales, o son unos puros alienados?

—Considero un acierto empezar por esta distinción —dijo ella—. Si están locos, los Galjero siempre serán imprevisibles, volátiles, y renovarán constantemente sus dianas, igual que sus métodos de matar. Tratar de prever su comportamiento sería entonces propio de la cartomancia o de la lectura en los posos de café, porque sus motivaciones no estarían forjadas al fuego de un deseo único, sino que deberían remitirse al capricho del instante. Resumiendo: ¿en este caso no estaría en condiciones de atraparlos! Sin embargo, creo que podemos descartar esta hipótesis. Tal como me las ha descrito, estas personas son metódicas, frías, reflexivas. Es evidente que actúan con un esquema en la cabeza, con exigencias muy precisas con respecto a las víctimas y los rituales criminales. Si consigue definir sus objetivos y la tradición de la que extraen su saber, tal vez pueda anticipar sus movimientos, sus necesidades, sus aspiraciones. Entonces ya no estará haciendo predicción, como en el primer caso, sino previsión. Será más sencillo para usted. Sin duda le llevará tiempo y necesitará suerte, pero un día u otro tendrá ocasión de detenerlos, si es que ésa es su ambición.

Ese día, la francesa y yo conversamos largamente, mientras espesas cortinas de agua se abatían contra los cristales de la galería donde nos habíamos instalado. Aunque fuera plena tarde, la negrura de las nubes había hecho descender la temperatura de golpe y madame de Réault había pedido al *boy* un *plaid* de invierno, que se había colocado sobre las piernas esperando que la tempestad se calmara.

—Pero veamos, señora —había proseguido yo—, ¿tiene la menor idea de lo que esta gente busca con el sacrificio de niños? ¿Ha visto alguna vez algo parecido en el curso de sus viajes? ¿Estas momias cenicientas? ¿Estos ojos rellenos de oro? ¿Y la piedra negra grabada que fue transportada desde Alemania y que nuestros servicios no encontraron luego en los subterráneos de la *stupa*? ¿Qué significa todo esto?

—Francamente, capitán Tewp, no tengo la menor idea. Debe usted saber que en magia, a pesar de todo lo que se pueda leer, e incluso a veces entre los autores más honestos, no hay maestros. Sólo aprendices. Porque es un tema tan vasto como el universo. Nadie puede pretender tener una visión de conjunto más o menos completa y coherente. Quienes nos hemos adentrado por este camino (sea debido a una predestinación, como piensan los hindúes, o a nuestro libre arbitrio, como prefieren creer los occidentales) sólo somos ciegos que avanzan a tientas. Sí, nada más que eso...

Debo decir que el pesimismo de que daba prueba madame de Réault en el atardecer de su vida no era precisamente tranquilizador. Esa mujer que yo había conocido no hacía muchos años tan vivaz, tan enérgica, se había visto súbitamente como atrapada por la edad. Su cuerpo se había encogido y sus ojos ya no brillaban.



Tuve la grosería de comentárselo.

—Es que ya hace mucho tiempo que hemos alcanzado las orillas del Kali Yuga, capitán Tewp, la edad de la discordia y la decrepitud. Yo misma sufro también las consecuencias. Aunque no es algo que ocurriera ayer, sino que se remonta al 3102 a. C. para ser precisos. Desde el fin de las guerras narradas en el *Mahabhárata*...

—¿Kali Yuga? —pregunté.

Me parecía haber leído ese término, pero no recordaba su significado exacto.

—Al contrario que los monoteístas y los racionalistas, ¡que dicho sea de paso son los dignos hijos de los precedentes!, los hindúes sostienen que el tiempo no es lineal, ascendente, sino que evoluciona como todo en la naturaleza, según ciclos de expansión y de retractación. El Kali Yuga es el invierno del tiempo. Es también el invierno de la moral y el conocimiento. Un período de denegación y retractación antes del impulso de una nueva expansión. No es muy original, sólo un calco de todos los ritmos naturales...

Madame de Réault calló un instante, como absorta en sus pensamientos. Sentí que hacía un esfuerzo por rehacerse y retomar el hilo de la conversación, y la ayudé.

—Perdone que insista una vez más, señora, pero ¿no tiene idea de cuál puede ser el móvil de los Galjero?

—Si persevera en la necesidad de poner una etiqueta a esta gente, podría decir que se corresponden en cierta medida con lo que Migne, un eclesiástico enciclopedista del siglo pasado, llamó *goetas*, siendo la Goecia el arte de invocar a espíritus malignos en lugares subterráneos entregándoles como ofrenda a niños en cuyas entrañas el mago puede leer el porvenir o descubrir un secreto de naturaleza mágica. Lo que este hombre y su compañera buscan es accesorio y bastante banal. Tal vez imaginen que adquirirán la longevidad o alcanzarán la inmortalidad, tal vez quieren pasar vivos a alguna especie de más allá. Es difícil decirlo. En cualquier caso, drenar las energías vitales de seres vivos, de niños en particular, es un acto que puede desembocar en resultados sorprendentes. A tenor del número tan importante de víctimas en su activo, pienso que esta gente ya ha activado en sí misma centros sutiles que les han abierto abanicos de posibilidades vetadas al común de los mortales. ¡De los que usted forma parte, oficial Tewp! Creen que están purificando su alma al bañarla en la sangre de otros. ¡Es paradójico, pero es así! Y esto les confiere una enorme ventaja sobre nosotros. ¡Una ventaja casi decisiva!

—¿Cuál?

—¡Keller y los Galjero conocen bien las perversidades que les obsesionan, y adivino que a usted aún le falta mucho para eso, oficial Tewp!

La voz de la francesa había acabado por quebrarse como la de una vieja urraca. No sé si cabía atribuirlo al cansancio de sus últimos viajes, a los picotazos de la edad —que finalmente se había lanzado sobre ella y la iba minando poco a poco—, o a alguna

otra razón que yo ignoraba, pero Garance de Réault ya no era la mujer de armas tomar que yo había conocido. La abandoné casi de puntillas, feliz por haber aprendido tantas cosas conversando con ella, pero también con cierto disgusto por mi fracaso en mi intento de sonsacarle algún dato concreto que pudiera utilizar en mi caza de los asesinos de niños.

Durante algún tiempo aún me obligué a llevar la vida austera de un oficial de la administración colonial ordinaria. Durante el día trabajaba con expedientes anodinos, y de noche me alegraba si llegaba el alba sin que el recuerdo de Khamurjee hubiera venido a atormentarme.

Con frecuencia, demasiada tal vez, cuando la melancolía y la desesperación se hacían casi insoportables, no podía evitar rondar por las inmediaciones de Shapur Street. La propiedad se encontraba abandonada. Nadie se ocupaba ya de ella. Hasta el punto de que un día la gruesa cadena que habían pasado por los barrotes de la verja, carcomida por la herrumbre, cedió bajo mi presión. Ansioso, desazonado, pero al mismo tiempo dominado por una curiosidad devoradora, caminé por las avenidas hasta la fachada de la mansión. La podredumbre lo invadía todo. El revoque de las paredes saltaba a pedazos, los postigos y las ventanas habían cedido a la fuerza destructora de las tempestades y los monzones, arañas enormes corrían por la terraza cubierta de hojas muertas y ramas rotas. No entré; me contenté con errar al azar por este lugar tan extraño, iluminado por una luz tenue. Vi de nuevo el laberinto de bambús y la fuente esculpida donde Laüme y Simpson se habían bañado desnudas en mi presencia, volví al lindero de la zona salvaje del parque, donde Darpán había obligado al «guardián del umbral» a abrirnos un pasaje. Apenas había rastros de los límites entre las otrora limpias extensiones de césped y la jungla. No sin mucho esfuerzo, encontré el arbusto mágico. Después de despejar la maleza que había crecido alrededor, no supe, de todos modos, obtener nada de él. Taciturno, con secreta nostalgia también, partí, pues, de Shapur Street sin haber conseguido desvelar los misterios y los sacrilegios que allí se habían perpetrado.

Y luego, después de todos estos horribles meses de languidez e impotencia, nació por fin ese día extraño de diciembre de 1938 en el que dos truenos estallaron con apenas unas horas de intervalo. Fue, en primer lugar, una simple lectura en la tranquila sala de estudio de la Sociedad de Estudios Asiáticos la que me hizo dar un brinco en mi silla. Desde finales del año 1936, yo era un habitual del centro, y acudía allí a menudo para investigar a mi aire el enorme fondo de archivos que generaciones de conservadores tan escrupulosos como sorprendentes habían constituido. Porque, bajo la muy conveniente apariencia de una congregación de humanistas de lo más probo y severo, se ocultaba una especie de infierno que encerraba, no una colección de obras licenciosas, sino más bien textos raros consagrados a la magia, a creencias diversas y variadas de la mayor parte de los pueblos que se extienden desde las riberas del Líbano hasta la costa de Coromandel. Y no eran bobadas de iluminados o fantasmagorías de mitómanos ansiosos de reconocimiento. Bien al contrario. ¡Todos

los documentos clasificados y conservados por la Sociedad de Estudios Asiáticos, al abrigo del polvo, la luz y los ratones, eran auténticos y serios estudios de verdaderos eruditos, occidentales en su mayor parte e incluso británicos en una aplastante mayoría! Desde luego, yo lo había advertido ya hacía tiempo, y esta sala se había convertido en objeto de mis preferencias. Pero ese día en concreto la fortuna quiso que mi mano eligiera al azar, de entre una pila de viejas anotaciones no referenciadas, un opúsculo de tres páginas consagrado a la mitología de las piedras de guardia en las ciudades antiguas de los valles del Jordán, el Tigris y el Eufrates. El autor era un tal Constantin Alois Chadwick, aparentemente un oscuro cronista —textos y dibujos— de una campaña de excavaciones dirigida por un departamento del British Museum de 1847 a 1850. El texto describía a grandes rasgos la misión que había conducido a esta gente desde las colinas que rodeaban Jerusalén hasta los márgenes del desierto mesopotámico. Según rezaba en este breve informe, era tradición tanto en la Antigüedad europea como en la mediorientales consagrar piedras o estatuas a la protección de lugares específicos y casas de particulares pero también de edificios públicos, militares o religiosos. Ése había sido el caso en Grecia y en Judea. A fin de complementar el texto —estrictamente académico y en el que, por descontado, toda referencia a los ritos que entonces se empleaban para consagrar estos talismanes brillaba por su ausencia—, el autor había trazado el dibujo del supuesto *palladium* de Jerusalén. Se trataba de un vulgar cuadrado de piedra cocida grabado con glifos. Chadwick sugería que el interior estaba hueco y lleno, en su origen, bien de un líquido aceitoso consagrado según el dogma, bien de un polvo de cristales. No citaba las fuentes sobre las que se sustentaba para plantear estas hipótesis, pero esto carecía de importancia. Todo lo que retuve fue el paralelismo que podía establecer entre la descripción de estos antiguos *palladia* y la piedra negra que había visto en casa de los Galjero, en el sótano de la torre diabólica.

Presas de un frenesí creciente, orienté mis investigaciones en esta dirección, e incluso establecí contacto epistolar con un famoso profesor de filología de Cambridge; a raíz de ello, acabé por convencerme de que la piedra oscura cumplía una función equiparable a la de los antiguos *palladia*. Y tras extraer conclusiones de lo que había visto en la torre, estimé también que el líquido que había oído agitarse en su cavidad había podido estar constituido, no por un simple aceite consagrado, ¡sino por la sangre de los niños sacrificados! «¡El fluido sanguíneo posee extrañas virtudes, oficial Tewp! —Me habían dicho Darpán y Réault—. Es el líquido de vida que todas las religiones adoran de manera directa o simbólica». Por desgracia, no pude hacer otra cosa que acumular y seleccionar los escasos documentos disponibles sobre el tema —áridos estudios universitarios en su mayoría—, porque pronto otras consideraciones ocuparon mi mente. Esa misma noche, después de haber exhumado el opúsculo de Chadwick, fui abordado en plena calle por un civil con aire de asistente de notaría, que me preguntó si podíamos conversar en un lugar tranquilo. Como me pareció que el solicitante tenía aspecto de persona honesta y me complació

la actitud reservada que había mostrado al presentarse, le llevé al bar del Harnett, que había convertido en una pausa obligada en mis salidas a la ciudad. Hasta que no estuvo instalado entre las caobas y los ébanos de un salón apartado, el individuo no consintió en revelarme la razón que le había conducido hasta mí.

—Me llamo Sebastian Piggot, oficial Tewp. He venido aquí para dar con usted, en cumplimiento de un mandato especial de la sociedad de investigaciones privadas Xander y asociados, de Londres, a la que pertenezco.

Era del todo evidente que hacía poco que Piggot había pisado el territorio de las colonias. Su tez clara y su regulación calorífica corporal estaban ajustadas al clima fresco de la metrópoli: sudaba a chorros aunque estábamos casi en la vertical de un enorme ventilador que batía el aire con sus resplandecientes palas de cobre con la fuerza de una brisa caledónica.

—Si no he comprendido mal, señor Piggot, es usted una especie de detective, ¿no es eso?

—No exactamente, sólo soy un comisionado, oficial Tewp, no un investigador en el sentido estricto del término. Si he venido a verle aquí, no es para sonsacarle informaciones, sino para entregarle en mano un expediente que uno de nuestros clientes desea que conozca.

Mientras hablaba, abrió la cartera de cuero que llevaba consigo, sacó un bonito expediente encuadernado que llevaba grabado en el lomo el símbolo de la casa Xander y me tendió gentilmente el documento.

—Nuestros clientes son lord y *lady* Bentham. ¿Le es familiar este nombre, capitán? —preguntó Piggot mientras yo empezaba a examinar las páginas del documento.

Me sobresalté. Había oído hablar en una ocasión de esta gente en el despacho del archivero Blair, mientras éste me desgranaba el dudoso pedigrí de los Galjero: «Un día encontraron el cadáver de los dos hijos de lord y *lady* Bentham en el jardín de los rumanos... La investigación concluyó que se trataba de un suicidio por una doble pasión adolescente... El asunto se archivó».

—*Lord* y *lady* Bentham se enteraron de lo que había ocurrido aquí en el curso del año 1936, aun cuando se hizo un trabajo magnífico para tapar el asunto, sí, realmente magnífico... Desde entonces, nuestros clientes están persuadidos de la culpabilidad directa de la señora y el señor Galjero en la trágica desaparición de su hijo y de su hija.— Por desgracia, hasta ahora no han podido probar nada, pero encargaron a nuestra agencia que recogiera el máximo de datos contra ellos. Y debo decir que, desde el asunto de las Indias, su expediente se ha hinchado considerablemente...

Mi corazón se puso a latir con más fuerza y advertí que yo también transpiraba copiosamente. Piggot era un personaje poco agraciado físicamente, pero en aquel momento me hubiera gustado estrecharlo entre mis brazos como a un viejo camarada para agradecerle de algún modo lo feliz que me hacían sus palabras: ¡Swamy y yo no éramos los únicos que queríamos neutralizar a los Galjero! ¡En el otro extremo del

mundo, en la metrópoli, una pareja azotada por la desgracia también había emprendido la caza! El emisario de Xander y asociados me ahorró la lectura inmediata del expediente resumiéndomelo.

—Desde finales de 1936, los Galjero han desaparecido literalmente de la circulación. No se les ha visto en Nueva York, ni tampoco en Londres o París. Una fuente de información, cierto que poco digna de confianza, afirma haberlos localizado durante un tiempo en Berlín, y también en Venecia. Pero no tenemos ninguna certeza. Tal vez se hayan retirado a sus posesiones de Rumania. El caso es que la situación política que atraviesa este país dificulta y mucho el acceso a su territorio, y la presencia de observadores extranjeros conlleva un enorme riesgo. Actualmente estamos trabajando para establecer un contacto fiable en el lugar, pero aún no hay nada en firme. Sea como fuere, y eso es lo que realmente me ha llevado hasta usted, nuestra agencia ha podido saber que la obra caritativa que los Galjero mantenían en Calcuta no es en absoluto la única en su género. Desde los años veinte han existido centros parecidos en Borneo, Dakar, Ceilán, Damasco y Buenos Aires. Y todos funcionan según el mismo modelo: selección de niños pobres y pretendido envío de estos chiquillos a Occidente, donde no se les ha vuelto a ver. Cada vez que se empezaban a plantear quejas o a suscitar sospechas, los Galjero se las ingeniaban para untar a las autoridades, cerraban el centro y trasladaban sus actividades a otra parte. El asunto de Bengala, sin embargo, parecía haber puesto freno a estas prácticas.

Borneo, Dakar, Ceilán, Damasco, Buenos Aires, Calcuta... El relato de Piggot me turbaba enormemente. Desde hacía más de quince años, los Galjero seleccionaban por todo el planeta chiquillos con un cociente de inteligencia superior a la media. ¿De cuántos niños sacrificados por estos monstruos estábamos hablando? Cuatrocientos, quinientos tal vez... No tenía sentido imaginar que los rumanos hubieran actuado con los chiquillos de África o de América del Sur de un modo distinto que con los de la India. La extensión de sus crímenes producía náuseas...

—Pero ¿por qué lord y *lady* Bentham quieren que se me informe de todo esto? —pregunté a Piggot después de haber vaciado de un trago el vaso de licor que había pedido.

—Porque han conocido en detalle todo lo que le había ocurrido, y consideran que usted es hoy por hoy una de las mejores bazas para abatir a estos monstruos. ¿Quiere colaborar con lord y *lady* Bentham, capitán Tewp?

# TERCER LIBRO DE DAVID TWEP

## LOS IVANES

Apoyé la nuca contra la lava de hormigón frío y traté de distender los músculos de mi cuerpo, rígido por la intensa helada que reinaba en el exterior. A pesar del estrépito que me rodeaba en el refugio, de las idas y venidas de los hombres a mi alrededor, de las órdenes y los cantos estruendosos, y del olor a sudor, tabaco negro y col que saturaba el aire confinado del reducto de mando, conseguí cerrar los ojos y dormir un momento. Como cada vez que mi mente se relajaba, volví a verme años antes, cuando todavía estaba en la India. En este instante preciso, helado y extenuado, con mi *battledress* blanco cubierto de cristales de nieve y de placas de fango, deseé estar allí, bajo las cálidas tormentas de Calcuta, más aún que en los barrios elegantes de Londres o sobre una escollera de Brighton. Había permanecido ocho años en la India, al servicio del MI6, antes de ser enviado, en el otoño de 1944, a la delegación que la Firma mantenía en Moscú, entre estos aliados contra natura en que se habían convertido temporalmente los soviéticos. Lo paradójico de la situación residía en el hecho de que yo no era ni espía ni clandestino. Mi misión personal, de carácter plenamente oficial, era de sobras conocida por las autoridades del Ejército Rojo, que le daban un apoyo que yo no calificaría de absoluto, pero sí, como mínimo, de «diplomático», y eso me bastaba. Desde luego, no gozaba de una total libertad de movimientos, y desde el momento en que había puesto el pie en el suelo de su madre patria, me habían asignado un comisario político que ya no me había abandonado y que nos había acompañado, a Habid Swamy y a mí, en todas nuestras tribulaciones; porque yo había conservado a mi lado al pequeño *sudra* hindú. No puedo negar que me había beneficiado de algunos privilegios desde el día en que Sebastian Piggot me había propuesto aprovechar la ayuda de lord y lady Bentham. Y gracias a ellos, había podido aumentar considerablemente mis conocimientos sobre los rumanos. Si no hubiera estallado la guerra, creo incluso que hubiera acabado por ceder a su demanda de abandonar el ejército para consagrarme por entero a la persecución de los Galjero. Pero el destino había decidido que mi vida tomara otros derroteros.

En 1939, los ejércitos alemanes cruzaron la frontera polaca, provocando una respuesta dubitativa de Gran Bretaña y Francia que no hizo sino precipitar la catástrofe. El incendio se desató en varios puntos, de Narvik a El Cairo. Poco a poco el mundo entero se oscureció y yo no era el único en pensar que atravesábamos el Kali Yuga, la edad sombría de los últimos tiempos. En la India, sin embargo, el conflicto no nos alcanzó de lleno. Si bien es cierto que se enviaron, para mantener las formas, algunos regimientos a Europa, donde fueron literalmente destrozados en Dunkerque, el grueso de las tropas coloniales permaneció en su puesto y se limitó a efectuar un redespiegamiento estratégico destinado a prevenir una tentativa de desembarco japonés. De 1941 a 1945, los grandes combates que el Imperio mantenía

en Asia contra su adversario nipón nunca alcanzaron directamente al subcontinente indio. Aun así, Bose, el principal adversario de la presencia inglesa en las Indias, no dudó en pactar abiertamente con los alemanes. Gracias a complicidades bien establecidas, Netaji, el Guía, consiguió escapar de la residencia vigilada donde se encontraba confinado y llegó a Berlín a finales de marzo de 1941. Allí organizó los primeros dispositivos de un pretendido ejército de liberación, compuesto principalmente por nuestros propios soldados indios del VIII Ejército capturados por Rommel en África del Norte. Bose y sus lugartenientes trabajaron tanto y tan bien que lograron persuadir a alrededor de cuatro mil de sus compatriotas de que se unieran a su causa, y de este modo, bajo el emblema de un tigre lanzándose al ataque, la legión india fue incorporada a la Wehrmacht y se convirtió en su 950 regimiento de infantería. Los avatares de la guerra pronto escindieron este cuerpo en dos divisiones: una fue destinada a Holanda, y luego a Francia, y la otra al frente del Este, donde los hindúes combatieron valerosamente a los soviéticos en una proporción de uno a cien. Hubo muchas bajas en sus filas. Y también prisioneros. El Ejército Rojo no tenía por costumbre cuidar de los desventurados que caían en sus manos, y nosotros, los británicos, sabíamos que había indios que combatían contra nuestros aliados soviéticos. Desconozco la razón exacta, pero un alma caritativa del Alto Mando se sintió conmovido por el destino de estos hombres y se las compuso para que asumiéramos la vigilancia de los prisioneros hindúes del frente del Este en lugar de que se les deportara a los campos de Siberia. También albergábamos la intención de encontrar a Bose entre ellos; teníamos aún esta esperanza, aunque por aquel entonces ignorábamos que había abandonado Alemania en submarino con destino a Japón, donde contaba con convencer al emperador de que desembarcara en las Indias. Nosotros aún creíamos que estaba en Europa para dirigir a su legión de renegados, y queríamos apresarlo para conducirlo ante la justicia, porque no confiábamos en que los comunistas nos lo entregaran si le capturaban. Tal vez *madame* de Réault hubiera llamado a esto «predestinación». Por mi parte, si bien no me gusta calificar así este azar, lo cierto es que fue a mí a quien se dirigieron para que ejerciera de intermediario entre los prisioneros de la legión india y las autoridades del Ejército Rojo. Mi tarea oficial consistía en interrogar a los cautivos hindúes, centralizar sus testimonios y tratar de sacar conclusiones en cuanto al paradero exacto de Netaji. También me habían pedido que, en la medida en que me fuera posible, recogiera las placas de identificación de los muertos y organizara el retorno a la India de los soldados de la Legión que pudiera recuperar. Insistí para que Habid Swamy fuera ascendido a sargento antes de nuestra partida, ¡del mismo modo que yo había ascendido de golpe, con este motivo, dos grados en la jerarquía y me había convertido en coronel del MI6!

—Los rusos no le respetarán si sólo es un simple comandante —me había dicho El Prisionero, convertido a su vez en general, mientras con mano temblorosa (había contraído el paludismo al bañarse imprudentemente en un brazo muerto del río) me



prendía mis nuevos galones.

Así, vía Afganistán, el Cáucaso y Ucrania, había llegado a Moscú, de donde me habían trasladado en un vuelo especial a la sección del frente donde los rojos se enfrentaban a la brigada de los Tigres de Netaji, en la frontera occidental de Ucrania. Estábamos en noviembre de 1944 y hacía tiempo que los soviéticos habían recuperado el control de la situación sobre el terreno, no después de la caída de Stalingrado, como acostumbra a decirse, sino después de la gigantesca batalla de blindados que se había desarrollado en las cercanías de Kursk y que había partido literalmente la espina dorsal del ejército alemán en territorio soviético. La continuación de la campaña se limitó a una larga retirada agónica para todos estos soldados perdidos, enrolados de grado o por fuerza bajo la cruz de Malta. La Legión india de Bose formaba parte de este grupo, integrado asimismo por españoles, italianos, cosacos, flamencos, franceses, suecos, e incluso irlandeses o ingleses que se habían alistado voluntarios en el bando enemigo. No comentaré en detalle nuestro libro de ruta, ya que esto no aportaría ningún elemento nuevo sobre el fin de la guerra en el Este. El caso es que, con el único respaldo de Habid Swamy, obtuve resultados suficientemente convincentes en mi misión de «recuperación» de los hindúes de la Legión, para que Londres y Moscú se pusieran de acuerdo en dejarme acabar mi trabajo en paz.

El comisario político que los rusos me habían asignado se llamaba Grigor Tenidzé. Su madre era polaca, y su padre georgiano. A pesar de que a menudo me recitaba pasajes enteros de El capital como otros balbucean su catecismo, era un joven bastante bonachón, con unas grandes manos terminadas en unos extraños dedos aplanados cuya visión causaba cierta incomodidad. Aunque no puedo decir que nuestro acompañante diera muestras de poseer una inteligencia particularmente brillante, hablaba un inglés muy correcto, estropeado sólo por un mal acento, y nos soportábamos aceptablemente bien. ¡Creo que tenía una opinión bastante buena de mí, lo que fortaleció mi posición única de mediador patentado del ejército inglés en el seno de las tropas de la Unión Soviética! Un día de enero de 1941, visité un campo improvisado donde los Ivanos —como se llamaba a los rojos— habían agrupado a un centenar de combatientes alemanes y extranjeros que habían caído en una zona pantanosa en la frontera ucraniano-búlgara. Me habían informado de que unos hombres de piel morena formaban parte del lote y de que su compañía tenía un tigre por emblema. Entre los prisioneros macilentos, ateridos de frío y muertos de miedo y de hambre, que estaban encerrados como animales en un campo fangoso bajo unos cobertizos de tela alquitranada, encontré efectivamente a un puñado de legionarios del Azad Hind Fauj, la denominación oficial del Ejército de la India libre creado bajo la égida alemana. Siguiendo mi costumbre y conforme a mi orden de misión, sometí a estos hombres a un completo interrogatorio y redacté una ficha en la que se recogían los datos biográficos que me habían comunicado. Su suerte dependería en gran parte de la opinión que me forjara de ellos. Si los consideraba simples soldados perdidos,

que habían pasado, sin saber cómo, de las tropas de Montgomery a las de la división de choque *Gross Deutschland*, organizaría su retorno al país, donde serían encarcelados durante un tiempo antes de proceder a su reinserción en la vida civil. Si juzgaba, al contrario, que habían actuado por convicción política y que su inclusión en las filas enemigas no era sólo fruto de la mala suerte, les destinarían a las alambradas del Campo 20, un centro de jurisdicción especial instalado en la Gran Bretaña donde reagrupábamos y reteníamos en secreto a los opositores a la Corona. Allí se recluía tanto a prisioneros del Irish Republican Army, el IRA, como a espías nazis capturados en territorio inglés, cuadros nacionales del movimiento fascista de Oswald Mosley, traidores británicos enrolados en las SS y luego capturados en el frente Oeste o rebeldes iraquíes proalemanes del partido de Rachid Ali Al Qalaini.

De entre los hindúes que vi ese día, dos eran nativos de Ceilán, uno de Delhi, otro de Bombay y el último de Calcuta. Entre ellos no había ningún oficial ni suboficial. Eran sólo unos pobres tipos sin educación que prácticamente sólo habían conocido el orden militar y a los que una trágica jugada del destino había precipitado de los *ergs* sobrecalentados del desierto libio a las taigas rusas barridas por los vientos helados. Llevaban varios días sin comer nada y eran blanco constante de las vejaciones de los Ivanos, que se burlaban de su piel oscura y de sus grandes ojos dulces. Como yo me sentía feliz de poder proporcionarles un poco de calor y de tranquilidad, procuraba que mis interrogatorios durasen el mayor tiempo posible y aprovechaba la ocasión para reavituallarlos de té, galletas o margarina. De los cuatro primeros no obtuve ninguna información valiosa, pero las declaraciones del quinto hicieron que Habid Swamy y yo saltáramos de nuestras sillas. El hombre se llamaba Khanansu y era miembro del cuerpo sanitario de su compañía. Mientras se retiraba en medio de un convoy víctima del incesante acoso de los partisanos y ametrallado por los aviones Yack, habían requerido sus servicios para atender a una mujer y unos niños que acababan de resultar heridos cuando el *half-track* blindado que les transportaba había volcado en la cuneta. En varios meses de debacle, era la primera vez que veía a una alemana y a unos niños entre la tropa. Todo el mundo sabía lo que les ocurría a las mujeres que caían en manos de los soviéticos, y hacía tiempo que el Alto Mando había dejado de enviar personal femenino al frente ruso. Khanansu les había socorrido en la medida que lo permitía el magro contenido de su macuto, y ya se disponía a regresar a su unidad cuando un oficial le anunció que quedaba momentáneamente asignado al servicio exclusivo de la mujer y los niños. Debía velar por su estado, con exclusión de cualquier otro herido, hasta que le relevaran de sus funciones y pudiera reintegrarse a su compañía. Así, a partir de ese momento se encontraría bajo las órdenes directas de la mujer, que, por más que vistiera ropas civiles, ocupaba la posición de un oficial de alto rango. Durante varios días había acompañado, pues, a ese extraño grupo por las carreteras socavadas de la Europa oriental. La mujer era rubia, delgada, bastante joven. Nunca se separaba de su cámara fotográfica en los combates que se habían desarrollado en la zona en el curso de los

diez últimos días. Yo esperaba un rechazo categórico por su parte, o al menos una interminable retahíla de preguntas, pero nos dio su aprobación inmediata y su espontaneidad me dejó desarmado. Pasamos la noche entera, y hasta el mediodía del día siguiente, trabajando sobre el emplazamiento supuesto de las unidades del sector, las direcciones de avance y de rodeo, las horas de fuego de artillería y los registros de los muertos y desaparecidos contabilizados entre las unidades regulares. Era imposible realizar un cálculo semejante en relación con las tropas de partisanos que hormigueaban en la retaguardia de la Wehrmacht en desbandada y le infligían daños considerables sin que, evidentemente, fuera posible obtener un recuento fiable de estas operaciones de los francotiradores. De todos modos, por lo que pudimos averiguar, la columna de Keller había sido víctima de un importante ataque por parte de un grupo blindado con la estrella roja en el lugar descrito por Khanansu, pero una unidad de pánzeres salida súbitamente de un bosque infligió un severo castigo a los Ivanos, cubriendo así la fuga de la columna alemana. No se había encontrado ningún cadáver de mujer o de niño entre las bajas enemigas cuando los regulares rusos recuperaron el terreno. Tenidzé no comprendió el suspiro de alivio que el sargento Swamy lanzó cuando comprendimos que Ostara y los chiquillos habían sobrevivido al menos a este ataque. Al ver que éramos incapaces de sacar nuevas conclusiones de las informaciones de que disponíamos, optamos por dirigirnos a la línea del frente para seguir la pista de la columna Keller costara lo que costase, aunque tuviéramos que perder la vida en el intento.

## LOS TIGRES DE NETAJI

Nos sumergimos en el infierno. Aunque Tenidzé había intentado disuadirnos de intentar siquiera semejante aventura, sus esfuerzos habían sido en vano. Resignado, se embarcó con nosotros en el vehículo oruga ZIS-42, un camión todoterreno extraordinariamente resistente que nos servía de vehículo de servicio. El comisario político no había estado nunca antes en el frente, y creo que la perspectiva le asustaba y le excitaba al mismo tiempo. Como nosotros, no paraba de recorrer las líneas de retaguardia y constataba el espantoso resultado de los combates encarnizados que se entablaban no muy lejos de allí. Había visto a hombres casi seccionados en dos por la metralla que se aferraban aún a la vida. Había visto a otros con los cuatro miembros amputados, algunos con quemaduras en todo el cuerpo, con sus humores fluyendo sobre un jergón de crin sin que pudieran darles ningún fármaco que paliara su dolor. Había visto manos hinchadas por congelaciones que tenían el triple de su tamaño normal, había visto rostros medio arrancados, entrepiernas sin genitales, cráneos reventados que dejaban ver el cerebro aún activo... Había visto todo esto en los campos de prisioneros, los hospitales, los osarios... Había visto todo esto, y sin embargo, sabía que le faltaba algo. Quería saber si podía soportar más, confrontarse con sus límites. Por esta razón nos acompañó. Nosotros le dábamos un pretexto. A fin de cuentas, creo que nos estaba casi agradecido.

Partimos una mañana a mediados de febrero. Habíamos cargado con todas las provisiones posibles: piezas de recambio para el motor y bidones de gasolina, conservas, barras de tocino envueltas en papel aceitado. Y algunas armas, claro está. No teníamos orden de misión, pero esto carecía de importancia. La zona a la que pretendíamos acceder no se encontraba ya bajo ninguna jurisdicción. Era zona de guerra, el territorio del enfrentamiento, un lugar de verdad, de peligro, pero también de libertad. Estaba en nuestras manos sobrevivir. Sólo nos quedaba averiguar si seríamos capaces de hacerlo...

Nos bastaron unas pocas horas de trayecto para saber que acabábamos de cambiar de mundo. Todo aquí parecía más verdadero. En primer lugar remontamos una hilera de trescientos T-34 retenidos en la estepa y luego seguimos un ancho curso de agua helada hasta que encontramos un puente. Swamy conducía. Rápido, como de costumbre. No había tardado mucho en dominar las sutilezas de la conducción sobre la nieve, frenando los derrapajes con aceleraciones enfebrecidas y negociando los virajes mediante el bloqueo de las ruedas motrices y la utilización de las orugas fijas como patines de trineo. Las pesadas planchas del ZIS rugían de placer. Las horas de luz eran escasas, y el sargento exigía duramente a su mecánica. Sin dejar de avanzar, nos hundíamos en la guerra. El sol se alzaba hacia las nueve de la mañana y brillaba, con luz mortecina, hasta las 15 horas. Entonces la luz viraba al anaranjado durante

unos veinte minutos, viraba luego hacia el violeta y a continuación se teñía de un gris cada vez más denso, hasta que la noche se instalaba completamente antes de las cinco de la tarde. Esa hora fijaba el momento de detenernos, porque la temperatura caía bruscamente de un aceptable  $-20\text{ }^{\circ}\text{C}$  en pleno mediodía a unos mortales  $-35$  o  $-40\text{ }^{\circ}\text{C}$  en cuanto anochecía. Esas eran las horas más peligrosas. No porque temiéramos un ataque alemán, sino porque el frío entumecía y dejaba helado a un hombre inmóvil en apenas unos minutos. Debíamos permanecer en el vehículo sin parar el motor para que las piezas no se rompieran a causa del hielo, que lo resquebrajaba todo, dormir por turnos de veinte minutos y luego despertarnos para mover los músculos y frotarnos la nariz y los dedos, las partes del cuerpo más expuestas a la congelación. Siguiendo estas pautas, sólo recorrimos unas sesenta millas en tres días. Tenidzé aún hacía sus cálculos en *verstas*, como en la época de los zares, y contaba aproximadamente noventa. Durante el recorrido preguntábamos a los jefes de puesto con los que nos cruzábamos, a los comandantes de las unidades que dejábamos atrás, si habían combatido con elementos de la brigada Azad Hind Fauj o habían detectado un blindado ligero alemán lleno de niños. No obtuvimos ninguna respuesta positiva hasta que el capitán de un grupo de los exploradores que acababa de tener un encuentro con una sección de la retaguardia enemiga nos informó de que había visto a unos tipos de piel morena entre los combatientes adversarios y que aquello le había sorprendido. Había renunciado al enfrentamiento —su misión no era entablar un combate serio con los enemigos que encontraba, sino simplemente valorar su potencial de resistencia— tras calibrar que estas extrañas figuras exóticas eran soldados bien entrenados y armados, y asimismo resueltos a vender cara su piel. Por eso había permitido que se replegaran a un bosque, a dos horas de marcha del lugar donde ahora nos encontrábamos. En cambio, nada sabía de un grupo de niños y una mujer que viajaban en un *half-track*. Amablemente nos mostró el lugar de la escaramuza en un mapa del estado mayor, pero nos desaconsejó que nos dirigiéramos allí antes de que la infantería asegurara la zona, una acción prevista para varios días más tarde.

—No sólo está a punto de oscurecer, sino que el parte meteorológico pronostica tempestad para esta noche. Yo, de ustedes, buscaría un refugio donde pasar tranquilamente las próximas cuarenta y ocho horas. De todos modos, la ventisca fijará a todo el mundo en su posición, tanto a sus malditos hindúes como a los demás...

—Tiene razón —dijo Tenidzé—. ¡Volvamos al último pueblo y pongámonos cómodos mientras esperamos a que amaine!

Era lo más razonable. Curiosamente, acepté la propuesta sin que Swamy protestara. Sabía que teníamos que ahorrar energías. Retrocedimos pues hasta alcanzar una aldea que había sido escenario de intensos combates en los días pasados, pero en la que aún se mantenían en pie algunas fábricas y hangares con las paredes hechas de fibras de girasol trenzadas. Había incluso un refugio de mando en el que

podimos resguardarnos entre las dotaciones de tres grupos de carros KV14, unos monstruos de movilidad detestable pero equipados con un cañón que escupía obuses de ochenta libras. El convoy formaba parte de una brigada de la Guardia, la élite del Ejército Rojo. Mientras calentaba mi cuerpo helado al calor de una estufa por primera vez desde hacía seis días y aprovechando una pausa para descansar, me adormecí sin preocuparme por los rudos cantos de los tanquistas, oyendo cómo la tempestad se intensificaba fuera y sintiendo cómo se recrudecía el frío de la noche. Me encontraba hundido ya en las tinieblas, mecido por los recuerdos de la India, cuando una serie de explosiones sacudió los muros del bunker. Me desperté sobresaltado y miré alrededor. El pánico se había apoderado del refugio. Las tres lámparas de gas que constituían toda la iluminación del recinto no permitían ver gran cosa, y los hombres tenían que tantear para encontrar su arma y se pisaban unos a otros tratando de abandonar el fortín cuanto antes para contener el ataque, ya que en el exterior podía oírse el crepitar de las ametralladoras que presagiaba el inminente inicio de la refriega. En contra de lo esperado, los alemanes habían aprovechado el recrudecimiento de la tormenta para intentar un audaz golpe de fuerza y dinamitar la cuarentena de carros parados del regimiento soviético que les pisaba los talones. Habid Swamy, Tenidzé y yo dejamos que el bunker se vaciara antes de movernos. Entonces cogí una pistola ametralladora de una mesa, y ya me disponía a dirigirme a la salida cuando Swamy me gritó:

—¡No se mueva, mi coronel! ¡Escuche! ¡Ametralladoras pesadas Spandau y morteros del 50! ¡Fritz ha atrapado a Iván! ¡Están barriendo a las dotaciones! ¡Si salimos, nos encontraremos atrapados en un fuego cruzado!

Tenidzé se había retirado a un rincón y no parecía querer dar prueba de un heroísmo exagerado. Por muy comisario político que fuera, parecía apreciar más su piel que la victoria del proletariado, lo que acabó de hacérmelo simpático. Esperamos. El intenso tiroteo se prolongó durante cinco, ocho minutos tal vez. Aún se oyeron algunas explosiones, gritos, órdenes frenéticas en ruso, y luego escuchamos muy cerca de nosotros exclamaciones en alemán. Aterrado, me icé al nivel de una de las troneras del bunker y eché una ojeada al exterior. Los carros ardían como pajares, iluminando el pueblo con una luz de día de verano. Vi a hombres cubiertos con sudarios blancos que corrían por todas partes y remataban sin piedad a siluetas tendidas en el suelo. Había empezado a nevar, y los grandes copos vellosos se balanceaban impulsados por las ráfagas del viento del norte. Al contacto con esta humedad, los amazones de los carros en llamas despedían chorros de un vapor que se depositaba a ras de suelo formando nubes compactas. La tempestad se cernía sobre el lugar, y los rusos habían cometido el error de tratar de protegerse de ella demasiado pronto, dejando el campo libre a un puñado de alemanes resueltos para intentar un golpe devastador. En unos minutos, el material y los hombres de las compañías blindadas que nos habían acogido habían sido reducidos a la nada. Saliendo de una capa de humo cual ángel del Apocalipsis, un soldado que llevaba un lanzallamas se

dirigió con pasos pesados hacia nuestro bunker. Esporádicamente el hombre hacía rugir su arma, que vomitaba un espantoso chorro azulado. Ante la seguridad de lo que iba a ocurrir si no reaccionaba con rapidez, me llevé mi arma al hombro, afiné la puntería y descargué tres salvas de tres cartuchos para detenerlo. Le alcancé, y se derrumbó en la nieve sin que llegaran a explotar las bombonas de nitrógeno y aceite que llevaba a la espalda. Lancé un suspiro de alivio. Si la idea de mi propia muerte me resultaba a fin de cuentas tolerable, la perspectiva de una infame agonía en la hoguera me resultaba insoportable. Resonó un pitido y los enemigos abandonaron el campo. Habían causado suficientes destrozos para no insistir y arriesgarse a provocar un contraataque que sin duda no hubieran podido repeler. El ataque debía de haber sido obra de una treintena de hombres como mucho, que sin duda se hubieran ganado su Cruz de Hierro de primera clase en caso de que aún existiera, en Berlín, un servicio capaz de otorgar tales condecoraciones. Cuando comprobamos que fuera ya sólo se oía el silbido del viento y el crepitar de las llamas, abandonamos el bunker y nos limitamos a constatar los daños. Había muertos por doquier, un centenar tal vez, casi todos vestidos con el uniforme soviético. La nieve recubría ya parcialmente sus cadáveres. Dentro de unos minutos quedarían totalmente sepultados por un manto blanco. La curiosidad fue más fuerte que el frío intenso que me desgarraba los músculos, y me dirigí hacia el lugar donde había abatido al hombre del lanzallamas. Lo encontré ya rígido por el hielo, con la boca de su arma apagada bajo el cuerpo. Me apoderé de ella y luego le di la vuelta. Era un hombre de tez morena, y en la manga llevaba el emblema de un tigre saltando sobre un fondo blanco, verde y azafrán, los tres colores de la India.

—No hay nada que podamos hacer excepto esperar —dijo Tenidzé—. La tempestad es demasiado intensa. ¡Es imposible mantenerse en pie fuera!

El georgiano tenía razón. Unos minutos después de que hubiéramos vuelto al bunker, la ventisca se desencadenó y la nieve empezó a caer en cataratas. De golpe, el termómetro bajó aún más, para alcanzar los  $-50\text{ }^{\circ}\text{C}$ , la barrera física a partir de la cual las piedras estallan. Lo único que podíamos hacer era apretujarnos lo más cerca posible de la estufa de carbón y, sobre todo —¡sobre todo!—, agradecer la ironía del destino que acababa de designarnos como únicos poseedores de un refugio relativamente bien aislado, provisto de un sistema de calefacción rudimentario pero equipado con suficiente carburante. Habíamos heredado además un lote de cajas de víveres e incluso el alambique artesanal del destacamento de la Guardia con el que los hombres se preparaban un brebaje frente al cual el vodka parecía sólo una leche dulzona. Así aprovisionados, hubiéramos podido esperar a la primavera para abandonar nuestro nido. Permanecimos tres días en el refugio antes de que la tempestad amainara lo suficiente para salir de nuestro refugio. Tenidzé y yo hablamos largo y tendido de historia y de política. Él me preguntó sobre la India, que le

inspiraba curiosidad, y sobre las costumbres inglesas, de las que parecía envidiar el lujo burgués sin mala conciencia proletaria. Animado por su actitud, le confesé que había imaginado a un comisario político soviético como alguien fanático, una persona intransigente y llena de certidumbres.

—Los comisarios políticos son como los curas o como los pastores de su país — me dijo—. A veces pierden la fe...

—¿Es lo que le ha ocurrido?

—Sí. He perdido la fe un poco a causa de ustedes. Quiero decir, a causa de los ingleses.

Una vez más, Grigor había conseguido despertar mi curiosidad. El hombre tenía ganas de hablar, y no tuve necesidad de animarle para que siguiera.

—En septiembre de 1939, la Unión Soviética y Alemania aún eran países aliados, ¿recuerda?

—Sí —asentí—. ¿Y qué quiere decir con eso?

—Pues que el primer día de septiembre los alemanes invaden Polonia, el país de mi madre, y ustedes, los ingleses, les declaran la guerra. Pero cuando un poco más tarde la URSS entra también en Polonia y acaba de aplastar lo que quedaba de este desgraciado país, ni los franceses ni los británicos expresan la menor crítica. ¡Lo que estaba mal hecho por los alemanes no parecía tener ninguna importancia si lo hacían los soviéticos! ¡Pues bien, eso es precisamente lo que no les perdono a ustedes, los occidentales!

—¡Pero no veo por qué motivo esto ha podido hacerle perder la fe en el comunismo!

—¡Me ha hecho perder la fe en la honestidad! En la palabra dada. ¡En la justicia de una causa! ¡Eso me ha hecho perder! El día en que los soviéticos entraron en Polonia sin provocar ninguna reacción, me dije que la gran camaradería universal prometida por Marx y Lenin nunca podría rivalizar con la apatía inherente a la especie humana. Desde entonces he dejado de ser comunista porque he dejado de creer en el hombre. El hombre no es más que una abstracción. Un puro concepto. ¡Sin ninguna relación con la realidad! Pero esta revelación no me volvió loco. ¡Al contrario! Tenía mi carné del partido desde hacía tiempo, mis responsables me respetaban y ocupaba un buen puesto que me daba derecho a compartir un piso con sólo dos personas. De modo que actué como si nada ocurriera. Sigo siendo comisario político y conservo las ventajas del cargo. ¡Pero ya no estoy ciego y me siento mejor! Si un día puedo abandonar la URSS y probar suerte en otro sitio, lo haré sin ningún remordimiento. Por eso aprendí a hablar su lengua.

Esta conversación me sumió en abismos de circunspección. Después de la confesión que acababa de hacerme, consideré conveniente confiar a Tenidzé lo que Swamy y yo habíamos vivido en Calcuta. En el transcurso de una noche le narré, pues, cómo perseguíamos a unos asesinos de niños y por qué extraordinario azar acabábamos, aquí mismo, de recuperar el rastro de uno de ellos. La historia le fascinó



y se adhirió sin dudar a nuestra cruzada. ¡Inesperadamente, en un refugio perdido en medio de un pueblo devastado, mientras una tempestad aullaba en torno a nosotros sus vientos mortales, acababa de armar a un nuevo caballero!

—Esos niños que, al parecer, viajan con la chica... ¿quiénes cree que son? —me preguntó.

—Lo ignoro. Niños perdidos capturados al azar de los caminos, me imagino. Seguramente quiere llevarlos con los Galjero... ¡Tenemos que capturarla antes de que contacte con ellos!

—Corren rumores en los pueblos, en las ciudades, ¿sabe? Al parecer los alemanes han seleccionado a niños en los territorios invadidos. Chiquillos elegidos conforme a criterios físicos, pero también por sus capacidades intelectuales. Sencillamente se los llevan, o a veces también los compran a sus familias. Dicen que los han trasladado a Alemania. El NKVD ha conseguido averiguar que los *Krauts* le han dado el nombre de Operación Lebensborn... ¿Le dice algo esto?

Nada en absoluto. Interrogué a Swamy con la mirada, pero el hindú movió la cabeza para indicarme que nunca había oído este nombre en código.

—Selecciones de niños —dije pensativo—. Como en la India, en Dakar o en Buenos Aires...

—Tal vez esa Keller esté a cargo del Lebensborn —prosiguió Tenidzé—. ¡Esto explicaría que se pasee por aquí ejerciendo de niñera!

—Es posible, sí. Aunque los niños asesinados por los Galjero no se correspondían en absoluto con los criterios físicos que persiguen los teóricos de Rosenberg.

—Entonces, ¿qué es esta gente? ¿Son ogros, como los de los cuentos? ¿Comen niños? —aventuró Tenidzé, medio en broma medio en serio.

No supe qué responderle. Desde hacía años me encontraba frente a un muro. Estaba persuadido de que el relato del georgiano sobre raptos de niños realizados por los alemanes en tierra conquistada sólo guardaba una relación periférica con los asesinatos de las Indias. Pero era altamente probable que los Galjero y Keller hubieran ideado esta Operación Lebensborn para aprovisionarse de «materia prima» para sus *tenghern*, *maithuna* o cualquier otro descenso a los infiernos que hubiera nacido de sus mentes perversas. Al fin y al cabo, era algo plausible. Al ser la guerra en sí misma una operación criminal de gran envergadura, ofrece infinitas oportunidades a las mentes enfermas y una relativa garantía de impunidad. Por lo que a estas alturas sabía ya de ellos, los rumanos y la austríaca no hubieran dejado pasar una ocasión como ésta sin reaccionar. En cuanto a saber si esas personas eran monstruos salidos de un cuento, creo que mi opinión estaba definida desde hacía tiempo. Y era sí.

Después de casi tres días de intensa tempestad, vino la calma. Tardamos varias horas en encontrar y luego liberar a nuestro ZIS de los seis pies de nieve que lo cubrían. Por

fortuna, el vehículo no había sido destruido durante los combates, pero perdimos un día completo en conseguir que arrancara. En primer lugar tuvimos que encender fogatas en torno al vehículo para calentar las planchas, luego cambiar las piezas del motor y del tren quebradas por el hielo, y a continuación dejar el motor en marcha toda la noche, para estar en condiciones de salir a la mañana siguiente. El frío, que seguía siendo extremo, hacía dolorosos cada uno de nuestros movimientos, hasta tal punto que nos era imposible permanecer más de treinta minutos fuera del bunker, al que teníamos que volver regularmente para calentarnos y evitar congelaciones mutiladoras. Trabajamos por turnos y al fin, con las primeras luces del alba del cuarto día, emprendimos de nuevo la marcha directamente hacia el oeste, donde sabíamos que se encontraban las columnas alemanas en fuga. Hacia la mitad de la jornada, hicimos un alto en lo que quedaba de una aldehuela con cuatro o cinco isbas derruidas. En los muros de una de ellas habían pintado «Proletarios de todo el mundo, uníos», en letras cirílicas rojas chorreantes. No sé por qué, juzgamos conveniente registrar los escombros. Ojalá no hubiéramos tomado nunca esta decisión, porque hicimos descubrimientos espantosos. En la esquina de una barraca, vimos cuerpos humanos groseramente apilados, ataviados con el uniforme alemán. Los rostros de algunos habían sido hendidos con un hacha.

—Seguramente para recuperar los dientes de oro —explicó Tenidzé.

Otros tipos, acaso solamente heridos cuando habían sido hechos prisioneros, estaban atados y con la cabeza hundida en el vientre abierto de sus camaradas muertos, condenándolos a una atroz asfixia entre el amasijo de vísceras. Detrás de un cobertizo encontramos a una docena de soldados desnudos, medio hundidos en toneles de agua ahora congelada. La muerte que habían reservado a estos desventurados nada tenía que ver con las leyes de la guerra. Era pura barbarie, el placer de regocijarse en la humillación y el sufrimiento ajeno.

—Los partisanos... —susurró tristemente Grigor—. Nadie los controla. Y nadie los juzgará nunca por esto.

Abrumados por el horror de estas escenas, seguimos avanzando en silencio, y luego, al salir de un inmenso campo de nieve helada, encontramos de nuevo al grupo de exploradores cuyo capitán nos había informado de la presencia de unos hindúes en la zona unos días antes. El cuadro de la situación que nos dibujó nos alarmó. Su unidad no había tenido que recorrer grandes distancias para encontrar a los alemanes, ya que un ejército de partisanos había bloqueado la huida de éstos obligándoles a fijar su posición. Según estimaciones del capitán, calculaba en ochocientos el número de enemigos atrincherados en una prominencia boscosa rodeada por dos o tres mil francotiradores armados hasta los dientes que no tardarían en pedir refuerzos de artillería pesada para acabar cuanto antes con esta bolsa de resistencia. En cuestión de horas, los últimos restos de la columna Keller serían crucificados con un tiro escalonado que nivelaría el paisaje en decenas de hectáreas. Así que, tan cerca ya de nuestro objetivo, acabábamos de fracasar. A menos que franqueáramos la doble línea

de fuego de los sitiadores y los sitiados, nos sería imposible sustraer a Keller y a los niños que ella custodiaba de su aniquilación programada. Todas las preguntas que nos atormentaban a Swamy y a mí desde hacía años estaban a punto de quedar para siempre sin respuesta.

—¿Quién lidera a estos partisanos? —preguntó Tenidzé al capitán.

—He hablado con un jefe que parece ejercer cierto control sobre ellos. Son unos locos, unos salvajes. Una pandilla de saqueadores, de antiguos desertores de 1941 — 1942, de tramperos y campesinos que no han visto un libro en su vida...

—¿Ni siquiera *El capital*? —soltó Tenidzé con un punto de ironía.

—¿El qué? —replicó con sarcasmo el capitán.

Me pareció admirable el coraje de este hombre que se permitía el lujo de burlarse abiertamente de un comisario político al que había reconocido perfectamente por las insignias que llevaba cosidas a su uniforme. Si no hubiéramos estado tan cerca del frente y si Tenidzé hubiera estado realmente imbuido de la trascendencia de su papel, sin duda el capitán hubiera recibido un severo castigo por su descaro. Pero Grigor se limitó a esbozar una vaga sonrisa teñida de laxitud antes de llevárenos a un aparte, a Swamy y a mí.

—Si el que los dirige nos lo permite, tal vez haya un medio de hablar con los alemanes y de ofrecer a Keller y a los niños una oportunidad de salir de ésta. ¡Yo me ocuparé!

Grigor se puso al volante del vehículo oruga y nos condujo hasta el primer puesto de partisanos, donde se dio a conocer y solicitó hablar con el comandante. Pronto, un tipo corpulento vestido con una piel de cordero golpeó el vidrio de nuestro vehículo. No dudamos ni por un instante que este hombre era el responsable de las atrocidades que habíamos visto unas horas antes. Tuve que contenerme para no abatirlo allí mismo.

—¡General Tetéiev! ¿Qué queréis, camaradas? —empezó, mostrándonos una horrible sonrisa verde.

Una infecta dentadura de cobre totalmente oxidada deformaba su rostro en un rictus abominable.

—¡Estamos aquí para ayudarte, camarada general! —dijo en tono serio Tenidzé—. Daremos orden de machacar este reducto a cañonazos para que no tengáis que tomarlo por asalto, pero antes veremos si estos perros quieren rendirse. Necesitamos una hora para negociar. Te pido que ordenes un alto el fuego a tus hombres durante este tiempo.

—¿Por qué hacer prisioneros? —preguntó Tetéiev—. ¡Hay que alimentarlos y vigilarlos! ¡Es más caro que matarlos!

—El camarada Stalin quiere prisioneros, general. Quiere prisioneros para mostrarlos en Moscú. En su avance, el Ejército Rojo sólo deja tras de sí un terreno sembrado de cadáveres. ¡Eso no es bueno! El proletariado moscovita quiere poder escupir a la cara a los enemigos de la madre patria, ¿comprendes? Ya tenemos

bastantes alemanes muertos. Lo que necesitamos ahora son alemanes vivos. ¡Los pondremos en jaulas, como en el circo! ¡Hay que humillarles! ¡Por la victoria total, camarada! ¡Si nos das tu permiso, te prometo que serás recibido en el Kremlin! ¡Imagínate! ¡El propio Stalin te hará los honores! ¡Será como el triunfo de un general romano!

Los ojos de Tetéiev brillaron de excitación. Sin duda no sabía lo que era un general romano, pero Tenidzé acababa de encender en su alma de niño una llama que tardaría mucho en extinguirse.

—¿Stalin? ¿El Kremlin? ¿El triunfo? Bien... ¡Adelante, pues! ¡Traedme la rendición de estos hijos de puta capitalistas! ¡Decreto el alto el fuego durante una hora! ¡Por la victoria!

—¡No lo lamentarás! Una última cosa, camarada... ¿Tienes tela verde y amarilla?

Cooperativo, sin hacer preguntas, Tetéiev nos proporcionó lo que Tenidzé reclamaba. Sobre la parte delantera de nuestro vehículo oruga blanco fijamos las tiras de tela de colores en una tosca imitación de la bandera de la India. En este paisaje uniforme era bastante probable que los sitiados no nos permitieran avanzar hasta ellos y abrieran fuego antes de avistar la bandera blanca que ondeaba sobre nuestra carlinga; los colores vivos, en cambio, atraerían suficientemente su atención para que un oficial utilizara sus prismáticos para observar nuestra máquina y descubriera en ella la señal de tregua. Ésa era nuestra táctica, nuestra esperanza.

Conteniendo el aliento, hicimos avanzar al ZIS a velocidad moderada a través de la cortina de partisanos soviéticos que acababan de recibir, sin saber por qué, la orden de interrumpir sus disparos de desgaste. La loma a la que se aferraban los alemanes de la columna Keller estaba situada a trescientas yardas; pero el terreno era tan intransitable a causa de los cráteres de los obuses, los desniveles traidores y las placas de hielo, tan lisas, que nuestras cadenas no conseguían morderlas, que necesitamos casi veinte minutos para franquear esta distancia.

—Esperemos que a los *Krauts* no les queden más minas con las que sembrar el terreno —dijo de pronto Tenidzé sonriendo con todos sus dientes.

El peligro parecía desvelar en él una nueva naturaleza, más feroz y más viva. Swamy me dirigió una mirada de pánico. No fue necesario hablar. ¡Qué lejos quedaban, para nosotros, los cálidos paisajes de la India, la ciudad húmeda de monzones fértiles y la apacible rutina de la vida colonial! Entramos a marcha lenta en un pasillo hecho de árboles negros, troncos tronchados, raíces levantadas del suelo por los obuses de las últimas piezas de artillería alemanas. Un hombre surgió ante nosotros. Agitaba los brazos para indicarnos que nos detuviéramos. Otros cinco se unieron a él con las armas en la mano, los rostros tensos, los ojos brillantes de agotamiento.

—¡Atentos! —exclamó Tenidzé—. Estos tipos no están acostumbrados a que la

gente tenga el detalle de preguntarles si quieren rendirse. Se mostrarán muy desconfiados. ¡Tendremos suerte si no nos liquidan antes de que hayamos abierto la boca!

Obedientes, bajamos del vehículo con los brazos en alto. Tal como habíamos esperado, entre los alemanes se encontraba también un oficial de baja graduación de la legión Netaji, atraído por los colores hindúes de nuestra bandera. Nos dirigimos a él para tratar de explicar nuestra oferta.

—No tengo el poder de hacer nada por ustedes —respondió el suboficial, aún sin recobrase del asombro por ver llegar, en plena batalla, una misión de socorro de tres almas buenas que hablaban inglés—. Les llevaré hasta al *Hauptmann* Linden. El es quien manda aquí. Yo les serviré de intérprete. Acompañenme...

Escoltados por cuatro tipos de aspecto patibulario, seguimos al hindú hacia lo alto de la loma por una pequeña carretera encajonada. Apenas habíamos avanzado unos pasos cuando oímos cómo se abrían las puertas de nuestro vehículo. Teníamos la certeza de que el saqueo de nuestras reservas era cosa hecha, pero aquello no nos preocupaba. Estábamos a punto de encontrarnos cara a cara con la pieza que llevábamos tantos años persiguiendo, y todos nuestros pensamientos apuntaban sólo a este objetivo. No nos habíamos puesto de acuerdo sobre cómo proceder cuando nos encontráramos frente a Keller. De todos modos, de nada hubiera servido. Actuábamos pensando sólo en el momento presente, como animales. Así hay que comportarse ante una fiera, sin calcular nada, prescindiendo de la razón y dejando paso a la inspiración, a los instintos solamente. Son ellos los que vienen a nuestro auxilio en los peores momentos.

De camino hacia la cima de la colina, pudimos ver que las tropas alemanas se habían enterrado metódicamente, cavando trincheras, amontonando montículos de nieve para formar reductos, cortando árboles y acumulando rocas para proteger las ametralladoras pesadas y las últimas unidades de PAK, con los cañones con el alza a cero para barrer, no el cielo, sino el inmediato horizonte. Estos hombres sabían que estaban atrapados y que probablemente aquélla sería su tumba, que sus cuerpos pronto se abrirían sobre la nieve, manchando el blanco manto con el rojo oscuro de sus vísceras, despreciados, malditos, olvidados de todos. Sin embargo, sus rostros no reflejaban amargura. Su combate estaba perdido antes de empezar la lucha, e iban a ser machacados por una artillería que nunca llegarían a ver o bombardeados por una escuadrilla contra la que no podrían defenderse; pero aquello apenas les importaba. Creo que nada sostenía ya a estos hombres. Ningún compromiso, ninguna creencia; ninguna esperanza tampoco. Sólo les quedaba la certidumbre de una muerte próxima. Pero eso no les asustaba. No sabía muy bien por qué, pero me recordaban a madame de Réault. Todos los hombres a los que veía tenían la mirada clara, tranquila, como si ya hubieran entrado en el otro mundo. No había pánico. Cada uno permanecía en su puesto sin mostrar un particular nerviosismo. El bosque era una catedral asediada, y nosotros caminábamos por ella con el mismo recogimiento con que hubiéramos

avanzado por la nave de un templo.

Llegamos al último bastión, un perímetro despejado donde los vehículos marcados con la cruz de Malta y el casco blanco, signo distintivo de la Gross Deutschland, habían sido dispuestos en filas corridas, como una postrer e irrisoria barricada contra un asalto que tal vez nunca se produciría. En el centro crepitaba una gran fogata. El equipo de una cocina de campaña calentaba raciones de comida en el fuego. Si no hubiera sido por las armas que se levantaban por todas partes, uno hubiera podido creer que se encontraba en un campamento de exploradores. Un hombre enfundado en una doble capa de capotes blancos inspeccionaba la instalación de un Nebelwerfer, un lanzacohetes de ocho cilindros que apuntaba al camino por donde llegábamos, listo para despedazar a la primera oleada de partisanos que Tetéiev lanzara al ataque. El hindú nos condujo hasta el verificador y se mantuvo en posición de firmes, dos pasos por detrás, para ejercer las funciones de intérprete.

—Soy el *Hauptmann* Linden, el militar de mayor graduación aquí. ¿Quieren hacer el favor de presentarse?

El *Hauptmann* no tenía, sin duda, más de treinta años, lo que le confería un estatus de anciano entre esta tropa con una media de edad extremadamente baja. Sus ojos eran vivos, y su voz firme. Recité nuestros tres nombres y nuestra graduación, y luego le pregunté si había niños entre los refugiados que escoltaba. Rompió a reír al oír la pregunta.

—¡Prácticamente sólo hay niños aquí, coronel Tewp! ¡Mire! —me dijo, mostrando con el dedo a dos artilleros que se encontraban muy cerca de nosotros.

Eché un vistazo a los soldados que señalaba. No creo que tuvieran siquiera diecisiete años.

—¿Tiene niños de corta edad que no combatan? —continué con un suspiro.

—Sí. Por desgracia. ¿Qué quiere de ellos?

—Quiero proponerle que les haga salir de este campamento atrincherado antes de que sea demasiado tarde.

—¿Me propone salvarlos? Sería la primera vez que los aliados dan pruebas de magnanimidad. Pensaba que tenían por costumbre licuar a los civiles con fósforo bajo los *raids* de sus bombarderos. Si no es ninguna encerrona, acepto sin duda.

—¿Les acompaña una mujer, verdad?

—Sí.

—Queríamos proponerle que viniera también con nosotros.

Hubo un momento de silencio, y luego Linden pidió que fueran a buscar a Keller.

—No puedo responder por ella. No tiene un estatus militar. Es miembro de un extraño instituto del partido. Y tiene derecho a disponer de sí misma. ¿Cómo sabe que está aquí?

—Es una larga historia que no deseo confiarle, *Hauptmann*. Pero puedo prometerle que, si viene con nosotros, se encontrará, como los niños, bajo responsabilidad británica, y no soviética.

—Ése es un buen punto a su favor... —señaló Linden, pensativo—. Trate de convencerla, pero le prevengo que es una fanática...

Esperamos mientras Grigor intercambiaba un cigarrillo con Linden. Con sus rostros inclinados uno hacia el otro para encender su tabaco con la llama del mismo encendedor, los dos hombres me parecían casi gemelos. No por sus rasgos, evidentemente, sino por el espíritu que les animaba. En el fondo, ¿qué diferencia había entre el georgiano y el alemán? Y justo en ese momento comprendí que el conflicto que desgarraba a Europa desde hacía seis años no era un combate ideológico que enfrentara a un imperio del mal con una coalición de hombres puros, como los políticos pretendían hacernos creer. No. Este conflicto era una abominable guerra civil, y fuera cual fuese el resultado final, todos la acabaríamos física y espiritualmente exangües, amputados para siempre de una parte esencial de nosotros mismos. Me hallaba en este punto de mis reflexiones cuando una delgada silueta blanca apareció junto a Linden. Reconocí a Ostara Keller. Mi corazón dejó de latir por un instante. Ya no me atrevía a respirar. No había vuelto a verla desde hacía casi diez años, cuando se me había escapado, en el otro extremo del mundo, aquella mañana de la caza del tigre organizada por el sultán Muradeva. A juzgar por sus rasgos, sin embargo, hubiera podido ser ayer mismo. Si bien es cierto que sus mejillas estaban hundidas por la fatiga, y sus ojos subrayados por cercos profundos, las líneas de su rostro seguían siendo tan simétricas, tan lisas y armoniosas como entonces. De su capucha forrada salían dos o tres mechass de un rubio pálido que ondeaban al viento. Sus guantes de cuero grueso sujetaban una pistola ametralladora. Linden le transmitió nuestra propuesta. Keller nos miró de arriba abajo, con una expresión de profundo desprecio, y luego se dirigió directamente a nosotros en inglés.

—¿Creen que soy de esos que se dejan atrapar? Vuelvan por donde han venido y acabemos con esto. ¡En cuanto a los niños, son míos y no se los confiaré! ¡No tengo nada más que decirles, excepto que pueden considerarse afortunados de que no les vacíe mi cargador en el vientre!

Su boca de labios rosados escupía las amenazas con un fuerte acento de ultramar; hubiera podido jurar que se había criado en Nueva York o en Chicago. En todo caso, su respuesta no me sorprendía. Me volví hacia Linden. Sólo él podía encontrar las palabras para convencerla. El Hauptmann vio mi mirada de desesperación. Se pasó la mano por la frente, pero no dijo nada. Se plantó ante la joven y, con todas sus fuerzas, descargó un puñetazo contra su sien. Ostara cayó tendida sobre la nieve blanda y no se volvió a levantar. Linden le ató inmediatamente las manos con un trozo de cordón que guardaba en el bolsillo. La escena nos dejó estupefactos.

—Ordenaré que traigan a los niños —nos dijo el alemán—. Se irán con ustedes. Ella también. Espero que mantengan su palabra y no la entreguen a estos bárbaros, porque preferiría matarla yo mismo antes que hacerla pasar por eso. Es todo lo que

puedo hacer. Y ahora, ¡lárguense de aquí!

Tenidzé me palmeó el hombro y me mostró su reloj de pulsera. Tetéiev nos había concedido una hora de plazo y no quedaba mucho tiempo antes de que diera la orden de reanudar las hostilidades. Si nos retrasábamos, nos arriesgábamos a quedar bloqueados en territorio enemigo. Por fortuna, los chiquillos llegaron pronto. Eran una quincena, todos de sexo masculino, de edades comprendidas entre los siete y los doce años aproximadamente. Estaban un poco delgados, pero parecían encontrarse en buen estado de salud, a pesar de que algunos presentaban señales de pequeñas contusiones en los pómulos o la frente. Ninguno hablaba inglés, pero todos escucharon con gran atención lo que les dijo Linden, que me señaló como el hombre a quien deberían obedecer a partir de este momento. Vi cómo treinta ojos se volvían hacia mí en bloque, y sentí que se me encogía el corazón. Esperamos al soldado que había recibido la orden de recoger las cosas de Keller, y luego Tenidzé amordazó a la chica, que todavía yacía en la nieve, se la echó al hombro como si fuera un fardo de ropa sucia y abrió la marcha. Swamy puso en fila a los niños, y se colocó el último para supervisar la marcha. Impotente, con un nudo en la garganta, miré a Linden por última vez, y luego me decidí a abandonar yo también aquel lugar. Caminamos lo más rápido posible. De las trincheras excavadas por todas partes en la nieve, vimos levantarse delgadas siluetas vestidas de blanco. Una de ellas blandió una bandera y la agitó en el aire. El tigre del Ejército de la India libre chasqueó salvajemente en el viento invernal.

—*Auf wiedersehen, Kinder!* —clamaron los últimos supervivientes del Azad Hind Fauj.

Los chiquillos se detuvieron y les saludaron a su vez. Algunos lloraban. Uno de los más pequeños salió corriendo de la fila y, a pesar de la nieve, en la que se hundía hasta la cintura a cada paso, se lanzó a los brazos del soldado más próximo, como si hubiera sido el miembro más querido de su propia familia. A Swamy le costó trabajo arrancarlo del hombre, al que se aferraba como un loco. El niño lloraba a lágrima viva, inconsolable. Los otros se contenían, pero parecían tan trastornados como él.

—Compréndalos, oficial —explicó el sargento—. Los críos han viajado durante semanas enteras con estos hombres. Les han tomado afecto finalmente. Harán lo mismo con nosotros, pero eso llevará algo de tiempo...

Sabía que tenía razón, y aunque la emoción de esta separación me sorprendía, no me preocupaba. Más bien me preguntaba por los lazos que esta banda de chiquillos perdidos había podido establecer con Keller. ¿Cómo debían de juzgar a esta mujer que había ordenado secuestrarlos? ¿Habían adivinado la atrocidad del destino que les reservaba? Estos pensamientos me ocuparon el tiempo que necesitamos para volver a nuestro camión, que, en contra de lo que había temido, no había sido saqueado. No faltaba nada. Hicimos subir a los niños a la plataforma, donde Grigor les acompañó. Até a Keller, aún inconsciente, en la cabina, y avanzamos penosamente en dirección a las posiciones soviéticas, abandonando a su suerte a los alemanes y a sus extraños



aliados, los Tigres de Netaji. Descendimos hacia las posiciones que ocupaban los partisanos rojos. Blandiendo su arma, Tetéiev vino a nuestro encuentro, obligándonos a detenernos. Me hubiera gustado ordenar a Swamy que acelerara y cruzara por entre sus líneas para ahorrarme explicaciones, pero temí que ese bruto ordenara disparar contra nuestro vehículo si sospechaba nuestras intenciones de huir. Grigor saltó del camión y le anunció que habíamos fracasado en nuestro intento de obtener la rendición de las tropas enemigas, lo que provocó en el general una cólera furiosa. El sueño de convertirse en un héroe nacional le había durado exactamente una hora, y el despertar que le proponíamos no era de su agrado. Su cólera creció aún más al ver a Keller en la cabina y a los niños atemorizados que se apretujaban en la plataforma. Cuando se disponía a gritar para hacerlos bajar un largo silbido desgarró el aire. Alzamos los ojos al cielo. Partiendo de las posiciones alemanas, una estela de condensación cruzó la bóveda celeste sobre nosotros, y luego un terrible abanico de explosiones estalló a doscientas yardas a nuestra izquierda. Haces de tierra, piedras y nieve saltaron formando hermosas elipses lentas, y nuestras miradas se volvieron hacia la pequeña loma que acabábamos de abandonar, de donde ahora se elevaba un canto:

Märkische Heide  
Märkische Sand  
Sind des Märkers Freude  
Sind mein Heimatland...!<sup>[7]</sup>

Minúsculas siluetas descendían por la pendiente corriendo, cantando y disparando a la vez. El crepitar de las armas de fuego estalló por todas partes en torno a nosotros. ¡Como un lobo que se revuelve para lanzarse contra la jauría, así Fritz había elegido atacar a Iván! Tetéiev lanzó un abominable juramento y nos dejó plantados para reunir a sus hombres, de entre los cuales algunos, presas del pánico, iniciaban la desbandada. Swamy arrancó tan rápido como pudo, y mal que bien, conseguí subir al camión con Grigor. Durante unos minutos, todavía pudimos observar los furiosos combates que se desarrollaban a nuestras espaldas. En el retrovisor vi claramente la bandera de la India ondeando a la cabeza de la oleada de asalto del *Hauptmann* Linden, y luego la niebla y la noche lo cubrieron todo...

Nunca conocimos el desenlace de este combate. Aquello ya no nos concernía. Estábamos satisfechos de haber podido sacar a quince niños de aquel infierno, y eso era todo lo que nos importaba. Avanzamos, con todas las luces encendidas, durante dos o tres horas, sin hablar, sin sonreír. Keller se había despertado y había comprendido la situación. No se movía. Parecía resignada. Nos dirigimos directamente hacia el este, lejos, muy lejos por detrás de la línea del frente.

## EL PALACIO DE VIDRIO

Era una hipnosis. En primer lugar estaba la fatiga, desde luego. El frío. La tensión constante de estos últimos días en que habíamos estado en contacto continuo con la muerte. Pero ante todo influía ese desconcierto que nos invade cuando por fin toma cuerpo un acontecimiento al que durante años hemos consagrado nuestros pensamientos más íntimos, los más fervientes. Ostara Keller estaba ahí, prisionera, a nuestro lado. Swamy y yo no nos atrevíamos a mirarla. Manteníamos la mirada fija hacia delante, a la frágil brecha amarillenta que los faros del camión conseguían abrir en el corazón de la noche. Ahora, lo más importante del mundo era no abandonar la estrecha y traidora carretera que habíamos encontrado. Aquello duró mucho tiempo. Y luego hubo un primer hipido del motor, otro, más siniestro, y un tercero aún tras el cual nos detuvimos definitivamente. Teníamos que reabastecernos. Salté al suelo y di unos pasos por la nieve para desentumecer las piernas. Nos hallábamos en un bosque. El cielo estaba despejado. La luna estaba casi llena. Fui a echar una ojeada a la parte trasera del camión. Los niños dormían, acurrucados, apretados unos contra otros, enterrados bajo montones de mantas que habíamos recuperado en el bunker de la Guardia. Grigor velaba por ellos, con ternura. Eché a andar mientras Swamy trasvasaba el queroseno de un barril al depósito. En la luz azul que bañaba el paisaje, distinguí una verja de hierro por debajo del camino. Me adelanté, empujé la puerta y distinguí, detrás de una fina cortina de árboles, un gran edificio que brillaba suavemente bajo las estrellas. Avancé un poco más para verlo mejor. Era una especie de palacete bastante bajo, de estilo deciochesco, tal vez la finca de recreo de una importante familia noble de la región, y sin duda estaba deshabitado.

—¡Es perfecto para pasar el resto de la noche, coronel Tewp! ¡Todos estamos derrengados!

No había oído a Tenidzé, que se había deslizado tras de mí. Le miré. Tenía una pinta espantosa. Cada parcela de su rostro revelaba agotamiento. Me estremecí al pensar que yo no debía de tener mucho mejor aspecto. Llamamos a Swamy, que hizo avanzar el vehículo oruga hasta las inmediaciones de la casa señorial, y luego partí de exploración con Tenidzé. Rompimos la puerta de entrada y penetramos en el interior. Tuve la impresión de que ante mí se abría un grabado de cuento de hadas. El palacio conservaba todavía su mobiliario, pero todo estaba cubierto de una especie de escarcha, una capa blanca inmaculada que recubría cada habitación, cada objeto, hasta el menor fragmento de la decoración. Nadie vivía aquí desde hacía mucho tiempo, pero pensé que hubiera bastado un rayo de luz para que todo resucitara en un instante. Recorrimos apresuradamente algunos salones de gala con cuadros colgados en las paredes, una biblioteca completa con todos los volúmenes bien alineados, desde el suelo hasta el techo, repartidos en trescientos o cuatrocientos estantes, una

sala de música con un clavicémbalo, un arpa y partituras sobre los atriles, y luego una inmensa cocina con innumerables pilas de platos de porcelana traslúcida y altos vasos de cristal rojo y oro. Encontramos una reserva de leña seca en una bodega y encendimos fuego en la chimenea del gran salón. Luego fuimos a buscar a los niños y los instalamos en semicírculo ante el fuego. Todo se efectuó en silencio. Creo que, como nosotros, los niños habían comprendido instintivamente que este momento y este lugar no pertenecían por entero a la realidad sino a otro tiempo, a otra historia distinta a ésta en la que los países de todo el mundo se precipitaban unos contra otros para desgarrarse como fieras. No se oía un solo ruido, aparte del crujir de los troncos de encina y de abedul en el hogar, ni un murmullo, ni un soplo en el exterior. El viento había amainado y por las altas ventanas podíamos ver que el cielo estaba ahora inmóvil.

Los niños se apretujaban unos contra otros y los mayores daban la mano a los más pequeños. Todos nos miraban sin temor aparente y obedecían nuestras indicaciones, que Tenidzé les traducía, sin tratar de rebelarse. Muchos incluso nos sonreían.

—¿Qué hacemos con Keller, señor oficial? —me preguntó Swamy cuando todos los niños estuvieron preparados para pasar la noche.

—La traemos aquí, evidentemente. Es el lugar más caliente. Pero no la desataremos.

El sargento esbozó una mueca de disgusto. Creo que hubiera preferido que la abandonáramos en el camión, pero en ese caso hubiera muerto de hipotermia en sólo dos o tres horas. Dejé al hindú y a Tenidzé velando por los niños y fui a buscar a Keller, con el corazón latiendo desaforado ante la idea de vivir nuestro primer cara a cara sin testigos. Abrí la puerta de la cabina del ZIS y la encontré tendida, acurrucada sobre el asiento del conductor. Trataba de calentarse como podía, pero vi que su rostro había virado al azul y que le costaba respirar. Le quité la mordaza de la boca y la ayudé a caminar hasta el interior de la casa. Sus miembros estaban entumecidos por el frío, y su circulación sanguínea lentificada por los cordones estrechamente anudados por Linden. El *Hauptmann* no había hecho trampa: no le había dejado ninguna oportunidad de deshacerse de sus ligaduras. Al verla tan debilitada, juzgué que no era demasiado peligroso dejarla unos instantes sin ataduras cerca del fuego, bajo la vigilancia armada de Swamy, y me llevé a Tenidzé conmigo al camión para descargar cajas de raciones. La hora que siguió la ocupamos en alimentarnos.

Nuestras provisiones no daban para montar un festín, pero hay ocasiones en que un simple pedazo de col sobre una rebanada de pan negro parece más sabroso y reconforta más que todas las exquisiteces de un maestro de cocina parisino. Con el estómago lleno, los niños se durmieron uno a uno, mecidos por la cancioncilla hindú que Swamy se había puesto a canturrear para ellos. Cuando el último de los chiquillos hubo cerrado los ojos, até a Keller de la forma menos incómoda que pude y, con una pistola ametralladora soviética sobre las rodillas, me instalé en un gran sillón cerca de la reserva de leña para hacer el primer turno de guardia y alimentar el fuego. Tenía

que reflexionar. En pleno invierno de guerra, me había convertido súbitamente en responsable de una quincena de huérfanos extranjeros, así como de una mujer de la que todo me llevaba a creer que había participado en una serie de secuestros y de asesinatos de niños en, al menos, dos continentes. ¿A quién podía confiar a los pequeños? ¿Cómo podía asegurarme de que volvieran a su país? ¿Y qué sería luego de ellos? ¿Los colocarían en instituciones competentes donde disfrutarían de una educación adecuada, o los dejarían a su merced en este mundo atormentado que la guerra estaba creando? Y en cuanto a Ostara Keller, ¿dónde juzgarla? ¿Cómo podía acusarla siquiera ante un tribunal ordinario? Swamy y yo sólo teníamos un expediente compuesto de sospechas, de dudas, de presentimientos... Aunque sabía que durante un tiempo había encontrado refugio en la torre de los Galjero, ninguna prueba tangible me aseguraba que hubiera sido cómplice de los crímenes de los rumanos. Después de todo, nunca habíamos visto con nuestros propios ojos a Keller apuñalando a un niño ni bebiendo su sangre... Durante un largo rato posé mi mirada en Swamy. Uno de los chiquillos descansaba su cabeza en el hueco de sus rodillas y, somnoliento, hacía balancear las placas de identificación militar que el hindú llevaba colgadas al cuello. El sargento le pasaba la mano por la frente, con la misma dulzura de que había dado prueba a la cabecera de Khamurjee años antes. Tenidzé, por su parte, había tendido su gran cuerpo huesudo al borde del grupo de niños y se había sumergido inocentemente en el sueño. Replegada sobre sí misma, Keller permanecía inmóvil. Transcurrieron dos horas sin que encontrara solución a los problemas que agitaban mi espíritu, y luego fui a despertar a Tenidzé para su turno de guardia.

—¿Keller no se ha movido? —me preguntó en un murmullo.

—No. Parece tranquila.

—¿La ha registrado?

Sacudí negativamente la cabeza.

—No se me ha ocurrido.

—Mañana por la mañana tendremos que hacerlo. Por seguridad. Mientras tanto, deberíamos echar una ojeada a su petate. ¿Dónde está?

Volví al camión a buscar la bolsa de Keller. Debían de ser las tres o las cuatro de la madrugada. La luna brillaba. A lo lejos, en alguna parte en el bosque, oí aullar a los lobos. Tenidzé y yo fuimos a la cocina para examinar el contenido de la bolsa sin despertar a los niños. Sobre la gran mesa de trabajo depositamos una cámara fotográfica y una decena de carretes de película sin revelar, algunas piezas sueltas de uniforme, diversos pequeños objetos sin interés, un portacartas del modelo que utilizan los oficiales alemanes, una gran cartera de cuero que aparentemente contenía los expedientes médicos de los niños, así como medio centenar de documentos oficiales estampados con el sello de varios ministerios de Berlín.

—En su opinión, ¿qué debe de haber en esta condenada caja de hierro? —pregunté a Tenidzé mientras cogía un cofrecillo metálico con las paredes reforzadas y cerrado con un gran candado de acero.

—Ni idea, pero será difícil abrirlo sin el código. Hay seis ruedecillas de diez cifras. ¿Sabe cuántas posibilidades representa esto?

—No tengo tiempo que perder en acertijos —dije al mismo tiempo que sacaba mi arma y disparaba contra el candado, que estalló como un globo.

Abrí la caja. Había visto muchas cosas relacionadas con Keller, pero el contenido de este recipiente blindado me dejó estupefacto. Aparté aproximadamente medio centenar de largas agujas de un material que parecía ámbar, una bola de resina virgen que desprendía un perfume meloso muy agradable, pedazos de vela de diversos colores, saquitos de hierbas de olor y también dos figuritas de cera en forma de hombrecillos. Al mirarlas de más cerca, distinguí sin asomo de duda fragmentos humanos —uñas, cabellos, pelos, un amasijo de secreciones diversas— empotrados en su masa. Había clavos oxidados plantados por toda su anatomía. El conjunto inspiraba una intensa repugnancia. Había una tercera estatuilla, muy diferente de las precedentes. Ésta era gruesa, de tierra cocida esmaltada, con una vaga forma de feto humano, cuyo contorno tenía grabados complicados diseños geométricos. Me vinieron a la mente las líneas espirales que había visto en otro tiempo en el suelo de la *stupa* de los Galjero. Un tapón sellado cerraba el objeto por la parte superior. Al agitarlo junto al oído, pude percibir una especie de líquido que se movía en su interior.

—¡Esto es RE-PUG-NAN-TE, mi coronel! —dijo Swamy masticando las palabras; había acudido junto a nosotros al oír la detonación.

—¡Maldita bruja! —Escupió Tenidzé—. ¡Hembra del demonio! ¡Todas estas porquerías sólo son buenas para echar al fuego!

Yo estaba también profundamente horrorizado por todos estos hallazgos que me recordaban demasiado al *vult* que en otro tiempo había descubierto bajo la bañera de la habitación 511 del Harnett. Aún conservaba vivas en la memoria las espantosas jornadas en el curso de las cuales había visto cómo esta peste inmunda corroía lentamente mi cuerpo, y que sólo una ceremonia de exorcismo celebrada en medio de un río de aguas agitadas había podido detener. Las dos figuritas de cera acribilladas de sucias agujas me hacían compadecer interiormente a las dos desgraciadas víctimas de los conjuros de Keller. ¿Quiénes eran? ¿Y cómo podía ayudarles? ¿Destruir estas muñecas diabólicas bastaría para salvarles? Sólo Keller podía responder a esta pregunta.

—Esperemos a saber qué puede contarnos sobre estos objetos —dije—. Quiero saber a qué los destina.

—¿Acaso pretende defender una tesis de psiquiatría sobre su caso? —dijo Tenidzé, sorprendido—. ¡Le garantizo que obtendrá un enorme éxito en la facultad!

Me disponía a sonreír cuando una voz fina resonó atrozmente en la habitación donde habíamos dejado a Keller y a los niños. Temiendo lo peor, nos precipitamos fuera de la cocina y corrimos hacia el salón. Lo que acabábamos de oír no era el grito de un niño presa de una simple pesadilla: era un grito de terror, un grito de puro

pánico que helaba la sangre. Con las armas en la mano, irrumpimos en la habitación. Los niños estaban ahí, apretujados en grupo en un rincón oscuro, lejos de la chimenea. El lugar que había ocupado Ostara Keller estaba vacío, y lo que todavía era peor, había dos pequeñas siluetas tendidas, inertes, ante el fuego.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó Tenidzé a los niños petrificados de miedo, mientras Swamy y yo nos lanzábamos hacia los cuerpos tendidos.

Sólo pudimos constatar nuestra impotencia para devolver a la vida a los dos chiquillos, que habían sido salvajemente degollados. Ya no podíamos hacer nada por ellos. Swamy no pudo reprimir las lágrimas ante los cadáveres: uno de ellos era el pequeño que se había dormido sobre sus rodillas.

Oí a uno de los niños, el mayor, creo, que respondía brevemente a Tenidzé.

—El chico dice que se ha despertado al oír a uno de los más pequeños, que se agitaba porque Keller quería cogerle algo de las manos. Luego la mujer se ha puesto nerviosa y le ha rajado la garganta con un cuchillo que se había sacado de la bota. Entonces ha gritado. ¡La mujer ha tenido tiempo de matar a otro y de llevarse a un tercero antes de que llegáramos! Ha salido por esta puerta —dijo señalando un pasaje que se abría al fondo de la sala.

—¡Dios bendito! ¡Llevaba un cuchillo en su bota! —exclamé, maldiciéndome por no haberme atrevido a registrarla—. Pregúntele al niño qué quería cogerle —ordené al georgiano.

—¡Es estúpido! ¡Dice que era el collar del sargento! —respondió éste sin comprender.

Nuestros ojos se volvieron hacia Swamy. Él sí había comprendido.

—¡Me había sacado mis placas de identificación para divertir al niño! Se durmió sosteniéndolas en la mano... —confesó el *sudra* desconsolado—. ¿Qué querrá hacer con eso esta mujer? —añadió en un tono sombrío.

—¡Poco importa eso ahora! Swamy, cubra estos cadáveres con una manta y quédese con los niños. Tenidzé, acompáñeme. ¡Keller no puede haber ido muy lejos!

Avanzamos por la boca de sombra del pasillo. Mi corazón latía desbocado. Volví a verme en el subterráneo de la *stupa*, en Calcuta. Me ahogaba, me faltaba aire para respirar, sentía el mismo sudor húmedo deslizándose por el hueco de mis riñones. Acababa de sumergirme en lo más profundo de una antigua pesadilla. Grigor se encontraba detrás de mí. También él parecía dominado como yo por una náusea, a todas luces impropia en dos hombres bien armados que daban caza a una mujer por los pasillos de un palacio desierto. Se suponía que éramos nosotros los cazadores, y sin embargo, oscuramente, nos sentíamos presas. Cruzamos con cautela varias salas que aún no habíamos visitado, pero que también estaban cubiertas de una fina capa blanca cristalina. El pavimento crujía bajo nuestros pasos. Me volví y bajé los ojos.

—¿Qué hace? —preguntó Tenidzé.

—¡Por todos los demonios, mire! —exclamé—. Al andar, dejamos huellas bien visibles sobre la escarcha. A ella debería ocurrirle lo mismo. ¡Pero no es así! ¡No hay

nada, desde el principio! ¡Es imposible!

—¡No creo que el chiquillo haya mentido! Aparte del pasillo que hemos tomado para ir de la cocina al salón, sólo hay otro pasillo que salga de esta sala. ¡Y es éste precisamente!

—¡Se ha escondido muy cerca y la hemos pasado de largo! ¡Es la única explicación! ¡Tenemos que volver sobre nuestros pasos!

Rehicimos el recorrido en sentido inverso registrándolo todo meticulosamente a nuestro paso y, sobre todo, poniendo cuidado en no dejar marcas en el suelo. Pero no vimos ninguna huella aparte de las nuestras y no encontramos ningún indicio que revelara la presencia de Keller o del niño. Volvimos al lugar donde nos esperaban Swamy y los chiquillos.

—¿Y bien? —preguntó ansiosamente el sargento.

Le respondimos con gestos de impotencia. Estábamos desorientados.

—Voy a verificar el camión —dije—, y a desmontar el carburador. Tenidzé, vaya a la cocina a recuperar el contenido de la caja. Esperaremos a que se levante el día para efectuar un registro en mejores condiciones. Hay demasiadas zonas en sombra donde ha podido esconderse.

—Es una decisión razonable, mi coronel —aprobo Swamy.

Me dirigí a la explanada donde habíamos dejado el ZIS, pero no conseguí desmontar el carburador. No me preocupó demasiado. Todas las piezas del motor estaban contraídas por el hielo y se necesitarían dos horas como mínimo de un calentamiento controlado para poder arrancar el vehículo. Era imposible que Keller pudiera apoderarse de él y huir sin llevar a cabo esta larga operación previa. Fuera cual fuese su escondrijo en el palacio, estaba atrapada. Si la austríaca hubiera estado sola, creo que gustosamente la hubiera abandonado a su suerte. Morir helada o devorada por los lobos en las estepas de la Europa oriental no hubiera sido un mal fin para el monstruo que era. Mi alma hubiera podido contentarse fácilmente con lo que, en otra época, algunos hubieran calificado como el juicio de Dios. Pero no podía dejar de pensar en el niño que había tomado como rehén. Teníamos que intentarlo todo para salvarle, para devolverle a la luz. No podíamos abandonarle. En estado de alerta, volví al interior del edificio. Al oírme, Tenidzé me llamó desde la cocina, donde le encontré ante la colección de los bienes de Keller.

—¡Faltan objetos! —anunció en tono fúnebre—. La gran bola de cera ya no está aquí. Ni las agujas de ámbar...

—¿Está seguro? ¿Cree que han podido llevárselos las ratas?

—No hay ratas en estas regiones en invierno. Y además, en el supuesto que las hubiera, podrían haberse zampado la cera, pero ¿las agujas...?

—¿Ha visto marcas en el suelo?

—¡Ninguna! ¡Pero no hay duda, la cera y las agujas han desaparecido!

Intercambiamos una muda interrogación. ¿Por qué motivo habría venido a buscar Keller precisamente estos objetos? ¿Y cómo podía desplazarse sin dejar huellas en el

suelo helado?

Incapaces ambos de proporcionar respuestas satisfactorias a estas preguntas, reunimos lo que quedaba de la panoplia de Keller y volvimos con Swamy, que había conducido a los niños al salón de música para evitar que contemplaran los cadáveres de sus compañeros ejecutados. El hindú vigilaba el fuego que había conseguido encender en la chimenea.

—¿La han visto, mi coronel?

—No, Swamy. No sabemos dónde está. Reemprenderemos la caza al alba, dentro de una hora más o menos. ¿Cómo están los niños? —pregunté echando una ojeada a los chiquillos, agrupados como una carnada de leoncitos atacados súbitamente por una hiena.

—No muy bien, creo. Imagine la impresión que esto ha debido de causarles...

Sí, imaginaba lo que podían estar pensando en este mismo instante. Uno de los pequeños se dirigió a Tenidzé.

—Pregunta si pueden ayudar a matar a Baba Yaga... —tradujo el georgiano con una media sonrisa.

—¿Baba Yaga?

—Es la bruja mala de nuestros cuentos eslavos. Secuestra a los niños, se los come y fabrica lámparas con sus cráneos... ¡No hace falta que se siga preguntando qué piensan de Keller, mi coronel!

Agotado, helado hasta los huesos por la espantosa noche de invierno que nos rodeaba, me acerqué al fuego que ahora ardía con fuerza en la chimenea. Swamy estaba a mi lado y trataba de ahogar su tristeza en la contemplación de las llamas. Le miré con el rabillo del ojo, sin atreverme a turbar su dolor. Se mantenía inmóvil, casi petrificado. Apenas respiraba. Vi cómo una gruesa lágrima roja se deslizaba a lo largo de su sien. Al principio no comprendí de qué se trataba, pero pronto los resplandores del fuego disiparon todas mis dudas.

—Swamy, ¿está herido? —le pregunté con dulzura, volviéndome hacia él.

No me respondió, pero constaté que otros regueros rojos se habían deslizado ya por su rostro y lo recubrían como un sudario de sangre. Empezó a temblar. Lo sacudí y le llamé. Sin resultado. El hindú había entrado en una catatonía profunda y ahora podía ver cómo la sangre le traspasaba la ropa. Largas manchas oscuras se extendían sobre su *battle-dress* blanco, saturaban las fibras y caían en pesadas gotas al suelo. Un charco que se extendía rápidamente rodeaba ya al *sudra*. Un niño gritó. Swamy se desplomó y empezó a sufrir convulsiones, agitando las manos y las piernas, proyectando sangre a su alrededor. Le abrí las ropas para localizar la herida, pero ya sabía que no encontraría ninguna: todo su cuerpo expulsaba la sangre como un sudor maligno. Swamy agonizaba de un mal provocado por la bruja Keller, y yo presumía que la hemorragia general que le estaba exprimiendo hasta la última gota de su sangre, como a un vulgar animal en el matadero, no cesaría. Tenidzé se acercó, pero permaneció mudo. Instintivamente, creo que también él sabía que no había



esperanzas de salvar al pequeño sargento de Calcuta. Swamy expiró en unos minutos sin haber recuperado el conocimiento. Los niños, que habían formado un círculo en torno a él, lloraban a su nuevo amigo desaparecido.

—Lleve a los niños al camión y proceda al calentamiento —le dije a Tenidzé—. Bloquee todas las puertas tras de sí. Si no he vuelto para cuando el ZIS esté listo para arrancar, coja el lanzallamas, incendie el palacio y luego lárguense de aquí. Es la única solución.

—¿Y usted? ¿Qué hará usted? —preguntó el georgiano.

No respondí. Ya no estaba en condiciones de hablar. Sólo la emoción y la rabia que me embargaban dirigían mi voluntad y mi intelecto. Encajé un cargador lleno en mi pistola ametralladora, hice subir la primera bala a la cámara de percusión y partí solo a cazar a la austríaca en el oscuro laberinto de la inmensa residencia señorial. Mi cuerpo y mis sentidos se encontraban en un estado de tensión extrema. No sabía dónde registrar y, por más que me torturaba buscando algún elemento racional sobre el que basarme para orientar mi búsqueda, no conseguía encontrarlo. Apenas distinguía la derecha de la izquierda, las alturas del suelo, el delante del detrás. Temblando, con el arma en la mano, avancé como en un océano de algodón. Sin embargo, objetivamente, ¿qué tenía que temer de una mujer armada con un cuchillo? ¿Y qué era yo? Un hombre animado por un feroz deseo de venganza. Y mis dedos estaban crispados sobre una máquina que podía matar a cien metros. En buena lógica, Keller no disponía de ninguna oportunidad frente a mí, ya que no poseía ningún objeto que me perteneciera y pudiera utilizar para sus maleficios. Bastaba con que la localizara y la abatiera inmediatamente. Sin plantearme preguntas. Sin la sombra de una duda. Y si era así, ¿por qué sudaba de miedo mientras recorría los interminables pasillos de este palacio silencioso atrapado por la escarcha? ¿Acaso tenía miedo de que mis temores más íntimos se materializaran de repente? ¿Temía que los monstruos de la infancia se revelaran y llegaran para arrastrarme a su guarida donde pudieran devorarme lentamente, como una araña que se deleita con una mosca atrapada en su tela? La desesperación invadió todo mi ser, y luego, llegando como una marea irresistible, la cólera me dominó, y con ella volvió el coraje. De pronto dejé de mantenerme encorvado como un viejo. Erguí mi cuerpo, ensanché las espaldas e hice entrar tanto aire como pude en mis pulmones con largas y ávidas inspiraciones. Desaté la casulla blanca que me había colocado sobre el uniforme y que entorpecía mis movimientos, la lancé tras de mí, y me situé en el centro del pasillo para avanzar al descubierto, sin tratar ya de camuflarme. Fuera, empezaba a amanecer y una débil luz color pizarra ascendía poco a poco sobre los muros de la mansión. Avancé sin ocultarme ni tratar de enmascarar el ruido que hacía. Al contrario. Estaba harto de jugar al escondite. Quería acabar cuanto antes, fuera cual fuese el resultado del encuentro. Crucé la planta baja de un extremo a otro, abriendo las puertas ruidosamente, derribándolo todo a mi paso, volcando las mesas y los sillones tras los que podía ocultarse Keller. Rompí las sábanas blancas rígidas por el hielo que cubrían

casi todos los muebles y verifiqué meticulosamente cada rincón. Sentía que mi oído, mi vista, eran más penetrantes que nunca. Percibía hasta los detalles más nimios del entorno, hasta los menores sonidos que se propagaban a lo largo de las salas abandonadas.

Regresé al vestíbulo de entrada, de donde partía una hermosa escalera de mármol negro que conducía a los pisos superiores. Subí y entré en la primera habitación que apareció ante mí, una larga galería en cuyas paredes había expuestos una serie de cuadros impresionantes por su tamaño y su belleza, también recubiertos por una fina escarcha. Curiosamente, el hielo formaba sobre ellos una capa de barniz transparente que avivaba sus colores. En algunos lugares incluso producía un efecto de lupa hasta el punto de resaltar detalles que el artista hubiera querido discretos pero que, bajo el efecto de este fenómeno inesperado, se propulsaban a un primer plano de la obra. En la primera tela, una mujer desnuda corría por un bosque, huyendo de un caballero de armadura negra que había lanzado en su persecución a una jauría de perros. Luego vi a un dragón repulsivo como un gusano que sucumbía bajo los golpes de un ejército de niños que agitaban cortas espadas con las hojas adornadas con extraños entrelazos en relieve. Más allá, una especie de Saturno ahíto, pintado a la manera del Bosco, parecía revolver sus propios excrementos en busca de un pedazo de carne de niño no digerida que aún podría masticar. Me detuve ante un gran san Jorge. Era una tela inmensa, instalada en un entrante del muro flanqueado a media altura por dos pequeñas hornacinas. Aún se veían restos de velas y residuos de lo que en un tiempo tal vez fueran flores silvestres. Ante la pintura había un reclinatorio, y el conjunto formaba como una capilla. Al adelantarme vi que la armadura del santo caballero reflejaba miríadas de rostros de niños, como imbricados unos en otros. Aunque mi mente no alcanzaba a comprender el significado de esta imagen, la contemplación de aquella obra que parecía desprender una energía poderosa me proporcionó un gran consuelo. Sentí el deseo de arrodillarme un instante en el reclinatorio y de recogerme para que mi alma pudiera empaparse de nuevo de un poco de fuerza sana en lugar de la cólera que me animaba, pero al instante vi una masa compacta no muy lejos sobre el suelo que atrajo mi atención. Se me encogió el corazón en un puño. Avancé con los cinco sentidos en alerta, tratando de que mi mirada penetrara en las tinieblas del fondo de la galería. Ciego de ira, me incliné sobre el cadáver del niño secuestrado por Keller. También había sido degollado, y su cuerpo ya era presa del *rigor mortis*, este estado de rigidez interna que adquiere el cadáver poco después de morir y que se produce cuando los músculos ya no reciben el influjo nervioso. La piel de su rostro se había retraído, comprimiéndose contra los huesos de la frente, los pómulos y las mandíbulas. En el extremo de su pequeña nariz, el cartílago ya se había fundido horriblemente y dejaba entrever los detalles del esqueleto de la cara. Estimé que había muerto hacía aproximadamente una hora, más o menos en el momento en que Swamy había empezado a sangrar. Observé con atención el lugar donde se encontraba: ningún rastro de pasos, excepto los míos, enturbiaba la virginidad de los

cristales de escarcha que, como en la planta baja, recubrían uniformemente el suelo.

A dos o tres pies del cadáver distinguí un objeto de apenas unas pulgadas. Lo recogí y lo observé con una mezcla de repulsión y de inexplicable atracción. Era una masa de cera groseramente modelada en forma de hombre: un simple rectángulo para el tronco, cuatro rollos para los miembros y una bola para la cabeza. Ningún otro detalle. El muñeco podía representar a cualquiera, y estaba embadurnado con un líquido negro viscoso que despedía un olor metálico inconfundible: la marioneta estaba empapada de sangre del niño agonizante. Al palpar el inmundo simulacro, creí sentir una estructura rígida en su interior. Rasqué hasta llegar al corazón de la cera y apareció una placa fina de metal, como las que llevan los soldados en torno al cuello, recubierta por unos grumos negros que no me impidieron leer el nombre y matrícula de su propietario: el sargento Habid Swamy. Mi razón me abandonó, y olvidando toda prudencia, me agaché en el centro de la galería y permanecí allí inmóvil, ajeno al transcurrir del tiempo. Alelado, me quedé mirando fijamente tres pequeñas manchas de sangre que habían caído sobre la escarcha. Los nuevos cristales que se formaban constantemente frotaban las manchas rojas, las absorbían, las redimían... Saqué extrañas conclusiones de este espectáculo que me fascinaba. Tuve la intensa sensación de haber vivido ya este instante, o tal vez no era uno de mis propios recuerdos el que me volvía a la memoria, sino un instante arquetipo, un momento y una situación de un simbolismo primordial del que no llegaba a captar por completo el sentido. Un zumbido ascendió hasta mis sienes y me sentí dominado por un vértigo que me obligó a tenderme de espaldas. A la luz del alba, que a cada instante invadía un poco más la habitación, pude ver que el techo reproducía el firmamento y las estrellas. De la polar, sin embargo, no partía una única Osa Mayor, sino cuatro, orientadas hacia los puntos cardinales, equinoccios y solsticios de las estaciones. Era como si aquí las cuatro grandes estaciones del año se hubieran confundido en un solo punto, un único cubo de rueda celeste donde el tiempo dejaba de ser lineal para volverse sobre sí mismo y hacerse espiral, curvo, ciclo eterno. Un rayo de sol barrió la habitación y pasó de pronto sobre mi rostro, arrancándome de golpe de la letargia en que me ahogaba. Me puse en pie, abandoné la galería de los cuadros y volví a bajar la escalera. Fuera, Tenidzé esperaba cerca del camión. Aún no había hecho subir a los niños.

—No la ha encontrado, ¿verdad?

—No. Aún no. Tal vez haya optado por huir por los bosques.

—Sí, creo que eso es lo que ha hecho. ¡Mire!

El comisario político me tendió los prismáticos y me señaló la linde norte, donde un extraño resplandor atrapaba la luz del sol, a cuatrocientas o quinientas yardas de donde nos encontrábamos. No pude ver qué era lo que brillaba con tanta intensidad, pero sin duda no era algo natural.

—¿Quiere que vaya a verificar de qué se trata? —propuso el georgiano.

Decliné la oferta. Keller me pertenecía sólo a mí y no permitiría que nadie se

ocupara de darle caza. Cogí, pues, a toda prisa algunos efectos del ZIS —una brújula, raciones para un día y municiones— y partí sin volverme después de haber prevenido a Tenidzé:

—Deme tiempo hasta mañana al alba. Si para entonces no he vuelto con la cabeza de la ogresa, lárguese sin esperarme.

El georgiano me conocía ya lo suficiente para darse cuenta de que mi decisión era irrevocable. Me dejó marchar, no sin antes prometerme que velaría por los niños, ocurriera lo que ocurriese.

Con mi pesada PA colgada del cuello y cruzada sobre el pecho, empecé a avanzar en dirección al bosque, directo hacia el norte. Mi cuerpo, lastrado por el equipo, se hundía penosamente en la nieve. Por fortuna ésta estaba tan endurecida por el hielo que no cedía del todo bajo mi peso y, después de unos minutos de tanteo, encontré el ritmo apropiado para propulsar mi cuerpo de forma eficaz y bastante rápida para que mi persecución tuviera alguna probabilidad de éxito. De todos modos, aún necesitaba asegurarme de que estaba siguiendo la pista adecuada, lo que no podría comprobar antes de haber alcanzado ese extraño resplandor que los rayos rasantes del sol invernal seguían enviando intermitentemente. Llegado al punto de donde partían los reflejos, vi que habían plantado una daga en el tronco de un árbol de modo que su hoja atrapara la luz el mayor tiempo posible. Inmediatamente reconocí la forma característica de esta arma. «Daga SS, forjada sobre el modelo de las espadas de las legiones romanas», había dicho en otro tiempo Hardens cuando yo había depositado sobre su escritorio un arma similar, la utilizada por Keller para tajar la tráquea del soldado Liman. Porque en efecto, este semáforo deliberadamente hundido en el bosque era de origen SS. La cruz gamada y las runas de combate que adornaban el mango no dejaban dudas al respecto. Con circunspección, tiré de la guarda y liberé la hoja. Un lento hilillo de savia fluida surgió en el canal, señal inequívoca de que hacía menos de media hora que la daga había hendido las fibras de madera. Con el corazón desbocado, empecé a buscar otros indicios y penetré en la espesura que inauguraba el bosque. ¡Muy pronto descubrí rastros sobre el suelo! Eran los pasos de un hombre solo. Las huellas, bastante hundidas en la nieve, revelaban que se trataba de un sujeto de elevada estatura y bastante pesado. ¡Las ramas rotas sobre el camino que había tomado formaban una especie de trocha de animal salvaje sobre el que podía deslizarme! Tras deshacerme del material superfluo, conservando sólo mi pistola ametralladora y un Thokarev con dos cargadores, me lancé a correr tan rápido como pude a lo largo de esta improvisada vereda que se abría ante mí casi tan claramente como lo hubiera hecho un camino vecinal. Mientras el aire frío me desgarraba el pecho, traté de adivinar la identidad del hombre que me señalaba su presencia de un modo tan inesperado. Pero por más que bucé en lo más profundo de mis recuerdos y me planteé todas las hipótesis posibles, fui incapaz de encontrar una respuesta

satisfactoria, y me limité a constatar el hecho de que un cazador desconocido iba en pos de las huellas de Keller. En ningún momento me pasó por la cabeza que toda esta puesta en escena tuviera por fin despistarme. Al contrario, a medida que me abría camino por entre la maleza y los barrancos del bosque, me convencía de que el hombre que me precedía estaba en mi mismo bando, cualquiera que fuera el color del uniforme que llevara. Llegué a la conclusión de que si había querido que le siguiera, era porque reclamaba mi ayuda. Corrí, pues, levantándome cada vez que caía —lo que ocurría con frecuencia, porque me pesaban las piernas y tenía muchas dificultades para evitar las raíces o las rocas que afloraban en gran número del suelo —, obligándome a un esfuerzo que superaba en mucho mi capacidad de agotamiento.

Hacia el mediodía crucé un inmenso lago helado en medio de una llanura barrida por vientos violentos que provocaban un brusco descenso de las temperaturas, tan acusado que los bosques de pinos que acababa de abandonar parecían, en comparación, un baño turco. La luminosidad, sobre este lago, era terrible, tan intensa que las lágrimas me corrieron por las mejillas y tuve que avanzar cerrando completamente los ojos para no quemarme las retinas. Cuando llegué por fin al borde de la helada superficie de agua, creí que había perdido el rastro de mi predecesor y que éste había aprovechado esta encrucijada lisa para cambiar de dirección, pero después de unos minutos de búsqueda angustiada, volví a encontrar las huellas de sus pasos. Seguí así hasta media tarde, sin poder pensar y ni siquiera sentir miedo. Mi cuerpo no era sino una mecánica que repetía incansablemente la misma carrera hasta desgarrar mis músculos, hasta quebrar mis huesos.

La noche se anunciaba ya cuando llegué, después de haber atravesado una interminable lengua de taiga, a una nueva extensión forestal. Para entonces hacía mucho tiempo que había superado el punto de no retorno, y sabía que me sería imposible volver antes del alba al palacio de vidrio donde aún me esperaban Tenidzé y los niños. Ya no tenía fuerzas para hacerlo. Con toda probabilidad, sin víveres y sin un refugio donde pasar la noche, en el curso de las próximas horas caería para no levantarme nunca más. La esperanza de vivir me había abandonado. Sólo me quedaba la voluntad de atrapar a Keller antes de que la oscuridad sumergiera al paisaje en una opacidad impenetrable para el ojo humano. Me ajusté mi pistola ametralladora a la cadera y me deslicé al interior del bosque. El paso de la luz del día a las sombras del crepúsculo hacía crujir la madera y gemir las piedras, un cambio al que yo no prestaba atención. Mis pensamientos aún estaban concentrados en las huellas de las botas de mi guía, ahora apenas visibles en la nieve. Con el rostro inclinado casi a ras de suelo, alcancé un amplio calvero donde reinaba un oasis de claridad. ¡Las huellas se interrumpían bruscamente en la linde del claro! Presa de la desesperación, traté de localizarlas de nuevo, avanzando, inclinado como una anciana, hasta el centro del boquete; pero todos mis esfuerzos resultaron infructuosos. Un primer copo de nieve cayó suavemente sobre mi mano. Luego otro revoloteó ante mis ojos. La noche traía las nubes y, con ellas, una nueva nevada que en unos minutos acabaría por borrar

cualquier pista... suponiendo que aún hubiera alguna. Mis últimas esperanzas de encontrar a Keller se desvanecieron del todo y me derrumbé pesadamente en el suelo, agotado, aturdido, helado y corroído por un sentimiento de impotencia absoluta. Durante unos minutos, mi mirada partió hacia el cielo negro, donde traté en vano de aferrarme al calor de una estrella; pero todo, por encima de mí, permaneció tan negro, glacial y silencioso como si ya estuviera sepultado bajo tierra. Cerré los ojos, me encogí como una bola contra el suelo y esperé que la muerte tomara posesión de mí...

Un soplo de aire caliente pasó de pronto como una llama sobre mi piel. Me incorporé bruscamente, pero un adversario había dejado caer ya todo su peso sobre mí, y con su rodilla hundida en mi espalda y su mano agarrada a mis cabellos, me estiraba hacia atrás con una fuerza diabólica. Un relámpago blanco pasó ante mis ojos y me debatí con todas mis fuerzas; al instante comprendí de qué se trataba: la hoja de un puñal buscaba mi carótida. Desesperado, peleando por mi vida sin saber contra quién luchaba, sólo conseguí sacudir mi cuerpo de forma desordenada, ineficazmente. Al ver el brazo delgado que se agitaba ante mí supe que pertenecía a la austríaca, la agente del SD Ausland, que pugnaba por perforar la delgada piel de mi garganta. Contraje los músculos para tratar de desequilibrarla, pero se había aferrado con fuerza a mí y resistía a los empujones frenéticos que le propinaba. ¡El pánico me cegó hasta tal punto que había olvidado que me hubiera bastado con desenfundar el Thokarev para hacer fuego sobre ella a quemarropa! ¡Pero yo estaba demasiado azorado para pensar en eso! De pronto sentí un dolor fulgurante en el rostro, que me llevó a gritar hasta casi desgarrarme las cuerdas vocales. Quise respirar a pleno pulmón, pero al inspirar, mi nariz se llenó de un líquido caliente y graso, con sabor a hierro, que entró en cascada en mi garganta y que a punto estuvo de ahogarme. El terror, la furia provocada por un dolor físico *in crescendo* que paralizaba una gran parte de mi rostro, decuplicó mis fuerzas y mi determinación por sobrevivir. Presioné con las piernas, apoyándome en los músculos de mis muslos hasta casi desgarrarlos, y me levanté lo suficiente para desequilibrar a Keller, que rodó por encima de mi hombro y cayó en la nieve. La sangre seguía brotando y aún no había tenido tiempo de localizar bien el corte. Toda la cara me dolía, pero ningún líquido caía sobre mis ojos. Me pasé la mano por las mejillas, los labios, la nariz, y allí sentí un espantoso vacío... ¡La hoja de la austríaca acababa de cortármela de cuajo! Aprovechando mi estupor, Keller se levantó con la agilidad de un gimnasta y volvió a la carga, blandiendo el arma en alto. Traté de esquivarla, pero mi pie resbaló sobre el hielo y caí pesadamente, sin poder hacer nada por detenerla. Moviéndose a una velocidad infernal, se arrodilló sobre mí, dejando caer todo su peso sobre mis costillas, algunas de las cuales se quebraron bajo el asalto y perforaron mis pulmones, aumentando aún más si cabe mis sufrimientos, mi angustia, mi locura... Vi cómo la hoja descendía sobre mi tórax sin que nada, salvo la gruesa capa de mis ropas de invierno, la detuviera. Un dolor fulgurante atravesó mi hombro derecho paralizándome del todo. Ya no podía oponer ninguna resistencia a Keller, me tenía completamente a su

merced. Vi su rostro que sonreía, no a mí, desde luego, sino sin duda al demonio que alimentaba, al mismo al que estaba ofrendando mi vida. Cerré los párpados y esperé la liberación, en el pleno convencimiento de que ya sólo me quedaban unos segundos de sufrimiento antes de que una bienaventurada nada me envolviera por toda la eternidad. Pero en lugar del silbido de la hoja hendiendo el aire, oí un impacto terrible, el ruido de una culata abatiéndose con violencia contra un cráneo. A pesar de mi dolor, a pesar de mi miedo, abrí los ojos. Privada de conciencia por el golpe que acababan de asestarle, la austríaca se derrumbó a mi lado. Dominándonos a ambos con su altura, un gigante de cabellos rubios y ojos grises apretaba ferozmente las mandíbulas y levantaba ya la culata de su arma, sin duda dispuesto a asestarle un nuevo golpe a Keller si hacía el menor gesto de levantarse. ¡En la manga de su uniforme de combate brillaba el emblema negro con la doble runa de plata del ejército de los siniestros SS!

Nunca llegué a conocer los detalles de nuestro retorno hacia el palacio de vidrio. Porque después de la lucha con Keller en el calvero y de que la austríaca me hubiera cortado la nariz, me desvanecí, y mi último recuerdo fue el de la aparición repentina de un hombre cuyo uniforme llevaba las insignias de nuestros enemigos más feroces. Cuando recuperé el conocimiento, el día se había levantado y me habían instalado en un trineo improvisado del que tiraba la propia Keller, libre de ataduras pero vigilada de cerca por el gigante rubio. Quise hablar, preguntar a este hombre quién era, pero las punzadas de dolor que sentí al hacerlo fueron tan violentas que casi inmediatamente volví a caer en un estado de inconsciencia. El calor de un gran fuego me sacó definitivamente de este pozo sin fondo. Por encima de mí, Tenidzé se afanaba en atenderme, obligándome a tragar algunas cucharadas de una sopa ardiente que acababa de preparar.

—Seguimos en el palacio blanco —me dijo—. Un hombre le salvó, y les trajo aquí, a usted y a Keller. Aún es noche cerrada. Descanse, coronel, partiremos mañana y se lo contaré todo...

Pero yo encontré fuerzas para levantarme e insistí en saber qué había ocurrido. Resignado, Grigor me refirió entonces lo poco que había conseguido sonsacar al extranjero. El hombre había aparecido tres días después de mi marcha, me había depositado ante la entrada del palacio y había llamado para que vinieran a buscarme. Ante el estupor de Tenidzé, que le había apuntado con su arma en cuanto había visto su uniforme, el tipo le había revelado que se llamaba Gärensén y que había trabajado durante mucho tiempo para el SD Ausland.

—Para nosotros, la guerra ya está perdida —le había dicho al georgiano—. ¡Esta mujer era de los nuestros, pero ahora es imperioso que los vencedores la juzguen por sus crímenes! Sin embargo, aún queda algo por hacer para que esto sea posible...

Entonces, ante la sorprendida mirada del soviético y a pesar de las súplicas de la

chica, que había empezado a gritar como una posesa en cuanto comprendió cuáles eran las intenciones de Gärensen, se había sacado del bolsillo la horrible muñeca esmaltada en forma de feto que habíamos descubierto en la caja blindada para, acto seguido, partirla con un preciso culatazo. Mientras Tenidzé seguía perplejo, sin comprender nada de lo que estaba pasando, y Keller se desplomaba sobre la nieve como si de pronto se hubiera visto privada de sus huesos y sus nervios, el alemán había girado sobre sus talones para irse, sin dar ninguna explicación, y sin reclamar nada tampoco.

Grigor no había tenido el valor de retenerlo, y ni siquiera la voluntad de abatirlo. ¿Para qué iba a hacerlo? Se había contentado con encogerse de hombros, asegurarse de que las ataduras de Keller eran firmes y arrastrarme al interior del edificio para lavar mis heridas y calentar mi cuerpo helado.

—Y eso es todo lo que puedo decirle, mi coronel —concluyó con un dejo de fatalismo, acabando su relato—. Si ha conseguido sacar algo en claro de esto, ya sabrá más que yo...

De hecho, yo no estaba en mejor situación que Tenidzé. Conocía el nombre de Thorün Gärensen. Lo había preservado en un lugar recóndito de mi memoria desde hacía casi diez años y, aunque no hubiera vuelto a oírlo desde entonces, recordaba perfectamente quién me había hablado de él un día, en una casa de la India, un hombre de gafas redondas y labios orlados al que muchos llamaban Netaji... «Gärensen es el oficial de referencia de Keller —había dicho Bose. —Es uno de los hombres de confianza de Heydrich, que es, a su vez, el brazo derecho de Himmler...». ¡Así pues, el hombre que me había salvado la vida y que había entregado a nuestros servicios a su propia acolita era una de las figuras más relevantes del organigrama nacionalsocialista! ¡Aquello me parecía increíble! ¿Por qué el responsable de una de las más poderosas redes de espionaje del mundo daba caza a uno de sus propios agentes? ¡No tenía ningún sentido!

Este interrogante enseguida hizo nacer muchos otros, que me aturdieron hasta provocarme vértigo; pero de pronto, cuando al fin ya me creía en condiciones de poner en orden mis pensamientos y percibir algunas conexiones lógicas entre esta mezcolanza de acontecimientos dispersos, Tenidzé y yo oímos resonar un grito desgarrador que provenía de la habitación contigua. El georgiano se precipitó hacia ella, preocupado por los niños... Yo le seguí como pude, apoyándome en las paredes y en el marco de la puerta para avanzar sin caerme. Y cuando llegué junto al soviético, fui testigo de la escena más terrible que nunca he presenciado. En el pequeño salón donde el georgiano la había atado cuidadosamente en el suelo, Keller se retorció, aullaba, se encabritaba como una mantis atacada por miríadas de hormigas. Sobre ella hervía una marea de niños que la mordían rabiosamente, la cortaban con sus uñitas, machacaban su carne con los puños, los pies, las rodillas, los codos... Tenidzé les dejaba hacer, como un cazador asiste, satisfecho, a la encarna de sus perros. La austríaca trataba de debatirse, pero la docena de niños que se agarraban



a ella le impedía todo movimiento. Estaba atrapada. Y lo sabía. Aullaba... Sus ropas, desgarradas por los chiquillos, quedaron hechas jirones y su carne apareció, desnuda, frágil, ofrecida a la voracidad de los pequeños vengadores. Enloquecidos por la visión de este cuerpo tierno y liso entregado a sus dientes y sus garras, los niños descuartizaron a la chica a bocados, la pelaron como una fruta sin el menor escrúpulo, sin sombra de remordimiento. No se detuvieron hasta que no fue más que una pulpa, con la piel arrancada desvelando los nervios, los músculos, los tendones, como un cadáver descuartizado en la escuela de medicina. Sin embargo, Keller seguía con vida, y encontraba incluso fuerzas para agitarse, germen rojo y viscoso condenado a reptar por el suelo helado del palacio de vidrio. Tenidzé corrió por el pasillo, desapareció unos instantes, y luego volvió hacia mí para atarme un pedazo de tela en torno al rostro. Trastornado por lo que acababa de ver, no tuve fuerzas para reaccionar y no opuse resistencia. Después vi que reunía al rebaño de niños enloquecidos, bañados en sangre, y les indicaba que se alejaran del cuerpo palpitante de Ostara Keller. Oí cómo abría al máximo el tubo del lanzallamas que se había cargado a la espalda y aumentaba la presión de nitrógeno en el mecanismo de tiro. Hubo primero un largo bufido de aceite cayendo en gotitas finas y envolviendo el cuerpo de Keller con una película de grasa brillante, y luego, tomándose su tiempo y sabiendo que los ojos reventados de la austríaca no habían impedido que ésta comprendiera la suerte que le esperaba, Tenidzé conectó el encendedor al extremo del cañón. Todo se inflamó entonces en un segundo, y una atroz ola de calor mezclada con un indescriptible olor a carne carbonizada nos envolvió, a los niños y a nosotros. Keller aulló, pero ya no era más que una antorcha llevada a la incandescencia. Ni siquiera los Galjero hubieran sido capaces de hacer nada por ella.

—¡Vida de bruja, muerte de bruja! —soltó sentenciosamente Tenidzé dejando caer su horrible instrumento al suelo—. Sólo espero que no haya otras como ella —dijo el georgiano antes de pasarme el brazo por los hombros y ayudarme a salir del palacio.

Los niños nos siguieron sin conceder una sola mirada a su víctima, que —tal vez demasiado pronto para ellos— ya no gritaba. Desde el salón, el fuego se propagó rápidamente al resto del edificio. Bastaron dos horas para que todo quedara reducido a cenizas.

## HORIZONTES TRANSATRÁNTICOS

Lo que sucedió luego entra en el terreno de los detalles. No abandonamos las inmediaciones del palacio de vidrio antes de haber visto cómo la mole se derrumbaba sobre sí misma y se consumía todo lo que habían contenido sus muros. Todos rezamos una larga oración por Habid Swamy, cada uno en nuestro idioma. En mi fuero interno, yo sabía que se hubiera sentido feliz de saber que su cuerpo sería purificado por el fuego. Por un segundo deseé compartir las creencias de su pueblo. Entonces hubiera estado persuadido de que el pequeño sargento sudra de Calcuta pronto se reencarnaría y llevaría una existencia digna de su inteligencia, de su tenacidad, de su bondad. Tenidzé me instaló en la plataforma y colocó a su lado, en la cabina, a los dos niños mayores.

Sólo recuerdo vagamente las peripecias del retorno, porque, en cuanto el ZIS se puso en marcha, me hundí en un sueño comatoso. Cuando me desperté, estaba en la habitación de un hospital militar soviético. El cónsul británico se encontraba a mi cabecera. Estábamos a finales de enero de 1945, y los combates más mortíferos para la liberación de Europa aún no se habían producido. La guerra se prolongaría aún seis largos meses, en el curso de los cuales se cometerían atrocidades sin nombre. Sin embargo, para mí todo esto había acabado. Las palabras reconfortantes del diplomático inglés me importaban bien poco. El hombre me hablaba de Bose —todo el mundo parecía haber perdido definitivamente su pista— y de los hindúes de la Legión de la India libre que se habían implicado en el juego fúnebre de la guerra, pero yo no le escuchaba. No eran las noticias lo que yo quería oír. Mis pensamientos estaban exclusivamente centrados en los niños de la columna Keller. Después de haber perdido a Khamurjee, al menos había podido salvarles a ellos. Y mi conciencia me prohibía ahora abandonarlos cobardemente a su suerte de huérfanos de guerra. Aquí y allá preguntaba qué había sido de esos chiquillos, pero nadie sabía responderme. Una mañana, Tenidzé entró en mi habitación. El georgiano era todo sonrisas, parecía feliz, pero la emoción que me causó su visita me hundió y lloré largamente. Con mucha delicadeza, como se habla a un enfermo grave, Grigor me explicó que había conseguido confiar provisionalmente a los niños a algunas familias de una pequeña comunidad rural, no muy lejos de la ciudad donde yo estaba hospitalizado. Los chiquillos ya no querían separarse y esperaban con impaciencia el momento de volver a verme.

—¡Se quedará pasmado, coronel Tewp! ¡Estos chicos son extraordinarios! ¡No dejen de sorprendernos! ¡Creo que todos sin excepción son unos superdotados, y ahora actúan como si realmente fueran hermanos!

Las revelaciones del georgiano no me sorprendieron. Yo también había percibido un fuego extraño brillando en los ojos de estos niños, el mismo que iluminaba las

pupilas de Khamurjee cuando mordía una fruta, acariciaba a su mangosta o recitaba leyendas de los antiguos reinos de las Indias...

Antes de que me repatriaran a Gran Bretaña, escribí a lord y lady Bentham para informarles del increíble giro que habían dado los acontecimientos en nuestra caza de los monstruos. Desde principios de los años cuarenta, los Bentham ya no vivían en Londres y habían abandonado el Viejo Continente para instalarse en Nueva York, de modo que me propusieron que me reuniera con ellos allí, un deseo que incluía también a todos los niños a los que había salvado de las garras de Keller. No fue fácil acceder a su solicitud, porque el mundo todavía estaba en guerra y las relaciones entre soviéticos y aliados empezaban a ser tensas —cada uno desconfiaba del otro tal vez más aún de lo que desconfiaba de su enemigo del momento—; pero gracias a la fortuna de los Bentham y a algunas influencias que yo mismo puse en juego, conseguí, inmediatamente después de la caída de Berlín, hacer embarcar a los niños en un transporte civil con rumbo a América. Tenidzé nos acompañaba, porque el georgiano había decidido desertar de las filas del Ejército Rojo.

—¡Quiero ver América! —me soltó triunfalmente mientras, sin remordimiento alguno, removía con un hurgón los restos de su uniforme marcado con la estrella roja, que había metido entero en una estufa esmaltada—. Y además, los niños me necesitan. ¡Soy el único que los entiende! ¿Cómo haría para enseñarles inglés sin mí?

Me reí a gusto con su ocurrencia. El hecho era que con la máscara de cuero que me veía obligado a colocarme sobre el rostro para ocultar su fealdad, me sentía muy débil y muy triste. La amistad del georgiano, la de los niños, y la confianza de los Bentham eran todo lo que me quedaba, aparte de mi odio por los Galjero.

En el puente del paquebote dimos, pues, nuestras primeras lecciones de vida occidental a los niños. Todos se revelaron extraordinariamente dotados para el aprendizaje, y la eficacia de las clases se vio acrecentada adicionalmente por la experiencia y el tacto del que hacía gala Grigor Tenidzé. Claro que el antiguo comisario político del NKVD había recibido una sólida formación en Moscú en materia de manipulación y adiestramiento pedagógico. Y la excelencia de esta enseñanza hacía maravillas. ¡En apenas unas semanas habíamos transformado a estos niños, que habían oído hablar inglés por primera vez en su vida en el tambaleante vehículo oruga que conducía Habid Swamy, en pequeños *kiddos* de los que se hubiera podido decir que no habían conocido más horizonte que el de la playa de Coney Island! Todas las noches, durante la travesía, los llevamos también al cine, para que se empaparan de las costumbres y los acentos del Nuevo Mundo. Los pequeños, tan maravillados como circunspectos, descubrieron en él las chaquetas con trabilla de Cary Grant, los sombreros indeformables de Spencer Tracy y la mueca de bebé de Sinatra. De vuelta en sus cabinas, los niños se divertían reproduciendo las mímicas de gánster de James Cagney y durante mucho tiempo repitieron, como ejercicio, el «*Gimme a whiskey-ginger ale on the side, and don't be stingy, baby!*» de Garbo en *Anna Christie*...

Por eso, cuando franqueamos la verja de la propiedad de los Bentham, todos pudieron presentarse y responder correctamente a las preguntas del matrimonio. Los Bentham se hicieron cargo encantados de su educación, y de ese modo los niños pudieron acceder a las más prestigiosas *high schools* de Nueva Inglaterra antes de entrar en la universidad y de construirse con sus propios medios brillantes carreras de abogados, investigadores, profesores. Durante mucho tiempo mantuve contacto con ellos, pero a la larga nuestras cartas se dilataron en el tiempo, se atenuaron y finalmente cesaron por completo.

Durante los primeros meses de su instalación con los Bentham me quedé, sin embargo, cerca de ellos, aprovechando yo también la hospitalidad de mis anfitriones. Oficialmente aún pertenecía al MI6 de Calcuta, pero esto —que ya no tenía mucho sentido diez años antes— ahora no tenía ningún significado. La India marchaba a todo vapor hacia la independencia, y la partición programada del subcontinente en varias entidades territoriales con el fin de separar a hindúes de musulmanes creaba disturbios de una profundidad que poca gente en Londres había previsto. En su calidad de último virrey de las Indias encargado de liquidar la «perla del Imperio», Mountbatten hacía lo posible para evitar las masacres, pero sus poderes eran escasos y se reducían paulatinamente a medida que crecían los de Gandhi. Hubo revueltas. Y masacres. Pero ni Europa ni América se interesaban realmente por la suerte del territorio. En cuanto a mí, seguía los acontecimientos con tristeza. Sabía que nunca volvería a ver Calcuta, su barrio colonial, sus jardines y sus templos. Pero mi mayor desolación era no haber podido estrechar entre mis brazos a Lajwanti, la esposa de Habid Swamy. ¿Qué sería de esta mujer privada del apoyo de su pequeño y orgulloso sargento del cuerpo de ingenieros? De todos modos, redacté para ella una larga carta e intrigué en el Ministerio de Antiguos Combatientes para que la pensión que la Corona le debía casi se doblara. Nunca volví a ver a Lajwanti. Ni tampoco a Gillespie, Mog, Edmonds, El Prisionero o el capitán médico Nicol. Esta etapa de mi vida había quedado atrás. Irremediablemente...

—¿Qué desea hacer ahora, coronel Tewp? —me había preguntado lord Bentham una noche en que estábamos solos en el salón.

—Volver a ejercer mi oficio en algún lugar del mundo, sir. Creo que ya soy demasiado viejo para pensar en abandonar el ejército. Me reclaman en Londres. Pronto tendré que dejarles...

—¿Y los Galjero? —preguntó el anciano en un susurro—. ¿Abandonará su persecución? Yo no lo haré. La agencia Xander sigue teniendo el encargo de darles caza.

—No, sir. Yo tampoco abandono, y me cruzaré de nuevo en su camino. Estoy seguro. Una francesa me lo predijo...

—¡Ah! ¡Las francesas! —suspiró el lord esbozando una media sonrisa—. Tiene razón. Siempre saben más que las otras mujeres. Por eso hay que crearlas.

Y luego, dos días antes de la fecha que había fijado para mi partida de Nueva

York, dos visitantes solicitaron verme. Uno —desconocido para mí— era bajo y rechoncho, con unos cabellos grises que se rizaban sobre su grueso cuello y unos ojos negros como el carbón. El hombre, vestido con un abrigo de pelo de camello sobre un impecable traje de alpaca, se presentó como el senador Lewis Monti, recientemente elegido para la Cámara. El senador, moreno y achaparrado, formaba una extraña pareja con el hombre que le acompañaba, alto y rubio. Al verle el corazón me dio un vuelco e instintivamente me llevé la mano a la cadera para desenfundar mi viejo Webley, olvidando que mi puño sólo podía crispase en el vacío. Mi gesto provocó que una sonrisa asomara en el rostro de Lewis Monti.

—Este hombre le ha salvado la vida. No es su enemigo, como ya le demostró. Permita que él y yo le ofrezcamos nuestra ayuda para dar caza a la gente que busca...

Ante mí, el *Hauptmann* Gärensen, que no llevaba ya su uniforme negro con las runas de plata, me sonreía como a un viejo amigo, con una luz muy clara brillando en el fondo de sus ojos azules.

—Tenemos muchas cosas que explicarle sobre los Galjero, coronel Tewp —dijo adelantándose hacia mí para tenderme una mano ancha y fuerte.

Lejos, muy lejos, en el otro extremo del mundo, una mujer con el vientre liso pellizcó con sus largos dedos blancos los miembros frágiles de tres muñecas de cera.

## NOTA DEL AUTOR

A quienes tengan interés en separar la verdad histórica de la ficción en la trama de *Los ogros del Ganges*, les presento a continuación las siguientes precisiones:

Aunque no goza de mucha notoriedad en Occidente, el líder nacionalista hindú Subhas Chandra Bose es una figura reconocida en la historia reciente de la India. Si bien su encuentro con el teniente David Tewp es, desde luego, fruto de la imaginación, el tenor de sus actos y palabras concuerda en cambio perfectamente con la naturaleza de sus posiciones políticas. Aliado de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, luchó encarnizadamente contra su rival Gandhi, a quien reprochaba su supuesta postura favorable a la partición del país. Fallecido en 1945 en circunstancias misteriosas, su Ejército de la India Libre destacó en los campos de batalla de Birmania, Normandía y Europa del Este.

La visita del rey Eduardo VIII y de Wallis Simpson a la India en el otoño de 1936 es pura ficción. De regreso de una estancia en las costas del Adriático, la pareja se preparaba entonces para anunciar al mundo la noticia de la abdicación del soberano. El retrato que se traza de los Windsor puede parecer exagerado, pero el lector ávido de detalles biográficos juzgará sin duda que esta ficción se queda corta en comparación con la picante verdad. En un plano más serio, las simpatías de la pareja por los dirigentes nazis son, por desgracia, bien conocidas.

La existencia de los monjes Bon Po, a menudo considerados como «hechiceros» capaces de dominar los misterios de la muerte, ha sido mencionada por numerosos testimonios. Las primeras informaciones que llegaron a Occidente sobre esta cofradía se deben a la exploradora francesa Alexandra David Neel (en quien se inspira libremente el personaje de Garance de Réault).

Finalmente, cualquiera que sea la forma bajo la que aparecen, los datos relativos a cuestiones geopolíticas, filosóficas o a prácticas mágicoreligiosas se refieren siempre a realidades y conceptos comprobados.

# Notas

[1] Aproximadamente 1,70 m. En atención al sabor histórico y local del relato, se mantienen las unidades de medida del original, sin convertirlas a métricas. Salvo indicación contraria, todas las notas son del traductor. <<



[2] Fuerzas de combate nepalíes que constituían unidades especiales de las fuerzas armadas del ejército británico en las Indias. <<

[3] Estrenada en España con el título *La casa del horror* (1927), dirigida por Tod Browning y protagonizada por Lon Chaney. <<

[4] A mediados del siglo XVIII, el subcontinente indio fue escenario de cruentas luchas de poder entre varias naciones europeas que querían extender sus dominios sobre el territorio. El autor alude en concreto al conflicto armado que se desarrolló entre la expedición militar francesa comandada por el gobernador general Lally-Tollendal (1702 — 1766) y las tropas angloindias lideradas por Robert Clive (1725 — 1774), quien a la postre consiguió imponerse y finalmente dejar a Gran Bretaña en una posición claramente ventajosa sobre sus rivales en el subcontinente. <<

[5] «Encontré a una dama en los prados / de gran belleza... como doncella de un cuento; / largo era su cabello, ligeros sus pies / y salvajes sus ojos...». <<

[6] «Vi pálidos reyes, y princesas también, / pálidos guerreros, con la palidez de la muerte; / gritaban: ¡La Belle Dame sans Merci / te ha esclavizado!». <<

[7] «Brezales de la Marca, / arenas de mi país natal, / vosotros sois mi alegría, / vosotros sois mi hogar...». Versos del himno no oficial del actual estado federal de Brandenburg, compuesto por Gustav Büchenschütz en 1923. <<